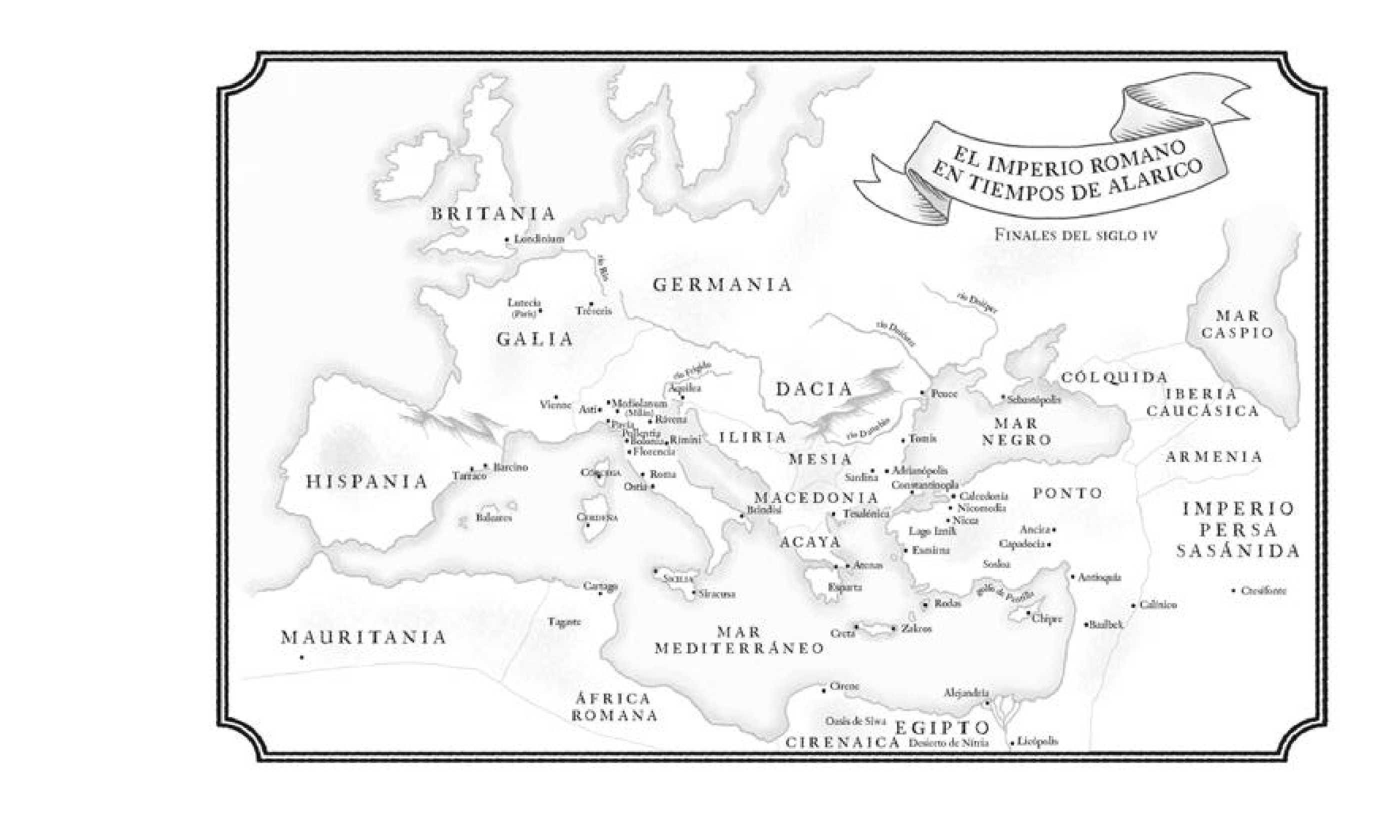

BLAS ALASCIO
ALARICO
LA AGONÍA
DEL IMPERIO
Grijalbo

BLAS ALASCIO

ALARICO
LA AGONÍA DEL IMPERIO

Grijalbo

A mis hermanos Inmaculada (Chiqui), José Antonio, Paco y Maite.
A María Luisa Morey y a sus hijos Carmen, Concha, Pepa, Gonzalo y Rafael. Y, muy especialmente, a mi amigo Antonio Peralías Payán


EL IMPERIO ROMANO
EN TIEMPOS DE ALARICO
FINALES DEL SIGLO IV
BRITANIA
Londinium
GERMANIA
río Rin
Lutecia
(París)
Tréveris
GALIA
HISPANIA
Tarraco
Barcino
Baleares
Vienne
Asti
Mediolanum
(Milán)
Pavía
Pollentia
Bolonia
Rávena
Rímini
Florencia
Aquilea
río Frígido
Córcega
Cerdeña
Roma
Ostia
Sicilia
Siracusa
Cartago
Tagaste
MAURITANIA
ÁFRICA
ROMANA
ILIRIA
DACIA
río Danubio
río Dniéper
MESIA
MACEDONIA
Brindisi
Tesalónica
ACAYA
Atenas
Esparta
Adrianópolis
Constantinopla
Tomis
Peuce
Sebastópolis
MAR
NEGRO
Calcedonia
Nicomedia
Nicea
Lago Iznik
Esmirna
Ancira
Capadocia
PONTO
Rodas
Creta
Zakros
Chipre
MAR
MEDITERRÁNEO
Cirene
Alejandría
Oasis de Siwa
EGIPTO
CIRENAICA
Desierto de Nitria
Licópolis
Antioquía
Baalbek
Calínico
Ctesifonte
CÓLQUIDA
IBERIA
CAUCÁSICA
ARMENIA
MAR
CASPIO
IMPERIO
PERSA
SASÁNIDA

ILIRIA
Tesalónica
EPIRO
TESALIA
Valle del Tempe
río Peneo
FÓCIDA
BEOCIA
EUBEA
Tebas
ÁTICA
Eleusis
El Pireo
Pisa
Monte Foloe
Corinto
Atenas
Olimpia
ARCADIA
Argos
río Eurotas
Esparta
Creta

ALARICO EN GRECIA
395-396

RETIA
NÓRICA
PANONIA
Alpes Julianos
VÉNETO
Aquilea
GALIA
Mediolanum (Milán)
LIGURIA
Asti
Pavía
río Po
ILIRIA
Pollentia
Génova
Rávena
DALMACIA
MESIA SUPERIOR
Bolonia
Rímini
Florencia
Fiesole
Salona (Split)
río Tíber
MAR ADRIÁTICO
Córcega
Roma
Ostia
MACEDONIA
Nápoles
Brindisi
Cerdeña
Cosenza
río Busento
Sicilia
Siracusa

ALARICO EN OCCIDENTE
Principios del siglo v

Prólogo

En el último tercio del siglo IV después de Cristo, los godos atravesaron el Danubio y entraron en el Imperio romano huyendo de los hunos. El trato inhumano que las legiones les dispensaron provocó una rebelión en la que los refugiados infligieron una gran derrota al ejército, destruyéndolo y matando al emperador en la batalla de Adrianópolis. Los recién llegados saquearon una parte de las provincias de Oriente, que quedaron en una situación de caos y anarquía.

El hispano Teodosio fue nombrado emperador de Oriente con el encargo de reconquistar los territorios que estaban en poder de los godos y recuperar la autoridad, si bien añadió como objetivos imponer la religión católica, fundar una dinastía y, sobre todo, vengar la injusta ejecución de su padre por parte del emperador de Occidente.

Fue en ese complejo escenario donde creció el futuro rey Alarico. Nació en el año 365 y fue educado, primero, en su aldea natal por un patricio romano exiliado llamado Marco Probo; más tarde, en su condición de rehén del imperio, en Alejandría y Atenas por Hipatia y otros filósofos como ella, y, por último, en Constantinopla, ciudad a la que llegó junto con su primo Ataúlfo.

Siendo todavía un niño, antes de su cautiverio, se enamoró de Valeria, la hija de su mentor, Marco Probo, a la que prometió amor eterno y desposarse con ella cuando volviera del exilio. Sin embargo, mientras permanecía como rehén en Constantinopla conoció a una joven aristócrata persa llamada Calista, también rehén del emperador, que con el tiempo se convertiría en su consejera más cercana y con quien formaría un tándem que nunca se rompió.

A pesar de su educación grecolatina, Alarico siempre conservó en su

memoria las enseñanzas del padre de Ataúlfo, el carismático rey Atanarico, un monarca apegado a las costumbres tradicionales de los godos y enemigo acérrimo de los romanos y de la Iglesia cristiana. Esas contradictorias influencias generaron en Alarico una idiosincrasia en la que se mezclaban un amor desmedido por el Imperio romano y un apego a la nación goda y sus costumbres que lo llevaron a desear una fusión entre ambas culturas, lo que significaba un asentamiento y una integración de su pueblo dentro del imperio en convivencia pacífica con los ciudadanos romanos.

En la propia Constantinopla, Alarico fue designado futuro rey con solo quince años por su tío, el rey Atanarico, quien le impuso un doble objetivo. Por una parte, debía conseguir un pacto con el emperador a fin de que su pueblo pudiera asentarse definitivamente en el imperio y, por otra, le encomendaba la creación de un ejército invencible para garantizar que los suyos fuesen tratados en condiciones de igualdad con los ciudadanos romanos.

Unos años más tarde, después de conseguir un acuerdo con el emperador por el que el pueblo godo quedaba como federado del Imperio romano con la obligación de defender la frontera del Danubio, Alarico se dispuso a llevar a cabo la creación del gran ejército que había prometido a su tío Atanarico.

Mientras Alarico permanecía en la provincia de Mesia centrado en tal menester, el emperador Teodosio se vio obligado a iniciar una guerra civil contra el usurpador de Occidente, Magno Máximo, al que venció con la ayuda de los godos. Concluida esa guerra civil, Teodosio se enfrentó por primera vez con el todopoderoso obispo Ambrosio porque el fanático prelado quería imponerse al emperador en su obsesión por destruir al pueblo judío y en todo aquello que guardara relación con la Iglesia católica, una pretensión que chocaba con la condición de *pontifex maximus* que ostentaba el emperador.

Después de la guerra civil, Teodosio tuvo que permanecer en Occidente para resolver diversos asuntos civiles y militares, mientras Oriente quedaba en manos de Rufino, un alto funcionario de una ambición desaforada que se dedicó a intrigar para hacerse con el poder absoluto. Las maquinaciones de Rufino contra el *magister*

militum[1] Estilicón y su esposa, la princesa Serena, sobrina y examante del emperador, supondrán un contratiempo para el futuro del imperio, así como la oportunidad de Alarico de hacerse con el poder.

Antes de regresar a Oriente, Teodosio recibió la noticia del asesinato de Buterico, general godo de su absoluta confianza. Según le informaron, murió a manos de un grupo de exaltados tesalonicenses que habían atacado el cuartel de las legiones para liberar a un auriga, detenido por homosexual, que debía actuar la semana siguiente en el hipódromo de Tesalónica. Teodosio quería un castigo ejemplar para los autores del asesinato de su general y pidió a Alarico que se encargara de llevarlo a cabo. El emperador invitó al pueblo de Tesalónica a una jornada festiva de carreras de carros en el hipódromo, y cuando este estuvo lleno, los hombres de Alarico entraron y ejecutaron a todos los presentes, sin excepción, mujeres y niños incluidos. Ese asesinato colectivo, además de vengar la muerte del general Buterico, sirvió para que la fama del caudillo godo, al que llamaban *panicum gothorum*, se extendiera hasta los confines del imperio. El obispo Ambrosio tampoco pasaría por alto la venganza de Teodosio.

1
Excomunión

Verano del año 390

A pesar de que la noticia de la matanza de Tesalónica se extendió con rapidez, Teodosio estaba convencido de que nadie se lo recriminaría pues los propagandistas imperiales se habían encargado de difundir que se trataba del castigo de un delito de lesa patria. La tesis oficial era que se había ejecutado a los asesinos del general Buterico y su Estado Mayor. Sin embargo, aunque en todo caso esperaba la ira de los tesalonicenses, Teodosio quedó sorprendido por la reacción de Ambrosio, el obispo de Mediolanum,[2] quien le envió una carta en la que lo culpaba de la horrible matanza y lo conminaba a lavar sus manos manchadas con sangre inocente. Tras la agria conversación mantenida en Aquilea entre el mandatario civil y el eclesiástico, después de la guerra civil, sobre la imposición católica de destruir al pueblo judío, todo parecía haber vuelto a la normalidad. Teodosio, que había entrado en cólera por la destrucción de la sinagoga de Calínico, no había hecho ejecutar al obispo de esa ciudad siria ni lo había obligado a reconstruirla. Además, en determinadas diócesis se habían destruido y quemado otras sinagogas y el emperador había guardado silencio. A juicio de Teodosio, todo eso deberían haberlo valorado tanto la Iglesia católica como por supuesto Ambrosio, y, sin embargo, el obispo rebelde osaba inmiscuirse en algo tan propio del emperador como castigar un delito de lesa patria.

Aun así, Ambrosio no estaba tan indignado como aparentaba. No le dolían los muertos de Tesalónica pues se trataba de fanáticos del circo

y él llevaba muchos años predicando la abolición de cualquier espectáculo público. Los asistentes eran pecadores, ya que a los verdaderos cristianos les estaba vetado asistir a ningún acto que no fuese un rito religioso. En eso coincidía con él su discípulo Agustín de Hipona, que trató de llevar este principio hasta las últimas consecuencias y clamaba contra los que, sin ningún tipo de escrúpulos, llenaban tanto los teatros como las iglesias. En esos momentos, no obstante, lo importante para Ambrosio era que la matanza le brindaba la ocasión perfecta para someter a Teodosio a su voluntad. El emperador era, porque así había sido desde el principio del Imperio romano, el *pontifex maximus*. Estaba por encima de cualquier dignidad eclesiástica, de cualquier credo o religión. Teodosio se indignó por la falta de respeto que suponía el contenido de la carta, pero decidió no tomar ninguna represalia contra Ambrosio.

El domingo siguiente a la recepción de la misiva, el emperador se dirigió al palacio episcopal, como solía hacer los días festivos, para unirse al obispo en la celebración de los ritos católicos que se realizaban en la basílica de Mediolanum. Pero se quedó muy sorprendido porque Ambrosio salió a la escalinata antes de que él pudiera entrar y, desde ese lugar elevado, le gritó:

—¡Detente, emperador! No oses cruzar la puerta de este lugar santo que te ha sido vetado por tu abominable crimen. Tus manos están manchadas de sangre inocente.

Las duras palabras del obispo sobrecogieron a los ciudadanos que llenaban la plaza que daba acceso al palacio, dispuestos a asistir a los oficios religiosos.

—No he cometido crimen alguno —respondió Teodosio—. Mi autoridad no conoce límites.

—No, emperador, tu poder solo alcanza a las cuestiones terrenales. La vida y las almas son del dominio de Dios, y en él estás bajo la autoridad de la Iglesia y a ella debes someterte.

—¡Soy el *pontifex maximus*! —clamó Teodosio, encolerizado—. Te hallas bajo mi jurisdicción. Tú y todos los obispos, incluso el papa Siricio.

—Dios no reconoce ese título, al que renunció el emperador Graciano por mi consejo. Y tú deberías hacer lo mismo que tu *collega*.

Haciendo uso de la autoridad que creía tener, el emperador intentó subir la escalinata para acceder a la basílica, pero la airada voz del obispo volvió a atronar la plaza.

—¡En el nombre de Dios padre! ¡En el nombre de Cristo, su hijo! ¡En el nombre del Espíritu Santo…! Teodosio, emperador de Roma, ¡yo, el obispo de Mediolanum, por la autoridad que me ha conferido nuestro Señor, te excomulgo! —Ambrosio hizo una pausa para tomar aire—. A partir de ahora, ya no perteneces a la Iglesia católica. Si osas entrar en este lugar sagrado, si osas entrar en la casa de Dios, estarás cometiendo el peor de los pecados que puede cometer un mortal y nadie te perdonará esa infamia.

Teodosio se quedó petrificado por lo que acababa de oír. El obispo rebelde no solo le prohibía la entrada a la basílica, también lo expulsaba del seno de la Iglesia católica, a él, el más católico de los emperadores. Y, además, lo hacía delante de la población de Mediolanum para que su escarnio fuese público. Su primera idea fue ordenar al jefe de su guardia personal que decapitase a Ambrosio allí mismo. Nadie podría recriminarle nada. Pero Ambrosio era muy popular en esa zona del imperio, mayoritariamente católica, y gozaba no solo de las simpatías de sus feligreses sino también de toda la parte del Occidente romano, incluso por encima del papa. Antes de que la ira lo llevase a tomar una decisión de la que quizá se arrepentiría, se dio la vuelta y regresó al palacio imperial. Esa escena, en la que un obispo amonestaba en público a un emperador, era algo jamás visto en el imperio hasta ese momento.

Irritado, llamó a Estilicón y al gran chambelán, el eunuco Eutropio, que ya tenían noticias de lo que había pasado.

—Emperador —dijo el chambelán—, puedes ordenar que detengan a Ambrosio por insultarte. Es un delito de lesa patria. Y lo ha cometido delante de una multitud de ciudadanos.

—¡Me ha excomulgado! ¿Se puede expulsar de la Iglesia católica a un emperador? —dijo Teodosio—. Hasta ahora, los altos clérigos utilizaban la persuasión para convencer al emperador de algo. ¿Qué

será lo próximo que haga? ¿Tendré que rendir la *proskynesis*[3] a un obispo?

Ambrosio era el peor enemigo al que Teodosio había tenido que enfrentarse hasta la fecha. Y no sabía cómo hacerle frente. El obispo de Mediolanum era una fuerza de la naturaleza que no se detenía ante nada ni nadie.

—Puedes hablar con el papa para que lo deponga de su cargo —dijo Estilicón.

—El papa lo teme. Sabe que es más fuerte que él. No lo destituirá.

Aun cuando estaba obsesionado con el anatema, Teodosio tuvo que ocuparse del asunto más importante que lo retenía en Mediolanum: quería llevar a cabo una nueva reorganización del ejército tras la derrota del usurpador Magno Máximo. Estaba planeándola con sus generales, quienes coincidían con él en que el reparto de las unidades se hiciese en beneficio de Oriente. No deseaban iniciar una nueva guerra civil, y esta no se produciría si una de las partes era visiblemente superior. Y ahora tenía la autoridad para hacer esa distribución como mejor le pareciese.

Con todo, y aunque lo intentaba, el emperador era incapaz de olvidarse de Ambrosio. A su juicio, solo había dos salidas: ordenar que lo ejecutasen por delito de lesa patria u obedecer. Teodosio, como todos los romanos, era muy supersticioso y, si bien los motivos de sus decisiones eran siempre políticos o relacionados con el poder, en ese caso estaba seriamente preocupado por el destino de su alma. Así pues, pidió hablar con el obispo, pero este se negó. Habían pasado muchas semanas sin que Ambrosio le ofreciese una salida digna.

A pesar de los éxitos conseguidos tras la guerra civil y durante su estancia en Roma y Mediolanum, Teodosio no se sentía cómodo con la idea de vivir expulsado de la Iglesia. Lo dominaba un doble sentimiento: por una parte, la Iglesia católica le había servido para afianzar su poder y debía seguir haciéndolo en el futuro; por otra, su superstición le imposibilitaba eliminar a Ambrosio, que era lo que habría hecho contra cualquiera que osara poner en duda su autoridad absoluta.

Quería comenzar el año admitido en la Iglesia, de manera que

encargó a su chambelán y a Estilicón que pactasen con Ambrosio las condiciones de su readmisión.

Ambrosio los recibió en la sala de audiencias del palacio episcopal. Después de los saludos protocolarios, Estilicón abordó directamente el asunto que Teodosio les había encargado.

—El emperador desea saber las condiciones que le impones para ser otra vez un hijo de la Iglesia católica.

—Tendrá que hacer un acto penitencial muy duro. Solo podrá ser admitido nuevamente en el seno de la Iglesia si lo lleva a cabo en presencia de los ciudadanos de Mediolanum. No sirve una simple penitencia privada.

—¿Y en qué consistiría esa penitencia?

—Aguarda… Hay otras exigencias antes de cumplirla —dijo Ambrosio, que parecía esforzarse en recordar algo—. Muchas veces me viene a la memoria la figura del gran hombre que fue Materno Cinegio.

—Cómo no acordarnos de Materno Cinegio —convino Estilicón—. Un hombre muy unido al emperador. Pero falleció hace dos años. Fue prefecto del pretorio de Oriente. ¿Por qué lo recuerdas ahora?

—Por dos motivos. El primero, porque tras la muerte de este gran católico, Teodosio nombró para sucederlo como prefecto del pretorio a Taciano, un conocido pagano. Y el segundo, porque Materno Cinegio fue el encargado de la destrucción de los templos y los lugares de culto pagano. Y cumplió fielmente la voluntad de Teodosio —explicó Ambrosio—. Y lo recordaría con mucho más orgullo si no fuese porque el emperador, al utilizar el catolicismo para consolidar su poder, lo hizo desdecirse en muchas ocasiones. Sobre todo cuando, por razones políticas o económicas, pactaba con alguna aristocracia local pagana la no destrucción de un templo que Materno ya había decidido arrasar. En esos casos, creo que Materno, con la firmeza que su condición de católico le exigía, debió oponerse al emperador. Y nunca lo hizo.

—Es una potestad del emperador cambiar la decisión de un subordinado —adujo Estilicón.

—Pero también es una contradicción. Teodosio no es el titular de la

voluntad de Dios, que nos ha encargado a sus representantes en la tierra la destrucción de todos los lugares sagrados de los paganos. Y la voluntad de Dios está por encima de los intereses políticos del emperador. ¡Eso no se repetirá! —dijo con una voz cargada de autoridad.

—¿Pretendes reducir el poder del emperador?

—En efecto. Ni yo ni ningún otro clérigo católico volveremos a estar subordinados al emperador. Él es quien debe subordinarse a la Iglesia en asuntos religiosos —añadió Ambrosio—. Por tal razón, mi primera condición es que renuncie a su título de *pontifex maximus*. Desde que el cristianismo es la religión oficial, esa competencia tiene que ser exclusiva del papa.

—¿Eso es todo? —preguntó el chambelán.

—No. Eso es solo el principio. El emperador no interferirá en las decisiones que los obispos tomen sobre la destrucción de los templos y lugares sagrados de los paganos o los judíos. En ese ámbito, solo hay una autoridad, que es la Iglesia. Si fue él quien decidió que el imperio tendría una única religión, debe ser congruente y no impedir que la Iglesia cumpla con la ley de Dios y elimine de raíz las que son falsas. Por tanto, debe renunciar a su autoridad y su jurisdicción sobre esas cuestiones.

—¿Y cuál será la penitencia? —preguntó Estilicón.

—Aún no he acabado —dijo Ambrosio—. El emperador tendrá que ratificar como propias todas las leyes que la Iglesia le proponga para la defensa del catolicismo. Dictará leyes que establezcan penas gravísimas, incluida la de muerte, para cualquier persona, sea patricia o plebeya, que incumpliendo el carácter confesional del imperio realice actos de culto a los dioses paganos. Y hay una pena añadida que se aplicará siempre que se descubra a alguien practicando ritos paganos, que será la siguiente: sus herederos perderán su derecho a la herencia. El delincuente religioso debe quedar desposeído de su patrimonio siempre y para siempre. Y eso al margen de que se lo condene a cárcel, destierro o muerte. El emperador solo podrá ejercer esa capacidad legislativa bajo la iniciativa y la tutela de la Iglesia.

Los representantes de Teodosio comenzaban a irritarse porque el

obispo pretendía desposeer de una parte importante de sus atributos al omnipotente emperador.

—¿Queda algo más? —preguntó Eutropio.

—Solo una cosa: los delitos o crímenes de los que se acuse a los clérigos católicos de cualquier rango serán juzgados y sancionados por dignidades o tribunales eclesiásticos, y ninguna autoridad o tribunal civil podrá intervenir ni arrogarse la competencia.

—Sobrepasas el límite de lo tolerable, me temo —objetó Eutropio—. Dudo que Teodosio acepte esas condiciones.

—Las aceptará si quiere ser readmitido en el seno de la Iglesia católica —dijo Ambrosio—. Es a él a quien corresponde decidir. Y no creo que le guste tener en su contra a la institución que le ha permitido adquirir el poder absoluto del que goza. Con esta última, doy por concluidas mis condiciones.

—¿Y en cuanto al acto penitencial…?

—Deberá cumplirlo el día de la Epifanía. Le haré saber en qué consiste cuando haya aceptado las condiciones que le impongo —concluyó Ambrosio—. Y di al emperador que ha decepcionado nuevamente a la Iglesia con los nombramientos de paganos para los cargos más relevantes. Símaco y Nicómaco Flaviano no son gratos a Dios. Como no lo fue el nombramiento de Taciano como prefecto del pretorio de Oriente. Eso no puede volver a repetirse.

Teodosio quedó consternado cuando sus subordinados le explicaron las condiciones que Ambrosio le imponía. Y eso sin saber aún cuál era la penitencia que debería cumplir públicamente durante la jornada de la Epifanía. Solo faltaban cuatro días.

—Emperador, no aceptes el infame latrocinio que el obispo pretende cometer contra ti —dijo Estilicón.

—¿Qué puedo hacer? Si no cumplo sus exigencias, no me readmitirá en la Iglesia. Y sé que el papa Siricio no hará nada en mi favor, porque quien manda de verdad es Ambrosio.

—Puedes intentar renegociar las condiciones —propuso Estilicón.

—Con Ambrosio es imposible. Es un hombre inflexible que no dará su brazo a torcer.

Teodosio parecía un león enjaulado, dando vueltas por la habitación

mostrando una ansiedad desacostumbrada en el orgulloso mandatario.

—Me gustaría que mi sobrina Serena estuviese conmigo en este momento —dijo.

Estuvo todo el día inquieto y preocupado. Al finalizar la tarde, encomendó a Eutropio:

—Ve y di a Ambrosio que acepto sus condiciones y que me imponga la penitencia que debo cumplir.

El 6 de enero del año 391, día de la Epifanía del Señor, el emperador, vestido con un humilde y raído hábito de monje, desprovisto de cualquier símbolo de su dignidad imperial, tuvo que recorrer de rodillas la distancia entre el palacio imperial y la basílica episcopal. Y hubo de hacerlo ante millares de habitantes de Mediolanum, convocados por el obispo para que presenciasen el espectáculo. Después de subir igualmente de rodillas la escalinata y una vez dentro del templo, durante la celebración de la misa se mantuvo postrado sobre el pavimento hasta que, en un momento dado, tuvo que pedir perdón en voz alta ante el obispo, vestido con las galas del ritual religioso, y admitir que a partir de entonces cumpliría los dictados de la Iglesia católica. Era la manifestación pública del triunfo de Ambrosio, que era como decir el triunfo de la Iglesia sobre la máxima institución del imperio.

Un mes más tarde comenzaba la promulgación de una serie de brutales leyes contra cualquier persona que no se hubiese plegado a los dictados de la Iglesia. La primera de ellas comenzaba así:

> Es nuestro placer y voluntad que ningún súbdito nuestro, sea magistrado o ciudadano particular, y no importa cuán elevado o humilde sea su rango y condición, ose en ninguna ciudad y ningún sitio rendir culto a un ídolo inanimado con el sacrificio de un animal inocente. El acto del sacrificio y la práctica de la adivinación mediante las entrañas de la víctima se declaran un crimen de alta traición que solo puede expiarse con la muerte del culpable.

Además, cualquier rito pagano, por mínimo que fuese, quedaba abolido y su práctica siempre conllevaba, como Ambrosio había

exigido, la pérdida total de los bienes y el patrimonio.

Si el emperador se había sometido de una forma tan humillante, era evidente que cualquier otra persona no tenía más remedio que hacerlo.

2
El destierro de Valeria

Aquel día del verano del año 390, Armín entró precipitadamente en la tienda de Alarico, donde este se hallaba reunido con todas las personas de su máxima confianza.

—Valeria —se limitó a decir.

—¿Qué ocurre con ella?

—Tienes que verlo tú mismo.

—Esperadme. Vuelvo enseguida. —Alarico miró a Calista y le pidió —: Ven conmigo.

Armín los acompañó hasta donde estaban los huesos de los asesinos de Marco Probo y Rocestes, y también los del general Julio. Se había congregado un gran número de personas que contemplaban a Valeria mientras esta, con muchas dificultades, cavaba con una azada un agujero en la tierra. Alarico se acercó hasta ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya lo ves —dijo Valeria jadeando por el esfuerzo—. Voy a dar sepultura a los huesos de estos desgraciados.

—Estos huesos son de los asesinos de nuestros padres y del hombre que ordenó degollar a los hijos de los caudillos.

—Lo sé muy bien. Y sé también cuáles fueron las torturas y los sufrimientos que hubieron de pasar antes de morir.

—Menos de los que se merecían —masculló Alarico—. ¿Quieres imitar a Antígona?

—No son los huesos de mi hermano, pero merecen ser enterrados igual que lo merecía el cadáver de Polinices —alegó Valeria—. Solo

estoy haciendo lo que dijo nuestro Señor Jesucristo y que está recogido en la carta a los Corintios del apóstol Pablo. El cuerpo es sagrado porque en él habita el Espíritu Santo; por eso es de Dios y no puede ser de nadie más. Y vosotros os habéis apropiado de los cuerpos de estos desgraciados.

—Valeria… —Alarico se enfadó—. Esto es como un santuario para nuestro pueblo. Estos huesos simbolizan que se ha hecho justicia al respecto de uno de los mayores crímenes cometidos contra los godos.

—Su culpabilidad se decidirá ante Dios en el Juicio Final. Aquí, en la tierra, se los ejecutó sin siquiera ser juzgados —dijo Valeria, enojada—. Tú no puedes hablar de crímenes porque eres tan criminal como ellos. Hiciste degollar a miles de inocentes en Tesalónica, e incluso degollaste a un hombre indefenso con tus propias manos.

—Solo fue el castigo a un crimen pavoroso que la ciudad de Tesalónica había cometido.

—Pero no hubo un tribunal para impartir justicia. Volvisteis a tomárosla por vuestra cuenta.

Alarico fue consciente de que no iba a coincidir en nada con Valeria y reconoció para sí que aquel diálogo carecía de sentido.

—Debes abandonar este lugar porque lo que estás haciendo es un delito —le exigió—. Esos huesos están ahí porque así lo decidió el consejo de caudillos, y ahí se quedarán hasta que el consejo no diga lo contrario.

—¿Y cómo harás que me vaya? ¿Me pegarás?

—No. No tengo intención de pegar a una mujer. —Alarico se dirigió a Armín—. Llama a mi guardia personal y haz que Valeria sea detenida y encarcelada. Su destino lo decidirá el consejo de caudillos.

Fue muy doloroso para Alarico ver a Valeria forcejeando con su guardia personal e intentando, en vano, evitar que se la llevaran maniatada.

Alarico y Calista se dirigieron de regreso a la tienda comentando aquel comportamiento tan extraño.

—Me ha puesto en una situación muy complicada —dijo Alarico, agitado por lo que había tenido que hacer.

—A ojos del pueblo, Valeria sigue siendo tu prometida —contestó

Calista.

—Habrá que castigarla. Aceptaré lo que el consejo dictamine.

—El consejo acatará lo que tú propongas —dijo Calista—. Valeria te ha llamado criminal delante de mucha gente, y eso me parece más grave que el intento de enterrar los huesos.

Alarico se despidió de Calista porque tenía que hablar con Ulfilas y con Amanda, la madre de Valeria. El obispo, informado ya de la detención de la joven, estaba muy enfadado. Amanda, que era quien había inculcado a su hija la fe cristiana, se mantenía callada y con lágrimas en los ojos.

—No has debido detener a Valeria —dijo Ulfilas.

—He tenido que hacerlo porque ha faltado al respeto a todo el pueblo godo. Estaba intentando enterrar los huesos de los asesinos, lo cual es un delito. No se puede ir contra las decisiones del consejo de caudillos.

—Eso es cierto —dijo Ulfilas—. Pero habría sido suficiente con que la hubieses confinado en su casa.

—Si hubiera sido otra persona, la habría ejecutado allí mismo y nadie me lo habría recriminado. La cárcel es el mal menor. Será juzgada en la siguiente reunión del consejo.

Amanda se fue llorando, y Ulfilas se despidió apenado de Alarico porque, aunque sabía que el joven caudillo tenía razón, le dolía que hubiese encarcelado a la hija de Marco Probo, a quien apreciaba como si se tratara de su propia hija.

Cuando se celebró el consejo, Alarico pidió para Valeria la pena de tres años de destierro, que fue aceptada por unanimidad.

Días después, Valeria salió del campamento, acompañada de su madre, en un carro y protegida por un destacamento de guerreros camino de Constantinopla. Pasarían allí los tres años siguientes.

3
Alejandría en llamas

De vuelta en Constantinopla, tras más de dos años ausente por la guerra civil y la necesidad de dejar todo preparado en Occidente para que su hijo Honorio, de siete años, heredase el título de emperador, Teodosio se centró en los asuntos de Oriente.

Se hallaba reunido en su despacho con la princesa Serena cuando esta le presentó una carta del patriarca Teófilo.

—¿Qué quiere el patriarca de Alejandría? —preguntó Teodosio.

—Te pide autorización para destruir los templos paganos que quedan en la ciudad. Quiere empezar por los de Poseidón y Mitra y concluir con la destrucción del Serapión.[4] Afirma que ya tiene la autorización del papa Siricio.

—He renunciado a mi jurisdicción sobre ese tema. La autoridad corresponde en exclusiva a la Iglesia —dijo Teodosio—. Envíale la respuesta habitual. Solo intervendré si se generan graves problemas de orden público.

—Los problemas de orden público dalos por hechos —opinó Serena —. Los alejandrinos son más revoltosos que los antioqueños y los tesalonicenses juntos. Y mucho más si el conflicto es entre cristianos y paganos.

—No pongas el carro delante de los bueyes, Serena. Responde a Teófilo lo que te he indicado.

Serena iba a retirarse cuando el emperador añadió:

—Que preparen el nombramiento de Rufino como cónsul del año que viene.

—¿Rufino… cónsul?

—Sí. Es el miembro del *consistorium* más eficiente que tengo.

—Pensaba que te decantarías por el prefecto del pretorio. Taciano está esperando esa designación.

—Soy yo el que decide quién ha de ser el cónsul de cada año. Y voy a nombrar a Rufino —insistió Teodosio—. Sé que no se lleva muy bien con Estilicón, pero eso no es óbice para que me sirva con la lealtad que le exijo.

—No se lleva bien con Estilicón ni con los miembros del *consistorium* —afirmó Serena.

—Son mis órdenes. No se hable más.

—Si así lo quieres, haré que preparen el nombramiento —dijo Serena, resignada.

Era consciente de que Rufino pretendía arrebatarle su posición de poder. Y ella seguía deseando todo el poder para sí; también para Estilicón.

Desde que accedió al cargo de patriarca de Alejandría tras la muerte de Timoteo, hacía seis años, Teófilo había concentrado todos sus esfuerzos en perseguir a los paganos y destruir sus templos ayudado por los monjes negros del desierto y por los parabolanos,[5] grupo que él había creado cuando era diácono. Las cartas de autorización del papa Siricio y del emperador Teodosio le daban alas para conseguir lo que siempre había deseado: la desaparición de cualquier huella de los paganos en Alejandría.

La ocupación del templo de Poseidón había sido muy traumática, y la destrucción de los objetos cultuales que acogía en su interior le sirvió para humillar a los paganos. Mandó que los colocasen en la plaza que había delante del templo y ordenó a los parabolanos que los hicieran pedazos. Estaban apiladas numerosas estatuas de divinidades, desde Poseidón hasta Hermes, pasando por Afrodita, Apolo, Artemisa, Dionisos y el resto de los dioses olímpicos. El momento de mayor tensión se produjo cuando Petrus, el sacerdote católico jefe de los parabolanos, llegó al lugar, cogió una estatua del dios Fascinus, representado como un falo colosal, y corrió con ella sobre su cabeza

alrededor de la plaza insultando a los paganos congregados y riéndose de ellos. Para los politeístas, el falo deificado era un símbolo de la fertilidad, de la tierra, los animales y las personas, y, sobre todo, de la buena suerte y una protección contra el mal de ojo. Hasta tal extremo era objeto de veneración que muchas mujeres romanas llevaban en sus collares, entre otros colgantes, un *fascinus*. Después de dar varias vueltas con el falo sobre la cabeza ante la indignación de los paganos, Petrus lo lanzó contra el suelo y lo aporreó con una maza enorme hasta hacerlo añicos. A continuación, sus compañeros procedieron destrozar con martillos y mazas el resto de las estatuas.

Los paganos congregados iban a atacar a los parabolanos cuando el filósofo Olimpio los detuvo.

—¡Quietos! Quieren que los ataquemos porque estamos desarmados —dijo con una voz grave que lo revestía de autoridad—. Volvamos a nuestras casas. Ya pensaremos qué podemos hacer.

Al día siguiente, Teófilo había previsto la destrucción del templo de Mitra, el dios al que se encomendaban los paganos para que protegiese la crecida anual del Nilo. El templo se hallaba rodeado de parabolanos y monjes negros para escudar a los católicos que estaban destruyéndolo con grandes mazas. Era la hora segunda cuando se congregaron también miles de alejandrinos paganos que gritaban contra los soldados y los obreros. Y en esa ocasión iban armados. Además, se les sumaron algunos judíos y muchos cristianos arrianos a los que los católicos llamaban herejes. Tras ellos se habían situado miles de alejandrinos católicos, a su vez armados de mazas, martillos y cuchillos, dispuestos a la lucha. Detrás de todos, el comandante del destacamento de Egipto, el general Romano, había desplegado a sus escasos legionarios.

A una orden de Petrus, los católicos se lanzaron contra sus enemigos. La batalla campal se desarrollaba bajo la mirada de Teófilo, que no hizo nada por interrumpirla. Más bien, parecía complacido; sabía que los suyos llevaban las de ganar. Después de unos minutos luchando, ya habían muerto varios hombres de ambos bandos, y Romano dio a sus soldados la orden de intervenir. Los legionarios entraron con las espadas y los escudos con el solo objetivo de separar

a los contendientes. Antes de que pudieran conseguirlo, el filósofo Olimpio gritó de nuevo:

—¡Al Serapión! ¡Refugiémonos en el templo de Serapis!

Fueron miles los paganos que se encerraron allí, un número que se incrementaba con el paso de los días. Entre ellos estaban Teón, Clío, Hipatia y Claudio Claudiano. Sabían que serían sitiados y, aunque tenían víveres y agua para aguantar algún tiempo, el final ineludible era la derrota y posiblemente la muerte dado que los católicos no los dejarían salir con vida de allí. Olimpio, que era amigo de Teón, se dirigió una vez más a los congregados:

—Es preferible morir aquí con dignidad que quedar vivos bajo la opresión de los católicos.

—Tenemos que defendernos, pero también luchar —dijo Hipatia, que era tan popular entre los paganos como odiada por los cristianos —. Nos estamos jugando el futuro. Si vencen, nuestra cultura habrá desaparecido.

Los encerrados se prepararon para resistir el asedio.

Por la noche, grupos de paganos armados salían del Serapión con el propósito de apresar católicos. Y durante varios días lo consiguieron. Tenían unos quince rehenes, que encerraron en las dependencias privadas del sacerdote.

Por su parte, los católicos aprisionaban a los paganos que no habían tenido tiempo de refugiarse en el Serapión.

Teófilo, desde la posición de los sitiadores, alentaba a sus huestes a no perder la fe en la victoria.

—Alejandría quedará limpia de idólatras, así como de estatuas de ídolos y falsos dioses. Ellos adoran imágenes. Nosotros, sin embargo, adoramos al Dios verdadero del que no es posible hacer imágenes porque la Biblia lo prohíbe. Recordad a Moisés rompiendo las tablas de la ley, enfurecido contra los adoradores del ídolo de oro.

—Hay que destruir la estatua de Serapis —continuó arengando Petrus—. El primer mandamiento de la ley de Dios dice que no se pueden hacer imágenes de lo que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra ni en las aguas debajo de la tierra, como tampoco adorarlas ni inclinarse ante ellas como hacen los paganos.

Las arengas contra los líderes paganos iban caldeando el ambiente. Al cabo de dos semanas, los católicos empezaron a matar rehenes paganos y amenazaron a los encerrados con que, si no se entregaban, quitarían la vida a uno cada día. Los colocaban al principio de la escalinata para que fueran vistos desde la entrada del templo y los degollaban.

Por su parte, los paganos decidieron hacer lo mismo: un católico muerto por cada pagano degollado. Y para intimidar más a los seguidores de Teófilo, fabricaron cruces en las que crucificaban a los católicos apresados y luego los exponían a la vista de los sitiadores.

—Aquí tenéis vuestros mártires. Han muerto como Jesucristo —decían los paganos.

La tensión iba subiendo y, como las flechas incendiarias que lanzaban no conseguían quemar el Serapión, los católicos se aventuraron a asaltarlo. Era una tarea titánica que no les resultaba efectiva, pues aunque conseguían acabar con varios paganos en cada ataque, también morían varios de los suyos. El general Romano no tenía claro qué hacer porque para parar a los contendientes tenía que lanzar a sus tropas contra una de las partes. Por eso envió una carta al emperador Teodosio explicándole la situación.

La noticia de los enfrentamientos de Alejandría se extendió por todo el imperio. Un escriba godo que trabajaba en la gran Biblioteca se dirigió al campamento de los godos ubicado en la Mesia y pidió que lo llevaran ante Armín, al que conocía de Alejandría.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Armín.

—Me envía Teón el Astrónomo. Tengo que entregar un mensaje de su parte al caudillo Alarico.

—Dámelo —dijo Armín—. Yo se lo haré llegar.

—Debo entregárselo en persona —insistió el escriba, quien acto seguido informó a Armín de la guerra entre católicos y paganos que se había desatado en la ciudad del Nilo.

—Pediré al caudillo Alarico que te atienda cuanto antes —aceptó Armín—. Mientras te recibe, puedes comer y descansar.

—No lo haré hasta que no le haya entregado el mensaje. Así se lo prometí a Teón —dijo el escriba—. Es muy urgente. He tardado casi tres semanas en llegar desde Alejandría, sin parar siquiera a descansar, para ahora esperar. La situación es crítica.

—Muy bien. Intentaré que te reciba de inmediato —convino Armín.

Alarico recibió sin tardanza al escriba godo y este le entregó el mensaje. La cara y el aspecto del mensajero delataban el sufrimiento que había padecido para llegar a ese lejano lugar de los Cárpatos.

—Armín —dijo Alarico—, que atiendan a este hombre y que lo cuiden como si fuera de mi familia.

En la carta, Teón le explicaba la situación de asedio de los paganos y le rogaba que intercediera como federado del imperio ante Teodosio. Alarico pensó en Hipatia y en los suyos, e hizo algo que nunca habría hecho si tan solo de él dependiera: dictó a Armín una misiva destinada al todopoderoso emperador en la que le pedía clemencia para los paganos de Alejandría y para sus templos, sin mencionar explícitamente a los parientes de Hipatia. Estaba seguro de que el emperador tendría su petición en cuenta y haría algo por proteger la vida de los paganos. Aun así, sintió la necesidad de ir personalmente porque «su familia» de Alejandría se había jugado la vida por salvar la de él. Considerando que existía una guerra declarada, como había dicho el escriba, decidió que viajarían con él Calista, Walfram, Brand, Adler y Armín, que se había convertido en un buen jinete.

Como cada mañana, Teodosio y Serena despachaban la correspondencia en el palacio imperial.

—Una carta del general Romano, jefe del ejército en Egipto —dijo Serena.

—Eso significa que se confirman las noticias que han llegado de Alejandría. Léela.

Serena leyó la carta en la que el general Romano explicaba la situación entre cristianos y paganos. Consultaba al emperador porque él no sabía qué decisión tomar. No quería ponerse del lado de ninguna de las partes.

—También hay una carta de Alarico —dijo Serena.

—¿De Alarico? —se extrañó el emperador—. ¿Qué quiere nuestro federado?

—Solicita clemencia para los paganos de Alejandría y respeto por sus templos.

—¿Qué tiene que ver Alarico con Alejandría?

—Ya te lo conté: de niño vivió allí unos años, acogido por una familia pagana. Cuando Estilicón lo rescató en Atenas lo protegía una filósofa llamada Hipatia.

—Esto es un verdadero dilema —se quejó Teodosio—. Y ahora no puedo decir que está fuera de mis atribuciones. Una disputa religiosa se ha transformado en un violento conflicto de orden público que requiere que el emperador busque una solución. ¿Qué se te ocurre que podemos hacer, querida sobrina?

—Es una cuestión difícil —reconoció Serena—. Cualquier intervención supondría masacrar a una de las dos partes. Siendo coherente con tus acuerdos con Ambrosio, lo lógico sería que te pusieras de parte de los católicos.

—Entonces daré a Romano la orden de que ataque el Serapión y desaloje a los paganos. Habrá una carnicería.

—¿Se te ocurre otra solución? —dijo Serena—. Para contentar a Alarico, ordena al general Romano que salve a Hipatia y a su familia.

—Esa solución me parece inadecuada, pero no se me ocurre ninguna otra. Veamos qué piensan Estilicón y Rufino.

—¿Rufino? ¿Qué puede aportarnos Rufino?

—Tú haz que vengan.

Unos minutos después entraban en el despacho los dos hombres de confianza de Teodosio. Serena les hizo un resumen de la situación.

—¿Qué crees que debo hacer? —preguntó el emperador a Estilicón.

—Considero que la solución de Serena es la menos mala. Lo de salvar a Hipatia y a su familia me parece muy inteligente.

—Y tú, Rufino, ¿qué piensas? ¿Qué harías si tuvieras que tomar la decisión?

—Sé que a la Iglesia católica le gustaría que el emperador masacrase a los paganos. Pero yo que tú no me implicaría con ninguna

de las partes.

—¿Eso es posible? —preguntó Teodosio.

—Sí. Buscaría un tercero al que declarar culpable.

—No hay ningún tercero en este conflicto.

—Lo hay. Por lo que yo sé y lo que la princesa Serena ha dicho, el germen de este conflicto son los templos paganos. Culpémoslos a ellos. Les impondremos como castigo que sean destruidos.

—Una excelente idea —reconoció Teodosio—. Pero eso no resuelve el problema entre católicos y paganos. Ya se han producido muchos muertos.

—Ofrece una amnistía a todos. Con eso demostrarás tu clemencia. Los segundos la aceptarán porque la alternativa que tienen es morir. Y los primeros estarán encantados porque se salvarán de un juicio y se destruirán los templos paganos. Así, además, habrás cumplido una parte importante de la petición de Alarico.

—Excelente, Rufino. Se nota que eres rétor y abogado. Redacta la resolución en los términos que has expuesto. Una vez que la tengas escrita, házmela llegar para que le pongan el lacre con el sello imperial. Tiene que salir inmediatamente.

El emperador ordenó a los dos hombres que se retirasen.

—¿Has visto, sobrina? Rufino ha dado con la solución menos mala.

Serena prefirió no contestar y se retiró con cara de enfado. Rufino acababa de ganarles la partida a ella y a Estilicón. Empezaba otra guerra.

4
Una ciudad en llamas

Alarico y sus acompañantes llegaron a Alejandría lo más rápido que pudieron. Corría el mes de noviembre del año 390. Cuando el carguero que los llevaba hasta el puerto de Oriente pasó junto al Faro, vieron columnas de humo elevarse desde muchos puntos de la ciudad. Esas columnas recordaron al caudillo godo las palabras de Hipatia. Ella estaba segura de que Teófilo acabaría destruyendo el Serapión y la estatua de Serapis. Cuando desembarcaron, Alarico ordenó a Armín ir a la casa de Teón para averiguar si Hipatia y su familia se hallaban allí. Él y el resto del grupo se dirigieron a toda prisa al Serapión.

Vieron a mucha gente huyendo a la carrera del templo de Serapis. Había algunas casas en llamas y la humareda llenaba Alejandría a tal punto que resultaba difícil distinguir las cosas y respirar. No obstante, Alarico y sus acompañantes continuaron corriendo en dirección al Serapión. Buscaron durante un buen rato a Teón y los suyos, y finalmente los encontraron al pie de la escalinata. Teón y Claudiano, que habían intentado apagar el incendio del templo, estaban extenuados y casi ahogados por el humo. Alarico dijo a Calista y Walfram que los atendiesen.

—¿Dónde está Hipatia? —preguntó a Clío, la esposa de Teón.

—No lo sabemos —respondió la mujer, con los ojos llorosos y enrojecidos.

—Las hordas de parabolanos se dirigían hacia la gran Biblioteca —dijo Claudiano desde el suelo haciendo un gran esfuerzo.

—¿La gran Biblioteca? —quiso confirmar Alarico.

—Sí. Gritaban que iban a quemarla.

Alarico no dijo nada más. Con la fuerza de una flecha disparada por una ballesta, corrió hacia la gran Biblioteca y el Museion, seguido de Brand y Adler. Intuía que Hipatia estaría allí.

Cuando llegó, se encontró el corazón cultural del mundo envuelto en llamas. El caudillo godo y sus guardaespaldas, en medio del caos, se movían de un lado a otro gritando el nombre de Hipatia. Todos en Alejandría la conocían, y si alguien la había visto lo diría.

—Está dentro de la gran Biblioteca —respondió un joven llorando.

—¿Cómo que está dentro? —se alarmó Alarico.

—Es mi maestra. Acabo de verla entrar.

—¿Por dónde ha entrado?

El joven señaló una puerta abierta que todavía estaba intacta, y Alarico corrió hacia ella. En cuanto entró, pudo ver el espectáculo terrible del fuego crepitando y devorando los estantes llenos de códices y pergaminos. Y en una esquina del primer piso descubrió a Hipatia envuelta en humo y a punto de saltar sobre las llamas. Subió corriendo por la escalinata sorteando las llamaradas. Hipatia, iluminada por el fuego y vestida con su túnica de filósofa, contemplaba anegada en llanto la destrucción del legado cultural más importante de la humanidad. No reparó en Alarico, y cuando ya estaba presta a saltar, este la sujetó por la cintura y la llevó en brazos hasta el exterior de la gran Biblioteca. Ambos tosían sin parar a causa del humo que les había entrado en los pulmones. Hipatia, abrazada a Alarico, seguía llorando con desconsuelo.

—Teófilo lo ha conseguido —dijo la joven, que empezaba a ser consciente de que Alarico la sostenía entre sus brazos—. No hemos sido capaces de pararlo. ¿Por qué no me has dejado morir?

El caudillo godo abrazó a la filósofa con tal intensidad que debía de hacerle daño. Pero ella no se quejó del abrazo de la persona por la que más cariño había sentido desde que recordaba.

—No pienses más en ello. Ya no tiene remedio.

—Ni siquiera han venido los *vigiles.*[6] Ellos tienen la obligación de apagar el fuego dondequiera que se produzca.

El joven que había indicado a Alarico la puerta por la que Hipatia había entrado y que no paraba de llorar se hallaba junto a ambos en

ese momento.

—Llora, Sinesio —dijo Hipatia—. Con la destrucción de la Biblioteca mueren también nuestros sueños y nuestro espíritu, que es el de los griegos.

Alarico miró a aquel muchacho a quien Hipatia hablaba con tanta familiaridad.

—Es Sinesio de Cirene, mi mejor alumno —explicó Hipatia entre lágrimas—. Intentó impedirme que entrara, pero conseguí desembarazarme de él.

—Vayamos a reunirnos con tus padres —dijo Alarico.

Sinesio miró apenado cómo se marchaba su maestra y después volvió el rostro hacia las llamas que consumían sin remedio aquel templo de la sabiduría.

Armín había regresado de la casa de Hipatia y encontró a Teón, Clío y Claudiano con Calista y Walfram.

—¿Y Alarico? —preguntó.

Fue Calista la que le respondió:

—Ha ido con Brand y Adler a buscar a Hipatia.

Cuando Alarico volvió llevando en brazos a Hipatia, Adler y Brand cogieron en los suyos a Teón y a Claudiano, y todos fueron a la casa de los alejandrinos. Alarico pidió que nada se hablara durante esa noche. Lo importante era que la familia, que había vivido un largo asedio en el Serapión, había salido con vida. Ahora tenían que descansar y recuperarse. Alarico pidió a Calista que se quedase con Hipatia dado que la filósofa estaba muy nerviosa y alterada. Clío dijo a los criados que alojaran como pudiesen a los visitantes y les proporcionaran comida.

Cuando a la mañana siguiente se reunieron para hablar, todos se sentían como si hubieran despertado de una pesadilla.

—Ha sido un plan orquestado por Teófilo —dijo Teón, que informó a Alarico sobre la participación del emperador Teodosio y su idea de culpar a los templos paganos como inductores del conflicto y condenarlos a la destrucción—. Cuando el tribuno leyó en público la

concesión de la amnistía por parte de Teodosio, casi todos los refugiados en el Serapión respiraron porque, dadas las circunstancias, la alternativa era morir. El filósofo Olimpio lo sometió a votación y la mayoría se manifestó a favor de rendirnos a cambio de la vida.

Alarico les explicó el contenido de la carta que él había enviado al emperador para que salvase a los paganos y no permitiese la destrucción de los templos.

—Fue horrible ver al propio Teófilo, como si fuese un parabolano más, descargando hachazos sobre la estatua del dios Serapis —dijo Teón—. Cuando ayudado por Petrus y otros parabolanos la hicieron añicos, él mismo, como si se tratase de un acto ritual, pidió una antorcha y prendió fuego a los restos de la estatua antes de que los demás incendiasen el templo.

Hipatia les describió entonces la destrucción total del Museion y la gran Biblioteca, y un llanto inundó la sala de aquella casa que cobijaba una biblioteca particular reconstruida después de la destrucción de la antigua por parte de los monjes negros, en la ocasión en que Alarico fue herido y salvado de la muerte por Hipatia.

—Aunque es privada, esta biblioteca también será destruida. Los cristianos no quieren que se conserve ningún escrito pagano —añadió Hipatia—. En algún momento te hablé de los tiempos oscuros, Alarico. —Lo miró—. Ya han llegado. Alejandría, la capital de las ciencias, las artes y la filosofía, acaba de morir. La Iglesia, con el apoyo del emperador, ha usado esta ciudad como ejemplo de erradicación total de todo aquello que no sea catolicismo. Y lo ha hecho, como siempre, empleando una violencia extrema.

—Se han acabado los ritos a los dioses, los espectáculos públicos, las fiestas en honor a Serapis, los certámenes de poesía, los conciertos, los simposios, las procesiones de Isis, las lecturas de epopeyas, las representaciones teatrales, la edición de códices, la pintura y la escultura, el estudio de la filosofía, los experimentos científicos, la educación clásica, la retórica, la astronomía, las matemáticas, las carreras de carros, el circo… —dijo Teón—. Se han propuesto acabar con una civilización que tiene más de mil años. Están ensayando en Alejandría lo que quieren que sea el imperio en el futuro. Y esto va a

continuar en todas las ciudades, incluida Atenas. No pararán hasta destruir el último vestigio de la herencia espiritual de griegos, latinos, persas o egipcios.

Los acompañantes de Alarico asistían con tristeza a cuanto allí se decía.

—Si no lo evitamos, lo conseguirán —afirmó Calista.

Alarico estaba triste, pero a la vez irritado por lo que había visto en Alejandría. No era eso lo que quería para su pueblo. Él deseaba para los godos cuanto la Iglesia católica estaba prohibiendo y destruyendo. Y el culpable de todo era el máximo dignatario del imperio, el emperador Teodosio. Aunque había cumplido una parte de lo que el propio Alarico le pidió en su carta dejando vivir a los paganos, la destrucción de la gran Biblioteca había sido un acto totalmente gratuito. Y se lo haría pagar. El sufrimiento de Hipatia y su familia no podía quedar sin castigo.

A la mañana siguiente Hipatia seguía inconsolable, y Alarico trató de reconfortarla.

—Lo que ha ocurrido en Alejandría afecta a toda la humanidad —le dijo—. Si Teodosio ha consentido y alentado esta salvajada, podemos dar por destruidas ya las bibliotecas de Éfeso, Pérgamo, Atenas, Constantinopla y cualquier otra de las muchas que hay en el imperio.

—Por eso deseaba morir —confesó Hipatia—. No merece la pena vivir en este horrible mundo que los católicos pretenden instaurar. Van a prohibir la enseñanza de todo lo que no sean los dogmas cristianos. En Alejandría existe desde hace más de doscientos años el Didaskálion, la escuela de catequesis católica. Y nunca fue censurada ni prohibida. A partir de ahora solo existirá esa escuela y otras iguales. Los católicos no quieren ciudadanos cultivados, quieren analfabetos fieles.

Alarico conocía muy bien a Hipatia y sabía que ella había dedicado su vida con pasión a la enseñanza de la filosofía y la ciencia. Y había conseguido ser profesora en el Museion, ahora pasto de las llamas.

—¿Dónde enseñaré? —se preguntó Hipatia.

—Tu padre era, hasta ayer, el director del Museion y la Biblioteca. Pero ya no existen. ¿Por qué no vienes conmigo? Mi pueblo necesitará maestros competentes. Además, aquí ya no estáis seguros. Los fanáticos católicos no pararán hasta que consigan quemar vuestros cadáveres y los de todos los científicos y filósofos.

—Quiero ver qué ha quedado del Museion —dijo Hipatia.

—No me parece una buena idea.

—¿Me acompañas, Alarico?

—Claro que sí. ¿Puedo pedir a Calista que venga con nosotros?

Cuando se dirigieron a recoger a la joven persa, Hipatia alabó las cualidades de Calista. Y Alarico le dijo que le resultaba imprescindible y que si dependiera de él la tendría siempre a su lado.

—¿Y Valeria?

Alarico le explicó lo que había ocurrido con Valeria.

—¿Se ha vuelto una fanática cristiana? —preguntó Hipatia.

—Me temo que sí. Y cada vez más.

El joven le contó que había tenido que expulsarla y que estaba exiliada en Constantinopla.

—No parece ser la mujer que conviene al futuro rey de los godos —dijo Hipatia.

Poco después, acompañados por Calista, llegaron al Museion. En primer lugar, se dirigieron a la Biblioteca. La visión de los restos humeantes y el fuerte olor a papiro quemado y al cuero de los pergaminos carbonizados llenó nuevamente de tristeza a Hipatia. Solo habían quedado en pie algunas columnas del edificio e infinidad de escombros. No se había salvado ni un solo libro.

—Había un millón de códices, papiros y pergaminos —dijo Hipatia—. Los científicos, los filósofos, los historiadores y los escribas los cuidaban como si fueran sus propios hijos. Y los han destruido una caterva de analfabetos conducidos por un clérigo fanático.

A escasa distancia de ellos, Teófilo, rodeado de un grupo de parabolanos, contemplaba sonriente los restos de su hazaña junto al sacerdote Petrus. Cuando este reparó en Hipatia, la miró a los ojos y, levantando la voz para que todos le oyeran, le dijo:

—¡Algún día te mataré, zorra pagana!

Al oír las palabras del sacerdote, la joven fue presa del pánico y se abrazó a Alarico. El godo pareció transmutarse, y ya se disponía a dirigirse hacia Petrus para hacerle tragar sus palabras cuando Hipatia lo apretó contra ella al tiempo que Calista trataba de sujetarlo por los brazos.

—He reconocido su voz —le susurró Alarico al oído—. Es uno de los monjes negros que nos atacó en tu casa.

—Podrías haberlo matado de un solo golpe —afirmó Calista—. Pero son muchos y habrían acabado con nosotros.

Cuando volvían a casa de Hipatia, Alarico le dijo:

—Si tú y tu familia vinierais con nosotros estaríais seguros, lejos de esos fanáticos.

—No, Alarico. Mi sitio está en Alejandría. Mi mundo ha muerto, pero yo seguiré enseñando filosofía mientras tenga alumnos como Sinesio.

5
El oráculo de Amón

Alarico, que temía por la vida de los miembros de su familia egipcia, incluido Claudio Claudiano, decidió permanecer con sus acompañantes en Alejandría hasta que todo se tranquilizase y la ciudad volviera a coger el pulso de la cotidianidad, fuera el tiempo que fuese.

El caudillo godo hablaba cada día con Hipatia de las cuestiones que le inquietaban.

—Me dijiste que Valeria no te parecía la mujer más adecuada para ser la esposa del futuro rey de los godos.

—Por lo que me has contado, está más preocupada por su fe que por el futuro del pueblo godo —contestó Hipatia—. Además, ha contradicho tus decisiones en casi todas las ocasiones en que ha podido. Necesita un hombre de su misma fe, no un caudillo cuya misión es crear un gran ejército y conducir a su pueblo al lugar donde asentarse definitivamente. Ella no te va a ayudar en tu cometido. He hablado con Walfram, Armín y Calista, y todos afirman que no es la mujer que el pueblo godo necesita como compañera de su rey.

—Ojalá yo lo tuviera tan claro.

—Cuando se proclamó dios viviente, Alejandro Magno fue a consultar al oráculo del dios creador Amón —continuó Hipatia—. En el idioma de los antiguos egipcios, Amón significa «oculto», y el oráculo de Amón es el que desvela lo oculto. No soy supersticiosa, Alarico, pero quizá deberías consultarle… Y deberías hacerlo antes de que Teófilo destruya su templo.

Hipatia le sugirió esa posibilidad porque lo quería tanto que habría

hecho cualquier cosa que pudiera ayudarlo a aclarar sus sentimientos.

—No pierdo nada con consultar a ese oráculo —dijo Alarico.

—Su templo está en el oasis de Siwa, a varias jornadas de aquí, en pleno desierto al sudoeste de Alejandría. Mi padre se ocultó allí una parte del tiempo que tuvo que exiliarse cuando los legionarios romanos te buscaban para matarte.

Dos días después, una expedición compuesta por todos los acompañantes de Alarico e Hipatia y su familia, a la que se añadió Claudio Claudiano, partía hacia el oasis de Siwa. La joven pensó que unos días fuera de Alejandría les vendrían bien para intentar recuperarse de la conmoción sufrida.

Se trataba de un oasis enorme, casi cincuenta millas de longitud, y tuvieron que atravesarlo para llegar a su destino. Acamparon junto al lago, bajo unas palmeras y cerca del templo de Amón.

—Tienes que ir solo, Alarico —le dijo Teón, que ya estaba restablecido totalmente de los efectos del humo, al igual que Claudiano—. El oráculo sabrá quién eres y para qué le consultas.

Esa tarde, el godo tuvo la oportunidad de quedarse a solas con Claudiano y estuvieron paseando por el enorme palmeral. Si de niños su aspecto y su condición física ya los hacían distintos, ahora lo eran mucho más. Claudiano era un joven menudo de tez oscura y lampiña, de rasgos semíticos, con el pelo azabache y los ojos muy negros y vivarachos. Alarico, por su parte, medía más de seis pies y tenía una complexión atlética, de brazos y piernas musculados, el pelo largo y muy rubio, la cara rubicunda, la barba rojiza y los ojos intensamente azules.

—¿Sigues queriendo ir a Roma? —le preguntó Alarico.

—Estoy sin opciones. Se han instalado los tiempos oscuros en Alejandría. Fue la gloria del Mediterráneo, el lugar más atractivo para cualquier persona que, como yo, deseara dedicar su vida a las letras, pero Teófilo y sus fanáticos la han convertido en un cementerio. Hipatia jamás se irá de Alejandría, pero yo no me voy a quedar. Quiero que mis poemas se conozcan en todo el imperio, y la mejor

ciudad para conseguirlo es Roma.

—Podrías venir a vivir con los godos…

—No sé qué haría yo entre los godos. He hablado con Calista y me ha contado que ni siquiera habéis decidido si os quedáis en la Mesia. No tengo espíritu nómada —reconoció Claudiano—. Por cierto, debo decírtelo: Calista me parece una gran mujer. Yo que tú la retendría a mi lado.

—Calista siempre estará a mi lado —dijo Alarico, convencido.

—¿Estás enamorado de ella?

—Siempre he estado y estaré enamorado de ella. Sé que solo Hipatia y Valeria son para mí tan importantes como Calista —afirmó Alarico.

Al día siguiente, Alarico se dirigió solo al templo. Todos lo observaron mientras se alejaba con su espectacular porte, algo disimulado por la túnica de filósofo, caminando con la seguridad de aquellos que saben que han sido elegidos por el destino. Escoltaban la entrada dos esfinges gemelas, y una muralla de planta cuadrada levemente inclinada hacia el interior rodeaba el exterior. Traspasado el dintel, ricamente labrado, se cruzaba un peristilo que daba acceso a la puerta abierta de una sala sin ventanas, iluminada por dos pequeños candiles. Cuando entró, Alarico halló a un sacerdote que, con el torso desnudo, rezaba arrodillado ante la estatua de Amón, representado con cabeza humana. No le dio tiempo a formularle una sola pregunta porque el sacerdote, sin siquiera volverse hacia él, le dijo:

—Alarico, debes esperar a que termine mis oraciones.

Le había llamado por su nombre, y el joven godo se quedó sorprendido. Decidió esperar a que acabase de rezar.

—Sé a qué has venido —dijo el sacerdote después de incorporarse.

Era un hombre alto de más de sesenta años con el rostro afilado, la tez semítica muy brillante, los labios finos pintados de rojo y los ojos con un cerco de color negro y rayas a ambos lados que los hacían parecer rasgados.

—Deseas averiguar qué hay en el corazón de Valeria —continuó—. Y por eso sigues buscando en su interior. Pero todo será en vano. —Al oírlo, a Alarico le dio un vuelco el corazón—. Ella, igual que tú, ha

comprendido que es imposible que sigáis juntos porque tu nación te necesita y sabe que no está llamada a acompañarte. Además, el dios Amón quiere que te diga que Roma va a precisar de ti pronto. Así que concéntrate en lo que está escrito en tu destino. No debes seguir buscando en el corazón de Valeria porque solo conseguirás que ambos sufráis más de lo que sufrís en este momento.

—¿Qué quieres decir con que Roma me necesita? Es la nación goda la que me necesita. Tengo que hallar el lugar en el que instalar a mi pueblo.

—Tú, como Moisés, no conocerás la tierra del asentamiento definitivo de tu pueblo. Pero llegará un día en que la nación goda verá recompensada su búsqueda con un paraíso. Para ello es indispensable que pasen muchos acontecimientos…, épocas de dolor y padecimientos, y de vagar sin descanso por el imperio de este a oeste y de oeste a este. Dirigirás el ejército más poderoso del mundo, Alarico. Serás traicionado y conseguirás muchas victorias, pero también sufrirás derrotas.

—Sé cuáles son mis obligaciones y no quiero conocer qué me deparará el futuro —dijo Alarico—. El futuro es lo que está por venir y desde muy pequeño me enseñaron a construirlo, no a vaticinarlo. Si estoy aquí, es solo para que me digas cuál será mi situación con Valeria. Todo lo demás ya se verá.

—Te he dicho ya lo que me está permitido decirte. El mundo te espera, Alarico. Gracias a ti, el imperio, que ahora está dividido y roto, quizá pueda unirse de nuevo.

Alarico no deseaba oír las predicciones del sacerdote. Solo le interesaba lo relativo a Valeria. Con el paso del tiempo, había llegado a ser consciente de que no le quedaba más remedio que perderla.

—Nada puedo contarte sobre lo que me pides. Y la razón es que no debo desvelar hechos que tú mismo puedes cambiar con tu voluntad. Tienes que dejar que el tiempo pase. Tu destino debe cumplirse. Sin embargo, veo a una mujer sin nombre con el rostro ajado que te abrirá las puertas de una gran ciudad.

Alarico salió decepcionado de la visita al oráculo. Desde niño le habían inculcado que el futuro lo hacen los hombres, y él quería

protagonizar aquello que el destino le deparaba. Ni siquiera le interesaba saber quién sería esa mujer que le abriría las puertas de una gran ciudad ni de qué ciudad se trataba. No quiso oír nada más. De lo que estaba muy seguro era que, a pesar de los vaticinios del sacerdote de Amón, no iba a olvidarse de Valeria.

6
La conspiración

Había llegado a Constantinopla siendo una adolescente ingenua, pero la emperatriz aprendió pronto que la única manera de sobrevivir en esa corte infestada de intrigantes era posicionarse del lado de los militares, pues eran los que gozaban de más poder. Rufino había conseguido tener una espía en los aposentos de Gala. Se trataba de Helpidia, el ama de cría de Gala Placidia, que informaba al insidioso funcionario por temor a que pudiese sucederle alguna desgracia a su pequeña protegida. El emperador le había dicho que tratara a aquella niña como si fuese su propia hija. Y era verdad que, con el paso del tiempo, Helpidia se había transformado, mucho más que Gala, en la madre que Placidia reconocía y necesitaba.

Mientras tanto, en esos primeros meses del año 391, en el campamento de los godos los más próximos colaboradores de Alarico notaban en él una intensa agitación derivada de los últimos acontecimientos. El caudillo, que había negociado con el emperador una gran mejora en la subvención permanente en metales preciosos y alimentos como contrapartida de la participación de su pueblo en la guerra civil, no estaba satisfecho. Hacía meses que Teodosio les había retirado esa subvención, y Alarico no entendía por qué ya que le había garantizado su carácter indefinido, al margen de que la guerra hubiera finalizado. Esa falta de dinero para los gastos corrientes de su ejército lo había llevado a lanzar un ataque de saqueo sobre Macedonia. Al ser informado, Teodosio montó en cólera y ordenó al general Promoto,

magister militum de Oriente, que fuese al encuentro de las tropas de Alarico para darle un escarmiento. El caudillo godo, que recibió la noticia de la llegada de los contingentes imperiales, consiguió retirarse a tiempo, pero sin haber obtenido el botín que deseaba; debería volver en cuanto las tropas de Promoto se marchasen. Por si todo eso no bastara, a esos dos hechos se sumaba que Alarico se había comprometido a castigar de algún modo al emperador por los sucesos de Alejandría.

El caudillo godo despachaba en ese momento en la tienda real con Ataúlfo, Calista, Walfram, Briton Drumas y Aram. Fuera quien fuese con quien estuviera Alarico, su asistente Armín siempre se hallaba presente o en la puerta por si el caudillo necesitaba algo de él.

—Teodosio está poniéndose en contra de nuestro pueblo —comentó Calista.

—No se trata solo de la retirada de la subvención —dijo Alarico—. Ha nombrado a Promoto *magister militum* cuando de todo el mundo es conocido el odio que nos profesa.

—Eso es porque nos teme —afirmó Walfram—. Quizá ha llegado el momento de dar una lección al todopoderoso emperador.

Las palabras de Walfram retumbaban en la cabeza del caudillo godo. Sí, tendría que darle una lección al emperador. Hacer algo que lo escarmentase. Además, se había prometido a sí mismo que vengaría a Hipatia por el mal que Teodosio le había causado al destruir el Serapión, el Museion y la gran Biblioteca. Y eso último le había dolido a él tanto como a Hipatia porque lo consideraba un atentado contra la cultura y la forma de vida en la que se había educado.

Armín interrumpió la reunión para comunicar a Alarico que acababa de llegar un mensajero que aseguraba traer noticias importantes.

—Que pase —ordenó Alarico.

—Dice que únicamente está autorizado a hablar a solas contigo. En caso contrario, tiene órdenes de irse sin informarte de nada.

—No tengo secretos para mis colaboradores —aseveró Alarico—. Pero bueno…, no importa, después os informaré. Hazlo pasar a la estancia de las visitas.

Cuando entró en la estancia, el caudillo godo encontró a un hombre joven vestido al estilo de Constantinopla.

—¿Quién te envía?

—Me envía Rufino, el prefecto de finanzas de Teodosio.

—He oído hablar de él. Por lo visto, es un hombre de confianza del emperador, incluso por encima del prefecto del pretorio.

—No estoy autorizado a hablar de eso, señor —dijo el mensajero—. Me envía para proponerte una reunión secreta que se celebraría en una villa a quince millas de Adrianópolis.

Alarico aceptó la cita, y el emisario le indicó el lugar, el día y la hora antes de retirarse.

En el palacio imperial la aversión hacia Rufino iba creciendo sin parar. Por suerte para él, solo se encargaba de las cuestiones relacionadas con las finanzas; era un alto funcionario pero de segundo nivel respecto al prefecto del pretorio y a los generales.

En ese momento se celebraba una reunión del *consistorium* presidida por Teodosio y Arcadio, en su calidad de augusto y coemperador. Intervenía el general Promoto, que explicaba cómo se desarrollaría la siguiente campaña militar contra los godos de Alarico y el dinero que necesitaría para el pago de los nuevos soldados, el material y el abastecimiento de las tropas. Rufino pidió la palabra porque se trataba de un tema que estaba entre sus competencias.

—No puedo dar mi autorización a ese gasto —aseveró Rufino.

El general Promoto miró con desprecio y soberbia al responsable de las finanzas.

—¿Cómo te atreves a negar los fondos para el mantenimiento del ejército?

—Yo no estoy aquí para decir sí a todo lo que pida un general, sino para defender el dinero del imperio.

—No soy cualquier general, sino el *magister militum* del ejército de Oriente, y tú no eres más que un simple responsable de las finanzas sin ninguna competencia sobre las tropas. Así que retira lo que acabas de decir.

Teodosio no interrumpió la disputa. Quería conocer las razones de Rufino para haber hablado con semejante temeridad.

—General, no voy a retirar lo dicho…, salvo que me lo ordene el emperador.

Taciano, el prefecto del pretorio, sudaba y no paraba de secarse la frente con un pañuelo. Era el máximo responsable de la administración y también del orden de las reuniones del *consistorium*. Al ver que Teodosio no hacía nada para impedir hablar a Rufino, dijo:

—Dejemos que se explique.

—Emperador… —Rufino miró a Teodosio—. Los godos siguen siendo aliados del imperio porque el pacto continúa en vigor al no haberse derogado ni denunciado. Retiraste la subvención porque el general Promoto lo pidió. Pero no lo hizo por salvaguardar las finanzas imperiales. —Al oírlo, Promoto fue a levantarse, pero el emperador le ordenó con la mano que permaneciese sentado—. Lo hizo por su odio hacia la nación goda. Puedo demostrar que estamos gastando en esta estúpida guerra, que solo nos lleva a debilitarnos, mucho más dinero que si hubiésemos continuado pagando la subvención. Y, además, nos estamos ganando un enemigo que puede sernos de mucha utilidad en caso de necesitarlo como aliado.

—¿Estás diciendo que esta campaña se ha planificado por mi odio hacia los godos y no por una necesidad del imperio? —exclamó Promoto, indignado.

—Eso es lo que he dicho —afirmó con mucha frialdad Rufino.

Sin que nadie pudiera evitarlo, porque los soldados de la guardia personal de Teodosio estaban fuera, Promoto se levantó de su asiento y se dirigió hasta el lugar donde se sentaba Rufino. Este se irguió para retirarse porque advirtió en la expresión furiosa del general el ánimo de agredirle. Pero el *magister militum*, que como todos los mandos militares romanos era un hombre de una singular fortaleza física, alcanzó a darle tal puñetazo que lo derribó y le hizo sangrar profusamente por la nariz y la boca. Teodosio ordenó a ambos que volviesen a sus asientos. Después de estos hechos, lo normal es que el responsable de las finanzas hubiera salido de la sala custodiado por la guardia personal del emperador y acusado de un delito muy grave,

porque en un imperio militar la razón siempre la tiene el general; sin embargo, ni Teodosio ni Arcadio querían perder a aquel colaborador que les inspiraba tanta confianza. Mientras Rufino se limpiaba la sangre de la cara con un pañuelo, Teodosio resolvió la cuestión haciendo aprobar el gasto que el *magister militum* solicitaba, ante la mirada de desaprobación de Arcadio.

Era la hora segunda de un día de primavera cuando Alarico, acompañado de Calista y Ataúlfo, llegó a la finca en que se celebraría la reunión. Rufino los esperaba tomando una taza de leche fresca y dátiles. No conocía al caudillo godo, y cuando lo vio entrar ocupando todo el espacio del vano de la puerta se quedó impresionado por su formidable presencia.

—Servíos. —Rufino señaló a los godos la mesa llena de platos variados—. Me llamo Rufino y soy el prefecto de finanzas de Teodosio.

—Solo agua —dijo Alarico—. Sé quién eres. ¿Te envía Teodosio?

—No, la reunión es por iniciativa mía.

—¿Y tienes atribuciones para celebrar reuniones con el caudillo de los godos al margen del emperador?

—El emperador no sabe que estamos reunidos. Pero creo que este encuentro puede ser provechoso para ambos.

—¿Fuiste tú el que nos retiró la subvención del imperio?

—No. Fue el *magister militum*, Promoto, quien pidió al emperador que lo hiciera.

—Eso parece congruente. Sé que Promoto odia a los godos y creo que ha sido una mala elección de Teodosio —dijo Alarico—. Explícate.

Rufino les narró lo ocurrido en la reunión del *consistorium* y la agresión de que fue objeto por parte de Promoto.

—Se notan los efectos del golpe en tu cara. ¿Y Teodosio no te ha acusado de un delito de lesa patria?

—Sabía que no me castigaría, por eso dije lo que dije. Pero ha autorizado el gasto para una nueva campaña contra ti y tu ejército.

—Gracias por tu defensa y por la información. Eso último ya lo

sabía ¿Qué pretendes que haga?

—Insisto en que quiero que seamos aliados.

—¿Pero no habrás venido hasta Adrianópolis para decirme eso?

—Hay algo más —reconoció el responsable de las finanzas—. Quiero la muerte de Promoto.

Rufino había quedado profundamente humillado por la agresión de Promoto y sabía que Teodosio no castigaría al general porque era el militar de más rango del ejército de Oriente. Dijo a Alarico que él, como prefecto de finanzas, no podía hacer nada para vengarse, pero Alarico tenía tropas y nadie se enteraría de que la idea de matar a Promoto era una propuesta suya.

—Se nota que el golpe te ha herido en el alma —dijo Alarico.

—No es solo eso. Eliminado Promoto, Taciano, el prefecto del pretorio, que es su protegido, no podrá aguantar mucho tiempo en el cargo. Y sé que Teodosio me nombrará a mí. Seré el máximo responsable de la administración del Imperio de Oriente.

—Pero eso no será nada fácil. Si nos enfrentamos al ejército regular no es seguro que salgamos vencedores.

—No te pido eso. Tengo un plan que evitará ese enfrentamiento. Las tropas saldrán una semana antes porque Promoto debe quedarse para asistir a una reunión del *consistorium*. Cuando vaya a reunirse con ellas, solo lo acompañarán los doscientos legionarios de su guardia personal.

—¿Me proporcionarás la fecha y la ruta?

—Sí. Te enviaré un emisario.

—¿Y yo qué sacaré a cambio? —preguntó Alarico.

—Pensaba que la información para eliminar a un enemigo de tu nación era más que suficiente. Aun así, pídeme lo que quieras. Si está en mi mano lo haré.

—Será un placer enviar al infierno a un enemigo de mi pueblo. Pero no voy a olvidar lo que me has ofrecido como compensación. En su momento te lo recordaré.

—Esto ha de quedar entre nosotros —pidió Rufino.

—Eso espero —dijo Alarico—. Y si no queda entre nosotros, puedes darte por muerto.

7
La emboscada

Alarico no participó directamente en el ataque a Promoto. Fue Adler, por encargo del caudillo, el que dirigió el grupo formado por mil bárbaros, sármatas, hunos y bastarnas. No debía haber ningún godo en el contingente militar. Las órdenes de Alarico habían sido muy claras. Tenían que morir todos los miembros de la escolta de Promoto, incluido el propio *magister militum*. No se les podía dar la mínima posibilidad de defenderse porque se trataba de ejecutar a un enemigo del pueblo godo. Los muertos y los heridos atacantes debían ser retirados de la escena para evitar que nadie pudiese atribuirles el atentado.

Adler se dirigió con su destacamento hasta un lugar de la vía Egnatia situado unas millas después de cruzar el río Mesta. Era un valle con elevaciones a ambos lados, lo que impedía la huida por los flancos, un sitio perfecto para una emboscada por sorpresa. Cuando apareció el contingente de Promoto, los mil jinetes bárbaros, divididos en dos unidades, atacaron por la vanguardia y la retaguardia. A los hombres de Promoto no les dio tiempo a reaccionar. Por su parte, el *magister militum* solo consiguió derribar a dos guerreros que lo atacaban al unísono, antes de que el propio Adler lo derribara a él y, ya en el suelo, sin darle ninguna oportunidad, lo matase con una estocada de su espada. Tal como estaba previsto, los atacantes retiraron tanto a los heridos como los cadáveres de los suyos para que no quedara rastro alguno de los autores de la matanza.

En la mansión del general asesinado se vivía la tragedia de una manera muy intensa. Desde que tuvo conocimiento de la muerte del *magister militum*, el eunuco Eutropio, que había residido varios años en aquella casa en la que el general lo acogió antes de llegar al palacio imperial, estuvo dando consuelo a Marsa, la viuda de Promoto, y a la hija adoptiva de ambos, Eudoxia, una joven de quince años que desde muy niña profesaba un gran cariño al eunuco. Eudoxia no solo poseía una extraña belleza; también era muy inteligente y despierta, y había sido educada con los mejores maestros de Constantinopla. El asesinado *magister militum* la había adoptado cuando se quedó huérfana tras la muerte de su padre, el general Bauto, que era el mejor amigo de Promoto y pereció, dos años antes, víctima de un complot urdido asimismo por Rufino.

Cuando el eunuco y Eudoxia se quedaron solos, la joven se abrazó a él con desconsuelo.

—Gracias por venir. Es la segunda vez que me pasa. Primero mataron a mi padre y ahora a la persona que me acogió como si fuera su hija.

—Tienes que ser fuerte, Eudoxia. Marsa estará a tu lado.

—¿Quién lo ha matado?

—El emperador ha ordenado una investigación, pero no han podido averiguar nada. Quien lo hizo no dejó rastro. Es posible que fuesen hombres del caudillo Alarico porque Promoto no simpatizaba con los godos y había conseguido que el emperador les retirara los subsidios que les concedió con motivo de la guerra civil.

—Yo sé quién ha sido —afirmó Eudoxia.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Quién era el único que lo odiaba en el palacio imperial?

—Entonces ¿crees que ha sido Rufino?

—No solo lo creo; estoy segura. No fue él quien le clavó la espada, pero movió los hilos del hombre que lo hizo. Alguien proporcionó a los asesinos la información que necesitaban para asaltarlo por sorpresa. De otro modo, no habrían podido matarlo.

—Es la misma sospecha que tengo yo —reconoció Eutropio—. Pero Rufino es un hombre de confianza del emperador y hoy por hoy es

intocable. Aunque en el palacio imperial todos lo odian, Teodosio siempre lo protege.

A ojos del eunuco, Eudoxia era muy madura para la edad que tenía. En el carácter había salido a su padre, el general Bauto, un hombre que demostró su sentido de la autoridad y la estrategia en muchas batallas. La joven estaba segura de que el inductor del asesinato era Rufino y se había convencido de que ella misma podría acabar con su vida.

—¿Me conseguirías una entrevista con Serena? —preguntó a Eutropio.

—La conoces casi tan bien como yo, has estado muchas veces en el palacio imperial. Puedes pedírsela tú misma.

—Pues entonces haz una cosa por mí. No le digas nada y, como responsable de protocolo, ponme a su lado durante el funeral.

—Así lo haré. A un lado tendrás a Marsa y al otro a la princesa Serena.

Días después, el patriarca Nectario ofreció una solemne ceremonia en la basílica de Constantinopla. Eudoxia estaba agarrada al brazo de su madre adoptiva y ambas lloraban sin parar tras los velos negros. Cuando se llevaban el ataúd, la joven abrazó a Serena y le dijo al oído:

—¿Podrías recibirme pronto?

—Habla con el chambelán.

La princesa recibió a Eudoxia al día siguiente.

—¿Tu madre no ha venido?

—No. Me gustaría hablar contigo a solas.

—Dime qué quieres.

—Necesito que me ayudes a castigar al culpable de la muerte de Promoto.

—¿Sabes quién lo mató?

—Sé que Rufino está detrás de su muerte, como lo estuvo detrás de la de Bauto, mi padre.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Y deseo que muera. Eso es lo que he venido a pedirte.

—Eudoxia, todos lo sospechamos, pero no tenemos pruebas y Rufino se ha convertido en un hombre imprescindible para el

emperador. Mi esposo, Estilicón, está tan enfurecido como tú porque era muy amigo de Promoto.

—Sé que vosotros queréis lo mismo que yo, y no voy a ocultarme. Si es necesario, me ofrezco para matarlo.

—Tú sola no puedes hacer nada. No eres más que una muchacha. Ni siquiera los miembros del *consistorium* pueden hacerlo porque Rufino siempre va protegido por su guardia personal. No obstante, tendré en cuenta tu ofrecimiento.

Eudoxia salió desolada de los aposentos de Serena. Conocía muy bien el palacio imperial porque de niña su padre la había llevado muchas veces para que jugara con los hijos de los comandantes, de los altos funcionarios y los del propio emperador, Arcadio y Honorio. Dio una vuelta por las habitaciones y los patios porticados antes de salir. No sabía cuándo, pero se prometió que volvería para matar a Rufino.

Serena comentó a Estilicón la visita de Eudoxia.

—Esa joven tiene mucho carácter —dijo Estilicón—. Nada me gustaría más que complacerla, pero por ahora no podemos hacer nada.

—Nos une la idea de vengarnos de Rufino. Habrá que esperar la oportunidad.

—No va a ser fácil. Tanto tu tío como tu primo Arcadio lo protegen. Y son los dos emperadores.

Teodosio estaba colérico. Habían asesinado a su *magister militum*. Pensó que la persona que tenía más razones para matarlo era Rufino, pero lo descartó inmediatamente porque el prefecto de finanzas no disponía ni de soldados ni de contactos con los pueblos bárbaros. Tendría que hacer una remodelación de su gabinete. Habló con Serena para comunicarle el nombramiento de Estilicón como nuevo *magister militum*. Después del nombramiento, se reunió con ellos.

—Las tropas de Alarico han vuelto a Macedonia para saquearla —dijo Teodosio—. El destacamento de Acaya en Tesalónica ya está preparado para hacerle frente. Debes ir con el resto del ejército, Estilicón. Quiero que lo captures y lo mates.

Serena y su esposo miraban asombrados al emperador. Recordaban

los tiempos en los que, en situaciones como aquella, era capaz de mantener la calma. Pero esa vez se hallaba en un estado de excitación que no le permitía tomar decisiones con la serenidad exigible a su dignidad.

—¿Estás seguro de que te interesa eliminar a Alarico? —dijo Estilicón, que seguía profundamente dolido por la muerte de su amigo el general Promoto—. Tú mismo dijiste que era la única persona que podría aglutinar a los godos. ¿Quién será nuestro interlocutor para integrarlos en nuestro ejército si tenemos problemas con Argobasto?

—¿Problemas con Argobasto? —preguntó el emperador.

—Parece que tiene a su merced al emperador de Occidente, tu cuñado Valentiniano, y que no lo deja tomar ninguna decisión. De hecho, es el propio Argobasto quien maneja el gobierno.

—Sí, lo sé. Fui yo quien le ordenó que se encargara de mantener bajo su control al joven Valentiniano.

—Solo quiero recordarte que Argobasto no obedece a nadie, lo mueven sus propios instintos. No olvides que hizo que Magno Máximo se suicidara y mató a su hijo Víctor sin haberte pedido permiso.

—Cierto —dijo Teodosio—. Pero hasta ahora no ha hecho nada que pueda recriminarle.

—Hasta ahora, pero hay algunos comandantes que sostienen que quiere mayor poder del que le has otorgado.

—Muy bien, ya nos ocuparemos de Argobasto —dijo Teodosio—. Por lo pronto, tienes que apresar a Alarico. Después, ya decidiremos qué hacer con él.

—¿Y si volvemos a pagarle la subvención? —propuso Serena—. Rufino dijo que era más barato que combatir contra él.

—El propio Rufino me lo ha pedido ya, y lo he pensado, pero no puedo hacer eso después de la muerte de Promoto. Sobre todo, porque estoy convencido de que esa muerte la ha orquestado él.

—No podemos saberlo con seguridad —dijo Estilicón, que en su fuero interno atribuía la autoría al joven caudillo.

—Solo ha podido ser Rufino —insistió Teodosio—. Es demasiado astuto y sabe cómo no dejar ningún rastro.

Al día siguiente, Estilicón partía al frente del grueso de las tropas

camino de Macedonia. Entre los mandos que lo acompañaban estaba Sarus, que había sido ascendido a general, se había integrado en el ejército imperial y dirigía un contingente de godos auxiliares. También se hallaba Gainas, un general godo veterano que, desde muy joven, formaba parte de las tropas romanas. Tenía la edad del emperador y gozaba de su confianza. No era muy popular entre los godos; era un militar profesional que aborrecía la política y solo le interesaban el ejército y los botines de guerra para enriquecerse. Entre los hombres que mandaba Estilicón, en su calidad de nuevo *magister militum*, había más bárbaros que legionarios romanos desde la guerra civil.

8
La venganza de Alarico

Había llegado el momento de que Alarico cobrara la deuda a Rufino. Volvieron a verse, esa vez a petición del caudillo godo, en la misma villa cercana a Adrianópolis. La sonrisa de Rufino traslucía que el alto funcionario estaba satisfecho del resultado de la actuación del godo.

—Salud, Alarico. El emperador está furioso contigo y ha pedido al nuevo *magister militum* que te aprese a toda costa.

—Lo sé. No obstante, Estilicón no me preocupa —dijo Alarico—. Es un gran militar, pero nunca ha podido capturarme y no lo conseguirá en el futuro.

—¿Para qué me has hecho venir? —preguntó Rufino.

—Me he propuesto capturar a Teodosio.

—¿Qué? —exclamó Rufino—. Eso es una locura; más aún, es imposible.

—No si tú me ayudas. Me prometiste hacer cualquier cosa que te pidiera.

—Si estaba en mi mano —aclaró Rufino.

—Está en tu mano —aseguró Alarico—. Tienes que proporcionarme una relación completa y exacta de todos los desplazamientos que el emperador vaya a hacer en los próximos meses, con la indicación de la fecha. Solo necesito eso. Naturalmente, si se produce algún cambio me lo debes comunicar. Yo sabré todos los movimientos de Teodosio, pero no te diré en cuál pienso actuar —añadió—. No te preocupes, mi intención no es hacerle daño, al menos físico.

Rufino se quedó sorprendido y preocupado por la petición de Alarico. Si accedía y eso llegaba a conocimiento del emperador, le

costaría la cabeza.

—¿Dudas? —preguntó Alarico—. Te suponía más resuelto.

Calista, que lo había acompañado, esbozó una sonrisa de triunfo. Sabía que Rufino proporcionaría a Alarico la información que deseaba.

En el verano del año 391, el emperador Teodosio iba camino de la población de Sosloa, un lugar perdido en la península de Anatolia. Siempre había sido supersticioso, pero ahora era, cada vez con más frecuencia, víctima de las supercherías de los clérigos católicos. Nectario, que lo acompañaba en su carruaje, había alcanzado el alto puesto de patriarca de Constantinopla sin siquiera ser cristiano. Cuando Gregorio de Nacianzo, el anterior patriarca, tuvo que dimitir por la presión de los obispos orientales, Teodosio eligió para sucederlo a Nectario, un comerciante de Tarso culto y bien relacionado al que hubo que bautizar a toda prisa antes de elevarlo a la sede patriarcal de la capital del Imperio de Oriente. Y Nectario aceptó el cargo porque era una imposición del emperador. No era su vocación, pero ejercía como patriarca de una forma digna y sin generar ningún escándalo. Ese día iba con Teodosio porque este quería que estuviese a su lado cuando se enfrentasen al reto que suponía llevar a la capital la cabeza de Juan el Bautista.

Cecilio Clemente, el sacerdote que se encargaba de las misas y los ritos cristianos en la capilla del palacio imperial, había contado a Teodosio la historia de la preciada cabeza, aunque el emperador, como todos los cristianos, ya la conocía.

—Según cuentan los Evangelios —le dijo Cecilio Clemente—, cuando la princesa Salomé bailó ante Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea quedó tan satisfecho por la lasciva danza de la joven que le ofreció como regalo cualquier cosa que quisiera pedirle. Salomé consultó con su madre, Herodías, la cuñada y esposa de Herodes, a quien a diario fustigaba Juan el Bautista por adulterio e incesto, y le pidió la cabeza del santo. Herodes, que temía el castigo divino por matar a un santón al que veneraban muchos judíos, al principio se mostró remiso. Sin embargo, ante las reiteradas súplicas de Salomé,

accedió y le entregó la cabeza de Juan en una bandeja de plata. Y Salomé se la dio a su madre.

—Conozco bien esa historia —afirmó Teodosio.

—Pero es posible que no conozcas el destino de esa cabeza que es una preciada reliquia —dijo Cecilio Clemente—. Herodías, que era muy supersticiosa, temerosa de la venganza del santo, hizo que entregaran el cuerpo a los seguidores de Juan y ella se quedó con la cabeza y la guardó en algún lugar desconocido; pensaba que, si permanecía oculta, el santo no podría vengarse de ella. La cabeza estuvo muchos años perdida, hasta que el propio Juan el Bautista reveló a un monje llamado Marcelo, durante un sueño, el lugar donde se encontraba. Eso sucedió en tiempos del emperador Valente. El descubrimiento de dicha reliquia llegó a conocimiento de Valente, que decidió llevarla a Constantinopla y, para que fuese venerada, erigió una iglesia dedicada a ese santo en la explanada del Hebdomón. Durante el traslado de la reliquia de Jerusalén a Constantinopla, el emperador arriano quiso acompañarla desde el pueblo de Sosloa hasta la capital. Pero entonces se produjo un milagro. Por más que los hombres de Valente e incluso el propio emperador se esforzaron, la cabeza se negó a moverse de aquel lugar perdido de Anatolia. Y se negó a moverse, según la interpretación católica, porque Valente era arriano y Juan el Bautista no quiso que un hereje llevara su cabeza. No obstante, el emperador ordenó levantar un templo allí, y desde entonces la reliquia permanece en él y es venerada por millares de peregrinos.

Después de oír esa historia, Teodosio creyó que la cabeza de Juan el Bautista estaba esperando a que él, un católico convencido, fuese a recogerla para transportarla a la iglesia del Hebdomón. Así que en Sosloa no solo estaría presente el patriarca Nectario, además del gran chambelán y su sobrina Serena, sino que convocó también a todos los clérigos importantes del imperio y a los miembros del *consistorium*. No había casi ningún representante del ejército porque la mayoría de los comandantes y las tropas estaban en Macedonia intentando capturar al caudillo Alarico. Antes de llegar el emperador, Eutropio había hecho instalar enormes y lujosas tiendas para alojar a los asistentes.

A pesar de lo avanzado de la hora, y aunque los actos religiosos que conllevaba el traslado de la reliquia se realizarían al día siguiente, Teodosio dijo al gran chambelán que quería ir a la iglesia para contemplar la cabeza del Bautista y orar ante ella. Acompañado por Nectario, Eutropio y Serena, y protegido por la guardia imperial, se dirigió al templo. Allí lo esperaban el curial del municipio y el sacerdote local, que había abierto la puerta y se ofreció para ir con él.

—Deseo entrar solo —dijo Teodosio—. Necesito orar en intimidad ante la cabeza del santo.

—Como gustes —respondió el sacerdote.

Teodosio entró con paso ceremonioso en el templo y cerró la puerta tras él. El lugar, envuelto en una silenciosa penumbra, estaba iluminado por dos velas colocadas en la pequeña capilla situada a la derecha de la nave central. Delante de la calavera había un reclinatorio, donde el emperador se arrodilló en actitud orante.

Solo cuando notó un cuchillo en su garganta, se percató de que había caído en una trampa.

—Si pronuncias una sola palabra eres hombre muerto.

Teodosio, que sentía el frío de la afilada hoja sobre el cuello, decidió hacer caso a aquella voz. Le resultaba familiar.

—Tenemos que actuar con rapidez —dijo Walfram con determinación—. Si grita o intenta zafarse, le cortas el gaznate.

—¿Quiénes están fuera? —preguntó Adler. Presionó el cuchillo, y un rasguño apareció en el cuello de Teodosio—. No alces la voz.

—Eutropio, Serena y Nectario —respondió el emperador, que notó la humedad de las gotas de sangre resbalando por su piel.

Walfram se dirigió hacia la puerta, la abrió lo suficiente para que todos lo oyesen y dijo que el emperador tenía un cuchillo en el cuello y que, si querían que siguiera vivo, debían entrar Serena y Eutropio. Cuando el gran chambelán y la princesa penetraron en el templo, cerró con el cerrojo interior.

Serena y Eutropio conocían muy bien a los secuestradores. La princesa hispana, a pesar de la escasa luz, vio a Calista vestida con ropas de hombre y se acordó por un momento de su actuación en el salón de audiencias del palacio real de Ctesifonte.

—No podréis salir de aquí.

—Eso ya lo ha dicho el emperador —replicó Walfram—. Ahora, Eutropio saldrá y dirá a todos que se retiren a trescientos pies de la puerta de la iglesia. Que dejen cinco caballos preparados para montarlos y que no se les ocurra seguirnos. De hacerlo, es posible que nos cojan, pero Serena y el emperador estarán muertos. —Entregó una bolsa a Serena—. Mete la calavera en ella.

Eutropio salió y al poco volvió a entrar.

—En unos minutos estarán preparados los caballos —dijo el gran chambelán, asustado.

—Si seguís nuestras instrucciones no tenéis nada que temer.

—¿Por qué secuestráis al emperador?

—Ya os enteraréis —gruñó Walfram.

El eunuco Eutropio hizo de pescante para que el emperador, que seguía teniendo en el cuello el cuchillo de Adler, subiera al caballo y él se colocó detrás.

Acto seguido, Adler ayudó a Serena y a Walfram. Después, entregó a Teodosio el saco con la calavera, se montó en otro caballo y llevó de las riendas los otros dos. El emperador no se movió ni dijo una sola palabra desde que le pusieron el cuchillo en el cuello.

Una hora más tarde se encontraron con Alarico, que los esperaba a unas millas del lugar con dos mil de sus guerreros.

El emperador y Serena subieron entonces a sus propias monturas sin que los ataran ni amordazaran y, rodeados de guerreros godos, cabalgaron toda la noche hacia los montes Pónticos, al nordeste de la península de Anatolia. Alarico no hizo acto de presencia durante todo el trayecto.

Cuando llegaron al campamento godo, instalaron a los prisioneros imperiales en una cómoda tienda y les dijeron que descansaran hasta que el caudillo pudiera recibirlos. Al oírlo, Serena casi estalló de irritación. ¿Un apestoso godo se dignaría recibir al emperador de Oriente? Teodosio estaba tan encolerizado que no le salían las palabras. Pero en ningún momento creyeron que sus vidas corrían peligro. Lo cierto era que se encontraban en manos de una criatura que habían ayudado a crear ellos mismos. Y nada podían hacer.

Serena limpió el rasguño en el cuello del emperador, que ya no sangraba. Estaban tan cansados que se acomodaron el uno junto a la otra para intentar dormir y se abrazaron con fuerza. Y la proximidad despertó en ellos recuerdos de muchos momentos de placer intenso que hicieron que sus deseos se renovasen.

Alarico, Calista y Aram estaban en la tienda real esperando la llegada del emperador y Serena. El joven caudillo ocupaba la silla más elevada y desde ella invitó a sentarse a los secuestrados imperiales.

—Acomodaos. Quiero recibiros como invitados.

—Nos has secuestrado —dijo Serena—. No seas cínico, no somos tus invitados.

—Supongo que esta humillación a la que nos sometes tendrá un propósito —habló por primera vez Teodosio.

—Esta es la fábula del cazador cazado o, mejor, la fábula del cazador y el jilguero —dijo Alarico—. Enviaste a Estilicón a Macedonia con la orden de que me capturase y eres tú el que has sido capturado.

Teodosio no acababa de entender qué había pasado. Alarico debería estar en Macedonia y no en los montes Pónticos. Además, ¿cómo sabía que iría a Sosloa si el viaje se había mantenido en secreto? ¿Y cómo sabía que iría a rezar solo a la iglesia? Había subestimado al joven caudillo godo.

Serena no dejaba de observar a Calista. Pensó que se la había quitado de encima en Persia, y la encontraba ahora vestida de hombre y en una actitud que daba a entender que era la mano derecha de Alarico. Tanto ella como Teodosio vieron a un personaje al que no reconocían.

—Perdonad que no lo haya hecho antes. Os presento a Aram, un sacerdote de la religión persa que se ha unido a nuestra causa.

Aram saludó levantándose de su asiento e inclinando con solemnidad la cabeza.

—¿Nuestra causa, dices? ¿La causa de los godos y la de los romanos no debería ser la misma? ¡La causa del imperio! —exclamó Teodosio —. Pero todavía no nos has contado por qué nos has secuestrado.

—¿Sabes cómo me llaman en el imperio?

—Sí. *Panicum gothorum*.

—¿Y tú qué opinas de esa apelación?

—No voy a darte mi opinión. Ya no eres la persona que conocí hace años en Constantinopla. Pensaba que tu estancia allí te había hecho amar al imperio.

—Amo al imperio —dijo Alarico—. No lo dudes. Pero amo más a la nación goda, a la que los romanos despreciáis. Y no toleraré ese desprecio. Si te he obligado a venir, emperador, es porque quiero negociar las relaciones futuras entre godos y romanos.

Teodosio ya había oído esas mismas palabras cuando Alarico era un joven de diecisiete años que fue a verlo a su despacho del palacio imperial.

—Creía que las relaciones estaban claras. Firmamos un pacto. —Teodosio miró a Serena—. Y hasta la fecha, nosotros hemos cumplido con él. Tú lo has incumplido atacando Macedonia.

—No, emperador. Fuiste tú quien rompió el pacto cuando retiraste las subvenciones. En el acuerdo no se especificaba que hubieran de terminar con el final de la guerra porque los godos quedaban a disposición del emperador por si eran necesarios. Fue una iniciativa de Promoto por el odio que profesaba a los godos.

—Dime de una vez qué quieres.

—Por supuesto, la subvención con efecto desde que la retiraste e incrementada con quinientos sólidos más.

—¿Eso es todo? —dijo Teodosio—. ¿Cuándo nos devolverás a nuestro campamento?

—No, emperador, eso no es todo —respondió Alarico—. Si te he secuestrado no ha sido solo para evidenciar vuestras debilidades. Antes dijiste que era mi obligación amar a Roma, y te contesté que la amo, incluso más que tú. Pero amo a un imperio al que dentro de poco no le quedará nada de su identidad. Los católicos lo están destruyendo y te obligan a prohibir todo aquello que ha hecho grande y atractiva su cultura…, esa cultura que aprendí a querer y admirar en Alejandría, Atenas y Constantinopla con los mejores maestros y filósofos. Recuerda al fallecido Temistio. ¿Por qué tuviste que destruir la gran Biblioteca de Alejandría?

—Eso no es de tu competencia —le espetó Teodosio.

—Es de mi competencia todo lo que ocurra en el imperio. Mi pueblo vive en él y yo aspiro a que mi gente disfrute de todo lo que los católicos están destruyendo. Quiero que la grandeza de Roma sea también la herencia de los míos. Y tú no estás siendo el emperador que Roma necesita para proteger esa herencia. Deberías leer las biografías de César, Augusto, Adriano o Marco Aurelio. E imitarlos en su amor por Roma. ¿Por qué diste la orden de destruir la Biblioteca de Alejandría? Insisto.

Alarico estaba llamando incompetente al emperador en su propia cara.

—Nunca di la orden de que la destruyeran.

—Pero los responsables no han sido castigados.

—Dime qué más quieres —casi gritó Teodosio, enfadado.

—Los godos y los romanos deben vivir en condiciones de igualdad. El ejército romano tiene ya más bárbaros que legionarios romanos, y eso no va a cambiar en el futuro. Quiero el lugar que me corresponde en ese ejército.

—¿Qué lugar crees que te corresponde?

—El de *magister militum* de Oriente y Occidente. *magister militum* de un ejército unificado en el que los que denominas bárbaros defiendan el territorio y la identidad del imperio, un imperio en el que la Iglesia no tenga bajo sus pies el cuello del emperador. Fue vergonzoso saber que el clérigo Ambrosio hizo que te arrodillaras y pidieras perdón por algo que solo fue un acto de justicia.

La cólera de Teodosio aumentaba por momentos. Aquel bárbaro estaba echándole en cara su debilidad con Ambrosio. Era más de lo que podía soportar.

—Mi objetivo es ser el *magister militum* único —continuó Alarico—, aunque, por ahora, me conformaré con que aceptes reconocerme como rey de los godos cuando sea designado por mi pueblo.

—El pacto que firmamos lo prohíbe —intervino Serena.

—Esa parte del pacto debe anularse.

—De acuerdo —dijo Teodosio, anticipándose a una nueva réplica de su sobrina. Deseaba dar por acabada aquella conversación que hacía

que su pecho tuviese que soportar el dolor agudo de la ansiedad—. ¿Algo más?

—Quiero que me des tu palabra de que la familia de Teón el Astrónomo quedará protegida. Yo mismo vi que los clérigos católicos los amenazaban de muerte.

Teodosio se volvió hacia su sobrina por si ella sabía a quiénes se refería, aunque antes de que esta le contestara lo recordó.

—Ah, te refieres a la familia de tu maestra —dijo—. Te lo garantizo.

—Muy bien. —Alarico miró a los ojos a Serena—. Ya podéis iros.

Aram le entregó la cabeza del Bautista.

—¿Por qué no la habéis dejado allí? —preguntó Serena.

—Porque el milagro que os contaron es una mentira —respondió Aram—. Valente no pudo ir a recogerla porque estaba retenido en la frontera de Persia y después tuvo que ir a combatir contra los godos en la batalla de Adrianópolis, donde murió —añadió—. Así que los católicos inventaron esa historia.

—Pero no queremos que te quedes sin tu hazaña, emperador. A ojos de todos, eres tú el que la ha sacado de Sosloa —dijo Calista—. Y puedes explicar que has obrado otro milagro.

Era la hora segunda cuando Teodosio y su sobrina abandonaron a caballo el campamento de Alarico en los montes Pónticos. Estaban seguros de que habría varias patrullas romanas buscándolos por la península de Anatolia, pero no podían confiar en que una de ellas los encontrase. Así pues, deberían cabalgar hasta el pueblo de Satala, el lugar habitado más cercano.

—Jamás perdonaré esto a Alarico —estalló Teodosio, rompiendo el silencio en que habían cabalgado hasta ese momento—. Nunca nadie me había humillado así. Ni siquiera cuando tuve que dejar el ejército después de que Graciano ejecutase a mi padre.

—Si no lo castigas habrás perdido la autoridad delante del *consistorium* y el ejército —dijo Serena—. Aun así, me resulta sorprendente todo lo que Alarico dice. Habla con la elocuencia de un senador pagano y parece que su deseo es la conservación de la

identidad y los valores del Imperio romano.

Pero el emperador no prestaba atención a las palabras de su sobrina de tan irritado como estaba.

—Además —dijo, siguiendo sus propios pensamientos—, me ha recordado la vergüenza que tuve que pasar con la penitencia que Ambrosio me impuso. —Su enfado crecía sin parar a medida que recordaba la humillación—. Y no es nadie para afearme que dejase quemar la gran Biblioteca.

—La verdad es que no era necesario que ardiera. Los filósofos y los científicos no hacían mal a nadie —opinó Serena—. Tendríamos que haber parado los pies al patriarca de Alejandría.

—En tal caso, yo tendría encima a Ambrosio amenazándome otra vez con la excomunión —le hizo ver Teodosio—. Ese obispo es mi peor enemigo. Cuenta con el respaldo de casi todos los clérigos importantes de la Iglesia católica, y harán lo que él les ordene. A su lado, el papa no es nadie.

Serena pensaba en que algo había empezado a ir mal. Teodosio rezumaba ira por la humillación del secuestro, y estaba segura de que mataría a Alarico con sus propias manos de poder hacerlo. Pero esa dejación de autoridad ante la Iglesia le parecía algo irreversible porque la afrenta de Ambrosio se había comentado en todo el imperio. Y ahora su tío seguía mostrando su miedo al obispo católico. Por otra parte, Alarico había dicho algo que era muy cierto: los bárbaros constituían ahora la mayoría de los soldados del ejército de Oriente, y en el ejército de Argobasto los germánicos eran también la mayoría. Esa era una realidad que tenían que aceptar, con Alarico o sin Alarico. Tanto Estilicón como ella eran partidarios de su incorporación al imperio. «Están dentro y siguen entrando sin parar —comentaba con frecuencia Estilicón—. Si no los paramos, y nada podemos hacer para pararlos, en poco tiempo se harán con el control».

Serena dejó sus reflexiones para decir:

—Es preciso que tomemos decisiones al respecto de los bárbaros. En algún momento tendrás que legislar.

—¿Crees que debemos facilitar su integración?

—No nos queda otro remedio. Si no nos adelantamos, serán ellos los

que nos sometan. Bastará que surja un caudillo que unifique a todos los bárbaros contra nosotros, y ese caudillo puede ser Alarico.

—Ya ha afirmado que quiere ser el *magister militum* del conjunto del imperio —dijo Teodosio, cuya cólera no se había reducido—. Y no es poca cosa lo que pide. ¿Cómo se habrá enterado de los detalles de mi viaje a Sosloa? Lo llevamos todo en secreto.

—Debe de tener espías en el palacio imperial —comentó Serena—. A veces pienso que su informador puede ser Rufino.

—No veo por qué Rufino iba a traicionarme. Es una persona de mi confianza y sabe que puede prosperar aún más si continúa a mi servicio.

—No me fío de ese hombre. Hará cualquier cosa por alcanzar todo el poder del imperio.

—¿Tú no harías lo mismo? —preguntó el emperador.

—Sí. Pero yo siempre te seré leal…, a ti y a nuestra familia.

—Eso espero —dijo Teodosio—. Sea como sea, hay que encontrar al espía de Alarico. En cuanto volvamos haré que interroguen y, si es necesario, que torturen a todos los sirvientes del palacio imperial. Si no conseguimos saber quiénes son los traidores cambiaremos el servicio en su totalidad y no volverán a entrar godos en él.

Serena pensó que el ensañamiento con los sirvientes era algo innecesario e injusto porque para ella el confidente de Alarico estaba en el *consistorium*. Sin embargo, mientras no pudiera probarlo nada podía hacer.

9
Un suicidio esperado

Había nevado durante toda la noche y Constantinopla amaneció revestida de una cobertura lechosa que empezaba a derretirse con la salida del sol. No obstante, dentro del palacio la temperatura era cálida y agradable. Estufas de hierro forjado, alimentadas por esclavos, crepitaban y expandían un olor tibio a madera quemada. La emperatriz Gala se hallaba en un estado de gestación avanzado y Gneo Fabio, el médico imperial, había recomendado que permaneciera en el lecho hasta el momento del parto. Helpidia, el ama de cría de Gala Placidia, y Sadira, la asistente persa, que se habían instalado de forma permanente en el aposento de la emperatriz, esparcían con frecuencia perfume de rosas para humedecer el ambiente, reseco por el calor.

Desde que conoció las dificultades del embarazo de su joven esposa, el emperador Teodosio no había abandonado ni un instante el palacio. Cuando esa mañana entró en la habitación, la encontró recostada en el lecho con el gesto mudado por la preocupación. La miró a los ojos. La veía ojerosa y con el rostro lívido por una tristeza que él no alcanzaba a comprender. Y notó una extraña conmoción en su interior. El emperador estaba tan enamorado que un simple gesto de tristeza podía romperle el corazón, ese corazón de acero que, no obstante, lo llevaba a cometer las mayores crueldades y matanzas sin inmutarse.

Teodosio creyó que la expresión de angustia de su esposa se debía a que su embarazo no estaba yendo del todo bien. Se aproximó al lecho, y todos salieron de la estancia para que pudieran estar a solas. Al besarla suavemente en la mejilla, como hacía cada mañana, vio a su lado una carta abierta, pero no dijo nada. Gala comenzó a llorar

desconsoladamente. Teodosio, sin saber qué hacer, la miró entristecido esperando que hablara.

—Es de mi hermano, el emperador Valentiniano. Creo que corre un grave peligro.

—¿Pasa algo que yo no sepa? Mis informadores siempre me avisan de inmediato de cualquier cosa que suceda dentro de los límites del imperio.

El emperador tomó en sus manos la carta, manchada de lágrimas, y la leyó en voz alta:

> Mi augusta hermana, sabes que eres la persona a la que más quiero. Grande fue mi dolor cuando nos dejaste para casarte con el emperador de Oriente, a quien el cielo proteja, pero soy feliz porque sé que tú lo eres a su lado. También soy feliz porque vuelves a ser madre, y te deseo que no tengas problemas y puedas alumbrar a un hijo tan sano como mereces. Estoy muy ilusionado por mi futuro. He cumplido veintiún años y creo estar preparado para dirigir los destinos del Imperio de Occidente. Quiero que seas la primera en saber que voy a destituir a casi todas las personas que forman mi gobierno, incluido el *magister militum*, el general Argobasto, y reemplazarlas por otras de mi total confianza. No tienes que preocuparte; lo tengo todo controlado y en unos meses, cuando te visite, todo habrá cambiado. También debo hacer una reorganización del ejército porque hay problemas graves en las fronteras del Rin. Por fortuna, cuento con la ayuda de un hombre de gran preparación en el que puedo confiar plenamente. Se llama Flavio Eugenio, tiene grandes dotes para la organización y la dirección de los asuntos de Estado, y tengo previsto nombrarlo prefecto del pretorio antes del verano. Escríbeme cuando nazca tu hijo. Rezo día y noche para que tengas salud y para que el cielo cuide de ti, de Placidia, de tu augusto marido y de vuestro futuro hijo. Siempre hago reverencias a Dios en tu nombre.

La carta estaba firmada en la ciudad de Vienne a 24 de diciembre, día de la Natividad del Señor.

Teodosio, agitado por lo que acababa de leer, se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Era un movimiento reflejo que le surgía en situaciones que no controlaba desde que, en su juventud, acompañó a Britania a su padre, el *comes* Teodosio el Viejo, para sofocar la gran conspiración de los bárbaros caledonios. Se sentó y permaneció pensativo ante la mirada expectante de Gala. Valentiniano era una persona de carácter débil, o cuando menos no tenía ese punto de brutalidad y crueldad que, según Teodosio, se necesitaba para

gobernar y, sobre todo, para mantenerse en el poder. Sabía por propia experiencia que los súbditos y los soldados no debían amar sino temer al emperador. De otra manera, era imposible ser la autoridad máxima de Roma. Nunca se imaginó a su joven cuñado como emperador de Occidente. Pero la inesperada iniciativa que había tomado podría trastocar del todo sus planes.

—¿Qué vas a hacer? —Gala miró a su esposo con ojos suplicantes—. El general Argobasto es un hombre de tu confianza. Únicamente lo vi durante el viaje que nos trajo de Aquilea a Tesalónica, pero se me hiela la sangre con solo recordarlo —añadió, en referencia al aspecto fiero de Argobasto, con la cara y la nariz cruzadas de lado a lado por una gruesa cicatriz.

—Ahora ya nada puedo hacer —dijo Teodosio—. Tu hermano es el emperador de Occidente y tiene derecho a tomar las riendas de su parte del imperio. ¡Si me lo hubiera avisado antes…! Parece que Argobasto está actuando sin consultarme, y yo tendría que haberlo imaginado.

Teodosio tenía claro que deponer a Argobasto no era viable porque el ejército estaba con su general y no con un emperador del que nunca habían sabido nada.

—¿Quién es Flavio Eugenio? —preguntó Gala.

—Es un hombre muy inteligente. Lo conozco bien porque durante un tiempo, antes de nuestro matrimonio, trabajó para mí como jurista.

Eugenio no era más que un títere de Argobasto, a juicio de Teodosio. Si, además, Valentiniano lo tenía también de confidente, y era tan ingenuo como para que así fuera, Argobasto sabría de primera mano todo lo que el hermano de Gala tramaba.

—Tenemos que hacer algo —dijo la emperatriz—. Hay que impedir que destituya a Argobasto. No creo que esa bestia se deje deponer sin hacer daño a Valentiniano.

—No debes excitarte. Estás muy débil y tienes que descansar. Ordenaré que venga la matrona y que no se separe de ti hasta que el niño haya nacido. Yo me ocuparé de tu hermano.

En cuanto salió, Teodosio dio órdenes al médico para que lo tuviera todo preparado y no se ausentara ni un momento de los aposentos de

Gala. Después ordenó al eunuco Eutropio, que cada vez estaba más ligado al emperador como persona de su confianza, que convocara en su despacho al general Estilicón y a su sobrina Serena.

Mientras se dirigía a recibirlos, protegido por su guardia personal, iba pensando en qué debería hacer. No había duda de que Argobasto era un gran militar; él lo había colocado como *magister militum* de Valentiniano II precisamente por su competencia castrense. Por eso le hacía gracia la ingenua preocupación del emperador de Occidente por la seguridad de las fronteras del Rin. Con Argobasto, la seguridad de esas fronteras estaba garantizada. Sin embargo, ahora dudaba de su lealtad. Argobasto había demostrado su gran pericia como militar, pero también una crueldad extrema, como cuando cortó la cabeza a Víctor, el hijo de Magno Máximo. Y esa brutalidad era conocida de sobra por cuantos estaban bajo sus órdenes. Su desmesurada violencia lo hacía llevar a sus hombres hasta el límite de sus fuerzas en cada batalla. Jamás había sufrido una derrota. Sabía mandar, de eso no había duda, y sus soldados lo seguían sin titubear porque reconocían su carisma y su decisión ante el enemigo. Su prestigio era absoluto dentro del ejército y entre la mayoría de los miembros del Senado de Roma.

La estupidez de su cuñado hacía que sus planes de sucesión en beneficio de su hijo estuvieran precipitándose. Honorio era todavía demasiado niño para ser nombrado emperador. Le tranquilizaba el hecho de que, por su origen bárbaro, Argobasto no tenía fácil aspirar al cetro imperial. Pero también era cierto que el fallecido emperador Graciano podría haberlo nombrado emperador de Oriente en vez de a él mismo. En el momento de entrar en su despacho, pensó que no le gustaría tenerlo como enemigo.

Esa misma noche nació el hijo de Gala. Sin embargo, para desgracia de sus padres nació muerto. La emperatriz fue presa de una enfermedad que todos temieron que la mataría. Pero el hábil Gneo Fabio consiguió su curación, si bien explicó a Serena que Gala era una mujer demasiado frágil y que no podría asegurar que sobreviviese a

un nuevo embarazo.

—No cuentes nada de esto al emperador —dijo Serena.

—El emperador debería saber que Gala puede morir si queda embarazada de nuevo.

—No creo que sea necesario que te lo repita.

Gneo Fabio conocía el poder y la influencia de Serena y no iba a hacer nada que la pusiera en su contra. Pero ninguno de los dos se dio cuenta de que, oculta detrás de una columna, una persona escuchaba esa conversación. Se trataba de Helpidia, la nodriza de la niña Gala Placidia.

Anochecía cuando el general Argobasto y el oficial Aelio, su hombre de confianza, entraron en el palacio imperial de Vienne. Nubes negras de primavera, que habían anunciado tormenta durante toda la jornada, se concretaban ahora en truenos débiles y lejanos. Valentiniano II no los recibiría en la sala de audiencias, como era preceptivo, sino en sus aposentos privados. Eso indicaban las dos apretadas filas de legionarios de la guardia del emperador que, con el escudo sobre el pecho, formaban un pasillo que se dirigía directamente hasta ese lugar.

A pesar de lo temprano de la hora, la vida en el palacio parecía haber entrado en estado letárgico. Era como si los miembros del séquito de Valentiniano y de la corte entera, incluso la servidumbre y los esclavos, se hubieran retirado en una vigilia previa a un día de ritual religioso. El sonido de las botas de Argobasto y Aelio sobre el mármol caliente del amplio pasillo producía un eco viscoso que contrastaba con el silencio y la quietud de los soldados, que agachaban la cabeza en señal de sumisión al paso del *magister militum*. El olor acre de la cera quemada que emanaba de las innumerables velas hizo que los visitantes se frotaran la nariz en un gesto de desagrado. El emperador Valentiniano siempre tenía todas las estancias iluminadas, incluso cuando dormía. Desde que con solo tres años vio de la mano de su madre, la emperatriz Justina, el cadáver de su padre expuesto en el túmulo mortuorio de la oscura sala de

audiencias del palacio imperial de Tréveris, había desarrollado una fobia intolerable a la oscuridad.

Delante de la puerta cerrada de los aposentos imperiales esperaba el gran chambelán. La enorme cicatriz de la cara del *magister militum* quedó súbitamente iluminada por un relámpago y provocó la turbación del chambelán. Del otro lado esperaba Valentiniano acompañado de su más reciente hombre de confianza, el jurista Flavio Eugenio. El emperador vestía con la púrpura imperial pese a lo inusual de la hora de la audiencia.

—El general Argobasto ha llegado —anunció el chambelán en un tono tan alto y tembloroso que sobresaltó al joven emperador.

El oficial Aelio se había quedado fuera y mandó a la guardia imperial que desalojase en silencio el palacio.

—Siéntate, general —ordenó Valentiniano—. Tengo que comunicarte una decisión sobre el gobierno del imperio que te afecta de manera directa. —Después se dirigió a Eugenio—: Haz entrega al *magister* del decreto imperial.

Los truenos se hacían cada vez más presentes y la estancia se iluminaba con frecuencia por la luz cegadora de los cercanos relámpagos. Argobasto tomó en sus manos el rollo de papel cuyo contenido conocía perfectamente por habérselo adelantado el propio Eugenio. Cuando levantó la cabeza, era tal la expresión de ira que se concentró en sus ojos que al emperador se le heló la sangre.

—En el decreto no se menciona el nombre de mi sucesor. ¿De quién se trata y qué me espera en el futuro?

Valentiniano empezó a balbucear, incapaz de articular palabra alguna.

—No hace falta que me contestes —dijo con autoridad Argobasto—. ¿Y estás seguro de que lo voy a permitir?

Por primera vez en su vida, Valentiniano se enfrentaba a Argobasto, que era quien se había hecho cargo de todas las decisiones del Imperio de Occidente por orden de Teodosio. El rostro del emperador se puso lívido cuando ocurrió algo que no esperaba: Argobasto ordenó a Flavio Eugenio que hiciera entrar al oficial Aelio, pero que antes se cerciorase de que no quedaba ni un solo soldado de la guardia

imperial y que todos los miembros de la corte y la servidumbre estuviesen alejados de aquella ala del palacio.

—Tal como me ordenaste, no queda nadie en esta parte del edificio. Ni siquiera el chambelán —dijo Aelio.

Al oír esas palabras, el emperador empezó a temblar mientras de su boca solo salían sonidos incomprensibles. A un gesto de Argobasto, Aelio y Eugenio salieron de la estancia. En cuanto se quedó solo, Valentiniano fue consciente de cuál era su destino y, en un gesto reflejo, buscó su espada para enfrentarse a Argobasto. El general no se lo impidió; más aún, esbozó una sonrisa que se iluminó con un relámpago seguido de un enorme trueno.

—¿Me vas a matar, emperador? —dijo entre carcajadas.

La robusta figura del general dominó toda la estancia al levantarse de su asiento y, a la vez, empequeñeció la del joven Valentiniano, que en un arrebato de valentía intentó clavarle la espada en el pecho. Argobasto se apartó con agilidad y ni siquiera se molestó en sacar su propia espada. Cuantas más carcajadas se oían, más temblaba el emperador.

—Seguiré siendo el *magister militum* y, además, prefecto del pretorio. —Argobasto miró a los ojos a Valentiniano—. Ahora ya sabes que voy a matarte con mis propias manos.

Sacando fuerzas de donde no las había, el emperador trató de dar una nueva estocada al rebelde general. Esa vez Argobasto le agarró la muñeca y con un giro brutal de su mano derecha le rompió el brazo por el codo. La espada cayó al suelo entre alaridos de dolor de Valentiniano, que corrió a refugiarse en un rincón de la estancia.

—Por cierto, el nuevo emperador será Flavio Eugenio, tu hombre de confianza —le dijo Argobasto mientras lo levantaba sujetándolo por el cuello con su mano izquierda para, acto seguido, asestarle tal puñetazo en la frente que le quebró el cuello.

Luego llamó a voces a Aelio, que entró en la estancia con una soga.

Ya sin quejarse, porque no podía emitir más que sonidos imperceptibles, el emperador moribundo miró a Argobasto. Mientras el general lo sujetaba, Aelio ató la cuerda a una viga y rodeó el cuello de Valentiniano, quien solo tardó un momento en morir.

—El emperador se ha suicidado —dijo Argobasto sin perder la risa sonora y socarrona. Después hizo entrar a Flavio Eugenio y le anunció —: Muy pronto el ejército te proclamará nuevo emperador de Occidente.

10
Una sima profunda

El nuevo emperador títere Flavio Eugenio, afincado en el palacio imperial de Tréveris, entregó a su familia el cuerpo de Valentiniano II para que fuese objeto de las exequias que le correspondían en la ciudad de Mediolanum, donde vivían dos de sus tres hermanas. Flavio Eugenio quería ser reconocido y se desvelaba por agradar a su *collega* de Oriente. Incluso llegó a acuñar monedas en las que él mismo figuraba como tercer emperador, tras Teodosio y Arcadio. Pero el emperador hispano sabía muy bien quién era el que mandaba de verdad en Occidente. Argobasto, que era un reconocido pagano, cambió por completo las reglas del juego impuestas por Teodosio y el obispo Ambrosio.

En la antesala del salón de audiencias del palacio imperial de Tréveris esperaba el senador Nicómaco Flaviano, que ya había estado allí en una ocasión anterior con motivo de pedir a Magno Máximo su apoyo para la restauración del paganismo en aquella parte del imperio. Había aceptado el cargo de prefecto de Italia, África e Iliria que Teodosio le otorgó en un intento de reconciliarse con la nobleza pagana de Roma. Argobasto y Eugenio lo habían llamado y, dado que le estaba prohibido practicar ningún rito de la religión pagana, tenía sus esperanzas puestas en el *magister militum* de Occidente.

Cuando se le permitió, Nicómaco Flaviano se arrodilló y puso su boca sobre los pies calzados de Flavio Eugenio, tal como Símaco hizo años atrás ante Magno Máximo.

—Levántate, Flaviano —le dijo Eugenio—. Te hemos hecho venir porque te consideramos uno de los hombres más influyentes de Roma.

Y lo primero que vamos a hacer es confirmarte en el puesto que Teodosio te otorgó.

—Para mí será un honor seguir ostentando tan importante cargo —afirmó Flaviano—. Pero pesa sobre mí el veto absoluto a la celebración de cualquier rito no católico.

—Pues como emperador te levanto esa prohibición —le anunció Flavio Eugenio—. A partir de este momento, cualquier ciudadano de Roma es libre de celebrar aquellos ritos a los dioses que correspondan a sus creencias. La religión católica no será la única. Declaro aquí, y lo haré recoger en una ley, la libertad de culto, sea cual sea la adscripción de quien lo practica.

—Es la mejor noticia que he oído en los últimos años. Sin embargo, al ponerme a tus órdenes Teodosio me considerará un traidor y en cuanto pueda me condenará a muerte por delito de lesa patria. Y no dudes de que me ejecutará.

—Teodosio nada te hará porque estás bajo mi protección y carece de poder en esta parte del imperio —dijo Argobasto—. La otra razón por la que estás aquí es que quiero que seas quien dirija la restauración de los cultos paganos. El emperador Eugenio es católico, pero tiene la virtud de la tolerancia. Además, te encargarás de que los espectáculos públicos y los juegos, que quedaron prohibidos bajo la tutela del obispo Ambrosio, se restituyan para disfrute de los ciudadanos del imperio.

—Esa es mi voluntad —confirmó Eugenio—. Y a ti te toca el cumplimento. Deseo que retorne el antiguo esplendor a Roma.

—Se hará como me ordenas.

—¿Por qué no ha venido Símaco? —preguntó Argobasto.

—Al igual que a mí, Teodosio le prohibió la celebración de actos paganos. Símaco no quiere estar en la primera línea, pero me apoyará en todas las iniciativas dirigidas a restablecer los cultos tradicionales romanos.

—Pídeme lo que consideres conveniente para llevar a cabo las tareas que te he encargado —dijo Eugenio.

—Lo único que me genera preocupación es el obispo Ambrosio. Sé que va a interferir y que lanzará en mi contra a sus fieles ante

cualquier iniciativa que tome contra las prohibiciones que ha conseguido arrancar a Teodosio.

—Nos ocuparemos de Ambrosio —concedió Argobasto—. Ahora, Flaviano, eres el hombre del emperador en Roma y gozas de libertad para ejercer el poder como desees. Eso sí, con lealtad hacia él.

Con la muerte de Valentiniano se había abierto una sima muy profunda entre las dos partes del imperio. Y aunque Teodosio había conseguido vengar finalmente la muerte de su padre, el ejecutor del hijo de Valentiniano I no lo había hecho por orden suya, sino en acto de flagrante desobediencia.

En ese momento Teodosio estaba reunido con Estilicón y Serena en sus aposentos privados.

—Emperador, te avisé de que Nicómaco Flaviano te traicionaría en la primera ocasión que se le presentara. Y no la ha desaprovechado —dijo Estilicón a Teodosio—. Imagino que no tendrá una segunda oportunidad.

—No la tendrá —aseveró el emperador—. Pero dejemos al usurpador por un momento. Rufino me ha comunicado oficialmente que Taciano ha cometido un delito de corrupción.

—No sabíamos nada —dijo Serena—. ¿Qué ha hecho?

—Ha inscrito como propias varias fincas rústicas y villas en Antioquía. Eran propiedad de un curial que ha sido condenado por la apropiación ilegal de impuestos, y tenían que haberse inscrito como públicas.

—Pero ¿acaso no sueles tolerar esas apropiaciones con el fin de garantizar la fidelidad de los altos funcionarios? —se extrañó Serena.

—Cierto. Lo que sucede es que esta vez la apropiación es excesiva y media una denuncia oficial de otro alto funcionario del *consistorium*. No puedo negarme a abrir una investigación. Además, Rufino lo acusa de incumplir la ley que prohíbe la celebración de ritos paganos.

—¿No habrá sido una maniobra del propio Rufino? —preguntó Estilicón—. Cuando lo nombraste sabías que Taciano era un reconocido pagano.

—Así es. Sin embargo, no me imaginaba que llegaría hasta el extremo de incumplir mis propias leyes. Debo reconocer que fue una equivocación —dijo Teodosio—. Promoto presionó para que lo nombrara porque de esa manera se ponía al frente del gobierno una persona a la que él podía manejar. Pero Promoto está muerto y ahora eres tú el *magister militum*.

—¿Y qué vas a hacer? —quiso saber Serena—. Yo esperaría a ver qué pasa con Argobasto. No me fío de ese hombre porque puede invadir la parte oriental del imperio. Tiene el apoyo total de los francos y los alamanes.

—He mandado a Rufino que inicie una causa contra Taciano y que él mismo sea el presidente del tribunal.

Serena miró consternada a Estilicón. Se daba cuenta de que mientras ellos se dedicaban a gestionar los complicados asuntos del imperio y del ejército, su enemigo estaba tendiendo un puente para encaramarse a lo más alto del poder. Y lo estaba consiguiendo porque, con el juicio a Taciano, Rufino preparaba su propio nombramiento como prefecto del pretorio.

Una vez iniciado el enjuiciamiento de Taciano, Rufino acusó del mismo delito a su hijo Próculo, a quien su padre había nombrado prefecto de Constantinopla. El propio Rufino había seleccionado a los miembros del tribunal para que hiciesen lo que él les indicase. La preparación de las pruebas había sido minuciosa y todos los que declaraban lo hacían de manera coherente. Incluso los abogados defensores parecían estar más de acuerdo con Rufino que con exculpar a Taciano y a su hijo. Finalmente, Taciano fue cesado como prefecto del pretorio durante el mes de julio.

Teodosio convocó a Estilicón y a Serena para comunicarles el nombramiento del nuevo jefe del *consistorium*.

—No tienes que nombrar un sustituto de inmediato —dijo Serena—. Tanto Estilicón como yo consideramos que Rufino no es una buena elección.

—Pero no me dais ninguna razón. Os basáis en intuiciones. No me

parece motivo suficiente el hecho de que no mantengáis una buena relación con él. Sus funciones y las vuestras son diferentes —alegó el emperador—. Además, aunque tú no puedes ejercer un puesto ejecutivo, posees poder más que de sobra para contrarrestar cualquier decisión equivocada. No lo veo necesario, pero me daré un plazo de un mes antes de nombrarlo. Creo que es una persona inteligente y leal.

«Rufino es tan inteligente como poco de fiar», pensó Serena, si bien no se atrevió a decirlo delante de Teodosio.

En casos como ese, Estilicón solía callar porque no quería que el emperador supusiera que tenía interés en ser él mismo prefecto del pretorio. En ese momento, Teodosio tenía dos hombres que le impedían tomar las decisiones con la suficiente frialdad. Uno era Ambrosio desde su sede de Mediolanum. Y el otro era Rufino.

El decreto por el que el emperador Teodosio nombraba a Rufino como prefecto del pretorio llevaba fecha de 2 de agosto. Ahora que era la persona más poderosa del imperio, solo superada en rango por el emperador, podría afrontar con garantías el proceso de Taciano. Antes de ser detenido, el hijo de este último, Próculo, había conseguido huir de Constantinopla y Rufino no iba a permitir que escapase del castigo. Ordenó torturar a Taciano para que le revelara dónde se había escondido. Y la tortura produjo su efecto. Próculo fue capturado y condenado a muerte. Rufino quería el puesto de Taciano, pero también deseaba castigarlo por no haber impedido la humillación que supuso para él que Promoto lo golpease durante la sesión del *consistorium*. Iba a someterlo a una tortura brutal: lo obligaría a presenciar la decapitación de su hijo.

En el lugar donde se llevaría a cabo la ejecución del joven Próculo, además del verdugo con el hacha, estaban Rufino y Taciano.

—¿Me obligarás a presenciar la muerte de mi hijo?

—Todo hombre tiene lo que merece —le espetó Rufino.

—Recuerda que dejé que pudieras expresar tu opinión ante el emperador —dijo Taciano—. Por favor, Rufino, di al verdugo que me corte la cabeza a mí antes que a Próculo.

Rufino hizo entrar a dos soldados de la guardia imperial que traían a Próculo maniatado a la espalda y amordazado. Después de hacerlo arrodillarse y de forzarlo a colocar la cabeza sobre el tocón de madera, sujetaron al padre para que no tuviese más remedio que mirar la ejecución. Taciano renunció a gritar o quejarse y observó con dignidad cómo el verdugo cortaba de un solo tajo la cabeza de Próculo.

—¿Cuándo me ejecutarás a mí, Rufino?

—No voy a condenarte a muerte. Solo al exilio y a la pérdida de todo tu patrimonio. Tu mujer quedará en la pobreza para el resto de su vida.

11
La profecía del santón

Nicómaco Flaviano había hecho construir cerca del Foro un lujoso edificio como nueva sede del Senado. Hasta Roma se había desplazado el propio Argobasto para la inauguración, a la que se había invitado no solo a los senadores, sino también a todos los cargos civiles y militares. Nicómaco Flaviano había preparado una sorpresa aún más importante que el propio acto de la inauguración del edificio y que los asistentes desconocían.

Después del discurso, que pronunció el senador Símaco, un nutrido grupo de músicos legionarios hicieron sonar sus *cornua* ante una gran tela púrpura ubicada en un lateral de la gran sala de sesiones. Allí se situó también Argobasto, que sí había sido informado de la sorpresa, una vez que Flaviano subió a la tribuna de oradores.

—Senadores, generales y miembros del *consistorium* —dijo Flaviano con solemnidad—. Ante vosotros, ¡el altar de la diosa Victoria!

Argobasto dio un tirón a la tela y esta se descorrió dejando a la vista la estatua de oro de la diosa. Por tercera vez volvía a presidir el Senado. Los senadores paganos vitoreaban a Flaviano y a Argobasto mientras el silencio de los senadores católicos era la elocuente manifestación de su disgusto.

A continuación, Flaviano mandó que llevaran un cordero. Después de practicar las libaciones, el sacerdote procedió al sacrificio del animal derramando su sangre a los pies del altar. En la legislación de Teodosio, esa ceremonia se consideraba un gravísimo delito sancionado con la muerte. Pero la legislación de Teodosio había sido derogada en Occidente por el usurpador Eugenio.

Flaviano había preparado para ese día una segunda ceremonia, y esa vez no habría ninguna sorpresa. Los invitados se desplazaron desde el nuevo edificio del Senado hasta el templo de Venus, situado en el extremo oriental del Foro, cerca del Coliseo, que se había restaurado en su totalidad y ofrecía un aspecto monumental con el brillo de los mármoles reflejándose en la elegante columnata que lo circundaba. Cuando se acercaban vieron que estaba rodeado por miles de católicos que rugían enfurecidos. Flaviano se había asegurado la neutralidad del papa Siricio, quien le garantizó que no enviaría a sus fieles a boicotear la inauguración. Pero no contaba con que Ambrosio no se quedaría en su diócesis. El obispo de Mediolanum movilizó a sus seguidores de Roma para que deslucieran el acto. Los católicos intentaron impedir violentamente la entrada en el templo y fueron atacados a golpes por los miembros de la guardia imperial, que consiguió abrir un pasillo para que entrasen los invitados. En medio del griterío ensordecedor de los católicos, el sacerdote pudo ofrecer el sacrificio de un ternero, que fue quemado en la hoguera sacrificial. Después, con un hisopo, roció a los invitados con el agua lustral.[7] Tras la deslucida inauguración debido al alboroto que los católicos habían causado, el templo quedó abierto para la celebración regular de los cultos paganos.

Concluidas las ceremonias, Flaviano se reunió para comer con Argobasto en el palacio del prefecto de la ciudad. Pidió perdón al *magister militum* por haberse visto sorprendido por los seguidores de Ambrosio.

—Es imprescindible que el emperador hable con Ambrosio. Esto no puede repetirse —advirtió Argobasto.

—Tenemos preparada la apertura de muchos templos en Roma y en el resto de las ciudades de la parte occidental del imperio —dijo Flaviano.

—Ordenaré a mis generales y comandantes que impidan cualquier intento de boicot por parte de los seguidores de Ambrosio —afirmó Argobasto.

En las semanas siguientes, con ayuda de contingentes cada vez más numerosos de legionarios fueron reinaugurando decenas de templos

que dieron de nuevo al imperio la apariencia que tuvo en la época de Juliano. Incluso templos que se habían transformado en iglesias católicas volvieron a ser lugares de culto de la religión tradicional romana. Bajo la protección de Argobasto y Nicómaco Flaviano se ofrecieron sacrificios en los que se procuró la máxima visibilidad tanto de católicos como de paganos. El sedicioso senador se había convertido en un pilar fundamental del usurpador Flavio Eugenio y su controlador, Argobasto.

Lo que estaba ocurriendo en esa parte del imperio demostraba que Teodosio había fracasado estrepitosamente en su intento de vincular con su programa de gobierno a las élites occidentales paganas que, en cuanto pudieron, se colocaron bajo la protección del usurpador.

El obispo Ambrosio era consciente de que no conseguiría controlar a Eugenio porque era una marioneta en manos de Argobasto. Y este último era un pagano declarado sobre el que le resultaría imposible ejercer ninguna presión. No obstante, le quedaba Teodosio, y decidió enviarle una carta. Era la primavera del año 393 y hacía más de un año del asesinato de Valentiniano II.

> Emperador, todos los esfuerzos que hemos hecho para que la religión de la Santísima Trinidad se consolide en el imperio están a punto de fracasar. El que había sido tu protegido, Argobasto, que tiene bajo su influencia al usurpador Eugenio, ha decidido, como un nuevo Juliano, restaurar los cultos tradicionales de los idólatras. Ya te avisé de que hiciste mal al nombrarlo para tan alto cargo porque es un pagano irredento que iba a traicionarte. Yo he hecho todo cuanto podía. He alentado a los fieles a presionar a fin de evitar que los templos vuelvan a abrirse, pero el ejército impide que se acerquen a esos lugares de perdición. Argobasto ejerce un control férreo sobre las legiones, que lo obedecerán ciegamente en todo cuanto les ordene. En los últimos tiempos he recibido en varias ocasiones la visita del Espíritu Santo. Se ha quejado amargamente de los desmanes religiosos que están produciéndose desde que Eugenio usurpa el puesto de emperador. La vuelta de los falsos ídolos ha sido un retroceso que pone en peligro la difícil cristianización del imperio. Ayer, mientras dormía, el Santo Espíritu me reveló en sueños sus intenciones y me dictó la carta que tienes en tus manos. Dice que estás bajo la protección de los santos mártires Gervasio y Protasio y, especialmente, de Juan el Bautista, cuya

> cabeza recuperaste con la ayuda de Dios, y que desea que te pongas al frente del ejército para llevar a cabo una guerra santa contra el paganismo. He recibido una carta de mi querido discípulo Agustín de Hipona, quien también ha tenido la visita gozosa del Espíritu Santo para comunicarle que la guerra santa es el único camino para hacer cumplir la voluntad de Dios nuestro Señor contra los infieles. Debes darte prisa antes de que todo se vuelva contra nuestra religión. Tanto Agustín como yo tememos que vuelvan las persecuciones paganas sobre los católicos olvidadas desde hace cien años. También me ha revelado que si, desoyendo la voz divina, no actúas, Eugenio y Argobasto entrarán vencedores en Oriente, se harán con el poder e intentarán terminar con el catolicismo. Aunque tendrán algunos éxitos, no lo conseguirán porque el catolicismo es la única religión verdadera y acabará triunfando, pero sí conseguirán extinguir tu dinastía para siempre.

La carta estaba firmada en el año del tercer consulado del emperador Flavio César Teodosio Augusto.

Teodosio comentó su contenido con Gala. Sus relaciones con Ambrosio habían sido muy tormentosas y el obispo le había hecho objeto de la peor de las humillaciones, algo que no le perdonaría jamás. Pero la extinción de su dinastía que el Espíritu Santo había pronosticado a Ambrosio le producía un miedo cerval. A pesar de que su esposa sentía un inmenso odio hacia Argobasto porque sabía que era el asesino de su hermano Valentiniano, temía que esa guerra pudiese acabar en un desastre para su marido. El año anterior había perdido a su segundo hijo, y todo lo que deseaba era dar otro a Teodosio.

—El general Argobasto me da pánico —confesó Gala—. Tú mismo me has dicho que es un militar sanguinario y que nadie ha conseguido vencerlo. ¿No puedes olvidarte de Occidente? Aquí, en Oriente, aunque no es mi lugar de origen, soy feliz a tu lado y mi única ilusión es darte un hijo varón.

—Tendremos ese hijo. Aunque temo por tu salud. No quiero que nazca sin vida como el anterior o, lo que es peor, que tú mueras durante el embarazo o el parto.

La carta del clérigo rebelde hizo reflexionar a Teodosio sobre algo que temía desde que Eugenio y Argobasto tomaron el poder. Se daba cuenta de que, si no actuaba contra ellos, su plan de situar en el trono de Occidente a su hijo Honorio, al que había nombrado augusto el

mes de enero anterior, podría ponerse en entredicho.

Al día siguiente se reunió con Serena, Estilicón, Rufino y el gran chambelán Eutropio, las personas de su máxima confianza, e hizo que se leyera la carta de Ambrosio. El primero en intervenir fue Rufino:

—Emperador, sabes que soy cristiano practicante y, aunque Ambrosio no me produce ninguna simpatía, creo que tiene razón. Argobasto querrá eternizarse en el poder a través de Eugenio y, en cuanto le sea posible, hará que lo nombren emperador. Ha conseguido la alianza de una parte importante del Senado. La única posibilidad que tenemos es vencerlo en un enfrentamiento militar.

Serena analizó las palabras de Rufino. Estaba claro que él no tendría que exponerse en el combate. Se quedaría en Constantinopla como prefecto del pretorio para intrigar a su antojo.

—Será una guerra civil terrible —dijo Estilicón en su calidad de *magister militum*—. No podemos pensar en una victoria fácil. Conozco bien a Argobasto y, además de tener a las tropas férreamente a su servicio, goza de habilidad estratégica para planear las batallas. Si nos enfrentamos a él, será la guerra más cruenta desde la batalla de Adrianópolis. Morirán decenas de miles de soldados y las legiones quedarán muy mermadas.

—¿Se os ocurre alguna alternativa? —preguntó el emperador.

Serena se adhirió a la opción de la guerra.

—Debemos ir con la posibilidad de vencer. Hay que conseguir que los bárbaros del Danubio se sumen a nuestro ejército —opinó.

—Pero no quiero que venga el caudillo Alarico —dijo Teodosio—. No hay nadie que me haya humillado tanto como él.

—Creo que será imprescindible que se sume —advirtió Estilicón—. Es el caudillo con más carisma. Si él se posiciona contra la guerra, nos resultará muy difícil reclutar al número suficiente de bárbaros auxiliares.

—Chambelán… —Teodosio miró a Eutropio—. Me gustaría saber qué dice de esta guerra el santo eremita Juan de Licópolis. Ve a Egipto y tráelo a Constantinopla.

—Sí, emperador.

—Y tú, Estilicón, engrosa el ejército hasta donde puedas con levas y

con auxiliares bárbaros. Sabemos que Argobasto tendrá de su parte a los francos y los alamanes. Y no podemos contar con que se pongan de nuestro lado como en la última guerra civil.

Cuando entró en la cueva de la que el ermitaño Juan de Licópolis no salía desde hacía más de cincuenta años, el eunuco Eutropio se sintió aliviado por primera vez tras el largo viaje que lo había llevado de Constantinopla al interior profundo de Egipto. Pisar aquella gruta era el paso inicial para cumplir el mandato del emperador Teodosio, quien le había ordenado llevar a su presencia al santón.

Vio al esquelético anciano recostado en el interior, al fondo, sobre una especie de túmulo de piedra, con la melena rala y desgreñada y su larga barba blanca, vestido solo con una túnica raída y andrajosa. La cueva en la que Juan vivía estaba en el desierto de Nitria, varias jornadas al sur de Alejandría, y llegar hasta allí había sido un verdadero suplicio para el eunuco y su séquito. Eutropio no paraba de pasarse por la frente un pañuelo, húmedo ya de sudor, para aliviar el calor insoportable. Sus pequeños ojos vivarachos buscaban un lugar en el que reposar después de la difícil ascensión hasta lo más alto del promontorio en el que estaba la gruta. Pero allí dentro no había ni una simple banqueta.

Juan de Licópolis no dudaba de que irían a buscarlo. La fama del ermitaño se había extendido hasta los confines del imperio. Se decía que era un santo, que obraba milagros y que lo sabía todo sobre el pasado, el presente y el futuro.

Los miembros del séquito del eunuco se quedaron fuera de la cueva para que no pudieran oír lo que Eutropio tenía que hablar con el viejo santón, quien se levantó con dificultad de su lecho de piedra al notar que el enviado de Teodosio entraba. Una vez que sus pupilas blanquecinas atisbaron como entre brumas líquidas al recién llegado, le habló con el sosiego de quien hacía años que estaba más allá de las debilidades humanas.

—Siéntate, Eutropio.

El eunuco miró a su alrededor para constatar de nuevo que no había

ningún asiento, y el ermitaño señaló una piedra que sobresalía del suelo irregular y pedregoso. Eutropio acomodó torpemente su cuerpo y se sentó como pudo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó casi sin aliento—. Acabo de llegar, nadie ha podido avisarte de que venía.

—Eso carece de importancia —dijo el ermitaño—. Quiero que sepas que no voy a ir contigo. Cuando hace muchos años entré en esta cueva, prometí a Dios nuestro Señor que no volvería a salir de ella. Me queda muy poco tiempo de vida y pienso cumplir mi promesa. Sé que Teodosio desea verme en persona, pero eso ya no será posible, ni siquiera si él se digna venir hasta aquí.

El eunuco estaba atónito por las palabras que acababa de oír. ¿Cómo se había enterado aquel anciano de que él estaba allí con el encargo del emperador de llevarlo a Constantinopla? Tendría que decidir rápidamente qué debía hacer, y no se le ocurría cómo resolver el problema. Antes de que pudiera reaccionar, Juan continuó:

—Si estás pensando en llevarme por la fuerza no te hará falta. Sé lo que el emperador pretende preguntarme, y no tengo inconveniente en responderte para que tú se lo comuniques. Así que pon atención a mis palabras porque no las repetiré.

Eutropio seguía mudo y sin salir de su asombro. Nada podía hacer. Le sería muy fácil secuestrar a aquel anciano. Aunque se notaba a simple vista que cualquier acción de fuerza sobre su escuálido y debilitado cuerpo lo mataría. Su aguda inteligencia le indicó que debía escuchar al eremita antes de tomar una decisión. Conocía muy bien a su emperador y sabía que lo que le interesaba no era hablar en persona con el santón, sino que este le transmitiese la información que necesitaba. Abrió los ojos todo lo que pudo para demostrar al santón que estaba dispuesto a escucharle con atención.

—El emperador Teodosio está preocupado… y tiene razones para estarlo —dijo Juan de Licópolis—. Ha de enfrentarse al usurpador del trono imperial Flavio Eugenio y al general Argobasto. Y quiere saber cómo hacerlo para alcanzar la victoria. —Calló un instante para que Eutropio asimilara sus palabras—. Di al emperador que debe entrar en combate cuanto antes, que no lo demore. Si se retrasa será vencido.

Pero no debe luchar él solo con sus legiones y sus auxiliares. La fuerza de las legiones de Flavio Eugenio es superior porque, además, tiene el apoyo de los bárbaros francos y los alamanes. Ha de hacerse acompañar de un caudillo godo llamado Alarico. Que lo busque en las riberas del Danubio, en la provincia de Mesia. Juntos vencerán al usurpador Eugenio.

El eunuco pensó que el ermitaño quizá le engañaba, consciente del odio que Teodosio profesaba a Alarico. Cuando iba a replicarle, Juan se adelantó a sus palabras.

—Piensas que quizá te engaño, lo sé. Pero créeme, Alarico es una fuerza tan potente que no podrían pararlo todas las legiones de Roma juntas. Es cuanto puedo decirte. Y para el emperador será suficiente. Ahora vete. Estoy demasiado fatigado para seguir hablando.

Eutropio, seguro de que nada más estaba en sus manos hacer, se levantó, volvió a secarse el sudor e hizo el gesto de entregar al anciano una bolsa de monedas. Pero este la rechazó con desagrado.

—En los últimos cincuenta años no he necesitado ni una sola moneda. Mucho menos me harán falta ahora que voy a morir. Entrégalo en el nombre de Dios a los necesitados de Licópolis.

Antes de que el eunuco hubiera salido de la cueva, el ermitaño le habló de nuevo:

—Ah, se me olvidaba. Di también al emperador Teodosio que después de su victoria morirá. Así que debe dejar dispuesta su sucesión como emperador de Roma.

Eutropio se despidió del santón convencido de que sus profecías eran ciertas. Sabía que el emperador esperaba oír que vencería a Flavio Eugenio, pero lo que no esperaba es que se le revelase su propia muerte. El anuncio lo sobrecogía porque él era uno de los protegidos más cercanos de Teodosio y debía su alto rango de chambelán del cubículo imperial al favor que le dispensaba. No le importaba en absoluto la vida o la muerte del emperador puesto que para él no existía el concepto de lealtad más allá de su propia ambición. Las personas siempre fueron para él un instrumento para escalar hasta lo más alto del poder, y estaba seguro de que lo lograría pesara a quien pesase. Sin embargo ahora, cuando aún no había alcanzado la cima,

especulaba al respecto de lo que sería de él tras la muerte de Teodosio. Tenía miedo de las envidias que su proximidad al emperador había generado en la corte de Constantinopla. Sabía que tras la muerte de este, su vida correría serio peligro. Pero al menos no lo cogería de sorpresa. Tendría tiempo para maniobrar e intrigar para sobrevivir, como hacía desde que tuvo uso de razón. Pensaba en qué pasaría con Estilicón, el *magister militum*, el general de confianza de Teodosio, el hombre más poderoso del imperio; con Serena, quien siempre lo había protegido; y con la persona a la que el eunuco más odiaba, Rufino, su peor enemigo, el prefecto del pretorio de Oriente y tutor del emperador Arcadio. Quizá sería mejor para él no comunicar al emperador la profecía de su propia muerte.

Ayudado por dos sirvientes a cuyos cuellos se sujetaba con fuerza, descendió dificultosamente por el roquedal hasta las ardientes arenas del desierto. Su mente bullía como un caldero sobre fuego vivo. «¡Alarico! ¡Alarico! ¡Alarico…!». Por lo visto, iba a ser un hombre importante en el imperio. «Una fuerza tan potente que no podrían pararlo todas las legiones de Roma juntas», había dicho el ermitaño. Nadie podía serlo tanto. Lo conocía bien, y ahora estaba obligado a hacerlo su aliado.

Pero lo primero era escribir al emperador. Para que Teodosio entendiera las razones por las que no llevaba por la fuerza al ermitaño a su presencia, Eutropio decidió que debía redactar la misiva con sumo cuidado, con la precisión que le había enseñado su primer amo y amante. Y después tenía que enviarla cuanto antes. Había un jinete preparado para llegar rápidamente hasta Constantinopla utilizando los caballos de relevo de las postas imperiales. En la carta omitió de manera deliberada la profecía de la muerte del emperador. Necesitaba tiempo para pensar cómo comunicarle esa información.

Cuando finalmente se echó sobre el mullido lecho se notó tan cansado que pensó que se dormiría de inmediato. Aun así, la excitación nerviosa no le dejaba conciliar el sueño. Le inquietaba que Alarico fuese imprescindible para vencer a Flavio Eugenio. También le inquietaba la inminente muerte del emperador. Eso lo obsesionaba hasta la exasperación. En ese momento, no obstante, nada podía

hacer, y para descansar tenía que expulsar esa nefasta profecía de su mente. Necesitaba un pensamiento agradable, y a él, alejado de los placeres carnales desde siempre, solo lo relajaba pensar en sus propias ambiciones. Quería llegar a lo más alto del imperio, se repitió, ser la persona más poderosa de Roma. Sabía que el título de emperador estaba reservado a uno de los generales o un miembro de la familia imperial, y él era un simple eunuco extranjero que, por demás, había sido esclavo. Pero ¿por qué no prefecto del pretorio o quizá cónsul, la más alta dignidad del imperio después del emperador? Ningún eunuco ni ningún liberto lo había sido jamás. Era impensable, pero a él le gustaba embriagarse con ese sueño, su único sueño desde hacía años. Eutropio ansiaba tener el imperio a sus pies.

Días después, de regreso en Constantinopla, relató al emperador lo que le había comunicado Juan de Licópolis, salvo su cercana muerte.

—¿Ha dicho que si no tenemos con nosotros a Alarico vencerá Argobasto? —preguntó el emperador.

—Ha dicho que su participación es imprescindible. Y también que Alarico es una fuerza tan potente que no podrían pararlo todas las legiones de Roma juntas.

—El santón Juan no se equivoca jamás —aseguró Teodosio—. Me habría gustado que Alarico permaneciese al margen de esta guerra, pero no nos queda más remedio que convencerlo para que se una a nuestro ejército. Llama a Rufino, Serena y Estilicón. Quiero saber qué piensan ellos.

La guerra se presentaba como algo inevitable que, según el santón Juan, debería producirse lo antes posible si Teodosio deseaba vencer. El emperador debería decidir quién sería el encargado de visitar a Alarico para persuadirlo de que participase en aquel conflicto entre dos emperadores. Era una guerra civil; mejor dicho, era una guerra de religión, que a los godos en nada concernía. Todos los que se encontraban en la sala, salvo Rufino, habían estado recientemente enfrentados con Alarico; la última vez, con motivo del traslado de la cabeza de Juan el Bautista. Rufino, de cuyas reuniones con Alarico no estaban al corriente los presentes, se ofreció para hacer de embajador ante el caudillo godo.

Antes de que el emperador le autorizase, Estilicón pidió la palabra.

—El prefecto del pretorio desconoce el funcionamiento del ejército. Y desconoce también los problemas que dificultan la incorporación de Alarico. En el ejército de Oriente ya hay tres caudillos godos que dirigen unidades auxiliares. Está el general Gainas, un militar profesional de toda la vida que abandonó el pueblo godo antes de que Alarico hubiera regresado. Aunque los godos lo conocen, no es muy apreciado. El general Sarus es enemigo declarado de Alarico y también forma parte de los destacamentos regulares. No ha renunciado a la posibilidad de ser elegido rey y su presencia no favorece la decisión de Alarico. Por último está Favrita, que fue hombre fiel y amigo de Alarico hasta que decidió incorporarse como general regular del ejército imperial de Oriente. Además, el propio Alarico declinó participar en la anterior guerra civil porque exigía ser el general de todos los destacamentos bárbaros, y ahora tampoco podrá serlo ni siquiera de los godos. Los sármatas, los alanos y los hunos, como en la anterior guerra, combatirán bajo el mando de sus propios caudillos. Es una misión muy difícil porque, por añadidura, se trata de una guerra civil que en nada afecta a la nación goda. Será muy complicado que Alarico acepte llevar a sus hombres a morir por algo que no les concierne.

—El *magister militum* tiene razón —dijo Rufino—. Pero nos espera una guerra en la que se juega la supervivencia de la dinastía de nuestro emperador, y hay que hacer todo lo que esté en nuestras manos para conseguir que ese caudillo acepte luchar a nuestro lado. —Se dirigió a Teodosio—. Señor, permíteme que hable con Alarico… Y si fracaso, encarga a otra persona que lo intente. Solo te pido que me concedas libertad para negociar las compensaciones.

—De acuerdo —aceptó el emperador—. Pero debes darte prisa porque el tiempo acucia.

—Iré directamente hasta su campamento.

—¿No te harás anunciar por un mensajero? —preguntó Serena.

—No. La última persona que Alarico puede esperar que lo visite es el prefecto del pretorio. Soy el más alto mandatario de rango civil después del emperador, algo que Alarico no ignora. Me acompañará

como escolta un destacamento de tropas auxiliares godas que conozcan la ubicación del campamento.

12
El bosque sagrado

La llegada de Rufino cogió por sorpresa a Alarico. Después de los saludos de rigor, el caudillo godo le preguntó:

—¿Tenemos algún nuevo asunto en el que colaborar?

—Esta vez es el propio emperador el que me ha pedido que venga a hablar contigo. No necesito hacer ninguna introducción porque estoy seguro de que ya conoces la inminente guerra civil entre las dos partes del imperio. Teodosio, como único emperador legítimo de Roma, quiere que se acabe de una vez esa impostura por la que Flavio Eugenio dice ser el emperador de Occidente, cuando no es más que un usurpador. En Constantinopla se está reuniendo un gran ejército, y Teodosio desea que nuestros federados godos formen parte de él. Quiere que el caudillo Alarico y sus hombres se le unan para entrar conjuntamente en la batalla.

—Nos pides que nos impliquemos en una guerra civil entre romanos —dijo Alarico—. La noticia que nos ha llegado de Occidente es que Argobasto y Eugenio, con el apoyo de Nicómaco Flaviano, han restaurado la religión tradicional romana. Y eso ha soliviantado a los católicos, sobre todo a sus clérigos. Es una guerra por el poder único en el imperio. Pero es también una guerra de religión, un conflicto de los paganos contra el catolicismo, que pretende destruir la cultura que ha sustentado durante siglos la civilización romana. Nosotros amamos esa civilización y no queremos que sea destruida. ¿Por qué deberíamos colaborar con un ejército que, en caso de ganar, arrasará la identidad de Roma? Tú puedes ofrecernos dinero, mucho dinero, pero aunque lo necesita, mi pueblo tiene la aspiración de vivir en libertad e igualdad

dentro del imperio, y eso no vas a concedérnoslo.

—Todo lo que dices es susceptible de negociación —afirmó Rufino —. Se trata de dejarlo recogido en un documento que el propio emperador suscribiría.

—De entrada, nuestra respuesta es que no —dijo Alarico—. Pero no hace falta que te vayas ahora mismo. Te alojarás en el campamento y mañana tendrás la respuesta definitiva. —Después, mirando a Ataúlfo, le ordenó—: Convoca el consejo para mañana a la hora sexta.

También a la hora sexta, pero de ese mismo día de la primavera del año 394, montado en su caballo alazán y escoltado por su guardia personal, a cuyo frente se situaba su fiel asistente Armín, y en compañía de Ataúlfo, Walfram, Aram y Calista, Alarico atravesó el campamento por la vía central para que su pueblo, que se había congregado a ambos lados, le viera salir. El caudillo godo había anunciado que iría a consultar a los dioses de los bosques y de las montañas. Con ese anuncio, los suyos sabían que se repetía un ritual iniciado por los caudillos baltos cuando se establecieron en la Dacia y que era bien conocido por la nación goda. Eran conscientes de que cuando regresara habría novedades que afectarían a su futuro.

La comitiva se dirigía hacia un bosque que los godos siempre consideraron sagrado porque allí, según una creencia aceptada desde hacía muchos años, habitaban los dioses de su religión tradicional junto con los espíritus de sus muertos. Cabalgaron durante toda la tarde y parte de la noche. El frío era intenso y se aproximaba una tormenta cuando finalmente llegaron y se detuvieron junto a un pequeño arroyo de aguas transparentes que bordeaba el bosque.

Alarico bajó del caballo de un salto y Armín lo ayudó a quitarse toda la ropa.

Un sacerdote de la religión gótica que lo acompañaba le indicó que entrara en el arroyo y lo purificó con el agua fría. Completamente desnudo, se internó solo en la espesura del bosque sagrado. Lo conocía muy bien porque cuando era un niño solía cazar allí con su padre y por haberlo visitado muchas veces en compañía de Valeria. Las copas

de los árboles formaban una techumbre tenebrosa que difuminaba la claridad de la noche, que estaba a punto de apagarse del todo por la tormenta. Poco después se detuvo en el claro de la espesa fronda en el que sus antepasados celebraban los ritos de invocación a los dioses godos. Era el lugar donde se decía que el rey Atanarico había escuchado muchas veces en soledad, como él se disponía a hacer, los oráculos que lo guiaban en sus decisiones más trascendentes. Cuando la tormenta comenzó a descargar con fuerza, la oscuridad se tornó absoluta. Alarico no sentía el frío que lo calaba hasta los huesos porque estaba concentrado en sus reflexiones a la espera de que el oráculo se manifestara de alguna forma. Los relámpagos que encendían el cielo con su luz intimidatoria, mezclados con la lluvia intensa, creaban un escenario espectral. En aquella desguarnecida soledad, le invadió una inquietud que le nubló la vista. No había experimentado esa sensación tan espantosa desde que era un niño. Ahora se daba cuenta de que un pánico místico, que no obedecía a ninguna amenaza real, también podía anidar en su interior.

Por su cabeza pasaban a gran velocidad infinidad de imágenes de su infancia y adolescencia, pero sobre todo pasaba el presente de su pueblo. Los godos habían quedado reducidos a simples refugiados, súbditos de segunda categoría, siempre despreciados por los verdaderos romanos. Y ese agrio destino de su gente pesaba como una losa en el interior de su mente. ¿Dónde se había quedado el orgullo de su gente? Atanarico quería un destino glorioso para su nación. Según una antigua leyenda, los godos estaban destinados a ser la cabeza de un imperio que dominaría sobre todos los pueblos de Europa. Y a él, Alarico, el amo de todos, los dioses lo habían designado para llevar a buen puerto ese destino glorioso. Sin embargo, la realidad era otra ya que, desde hacía años, se debatían sobreviviendo con las migajas que les regalaba con desprecio un imperio en decadencia, pero demasiado orgulloso para reconocer derecho alguno al pueblo bárbaro más allá de usarlo como fuerza militar para defender las fronteras, pagándoles la cantidad estipulada en el tratado de paz.

La llegada de Rufino había despertado en el caudillo godo unos demonios interiores que llevaban un tiempo enmudecidos. Recordó

sus largas estancias en las montañas de la Dacia, antes de ser raptado como rehén, en la casa de su tío Atanarico, al que escuchaba como si se tratara de un dios. Hablaba de los romanos como de los eternos enemigos a los que había que destruir porque siempre habían hecho daño a su pueblo. Para su tío, el único sentimiento que podían inspirarle era el odio. Para Alarico, sin embargo, los romanos no podían ser los enemigos y no los odiaba. Era un godo que amaba a su pueblo y se sentía identificado con sus valores y sus tradiciones, pero lo habían educado como romano. El filósofo Marco Probo se ocupó de él durante su infancia, e Hipatia y los filósofos de Atenas lo habían instruido durante su adolescencia con el esmero con que se educaba a los hijos de los patricios romanos destinados a ser senadores o generales del ejército. No obstante, él, Alarico, el dueño de todos, no había perdido un ápice de su adoración y admiración por la rebeldía de Atanarico, de quien había heredado su carácter indomable. Ese fiero carácter era el que le había hecho el líder indiscutible de toda su nación.

La lluvia y el estruendo de los rayos se multiplicaron y el caudillo cayó al suelo preso de un frenesí próximo al paroxismo. De rodillas, empapado su cuerpo desnudo en el barro que se había ido formando a sus pies, oyó nítidamente, entre el ruido de los truenos, unas palabras enigmáticas: «*Penetrabis ad urbem*». La frase se repitió varias veces como reproducida por un eco fantasmal. «Entrarás en la ciudad». Las palabras estaban pronunciadas en idioma latino, por lo que la ciudad no podía ser otra que Roma. En los últimos ochocientos años, nadie había entrado jamás en ella sin ser invitado. No le fue difícil descifrar aquel oráculo. Le estaba ordenando ir a Roma. Le estaba ordenando conquistar Roma. Ser el dueño del imperio. El mandato debía cumplirse, y él era el encargado de llevar a cabo esa misión. Sus dioses así lo habían ordenado. Se puso de pie. El miedo había remitido. La tormenta se estaba alejando y las últimas lluvias limpiaron su cuerpo.

Cuando salió del bosque sagrado, metió los pies desnudos en el arroyo y el sacerdote lo purificó nuevamente con sus frías aguas. Armín le entregó un paño para que se secara. Después, se vistió y subió a su caballo.

El regreso, en plena oscuridad, se hizo en un silencio absoluto solo roto por el resonar rítmico de los cascos de los caballos al galope. Tras la revelación en el bosque, Alarico ya era conocedor de un destino del que todavía no era dueño y al que debería dirigir todos sus esfuerzos. Al final de ese camino que los dioses le habían indicado estaría esa ciudad de la que había oído hablar tantas veces. La conocía como si hubiera vivido en ella por la infinidad de historias que Marco Probo les había contado a él y al resto de los niños a los que educó. Era la misma ciudad a la que se refirió el oráculo de Amón en el oasis de Siwa. Liberado ya de la preocupación por la decisión que debería tomar, sus pensamientos se concentraron, como tantas otras veces, en Valeria.

Con el paso del tiempo, Alarico acabó por resignarse a perderla, aunque nunca dejó de recordarla con una añoranza enfermiza, porque su amor no se había extinguido; de hecho, no parecía que pudiera desvanecerse a corto plazo. Pero Valeria estaba exiliada en Constantinopla y no volvería en mucho tiempo. Lo que ahora acuciaba al caudillo godo era la necesidad de dar una respuesta a Rufino. Las palabras de los dioses de los bosques y las montañas le habían indicado el camino. Aunque había cierto enigma en esa frase que oyó con tanta nitidez en varias ocasiones, entendió que le ordenaban ponerse de inmediato al frente de su pueblo en su calidad de rey. Era una decisión que había pospuesto durante muchos años, si bien comprendió que había llegado el momento. Se sentía estimulado por dos metas que podían parecer contradictorias: por una parte, conducir al pueblo godo al lugar donde se asentarían de manera definitiva disfrutando del respeto y la consideración que se les debía como personas; por otra parte, no obstante, también estaba impelido a preservar la herencia de Roma, ya que no tendría sentido asentar a su pueblo en un lugar con una historia legendaria que iba difuminándose sin remedio. Roma no se merecía esos incompetentes dirigentes que estaban llenando el imperio de bárbaros sin intención de integrarlos, lo que suponía un peligro brutal para la conservación de su identidad. Pero le parecía igualmente despreciable la sumisión del emperador a los clérigos cristianos que hacían desaparecer todos los símbolos de la

cultura milenaria de Grecia y Roma. Debería ser él quien les enseñara el camino del futuro.

Cuando llegaron al campamento faltaba poco para la hora en la que estaba convocado el consejo de caudillos. Aunque no había dormido, Alarico no se encontraba cansado porque las renovadas fuerzas que la experiencia del bosque sagrado le había insuflado lo mantenían con la mente y el ánimo despiertos.

En un lateral de la plataforma donde se hallaban sus colaboradores más allegados, se situó también Rufino, a quien Alarico había invitado a estar presente para que tomase nota de la opinión de los caudillos. Ulfilas, sentado a la derecha de Alarico, se levantó con dificultad porque los años le habían pasado factura y ahora era un anciano al que le costaba mantenerse de pie. Pero aún tenía fuerza para dar la palabra al caudillo godo.

—Este es mi último acto como jefe de los caudillos. Alarico no quiere que me retire hasta que él sea elegido rey. Sin embargo, mi cuerpo está tan deteriorado que no creo que viva para asistir a otra reunión. Pienso honestamente que él es el mejor caudillo que ha tenido el pueblo godo en toda su larga historia y, aunque le he reprendido en más de una ocasión por su enérgico temperamento y su carácter impulsivo, será un gran rey. Él es quien ha convocado el consejo y él debe ser el que se dirija a vosotros.

La atronadora ovación que recibió Ulfilas fue el preludio de la euforia que se desató cuando el caudillo godo se dispuso a hablar a los congregados. Rufino, que jamás había asistido a una reunión de caudillos bárbaros, estaba atónito y admirado por la devoción que levantaba aquel caudillo al que Teodosio despreciaba.

Alarico pidió silencio.

—Respetados caudillos, a mi derecha, junto a mis fieles colaboradores, se sienta un romano al que no conocéis. Se llama Rufino y es el jefe del gobierno del emperador Teodosio. —En cuanto oyeron que Alarico mencionaba ese nombre, los caudillos profirieron un sonoro murmullo de rechazo—. Quiero que me oiga y, sobre todo, que os oiga a vosotros. Ha venido hasta nuestro campamento para solicitar la participación del pueblo godo en la guerra que Teodosio se

propone iniciar contra Eugenio, el emperador de Occidente. Exige que sea yo el que esté al mando de las tropas auxiliares y nos ofrece dinero, mucho dinero. Pero ese dinero es el pago por la vida de miles de guerreros godos que morirán en un combate que va a ser uno de los más sangrientos de la historia de Roma. —Detuvo su discurso para que los caudillos pudieran confrontar la compensación económica con las vidas de sus compatriotas—. No es que no lo necesitemos, el dinero nos sirve para garantizar el futuro de nuestras familias, pero tanto yo como vosotros estamos convencidos de que nuestra ambición es un anhelo de dignidad. Y Rufino me ha ofrecido que el emperador firme un documento en el que se garantice esa dignidad.

Los caudillos prorrumpieron en gritos:

—¡No! ¡No! ¡No queremos más documentos!

El griterío iba en aumento, hasta que Alarico pidió silencio de nuevo con un movimiento de sus manos.

—Todo lo que tenemos dentro del imperio nos lo hemos ganado con la fuerza de nuestras armas. Pero no deseamos volver esa fuerza contra nuestros… anfitriones —dijo con ironía—. Queremos garantías auténticas, garantías de que los compromisos van a cumplirse. Cuando los godos nos unimos al ejército de Teodosio contra Magno Máximo, nos ofrecieron unas compensaciones que se retiraron en cuanto el conflicto acabó. Eso no volverá a pasar. Los romanos tendrán que pagar… no solo con dinero. —Al oírlo, Rufino esbozó una sonrisa porque parecía que Alarico iba a convencer a los caudillos de que acordasen ir a la guerra—. Hay muchos godos alistados con varios generales de nuestra nación. Está el general Favrita —mencionó, y se oyeron aplausos—, el general Gainas —añadió, y ese nombre provocó rechazo— y el general Sarus —concluyó, y enseguida se desataron sonoros pitidos—. No me importa que los godos vayamos desunidos. Ya no hay tiempo de organizar un ejército unificado. Ni me importa que los sármatas, los alanos y los hunos vayan bajo las órdenes de sus propios caudillos.

Cuando Alarico dijo esas palabras se hizo un silencio perturbador. Los caudillos no entendían que no exigiera el mando unificado bajo sus órdenes.

—He dicho a Rufino que no ayudaremos a Teodosio. Pero ayer estuve en el bosque sagrado para pedir el auxilio de los dioses de nuestros antepasados antes de tomar una decisión tan trascendente para nuestro pueblo. Y se expresaron sobre nuestra participación en esta guerra. Me pusieron una condición que no puedo ocultaros. Si participamos, Teodosio vencerá. De eso no tengo ninguna duda. Y esta victoria le dará el poder absoluto sobre todo el imperio. Ya no habrá Oriente y Occidente, sino un solo imperio bajo su mando. Pues bien, esta es mi exigencia, la que me han comunicado los espíritus de nuestros antepasados: para que la nación goda goce del respeto del pueblo romano es necesario que un godo esté al frente del ejército unificado que se constituirá cuando acabe la guerra. La condición para participar en ella será que yo, una vez concluida, sea nombrado por el emperador y el Senado de Roma general en jefe del ejército unificado. Solo un *magister militum* godo garantizará la libertad y la igualdad del pueblo godo respecto de los ciudadanos romanos.

La euforia se desató entre los caudillos. Estaban en total sintonía con Alarico. La mejor manera de conseguir el respeto de los romanos era tener la jefatura de su ejército. Y no había razones de peso para impedírselo. Argobasto, el *magister militum* de Eugenio, era un franco pagano, y Estilicón, el de Teodosio, un semivándalo. Alarico miró a Rufino, que torció el gesto porque no esperaba que pusiera esa condición. Pero Alarico no había acabado su discurso e hizo callar a los caudillos.

—No he terminado todavía. Si Teodosio no acepta esta oferta, no habrá más negociaciones. Los godos no participarán en esta guerra civil entre emperadores y convenceremos a la mayoría de nuestros compatriotas para que tampoco participen. Argobasto cuenta con la totalidad de los francos y los alamanes. Sin nosotros, Teodosio no tendrá posibilidad de vencer. Sin embargo, si acepta nuestra exigencia, llevaré conmigo treinta mil guerreros. Otros veinte mil se quedarán aquí para defender a nuestras familias. Ahora bien, si acepta solo para que nos unamos y después no cumple su compromiso… —Alarico se detuvo ante la muda expectación de los caudillos—. Si no cumple su compromiso —repitió, y levantó tanto la voz que los

caudillos contuvieron el aliento—, ¡me encargaré de que el ejército godo arrase el imperio sin compasión! ¡Sin compasión! No quiero documentos, solo la palabra de Teodosio. Ha llegado el momento de que los caudillos os pronunciéis.

No fue necesario votar porque los caudillos aprobaron por aclamación la propuesta de Alarico.

Calista estaba pletórica. Le gustaba la acción, y por fin veía a Alarico ejercer como rey de los godos. Ahora empezaba la etapa que ella deseaba desde hacía años.

De vuelta en el palacio imperial, Rufino explicó con detalle la propuesta de Alarico refrendada por los caudillos. Teodosio parecía no creerse lo que su prefecto del pretorio relataba.

—Entonces ¿solo hay una propuesta? —preguntó Serena.

—Solo esa. Si no se acepta, Alarico no participará y disuadirá a la nación goda.

—Tenemos que aceptar —afirmó Teodosio—. Juan de Licópolis lo dijo claramente: sin Alarico, Eugenio nos vencerá.

—Pero eso supone quedar en manos de Alarico. Si manda en el ejército mandará sobre el imperio —advirtió Estilicón.

—Podemos aceptar y después no cumplir. Una vez que hayamos vencido y con un ejército unificado, la situación habrá cambiado —dijo Rufino.

—Te comunicó que arrasaría el imperio si no se cumplían las contrapartidas que exige —le recordó Serena—. Sabemos de sobra de lo que es capaz. Cumple lo que promete. Además, por lo que nos has contado, la decisión no es solo de Alarico, la ha ratificado por unanimidad el consejo de caudillos.

La mente de Serena era una olla hirviendo. En Oriente, Rufino se le había adelantado y era el jefe del gobierno, lo que significaba que nominalmente mandaba más que ella y Estilicón. Cuando acabara la guerra, si Teodosio salía vencedor, el nuevo hombre fuerte del imperio sería Alarico y no su marido. Tendría que pensar cómo salvar esos escollos con los que nunca había contado.

—La decisión está tomada —dijo Teodosio—. Le contestaremos que si ganamos la guerra será investido para el cargo que solicita.

—Se hará el dueño de Roma —observó Estilicón.

—Eso es todo —zanjó Teodosio—. No puedo arriesgarme a perder esta guerra. Y no nos queda más posibilidad que hacer lo que Alarico nos exige… por ahora.

—Una última cosa —dijo Rufino—. Alarico no quiere ningún documento. Solo exige que tú, emperador, seas quien ratifique personalmente el compromiso. No se fía de nadie más.

Teodosio puso un gesto de cólera contenida.

—De acuerdo. Que Eutropio organice el encuentro lo antes posible.

El eunuco consiguió que ambos mandatarios se encontraran en la ciudad de Sárdica,[8] la capital de Tracia.

La reunión entre Teodosio y Alarico, acompañado este de sus colaboradores, transcurrió según lo programado: el emperador de Oriente aceptó nombrar al balto jefe de los ejércitos si ganaban la guerra.

13
La tristeza del emperador

Teodosio se había metido en un complicado laberinto. El día anterior a su partida hacia la guerra, el médico Gneo Fabio le hizo acudir a toda prisa a los aposentos de Gala. La emperatriz, que ya había perdido a su segundo hijo en el parto, se encontraba embarazada del tercero. Teodosio estaba muy ilusionado con tener un varón de su joven esposa. El médico había calculado que se encontraba en el sexto mes de gestación y, en contra de lo que él pensaba, se desarrollaba sin problemas. Sin embargo, esa misma noche Gala empezó a encontrarse mal. Gneo Fabio, sabiendo lo ocupado que Teodosio estaba con los preparativos de la guerra, atendió a la joven emperatriz. Pero Gala no respondía al tratamiento. Su estado de salud iba deteriorándose por momentos. Cuando se temía lo peor, el médico avisó al emperador.

—Te acompaño —dijo Serena, que preveía que algo así podía pasar.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Teodosio, cuyas pupilas delataban su preocupación.

—Ayer empezó a sentir molestias y esta tarde su situación se ha agravado —respondió Gneo Fabio—. No tiene casi pulso y no acepta comida ni bebida. Hice que le dieran un baño templado para bajarle la fiebre y traté de que mejorase con miel y esencia de silfio. Pero no ha funcionado.

—¿Va a morir?

—Sí, emperador.

—¿La criatura podrá salvarse?

—Lleva solo seis meses de embarazo. No es posible hacer nada.

—Dejadme a solas con ella —dijo Teodosio—. Sal tú también,

Serena.

El emperador se tumbó al lado de su esposa y la abrazó mientras dejaba que las lágrimas brotaran libremente de sus ojos. Se quedó toda la noche a su lado sin dormir ni un minuto porque no tendría tiempo para mortificarse con el duelo.

Por la mañana, Gala había muerto.

Serena, que había llegado a los aposentos de la emperatriz, miraba a Teodosio con cara compungida. El emperador hizo que Helpidia le llevara a la pequeña Gala Placidia. La niña tenía ya seis años, y por los gestos de su padre comprendió que su madre había muerto. Se subió a la cama donde Gala yacía y la abrazó y la besó mientras lloraba. Después se acercó a Teodosio.

—¿Por qué ha muerto? —le preguntó.

—El médico dice que enfermó de improviso. No ha podido hacer nada para salvarla —respondió Teodosio—. A partir de ahora, tu tutora será la princesa Serena.

Gala Placidia la miró con odio, una expresión similar a la que Helpidia puso cuando fijó sus ojos en los de Serena. La princesa se estremeció ante el escrutinio de la nodriza de la niña.

—Serena se desvive por ti. Es tu prima y siempre te ha querido como a una hija —dijo el emperador.

—Muerta mi madre, la única mujer a la que quiero de verdad es Helpidia.

—Helpidia es solo tu ama de cría. Deseo que te lleves bien con Serena. Ella cuidará de ti como cuida de tus hermanos.

Después de oír a Gala Placidia, Serena notó que en las palabras y en los ojos de aquella niña había un resentimiento contra ella que no fue capaz de comprender.

Tras el fallecimiento de Gala, Serena quedaba como la mujer más relevante del imperio. De hecho, era la que disfrutaba del privilegio de acompañar al emperador en los actos oficiales. Y su aspecto como emperatriz en funciones era siempre tan cautivador que quienes la contemplaban no podían dejar de mirarla. Pero, además, era la

responsable de muchos niños. Teodosio le había encargado que se ocupase de sus tres hijos: Arcadio, Honorio y Gala Placidia. Con todo, de Arcadio hacía tiempo que no se ocupaba porque este había cumplido diecisiete años y parecía estar subyugado por Rufino, al extremo de que era la única persona a la que hacía caso. Pero sí se ocupaba del pequeño Honorio, que estaba a punto de cumplir diez. Era un niño hosco, solitario, de carácter introvertido y que no parecía muy despierto. Y así como Arcadio había desarrollado un rechazo muy evidente hacia Serena y su esposo, Honorio parecía mucho más influenciable. A falta de su madre, Elia Flacila, la princesa parecía desvivirse por atenderlo y darle todo su cariño, cosa que el niño aceptaba con docilidad.

Pero era su propio primogénito, Euquerio, el preferido de Serena. Se diría que solo veía por sus ojos. Era un niño de una aguda inteligencia y un físico que hacía honor a su padre. Su belleza y sus gráciles maneras parecían predestinarlo a ocupar una posición relevante entre la clase patricia. Por eso su madre le tenía previsto ya el futuro. Se casaría con la princesa Gala Placidia, una niña que era tan bella como Euquerio y con una desenvoltura que ya presagiaba que, en caso de que Honorio no tuviese descendencia, se desempeñaría bien como futura emperatriz de Occidente. «Y mi hijo Euquerio será el emperador consorte», pensaba Serena. En todo caso, la regente tenía los ojos puestos en primer lugar en el Imperio de Oriente para entronizar a Gala Placidia y, con ella, a Euquerio. Era consciente de que la hija de Teodosio tenía la consideración de nobilísima y augusta, y esos títulos la habilitaban para ser madre de emperadores. Pero para eso le estorbaba Rufino.

La intención de la princesa hispana era educar a todos esos niños con unos preceptores que estuvieran bajo su control. No quería que le ocurriera como con Arcadio, subyugado por un solo preceptor, el odiado Rufino. Aun así, tampoco lo consiguió porque Honorio y Gala Placidia tuvieron un preceptor diferente al de sus propios hijos. Se trataba de Olimpio, un eunuco que era un católico fanático. Había llegado al palacio imperial como profesor de religión y pronto, gracias a su habilidad para relacionarse, se había granjeado la amistad del

obispo Ambrosio. Era una persona con gran simpatía y capacidad de seducción, y los dos niños lo aceptaron con entusiasmo. Cuando Serena se dio cuenta de la excesiva influencia de Olimpio sobre Honorio y Gala Placidia, era demasiado tarde y fue imposible echarlo de la corte porque ambos se oponían a perder a su preceptor y recurrían a la protección de Ambrosio por instigación del propio Olimpio. De esa manera, el eunuco iba, poco a poco, aumentando su influencia en la corte de Oriente. Los hijos de los regentes se educaron con otros profesores, algunos de ellos paganos, motivo por el que Olimpio acusaba a Serena de dar a sus hijos una educación pagana.

Pese a los esfuerzos de Serena, la figura de Olimpio iba consolidándose en el palacio imperial. El preceptor de Honorio y Gala Placidia había nacido en la península de Anatolia, cerca del Pontus Euxinus[9] y, por razón de su condición de eunuco, siempre había permanecido célibe. Entró como preceptor por recomendación del sacerdote titular del palacio de Teodosio, Cecilio Clemente, quien, como él, era un católico entusiasta. Consciente de que Honorio sería el futuro emperador de Occidente, se fijó como objetivo adoctrinarlo a él y a su hermana Gala Placidia en un catolicismo fanático cuyos únicos objetivos eran la imposición de su fe y la erradicación de cualquier otra forma de religiosidad. Pero tampoco ocultaba su odio infinito hacia los bárbaros, incluido el general Estilicón, si bien se cuidaba de dar su opinión sobre el general vándalo ya que, desde que se hizo cargo de la educación de los hijos de Teodosio, habitaba en el palacio. De esta manera, aunque todos vivían juntos, los niños tenían algunos profesores comunes, pero el que más influía en los hijos de Teodosio era Olimpio. Como era una persona con carisma y que siempre se manifestaba de forma apasionada en sus explicaciones, se granjeó el cariño y la admiración de sus pupilos. Y pasaba con ellos una parte importante del día. Precisamente, la pasión que ponía en sus explicaciones era lo que más atraía a Gala Placidia. Honorio, a pesar de ser casi cuatro años mayor que ella, seguía siempre en todo cuanto hacía a la avispada niña. Y como esta había cogido cariño a Olimpio y le demostraba confianza, Honorio hacía lo mismo.

Muchas veces Olimpio centraba sus explicaciones en torno a las

figuras de los emperadores. Siempre ponía como ejemplos de los más eminentes a Constantino el Grande, el primero que declaró legal el cristianismo, y a Teodosio, el padre de ambos niños. Y como ejemplo de mal emperador, ponía a Diocleciano, que desencadenó una persecución contra los cristianos, y a Juliano el Apóstata.

—Vuestro padre, Teodosio, ha sido el emperador más importante desde el inicio de los tiempos. —Al oír que Olimpio hablaba así de su padre, los niños querían que les contara más cosas buenas de él—. Si Constantino declaró legal el cristianismo, junto con el resto de las religiones, lo que fue muy importante, el gran Teodosio hizo que el catolicismo fuese la religión oficial del imperio y proclamó que cualquier otra debía considerarse ilegal, y su práctica, un delito.

—Pero dicen que Constantino era un hereje que ordenó matar a su mujer y a su hijo.

—¿Quién os ha hablado de eso? —preguntó enfadado Olimpio.

—Nuestro profesor de historia.

—Se nota que es un pagano —aseveró Olimpio—. Sobre la historia del emperador Constantino hablaremos cuando estéis preparados porque tuvo una vida muy compleja y se contaron muchas mentiras sobre él y su madre, santa Elena.

Otras veces les hablaba de su segunda manía en importancia: su odio hacia los bárbaros. Era un odio irracional y sin paliativos. Además, venía incrementado por el hecho de que muchas etnias habían abrazado el cristianismo, pero los misioneros que se encargaron de evangelizarlas eran arrianos. Y para los católicos, los cristianos arrianos eran peor que los paganos.

—Los bárbaros solo pueden ser esclavos —les dijo Olimpio—. Los que no lo sean no deben ni pueden estar en el imperio. Y en el caso de que hayan entrado, la obligación de cualquier católico es conseguir que regresen a su tierra.

—Pero muchos de esos bárbaros han nacido en territorio imperial —alegó Honorio.

—Aun así, no pueden ser ciudadanos romanos —objetó Olimpio—. Estamos cometiendo gravísimos errores, entre ellos hacerlos soldados al servicio de Roma, y lo pagaremos muy caro.

—Estilicón, el *magister militum* de Oriente, es un vándalo —dijo Honorio—. Y fue mi padre quien lo designó. Además, está casado con mi prima la princesa Serena.

—Soy vuestro preceptor y no me corresponde dar opiniones sobre personas que viven en el palacio imperial. Conforme vayáis creciendo, os daréis cuenta de que se han cometido muchos errores y desde hace tiempo los bárbaros han tomado el poder en el lugar más sensible, que es el ejército. Pero os ruego que de este tema no habléis con nadie. Solo conmigo.

—No lo comentaremos con nadie ¿Y qué piensas de Alarico? —se atrevió a preguntar Gala Placidia, que había oído a su hermano Arcadio hablar de forma elogiosa del caudillo godo.

—Es la encarnación de propio Satanás. Lo llaman *panicum gothorum*. Es un hombre al que los verdaderos católicos deberían matar lo antes posible.

Olimpio, protegido por el obispo Ambrosio, estaba haciéndose un puesto estable en el palacio imperial. Honorio solo confiaba en él y en su hermanastra Gala Placidia, de la que se había vuelto inseparable. El preceptor estaba convencido de que cumplía una misión impuesta por Dios: transformar a los dos niños en católicos por encima de cualquier otra cosa. Y no pensaba dejarlos jamás. Su intención era quedarse con ellos para siempre.

14
Guerra entre romanos

A varios cientos de pies del río Frígido, que discurría caudaloso por el valle de Vipava, se había establecido el ejército de Teodosio. En la lujosa tienda imperial, los sirvientes retiraban los restos de la comida. El emperador y Ambrosio, el poderoso obispo de Mediolanum, llegado al campamento el día anterior, hablaban animadamente en el salón central. De pie, detrás de la silla regia, el eunuco Eutropio permanecía en silencio. Solo cuando no le quedaba más remedio porque el emperador necesitase una información, le respondía al oído.

Los ánimos cambiaron cuando, una vez concluida la comida, Teodosio comenzó a hablar de la situación militar que se avecinaba.

—La batalla es inevitable. Romanos contra romanos. —Al decirlo, la frente del emperador se plegó en un rictus de preocupación—. Nada hay peor que una guerra civil. Mañana a lo más tardar, mi ejército se enfrentará al de Argobasto. Hoy mismo, al amanecer, recibí a un embajador de Eugenio que solicitaba negociar para evitar el combate.

Teodosio había pronunciado las últimas palabras con una expresión en la que el obispo pareció atisbar alguna debilidad.

—¿Negociar? —intervino Ambrosio—. ¿Qué puede negociarse con esa gente? ¡Ni se puede ni se debe negociar nada! —El obispo se alteraba por momentos y elevaba el tono porque la sola posibilidad de evitar aquel enfrentamiento lo exasperaba—. Tú, emperador, representas con tu ejército la fe cristiana y ellos son la voz de los paganos y los heréticos. Tú tienes el favor del Dios verdadero, que te ordena aniquilar esas falsas creencias. Nuestra obligación es borrar de la faz de la tierra toda huella de paganismo y herejía.

—Morirán muchos legionarios de ambos ejércitos.

—Dios sabrá reconocer a los suyos. Nuestro Señor acogerá en su seno celestial a los verdaderos cristianos y los paganos arderán en los infiernos —dijo el obispo—. Esta batalla es inevitable. En ella nos jugamos el futuro de la verdadera fe.

—Pero tú, obispo, nunca te opusiste al usurpador. Es más, según mis informadores le enviaste cartas en las que no se ponía en cuestión su legitimidad —le echó en cara Teodosio—. Y en esos momentos Eugenio era tan traidor y tirano como lo es ahora. Incluso había autorizado ya que se repusiera en el Senado el altar de la diosa Victoria, algo a lo que tú siempre te habías opuesto.

El obispo palidecía por las acusadoras palabras del emperador.

—La Iglesia debe sobrevivir a cualquier tirano y yo, como su representante, no quise ponerla en peligro. Nunca recibí personalmente al usurpador.

—Eso es verdad. Fuiste muy astuto ausentándote cada vez que Eugenio se acercaba a Mediolanum.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? Yo no tengo ejército para defenderme… Y solo quiero lo mejor para la Iglesia.

—Mis generales sostienen que lo mejor para el imperio sería evitar esta guerra y reconocer la legitimidad del usurpador sobre el Imperio de Occidente. No quieren arruinar las legiones de Roma en una guerra civil que para ellos es absurda.

La apariencia de tranquilidad de Teodosio contrastaba con la actitud del obispo, que al oír esas palabras estalló en un ataque de ira que le enrojeció el rostro mientras las comisuras de los labios se le llenaban de saliva.

—¿Y has dejado que esos miserables tachen esta guerra santa de absurda? Tú eres la máxima autoridad. ¡No puedes reconocer a Eugenio! ¡Jamás! Eso sería legalizar los derechos de los paganos. Eugenio les ha dado libertad de culto. Les ha devuelto sus templos. Además, los herejes arrianos han vuelto a levantar la cabeza y ya no se ocultan en sus manifestaciones religiosas. —El obispo volvió a levantar la voz, hasta tal extremo que el eunuco Eutropio le dedicó una mirada de desaprobación mientras en los ojos de Teodosio se

atisbaba una furia contenida—. ¿Para eso ordenaste destruir el Serapión y quemar la Biblioteca de Alejandría? Y, además, está la autoridad del emperador. El Concilio de Tesalónica condenó a muerte a los infieles. ¿Derogarás los decretos imperiales prohibiendo el paganismo y la herejía? ¿Consentirás…?

El emperador no le dejó continuar. Lo hizo callar llevándose un dedo a los labios en señal de desaprobación.

—Tranquilízate, obispo —dijo luego de forma enérgica y autoritaria —. He ordenado al embajador que diga a Eugenio que no habrá ninguna negociación. Su única opción es rendirse. Pero sé que no lo hará. Por encima del usurpador está su *magister militum*, el general Argobasto, que no se lo permitirá. Eugenio es solo un títere. La destrucción de los dos ejércitos está asegurada. Temo que el imperio quede sin defensa y sin posibilidad de evitar una invasión total de los bárbaros.

El eunuco Eutropio, que había seguido en silencio la conversación entre aquellos hombres poderosos y vehementes, habló al oído a Teodosio.

—Emperador, están las unidades del caudillo Alarico. Si las mandamos a la vanguardia como fuerza de choque podríamos desembarazarnos de muchos guerreros godos que tras la victoria únicamente estorbarían. Y es posible que incluso muera Alarico. Eso sería lo mejor que podría pasar.

El emperador miró al eunuco con cara de sorpresa. El santón Juan de Licópolis había dicho que solo con la intervención de Alarico lograrían vencer al usurpador. No estaba en su pensamiento enviarlos a una matanza. Él, siempre con las ideas tan claras, estaba sumido ahora en un mar de dudas.

—Avisa al general Estilicón —dijo al eunuco.

—¿Debo ausentarme, emperador? —preguntó Ambrosio.

—No, obispo, quiero hablar con él en tu presencia. Estilicón es partidario, al menos en estos momentos, de evitar el enfrentamiento.

Cuando el eunuco salió de la tienda imperial, el obispo dijo al emperador:

—He oído que tu chambelán te mencionaba al caudillo Alarico. Es

un individuo muy peligroso al que deberías suprimir durante la batalla… o después. Esos bárbaros no harán ningún bien al imperio.

—Puede ser, pero forman parte de mi ejército. —Teodosio se quedó pensativo un instante. Miró al obispo y continuó—: Mi chambelán ha dicho que los mandemos a la vanguardia como fuerza de choque.

—Es una excelente idea —reconoció el obispo—. En el choque inicial morirán miles de bárbaros. Supongo que, como yo, piensas que es mejor que mueran los godos antes que los romanos. Es una manera de librarnos de ellos para siempre.

—Pero muchos godos son ahora cristianos —dijo Teodosio—. Enviaremos a la muerte a cristianos como nosotros.

—No son cristianos como nosotros —negó el obispo con gesto airado—. Se trata de herejes arrianos, y para mí son peores que los paganos porque dividen a los fieles. Esa herejía es más dañina para la Iglesia verdadera que todos los cultos paganos. —Se detuvo a reflexionar—. ¿Cómo se puede sostener que Jesucristo es un simple profeta como Juan el Bautista? Cristo es Dios unigénito, y así lo aceptó el Concilio de Nicea y lo ratificó el de Constantinopla. Y esos herejes no quieren reconocerlo.

En ese momento entró en la tienda el general Estilicón. Su envergadura y sus cabellos rojizos denotaban su origen bárbaro. Aquel hombre irradiaba autoridad, y Ambrosio, que lo conocía desde hacía tiempo, lo temía más que al propio emperador.

El general hizo una genuflexión ante Ambrosio e hincó la rodilla ante Teodosio. La presencia del obispo lo incomodaba porque nunca había visto con buenos ojos que la Iglesia se inmiscuyera en los asuntos de Estado y, mucho menos, en las guerras. El eunuco Eutropio, que lo acompañaba, se situó de nuevo detrás de la silla imperial.

—Siéntate, general —ordenó Teodosio.

—Te saludo, general —dijo el obispo—. El emperador me ha informado de que el combate se producirá de inmediato, y veo que tu rostro manifiesta preocupación. ¿Temes una derrota?

—Te saludo, obispo —respondió Estilicón—. Un general no debe manifestar nunca sus temores. Su obligación es buscar la victoria y

evitar que haya más víctimas de las necesarias. Además, esta vez las víctimas no serán enemigos, sino hermanos. No temo una derrota, pero las fuerzas están muy igualadas.

—El cielo está de nuestro lado —afirmó Ambrosio.

—No creo que Dios tome partido en una batalla entre hermanos —replicó el militar—. El general Argobasto ha dispuesto las tropas en orden de combate en la explanada tras el desfiladero. No hay factor sorpresa. Nos está esperando. Intuyo una masacre de nuestras tropas a medida que vayan saliendo del desfiladero. Ellos pueden esperar. Nosotros no.

—Argobasto no ha perdido jamás una batalla —dijo el emperador—. Esta vez, espero que, con la ayuda de Dios, la pierda. Mandarás por delante las tropas de Alarico. El ejército regular y las tropas auxiliares de Favrita, Sarus y Gainas quedarán en la retaguardia para la segunda fase de la batalla.

—Emperador… —Estilicón parecía turbado—. Sabes que eso supondrá la muerte de millares de godos. Irán matándolos a medida que salgan del desfiladero. No creo que esa decisión favorezca los intereses del imperio. Los godos son nuestros aliados naturales y en el futuro vamos a necesitar de sus servicios para la protección de nuestras fronteras. Creo que tendrías que reconsiderar tu decisión.

—Son bárbaros —protestó Ambrosio—. No hay nada que reconsiderar, en mi opinión.

—Yo también soy bárbaro —respondió enfadado Estilicón—. Cada vez quedan menos romanos dispuestos a luchar por el imperio. Deberíamos ir con todas las tropas.

—He pensado en eso. Sí… Creo que tienes razón. Pero hay que elegir una táctica de combate. Que nos abran el camino protegidos por el resto de las tropas —dijo Teodosio—. Comunica al caudillo Alarico que su ejército marchará a la cabeza. Tendrá el honor de enfrentarse al enemigo como vanguardia de mi ejército. Pero dile también que nuestras tropas los seguirán a continuación para hacer una tenaza por ambos flancos y protegerlos.

—Así se lo haré saber —acató Estilicón—. Morirán muchos godos, pero no será una carnicería.

Mientras el general Estilicón salía de la tienda convencido de que las tropas de Alarico atacarían protegidas por el resto del ejército, Ambrosio miró al emperador con cara de desolación.

—Pensaba que los dejarías a su suerte, emperador.

—Y es lo que pienso hacer.

—Pues a Estilicón no le has dicho eso.

—Cuando empiece la batalla, impediré a Estilicón que vaya en ayuda de los godos de Alarico.

Teodosio, consciente de la traición que cometía contra su odiado aliado, se retiró a sus aposentos sin comentar nada más; ni siquiera se despidió del obispo. En su fuero interno, estaba la posibilidad de que Argobasto acabara con la vida de Alarico y así cortar de raíz el problema que se generaría por el incumplimiento de su compromiso con el caudillo godo.

El halcón peregrino del balto volaba por encima de las tropas del general Argobasto. Alarico miraba encandilado las evoluciones del animal, que ondeaba elegante movido por las corrientes de aire de las alturas. Como si viese a través de los ojos del halcón, y como el gran militar que era, podía vislumbrar la disposición táctica de las tropas enemigas a la espera de que cruzasen el desfiladero. Cuidaba de que sus hombres estuvieran preparados para el momento en que se diese la orden de intervenir.

Hasta donde se encontraba, llegó el *magister militum* flanqueado por los hombres de su escolta. Tras bajar del caballo, Estilicón saludó al caudillo godo.

—Veo que tus tropas están ya en disposición de iniciar el combate —dijo el general Estilicón mirando a los guerreros de Alarico, que realizaban las últimas tareas de preparación de sus armas.

—Estamos a la espera de tus órdenes —respondió Alarico.

—Argobasto tiene las tropas ya desplegadas al otro lado del desfiladero, junto al río Frígido. —Estilicón calló durante un momento mientras el aleteo del halcón provocaba una nube de polvo antes de posarse con suavidad en el brazo de Alarico. Cuando el caudillo godo

le puso la capucha de cuero, continuó hablando—: La totalidad del ejército está preparada para intervenir.

—La situación es bastante complicada —dijo Alarico—. El general Argobasto solo tiene que esperar a que nuestro ejército avance. ¿Qué disposición tendrán nuestras tropas?

—Tus hombres serán los primeros en entrar en combate —contestó secamente el jefe del ejército. No quería perder el tiempo en prolegómenos. Esa era su manera de dar las malas noticias—. El resto de las tropas atacarán de inmediato para proteger a los godos por los flancos.

El rostro de Alarico, quien ya temía esa decisión, se tensó a tal punto que Estilicón pensó que podría insubordinarse y abandonar el campo de batalla.

—¿Quién lo ha decidido? —dijo mientras acariciaba con sus manos el plumaje de su halcón.

El *magister militum* permaneció callado durante unos instantes. Observaba absorto la bella figura del ahora pacífico halcón. Al fin, ante el gesto de impaciencia de Alarico, respondió:

—Ha sido el propio emperador. Cree que la rapidez de tus tropas puede coger por sorpresa a Argobasto y descabezar la vanguardia de su ejército.

—No hay ninguna sorpresa. Nos están esperando. —Alarico calló mientras miraba a los ojos al general vándalo en señal de recriminación—. ¿Y cómo estaré seguro de que el emperador no dejará que los godos sean los que rompan la vanguardia enemiga sin defender los flancos hasta que todos mueran en combate para después atacar por sorpresa con las tropas frescas?

—Debes confiar en la palabra del emperador —dijo Estilicón.

—Nadie ha vencido a Argobasto.

—Eso es cierto. Nadie le ha vencido, pero nuestras tropas cuentan con la protección del Dios cristiano.

—¿Quieres decir que el Dios cristiano parará las flechas y las lanzas del ejército de Argobasto? ¿Afirmas que mis hombres no van a morir en el campo de batalla?

—No he dicho eso —replicó Estilicón con gesto autoritario—. Solo

sé que esta vez Argobasto no vencerá. El emperador ha tenido una visión divina en la que se le ha comunicado que nuestras tropas arrasarán al ejército de Argobasto.

—¿Debo confiar en los sueños del emperador? Yo también he tenido sueños, general. Y eran funestos.

La noche anterior, una extraña agitación se apoderó del joven caudillo. Tal como relató después a su fiel Calista, en su sueño había visto que una constelación de cuervos y buitres revoloteaba por encima de su ejército a la espera de devorar los cadáveres. Y esos cadáveres eran godos.

—Nada más puedo decirte. La decisión está tomada. Esa ha sido la táctica decidida. Y así debe cumplirse.

—Sí puedes decirme algo más. Júrame que el emperador te ha asegurado que la totalidad del ejército protegerá el avance de los godos.

—Eso puedo asegurártelo porque yo mismo se lo pregunté.

Estilicón montó en su caballo y se alejó junto con su escolta del campamento de los godos. Alarico recordó la primera vez que el general, cuando era un adolescente y vivía en Atenas, le hizo una promesa en aquella cueva cerca de Atenas. Y la cumplió.

Después de la partida de Estilicón, Alarico explicó a sus colaboradores que las tropas godas abrirían la batalla.

—Puede ser una trampa —le advirtió Calista cuando se quedaron a solas—. No me fío ni de Teodosio ni de Estilicón.

—De Teodosio no tengo ninguna razón para fiarme, pero Estilicón siempre ha cumplido su palabra —alegó Alarico.

—Pero ahora tiene motivos para preocuparse porque si Teodosio gana la batalla tendrá que nombrarte *magister militum* del imperio —dijo Calista—. Y eso no complace ni a Estilicón ni al propio Teodosio.

—Ya he dicho que me fío de Estilicón. Seremos la vanguardia —zanjó Alarico—. No podemos volvernos atrás. Quedaríamos como cobardes y, además, llegarían a la conclusión de que no nos fiamos de ellos.

Después de que todos se retiraran para dormir, hicieron el amor como aquellos que saben que pueden morir al día siguiente. Estaban

abrazados y, antes de quedarse dormidos, Calista le dijo al oído:

—Mañana venceremos.

—Pero será un enfrentamiento directo. Y ellos son muchos más.

—¿Qué táctica vas a usar? —preguntó Calista.

—No dejarles tomar posiciones. Que no les dé tiempo a hacer la pinza y rodear a nuestras tropas. Para eso, la caballería deberá desplegarse por los flancos, uno estará al mando de Ataúlfo y el otro lo conduciré yo. Walfram irá detrás de la infantería junto con el general Briton Drumas para controlar el avance.

—Eso significa que puedes encontrarte con Argobasto.

—Lo sé. Y si tengo que enfrentarme a él, lo haré.

—Y vencerás —insistió Calista—. Como ya lo hiciste con Sarus.

Las palabras de la joven multiplicaron el optimismo de Alarico. A pesar de todo, sabía que morirían muchos de sus hombres.

15
Tambores de guerra

El 5 de septiembre del año 394 amaneció tranquilo. Las hojas de los árboles estaban totalmente quietas, como si se mantuvieran a la espera de un suceso extraordinario. El sol empezaba a calentar los yelmos de los soldados de Alarico, apostados junto a la salida del desfiladero que desembocaba en la gran llanura donde aguardaban las tropas del usurpador Eugenio. Aunque el emperador títere esperó hasta el último momento alguna señal de negociación por parte de Teodosio, su general, Argobasto, tenía ya desplegada la infantería, que estaba presta para entrar en combate. Argobasto había oído hablar de Alarico, de su firmeza y de su inteligencia. Sus espías le habían informado de que las tropas godas serían las primeras fuerzas de choque. Conocedor de las hazañas del joven caudillo, deseaba mantener con él un cuerpo a cuerpo. Y eso era lo que Teodosio y Ambrosio esperaban también.

Al alba, Alarico observó el ánimo de sus hombres y comprobó que estaban deseando entrar en combate; solo aguardaban la orden de su caudillo. A la hora quinta, cuando el sol se hallaba en su cenit, lanzó a su halcón a los cielos y se asentó firmemente sobre su caballo al lado izquierdo de sus tropas. La mano derecha levantada por encima de su cabeza blandía la espada, que brillaba bajo los rayos solares en medio de un silencio absoluto. Pasados unos segundos, infinitos para las tropas expectantes, Alarico bajó la espada de golpe y la infantería goda comenzó a avanzar armada con lanzas y espadas y protegida por escudos cuadrados con el dragón verde grabado en el centro. De inmediato se oyó el sonido brutal del *barritus*,[10] que llegó como un

estruendo hasta las posiciones del ejército enemigo.

Argobasto también bajó de golpe su espada en señal de atacar, y el *barritus* de sus hombres se mezcló con el de los enemigos. Ambas formaciones aceleraron el paso para enfrentarse cuerpo a cuerpo.

Desde las alturas, el halcón de Alarico observaba la evolución de ambos ejércitos. Si Alarico hubiese podido ver con los ojos del ave, habría comprobado que el general enemigo había dispuesto sus tropas en un semicírculo con la intención de envolver a los godos que salían del desfiladero.

Tras la infantería de Argobasto, los arqueros empezaron a lanzar sus flechas, que cayeron como una nube sobre las tropas godas e hicieron blanco en muchos de los soldados. Los godos no disponían de esa defensa ya que desde el interior del desfiladero no era posible disparar flechas. En pocos minutos ambos ejércitos entraron en el cuerpo a cuerpo. El halcón seguía escudriñando el avance de las tropas godas con Alarico cubriendo el flanco izquierdo juntamente con su caballería.

El encontronazo de las dos infanterías ya duraba casi tres horas y el campo de batalla se ennegrecía por la sangre de los soldados caídos. La caballería goda presionaba por los flancos; por uno, el propio Alarico, y por el otro, su lugarteniente Ataúlfo. Pero ninguna otra sección del ejército de Teodosio reforzaba la presión brutal de los godos sobre sus enemigos. Contra las palabras de Estilicón, Alarico comprobó que estaban solos; nadie les daba apoyo. Debería haberse figurado que Teodosio los traicionaría. La gran matanza de godos estaba poniéndolos en una situación de inferioridad, y Alarico y sus jinetes, incapaces de penetrar en aquella masa informe de hombres y armas, echaron pie a tierra. Por un momento, ante la falta de los soportes prometidos, el caudillo tuvo la tentación de ordenar la retirada. Pero habría sido la primera vez que los guerreros godos rehusaban el combate.

Cuando parecía imposible continuar dando golpes, espadazos y lanzadas, Argobasto, ante la resistencia tenaz de los godos, que iban imponiéndose, y temiendo una masacre aún mayor de sus tropas, ordenó la retirada. Para Alarico fue un respiro porque, de haber

continuado, habrían muerto muchos enemigos, pero también muchos de sus hombres. Habían avanzado alrededor de una milla desde la entrada del desfiladero y, tras la retirada, esa parte de la llanura quedó cubierta de cadáveres. Los pies de los que volvían se enfangaban entre los cuerpos y el barro sanguinolento, y el olor de la sangre se extendía hasta más allá de la propia llanura. También los arqueros habían dejado de lanzar flechas. Sin decir ni una sola palabra, y ante la brutalidad extrema de la confrontación, los contendientes parecían haber firmado un alto en el combate para contar las bajas y retirar a los muertos.

El campo de batalla estaba cubierto de cuerpos inertes. Demasiados. El precio que el ejército de Alarico había pagado era terrible. Aunque eran muchos más los caídos en el bando enemigo, tras el recuento de los supervivientes, las víctimas godas se cifraron en más de diez mil. Así de brutal fue el choque cuerpo a cuerpo.

Mientras regresaba en su montura para proteger la retirada de sus tropas, Alarico volvió el rostro y vio que el general Argobasto hacía lo propio con las suyas. Empapado en sudor y con un brillo de odio y desesperación en la mirada, se dirigió con el resto de sus hombres a su campamento. Solo los suyos habían entrado en combate contra la totalidad del ejército de Occidente. Estaba seguro de que, de haber contado con todas las tropas, podrían haber vencido y sus bajas habrían sido mucho menores.

Sin embargo, no era momento de lamentaciones. La tarde iba a caer pronto y había que retirar los cadáveres. Esas eran las normas de la guerra. No habría ningún ataque hasta que el campo de batalla quedara nuevamente limpio. Pero las cosas no iban a suceder como ambos ejércitos esperaban.

De improviso, un viento procedente del este se abatió sobre la llanura. En menos de media hora, se intensificó de tal forma que parecía un huracán y levantó una enorme polvareda que cayó sobre el campamento enemigo. Contemplando el extraño fenómeno, Estilicón, el *magister militum*, que había puesto en disposición de atacar al resto del ejército y a quien Teodosio había prohibido intervenir para proteger a Alarico, mandó cargar sobre el campamento de Argobasto,

envuelto en la descomunal nube de polvo. Se dio la orden de que esa vez no se gritase el *barritus*, y la infantería y la caballería, procurando no hacer ruido, cargaron a toda velocidad por sorpresa hasta las posiciones de Argobasto. La caballería goda del general Sarus apoyaba a la infantería por la izquierda, mientras que los jinetes del general Favrita cubrían el flanco derecho. Ahora los arqueros de Teodosio, sin la posible respuesta, lanzaban sus flechas a discreción alcanzando a miles de soldados enemigos.

El propio Alarico, ante el ataque sorpresivo, dio órdenes a sus agotados hombres para que apoyaran a Estilicón al tiempo que él cabalgaba al galope hasta la vanguardia en pleno choque. Su objetivo no era luchar junto a las tropas; era el mismísimo general Argobasto. Quería vengar la muerte de sus hombres matándolo con sus propias manos. La nube de polvo le dificultaba la visión, pero unos momentos después pudo distinguir la soberbia figura del general del usurpador que, a la desesperada, sin conseguirlo del todo, intentaba que sus tropas plantasen cara a aquella furia desatada que había caído sobre ellos en plena tregua. Los soldados que quedaban se esforzaban, sin éxito, en hacer frente a los enemigos que cargaban a degüello.

Alarico espoleó a su caballo y, cuando estuvo a la altura de Argobasto, se abalanzó sobre él cayendo ambos al suelo. Tras la sorpresa inicial por el inesperado derribo, Argobasto se levantó de un salto y, espada en alto, se encontró frente a Alarico. Lo identificó de inmediato. Solo esa figura poderosa que tenía ante él sería capaz de enfrentársele. Hasta tal extremo era la voluntad de ambos de medirse cuerpo a cuerpo que parecieron olvidarse de la batalla que estaba librándose entre los ejércitos a escasa distancia. Era la primera vez que se veían, pero se diría que ambos habían nacido únicamente para ese enfrentamiento. Se observaron durante unos instantes. Alarico, nublada la razón por la ira, vio de cerca la enorme cicatriz horizontal de la cara de su enemigo cuando este se quitó el casco. Argobasto se desprendió luego de su coraza y quedó con el torso al descubierto en señal de desafío. La mirada felina del general franco chocó con la mirada iracunda del godo, y el tiempo pareció detenerse. Era como si esas miradas furiosas los hubieran paralizado por unos segundos. Sin

embargo, Alarico reaccionó enseguida al desafío de Argobasto; se quitó también la coraza y el casco, y la melena rubia le cayó sobre los hombros desnudos dejando al descubierto su enorme fortaleza. Ambos habían tenido que luchar cuerpo a cuerpo con otros hombres en muchas ocasiones y siempre habían vencido. Ese día, por primera vez, uno de los dos perdería. Alarico recordó por un instante su combate con Sarus y el abrazo suplicante de Valeria para impedir que le propinase una estocada mortal.

El primero en lanzar un golpe con la espada fue Argobasto, pero Alarico lo evitó con un salto hacia atrás. Parecía como si el fragor de los soldados que los rodeaban hubiera enmudecido y el mundo contemplara tan solo su desafío. El combate duró tanto tiempo como la batalla entre los ejércitos. Alarico había subestimado el poder de su enemigo. Veía la destreza extrema en el manejo de la espada y en los movimientos precisos de Argobasto, que demostraba por qué nunca lo habían derrotado. Cuando el joven godo notó sobre su espada los brutales golpes del filo del general, sintió por unos segundos que no tenía ganada todavía la confrontación. Pero no podía desfallecer ni un instante. Después de cientos de espadazos, ambos contendientes se encontraban cubiertos de sangre de la cabeza a los pies por las heridas que se habían infligido. Tanto la sangre como el sudor les nublaba la vista y estaban agotados, pero continuaban propinándose salvajes mandobles que paraban con la espada o evitaban con sus rápidos reflejos.

Ataúlfo, el lugarteniente de Alarico, que había llegado junto con Walfram y Calista hasta el lugar en que se encontraban, miró a los ojos a su jefe, quien lo disuadió de intervenir. Argobasto aprovechó ese instante de descuido para lanzar un espadazo que causó una profunda herida en el brazo izquierdo a su oponente. Pero la inercia del descomunal impulso, junto con el cansancio, hizo que el general cayera al suelo. Cuando intentaba levantarse, Alarico sacó fuerzas de donde ya no parecía haberlas y le clavó la punta de su espada en el ojo derecho, del que manó un chorro de sangre. A pesar del dolor, Argobasto se incorporó de un salto y levantó su espada con las dos manos dispuesto a hincarla en la cabeza de su oponente. Antes de que

pudiera hacerlo, Alarico le clavó la suya en el corazón, con tal fuerza que lo atravesó de parte a parte. El cuerpo inerte de Argobasto se desplomó produciendo un ruido hueco y potente.

Alarico estaba a punto de caer por el agotamiento, pero Ataúlfo y Walfram lo sujetaron y, como un fardo, lo subieron a su montura para llevarlo al campamento. El halcón peregrino, que había sobrevolado el campo de batalla, se posó con un suave aleteo sobre la grupa del caballo.

Argobasto había sido el enemigo más fiero y terrible con el que Alarico había tenido que combatir. Su muerte corrió de boca en boca. Los soldados del usurpador, al verse sin su jefe, iniciaron la huida en desbandada. El resto de los generales del ejército de Eugenio decidieron rendirse y eso evitó que la matanza fuese total. Habían muerto más de setenta mil hombres entre legionarios y bárbaros. La tarde caía y el cielo terminó de oscurecerse por los miles de buitres y cuervos que sobrevolaban el campo de batalla a la espera de un sustancioso botín.

El emperador Eugenio, al conocer la derrota, intentó huir acompañado de su séquito. Fue el general Sarus quien lo detuvo. No esperó a la llegada de Teodosio. Mientras dos de sus hombres lo sujetaban de los cabellos, le cortó la cabeza de un espadazo y, tal como el propio Estilicón le había ordenado, la colocó sobre una lanza. Luego la pusieron sobre un carro que durante varios meses recorrería todos los confines del imperio. Era el mudo testigo de que el emperador católico era invencible.

16
Después de la batalla

En la tienda imperial la atmósfera era de celebración. Ambrosio estaba lleno de júbilo por el resultado de la batalla, sobre todo porque habían muerto miles de godos y la mayoría de los legionarios caídos eran paganos. Además, los dos hombres más importantes del ejército enemigo, Argobasto y Eugenio, habían perecido. A partir de ese momento, se había acabado la idolatría en todo el imperio. El obispo estaba convencido de que los paganos no se reharían nunca más. En pocos días Teodosio haría ejecutar a Nicómaco Flaviano y al resto de los senadores rebeldes paganos. Al menos eso esperaba.

Teodosio, por su parte, estaba eufórico. Su estrategia había tenido éxito y todo el imperio estaba en sus manos. No solo había conseguido la venganza sobre los hijos del emperador que condenó a su padre; también, después de muchos años, había logrado un imperio unificado bajo su mando. Pero la factura había sido desoladora. Había perdido setenta mil hombres, y todos ellos, de una manera u otra, eran soldados del imperio.

Además de Teodosio y Ambrosio, se encontraban en la tienda imperial Estilicón y el gran chambelán.

—Tal como predijo Juan de Licópolis, hemos vencido y ahora soy dueño de todo el imperio —proclamó Teodosio. Acto seguido, preguntó por la persona que él mismo había mandado al matadero—. ¿Y Alarico? ¿Qué ha pasado con él?

—Ha sobrevivido —respondió Estilicón—. Mató a Argobasto, pero quedó herido. Hizo un gran combate y nos abrió la puerta de la victoria. Sin embargo, jamás olvidará nuestra traición.

—Debía vengarme de la humillación de mi secuestro delante del *consistorium*.

—Pero tendrías que haberme advertido de que íbamos a traicionarlo —dijo consternado Estilicón—. Siempre he cumplido mis promesas con Alarico.

—De haberlo sabido le habrías avisado, con lo que hubiéramos perdido el efecto sorpresa —alegó Teodosio—. Pero ahora me veo obligado a reconocerlo como *magister militum*. Será una manera de compensarlo.

—He pedido a Serena que venga con nuestros hijos y con Honorio y Gala Placidia —dijo Estilicón—. Me parece que haríamos bien en consultarle antes de tomar una decisión tan importante. Además, no creo que ese nombramiento esté ahora entre las prioridades de Alarico.

—Si así lo quieres, esperaré a Serena —cedió Teodosio, que empezaba a no estar tan seguro de que traicionar a Alarico hubiese sido una buena idea—. Chambelán, dispón todo para la celebración de un gran triunfo en Roma —ordenó a Eutropio.

—Serena irá directamente a Roma, a participar en el desfile del triunfo —dijo Estilicón.

—Emperador, supongo que ordenarás que cese de inmediato el renacido culto de los idólatras —comentó el obispo Ambrosio, que había permanecido callado hasta entonces—. E imagino que tampoco dejarás con vida a los senadores sediciosos, empezando por Nicómaco Flaviano.

—Esa decisión me corresponde a mí, obispo —le advirtió Teodosio, atreviéndose a no seguir la corriente a Ambrosio por una vez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ambrosio, extrañado por la actitud del emperador.

—Lo que he dicho. No he tomado todavía una decisión sobre ese asunto. Por supuesto que voy a prohibir los cultos paganos y también ordenaré que ejecuten a Nicómaco Flaviano. No se puede traicionar dos veces al emperador. Sobre los demás patricios ya decidiré uno por uno. Tú tienes competencia sobre las almas, pero dejarlos con vida o ejecutarlos me compete a mí.

Ambrosio puso un gesto de contrariedad, aunque en esa ocasión no osó oponerse públicamente al brillante vencedor sobre el paganismo.

Lejos de la alegría desatada de la tienda imperial, una profunda tristeza embargaba el campamento de los godos. Demasiados muertos y ni siquiera una palabra de agradecimiento. Alarico se sentía culpable. Sin embargo, sus hombres no iban a exigirle ninguna responsabilidad. Había combatido con bravura y suyo era el mérito de la victoria. Volvería al campamento de la Mesia como un vencedor. Si Teodosio era un traidor desagradecido, lo pagaría con creces.

El médico de los godos se había ocupado de la herida de Alarico, y este se encontraba reposando en la tienda real con el brazo completamente vendado. Sabía que su ejército había sido la clave para la victoria de Teodosio y esperaba que el emperador le enviase un emisario. A su lado, Calista no era tan optimista.

—No confíes en que te den las gracias. Jamás reconocerán que el honor de la victoria es tuyo.

—Nunca me he fiado de la camarilla que rodea a Teodosio —dijo Walfram—. Estilicón y Serena quieren ser los amos del imperio, y tú eres un obstáculo para ellos.

—Cuando enterremos a nuestros muertos, levantaremos el campamento. Nos volvemos a la Mesia. —Alarico no iba a hacer ninguna reclamación—. En su momento, sabrán de nosotros.

A pesar del dolor del brazo, no podía quitarse de la mente a los diez mil godos caídos. Mandó a Armín que le preparara su montura y, con Calista, Walfram, Ataúlfo y sus inseparables Brand y Adler, se dirigió al campo de batalla. El espectáculo que se presentaba ante ellos era pavoroso. La llanura estaba llena de miles de cadáveres de ambos bandos. Sus hombres se afanaban en separar a los godos de los muertos de otras unidades. Muchos tenían el rostro irreconocible por los espadazos recibidos. Otros habían sido degollados o destripados. Había miembros y cabezas dispersos por todas partes. Varios de sus hombres que sabían escribir iban tomando nota de cada uno de los cuerpos inertes para hacer las relaciones de fallecidos.

Alarico y sus compañeros bajaron de los caballos y se internaron a pie entre los cadáveres. El caudillo godo conocía a muchos de ellos porque habían entrenado duro con él en el campamento de los Cárpatos. Avanzaba con dificultad a través del barro que se había formado con la sangre de los muertos y los heridos. El hedor era fuerte, pero él, conmocionado por aquella brutal impresión, ni siquiera lo percibía.

Se culpaba de la catástrofe por haberse dejado engañar por Teodosio. Estaba seguro de que no había sido Estilicón; podría enfrentarse con él, pero nunca lo habría engañado. Supuso que Teodosio había buscado vengarse de la humillación sufrida por el secuestro. Con todo, el emperador lo había hecho del modo más artero, un comportamiento impropio de un verdadero militar.

Al reconocer el cadáver de uno de sus mejores oficiales, se lanzó sobre él, lo abrazó con su brazo derecho y lo besó una y otra vez en el rostro ensangrentado al tiempo que le decía:

—Bernulf, Bernulf… ¿Qué te he hecho? Yo te he matado. ¡Yo te he matado!

Alarico gritaba cada vez más mientras sus compañeros trataban de calmarlo y los soldados que trabajaban en identificar y retirar los cadáveres lo miraban con consternación. Con las lágrimas resbalando por su rostro se incorporó, levantó el brazo derecho hacia el cielo y de su boca salió un grito desgarrador que se oyó en toda la amplia llanura.

—¡¡¡Teodosio!!! ¡Yo te maldigo! ¡No habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte de mi venganza! ¡Te desollaré y haré que los buitres te coman vivo!

Calista se abrazó a él con fuerza y las lágrimas de ambos se fundieron.

—Sí, Alarico —dijo—. Vamos a matar a ese canalla. Pero antes tenemos que hacerle sufrir por todos los hombres que han perecido por su culpa.

Sin posibilidad de consuelo, Alarico, que había perdido mucha sangre, cayó al suelo desmayado. Brand y Adler lo pusieron sobre su caballo y, como siempre, su halcón descendió suavemente para

posarse en la grupa.

Tardaron varios días en identificar y enterrar a los muertos. Para entonces, el emperador Teodosio se había ido sin enviar siquiera una sola palabra de agradecimiento a quien le había puesto la victoria en bandeja. Un desprecio que ni Alarico ni ninguno de sus hombres iba a olvidar. Todos eran conscientes de la traición que se había cometido con el ejército godo, y en el pecho de cada uno de los guerreros que habían sobrevivido anidaba un infinito deseo de venganza contra el emperador.

Alarico decidió que había llegado el momento de coronarse como rey de los godos. Y como rey, llevaría a cabo su venganza.

En el palacio imperial de Constantinopla, Serena recibió la noticia de la victoria en la guerra civil por medio de un mensajero que le llevaba una carta de Estilicón.

> Mi querida esposa, como ya debes de saber, la victoria ha sido total, aunque también un desastre para los ejércitos hermanos. Han muerto más de setenta mil soldados. No me gusta reconocerlo, pero la aportación del caudillo Alarico ha resultado determinante para orientar el rumbo de la batalla. Él en persona se encargó de acabar con la vida de Argobasto. A pesar de nuestro triunfo, me siento inquieto por el devenir. Rufino es como una piedra en la sandalia y, como ella, a medida que pasa el tiempo se hace más molesto. Me temo que será un escollo para conseguir asentar nuestro futuro y el de nuestros hijos. Si finalmente Teodosio nombra a Alarico como *magister militum* del ejército unificado, mi carrera militar habrá acabado. No sé cómo resolver esta situación tan complicada. El emperador quiere saber tu opinión antes de tomar una decisión. Te aguardaré impaciente en Roma. Destruye esta carta cuando la hayas leído.

Serena echó al fuego la misiva y se aseguró de que se quemaba totalmente. Era consciente de que una carta no destruida a tiempo podía condicionar el futuro e incluso la vida de una persona. Estilicón tenía razón: la situación se había complicado, y mucho. Debería apresurarse, incluso precipitar los acontecimientos. Lo primero era poner en marcha la boda de su hija María con Honorio. Era un

proyecto que tenía pensado desde el nacimiento de la niña. Serena era consciente de lo que significaba casarla con el ya augusto de Occidente. Su trabajo como tutora había dado sus frutos. Ahora era necesario que Ambrosio se pusiera de su parte a fin de que Teodosio aceptase ese enlace que haría a María emperatriz. Ese sería el primer paso. A continuación, tenía previsto los esponsales de su primogénito, Euquerio, con la princesa Gala Placidia. Incluso se había planteado la posibilidad de casar a su otra hija, Termancia, con Arcadio. Pero eso se le presentaba mucho más difícil ya que el coaugusto de Oriente solo se dejaba influir por Rufino.

Sin embargo, en esa maniobra tan bien orquestada había algo que no encajaba. Su tío y examante, a quien siempre había querido con locura, empezaba a ser una rémora en sus proyectos. Hasta ese momento había podido manipularlo con facilidad, pero cada vez le resultaba más complicado. Desde que conoció a Gala, Teodosio se había ido distanciando de Serena. Además, la influencia de Ambrosio y la cada vez más arraigada caída en la superstición y las supercherías de los clérigos hacían que su hasta entonces firme camino hasta la cumbre, llevando consigo a Estilicón, empezara a desdibujarse. Tenía que actuar con rapidez para que nada se le fuera de las manos. No podía permitir que el emperador nombrase a Alarico para el cargo que proporcionaba más poder en el imperio, porque ese cargo estaba reservado desde siempre para su esposo, el general Estilicón.

Llamó a Honorio y a María para comunicarles que viajarían a Roma, y añadió que lo harían para celebrar los esponsales. Hasta el momento, ninguno de los dos niños había puesto traba alguna a la princesa hispana. Es más, Estilicón confiaba plenamente en su habilidad y la dejaba actuar en ese delicado terreno. La única pega que Serena veía era que Honorio, un muchacho solitario y oscuro, solo se encontraba feliz al lado de su hermanastra Gala Placidia. Llamó también a esta última, a Euquerio y a Termancia para informarles del viaje.

—Sí, *domina* —le dijo Placidia, que jamás desobedecía sus órdenes.

—¿Por qué me llamas siempre *domina*? No soy tu ama. Soy tu prima y te quiero como a una hija.

—Es que yo te veo como *domina* —respondió la niña.

—Te he dicho muchas veces que me llames madre.

—Mi madre murió y nadie puede sustituirla.

En todo caso, la única que podía sustituirla en cierto modo era el ama de cría de Placidia y ahora su asistente, Helpidia. Era una mujer con gran carácter que se encargaba de todo lo que la niña necesitaba y siempre se había mostrado suspicaz, en privado, al respecto de Serena y su excesiva influencia sobre Placidia; la consideraba una intrusa en la vida de la pequeña.

—¿Vendrá Helpidia con nosotros? —preguntó Placidia.

—Había pensado que se quedase en Constantinopla. Pero si tú quieres, nos acompañará —dijo Serena.

Placidia solo era feliz cuando se quedaba a solas con Helpidia. Con ella podía conversar con una complicidad que no tenía con nadie en el palacio, ni siquiera con su preceptor, Olimpio. Era la única que conocía de verdad a Placidia.

—Serena no me gusta —confesó la niña a Helpidia poco después—. Pero prometí a mi padre que la obedecería.

—Y debes hacerlo —le aconsejó Helpidia—. Pero no le muestres tus verdaderos sentimientos. Me han contado cosas terribles de ella.

—Nunca quieres hablarme de eso.

—Solo tienes siete años… Cuando seas un poco mayor te explicaré todo lo que sé.

—Siempre que puede me atosiga —dijo Placidia—. Yo no deseo casarme con Euquerio.

—Las mujeres no podemos decidir con quién nos casamos —aseveró Helpidia.

—Pues yo no sé con quién me casaré, pero tengo claro que no lo haré con Euquerio. Aunque nos hemos criado juntos y le tengo cariño, no permitiré que nadie me imponga lo que debo hacer.

—Cuando crezcas, tendrás que hacer lo que te impongan los hombres, querida niña. Pero si puedes conseguir hacer tu voluntad, hazla. Yo nunca pude.

Dos días más tarde, una flotilla de tres barcos zarpaba con destino al puerto de Roma. Protegidos por un amplio contingente de legionarios, habían embarcado los niños y Helpidia, junto con Serena, Nila y Sadira, quien, después de la muerte de la emperatriz Gala, había regresado con la princesa.

17
La celebración

El eunuco Eutropio cuidó hasta el último detalle para que la celebración del triunfo en la ciudad de Roma estuviera revestida de toda la pompa y el esplendor que tuvo en la ocasión anterior, con motivo de la victoria sobre Magno Máximo. Si bien era reticente a cualquier acto o festejo no religioso, el obispo Ambrosio consideró que este era adecuado porque con él se solemnizaba la victoria sobre los paganos. En el carro del *triumphator* iban el emperador Teodosio y el augusto Honorio, el menor de sus dos hijos varones, a quien los ciudadanos de Roma que se arremolinaban al paso del desfile mostraron su simpatía. El carruaje que los seguía era el de Estilicón y Serena, en el que estaban también sus hijos y la princesa Gala Placidia, que no sonrió ni una sola vez durante todo el recorrido.

Serena parecía completamente ajena al desfile. Le rondaban la cabeza demasiadas cosas y disponía de muy poco tiempo para concretarlas. Lo primero que se había propuesto hacer era entrevistarse con su tío para que aceptase los esponsales de María y Honorio y, sobre todo, para que nombrase a Estilicón *magister militum* del ejército unificado. Tendría, además, que reunirse con el obispo Ambrosio para que diera su beneplácito al matrimonio. De esa manera, se aseguraban el control del Imperio de Occidente, no solo por el casamiento de su hija, sino también durante la minoría de edad del sucesor. Y todo lo haría, como siempre, sin el conocimiento de Estilicón.

Pero lo que más le apenaba era algo que no podía demorar ya. Ahora que el emperador había cumplido su misión, tendría que

desaparecer. Había llegado el tiempo de Serena y Estilicón, porque Teodosio no les permitiría actuar con la libertad que deseaban. Por eso, la propia Serena había prohibido a Gneo Fabio que viajase a Occidente con la excusa de que debía quedarse para atender a Arcadio en caso de que fuese necesario. Gneo Fabio, a pesar de no estar de acuerdo, obedeció las órdenes de la princesa hispana porque sabía de su influencia sobre Teodosio.

El triunfo llevaba aparejados la celebración de juegos en el Coliseo, carreras en el Circo Máximo, comidas populares durante varios días para todos los habitantes de Roma y otras más elegantes y reservadas para las élites. Serena, como la mujer de mayor relevancia de la familia imperial, se sentaba junto al emperador ya que, tras la muerte de Gala, tenía estatus de emperatriz. Era la primera vez que podían hablar a solas desde su llegada a Roma.

—Estilicón me dijo que habías decidido esperar a mi llegada para tomar una decisión sobre el nombramiento del *magister militum* del ejército unificado.

—Así es, sobrina. Me comprometí solemnemente a nombrar a Alarico si ganábamos esta guerra. Y los compromisos son para cumplirlos.

—Pero era una situación en la que no tenías libertad para decidir. Estabas entre la espada y la pared. No solo por la profecía de Juan de Licópolis, sino también por la amenaza del propio Alarico de no participar en la batalla y disuadir al resto de los godos —le hizo ver Serena—. Tú siempre dijiste que las decisiones deben tomarse libremente, buscando lo mejor para uno mismo y para los demás. Si hubieras sido libre de elegir, ¿nombrarías a Alarico ahora tu *magister militum*?

—Por supuesto que no. Lo odio. No obstante, reconozco que ha sido la persona que ha decidido el sentido de la guerra. Y eso ha de recompensarse. Además, han muerto más de diez mil de sus hombres por una trampa que yo mismo le tendí.

—¿Una trampa? —preguntó Serena.

—Sí. Lo obligué a que sus tropas hicieran de vanguardia contra Argobasto, garantizándole la protección del resto del ejército.

—¿Y lo dejaste solo?

—Eso es —dijo el emperador.

—Yo habría hecho lo mismo. Era una forma de conseguir que lo mataran. Pero Alarico no va a olvidar esa traición.

—Son demasiadas cosas para irse con las manos vacías —dijo Teodosio—. Prometió que arrasaría el imperio si no cumplía mi promesa.

—Reconozco que no ofrecerle lo prometido después de lo que ha hecho es una muestra de ingratitud —convino Serena—. Sin embargo, puedes hacer muchas otras cosas por él.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo pronto, ofrécele mucho dinero.

—Eso ya sabe que lo tiene. Me gustaría nombrar a Estilicón como *magister militum* del ejército unificado. Pero debo tener claro qué es lo mejor para el imperio. Con Alarico tendríamos garantizada la paz.

—¿Crees que los generales romanos aceptarían sin más estar bajo las órdenes de un general en jefe bárbaro que jamás ha servido en las filas del ejército romano ni siquiera como auxiliar? Además, Alarico sin duda está pensando en este momento más en la venganza que en cualquier nombramiento, por importante que sea.

Esa misma noche, el eunuco Eutropio pidió ver al emperador. Era una persona muy respetuosa, y Teodosio entendió que si solicitaba hablar con él sería por un motivo importante.

—¿Por qué has pedido reunirte conmigo, chambelán?

—Porque me urge decirte una cosa.

—Adelante.

Aunque contaba con la confianza plena del emperador, el eunuco no se atrevía a hablarle con claridad.

—Cuando me entrevisté con Juan de Licópolis me reveló algo que considero necesario que sepas…

—Eunuco, explícamelo de una vez antes de que te rompa la crisma —le espetó Teodosio, que empezaba a perder la paciencia.

—Sí, emperador —respondió Eutropio—. El santón me dijo que era posible que murieras después de vencer al usurpador.

A Teodosio le mudó el color del rostro al oírlo.

—¿Te dijo que es posible que muera? ¿Usó esas palabras?

—No, emperador. En realidad dijo que morirías. No manifestó ninguna duda.

—¿Cuándo voy a morir? —Para Teodosio, los augurios de Juan de Licópolis eran verdades absolutas.

—El santón dijo que debías disponer de inmediato tu testamento y tu sucesión como emperador.

Teodosio se sentó. Contrariamente a lo esperado, con la noticia del eunuco parecía haber recuperado la tranquilidad.

—¿Por qué no me lo has explicado hasta ahora?

—Porque el propio Juan me pidió que te lo contara después de la victoria —mintió Eutropio.

—Vete, eunuco. Si voy a morir, tengo que pensar en mis últimas voluntades.

Después de la información que Eutropio le había dado, Teodosio estaba deseando volver lo antes posible a Constantinopla. Había que poner en orden allí demasiados asuntos.

La llegada a Mediolanum coincidió con una noticia que no se esperaba. Nicómaco Flaviano, el senador rebelde que había apoyado a los dos usurpadores, primero a Magno Máximo y después a Flavio Eugenio, se había acogido a sagrado en la basílica episcopal para evitar que se lo ejecutara. Aun así, al enterarse de la llegada de Teodosio se había suicidado. Antes de que Ambrosio pudiera oponerse, Teodosio decretó al saberlo una amnistía general que iba dirigida en especial a los senadores paganos que habían intrigado en favor del usurpador Eugenio. Eso suponía que la amnistía afectaría al propio Símaco, quien, aunque esa vez no se había sublevado contra Teodosio, sí se había significado al pronunciar discursos laudatorios de los cultos paganos. Ahora que empezaba el mandato en solitario de su hijo Honorio, el emperador no quería ponerse en contra a una parte importante de la aristocracia romana. Y Serena sabía que esa amnistía atraería inmediatamente a Ambrosio al palacio imperial.

En cuanto conoció la noticia, Ambrosio pidió audiencia con Teodosio, y este, para sentirse más protegido ante sus posibles amenazas, lo recibió acompañado de Serena. La maniobra le había

salido a la perfección a la princesa hispana. Podría plantear todos los temas que le interesaban en presencia del obispo católico, convencida de que este la secundaría en todo.

Como la primera vez que se vieron en Aquilea, Ambrosio entró en los aposentos imperiales con cara de indignación. Los saludos fueron muy formales y poco afectuosos.

—Esa amnistía es una muestra de la clemencia del emperador que tú has predicado siempre —dijo Teodosio dirigiéndose a Ambrosio—. Pero, para que veas que tengo en cuenta los deseos de la Iglesia católica, he dictado una ley por la que se decreta la prohibición total de celebrar ritos paganos. Ni siquiera está permitida la entrada a un templo o un altar pagano, sea público o privado. Y tampoco podré yo ni podrán mis hijos nombrar para ningún cargo de responsabilidad a un pagano o a un hereje. ¿No es lo que deseabas?

—Me habría sentido más tranquilo si hubieses decidido prescindir de los patricios paganos. Hasta el propio Símaco se beneficiará de la amnistía —se quejó Ambrosio—. Pero veo que estás despachando con la princesa Serena… Di que me avisen cuando estés en disposición de recibirme.

—Quédate, obispo —le pidió Serena.

—No, sobrina, has pedido verme y vamos a despachar solos —dijo el emperador—. Ya me reuniré con Ambrosio en otro momento.

El emperador odiaba a Ambrosio tanto como a Alarico, pero desde la muerte de Gala un extraño pesimismo se había instalado en su mente. Creía que Dios lo había abandonado por algo que él había hecho y que le había ofendido. Los miedos irracionales lo acosaban y no sabía cómo librarse de ellos. Y cuanto más negro veía el futuro después de la revelación del eunuco, más subyugado lo tenía el obispo de Mediolanum. Habérselo quitado de encima esa mañana de esa forma tan contundente le levantó un poco el ánimo porque le hizo ver que aún era el dueño del mundo. Pero lo que más le interesaba era dejar resueltos los asuntos que lo acuciaban por la proximidad de su muerte. Y, además, hacerlo con la única persona de su absoluta confianza.

Mientras Ambrosio salía de los aposentos, Serena recordó durante

unos instantes el día en que Estilicón, al frente de un destacamento, se presentó en su finca de Cauca, en Hispania, para entregar a Teodosio el despacho en el que el emperador Graciano lo nombraba *magister militum* de Oriente. El hombre que veía sentado frente a ella no era la misma persona de entonces. Notaba que le faltaba la seguridad en sí mismo y la capacidad para hacer frente con habilidad y valentía a las situaciones complicadas. Y sus débiles hijos no se parecían en nada a su vigoroso padre de los primeros tiempos. Gala Placidia era, sin embargo, un prodigio de energía y entusiasmo en todo aquello que le interesaba. Era perfecta para su hijo Euquerio, un joven al que la propia Serena vaticinaba un brillante porvenir. Serena veía en su hijo y en Placidia una pareja similar a la que ella y Estilicón formaban.

—Hay una cuestión que habría de resolverse cuanto antes —comenzó Serena—. Se trata del nombramiento del nuevo *magister militum* del ejército unificado.

—Sabes que he prometido el cargo a Alarico —le recordó Teodosio, si bien casi sin convicción porque ya tenía claro que no lo haría.

—En mi opinión, debes nombrar a Estilicón —dijo Serena—. Él es de verdad un hombre de tu absoluta confianza. Lo conoces desde que era un joven oficial y te ha servido siempre con lealtad y eficacia. No creo que sea necesario que hagas público su nombramiento porque Estilicón es hoy el único *magister militum* después de la muerte de Argobasto y a nadie le extrañará que ejerza el cargo sobre el ejército unificado.

—Esperaré por ahora —dijo Teodosio.

Serena se dio cuenta de que su tío estaba ablandándose; era el momento adecuado para conseguir que aceptase las otras cuestiones que le urgían.

—Tío, es preciso que preparemos el futuro del imperio. Honorio y María están cada vez más unidos y me gustaría que celebráramos los esponsales. Además, deberías nombrar a Estilicón como tutor de Honorio y Arcadio.

Teodosio no torció el gesto con esa propuesta, como esperaba Serena. Si iba a morir, aunque ella nada sabía, aquel era un asunto de absoluta urgencia.

—Cuanto antes sepan los ciudadanos romanos quién es el hombre fuerte del imperio, más fácil será gobernarlo —dijo Teodosio—. No estamos libres de que pueda ocurrirnos un accidente o una inesperada enfermedad. Si Estilicón es el tutor, todos sabrán quién manda mientras Honorio sea un niño.

Teodosio pensaba en la proximidad de su muerte, el augurio de Juan de Licópolis. Serena tenía presente también su muerte, pero de una forma que el emperador no habría imaginado jamás.

Una parte de las preocupaciones del emperador se habían resuelto. El futuro de Honorio ya estaba encauzado. Nadie mejor que su sobrina y Estilicón para que cuidaran de su débil hijo. Sin embargo, había otros temas que le quitaban el sueño. Después de vencer al usurpador, las amenazas de guerras civiles habían desaparecido por mucho tiempo. Pero el ejército de Occidente había sido casi diezmado y lo inquietaba sobremanera que Alarico, el artífice de la victoria, que había perdido a diez mil guerreros godos, cumpliese su amenaza de asolar el imperio.

18
El poeta

Era el mes de octubre del año 394 y al palacio imperial de Mediolanum había llegado una carta con remite de Alejandría dirigida a Estilicón. Era de Hipatia. La princesa hispana tuvo la tentación de abrirla, pero dejó que fuera su destinatario el que lo hiciera.

—¿Podré leerla? —preguntó intrigada.

—Yo la leeré en voz alta para que puedas oír lo que me dice. No hay nada que ocultar.

> General Estilicón, recibí desconsolada la carta que me enviaste con motivo de la destrucción del Serapión y la gran Biblioteca. Fue tal mi desolación que estuve a punto de suicidarme lanzándome a las llamas. Pero cuando iba a hacerlo, el caudillo godo Alarico, que estaba en Alejandría llamado por mi padre, me lo impidió. No sé si eso fue bueno para mí porque después de varios años continúo sin haberme recuperado de aquel terrible suceso provocado por los católicos y que destruyó el mayor legado cultural de la humanidad. Estuve abatida durante mucho tiempo y todavía sigo desmoralizada. Si te escribo esta carta es para enviarte un libro que ha escrito alguien que conoces, aunque no pudiste tratarlo lo suficiente. Considero que merece la pena que lo recibas y que te explique cuál es su intención al desplazarse a Italia. La obra se llama *El rapto de Proserpina* y su autor es Claudio Claudiano. Desde que un grupo de fanáticos católicos asesinó a su padre, ha estado acogido en mi casa. Es un gran poeta, y puede servir a los intereses del emperador. Creo que no ha existido un autor como él desde Ovidio. Solo deseo que lo recibas y leas su libro. Dejo la decisión sobre su futuro en tus manos.

—Por lo visto, Alarico estaba en Alejandría cuando quemaron la Biblioteca —comentó Serena.

—No lo sabía —dijo Estilicón.

—Alarico parece estar en todas partes —ironizó Serena—. ¿Quién es ese Claudio Claudiano?

Cogió el manuscrito cosido como un códice que acompañaba la carta de Hipatia.

—Ya lo dice la carta, es un poeta. Lo recuerdo muy vagamente. Creo que era judío. Nemesio me ha informado de que ha pedido verme.

—Si no te importa, Estilicón, recibiré yo al poeta. Voy a leer el libro porque Hipatia asegura que es un poeta tan grande como Ovidio. Me pregunto si eso es posible.

—De acuerdo —aceptó Estilicón—. Recíbelo tú. Ya me explicarás qué quiere.

—Pues me lo imagino —dijo con seguridad Serena—. Querrá ser poeta de la corte. Y me vendría bien, porque hace tiempo que busco a alguien que pueda escribir el epitalamio de los esponsales de Honorio y María. Se lo encargaré. A ver si es tan bueno como afirma Hipatia.

Serena intentó imaginarse a Hipatia. Pensó en una mujer de una gran belleza. Una egipcia como la reina Cleopatra, capaz de seducir a cualquier romano. A pesar de lo que le había dicho a su marido, quería tener detalles al respecto de cómo era la filósofa y de la relación que había tenido con Estilicón.

El libro de Claudiano le pareció excepcional, así que recibió al joven con predisposición no solo a hacerle un encargo, sino también a admitirlo en palacio como poeta de la corte.

—Adelante, Claudiano —le dijo cuando este obtuvo autorización para pasar a los aposentos de Serena.

—Salud, princesa —respondió Claudiano, al que no se le notaba ni un ápice de timidez, tan seguro estaba de la calidad de su obra.

El judío alejandrino iba vestido con una historiada túnica egipcia que a Serena le gustó mucho, y su aspecto era exactamente el que ella había imaginado.

La princesa tenía en sus manos el libro y comenzó a leer un fragmento:

—«Y ya Proserpina, con ánimo atrevido y olvidada de su fiel madre, por la astucia de Venus se dirige a los prados bañados de rocío (así lo quisieron las Parcas)…».

Serena se detuvo. Esperaba que Claudiano continuara el recitado.

—«… Tres veces las puertas, al haber girado sus goznes, emitieron un ruido premonitorio; tres veces el Etna, conocedor del destino, gimió tristemente con terribles mugidos»[11] —continuó Claudiano con una voz tan melodiosa que multiplicaba el efecto estético de aquellas palabras que se sabía de memoria.

—Hipatia no se equivocaba —afirmó Serena—. Si tú has escrito este libro eres el mejor poeta que yo haya leído desde Ovidio.

—Es una merced que me haces —dijo Claudiano—. Cada palabra está escogida con sumo cuidado para que produzca, al lado de las otras, la musicalidad que solo se encuentra en las grandes obras poéticas.

—Te veo muy seguro al respecto de que lo que escribes es una obra de arte —comentó Serena.

—Cada palabra de cada verso ha sido objeto de mi atención más absoluta —insistió Claudiano—. Y sí, estoy muy seguro al respecto de que mis versos son obras de arte. De otro modo, no habría pedido que tu marido me recibiera. Pero este no es el texto definitivo. Antes de publicarlo voy a pulirlo un poco más porque ha de ser perfecto.

—¿Y por qué querías ver a mi esposo?

—Porque deseo ser poeta de la corte.

—Si eres de Alejandría podrías haber escogido ir a Constantinopla. Allí se habla griego, tu lengua materna.

—Lo sé, pero elegí el latín como idioma para escribir y quiero estar en el corazón del imperio.

—Con lo que he visto, leído y oído, tengo suficiente. Desde hoy eres el poeta oficial de la corte. Se te asignarán unos aposentos, un sirviente y una retribución acorde con tus méritos. Bienvenido a la corte, Claudio Claudiano —dijo Serena—. Ya he pensado mi primer encargo: un epitalamio sobre los esponsales de mi hija María con el augusto Honorio.

—Me pondré a ello de inmediato.

Claudiano, cuya manera de hablar y manifestarse habían cautivado a la princesa hispana, hizo una genuflexión y se retiró.

También él se quedó prendado de la regente. Serena demostraba

una gran sensibilidad para la literatura, y eso para él era fundamental porque le permitía entrar en la corte por la puerta principal y no por la del servicio, como la mayoría de los sirvientes. Fue Nila la que le indicó cuáles eran sus aposentos y la que hizo que llevaran allí su equipaje, que estaba en una posada.

Cuando se reunió con Estilicón, Serena le comunicó que Claudiano le parecía un gran poeta y que lo había acogido en el palacio como poeta de la corte. Desde ese día, la princesa hispana llamaba al alejandrino para despachar, no solo porque era un magnífico conversador y le hacía el tiempo muy ameno, sino porque era un excelente consejero, de manera que, poco a poco, Claudiano iba convirtiéndose en su confidente. Para ella era muy importante tener a alguien así cerca porque desde que Eutropio pasó a ser gran chambelán no había conseguido captar a otra persona de su absoluta confianza.

19
Una elección disputada

Las tropas de Alarico fueron recibidas con tristeza en el campamento de la Mesia, si bien como vencedoras de una batalla en la que podía decirse que todos habían perdido. Solo había triunfado el catolicismo. Pero a pesar de todo, fue un recibimiento apacible y hospitalario. Los godos eran conocedores de la traición de Teodosio y del juramento que su caudillo había hecho contra él. A partir de ese momento, el único objetivo de los godos era la preparación de la venganza contra el imperio. Alarico y los suyos debían concentrarse en la formación de un ejército que iba a ser invencible. Y para engrosarlo no importaba la etnia o el origen de los hombres porque todos eran bienvenidos, bárbaros o romanos. A la vez que asimilaban la mayor pérdida en vidas que habían sufrido desde la batalla de Adrianópolis, el consejo de caudillos debería nombrar al rey que dirigiera la nación goda y que preparase a ese ejército para castigar a Roma.

El consejo se convocó con una semana de antelación bajo la presidencia de Ulfilas. Sería la última vez que el viejo obispo arriano presidía la asamblea más importante del pueblo godo. Días antes habían llegado al campamento Sarus, ya en su calidad de general del ejército regular romano, y los pocos caudillos que aún lo seguían. Su intención era presentar su candidatura para ser el rey de los godos. Sabía de la traición de Teodosio y quería explotarla en su beneficio.

Con la llegada de Sarus se instaló un gran malestar entre la nación goda. Todos eran conocedores de lo ocurrido en el río Frígido y no querían que se utilizase en favor de nadie.

Los cercanos a Alarico, que no se esperaban la aparición de Sarus, se

reunieron con el caudillo.

—Esa rata de Sarus viene a remover aguas cenagosas —dijo Walfram—. Tendríamos que darle un escarmiento para que no vuelva a molestar a la nación goda.

—Viene a disputarte la corona de rey. —Ataúlfo miró a Alarico—. Debemos prepararnos para tu intervención en el consejo de caudillos.

—No voy a discutir con Sarus —aseveró Alarico—. Si él dice que fui culpable de la muerte de los diez mil godos en el río Frígido, no pienso contradecirlo. Un caudillo, y mucho menos yo, no puede dejarse engañar de esa manera. Le permitiré que haga su discurso y después que sean los caudillos los que decidan.

—No, Alarico —dijo Calista—. No permitas que te humille. Si no consiguió vencerte en combate, tampoco consientas que lo haga con argumentos sucios.

—¿Qué puedo decir? —se preguntó Alarico—. ¿Que Teodosio me traicionó? ¿Que confié en la palabra de Estilicón?

Se dieron cuenta de que Alarico tenía razón. No había argumentos para responder a Sarus. El caudillo se retiró entristecido por todo lo que había pasado y seguía pasando. Parecía como si un negro maleficio se hubiera abatido sobre su persona y estuviera castigándolo por algo que no lograba identificar.

Ese mismo día, Calista y Walfram, acompañados de Adler y Brand, cabalgaron sin detenerse hasta el campamento donde estaban acantonadas las tropas auxiliares del general Favrita y pidieron entrevistarse con él. Antes del amanecer, estaban de vuelta sin que nadie los hubiese echado de menos. Calista y Walfram sabían que Alarico iba a mantenerse en su postura de no contraatacar a las insidias de Sarus porque creía carecer de argumentos sólidos.

El consejo de caudillos comenzó en medio de un gran malestar. Casi nadie deseaba oír lo que Sarus quería explicar. Fue el propio Alarico quien exigió que dejasen hablar a su oponente. La enorme humanidad de Sarus se puso en pie.

—Caudillos, hoy vamos a elegir al rey que deberá gobernar a todos

los godos en los próximos años. Y sé que os inclináis por Alarico. Yo también me postulo para ser el elegido y considero que mis méritos superan los suyos. Antes de que toméis una decisión equivocada, es necesario que tengáis toda la información. No voy a hablar sobre mí porque ya me conocéis. He llegado a ser general del ejército regular romano, algo que no es fácil de conseguir y menos para un godo. He tenido que combatir en muchas acciones de guerra, la última vez en la batalla del río Frígido. Allí estuvo también Alarico. Yo dirigía un contingente de cinco mil godos y casi todos salieron vivos. Pero ¿qué pasó con los soldados de Alarico? No hace falta que os lo diga porque lo sabéis muy bien. Murieron más de diez mil de sus hombres.

Cuando pronunció el nombre de Alarico comenzaron a oírse quejas que el propio caudillo godo acalló con un movimiento de sus manos.

—¿Cómo es posible perder a casi la mitad de las tropas? —Sarus esperó a que los congregados pudiesen rumiar la respuesta a su pregunta—. Eso ocurrió porque cayó como un ingenuo en la trampa que Teodosio y Estilicón le tendieron. El emperador le ordenó que entrase a la vanguardia del ejército de Oriente y Estilicón lo convenció de que el resto del ejército protegería los flancos y la retaguardia. Y Alarico lo creyó. Sin tener ninguna garantía de ese apoyo, entró con todos los guerreros a campo abierto. Pero la promesa de Estilicón no se cumplió. Y no se cumplió porque era una mentira. Era una traición, una trampa para que murieran miles de nuestros hombres. ¿Queréis que alguien así sea vuestro rey? ¿Un hombre torpe que ha sido engañado de la manera más estúpida? Y ahora se propone construir un gran ejército para castigar a Teodosio y Estilicón. ¿Vamos a creer en él? ¿Cómo estar seguros de que no volverán a engañarlo? ¿Tendrán que morir de nuevo miles de godos? Quiero que él mismo responda a mis preguntas.

Todos esperaban la contestación de Alarico. Sarus había conseguido con sus preguntas llevar la duda a la mente de los caudillos. Pero pasaba el tiempo y Alarico no se dignaba responder. Cuando Sarus iba a tomar la palabra de nuevo para concluir su intervención acusadora de Alarico, desde el fondo de los reunidos alguien pidió la palabra. Era el general Favrita, que subió a la tarima.

—Caudillos godos, Sarus no está diciendo la verdad. —Con su voz grave y bien modulada, logró que todos callasen. Sarus, más que nadie, se quedó sorprendido—. Es cierto que Teodosio engañó a Alarico. Pero también engañó a su propio *magister militum*, el jefe del ejército, el general Estilicón. Yo no tengo por qué defender a Alarico porque él sabe hacerlo a la perfección, como demostró cuando, ante vosotros, venció limpiamente a Sarus. Y es verdad que Alarico se siente culpable por haber sido fiel a quien siempre le demostró que cumplía sus promesas. Estilicón había dado orden a sus tropas de acompañar a Alarico para defender sus flancos, pero se vio detenido por otro general de Teodosio que, con sus tropas, interceptó las del *magister militum*, generó el caos e impidió la ayuda. Ante eso nada podía hacer ya Estilicón. No, Alarico no fue un ingenuo. Ni Estilicón fue un desleal. Vi con mis propios ojos cómo se produjo la tragedia. Y no solo Teodosio es culpable. Yo también soy un general regular del ejército romano y me negué a obedecer la traidora decisión. ¿Quién fue el general que detuvo a Estilicón? —preguntó, y los caudillos se mostraron expectantes a que Favrita dijera el nombre del traidor—. Fue Sarus el que puso toda su caballería cortando el paso de las tropas de Estilicón e impidió que saliera en defensa de Alarico. Sarus os ha contado una historia, pero no la verdadera historia. Ahora que lo sabéis todo, ya podéis decidir. Yo estoy tan convencido de lo que os he dicho que desde este momento pongo mis tropas a disposición del caudillo Alarico para engrosar ese ejército que tiene que dar un escarmiento al traidor Teodosio.

Los caudillos dieron una gran ovación a Favrita. Sarus, por su parte, abandonó la asamblea. Salvo tres caudillos de su confianza, incluido su hermano Sigerico, el resto de aquellos que lo acompañaban decidió quedarse para elegir por unanimidad a Alarico como rey de todos los godos.

20
La traición

Serena había conseguido casi todos sus objetivos. Era la madre de la futura emperatriz y su marido era de hecho *magister militum* del ejército unificado y tutor de Honorio. La única persona comprometida con el nombramiento de Alarico era el propio Teodosio, que, con su estúpida traición, iba a provocar una nueva guerra con los godos. Le habían llegado noticias desde la Mesia de la elección de Alarico como único rey y también de que estaba formando un gran ejército para asolar el imperio. Y no parecía hacerlo por el incumplimiento de la promesa de Teodosio al respecto de nombrarlo *magister militum*. Esa podía estar entre las causas, pero la más importante era la traición del emperador.

Ahora sí que debería darse prisa. Si Teodosio fallecía pronto, Alarico no tendría contra quién dirigir su venganza. Y, además, ella y Estilicón serían los nuevos dueños del imperio. La calculadora Serena iba tomando decisiones que despejaban el camino para ella, su marido y sus hijos. Y esa decisión era la que más la afectó porque amaba de verdad a su tío.

En ese momento se hallaba en sus aposentos con sus dos sirvientas, la persa Sadira y la siria Nila.

—He dicho al emperador que os encargaréis de atenderlo mientras tenga que permanecer en Mediolanum —les anunció la princesa—. Os tiene cariño, y me ha comentado que estará encantado de que seáis sus sirvientas por unos días.

Las dos jóvenes asintieron, aunque no se explicaban por qué deberían hacer ese trabajo del que ya se encargaba el servicio del

palacio imperial de Mediolanum.

—Nila, sabes que Teodosio te aprecia como cocinera —le dijo Serena.

—Lo sé. Me he ocupado muchas veces de prepararle la comida.

—Tú, Sadira, te encargarás de servirlo en sus aposentos. Quiero que lo atiendas en cualquier cosa que necesite. Procurarás que no duerma solo. No te será difícil, ya que lleva mucho tiempo sin compañía femenina. Además, el propio Teodosio me ha revelado que le gustas mucho como mujer.

—Haré como deseas.

Nila se quedó mirando a Sadira con cara de satisfacción, consciente de que a la *ornatrix* persa le complacía la tarea que Serena le había encomendado. Más de una vez le había confesado que le encantaría dormir con el emperador.

La princesa hispana indicó a Sadira que podía retirarse. No tenía por qué enterarse de lo que quería encargarle a Nila.

Cuando se quedaron a solas, Serena, como en tantas otras ocasiones, comenzó a acariciar a Nila.

—¿No vendrá tu marido esta noche? —preguntó la joven siria.

—No. Ha acompañado al emperador en una visita a las tropas. Intentan unificar el ejército y no va a resultarles una tarea fácil después de una batalla con tantos muertos.

Nila, que seguía muy enamorada de Serena, la abrazó y la besó con pasión como hacía siempre, y estuvieron teniendo sexo hasta que ambas se sintieron satisfechas.

Fue entonces cuando la sirvienta preguntó intrigada a su ama:

—¿Hay algo más que no me hayas dicho?

—Sí. Es necesario que Teodosio muera. Y quiero que seas tú quien se encargue.

Nila puso cara de horror ante el brutal requerimiento de la princesa.

—No puedo hacer eso. Nunca he matado a nadie… Y no sabría cómo hacerlo.

—No tendrás que hacer nada especial.

Serena sacó un frasco de vidrio.

—Es un extracto de setas. Solo habrás de poner la dosis que

corresponda en cada una de las comidas del emperador. No morirá inmediatamente. Irá enfermando y tardará varios días en fallecer.

—Deberías encargárselo a otra persona. Tengo mucho cariño al emperador.

—Yo también lo quiero. Pero se ha convertido en un obstáculo para el imperio por sus malas decisiones y su debilidad ante la Iglesia católica.

—¿Cuándo tendré que hacerlo?

—Mi esposo y yo saldremos para una visita a Constantinopla. Estaremos dos semanas fuera. Empezarás a suministrarle el veneno tres días después de que nos hayamos ido. Para nuestra vuelta, deberá estar a punto de morir.

Serena explicó a Nila la dosis precisa que tenía que usar en cada comida.

La *ornatrix* siria se echó a llorar, desconsolada.

—Confío plenamente en ti, Nila. No te arrepentirás de haberme prestado este servicio —afirmó la princesa—. Ya sabes que te quiero, y te prometo que estarás siempre a mi lado.

—¿Tu marido está al corriente de lo que me has encargado?

—No. Y no tiene por qué enterarse. Es algo entre tú y yo. Ni siquiera Sadira debe saber nada.

Desde el asesinato de Flacila, Serena se había preocupado de mantener a su esposo al margen de las iniciativas con las que impulsaba su carrera militar y política. Pero ser ella la que tomaba todas esas decisiones tan crueles hacía que tuviese una sensación terrible de soledad que no se aplacaba ni siquiera contando con el apoyo de Nila, a quien apreciaba sinceramente, más aún porque en ese caso no gozaba de la complicidad de la fiel sirvienta.

Cuando lo avisaron de la enfermedad de Teodosio, el patriarca Nectario de Constantinopla, el obispo más próximo al emperador, se apresuró a viajar a Mediolanum porque consideró que debía hablar con él antes de su muerte. Había pedido ver a Teodosio a solas porque no deseaba que estuviera presente el influyente Ambrosio, que parecía

capitalizar la figura del emperador agonizante.

—Me estoy muriendo, Nectario. Te doy las gracias por haber venido. Quiero que me impartas tu bendición porque eres uno de los pocos clérigos verdaderamente honestos. Nunca has deseado ni poder ni dinero.

—Emperador, me he apresurado a venir no solo para darte mi bendición. Has sido un príncipe justo, y estoy convencido de que cuando traspases el umbral de la muerte estarás en el cielo a la derecha de Dios padre.

Teodosio se sintió muy reconfortado por las palabras del patriarca.

—Con tu bendición moriré tranquilo. Dime qué deseas y te lo concederé.

—Solo quiero dos cosas y ninguna es para mí. La primera no te la había dicho hasta la fecha porque nunca me ha interesado interferir en las cuestiones políticas. Rufino, tu hombre de confianza, ha resultado ser un verdadero delincuente. Desde que te fuiste de Constantinopla para combatir a Eugenio, tiene sojuzgado a tu hijo el augusto Arcadio, quien lo obedece como un cordero. He podido saber que desde hace tiempo le proporciona jóvenes prostitutas y le ofrece todo tipo de placeres para tenerlo apartado de la gobernanza. Rufino solo se preocupa de enriquecerse, hasta el extremo de que asesina y despoja de sus bienes a muchos patricios sin ninguna justificación. Y lo hace en el nombre de Arcadio. Incluso ha llegado a vender gobiernos provinciales y locales a cambio de grandes sumas. No puedes nombrarlo en el testamento porque eso lo reforzaría.

—Tus palabras me llenan de tristeza y me duelen mucho. Tenía plena confianza en la honorabilidad de Rufino.

—Hay otra cosa que no tiene que ver con él y que es importante para el futuro de tus hijos. Cuando el emperador Diocleciano dividió el imperio para su mejor gobierno, dejó, como bien sabes, Iliria y Acaya a Occidente. Asimismo, Egipto siempre estuvo en Occidente porque pertenecía desde los tiempos de Octavio Augusto al patrimonio del emperador de Roma. Esa errónea división ha perjudicado al Imperio de Oriente. Se trata de zonas en las que se habla griego y que, por razones culturales, siempre han estado ligadas a Oriente. Quizá

deberías incluir en el testamento que corresponden al Imperio de Oriente y deben quedar bajo el dominio de Constantinopla. Estoy seguro de que Occidente no va a sobrevivir al empuje de los bárbaros. Pero Oriente sí tiene la posibilidad de mantener durante mucho tiempo tu dinastía, y esos territorios son muy importantes. Haciéndolo *in articulo mortis*, nadie te lo discutirá porque todos pensarán que es una cuestión trascendente para ti. Y, sobre todo, después de la batalla de río Frígido nadie va a discutir nada de lo que tú digas o impongas.

—Eso puede generar conflictos porque Occidente se había acostumbrado a detentar la administración de esos territorios. Y, sobre todo, hay que tener en cuenta que Egipto es el granero de Roma.

—Lo sé. Pero con esa nueva división se garantiza la continuidad del Imperio de Oriente. La provincia de África puede suplir a Egipto como granero de Roma. Ya se acostumbrarán, tal como se han acostumbrado a tener dos regiones que no son culturalmente de Occidente.

—Lo tendré en cuenta —dijo Teodosio.

—Pero no lo dejes a la voluntad de Ambrosio. Ese hombre es la representación del propio demonio. Él y Agustín de Hipona son la mayor rémora para la justicia del catolicismo.

Nectario se levantó, rezó el credo con Teodosio y le dio su bendición.

Después de aquella conversación, partió nuevamente hacia Constantinopla sin esperar el fallecimiento de Teodosio. No quería encontrarse con Rufino.

Por su parte, el emperador, cuyo ánimo había mejorado mucho tras la visita del patriarca, pidió hacer con urgencia testamento. Esa mejoría lo decidió a acompañar a su hijo Honorio a un espectáculo en el Coliseo para que el pueblo admirara al futuro emperador de Occidente. Sin embargo, no llegó a hacerlo porque tuvo una recaída.

El lecho en el que Teodosio agonizaba estaba situado en la gran sala del Silencio del palacio imperial de Mediolanum. A su lado, el general Estilicón, en su calidad de hombre de confianza del emperador,

atendía a sus instrucciones. La ceremonia de los esponsales de María y Honorio se había preparado con urgencia para que estuviese concluida antes de la muerte del amo de Roma, quien, después de la victoria en la batalla de río Frígido, era visto por el pueblo como un dios en la tierra.

Serena acompañaba de la mano a su hija María, de ocho años, vestida con las galas de los esponsales. Iba a prometerse oficialmente en matrimonio con Honorio, de once, a quien Teodosio había nombrado ya augusto de Occidente. La bella princesa hispana, que llevaba de la otra mano a Gala Placidia, de siete años, era el centro de todas las miradas, y no solo por su belleza y su elegancia extremas, sino también porque, después de la muerte de Gala, era la primera dama del imperio.

Al fondo de la enorme sala se había preparado un altar suntuoso, adornado con flores de todos los colores, hacia el que dirigía su mirada, ya casi perdida, el moribundo Teodosio. Desde adolescente, Serena era la mejor confidente y consejera del emperador. Los niños contrayentes eran en realidad como hermanos porque la princesa había hecho de madre de Arcadio y Honorio desde la muerte de Flacila y más tarde también de Gala Placidia. Además, tras el inminente fallecimiento de su tío, ella y su esposo, el general Estilicón, quedarían como regentes y dueños del imperio hasta la mayoría de edad de Honorio.

El obispo Ambrosio vestía sus mejores galas —el oro y las gemas relucían en su casulla púrpura y en su mitra azul, imitación de las que usaban los reyes persas—, tanto para oficiar los esponsales como para dar los últimos auxilios espirituales al emperador. Dominaba la escena ubicado en el ángulo que formaban el altar y el lecho mortuorio. La extrema autoridad que había conseguido en el imperio desde que humillase a Teodosio obligándolo a caminar de rodillas desde el palacio imperial hasta la basílica episcopal en medio de la expectación del pueblo de Mediolanum ponía una sonrisa de soberbia en su rostro.

Pero no eran ellos los únicos protagonistas. El eunuco Eutropio, en su calidad de gran chambelán, no paraba de dar instrucciones a los clérigos, sirvientes y funcionarios que debían intervenir en ambas

ceremonias. Y, sin embargo, en un lugar preeminente de la sala, aunque alejado de las miradas escrutadoras de los nobles que solo tenían ojos para los influyentes Serena y Estilicón, el prefecto del pretorio de Oriente, Rufino, callado y en actitud reflexiva, pensaba en la situación que se creaba con la muerte de Teodosio y el matrimonio de Honorio con la hija de Estilicón. Desde el privilegiado lugar donde lo habían situado por orden de este último, no lograba oír las conversaciones que se desarrollaban entre él y el emperador. A su lado se encontraba Arcadio, su pupilo, a punto de cumplir la mayoría de edad. A medida que Estilicón y Teodosio intercambiaban las escasas palabras que el emperador era capaz de articular, el rostro de Rufino iba pasando de la perplejidad a la ira. No podía conocer las últimas voluntades de Teodosio, por lo que se sentía excluido de ese testamento verbal que después Estilicón quizá usase como le apeteciera.

Teodosio casi no se apercibió de los esponsales que ofició el obispo con una rapidez desacostumbrada. Por su cabeza pasaban a toda velocidad las imágenes más impactantes de su vida. Desde su juventud en el ejército junto al joven Argobasto y su primo Magno Máximo, hasta que fue nombrado emperador de Oriente en sustitución de Valente. Desde la ejecución de su padre, Teodosio el Viejo, por oscuras intrigas del imperio, hasta la triunfal batalla del río Frígido. Los enfrentamientos con los bárbaros en los que, con alguna aislada victoria, había sido derrotado en numerosas ocasiones hasta que finalmente no tuvo más remedio que suscribir un acuerdo que reconocía el derecho de los godos a permanecer dentro de las fronteras del imperio. Era la primera vez en la larga historia de Roma que se producía un reconocimiento así a un pueblo que en aquel momento estaba integrado por cientos de miles de personas.

Esos hechos habían sido objeto de censura y crítica por parte de las clases dirigentes de Roma, incluido el Senado, que veían un terrible peligro en la ruptura de la unidad del imperio y en la belicosidad del pueblo godo. Por eso, Teodosio se acordó en su agonía del caudillo Alarico, a quien había traicionado. Cómo se arrepentía en esos momentos de haber seguido al pie de la letra las instrucciones del

obispo Ambrosio y de su propio odio. Ahora el imperio tenía un fiero enemigo dentro de sus fronteras.

—General —dijo a Estilicón—, quiero que se recompense a Alarico y a su pueblo por su sacrificio en la batalla del río Frígido.

El emperador sabía que ese desprecio hacia los godos acarrearía muchos problemas al imperio. Alarico no era uno de tantos caudillos bárbaros que se plegaban al emperador por dinero. Aunque lo odiaba, reconocía que era un auténtico hombre de Estado, de un estado que ahora residía legalmente dentro del imperio. Esa había sido su responsabilidad. Y ese fue el primer encargo que hizo a su hombre de mayor confianza. Con todo, había otros problemas que lo acuciaban y que quería dejar atados antes de morir.

—General…

—Te escucho, emperador —dijo Estilicón.

—Me preocupan las consecuencias de la dureza que he empleado durante tantos años con los paganos y los arrianos. Lo hice por convencimiento propio. Pero fue el obispo Ambrosio quien me obligó a no ceder ni un ápice… porque ese era el mandato divino. Y así lo creí y sigo creyéndolo. Cristo quiere un imperio católico, y yo se lo he proporcionado. Sin embargo, esa excesiva dureza puede llegar a producir el efecto contrario y no estaré ya para enderezar la situación. Temo la fragilidad de mis hijos cuando tú no estés para tutelarlos. Hay que intentar convivir. Debes relajar la presión…

Teodosio calló unos instantes para recuperar el aliento. En la distancia, Ambrosio se esforzaba en vano en leer en los labios del emperador las instrucciones que este impartía al *magister militum*.

—Debes descansar —dijo Estilicón a Teodosio.

—No hay tiempo para descansar. Me resta muy poca vida y quiero que mis instrucciones sean claras. Sé que dentro de los templos paganos que aún están en pie quedan vestales e hierofantes. No vas a permitir que se restauren los cultos. Esos templos deberán ser destruidos. Tampoco permitirás que los cristianos arrianos practiquen sus ritos heréticos en público. Sin embargo, el imperio debe ser más clemente de lo que ha sido hasta ahora. Nada de cultos públicos, pues, pero no se perseguirán si solo los practican en privado y lejos de la

vista de los católicos. Tienes que convencer a mis hijos Arcadio y Honorio de que deben cumplir estas órdenes. Tú eres el único que puede tutelar a esos dos jóvenes. No he logrado que sean militares como todos en mi familia. Pero tienes que conseguir que gobiernen su parte del imperio con brazo de hierro. Los súbditos han de temer a su emperador, y dudo que su carácter sea lo suficientemente fuerte. Además, debes saber que he perdido la confianza en Rufino.

El emperador no podía continuar hablando, y a Estilicón le preocupó que expirase sin terminar de transmitirle sus instrucciones. Quieto como estaba en el lecho en ese momento, parecía ya muerto. Un murmullo se extendió por toda la sala, repleta de altos funcionarios, clérigos y militares romanos y bárbaros.

Teodosio abrió de nuevo los ojos y miró con dificultad hacia los que cuchicheaban.

—General —dijo a Estilicón—, tienes que hacer que Alarico sea tu aliado. Es la persona que veo como tu sucesor al frente del ejército. Es el único que puede igualarte en carácter y sentido de la autoridad. No lo quiero como enemigo del imperio porque podría llegar a destruir Roma.

El caudillo godo, desde la traición del río Frígido, era una verdadera obsesión para el veterano militar.

—Emperador, yo también considero necesario tener a Alarico como aliado porque de otra forma se nos enfrentará. Sé que Rufino intenta atraerlo a su lado, y mis informadores me dicen que ya existe una alianza secreta. Debo ser yo quien consiga ponerlo de parte del imperio.

Teodosio dirigió su mirada hacia Rufino.

—¡Ah! Ese maldito galo, hijo de zapatero. Qué gran equivocación hacerlo primer mandatario de Oriente y tutor de mi estimado Arcadio… El patriarca Nectario me ha avisado de que ha subyugado a mi hijo. Esperará la primera ocasión para deshacerse de él y nombrarse a sí mismo emperador. No puedes dejar que el ejército de Oriente se desplace a Constantinopla. Debe quedar unido bajo tu único mando. No permitas que Rufino siga siendo el amo de Oriente. Tienes que deshacerte de él y tomar también la tutoría de Arcadio.

Rufino pareció leer los labios del emperador porque en su cara apareció un rictus de odio. Estaba lleno de ira porque Teodosio no se había dignado dirigirle la palabra siquiera, a él, el dueño de la mitad del imperio. No pensaba dejar que Estilicón se saliera con la suya. Esperaba que el emperador expirase lo antes posible para volver a Constantinopla, donde su dominio sobre el débil Arcadio era absoluto. Lo había preparado todo para casar al futuro emperador con su propia hija, hasta había fijado el día de la boda. Pero una preocupación lo embargaba. ¿Cómo podría hacer frente a Estilicón si, después de la batalla de río Frígido, la práctica totalidad del ejército se había quedado en Occidente y en Oriente solo había algunas unidades en la frontera de Persia? Estaba en manos de su enemigo. Con todo, Rufino vio un rayo de esperanza: le aguardaba una conversación con Alarico. Tenía que pactar con él antes de que Estilicón se le adelantara.

Al emperador únicamente le restaba un débil hilo de voz.

—Esas son todas mis instrucciones, Estilicón… Ah, una cosa más. Mi ahijada Serena, que para mi suerte es tu esposa, debe cuidar de la pequeña Gala Placidia como si fuera vuestra propia hija. Es una niña impulsiva y tozuda…, demasiado inteligente para ser una mujer. Debéis conformar su espíritu y hacerla más dócil. Qué gran emperador habría sido de nacer varón… —La vida se le iba por segundos—. Ahora, por favor, llamad al obispo.

Estilicón dirigió una mirada a Ambrosio y este se acercó hasta el lecho del emperador a esperar sus últimas palabras en confesión. En vano, porque acababa de expirar y Ambrosio solo pudo cerrarle los ojos.

En un lugar discreto, junto a la puerta de la gran sala del Silencio, pasaba desapercibido un joven de rostro oscuro, pelo negro y ojos vivarachos que no perdía detalle de lo que ocurría aquella tarde de enero. Era el confidente de la nueva regente y ya poeta oficial de la corte imperial, el escritor llegado hacía unos meses de Alejandría, Claudio Claudiano.

21
El testamento

Serena había pedido a Eutropio que se reuniese con ella de forma discreta fuera de la sala del Silencio. En los últimos días no había podido descansar ni un minuto para dejar todas las cuestiones encauzadas antes de la muerte de Teodosio.

—Siempre me has servido con lealtad y eficacia —dijo al eunuco.

—Tú me diste la confianza y gracias a eso he llegado a ser gran chambelán del emperador.

—Tengo que pedirte una última cosa. Mi tío ha muerto y el imperio va a quedar dividido en dos partes. Temo que nunca más vuelva a unificarse. Teodosio ha sido el último emperador…, el último gran emperador.

—Dime qué quieres que haga.

—Sé que esperabas quedarte conmigo y con Estilicón como gran chambelán de Honorio.

—Eso esperaba —confirmó Eutropio.

—Quiero que seas gran chambelán de Arcadio. Siempre te has llevado bien con él.

—Pero Rufino me odia. Y yo lo odio más a él.

—Me consta. Tenemos que acabar con Rufino. Mientras tú estés en Constantinopla yo tendré la tranquilidad de tener un confidente que me informará de lo que ocurre allí.

—No me gusta nada lo que me pides, porque estaré a expensas de Rufino, que podría hacerme matar en cualquier momento para librarse de mí.

Tanto Eutropio como Serena sabían que, si bien odiaba al eunuco

por su amistad con Arcadio, Rufino no lo consideraba una amenaza. Rufino siempre pensó que Eutropio era un hombre de Teodosio, y así le quedó claro cuando en el enfrentamiento entre Arcadio y Gala el eunuco se puso del lado de Arcadio, es decir, del lado de Rufino.

—No. Estoy segura de que no te hará daño. Pero procura comunicarte conmigo sin que él se dé cuenta.

Eutropio, aunque no estaba de acuerdo, mostró su conformidad a Serena. Seguía teniendo como prioridad el control de todo el poder del imperio, pero en esos momentos contribuir a la desaparición de Rufino, uno de sus mayores enemigos, formaba parte de su camino a la cima.

Cuando el obispo Ambrosio cerró los ojos al emperador, en la sala se hizo un silencio absoluto. Estilicón y Rufino se miraban con seriedad. Junto al féretro se situaron los dos hijos del emperador, Arcadio y Honorio, al costado de sus tutores. Serena, con Gala Placidia a su lado y con su hija María de la mano, se colocó a la derecha de su marido. Soportaron con paciencia el desfile de los que pasaban a darles el pésame. Los altos funcionarios, clérigos y militares, así como el resto de la corte, rindieron honores con efusión desmedida a los que, de hecho, eran los nuevos dueños del imperio. Y, como se esperaba, saludaron con frialdad protocolaria a Rufino.

Serena estaba radiante, a pesar de todo; parecía más la nueva emperatriz que una simple regente consorte. Estilicón, por su parte, soportaba con gesto adusto las palabras de alabanza de toda aquella corte de aduladores ambiciosos que esperaban conseguir las mejores prebendas de la nueva situación.

El triunfo de Estilicón no hacía más que acrecentar el odio de Rufino que, sin un ejército propio que lo respaldara, se veía ya despojado de sus títulos y prerrogativas. Se esforzaba por buscar alguna grieta, alguna rendija por la que atisbar alguna luz, y solo se repetía en su mente, como un eco obsesivo, el nombre de Alarico. El emperador Teodosio había dedicado sus últimas palabras en exclusiva a Estilicón, y eso lo dejaba fuera de juego porque a ojos de todos los

dignatarios del imperio el general se había convertido en el único y legítimo albacea, mientras que él había quedado en un segundo plano. Un vándalo era ahora el dueño de Roma. Él, aunque hijo de un zapatero galo, era un auténtico romano. Eso nadie podría discutírselo. Tenía la legitimidad del *ius soli*. Aun así, en el fondo no ignoraba que, a pesar de todo, los verdaderos romanos veían en él a un bárbaro. Dos bárbaros mandaban en Roma, un vándalo en Occidente y un franco en Oriente.

Desechó la idea de hablar con su enemigo. Sabía que el emperador había redactado un testamento. Ante ese documento, de poco serviría la intimidad de Estilicón con Teodosio.

El emperador había entregado el codicilo con sus últimas voluntades al obispo de Mediolanum para que lo custodiara hasta la apertura después de su muerte. Para Rufino no todo estaba perdido. Aguardaría a ver qué decía el codicilo.

Al día siguiente de ese frío mes de enero del año 395, a la hora quinta, se procedería a la apertura del testamento. Los mismos que presidían la ceremonia fúnebre el día anterior, junto con los altos funcionarios encargados de dar fe testamentaria, habían acudido a la basílica episcopal, donde, por orden del fallecido Teodosio, el obispo Ambrosio quitaría el lacre y leería las postreras voluntades del último gran emperador de Roma.

Era un texto muy breve. Según el notario, que fue el único testigo junto con el obispo Ambrosio y el escribano que tomó nota, se trataba de las palabras textuales que Teodosio había pronunciado. El obispo tomó el documento en sus manos y lo leyó con voz clara y con la lentitud precisa para que no fuese necesaria una segunda lectura.

> Esta es mi última voluntad. Ser emperador de Roma ha sido el mayor honor que Dios nuestro Señor pudo depararme. No ha sido tarea fácil recorrer ese camino plagado de dificultades y sufrimientos. Me fijé una sola misión: preservar la integridad del imperio y ponerlo al servicio del Altísimo, librándolo de paganos y de herejes. En la hora de presentar mi alma ante el Creador, temo equivocarme al dictar mi testamento. El imperio es demasiado grande para que una sola mano lo gobierne. Ese fue el motivo por el que el gran Diocleciano lo dividió para una mejor gobernanza. Y así lo consideraron todos los emperadores después de Constantino, salvo los dos años en que gobernó ese innoble

> emperador de infausta memoria apodado el Apóstata. Pues bien, he recapacitado durante los últimos años y creo firmemente que es necesario mantener el imperio unido, si bien para poder dirigirlo con garantía considero mejor repartir su gobierno entre dos emperadores, como hicieran Valentiniano y su hermano Valente, o Graciano y yo mismo. El emperador de Oriente será el ya augusto Arcadio, mi hijo mayor. El emperador de Occidente será el ya augusto Honorio, mi hijo menor. La línea de división entre ambas partes del imperio quedará marcada por la sierra de los Balcanes de norte a sur, desde el Danubio, atravesando el mar Mediterráneo, hasta la frontera occidental de Egipto. Esta es mi voluntad, y para hacerla efectiva dejo como albacea al *magister militum* Flavio Estilicón, quien será el regente junto con su esposa, mi ahijada y sobrina, la muy noble Flavia Serena. Que Cristo nuestro Señor, en unión consustancial con el Padre y el Espíritu Santo, se digne acoger mi alma pecadora. En esta mi última hora, pido perdón a todos aquellos a los que he podido ofender o dañar, y me arrepiento en confesión ante el representante de Dios, el obispo Ambrosio, de quien espero la absolución de mis pecados.

Un murmullo se extendió por toda la sala del palacio arzobispal. Rufino expresaba con su mirada su malestar por el nombramiento de Estilicón como albacea del emperador. Eso daba a su enemigo una situación privilegiada y le permitía interpretar a su antojo la voluntad del fallecido Teodosio. Pero la cara de perplejidad de Estilicón fue todavía mayor. La manzana de la discordia estaba situada en esa frontera que determinaba el testamento, ya que los territorios de Iliria, Grecia y Egipto siempre se habían considerado parte de Occidente y ahora eran entregados a Oriente. Sin embargo, nada se decía de la tutoría de Arcadio.

—Creo que el escribano no transcribió bien las palabras del emperador —dijo Estilicón de inmediato—. No es posible que se haya hurtado a Occidente toda Iliria, Grecia y Egipto, que es el granero del imperio. Esos territorios siempre han estado vinculados a Occidente desde las épocas de gobierno compartido. No me cabe duda de que se trata de una equivocación. Tú, obispo, fuiste testigo de las palabras de Teodosio.

Rufino, como había hecho durante toda su estancia en Mediolanum, permaneció en silencio en señal de aceptación del testamento. El obispo Ambrosio, ante las palabras de Estilicón no podía seguir callado.

—¡Lo que dice en el testamento se corresponde de forma exacta con la voluntad del emperador! Así lo quiso. Yo mismo le pregunté si no había error en sus palabras, sabedor, como era, de las consecuencias de lo que acababa de dictar. Y me contestó que su decisión estaba muy meditada, que no se trataba de ningún error porque Iliria, Grecia y Egipto, que eran provincias de lengua y cultura griegas, no debían permanecer por más tiempo separadas de su territorio natural. Estas fueron sus palabras para concluir el acto de dictar el testamento: «Sé que se trata de una decisión conflictiva, pero ya se acostumbrarán». Después pidió que le dejasen descansar y nada añadió. No hay equivocación alguna —insistió Ambrosio—. Esa era su definitiva voluntad, y no ha lugar a interpretaciones.

—Bien —dijo Estilicón—. Eso ya se aclarará. Ahora es necesario que deje constancia ante todas las personas presentes de que el emperador me encargó la tutela de todos sus hijos, incluida la pequeña Gala Placidia.

Rufino no podía permanecer callado por más tiempo. En su rostro se reflejaba el profundo resentimiento que, desde hacía años, arrastraba hacia Estilicón y Serena. Teodosio ni siquiera lo había nombrado en el testamento. Por eso se atrevió a decir:

—No he oído de la boca de Ambrosio nada que se refiera a la tutela de Arcadio. Nada dice el codicilo.

—El propio emperador me lo comunicó antes de morir —se apresuró a replicar Estilicón—. En el testamento se explicita que yo soy el único albacea.

—Pero no hay constancia escrita de que te nombrara tutor de Arcadio, insisto. ¿Pretendes que creamos tan solo en tu palabra?

—¿Dudáis de ella, acaso? —La voz de Estilicón sonó tan autoritaria como amenazadora.

—¡¡¡Sí!!! —El grito potente e inesperado y la mirada fiera y desafiante de Rufino se toparon con un gesto de sorpresa no solo de Estilicón, sino también de toda la corte, incluido el obispo Ambrosio y, especialmente, el eunuco y la regente Serena—. ¡¡¡Sí!!! —repitió—. Dudo de tu palabra. Yo debo defender los intereses de mi pupilo Arcadio, y no dejaré que tú, con la ayuda de tu esposa, le arrebates sus

derechos para poner al frente del imperio a vuestros hijos. Igual que el emperador manifestó en su testamento su voluntad de devolver Iliria y Egipto a Oriente, podía haber incluido en él su voluntad de dejarte como tutor de Arcadio. Además, está a punto de cumplir dieciocho años y es el nuevo emperador. Él deberá decidir por sí mismo si acepta tu tutela.

Aún sorprendido por la violenta reacción de Rufino, Estilicón prefirió no responderle. Se limitó a lanzarle una mirada de desprecio.

Con el semblante descompuesto por las últimas palabras que había intercambiado con el nuevo regente, Rufino salió de la sala sin despedirse de nadie y dijo a Arcadio que se apresurase porque su idea era partir de inmediato. Tenía prisa por llegar a Constantinopla. No creyó necesario recordar a Estilicón que correspondían a Oriente la mitad de las legiones y la mitad del tesoro imperial que Teodosio había trasladado de Constantinopla a Mediolanum. Por su cabeza pasaban multitud de planes para conseguir sus objetivos. Además, no quería que su enemigo hiciese valer esa tutoría que decía que el emperador le había otorgado al margen del testamento.

Tras la batalla del río Frígido, Teodosio había conseguido unificar el imperio en su persona, pero su testamento dejaba abierta una herida que tendría funestas consecuencias. Dos hombres poderosos y soberbios habían escenificado delante de la corte un enfrentamiento que iba mucho más allá de las palabras. Eran ellos, y no sus débiles pupilos, los verdaderos dueños del imperio. Sus palabras no vaticinaban buenos augurios.

Un barco acababa de zarpar del puerto de Aquilea llevando al emperador Arcadio con todo su séquito. Recostado en su camarote, el gran chambelán y confidente del ya emperador Arcadio, el eunuco Eutropio, reflexionaba sobre cómo sacar provecho de aquella partida de *latrunculi* en la que se jugaba el futuro del imperio. No obstante, la princesa Serena, a quien lo unía una profunda relación desde su época como chambelán privado, le había encargado ser su confidente en la corte de Oriente.

22
Un encuentro deseado

Sin haber participado en los hechos que estaban produciéndose en Mediolanum, en la apartada provincia de Mesia, Alarico, que estaba informado del testamento de Teodosio, intuía que las nefastas consecuencias de la batalla del río Frígido le otorgarían un papel protagonista.

El nuevo rey de los godos viajó a Constantinopla de incógnito. Había mandado al exilio a Valeria hacía tres años, y ahora necesitaba verla. Las circunstancias de su separación no habían sido las mejores para dos enamorados, reconoció.

Fue Amanda, la madre de Valeria, quien le abrió la puerta de la vivienda que habitaban en la capital, y se quedó sorprendida. Alarico iba vestido como un ciudadano griego y ocultaba su pelo con una capucha.

—No te esperábamos —dijo la mujer—. ¿A qué has venido?

—Tan solo a visitaros.

Valeria, que estaba en una habitación interior, reconoció de inmediato la voz de Alarico. El corazón se le aceleró. Ella sí lo esperaba desde hacía tiempo. Había tardado demasiado, pero allí estaba.

—Nos abandonaste a nuestra suerte —le espetó Amanda.

—No fui yo. Lo decidió el consejo —dijo Alarico—. La propia Valeria se lo buscó. Quiero verla.

Valeria abrió la puerta de su cuarto. A pesar de no estar arreglada y maquillada, seguía siendo una mujer muy bella y con unos ojos negros y misteriosos que siempre habían fascinado al rey godo.

—Te saludo, Alarico —dijo Valeria—. Tenía muchas ganas de verte.

Alarico, que no esperaba oír esas palabras, se acercó y abrazó a Valeria, que lo apretó contra su cuerpo ante la mirada atónita de su madre.

—¿No me guardas rencor? —preguntó Alarico.

—No puedo hacerlo —afirmó Valeria con convencimiento—. Sabes que te amo… Siempre te amaré.

Amanda se retiró a su habitación y los dejó solos. Ella tampoco era rencorosa. Quería a Alarico como a un hijo al que había educado hasta que fue secuestrado como rehén. Y ella más que nadie sabía que siempre había actuado como los suyos le pedían y que era una persona de gran honestidad, al igual que su hija. Además, sabía que Valeria lo adoraba a pesar de que le resultaba imposible aceptar el futuro al que tendría que enfrentarse.

—Ya eres el rey de los godos —dijo Valeria, enterada de su nombramiento—. Ahora podrás hacer lo que deseas para tu pueblo.

Alarico le explicó cuanto había sucedido en los últimos años: su elección como rey frente a Sarus, todo lo ocurrido hasta la traición de Teodosio en la batalla del río Frígido y la promesa que había hecho a los caudillos de asolar el imperio.

—Pero Teodosio ha muerto. Ya no hay razón para la venganza.

Alarico no quiso seguir hablando de sus problemas. Deseaba oír la voz de Valeria, abrazarla, besarla.

—Supongo que no te irás de inmediato.

—No. Me quedaré unos días. Casi no hemos tenido un momento para nosotros desde que volví del exilio. Quiero hablar de nuestro futuro. No me he comprometido con ninguna mujer goda porque solo te amo a ti.

Valeria era consciente de la imposibilidad de formar parte de la vida del rey godo porque no podría compartir con él las vicisitudes a las que debía enfrentarse. Sabía que a partir de ese momento Alarico ya no sería dueño de su futuro porque, como le había leído su padre en una tragedia de Esquilo, llevaba puesto el arnés del destino. Y era un destino que ella no podía ni quería compartir. Había tenido tiempo de pensar en sus tres años de exilio sobre lo que quería hacer. Y lo tenía

muy claro. No volvería con el pueblo godo. Pero amaba a Alarico y lo deseaba. Por eso no tuvo dudas al decirle:

—Quiero casarme contigo.

—No creo que nadie se oponga a que nos casemos —dijo Alarico—. Estoy seguro de que nuestro pueblo te aceptará.

—No es lo que tú te imaginas. No se trata de una boda formal. Será algo entre tú y yo, sin que nadie más tenga por qué estar al corriente.

—¿Y no viviremos juntos?

—Después de que te vayas, yo también me iré y desapareceré para siempre de tu vida.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí lo sé. Lo he pensado muy bien. Quiero que me aceptes por esposa, y después de consumar nuestro matrimonio nos separaremos para siempre.

—¿Y no permitirás que volvamos a vernos?

—Así lo he pensado. Eres tú el que debe aceptar o no esas condiciones.

—¿Tu madre lo sabe?

—Sí. No está de acuerdo, pero me ha dicho que lo acepta.

—¿Dónde quieres que nos casemos? No podemos hacerlo en esta ciudad.

—Lo haremos esta noche. En mi habitación.

Amanda y Valeria prepararon una cena con platos godos y romanos. Valeria se había vestido con un traje especial que había confeccionado para ese momento. Su madre lloraba, pero no porque no entendiera lo que su hija pretendía, sino porque no era ese el destino que deseaba para ella. Sin embargo, respetaba su decisión ya que estaba convencida de que tendría sus motivos para obrar así. Sabía muy bien que Valeria no se volvería a casar porque jamás dejaría de amar a Alarico.

Durante de la cena evocaron los tiempos en los que vivían en la Dacia entre privaciones pero dichosos. Recordaron a dos hombres a los que adoraban: Rocestes y Marco Probo. Los echaban de menos. No eran personas que pudieran hacer cambiar el rumbo que Alarico quería tomar puesto que este no se dejaba influenciar por nadie, al

menos por motivos morales, pero habían sido felices con ellos. Después Amanda se retiró a su habitación y ellos se quedaron a solas.

Valeria buscó los anillos que había comprado y los dejó sobre la mesa. Cogió el de Alarico y se lo puso.

—Este es el símbolo de que me caso libremente contigo. Prometo ante Dios que te amaré el resto de mi vida.

Alarico tomó el de Valeria, se lo ajustó y, cuando iba pronunciar las mismas palabras, ella lo hizo callar.

—Dime solo que me amas ahora. No hagas promesas que te sea imposible cumplir.

—Te quiero, Valeria. —Después, sin poder evitarlo, añadió—: Y te querré siempre.

—Y yo quiero que me ames ahora. No quiero interferir en tu futuro. Deseo que, cuando nos separemos, te sientas completamente libre.

Valeria y Alarico estuvieron toda la semana juntos. Amanda dejó que se amaran sin límites durante todo el tiempo.

Alarico había conseguido no pensar en ninguna otra cosa que no fuese Valeria. Solo por un instante se le apareció la sombra de una disonancia entre el cristianismo de Valeria y lo que estaban haciendo encerrados en aquella habitación. Para un cristiano, el matrimonio era un acto sagrado que necesitaba la bendición de la Iglesia.

El último día, Valeria, segura de que Alarico lo había pensado, le dijo:

—Sé que nuestra relación entra en contradicción con lo que la Iglesia indica que tenemos que hacer. Yo soy cristiana y creo en las palabras de Jesús porque he leído con atención la biblia que Ulfilas me regaló. En el evangelio de Mateo se dice: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y amarás al prójimo como a ti mismo». Ese es y será mi lema de vida. No puedo ser tu amante, pero nuestra relación está basada en el amor que te profeso y no he encontrado en los Evangelios nada que me lo impida. Así que, a ojos de Dios, eres mi marido y he querido disfrutarte como tal, aunque sea por poco tiempo.

Alarico, que pareció entender las palabras de Valeria, no dijo nada. Se abrazó a la mujer a la que quería y a la que iba a perder para

siempre. Tendría que aprender a vivir sin ella.

Cuando finalmente se despidieron en presencia de Amanda, se abrazaron y se besaron con lágrimas en los ojos como si no fueran a verse nunca más.

—Me has prometido que no me buscarás —le recordó Valeria antes de que partiera.

—No lo haré. Ni siquiera te he preguntado adónde piensas ir a vivir.

Cuando Alarico traspasaba la puerta, ella le dijo algo que no se esperaba:

—No te separes nunca de Calista. Te quiere tanto como yo y te cuidará como yo misma haría.

Valeria, llorando desconsolada, se abrazó a su madre.

—No volveré a verlo nunca más.

—¿Adónde iremos? —preguntó Amanda.

—A Roma —contestó Valeria—. La hermana de mi padre, Valeria Proba Faltonia, ha contestado a una carta que le envié y afirma que puede acogernos en su casa.

—Nunca supe quiénes eran los familiares de tu padre.

—A mí sí me lo reveló, por si necesitábamos su ayuda. Mi padre quería mucho a su hermana. No se llevaba bien con ellos por discrepancias religiosas. Se hicieron católicos, y él era pagano, como sabes. Volveré a escribir a Faltonia para que nos envíe dinero. Son personas muy ricas.

—No hará falta —dijo Amanda—. Antes de irse, Alarico me dejó dinero suficiente para que podamos subsistir. Él se ha encargado de pagar todos los gastos en Constantinopla. No te lo dio a ti porque pensó que no lo aceptarías.

—Saldremos lo antes posible, madre. Jamás le digas a Alarico dónde viviremos.

—¿No vamos a despedirnos de nuestro pueblo? —preguntó Amanda.

—Sería muy duro tener que hacerlo —respondió Valeria—. Pero ve tú si quieres, yo te esperaré.

—No volveré con mi pueblo sin ti. Llevamos tres años fuera. Empezaremos una vida nueva en Roma. —Amanda miró a su hija a los

ojos—. ¿Podrías estar embarazada?

—Quizá. No he hecho nada para evitarlo.

—¿Era eso lo que querías?

—No solo eso. Pero tener un hijo de Alarico sería para mí una bendición de Dios.

23
Intrigas palaciegas

Desde la muerte de Teodosio, Serena había caído en un abatimiento que no se correspondía con su carácter. Siempre había sido una mujer positiva y alegre. Estilicón estaba preocupado. Algo que él ignoraba la había sumido en aquel estado del que ni siquiera conseguía sacarla la presencia constante del poeta Claudio Claudiano.

La princesa hispana se daba cuenta de que todo iba a ser completamente diferente. Los personajes de la nueva obra de teatro que se representaba en ese enorme escenario que era el imperio estaban a punto de cambiar. Tenía que hacerse a la idea de que Teodosio ya no sería el referente central, un referente que durante años había proporcionado seguridad por tratarse de un emperador fuerte que había ido consolidándose en el trono, en especial después de su triunfo en dos guerras civiles. Pero esa había sido su imagen pública, se recordaba Serena, porque en privado afloraban en él demasiadas carencias y debilidades. No le gustaba tener que pasar ella misma a la primera línea. Se encontraba mucho más cómoda ejerciendo el poder vicario desde la trastienda de la sala de audiencias. El emperador era ahora el niño Honorio, quien, ni por edad ni por talante, iba a ser un dirigente fuerte. Por tanto, ella y Estilicón, como regentes de Occidente, pasaban a ser el punto hacia el que todos los ciudadanos mirarían para hacerlos la diana de sus alabanzas o sus críticas. Pero le entristecía el hecho de que había tenido que ser ella, en la más absoluta soledad, la que puso punto final a la vida del emperador hispano. No tuvo ninguna complicidad, ningún apoyo, porque no quiso que Estilicón se sintiera culpable; por

eso lo mantuvo al margen.

Tardaría en recuperarse de su tristeza, pensaba Serena, ya que siempre había sentido una auténtica adoración por su tío. Recordaba la forma en que, de niña, Teodosio la cogía en sus brazos y la abrazaba como si fuera un padre. Y cómo desde la adolescencia se había convertido en su amante para terminar siendo su consejera de mayor confianza. Quería creer que había planificado su muerte para hacer un bien al imperio. El emperador había perdido el respeto de la Iglesia católica cuando el obispo Ambrosio lo humilló. Había perdido el respeto de los bárbaros cuando Alarico tuvo la osadía de secuestrarlo. Y en los últimos tiempos, especialmente después de la muerte de Gala, había perdido la confianza y la autoridad. Le costaba tomar decisiones que antes no le ocupaban ni un segundo. Su fanática religiosidad postrera, que le había hecho caer en las supercherías de los clérigos, lo inhabilitaba para ejercer con competencia las funciones que correspondían al emperador.

Mientras pensaba en todo ello, Serena vio en la puerta al risueño poeta alejandrino, que en ese momento pedía permiso para entrar.

—Te noto afligida, princesa —dijo Claudiano—. ¿No te gustó el panegírico que escribí para el consulado de los jóvenes Olibrio y Probino?

—Tu panegírico es extraordinario, Claudiano, como todo lo que escribes. Lo que también me parece extraordinario es que Teodosio nombrase a dos jovenzuelos carentes de *cursus honorum* como cónsules del imperio solo por pertenecer a una reputada familia patricia.

—Y católica —añadió Claudiano—. Les tengo cariño porque me acogieron hasta que me nombraste poeta de la corte.

—Lo sé. También sé que Teodosio los nombró para que las familias paganas tomasen nota de que contaba con ellas si se hacían católicas.

—¿No puedes decirme qué problemas te afligen? —preguntó Claudiano—. En mí tienes un confidente que será siempre discreto. Nada de lo que me expliques saldrá de estas paredes.

—Hace solo unos meses que nos conocemos —le indicó Serena.

—Eso es verdad. Pero si sumas las horas de conversación que hemos tenido es como si nos conociéramos de toda la vida —replicó

Claudiano—. Yo a ti podría contarte cualquier cosa que me preguntases.

—Me gusta esa afirmación tan rotunda. —Serena iba animándose a medida que Claudiano la hacía entrar en la conversación—. ¿Qué pasó entre Hipatia y Estilicón en Atenas?

—¿Me guardarás el secreto? —preguntó Claudiano.

—Por supuesto, eres mi confidente —dijo Serena con ironía.

—Fueron amantes durante unos días.

—¿Por qué solo durante unos días?

—Hipatia, que estaba loca de amor por él, no quería estar ligada a ningún hombre. Había jurado no casarse jamás.

—Extraño juramento.

—No es tan extraño. Hipatia estaba convencida de que si se casaba no podría continuar su carrera como filósofa y científica.

—¿Cómo es Hipatia?

—Es la mujer más inteligente y bella que hay sobre la tierra… Te pido disculpas, Serena; tú también lo eres.

—¿Estás enamorado de ella?

—Siempre lo he estado y siempre lo estaré. Pero sé que no puedo hacer nada para que cambie de opinión.

—Me gustaría conocerla.

—Ha prometido no volver a salir de Alejandría —dijo Claudiano—. ¿Estás celosa de Hipatia?

—De acuerdo con lo que explicas, debería estarlo. Pero no lo estoy. Estilicón y yo tenemos un acuerdo. Estaremos siempre juntos y no habrá mujer ni hombre que nos separe.

—Sois las personas más poderosas del imperio.

—Por eso estoy preocupada —dijo Serena—. Ahora que Teodosio ha muerto, Estilicón y yo debemos gobernar.

—Pero sois las personas más capacitadas para hacerlo, y esa era la voluntad de tu tío.

—Sin embargo, son muchos los desafíos —se lamentó Serena—. La división del imperio es un problema para Occidente, que ha perdido Iliria, Grecia y Egipto. Rufino domina al emperador Arcadio, y veo una guerra civil en ciernes. Alarico ha prometido asolar el imperio por

la traición hacia sus hombres en la batalla de río Frígido. El *comes* de África, Gildo, está generando problemas que no esperábamos y es posible que Estilicón deba ir a castigarlo. Y dicen de él que es un individuo muy peligroso. El funcionario Olimpio tiene cada vez más influencia sobre Honorio y Gala Placidia. Y mientras crece su influencia, mengua la mía.

—Yo también estaría preocupado —convino Claudiano—. Pero creo que más que preocuparte por esos asuntos debes tratar de solucionarlos. Si me lo permites, yo me encargaré de espiar a ese Olimpio.

Como cada día, el eunuco Eutropio esperaba sentado junto al lecho del emperador de Oriente a que este se despertase para comentar las actividades imperiales del día. Se oyó un grito, y Arcadio abrió los ojos sobresaltado. Desconcertado, se incorporó en la cama sin percatarse de la presencia de Eutropio. El soldado de la guardia imperial que vigilaba la entrada había anunciado con voz alta y protocolaria la llegada de Rufino:

—¡El prefecto del pretorio!

Al oír de quién se trataba, el eunuco se escondió detrás de las enormes cortinas que guardaban la estancia de la intensa luz de esa mañana de primavera del año 395, dispuesto a escuchar lo que el prefecto quería hablar con el emperador.

Vestido con túnica púrpura y cíngulo dorado, Rufino entró con paso firme y sonoro en la estancia privada. Desde su gran estatura, podía observar al sorprendido joven.

—Perdona, emperador. No sabía que estuvieras descansando todavía —dijo con una ironía que se reflejaba en su esbozo de sonrisa.

Conocía a la perfección que la mayor afición de Arcadio era dormir el mayor número de horas posible.

—Adelante, prefecto. ¿A qué debo tu presencia? —preguntó Arcadio frotándose los ojos.

—¿No recuerdas? —dijo Rufino con un gesto de complicidad.

—No, no recuerdo.

—Mi hija…

—Ah, sí —lo atajó Arcadio—. Los esponsales de que me hablaste en Mediolanum.

—Me dijiste que lo pensarías. ¿Ya lo has pensado?

Tras las cortinas, el eunuco Eutropio, que ya conocía las intenciones de Rufino, escuchaba la conversación tan inmóvil como una estatua. Ninguno de los dos sospechaba que el chambelán los espiaba.

—Todavía no me he decidido —contestó Arcadio—. Pero tu hija me parece muy adecuada para futura emperatriz.

Ante las palabras de su amo, Eutropio estuvo a punto de perder el equilibrio y delatarse. La respuesta del emperador le preocupaba, igual que a los habitantes de Constantinopla. La noticia, que ya circulaba por la ciudad, les hacía temer que, al casar a su hija con el emperador, el odiado Rufino se eternizara en el poder y con él todas las tropelías que llevaba cometiendo desde que Teodosio partió para la guerra contra Argobasto y Eugenio.

—Entonces ¿me das esperanzas?

—Por supuesto. Mi hermano Honorio se ha prometido con la hija de Estilicón y Serena. Y tu hija es mucho más bella.

Eutropio se mantuvo inmóvil esperando que el prefecto del pretorio se fuese pronto y Arcadio cerrara los ojos nuevamente. Pero eso no ocurrió. Aunque tampoco se sorprendió en absoluto cuando Rufino cambió de tema.

—Por cierto, emperador, esta semana han llegado mensajeros anunciando que varios ejércitos bárbaros han traspasado las fronteras del Danubio.

—¿Ejércitos bárbaros? ¿Qué ejércitos? Los godos y sus aliados son federados del imperio.

—No, emperador, no se trata de los godos. Son hunos, alanos y sármatas. Los mensajeros afirman que están arrasando y saqueando las provincias de Armenia, el Ponto y la Capadocia.

—¿Y qué hacen nuestras legiones?

—¿Nuestras legiones? No te había informado antes para evitarte preocupaciones innecesarias. Pero ahora es imprescindible que conozcas al detalle nuestra situación.

—Sé breve. Necesito descansar.

—Después de la batalla del río Frígido, el general Estilicón se ha quedado con todas las legiones de Oriente y Occidente reunidas en un solo ejército bajo su mando. Pero eso con ser fatal, no es lo peor. Lo peor es que estamos casi sin dinero. Tu divino padre trasladó el tesoro del imperio a Mediolanum, y allí continúa tu mitad. No tengo ninguna esperanza en que Estilicón nos devuelva lo que te pertenece por testamento. Has de escribir a tu hermano reclamando lo que en derecho te pertenece. Ya he redactado la carta. Te ruego que la firmes.

Arcadio tomó el pergamino y la pluma entintada que Rufino le ofrecía.

—¿No vas a leerla?

—No. Confío en ti. Tengo derecho a mis legiones y a mi parte del tesoro.

La indignación de Eutropio crecía por momentos. El primer mandatario, que manipulaba a su antojo a aquel débil príncipe, no era ajeno a las invasiones que ahora le comunicaba como si se tratase de una noticia desconocida para él. El chambelán, que estaba al tanto de todas las intrigas de la corte, sabía que Rufino había ordenado dejar sin defensas la parte del Danubio que no controlaban los godos y había permitido que entraran los pueblos bárbaros sabiendo que su objetivo era saquear territorios del imperio ahora indefensos.

—Y mientras llega la respuesta, ¿cómo nos defenderemos?

—No espero que Estilicón acceda a tu petición. Tu hermano es un títere en sus manos. Tendremos que resolver la cuestión por nuestros propios medios.

—¿Qué medios? —dijo el asustadizo emperador.

—Déjame pensar. Creo que sabré resolver esta difícil coyuntura. Confía en mí. En breve te traeré una solución…, incluso antes de que llegue la respuesta de tu carta.

El eunuco respiró aliviado cuando el mandatario salió de los aposentos de Arcadio. De haber descubierto que los espiaba, Rufino habría ordenado que lo ejecutaran de inmediato. Odiaba a Eutropio, a quien solo la protección que le dispensaba el emperador le permitía sobrevivir en aquella red de intrigas en que estaba convirtiéndose la

corte de Constantinopla.

Tendría que actuar con rapidez, pensó el eunuco. Lo primero que debía hacer era impedir la boda del emperador con la hija de Rufino. Pero ¿cómo hacerlo? Si esa boda llegaba a celebrarse, podía darse por muerto. Si había alguien que lo odiase más que Rufino era su hija.

Una vez que la respiración relajada y acompasada del joven emperador le indicó que se había quedado dormido de nuevo, se sentó junto al lecho a la espera de que se despertase de manera natural. La confianza que Arcadio le tenía le permitía entrar y salir de sus aposentos sin necesitar autorización. En eso, Arcadio no hacía sino mantener la familiaridad que le había dispensado su padre, el fallecido emperador Teodosio.

Como Rufino pensaba, la respuesta del emperador de Occidente se hacía esperar. Habían pasado tres semanas y el horror de los saqueos bárbaros se extendía por las regiones más orientales del imperio. Cada día llegaban al palacio imperial mensajeros pidiendo socorro para las desguarnecidas y arrasadas poblaciones. El prefecto del pretorio, más preocupado por la futura boda de su hija con el emperador que por las invasiones que él mismo había propiciado, visitaba constantemente a su pupilo para presionarlo. Sabía que la semilla ya estaba sembrada. Se trataba de esperar, primero, que Arcadio tomase por esposa a su hija, y, segundo, de viajar a la provincia de Mesia a parlamentar con el rey Alarico. El eunuco Eutropio, que conocía al detalle todas las maldades de Rufino, intentaba adelantársele por todos los medios.

Como si se tratara de un golpe de inspiración, la joven Eudoxia, la bella hija del general Bauto, apareció en la mente del eunuco. Eudoxia odiaba a Rufino por ser el responsable de la muerte de su padre. La huérfana, que tenía la misma edad que Arcadio, había sido acogida entonces como ahijada en casa del mejor amigo de Bauto, Promoto, el *magister militum* de Oriente. El general se oponía a las intenciones de Rufino, y este intrigó para que los hombres de Alarico lo asesinaran. Aunque nunca se hizo oficial el nombre del inductor de esas muertes, todos sabían de quién se trataba. Eudoxia tenía, pues, una doble razón

para odiar a Rufino. El eunuco, que había vivido en su casa un tiempo, la visitaba con frecuencia y se preocupaba de que estuviera bien atendida por Marsa, la esposa del general asesinado.

Eudoxia había heredado los rasgos de su familia franca. A su pelo rubio y sus ojos azules de mirada sensual, sumaba una aguda inteligencia moldeada por el estudio con profesores de filosofía y retórica. Por su aspecto exótico, era conocida como la Bárbara. Sin embargo, a pesar de su extrema belleza, la joven tenía un lado oscuro ya que asociaba a su hermosura algo de la rudeza y el fuerte carácter de sus antepasados.

Eutropio pensaba que la Bárbara podía ser una buena alternativa a la hija de Rufino como esposa de Arcadio. Lo que el eunuco buscaba, sobre todo, era proteger sus propios intereses, porque si conseguía introducirla en la alcoba del soberano, podría convertirse en su mejor aliada. Además, estaría dispuesta a hacer lo que le dijese ya que solo él sabía que la Bárbara mantenía una relación amorosa con el *comes* Flavio Juan, el prefecto de finanzas, un hombre casado. Eso lo tranquilizaba porque esa información era una especie de correa que le permitía tenerla atada como si se tratase de un perro dócil.

Cuando la visitaba, el chambelán le dedicaba bellas palabras de halago que ella recibía con gran placer. Pero esta mañana su objetivo era muy diferente. Tras entrar en la mansión del asesinado Promoto y llegar a su presencia, le dijo:

—Estás cada vez más bella, Eudoxia. Merecerías ser la emperatriz. —Ambos se trataban con una familiaridad extraña en la corte.

—Eres muy galante, Eutropio. Pero el emperador tiene ya con quien casarse. Se comenta por la ciudad que está prometido con la hija del prefecto del pretorio.

—Eso parece. Pero conozco bien a Arcadio y sé que esa joven no despierta nada en él. No debes hacer caso a todos los rumores que las matronas y los eunucos difunden. Tú le gustarías mucho más, sin duda. ¿Cuánto tiempo hace que no te ve?

—Lo vi muchas veces cuando, siendo niños, visitaba con mi padre el palacio. Incluso solíamos jugar juntos.

—Estoy seguro de que si pudiera verte ahora se quedaría prendado

de ti.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Muy fácil: conozco sus gustos. Además, con tu inteligencia lo enamorarías de inmediato.

—¿Soy tan atractiva como dices?

—Déjame un retrato tuyo.

—¿Para qué lo quieres? De todos modos, no tengo ninguno todavía.

—Te enviaré al pintor. Haz cuanto él te diga.

Poco después, Eudoxia se sometió sin rechistar a las exigencias del pintor, quien tardó casi una semana en concluir su trabajo porque tenía órdenes muy estrictas de Eutropio.

En cuanto lo tuvo en su poder, el eunuco dejó el retrato de Eudoxia en un lugar visible de los aposentos del emperador. Como esperaba, los ojos de mirada profunda de Eudoxia causaron en Arcadio el efecto de un bebedizo.

El emperador llamó inmediatamente a Eutropio.

—¿Quién es?

—La conoces. De hecho, en más de una ocasión jugaste con ella.

—No lo recuerdo.

—Eras un niño. Es la huérfana del general Bauto. La tiene acogida en su casa la viuda del general Promoto.

—Ah… Se trata de esa joven a la que llaman la Bárbara. Quiero verla. Quiero saber si es tan bella como muestra el retrato.

—Lo es, no lo dudes.

—Iré a su casa esta misma tarde.

—Necesito tiempo para prepararla, emperador —se excusó Eutropio —. Es una muchacha muy tímida e ingenua, y tu presencia sorpresiva podría asustarla.

—Sea como dices —le contestó Arcadio.

Rufino tenía previsto desplazarse hasta Persia con el objetivo de negociar la firma de un nuevo tratado de paz, una visita que lo tendría alejado al menos dos meses. Era tiempo suficiente para que Eutropio llevara a cabo sus planes. Pero antes necesitaba dejar el asunto

cerrado con Eudoxia.

Fue a ver a la Bárbara. La joven estaba ansiosa por conocer las noticias que el eunuco podría darle después de llevarse su retrato. Desde la anterior visita, había crecido en su interior una ambición que le resultaba desconocida. Pero Eutropio no estaba dispuesto a facilitar el trono a la Bárbara sin obtener algo a cambio, algo que debía ser muy sustancioso.

Cuando entró en la casa, pidió a Marsa y a las sirvientas que lo dejasen a solas con Eudoxia.

—¿Has enseñado mi retrato al emperador?

—Vas muy rápido, Eudoxia. Estas cosas tan delicadas llevan su tiempo. No podemos precipitarnos. Gozo de una posición privilegiada en el palacio imperial. Soy la única persona de confianza absoluta de Arcadio, y si no me ando con mucho cuidado es posible que pierda sus favores.

—¿Quién te los quitaría?

—No viene al caso. Lo importante es que dejaría de ser la única persona de confianza del joven emperador. Quien comparta la alcoba con él podría prohibir mi entrada a sus aposentos privados.

—¿Y eso te preocupa, Eutropio?

—Me preocupa y mucho. Quiero seguir teniendo el mismo poder que ahora. —Eutropio hizo una pausa poniendo un gesto de reflexión —. Incluso me gustaría tener más.

—¿Podría ser yo la emperatriz? —preguntó Eudoxia.

—Podrías —dijo con retintín el eunuco.

A la inteligente Eudoxia no le pasó por alto que su interlocutor estaba negociando las condiciones de su acceso al trono.

—¿Y si yo compartiese el poder con alguien que ya es mi confidente y amigo… y seguiría siéndolo después de la boda?

—¿Quién tendría ese privilegio?

El eunuco había formulado esa pregunta retórica solo para oír las palabras de Eudoxia.

—Aquel que puede permitirme acercarme al emperador.

—Únicamente yo puedo complacer ese deseo.

—¿Lo harás?

—¿Podría ser yo prefecto del pretorio?

—No creo que eso sea posible. Eres eunuco y has sido esclavo.

—¿No crees que sea posible? ¿Ni siquiera si te hago emperatriz?

—El único que tiene ese poder es el emperador.

—Si me lo propongo puedo conseguir que Arcadio caiga rendido a tus pies. Después, serás tú la que mande en el imperio.

—¿Y qué haremos con Rufino?

—Eso déjalo de mi cuenta —dijo Eutropio con seguridad—. Solo quiero oír de tus labios que exigirás al emperador mi nombramiento cuando llegue el momento. Tienes argumentos sobrados para convencerlo.

—De acuerdo. Me place lo que me pides. Tú siempre has sido mi protector —dijo Eudoxia mientras se retiraba—. Espero con impaciencia tus noticias. No te demores.

—Solo me queda por concretar unos pequeños detalles. Lo primero es que a partir de ahora nos hablaremos como señora y sirviente. Hemos de acostumbrarnos al lenguaje de la corte.

—Así lo haré.

—En segundo lugar, no podemos comentar esto con nadie hasta que el emperador decida hacerlo público. No quiero que el verdugo me separe la cabeza del cuerpo.

—Mi boca estará sellada, Eutropio. Tú serás mi único confidente. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Hasta que todo esté consumado, harás únicamente lo que yo te pida.

—Quedo a tu entera disposición.

El eunuco esbozó una sonrisa de triunfo. Ya había puesto la premisa esencial para la realización de una de sus ambiciones. Tenía que conseguir como fuese que se celebrara aquella boda que lo llevaría a compartir la alcoba y el poder con Eudoxia. El otro gran reto era eliminar a Rufino. Eso parecía más complicado porque el primer mandatario siempre iba escoltado, incluso dentro del palacio, por un destacamento de la guardia imperial.

Una semana después, Rufino, seguido de un numeroso séquito y el resto del ejército romano que había quedado como retén en Oriente, salió de Constantinopla en medio de un extraordinario boato. El encuentro con Alarico debería esperar. Antes tendría que encontrarse con Bahram IV, rey de los persas y sucesor de Sapor III, en algún lugar de la frontera a más de mil millas. Aunque era reacio a dejar la ciudad antes de celebrar la boda de su hija con el emperador, las noticias que llegaban de la zona eran inquietantes. Se hacía imprescindible concluir con urgencia un tratado que mantuviese a los persas en actitud pacífica ante esas fronteras desguarnecidas hasta que recuperase su ejército, en manos de Estilicón.

En cuanto Rufino abandonó Constantinopla, el gran chambelán se dirigió a los aposentos privados del emperador, donde Arcadio lo aguardaba ansioso. Seguía obsesionado con la bella Eudoxia y confiaba en que Eutropio le facilitase el acceso a su alcoba. Era patético ver a aquel débil emperador suplicante ante un eunuco que parecía dominarlo por ser la llave imprescindible para el cumplimiento de sus deseos.

—¿Cuándo podré visitar a Eudoxia?

—Eres el emperador y puedes hacer lo que te plazca. Aun así, sé que no le agradaría que fueras a su casa porque no quiere quedar como una simple amante.

—No quiero poseerla por la fuerza.

El eunuco sabía que el emperador no utilizaría la violencia. Aquella joven le gustaba demasiado y deseaba que llegase mansamente hasta su cama. Por eso a Eutropio le llenaron de satisfacción las palabras que Arcadio dijo a continuación:

—¡Maldito eunuco! Quiero que ella se me entregue de buen grado. Pensaba que me habías allanado el camino.

—Emperador, la bella Eudoxia te ama, no tengas duda. Pero, como te he dicho, no desea ser una simple concubina.

Eutropio estaba preparando el asalto a la alcoba del emperador. A Arcadio le resultaría muy fácil acostarse con Eudoxia; ninguna mujer lo rechazaría. Pero ¿y si una vez satisfechos sus deseos no se casaba con ella?

—¿Y qué quiere de mí?

—Ya te he dicho que Eudoxia te ama. Está enamorada de verdad. Y una mujer enamorada desea algo más que una noche de sexo. Te quiere de manera permanente. Quiere tener una relación estable.

—¿Una relación estable?

—Eso es lo que desea de un hombre cualquier mujer bella, cultivada e inteligente. Recuerda que es la hija del general Bauto. No puede entregarse a ti como una vulgar prostituta —dijo Eutropio.

—Eso es lo que pretende también la hija de Rufino. Y es una muchacha muy guapa. A la Bárbara ni la he visto —se quejó Arcadio, demostrando un infantilismo impropio de un augusto que podría haber exigido que la joven estuviera de inmediato a su disposición.

—Si lo que quieres es verla, mañana la invitaré al palacio y podrás hablar con ella. Pero desea hacerlo en mi presencia.

Al día siguiente, Eudoxia, acompañada del eunuco, entró en la sala de audiencias. Se había vestido y maquillado para la ocasión y lucía radiante.

—Ahora te reconozco —dijo el emperador con una sonrisa que demostraba la felicidad que sentía al ver a aquella hermosa criatura—. Jugábamos juntos cuando éramos niños. ¿Puedo oír tu voz?

Eudoxia fingía una timidez que en ella era inexistente.

—Me produces mucho respeto, emperador —contestó Eudoxia—. Me gustaría irme. Me da mucha vergüenza que un hombre me mire.

A Arcadio pareció gustarle la ingenuidad de Eudoxia. Pero, sobre todo, se había quedado prendado de su belleza.

De repente recordó el acoso al que Rufino lo sometía para que se casase con su hija y por su mente pasaron a toda velocidad las consecuencias nefastas que tendría esa boda. Fue consciente de que no podría negarse a ese enlace una vez que Rufino regresara de su misión en la frontera persa.

Cuando el eunuco volvió después de acompañar a Eudoxia a su casa, el emperador dijo:

—¡Prepáralo todo, chambelán! ¡Quiero casarme inmediatamente con Eudoxia!

Por primera vez en mucho tiempo, las palabras de Arcadio sonaban

a orden imperial. Y eso era lo único que el eunuco quería oír.

No tardó en poner en marcha todo el aparato ceremonial del palacio real, cuyo personal había sido avisado el día siguiente a la partida de Rufino. Hizo buscar en el ropero imperial el lujoso vestido blanco de seda bordado con diamantes, el manto de armiño y el calzado que la regente Serena había llevado en su boda. El vestido se complementaría con la impresionante diadema de perlas y piedras preciosas que el eunuco había encargado a los joyeros de la casa real. Quería que la belleza de Eudoxia resaltase hasta hacer estallar los sentimientos de amor del emperador. Pero era necesario, además, que los ciudadanos de Constantinopla estuviesen presentes durante la celebración del enlace, por lo que hizo publicar y difundir los detalles de la boda. Habían pasado varios días, y Eutropio calculaba que Rufino estaría ya a más de quinientas millas por lo que, aunque alguien fuera a avisarlo, no tendría tiempo de reaccionar y a su vuelta descubriría que el emperador disponía ya de una esposa. Eso le preocupaba porque Rufino no era persona a la que se pudiera contrariar sin perder la vida.

La noticia se extendió enseguida por toda la ciudad. La Bárbara no era la emperatriz que los ciudadanos de Constantinopla deseaban, pero era mucho mejor que la hija del odiado Rufino. Eutropio no paraba de dar órdenes a funcionarios, clérigos y personal del palacio.

A primera hora del día siguiente, un carruaje partía del palacio imperial llevando expuestas las ropas y las joyas que vestiría la futura emperatriz para que las admirase la multitud que iba congregándose entre el palacio y la villa cercana en la que Eudoxia habitaba, en la céntrica vía Mesé, completamente cubierta con tapices de flores hasta la basílica. El eunuco había dejado la tarea de vestir al emperador al cuidado de sus ayudantes. Él mismo se había vestido con ropas de Teodosio, excluida, eso sí, la púrpura imperial reservada en exclusiva para el contrayente. Quería estar al lado de la novia y acompañarla como si fuese la persona más allegada a ella. A falta de su padre, él ejercería como padrino.

El patriarca Nectario llevaba casi una hora esperando en la puerta de la basílica cuando se detuvo ante la escalinata la carroza

descubierta en la que, entre vítores, llegaba la novia acompañada de Marsa, su madre adoptiva, y Eutropio.

Mientras aguardaba al emperador, el chambelán reflexionaba sobre la reacción del prefecto del pretorio burlado cuando lo informaran de la boda. Aunque no pudiera demostrarlo, Rufino estaría convencido de que la decisión de Arcadio de casarse en su ausencia, y no con su hija, no había salido de su atolondrada cabeza. Eutropio no podría ocultar por mucho tiempo que había sido el instigador del enlace. A pesar de todo, se recordó que ahora disponía de una doble protección: la del emperador y la de la Bárbara. Pero ¿cuánto tardaría el prefecto del pretorio en ordenar su muerte… o la de Eudoxia? Con esos pensamientos en mente, le quedó muy claro que era necesario acabar con la vida de Rufino antes de que él acabara con la suya. Todavía no sabía cómo hacerlo, pero lo que no ignoraba era que siempre había salido victorioso de todas las situaciones comprometidas en que se había visto envuelto desde que era un niño esclavo. Mientras ese momento llegaba, su vida y la de Eudoxia corrían un gran peligro. No tendría ni un día de respiro hasta que Rufino dejase este mundo.

Ahora, no obstante, se dijo que tocaba disfrutar de su triunfo y del futuro poder que esos esponsales le depararían.

Los festejos con banquetes públicos, actuaciones de acróbatas, músicos y bailarines y carreras en el hipódromo se prolongaron durante varios días en los que la figura del chambelán brilló como nunca, ya que, a falta de los esposos, refugiados en su alcoba desde que concluyó la ceremonia religiosa, él fue el maestro de ceremonias que los habitantes de Constantinopla vieron en cada uno de los fastos.

Mientras negociaba en la frontera con el rey persa Bahram IV, Rufino fue informado del enlace de Arcadio con Eudoxia. El mal ya estaba hecho, y la boda con su hija era del todo imposible. No cabía ninguna alternativa a sus propósitos. Lo mejor era disimular y dar por bueno el matrimonio del emperador. Ahora todos sus esfuerzos debían ir dirigidos a nombrarse a sí mismo emperador de Oriente. Para ello, necesitaba el apoyo de las tropas de Alarico.

El regreso de Rufino a Constantinopla se produjo con el mismo boato con el que había partido. Todos los miembros de la corte que lo aguardaban a la puerta del palacio imperial, incluido el chambelán, se arrodillaron en silencio a los pies del primer mandatario del Imperio de Oriente en actitud de *adoratio* en cuanto callaron los clarines.

Rufino no se dignó mirarlos. Se dirigió de inmediato a visitar al emperador y a su nueva esposa, a los que felicitó por su boda. Ni siquiera cuando se quedó a solas con Arcadio le mencionó la promesa de matrimonio con su hija.

Desde su llegada, fue objeto de halago por parte de todos los miembros de la corte, incluido el propio chambelán, por su éxito en las negociaciones con los persas. A partir de entonces, se concentró en sus tareas como responsable de la administración del imperio y en intentar pactar una alianza con el rey Alarico. No quería que nadie fuese consciente de su enojo ni que pudiese atisbar que su objetivo final era proclamarse emperador y acabar con la vida de Arcadio.

24
Un pacto contra Occidente

La muerte de Teodosio había conseguido aplacar, aunque solo en parte, la ira de Alarico y su pueblo. El responsable de la traición ya no podía ser castigado. Pero la mente del rey godo seguía albergando el odio y la necesidad de cumplir su promesa de asolar el imperio. Se daba cuenta de que había pasado una página de la historia y comenzaba una nueva era. No habría emperadores fuertes como Teodosio. Ahora los hombres fuertes eran Estilicón y Rufino.

Era el verano del año 395 cuando llegaron al campamento de la Mesia mensajeros de Rufino que se habían adelantado para avisar a Alarico de la visita del prefecto del pretorio. No era esa la que esperaba el rey de los godos. El gran hombre del imperio era el general Estilicón, y para Alarico, después de la muerte de Teodosio, era el único interlocutor válido. Además, todos esperaban a corto plazo la caída y muerte de Rufino. Pero como la llamada del regente no se producía, nada perdía con recibir al mandatario de Constantinopla, se dijo. Ya se conocían personalmente, y el balto veía en él, más que a un poderoso hombre de Estado, a una presa fácil.

Mientras esperaba, rememoraba con tristeza la batalla del río Frígido. Una parte importante de los hombres que comandaba habían muerto en combate. Era evidente que el ejército godo había sido el protagonista de la batalla. Todos sabían que sin su bravura Teodosio habría perdido la guerra civil. Y, sin embargo, los beneficiados fueron los generales godos Gainas y Sarus. La traición, la indecisión y los ardides imposibilitaron que la inmensa nación de refugiados que era el pueblo godo se integrase de una manera efectiva en el imperio. Por

ahora, seguían siendo unos excluidos que defendían las fronteras como simples mercenarios.

Al cabo de unas horas, dos hombres que se pensaban engañados por el difunto emperador se encontraron. Alarico recibió a Rufino en la sala de audiencias de la tienda real.

—Salud, Alarico, rey de los godos y general del ejército de Roma. Que tú y tu pueblo seáis bendecidos por Dios.

—Salud, Rufino. Es un honor para el pueblo godo recibir al prefecto del pretorio del Imperio de Oriente —dijo Alarico.

Sentados frente a frente, aquellas dos mentes astutas se miraban expectantes. Alarico fue el primero en entrar en materia.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Estás al mando de un poderoso ejército que crece cada día…, un gran ejército que el emperador Teodosio despreció.

—Soy un soldado al servicio de Roma.

Alarico no quería mostrarse como un militar decepcionado ante Rufino. Quería oír qué iba a proponerle.

—Teodosio no solo fue muy injusto contigo, sino también conmigo. Me nombró prefecto del pretorio de Oriente y tutor de su hijo mayor. Pero Estilicón se ha quedado con las legiones de Arcadio dejando Oriente sin capacidad para defenderse.

—¿Pretendes que me enfrente a Estilicón si ataca Oriente? ¿Con qué título militar? Ya mantengo segura la parte de la frontera que Teodosio me encomendó. Según me dicen mis informadores, tú dejaste la parte oriental abierta a las invasiones de otros grupos de saqueadores extraños al imperio.

—No, Alarico, no pretendo que te enfrentes a Estilicón. Sé que los bárbaros que invadieron la parte oriental de mis territorios están uniéndose a tu ejército. Sé que estás en disposición de luchar contra Estilicón y que estás formando un ejército invencible. Pero no deseo combatir contra mis hermanos del Imperio de Occidente.

—No entiendo entonces qué pretendes de mí. Mi pueblo y mis hombres están al servicio de Roma para defender las fronteras del Danubio.

—Precisamente tu servicio al imperio es lo que necesito. Además de

los agravios de los que te he hablado, hay algo todavía más indignante. Teodosio en su testamento adjudicó Iliria, Grecia y Egipto al Imperio de Oriente. Le dejó esos territorios a su hijo Arcadio. Quiero que el pueblo godo defienda la frontera de los Balcanes. Sé que Estilicón está preparando su invasión.

—¿Y qué puedo hacer yo? No soy más que un simple militar al servicio del imperio —repitió Alarico.

—Eres un gran militar que merece tener la jefatura del ejército. Tus tropas están dormitando en la Mesia cuando deberían estar protegiendo la totalidad de la parte oriental del imperio.

—¿Qué quieres que haga mi ejército?

—¿Estarías dispuesto a ocuparte con tus hombres de la protección de todo el imperio de Arcadio?

—¿Con qué cargo?

—Gobernador de Iliria y Acaya y general en jefe del ejército de Oriente.

—Así pues, Arcadio me nombraría *magister militum*, ¿no?

—Exacto —dijo Rufino.

—¿Eso me permitiría moverme libremente por todo el imperio?

—Solo por el Imperio de Oriente. Podrás moverte a tu antojo con autoridad sobre todo el territorio, incluyendo las ciudades y las fábricas de armas de las provincias que vas a gobernar.

Lo que Rufino acababa de ofrecer al rey godo se consideraría un delito de alta traición. El acceso libre a las fábricas de armas, protegidas por los mejores destacamentos del ejército imperial, eran algo a lo que los godos habían aspirado desde siempre. Y ahora se las entregaba en bandeja.

—¿Cuándo debo empezar a ejercer mi nuevo cargo, prefecto?

No era el nombramiento que Alarico esperaba, pero desde la muerte de Teodosio debía proyectar su plan a más largo plazo. No quería una venganza inmediata, sino la paulatina toma de todo el imperio.

Sin embargo, Rufino no estaba dispuesto a ofrecerle el cargo sin sacar para sí la tajada más importante de la situación creada. Lo que quería era la gloria como salvador de Constantinopla. Alarico se quedó muy sorprendido por la primera orden que el prefecto le dio.

—Dentro de una semana atacarás con todo tu ejército la ciudad de Constantinopla.

—¿Atacar la capital? —se extrañó Alarico.

—Sí. Solo un primer intento de ataque y después, una vez que quede constancia de la seriedad de la amenaza, te retirarás a tu campamento. Pero antes de llegar a las murallas debes saquear las ciudades que encuentres a tu paso. Es preciso que todos sepan que los godos están arrasando de verdad.

—No te entiendo.

—Es muy sencillo. Cuando te hayas retirado de las murallas tras ese primer asalto, yo saldré con mi escolta a reunirme contigo y llegaremos a un acuerdo para que levantes el asedio a Constantinopla.

—Ahora comprendo. Quieres aparecer como el salvador del imperio.

—Llámalo así si te gusta más.

—¿Y cuál será mi recompensa?

—Te quedarás como dueño de hecho de las provincias más ricas. Puedes hacer lo que te plazca. Ya te he dicho que incluso estarás autorizado a tener libre acceso a las fábricas de armas.

—Pero mis hombres necesitarán un adelanto.

—Tras el asalto a las murallas, estarás con tu guardia personal delante de la puerta Áurea. Entonces saldrá el emperador seguido de un carro cargado de oro y joyas. Al mismo tiempo que el oro, te entregará el decreto por el que serás nombrado *comes* de Iliria y Grecia y *magister militum* del Imperio de Oriente. Después partirás hacia Iliria.

—¿Qué debo hacer allí?

—Lo que te plazca. Es a ti a quien corresponde decidirlo porque ya serás el jefe del ejército. Se trata de que quede claro que Iliria y Acaya pertenecen al emperador Arcadio.

Lo acordado entre Alarico y Rufino se cumplió finalmente. Los godos saquearon las ciudades cercanas a la capital y Constantinopla sufrió un intento brutal de asalto antes de que las tropas de Alarico se

retirasen a unas millas de las murallas. Los habitantes de la nueva Roma estaban espantados pensando que su ciudad sucumbiría a manos de los godos.

A la hora estipulada del día siguiente, Arcadio, vestido con el boato imperial y montado en un caballo totalmente blanco, salió rodeado de su cortejo por la puerta Áurea. Al lado del emperador, y subida sobre otro caballo del mismo color, se exhibía la bella Eudoxia en actitud de ingenua obediencia. A unos pasos los seguía Rufino en su caballo negro rodeado por su guardia personal.

Los adarves de las murallas se llenaron de ciudadanos apiñados y perplejos por aquella extraña ceremonia en la que el propio emperador nombraba ante su pueblo al bárbaro Alarico jefe supremo del ejército del Imperio de Oriente. Lo normal habría sido que quien sería a partir de entonces el militar más poderoso después del emperador recibiera el nombramiento en la sala del Silencio del palacio imperial, para luego recibir la aclamación los ciudadanos de Constantinopla mediante una gran celebración en el hipódromo con carreras de carros. La carencia de esa parte del protocolo suponía una frustración popular que debía resolver.

Pero Alarico no quería participar en ninguna celebración y así se lo hizo saber al emperador. Su objetivo era mucho más ambicioso que lo que aquel sobrio nombramiento presagiaba. Una vez concluida la insólita ceremonia, y acompañados del carro de oro y joyas prometidos, el rey godo y su guardia personal se dieron la vuelta para regresar con su ejército.

Mientras tanto, la comitiva del emperador ganó el centro de Constantinopla ante la aclamación de la multitud, que agasajó especialmente a Rufino al considerarlo el salvador de la ciudad.

Desde que Alarico se alejó con su ejército, la población de Constantinopla, que ya se sentía a salvo de la amenaza de los godos, esperaba un gran festejo. Y Rufino no quiso defraudarlos. A fin de cuentas, en no mucho tiempo él sería el nuevo emperador.

Supervisó personalmente los preparativos para la celebración de un gran triunfo con el desfile por la vía Mesé de las pocas tropas de que disponía, presididas por Arcadio, para concluir con un espectáculo de

fieras y carros en el hipódromo.

Antes de la fecha señalada para aquellos festejos, cada día, a la hora sexta, Rufino paseaba sobre su caballo por la zona del Foro y el mercado, escoltado por la guardia imperial vestida de gala y entre los aplausos de la multitud, para resaltar su condición de salvador de la ciudad. Había conseguido lo que deseaba. Sus corrupciones y mezquindades pasaron a un segundo plano, y durante semanas solo se habló en Constantinopla de los fastuosos espectáculos del hipódromo.

La celebración de aquel falso triunfo fue una ceremonia tan solemne como la de Teodosio cuando entró por primera vez en Constantinopla.

Una vez que concluyó, Eutropio y la emperatriz Eudoxia estaban mucho más preocupados por el protagonismo creciente de Rufino. El emperador Arcadio, como siempre, dormitaba en sus aposentos vigilado por una legión de eunucos a los que dirigía el propio chambelán.

La emperatriz, que había interpretado el papel de una joven ingenua y tímida delante del emperador, no lo era en absoluto. Desde hacía dos años era la amante de Flavio Juan, el *comes* de las larguezas, el nuevo prefecto de finanzas nombrado por Rufino. Tan solo Eutropio conocía esa relación, pues la Bárbara la llevaba con gran discreción.

Desde que habitaba en el palacio, los deseos de venganza de Eudoxia por las muertes de su padre, el general Bauto, y su padre adoptivo, el general Promoto, se habían exacerbado. Además, a medida que pasaba el tiempo comenzaba a aflorar su verdadero carácter. Ahora que ya era la emperatriz, crecía su ansia por tomar el poder que su esposo el emperador nunca había sabido ejercer. Por de pronto permanecería callada y en un segundo plano, siguiendo las directrices del eunuco, pero en cuanto pudiera su intención era hacerse con el control del Imperio de Oriente. Esperaba el momento oportuno de librarse del incómodo prefecto del pretorio y, sobre todo, apropiarse de las inmensas riquezas que había acumulado en sus años de mandato, en los que la corrupción había llegado a extremos hasta entonces inéditos.

Meses después de la muerte de Teodosio, las noticias que llegaban a la corte de Mediolanum sobre los desmanes de los pueblos bárbaros que habían cruzado la frontera del Danubio para saquear varias provincias de Oriente pusieron en alerta a todo el Imperio de Occidente, incrementando la cólera contra Rufino tanto de los regentes, Estilicón y Serena, como de sus allegados. Según decían los espías de Occidente, los bárbaros descontrolados habían entrado en el imperio con la complicidad de Rufino. A eso se añadía que Rufino había hecho un pacto con el rey godo Alarico.

Serena reprochó a su marido que no hubiese estado a la altura de las circunstancias. Y el propio Estilicón se maldecía por haberse dejado adelantar por el hijo del zapatero galo. Ahora Alarico trabajaba para Rufino como gobernador de Iliria y Grecia, y con toda probabilidad se instalaría con su ejército y su pueblo en la frontera con Italia. Eso generaba aún más inquietud entre los occidentales y, sobre todo, en las provincias limítrofes con Iliria.

Para afrontar esa nueva crisis de consecuencias insospechadas, el regente había ordenado reunir en el palacio a todos los militares de su confianza. Mientras estaban a la espera, el poeta oficial de los regentes, Claudio Claudiano, recitaba versos satíricos sobre Rufino y el eunuco Eutropio.

—No es momento para poesías —dijo Estilicón con un gesto adusto de preocupación.

—No tienes que pagar tu enfado con el pobre Claudiano —se quejó Serena—. Si hubieses sido más diligente, Alarico sería nuestro federado y no un comandante al servicio de Rufino.

El pacto con Alarico, que ahora tenía el grado de *comes* de Iliria, suponía un serio obstáculo para la recuperación de las posesiones que el emperador Teodosio había legado, de manera ilegal a juicio de los occidentales, al Imperio de Oriente. Las intrigas de Rufino estaban poniendo esa parte del imperio en un serio peligro de anarquía e incluso de destrucción. La indignación se había instalado entre los comandantes del ejército, muchos de ellos bárbaros, que no podían entender que se dejase entrar a pueblos enteros a saquear impunemente varias provincias importantes.

Serena había recibido una carta secreta de Eutropio en la que el eunuco le explicaba con todo detalle lo que estaba sucediendo en la corte de Constantinopla. Como suegra del emperador Honorio, era la primera interesada en acabar con la vida de Rufino. Desde la muerte de su tío Teodosio no solo había conseguido celebrar los esponsales de su hija María con el emperador de Occidente, sino que planeaba un futuro esplendoroso para su hijo Euquerio, al que iba a casar con la hija del fallecido emperador, Gala Placidia.

—¿Crees a pie juntillas las confidencias que te hace el eunuco? —le preguntó Claudiano—. Es un ser demasiado ambicioso para no guardarse una parte de la información… o, lo que es peor, transmitirla manipulada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que su ambición estará siempre por encima de su lealtad —contestó Claudiano, quien sentía un odio irracional no solo contra Rufino, sino también contra el eunuco, al que consideraba un ser amoral y desleal.

—Eutropio era el hombre de mayor confianza de Teodosio junto con el regente —dijo Serena—. No nos queda más remedio que fiarnos de él. Es el único que nos informa de manera minuciosa de lo que ocurre en el palacio imperial de Constantinopla.

Claudiano hizo un gesto de contrariedad para demostrar que el eunuco no le gustaba y quería que Serena lo supiera.

A la hora fijada, estaban reunidos todos los convocados. El regente hizo un resumen de la situación. El primero en hablar fue el general godo Sarus:

—Mis informadores me han comunicado que los alanos, los sármatas y grandes contingentes de hunos han cruzado el Danubio y llevan semanas arrasando el Ponto, Armenia y la Capadocia. Alarico está acogiendo a todos los bárbaros que han traspasado las fronteras con el consentimiento de Rufino. Según nuestros espías, tiene intención de arrasar Grecia en cumplimiento de la promesa que hizo al consejo de caudillos. Conozco muy bien a Alarico, y si dejamos que arrase Grecia, después, sin duda, intentará hacer lo mismo con Italia.

Estilicón permanecía pensativo. El rey godo había sido el

desencadenante de la derrota de Argobasto y Eugenio en la batalla del río Frígido. Cada vez tenía menos dudas al respecto de que Alarico estaba destinado a ser el gran general de los ejércitos unificados del imperio cuando él se hubiera retirado. Consciente de su error al no haberse adelantado a Rufino, el regente dijo a sus generales:

—Alarico parece un mero instrumento al servicio de Rufino, el ser más abyecto que Roma ha dado en toda su historia. Pero el rey godo es una persona muy astuta y solo está permitiendo que Rufino lo utilice como arma contra Occidente porque nosotros lo dejamos olvidado en la Mesia en vez de ofrecerle un cargo acorde con sus cualidades y las fuerzas de que dispone. El causante de todo este desastre es Rufino. Seguirá manipulando a Arcadio hasta lograr ser coronado emperador de Oriente.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras Oriente está siendo destruido —dijo el general Favrita.

—Creo que el emperador Arcadio corre peligro de muerte en manos de ese odioso Rufino —continuó Estilicón—. ¡Maldito sea el día en que Teodosio lo nombró prefecto de Oriente y tutor de Arcadio! Además, el emperador Honorio ha recibido una carta de su hermano en la que le exige la devolución inmediata de la mitad del tesoro y la mitad de las legiones y las tropas auxiliares.

—No puedes consentir que eso llegue a ocurrir —dijo Favrita—. Ahora las tropas están en una buena disposición de ánimo. Se han reconciliado después de la batalla del río Frígido y no quieren que el ejército vuelva a dividirse.

Tras las palabras del general Favrita, con las que todos los reunidos estaban de acuerdo, se hizo un silencio que nadie se atrevía a romper. El regente miró al general godo Gainas.

—¿Qué te parece que debemos hacer? —le preguntó.

—Ya sabes cuál es mi opinión: hay que eliminar a Rufino.

—Lo sé —afirmó Estilicón—. Pero ahora debemos atender los problemas inmediatos. Por encima de todo, hay que parar a Alarico. Aunque lo tengo en gran estima, hoy por hoy Alarico es un general de Rufino y, por tanto, nuestro enemigo.

—Como ha dicho el general Sarus, podría invadir Italia llegado el

momento, si no lo detenemos —insistió Gainas.

Serena, que había permanecido callada mientras el regente despachaba con sus generales, esperó a quedarse a solas con él.

—No podemos demorarnos más —dijo con resentimiento—. Hay que reunir todas las tropas posibles y parar a Alarico. Después ya veremos qué hacemos con los otros pueblos bárbaros.

Antes de que Estilicón pudiera responder a su esposa, el soldado de la guardia anunció que un mensajero le había entregado un correo urgente para la regente. Era una carta del eunuco Eutropio que había llegado en unos pocos días mediante el servicio de postas imperial.

Serena rompió el lacre y procedió a leerla en voz alta:

> Regente, tu fiel servidor Eutropio quiere que sepas que la situación en Constantinopla se agrava un poco más cada día que pasa. Nada puedo hacer ante las maquinaciones de Rufino. Está decidido a ser emperador, e incluso está preparando ya la ceremonia. Se ha apoderado de la voluntad de Arcadio y le inculca un odio terrible hacia su propio hermano. El emperador actúa a su dictado y solo ve por sus ojos. La emperatriz Eudoxia lo detesta, pero tampoco puede hacer nada por el momento. El expolio del patrimonio imperial es un escándalo. Rufino también expolia los patrimonios privados y condena a muerte a sus propietarios sin ofrecer ninguna explicación. El resentimiento del pueblo hacia Rufino crece por momentos, a pesar de que el muy miserable intenta contenerlo con la celebración constante de juegos y carreras de cuadrigas en el hipódromo. Pero lo más importante es que los pueblos bárbaros que entraron hace semanas están uniéndose al ejército de Alarico. Ahora la frontera del Danubio se encuentra totalmente desguarnecida y los bárbaros penetran sin que nadie los frene. La llamada del rey Alarico es como un imán que los atrae. El propio imperio corre un serio peligro.

La carta del eunuco vino a confirmar todos los temores de Serena y de su esposo.

A la mañana siguiente, Estilicón, protegido por una pequeña escolta, salía de Mediolanum con el objetivo de pasar revista a todas las unidades militares dispuestas al sur de la frontera del Rin para incorporarlas al cuerpo del ejército unificado. Se hacía necesario constituir un gran ejército para vencer al ejército godo. La cuestión era tan acuciante que hubo de obviar que todavía no había acabado el invierno y que la nieve cubría las montañas que debía atravesar

inexorablemente para cumplir sus objetivos. Incluso envió correos para avisar a las guarniciones de Britania. Había mucha prisa. La prioridad de derrotar a Alarico y restaurar el orden en el Imperio de Oriente lo obligaba a dejar desguarnecidas Britania y toda la frontera del Rin.

Mientras regresaba, se preguntaba con preocupación qué ocurriría si los pueblos germánicos y los caledonios, una vez que hubieran comprobado que las fronteras estaban sin vigilancia, decidían entrar a saquear el imperio como habían hecho los alanos, los sármatas y los hunos en Oriente. No se había producido una invasión masiva en la zona del Rin desde la época en que el emperador Juliano el Apóstata, como césar al frente de las legiones de las Galias, consiguió doblegar a los alamanes y los marcomanos y expulsarlos del interior del imperio. Nunca, hasta entonces, se habían dejado las fronteras sin el control del ejército. Estilicón, además de preocupado, estaba furioso por las intrigas y las maquinaciones de Rufino. Pero en ese momento su único deseo era entrar en confrontación con Alarico, vencerlo de una manera contundente y expulsar a su ejército de Grecia para devolver a los bárbaros a sus tradicionales acantonamientos de la Mesia. Más adelante vería cómo volver a unificar el imperio, que ahora parecía definitivamente roto. Espoleó a su caballo para alcanzar cuanto antes al grueso del ejército y salir de inmediato hacia Grecia atravesando los Alpes Julianos.

25
La llamada del imperio

Después de dejar Constantinopla, Alarico estableció su campamento en Macedonia. Mientras Estilicón preparaba su ejército para la inmediata incursión sobre Grecia, el rey godo había hecho una llamada a todos los pueblos bárbaros que saqueaban el imperio. Además, al estar la frontera sin vigilancia, esa llamada pasó sin problemas al otro lado del Danubio y, día tras día, llegaban nuevos contingentes bárbaros hasta su campamento. No eran solo guerreros, también llegaban pueblos enteros con sus hogares instalados en carros llenos de mujeres, niños y ancianos que entraban en el imperio trayendo sus propias leyes, sus propias costumbres y su propia cultura ancestral, de la misma manera que habían hecho anteriormente y por primera vez los godos. Cruzar el Danubio era definitivo para ellos. No tenían ninguna intención de regresar. Les habían hablado de las riquezas y la vida regalada de los ciudadanos romanos, y ellos también se habían propuesto formar parte de ese mundo tan deseable. Además, muchos deseaban recuperar a seres queridos que estaban desde hacía años dentro del imperio en calidad de esclavos. El carisma de Alarico era para ellos un canto de sirena que los envolvía y los seducía. La llamada del imperio y sus condiciones de vida eran un reclamo irresistible.

Alarico quería multiplicar sus unidades con la intención de conformar un ejército imbatible bajo su mando único para gloria del pueblo godo. Había dado un paso adelante con su nombramiento como *comes*

de Iliria que Rufino le otorgó, pero su objetivo era otro muy distinto. Deseaba ser el amo del imperio, de todo el imperio. Lo admiraba desde sus días infantiles, en los que Marco Probo, el patricio romano que lo educó como si se tratase de su propio hijo, le había inculcado un amor por la Roma eterna que él esperaba llevar hasta sus últimas consecuencias. Quería ser el general que recuperara el prestigio de aquel imperio que ahora se veía diezmado por la incompetencia y la corrupción de los políticos que lo gobernaban. Solo quedaba un dirigente que mereciera respeto y admiración: Estilicón. A pesar de ello, Alarico se consideraba con el mismo derecho que él a ejercer el mando supremo del imperio. ¿No lo ejercía ahora un vándalo que ni siquiera tenía sangre real? Él, sin embargo, era descendiente directo de Balder, el fundador de la estirpe de los baltos, la que había dado más reyes y caudillos a su pueblo. Por sus venas corría la sangre de los reyes primigenios. En los campamentos de las tribus godas se contaban las proezas de esa estirpe. Y desde niño el rey godo sabía que estaba destinado a cumplir la leyenda que circulaba desde tiempos antiguos entre sus gentes: un rey godo gobernaría el mundo y crearía un imperio.

El ajetreo era incesante en la tienda real. Todos los caudillos de las etnias que se incorporaban bajo la disciplina de Alarico tenían que presentarse y aceptar las condiciones que este les imponía. Después, los generales del rey godo les informaban del lugar que debían ocupar en la formación del ejército y en alguno de los muchos campamentos que habían ido creándose.

Esos movimientos no habían pasado desapercibidos para los espías del ejército unificado de Estilicón, que aún permanecía en el oeste.

Ataúlfo, el primo y lugarteniente de Alarico, era el encargado de controlar aquella inmensa muchedumbre compuesta de naciones enteras. Una vez que este último consideró que las fuerzas reunidas eran suficientes, todo aquel enorme conglomerado de bárbaros se puso pesadamente en marcha. Lo primero que hicieron fue arrasar la provincia de Macedonia llevándose como aprovisionamientos casi todos los recursos alimentarios de la región. La ley exigía a los habitantes del lugar donde el ejército acampaba alimentar y atender a

los soldados. Y ahora los godos y sus aliados eran, por decisión de Rufino, el ejército oficial del Imperio de Oriente. Pero no se limitaron a tomar aquello a lo que la ley les daba derecho, fueron mucho más lejos robando y humillando a la mayoría de los pueblos y las aldeas de Macedonia. Alarico había permitido que sus guerreros campasen a sus anchas dedicándose al pillaje y a la violación de mujeres de esas poblaciones indefensas. Querría haber actuado como un dirigente romano y ejercer su gobierno de manera justa, pero era consciente de que no le quedaba más remedio que dar rienda suelta a sus guerreros porque deseaba un ejército unido y disciplinado. Además, había prometido ante el consejo de caudillos que iba a arrasar el imperio. Pues ese era el comienzo.

Ahora dirigían sus pasos hacia la provincia de Tesalia, en el corazón de Grecia.

La primavera pasaba su punto medio cuando Estilicón alcanzó al grueso de su ejército, que estaba acampado en Verona a la espera de su llegada. Allí pudo comprobar que, sumadas las tropas traídas desde las Galias, la frontera del Rin y la ahora totalmente desguarnecida Britania a las del ejército unificado tras la batalla de río Frígido, había reunido el mayor contingente militar que ningún ejército romano anterior hubiera tenido. Se trataba de un ejército que estaba en gran parte compuesto de tropas bárbaras, al frente de las cuales iban sus propios caudillos. Además, dos tercios de los generales eran también bárbaros, incluido el lugarteniente del regente, el godo Gainas. Pero esa circunstancia no era una novedad, habida cuenta de que desde la época del emperador Juliano el Apóstata el porcentaje de bárbaros había ido creciendo de manera desmesurada por la costumbre que se había establecido entre los romanos de rescatar su servicio militar a cambio de dinero. Tampoco suponía ningún problema que se tratase de bárbaros ya que estos acostumbraban a obedecer ciegamente a quien les pagaba.

El propio regente era hijo de un oficial vándalo y una patricia romana, si bien estaba tan romanizado que nadie que lo tratara por

primera vez, sin conocer su origen, habría podido diferenciarlo de un aristócrata romano. Era un patricio más. Sus refinadas maneras de comunicarse y su exquisita educación, macerada desde niño en la casa de su madre con los mejores profesores griegos y latinos, se hacían evidentes en su elocuencia, la elegancia de su porte, el modo distinguido de llevar la toga o el uniforme de general e, incluso, en su forma de cabalgar. Sin embargo, su corpulencia, muy superior a la de los latinos, el color claro de su piel, su pelo rojizo y sus ojos azules delataban a un bárbaro, que era lo que veían quienes no habían tenido la oportunidad de tratarlo en profundidad. Y eso era lo que sus enemigos hacían circular por todo el territorio: un vándalo, un salvaje desarrapado estaba al mando del imperio y, en cuanto tuviese ocasión, se convertiría en el emperador, y el imperio sería totalmente ocupado por refugiados bárbaros.

Serena también había acudido al campamento de Verona para despedirse de su marido y dar aliento a las tropas con su presencia. La sobrina del fallecido Teodosio era muy querida entre los soldados.

—Tardaremos varias semanas en llegar hasta nuestro objetivo —le dijo Estilicón—. Pero habrá merecido la pena. Este ejército es invencible. Vamos a terminar con la amenaza que los godos suponen para el imperio.

—Recuerda que Alarico es tan solo el primer paso. —Serena lo miró a los ojos—. El verdadero objetivo es acabar de una vez por todas con Rufino.

—Lo sé. Pero no se trata de un objetivo fácil. Rufino es el prefecto del pretorio de Oriente y Arcadio lo ha confirmado en el cargo —dijo Estilicón—. Ejerce sus funciones de forma legal, y matarlo sin una excusa sería un asesinato, un delito de lesa patria.

—Sin embargo, en su lecho de muerte, mi tío te encargó a ti la tutela de Arcadio. Deberías ser el regente de las dos partes del imperio, y el hijo del zapatero galo se ha entrometido. —El desprecio de Serena hacia Rufino no hacía más que crecer, porque era quien interfería en los planes que soñaba para el futuro de su hijo Euquerio.

—Desgraciadamente, Teodosio no incluyó esa voluntad en su testamento y, como bien has dicho, Arcadio lo ha ratificado como

prefecto del pretorio. Ya no es su tutor porque el emperador es mayor de edad. Si queremos librarnos de Rufino sin generar un escándalo tendríamos que hacerlo en secreto. Pero para ello debemos ocupar Grecia primero. Una vez vencidos los godos, podremos idear algún plan.

—Todos sabemos que Arcadio es un inepto y que no se merece el título de emperador. Por desgracia, el eunuco Eutropio solo nos sirve de informador. Al menos por ahora.

—Arcadio es tan inepto como Honorio —dijo Estilicón.

—Pero Honorio es nuestro inepto y nuestro yerno.

—Eso no lo hace más inteligente, Serena, sino más manejable. Hay que buscar a alguien en el palacio real que pueda ayudarnos a eliminar a Rufino.

—Deberíamos intentar hablar con la emperatriz Eudoxia —propuso Serena, como si hubiese tenido una inspiración—. Tuve oportunidad de tratarla cuando era una adolescente y me pareció muy despierta e inteligente. A buen seguro ejerce una gran influencia sobre el emperador. Ella podría ayudarnos. No olvides que Rufino ordenó matar primero a su padre y después a su tutor… Eudoxia lo odia incluso más que nosotros. Puede ser una excelente aliada. Tenlo en cuenta cuando llegue el momento. Mientras tanto, me mantendré en contacto con Eutropio.

Serena estaba al corriente, a través de su confidente, el eunuco, de todo lo concerniente a Eudoxia y conocía a la perfección que el chambelán era el artífice de la boda de Arcadio con la Bárbara.

A la mañana siguiente las tropas partieron hacia Grecia atravesando los Alpes Julianos. La moral de los soldados estaba por las nubes. Querían llegar cuanto antes para liberar aquellas tierras. Como los del resto de ambas partes del imperio, sus habitantes también odiaban al prefecto del pretorio de Arcadio. Estilicón, aposentado cómodamente en su carruaje, recordaba cómo la victoria de los godos en la batalla de Adrianópolis había hecho clamar de dolor a todo el imperio.

Esa noche tuvo una desagradable pesadilla. Veía con nitidez cómo

la imponente figura del rey godo, sobre un blanco caballo rampante, con los rubios cabellos al viento y la espada brillando bajo los rayos del sol, lanzaba su ejército de bárbaros sobre las murallas de Mediolanum y cómo, a continuación, la ciudad se transformó en una enorme hoguera cuyas llamas ascendían hasta los cielos. Entre el fuego atisbó, difuminadas, las figuras de Serena y su hijo Euquerio ardiendo entre gritos de dolor. Pero también vio con toda claridad la figura de la pequeña hija de Teodosio, Gala Placidia, que sin quemarse y sonriendo, con una antorcha en la mano, prendía todo lo que encontraba a su paso. Se despertó gritando: «¡No, no, no! No entrarán en Italia. ¡Italia es sagrada! ¡Italia es sagrada! ¡Italia es sagrada!». El sudor le resbalaba por las sienes y su corazón estaba desbocado. Claudiano, que dormía en el carro de al lado, alertado por las voces del regente, acudió presto a socorrerlo.

Estilicón pidió agua y se sentó a tranquilizarse junto a la mesa que había instalada en el gran carro que le servía de dormitorio y despacho. El insomnio lo había vencido. Ordenó a Claudiano que mandase llamar a su lugarteniente, el general Gainas. A pesar de lo extraordinario de la hora, deseaba hablar de la posible estrategia de la campaña contra Alarico.

—Perdona que te haya despertado. Te he hecho venir porque quería comentar contigo el plan con el que debemos enfrentarnos al ejército de Alarico.

—Estoy para servirte. Si me has llamado es porque estás intranquilo. Yo también me había desvelado.

—Sé que conoces bien a Alarico. ¿Qué estrategia seguirá para enfrentarse a un ejército tan enorme como el que traemos?

—Sí, lo conozco bien —dijo Gainas—. Sin embargo, me resulta imposible saber cómo va a afrontar esta guerra no declarada. Con Alarico siempre hay que esperar una o varias sorpresas. Recuerda cómo improvisó la victoria en el río Frígido. Sus espías saben dónde estamos y el número de fuerzas que tenemos. No lo cogeremos desprevenido. ¿Cuál es su ventaja? Conoce al detalle cómo nos desplegaremos para atacarlo. Nosotros conocemos sus fuerzas y sabemos que podemos vencerle. Pero me considero incapaz de intuir

su estrategia, sinceramente. De lo único que estoy seguro es de que él no atacará primero. No se trata de un ejército convencional. Se trata de varias naciones con sus niños, mujeres y ancianos. Alarico es muy astuto. Esperará. Querrá sorprendernos.

Todo lo que Gainas explicó al regente era cierto. Pero ni la singular inteligencia militar del vándalo, ni la de sus generales, ni siquiera la agudeza y el ingenio del poeta Claudiano, que siempre acompañaba a Estilicón para escribir sus gestas y hacerle compañía, pudieron intuir la maliciosa trampa que estaba preparándose contra ellos.

Rufino no era un estratega militar, pero sí un genio de la intriga, un tramposo en toda la extensión de la palabra. El hijo del zapatero galo era una persona tan cultivada y elocuente como cruel y tiránica, una combinación que lo hacían pavorosamente peligroso. Y Alarico estaba al corriente de lo que iba a suceder cuando las dos enormes formaciones militares estuvieran a punto de enfrentarse en los campos de Tesalia. Una vez que las tropas de Estilicón hubieron atravesado los Alpes Julianos y se internaron en Iliria, territorio del Imperio de Oriente tras el testamento de Teodosio, Rufino usó de su refinada y aguda prosa para redactar una carta dirigida al emperador Honorio que hizo firmar a su pupilo Arcadio.

> Mi augusto hermano Honorio, a quien Dios Todopoderoso bendiga y conserve en salud muchos años para el bien de Roma, tengo que lamentarme. Sí. Y no se trata de un lamento caprichoso. En Constantinopla estamos dando cumplimiento con todo rigor a la voluntad de nuestro egregio padre, el divino Teodosio, a quien Cristo nuestro Señor tiene en su Gloria. No son quejas injustas o arbitrarias las que me llevan a escribirte. La amargura de mis palabras procede de un grave ultraje del que he sido objeto. El general Estilicón ha pasado al frente de tu ejército y el mío los Alpes Julianos y ha entrado en el territorio de mi jurisdicción. ¿Pretendes iniciar una nueva guerra civil como la que destruyó una parte del ejército y mató a miles de leales soldados del imperio en el río Frígido? Las tropas a las que tu regente quiere atacar forman parte de mi ejército, y Alarico, el general que las manda, es por el nombramiento que le he conferido gobernador de Iliria y Grecia y, por esa razón, tanto él como sus tropas son intocables para otros militares al servicio de Roma. No creo necesario recordarte que tienes que enviar a Constantinopla la

parte del ejército que corresponde al Imperio de Oriente. Tampoco creo necesario recordarte que todavía no me ha sido entregada la parte del tesoro imperial que tú injustamente custodias. Si tu regente ataca a mis tropas, deberé considerarlo rebelde y traidor a los intereses de Roma. Y a ti, si no le ordenas regresar de inmediato, habré de considerarte enemigo de Oriente. Confío en tu cordura y tu sometimiento a las leyes del imperio. Que la Santísima Trinidad te proteja, y que guarde a tu prometida María y os regale un futuro con hijos que os hagan felices para gloria de Dios nuestro Señor.

Los mensajeros tardaron tan solo cuatro días en recorrer las mil cuatrocientas millas que separaban Constantinopla de Mediolanum. El mensaje cambiaba de caballo y de jinete en cada una de las postas imperiales, y se cabalgaba día y noche por grupos de cuatro hombres para evitar que cualquier incidente pudiese frustrar la entrega.

A la vez que enviaba la carta de Arcadio para su hermano, Rufino mandaba en secreto un mensaje a Olimpio, a quien trató asiduamente durante su estancia en Occidente.

El primer mandatario de Oriente no quería dejar nada al azar. El mensaje que Olimpio recibió y destruyó al instante por miedo a ser descubierto contenía el encargo de convencer al emperador adolescente para que cumpliese las peticiones de la carta de Arcadio a cambio de una sustanciosa cantidad de oro. Fue precisamente Olimpio la primera persona a la que Honorio dio a leer la carta de Arcadio.

—Emperador, son muy graves las acusaciones que formula tu hermano —dijo Olimpio—. El general Estilicón está invadiendo un territorio que legalmente, por el testamento de Teodosio, pertenece al Imperio de Oriente.

—Pero el regente me contó que mi padre le había ordenado que el ejército no se dividiese —adujo el joven Honorio—. Estoy convencido de que solo lo guía la defensa de los valores del imperio.

—La única constancia que tenemos es la palabra del regente, nada de eso se menciona en el testamento, y cada vez parece más claro que, al no pedir el permiso imperial para esta campaña militar y ni siquiera comunicártelo, está usurpando tus funciones. La tarea del regente no puede consistir en engañar al emperador. Lo que menos conviene hoy al imperio es una nueva guerra civil. Además, si el general Estilicón vence, todas las fuerzas militares estarán bajo su mando único. ¿Quién

no pensaría que puede tener en mente proclamarse él mismo emperador? —Olimpio hizo una pausa, para luego añadir con malicia —: En cuanto a la regente…, se comporta como si fuera la emperatriz y ejerce una influencia nefasta sobre su marido.

—Ella me ha asegurado que el único objetivo de su esposo es acabar con la anarquía que reina en Oriente. ¿Crees que el general Estilicón querría eliminarnos a mí y a mi hermano? —preguntó Honorio, apenado.

Olimpio no contestó directamente a la pregunta que el joven emperador le formulaba, pero de un modo indirecto estaba diciéndole que los regentes solo perseguían su propio interés.

—Serena busca una legitimación para que su hijo Euquerio pueda ser en el futuro emperador de un Imperio romano unido. ¿Por qué, si no, ha concertado su boda con la princesa Gala Placidia? Ese enlace los emparentaría con la estirpe de Teodosio. Por eso la regente no ha de saber nada de la carta que tu hermano te ha enviado.

Olimpio insistió en que Estilicón solo pretendía que los bárbaros asumiesen el poder. Llegó a decirle que incluso existía un pacto secreto entre el regente y el rey godo para que, cuando él fuese emperador, Alarico se convirtiera en el *magister militum*. Había un complot para apoderarse del imperio, y la primera medida para evitarlo era detener el enfrentamiento entre Oriente y Occidente y devolver a su hermano las tropas que por ley le correspondían.

Las conversaciones frecuentes de Olimpio con el emperador Honorio estaban fomentando un odio implacable de este último hacia el regente, pero también hacia toda su familia. A su vez, Gala Placidia había desarrollado, por influencia de Olimpio y Helpidia, una aversión exagerada hacia la regente Serena, la mujer que había intentado educarla desde su nacimiento, si bien su infantil pero ya muy aguda inteligencia la llevaba a mantener en secreto ese sentimiento, por el momento. Incluso hacía ver a Serena que no le desagradaba que la hubiera coaccionado para prometerse en matrimonio con Euquerio a tan corta edad.

Lo importante para Rufino era que Olimpio había sembrado la duda en la mente de Honorio y solo era cuestión de días recoger los frutos.

La regente se encontraba en Verona cuando Nila, su *ornatrix*, la persona a la que Serena encargó el envenenamiento del emperador Teodosio, se hallaba en Mediolanum y sufría otro de sus múltiples ataques de pánico. Estaba obligada a dormir sola porque su esposo, Nemesio, el asistente de Estilicón, siempre acompañaba al regente en todos sus desplazamientos. En medio de esos ataques, Nila gritaba desesperada y casi siempre recurría a la asistencia de Gneo Fabio para calmarse, aunque ya no conseguía volver a conciliar el sueño en toda la noche. Después de que el médico la atendiera y le prescribiese alguna hierba calmante, Nila necesitaba hablar con la regente sobre el castigo que recibiría en la otra vida por haber matado al emperador. Serena la consolaba y le aseguraba que con aquella acción había prestado un servicio al imperio. Temiendo que pudiese darle uno de esos ataques en su ausencia, la regente la llevaba consigo a cualquier viaje que debiera hacer. Pero empezó a preocuparla que esos episodios de locura escapasen a su control y que comentara con cualquier otra persona el terrible encargo que le hizo. Así pues, mientras estaba en Verona, lejos de sus aposentos de Mediolanum, decidió que esa situación debía acabarse, y no halló otra solución que buscar una fórmula para hacer desaparecer a Nila. Esa vez unas fiebres le habían impedido acompañarla, pero eso no podía repetirse.

Helpidia era testigo mudo de los ataques de ansiedad que la *ornatrix* sufría ya que los oía desde su cercana habitación, aunque ignoraba a qué se debían. Esa noche que Serena estaba ausente, Nila sufrió uno y Helpidia, al oírla, dejó durmiendo a Gala Placidia y acudió a verla antes de que sus gritos levantasen a todo el palacio imperial. Era la primera vez que la nobilísima Placidia se quedaba sola en los siete años que llevaban juntas. Helpidia abrazó con fuerza a la *ornatrix* para que se calmase. Ambas mujeres llevaban mucho tiempo conviviendo y tenían una buena relación, así que Nila no se extrañó de que Helpidia intentara consolarla. Y su abrazo consiguió serenar a la sirvienta siria.

—¿Qué te ocurre, Nila? —le preguntó Helpidia—. Desde hace unos meses, algunas noches te oigo gritar.

—No es nada, se me pasará enseguida. Por favor, hazme una infusión con esas hierbas que hay en la mesa.

En cuanto la tuvo preparada, Helpidia se apresuró a llevársela. Mientras Nila se la tomaba a sorbos, la abrazó y la besó suavemente en la mejilla.

—Duerme, Nila —le dijo—. Así desaparecerán esos fantasmas que atormentan tus sueños.

—No puedo. Cuando tengo estos ataques ya no consigo dormirme de nuevo.

—Espera, que traeré a Placidia. Yo también he perdido el sueño.

El ama de cría cogió a Placidia en brazos con una facilidad que no se correspondía con los siete años que la pequeña tenía y, sin que se despertase, la acostó en la cama contigua a la de Nila. Quería tanto a aquella niña que no la perdía de vista ni un instante. Después se acostó al lado de Nila y la abrazó. A pesar de llevar tanto tiempo juntas, nunca se habían contado sus historias, y Helpidia consideró que era un buen momento para que hablasen sin limitaciones porque estaba convencida de que algo había pasado para que Nila, siempre tan educada y bondadosa, tuviese esos terribles accesos de pánico.

—Yo nací en Mégara y cuando tenía diez años fui a vivir con mis padres a Nicomedia —le contó Helpidia—. A los diecinueve años me quedé embarazada, pero la persona que me hizo la criatura desapareció. Cuando nació mi hija me la arrebataron y a los pocos días llegué al palacio imperial, donde me encargaron ser la nodriza de Placidia. Ella me considera su verdadera madre porque no soporta a Serena.

Tras decir que Placidia no soportaba a Serena, Helpidia puso un gesto de temor.

—No se lo contarás a la regente, ¿verdad?

—No te preocupes, Helpidia. No se lo contaré —dijo Nila, quien iba tranquilizándose poco a poco—. Creo que ella también se da cuenta de que la niña no la quiere.

—Gracias por ser tan discreta.

Nila, por su parte, le contó cómo conoció a Nemesio en Egipto y cómo llegó a ser *ornatrix* y asistente de Serena.

La conversación iba alargándose. Nila le explicó que no había podido tener hijos y eso la hacía muy infeliz. Le habría gustado hacerse cargo de Gala Placidia, una niña a la que veía muy inteligente y despierta.

—Pero solo quiere estar contigo, Helpidia, y con su hermano Honorio. Ni siquiera Euquerio, María o su hermana Termancia le interesan.

Cerca del amanecer, con Gala Placidia aún dormida, las confidencias de ambas eran cada vez más íntimas.

—¿Estas enamorada de la regente? —quiso saber Helpidia.

La pregunta sorprendió a Nila, que empezó a llorar con desconsuelo.

—¿Cómo sabes eso?

—Por Dios, Nila… No tienes que preocuparte. No encontrarás a una persona más discreta que yo. Simplemente lo sé porque una vez que dejasteis la puerta sin cerrar del todo oí cómo os amabais.

—Espero que no se lo cuentes a nadie.

—Es algo que sé desde hace años, y jamás lo he explicado ni lo explicaré. Puedes confiar en mí.

—Gracias, Helpidia.

Era el momento de cambiar de conversación y volver a hablar de sus ataques de pánico.

—Si quieres acabar con estas angustias que te quitan el sueño deberías decirme qué te ha pasado. Conozco el remedio para curar los males del alma. Pero para poder hacerlo necesito saber cuál es la causa.

Nila no se atrevía a hablarle claramente.

—No sé si debo decirlo.

—Si no lo haces nunca te curarás.

—La regente me matará…

—Nunca sabrá que me lo has explicado y yo podré curarte.

Nila le detalló el encargo de la regente de envenenar al emperador Teodosio. A medida que iba avanzando en la confesión, sus lágrimas se hacían más intensas, tanto que estuvo a punto de sufrir otro ataque. Helpidia la abrazó con todas sus fuerzas.

—Cálmate, Nila. En pocos días esos accesos se habrán acabado.

—Gracias, Helpidia. El simple hecho de haberlo contado me ha aliviado mucho.

Siguieron hablando hasta que el sol les anunció que debían levantarse y las dos mujeres se despidieron.

—Cuando tengas cualquier problema que te preocupe, puedes contármelo, que seré discreta hasta la muerte.

Helpidia pensó que aquello que la *ornatrix* le había revelado al respecto de la regente era algo que no podía decirse…, al menos por el momento. Así pues, tal como había prometido a Nila, guardó discreción. Su vida también corría peligro ahora que conocía el secreto de Serena.

En los días siguientes hasta la vuelta de la regente siguieron hablando cada noche. Y también conversaron con frecuencia mientras Serena se hallaba en el palacio, aunque siempre lejos de ella.

26
La campaña de Tesalia

Mientras esto sucedía en Mediolanum, Estilicón se aproximaba con su ejército a las llanuras de Tesalia donde se encontraban acampadas las huestes de Alarico. El rey godo, tal como el general Gainas vaticinó, no tenía intención de enfrentarse al gran ejército que llegaba de Occidente. Y no solo por lo incierto del resultado, que parecía inclinarse a favor del general vándalo, sino porque no quería exponer a los cientos de miles de personas que estaban bajo su responsabilidad al peligro que suponía una batalla de esa envergadura. Por ello, unos días antes había ocupado una enorme planicie donde, siguiendo las técnicas ancestrales de los godos, dispuso en círculo los carros de las familias y los avituallamientos formando un largo muro de una altura de más de seis codos. Los grandes carros iban protegidos por una muralla hecha de pieles de animales recién muertos para que, al estar húmedas, impidieran que las flechas incendiarias o las bolas de fuego lanzadas por las catapultas desataran un incendio. Para malograr los ataques enemigos, los arqueros bárbaros se situaban detrás de los ejes de los carros o en pequeñas aberturas en el revestimiento de cuero. Después mandó cavar delante de ese parapeto un profundo foso que hacía muy difícil que el ejército de Estilicón pudiera acercarse. Su última decisión fue la de colocar delante del círculo de carros a los ciudadanos romanos que habían capturado en las ciudades y las aldeas que iban devastando para que sirvieran de escudos humanos.

Esa fue la situación que Estilicón halló cuando entró en la planicie. No esperaba toparse con una fortificación de semejantes características. De inmediato ordenó una reunión de sus generales

para discutir la estrategia a seguir ante las precauciones que sus enemigos habían tomado. El general Favrita aconsejó prudencia:

—No debemos atacar de inmediato. Sufriríamos demasiadas bajas.

—Si los sitiamos durante un tiempo hasta que se les acaben las provisiones podremos obligarlos a rendirse —comentó el general Gainas.

Finalmente se acordó una estrategia intermedia. Atacarían cuando el hambre y la sed obligaran a Alarico y sus hombres a salir a combate abierto o, si no lo hacían, cuando se hubieran debilitado lo suficiente para que, ante un ataque bien planificado y sorpresivo, las tropas de Estilicón pudieran vencer su resistencia con facilidad. El regente ordenó acampar a su ejército y construir varios *castra* con foso y empalizada para evitar un ataque por sorpresa de los hombres de Alarico. Las tropas de Occidente estaban perfectamente avitualladas y solo era cuestión de esperar. A Estilicón le frustraba el hecho de no poder enfrentarse con el rey godo en un combate que estaba seguro de ganar. Pero se consideraba un militar paciente, y el tiempo estaba de su lado.

Era la segunda vez que el regente podía observar la capacidad estratégica de su adversario. La primera fue cuando el rey godo tomó la decisión de enfrentarse cuerpo a cuerpo con el general Argobasto, lo que determinó el resultado de la batalla de río Frígido a favor de Teodosio. Fue una decisión tan arriesgada como exitosa. Estilicón cavilaba sobre el tipo de estrategia que Alarico habría diseñado en esa ocasión, porque estaba seguro de que no había previsto tan solo encerrarse en el círculo de carros. Pensaba que había alguna sorpresa que él no llegaba a intuir. Pero lo que sí tenía claro era que la batalla no se ganaría hasta que el rey godo no se hubiera rendido. Si alguien pensaba que Alarico era un títere en manos de Rufino se equivocaba. La situación era gravísima porque era la primera vez que un grupo de naciones bárbaras enteras se instalaban en el interior del imperio. En esa ocasión no se trataba de hordas desorganizadas, que siempre habían sido fácilmente reducibles, sino de un gran ejército organizado bajo las órdenes de un gran estratega.

El asedio duraba ya varias semanas, y Rufino esperaba que el complot que había urdido se hiciese realidad.

Cuando Estilicón consideró que el asedio ya producía sus frutos y el enemigo daba muestras de sufrir las penalidades del hambre y la sed, reunió a sus generales y los emplazó a que preparasen a sus tropas para asaltar las defensas bárbaras. Lo harían al siguiente amanecer.

Ese mismo día, antes de dar la orden de asalto, un mensajero se presentó ante la tienda del general y le hizo entrega de una carta enviada desde la corte de Mediolanum. Era de su pupilo el emperador Honorio. Estilicón palideció, y un extraño parpadeo reflejó su excitación nerviosa. ¿Sería esa la sorpresa que Alarico le había preparado? Los generales que se hallaban a su lado estaban consternados. Intuían que el regente sabía algo y, por su expresión, no podía ser nada bueno.

Estilicón se reunió en el interior de su tienda con Claudiano. En lo primero que pensó el avispado poeta egipcio fue en el intrigante funcionario Olimpio, de quien ya había advertido a su protector que no debía fiarse. El egipcio se movía por el palacio de Mediolanum con la misma desenvoltura que el eunuco en el palacio de Constantinopla, y había sido testigo de conversaciones que le hicieron sospechar de la deslealtad de Olimpio hacia Estilicón.

—Temo que esté tras la redacción de esta carta.

—Olimpio no es nadie. Ni siquiera conocemos el contenido de la carta.

—No obstante, temes algo que puede perjudicarte. Ya te advertí de que Olimpio y Rufino mantenían estrechas relaciones cuando este vivía en Occidente.

—Eso no significa nada.

—Pero que Olimpio sea la persona de mayor confianza del emperador sí significa algo —le hizo ver Claudiano.

—Yo soy la persona de mayor confianza del emperador. ¡Honorio hará siempre lo que yo le indique! ¡Jamás me ha fallado! —afirmó Estilicón con tal autoridad que Claudiano no se atrevió a volver a intervenir por el momento—. Di a los generales que vengan

inmediatamente.

A pesar de su seguridad, Estilicón pensaba que esa carta inesperada era muy sospechosa. Intuía que no traería buenas noticias y que, de alguna manera, Rufino estaba en su origen. La tomó en sus manos y dudó entre abrirla antes de que llegaran los generales o esperar al final de las hostilidades. Cuando Alarico estuviese vencido, sería el momento de conocer las noticias de la corte. Esa duda se traducía en su diálogo interno, que estaba poniéndolo en una turbia situación mental que le resultaba desconocida. La misiva seguía sobre la mesa cuando entraron en la tienda Claudiano, Gainas y los demás generales.

—Es una carta del emperador Honorio —dijo el regente.

—Considero que será mejor leerla después de que hayamos acabado con el ejército de Alarico —opinó Gainas—. Las tropas ansían entrar en combate y su espíritu guerrero se encuentra en lo más alto. Si suspendemos el ataque, la decepción de nuestros hombres será inmensa. Todos quieren dar un escarmiento a Rufino.

—Tenemos una misión y hemos de cumplirla. —Sarus frunció el ceño. Estaba muy enojado por aquella contrariedad que podía impedirle realizar lo que deseaba desde hacía tiempo: entrar en combate y acabar con el poder de Alarico—. Creo que no debemos abrir esa carta hasta que hayamos terminado el trabajo que hemos venido a hacer. El propio emperador estará muy complacido con el resultado.

Un silencio casi macabro se extendió en la penumbra de la tienda.

El general Favrita, un bárbaro romanizado conocido en los círculos cultos de Roma y Constantinopla por su sensibilidad para el arte y la poesía, de la que era un estimable cultivador, no parecía estar de acuerdo.

—Permíteme discrepar —dijo con solemnidad—. El deber de obediencia de un soldado está por encima de cualquier otra consideración. Si finalmente optamos por intervenir, hagámoslo después de conocer lo que nuestro emperador quiere decirnos en su misiva.

El general Sarus, cuyo valor como soldado era equiparable a su ignorancia, no podía estar de acuerdo con las palabras de su colega.

Además, él tenía una razón suplementaria para entrar en combate: el odio personal hacia Alarico.

—La única autoridad que reconozco es la del general Estilicón —dijo Sarus—. Haré lo que él me ordene, pero creo que no podemos desdeñar el esfuerzo de tantos meses.

Por último, intervino el general Gainas:

—Hemos pasado muchas penalidades para llegar hasta aquí. Hemos dejado desguarnecidas las fronteras del Rin y de Britania a merced de los bárbaros. Sin embargo, hay razones mucho más importantes que esas. Hasta el último de los soldados está totalmente convencido de que lo que hacemos es lo más conveniente para el pueblo romano. No hay ninguna discrepancia entre los soldados y sus mandos. El Senado quiere que hagamos lo que hemos venido a hacer. Y me atrevería a añadir que todos los ciudadanos romanos del este y del oeste también están de acuerdo con la opción de salvar a Roma de una catástrofe. Incluso el propio general Favrita, pese a sus reticencias, está de acuerdo con el objetivo a cumplir. ¿Debemos, pues, frustrar los deseos del ejército, el Senado y el pueblo de Roma?

El regente pidió que lo dejaran a solas durante unos minutos. El dilema instalado en su mente lo torturaba más allá de lo razonable. En ese momento solo pensaba en lo que habría hecho Teodosio. Pero era absurdo comparar al gran emperador con cualquiera de sus dos débiles hijos. Tomó la carta en sus manos y dudó si abrirla o hacer caso a la mayoría de sus generales. Finalmente llamó a Claudiano y se la dio para que la abriera. El poeta rompió el sello y la leyó en voz alta:

> Mi leal general, la fidelidad a vuestro emperador, al Senado y al pueblo de Roma siempre ha guiado tus acciones. Sé que te resultará muy duro cumplir las órdenes que te transmito, pero creo necesario evitar una guerra entre hermanos como la del río Frígido. Alarico ostenta ahora el mando supremo del ejército romano en Oriente, y es un gobernador designado por mi hermano el emperador Honorio. Debes levantar el campamento de inmediato y regresar a Occidente. Te prohíbo entrar en combate. Tenemos que devolver la seguridad a las fronteras del Rin y de Britania, si todavía es posible. Por último, debes dividir el ejército y entregar la mitad a mi augusto hermano Arcadio. Estas son las órdenes de tu emperador y así deben cumplirse.

La carta, firmada por Flavio Honorio Augusto, emperador de Roma, era muy dura. Estilicón conocía bien su cuidada y bella letra. Sí, él la había escrito. Era la primera vez que el emperador le hablaba en ese tono a la vez autoritario y solemne. Ni siquiera había incluido una frase amable de despedida. No había en la carta una sugerencia, sino una orden, una prohibición. Claudiano tenía razón: esas palabras no podían ser de Honorio. Con doce años recién cumplidos, nadie se expresa en esos términos. Parecían dictadas por un enemigo de Roma, por un aliado de Rufino. Con la duda instalada en su mente, pidió a Claudiano que llamara a su lugarteniente.

Las lágrimas asomaban a los ojos del regente cuando se vio obligado a dar la orden de regresar a Occidente y dividir el ejército. Claudiano fue el único que oyó sus palabras:

—Solo tengo dos posibilidades: obedecer o derrocar a los emperadores. No hay término medio. Las dos opciones son malas para Roma…, pero la segunda podría llevar al imperio a una situación irreversible.

Se cumplían de esa forma las previsiones de Rufino, que tenía informado a Alarico. Había ganado la batalla sin que sus tropas tuvieran que intervenir.

Gainas recibió la orden de dividir el ejército antes de regresar. Una parte iría a Occidente, la otra mitad iría a Constantinopla.

Poco después, la noticia se había difundido por todo el campamento. El mandato de levantar las tiendas era una contradicción flagrante con la orden recibida la tarde anterior de atacar de inmediato las defensas godas. Una desilusión que podía calificarse de enorme frustración se extendió por todas las unidades. Las tropas no solo estaban empeñadas en atacar, también querían que el ejército imperial siguiera unido. Creían que estaba perdiéndose la ocasión de empezar una nueva etapa para el imperio. Después de vencer a los bárbaros, solo restaría eliminar a Rufino y que únicamente hubiera un general en jefe, Estilicón, para todo el territorio. Si dejaban pasar esa oportunidad tan valiosa, se corría el peligro de que la división del imperio fuese definitiva.

Algunas unidades, disconformes con las órdenes del emperador Honorio, iniciaron un amago de motín. Si Estilicón se negaba a entrar en combate, lo harían con Gainas o Sarus como jefes supremos. En otras unidades se oían gritos contra los emperadores títeres y a favor de que Estilicón fuese nombrado de inmediato emperador de Oriente y Occidente. Esa solución había sido en épocas anteriores una potestad que el ejército detentaba. Numerosos emperadores, entre ellos Constantino el Grande, habían sido elegidos por aclamación del ejército sin contar siquiera con la anuencia del Senado. Era el momento de hacerlo. Pero Estilicón no era un general más. Era el general carismático por excelencia y, pese al desencanto de la mayoría de los soldados y los mandos, no se planteó desobedecer. Y tampoco dudaron los generales. Ahora, por decisión del regente, el responsable del segundo ejército, el de Oriente, era su hasta entonces lugarteniente, el general Gainas, quien tendría como primera misión llevarlo hasta Constantinopla.

Claudiano fue testigo, y así lo recogió en sus escritos, de la tristeza de los soldados al ver que las legiones nuevamente quedaban partidas en dos mitades. Esa tristeza se extendía al hecho de que a partir de ahora ya no tendrían como jefe a Estilicón. Gainas era un general que había hecho toda su carrera en el ejército romano, donde comenzó como un simple soldado auxiliar. Lejos de ser un bárbaro romanizado con las maneras refinadas de Favrita o Estilicón, era una persona más bien tosca y primitiva con dos virtudes muy estimadas por cualquier ejército: la extrema crueldad con los enemigos, fueran quienes fuesen, y la obediencia ciega a sus superiores jerárquicos. Los jefes políticos no figuraban en su imaginario. Tenía una aguda inteligencia para la táctica militar y eso le hacía muy valioso para cualquier mando del ejército. Después de oír el mandato de Estilicón, el general Gainas le preguntó:

—¿Me ordenas ponerme al servicio de Rufino? Bien me lamento de no haber logrado convencerte de que era nuestro deber cumplir con los objetivos que nos habían traído hasta aquí. Has preferido obedecer al emperador. Eso lo respeto solo porque ha sido tu decisión y considero que tendrás razones muy poderosas. Pero ¿cómo puedo

ponerme al servicio de un político al que hace años que deseo derrocar, un político que está destruyendo el imperio y que ha dividido el ejército?

El general Estilicón lo miró a los ojos y en ellos vio tristeza mezclada con ira.

—No he terminado de darte mis instrucciones. Ahora eres el general en jefe del ejército de Oriente. —El regente se detuvo para buscar las palabras exactas que quería transmitir al que, a partir de ahora, sería su *collega*—. ¡No! No tendrás que ponerte a las órdenes de Rufino.

—¿Qué debo hacer? Es el primer mandatario y, por tanto, también el jefe político del ejército —masculló Gainas, quien despreciaba a todos los políticos, a los que consideraba corruptos sin excepción.

—Debes hacerlo matar en el mismo momento en que lo tengas delante —dijo Estilicón con la seguridad del general cuya orden no puede ni debe discutirse—. Tú mismo decidirás cómo hacerlo. Poner fin a la vida de Rufino es la última orden que te doy. La primera noticia que has de enviarme desde Constantinopla es la confirmación de su muerte. A partir de su eliminación, las cosas solo pueden mejorar.

—Cumpliré esa orden —respondió con aplomo Gainas.

—Ah, general, una última cosa… Debes saber que la emperatriz Eudoxia desea tanto como tú o yo mismo la muerte de Rufino. Usa esa información como consideres. Eudoxia puede ser una gran aliada.

Gainas pidió permiso para retirarse a concluir la división del ejército unificado. No iba a ser una tarea fácil porque desde el río Frígido se habían producido nuevas alianzas entre unidades que los hombres querían seguir conservando en el futuro. Ese acercamiento entre soldados de uno y otro contingente, que era algo habitual, en muy poco tiempo había producido una fusión de ambos ejércitos que ahora había que deshacer. Estilicón fue hábil eligiendo a Gainas y no a Favrita, como habrían pensado quienes consideraban a este último más apropiado para encajar con facilidad en el ambiente de mayor refinamiento intelectual del Imperio de Oriente. Y era verdad que por su capacidad diplomática Favrita podría relacionarse exitosamente con los políticos de Constantinopla. Pero la elección de Gainas

obedecía a dos razones más poderosas. En primer lugar, las tropas lo aceptarían y se produciría una vuelta a la tranquilidad de soldados y mandos, que se conformarían más fácilmente con la división. En segundo lugar, Favrita no habría aceptado el segundo encargo de Estilicón: matar a Rufino. Favrita frecuentaba a los políticos porque él también quería serlo, y eso no gustaba en los ambientes militares.

La tranquilidad se impuso, pues, en ambos ejércitos. Sin embargo, teniendo en cuenta el profundo enfrentamiento entre los hermanos emperadores y entre Rufino y Estilicón, que eran los verdaderos dueños del imperio, sobrevolaba el fantasma de una nueva guerra civil que nadie deseaba. No querían que se repitiera la matanza de río Frígido dado que sabían que eso llevaría al ocaso definitivo del imperio.

Cuando las tropas estuvieron divididas, el campamento levantado y todos a punto de partir en sentidos opuestos, Gainas y Estilicón se despidieron con un abrazo sincero e intercambiaron una mirada cómplice cuyo significado solo ellos conocían. El regente se fue convencido de que al cabo de unas semanas recibiría la noticia de la muerte de Rufino.

En unos días las tropas de Gainas hicieron la primera parada en Tesalónica. Desde allí, siguiendo por la vía Egnatia, estarían en Constantinopla en unas pocas semanas. Antes de llegar a su destino, un mensajero se presentó ante la tienda del general. Llevaba una pesada bolsa que no quiso entregar a los soldados de la guardia de Gainas.

—Tengo que hablar en persona con él. Le traigo noticias de la corte de Constantinopla.

—Entréganos el mensaje y nosotros se lo haremos llegar —dijo el soldado.

—Es un mensaje oral que solo tu general puede oír.

Después de consultar y revisar que en la bosa no hubiera armas, el general Gainas recibió a solas al mensajero.

—¿Quién te envía?

—Me envía Eutropio, el gran chambelán del emperador Arcadio y la emperatriz Eudoxia.

—¿Qué desea el chambelán?

—Me ha encargado que te comunique de parte de la emperatriz Eudoxia que Rufino va a proclamarse emperador el día que el ejército que mandas esté formado para revista en la explanada del Hebdomón. También me ha dicho que si lo consideras conveniente te mantendrá informado de todo lo que suceda en el palacio imperial. Por último, me ha ordenado que te entregue esta bolsa. En ella hay un presente de la emperatriz.

Cuando Gainas abrió la bolsa vio que estaba llena de monedas de oro, y recordó en ese momento las palabras de Estilicón sobre la emperatriz.

—Da las gracias a la emperatriz Eudoxia y a su chambelán, y dile que quedo pendiente de sus noticias.

Al día siguiente, un pequeño grupo de funcionarios enviado por Rufino se presentó en el campamento. Gainas también los recibió y escuchó lo que querían transmitirle.

—El prefecto del pretorio nos manda para comunicarte que el emperador Arcadio ha preparado un decreto con tu nombramiento como comandante en jefe de las cohortes palatinas.

—Di al prefecto que recibo con satisfacción la noticia que me traes —dijo Gainas.

Los enviados de Rufino fueron agasajados con todo tipo de viandas y obsequios, y quedaron convencidos de que Gainas aceptaba aquel nombramiento que estaba muy por debajo de su estatus actual. Sin embargo, el general godo pensó que Rufino no lo conocía lo suficiente cuando consideró que para él sería un honor recibir esa humillación en forma de nombramiento. En todo caso, la ambigua contestación de Gainas llevó a los funcionarios a la conclusión de que también aceptaba a Rufino como prefecto del pretorio de Oriente y así se lo hicieron saber a su regreso a Constantinopla. En realidad, el astuto general no quería levantar sospecha alguna sobre sus verdaderas intenciones.

Rufino estaba convencido de que lo tenía todo controlado. Pero si él era intrigante, Eutropio lo era aún más. Con la diferencia de que este último estaba al corriente de todos los pasos que daba el corrupto mandatario, de los que informaba con regularidad al general Gainas.

Dos días antes de la ceremonia oficial de recibimiento al ejército de Oriente, cuando las tropas estaban ya acampadas cerca de la capital, un grupo de embozados salieron en secreto del palacio imperial. Era noche cerrada. Los centinelas, que habían sido expresamente escogidos, les abrieron la puerta Áurea y les permitieron traspasar la muralla para dirigirse al campamento. Gainas, avisado de su llegada, los estaba esperando en su tienda. Solo dos personas del grupo entraron. Cuando se retiraron las capuchas, el general vio a la luz de las velas el rostro de la emperatriz Eudoxia y el del eunuco Eutropio. La hermosura de la Bárbara, a pesar de la penumbra, le sorprendió porque era aún más bella de lo que había imaginado. Inmediatamente se postró a los pies de la emperatriz.

—Levántate, general —dijo con delicadeza y respeto Eudoxia.

—Me abruma que hayas venido en persona al campamento. ¿En qué puedo servirte?

—He querido venir yo misma para informarte sin intermediarios. Como ya sabes, pasado mañana el emperador pasará revista a tus tropas desde la gran tribuna del Hebdomón.

—Lo sé. Un mensajero de tu chambelán me informó.

—Durante esa ceremonia, Rufino tiene previsto proclamarse emperador de Oriente. No podemos permitirlo. Mis órdenes son que evites al precio que sea esa proclamación.

—¿Cómo hacerlo, emperatriz?

Gainas quedó a la espera de las indicaciones de la Bárbara, y esta no quiso andarse con rodeos:

—Debes hacerlo ejecutar. Eres el general en jefe del ejército de Oriente. Si recibieses la orden imperial de ejecutar a un traidor por delito de lesa majestad, ¿la cumplirías?

—Mi información es que el prefecto del pretorio cuenta con la confianza absoluta de tu esposo, el emperador Arcadio. No tengo

inconveniente en cumplir tus deseos, si me proporcionas una orden imperial.

—Mañana al atardecer tendrás esa orden.

—¿En qué momento debo ejecutarlo?

—Durante la ceremonia. Quiero que el pueblo y el ejército sean testigos de la ejecución de Rufino. El momento lo dejo a tu elección, para eso eres el general en jefe —añadió la emperatriz, y con esa última frase rubricaba el nombramiento de Gainas como *magister militum* de Oriente.

Cuando percibió la seguridad y la frialdad con que la bella Eudoxia daba aquellas macabras órdenes en nombre del emperador, Eutropio fue consciente de que había decidido tomar ella misma el poder. Un destello de pavor pasó por la mente del eunuco. Había asegurado sin lugar a dudas que conseguiría del emperador una orden de ejecución del primer mandatario de Oriente. La intimidad de la alcoba le estaba proporcionando una influencia enorme sobre el débil Arcadio con mayor rapidez de la que él había calculado. Sin embargo, podía estar feliz porque se estaban cumpliendo todas sus previsiones, aunque debería tener mucho cuidado en el futuro con la decidida y autoritaria Eudoxia; ya no era tan manejable como le pareció cuando la eligió para esposa del emperador. Era tan ambiciosa como el propio Eutropio.

Gainas, por su parte, también estaba feliz. Le habían puesto en bandeja la muerte de Rufino. Pero ¿cómo llevarla a cabo? Mientras esperaba en su lecho la llegada del sueño imaginaba cómo lo haría. Quería cumplir de la manera más efectiva los deseos de su emperatriz, lo que significaba que Rufino debía morir de forma espectacular para que así lo percibieran los ciudadanos de Constantinopla. Eso también sería del agrado de Estilicón.

Eudoxia había adquirido con el general Gainas un compromiso difícil: lograr la firma del decreto de condena a muerte del prefecto del pretorio. Soñaba con ello desde el asesinato de su padre, y para lograrlo necesitaba la complicidad de Arcadio. Al contrario que su

marido, que estaba obsesionado sexualmente con la Bárbara, ella nunca había sido apasionada en la cama con él porque no le atraía como hombre. A pesar del tiempo transcurrido desde la boda, había dormido con él muchas veces y habían practicado juegos sexuales, pero sin consentir que la penetrara porque decía que todavía no le era posible. Ahora parecía llegado el momento de poner en marcha todas sus capacidades interpretativas y emocionales. Y Eudoxia, que tenía muchas, preparó su estrategia teniendo en cuenta hasta el último detalle.

—El prefecto del pretorio es de tu absoluta confianza, ¿no es así? —dijo a su marido.

—Así es desde hace años. Siempre me ha servido fielmente.

—¿Y es tanta la confianza que depositas en él que le consientes que humille a la esposa del emperador?

Eudoxia pronunció esas palabras de forma turbadora y temerosa, mientras de sus ojos comenzaban a brotar gruesas lágrimas. Se abrazó a Arcadio a la espera de que este le preguntase.

—¿Te ha hecho algo indebido?

—No sé si debo decirlo…

Eudoxia no dejaba de llorar con desconsuelo al tiempo que besaba en la mejilla a su marido y lo llenaba de lágrimas que parecían del todo sinceras. Luego se abrazó con fuerza a su cuello para que el emperador no pudiera apartarse de ella.

—Debes decirlo. Soy tu esposo y he de saber lo que le ocurre a la persona que comparte mi cama.

—Quiero ser sincera contigo. Pero prométeme que no me delatarás si te lo explico. —El llanto iba subiendo de intensidad y el emperador estaba cada vez más preocupado—. No sé si debo porque es algo que también te afecta. Y me gustaría poder vengarme de esa vileza, esa humillación que solo puede lavarse con el peor de los castigos.

Arcadio se sintió afectado al ver a su joven esposa en esa situación. Se deshizo de su abrazo, se levantó y comenzó a caminar nervioso por la habitación.

—¿Por qué crees que no me he entregado a ti con la pasión de quien te ama y te amará hasta la muerte? Eres el hombre de mis sueños

desde que jugábamos de niños. Pero me he sentido sucia, tan sucia que me resultaba imposible quitarme de la cabeza algo tan abyecto.

—Dime de una vez lo que ha pasado —le rogó Arcadio.

—Es Rufino. ¿Recuerdas que ayer llegué al dormitorio azorada y me acosté sin siquiera desearte las buenas noches?

—Sí… Ayer viniste a la habitación más tarde. Y, sí, me pareció extraño, pero no pensé que hubiera pasado nada grave.

—Ayer fue la última vez que Rufino lo intentó. —La intensidad del llanto y la abundancia de lágrimas rubricaban la brillante actuación de la emperatriz—. Estaba esperándome cuando volvía sola a mis aposentos.

—Pero siempre te acompaña alguna sirvienta.

—Las sirvientas estaban preparándome el baño. Yo volvía de rezar en la capilla. Sin decirme nada, Rufino me abrazó para besarme. Me defendí como pude e intenté salir corriendo de allí, pero es muy fuerte y me sujetó hasta darme un beso.

La Bárbara se detuvo porque aparentaba sentirse avergonzada y parecía costarle mucho esfuerzo continuar. Además, quería que Arcadio asimilase sus palabras.

—¿Y qué hiciste?

—Le grité que te lo contaría todo… y se echó a reír. Dijo que te tiene bajo su autoridad y que no me creerías. Parecía muy seguro. —Eudoxia se abrazó muy fuerte a su marido y lo besó sin parar en los labios y en el cuello—. Por eso ayer llegué turbada y confundida… y no me atreví a explicártelo.

—Ahora lo recuerdo bien, llegaste asustada y con la respiración agitada.

En realidad, Eudoxia regresaba de cabalgar desde el campamento de Gainas la noche anterior, y su fatiga y falta de aliento le habían venido bien para su interpretación.

Arcadio se enterneció por la narración de su esposa, a la que trató de consolar.

—Estoy tan avergonzada que podría matar a Rufino con mis propias manos —le susurró al oído con la voz balbuciente—.Te quiero a ti y solo a ti. Pero sé que a partir de ahora ya no me sentiré como tu

esposa mientras piense que el prefecto del pretorio puede intentarlo otra vez. No puedo yacer contigo…

—¿No volverás a dormir conmigo?

—No… si antes no limpio mi cuerpo y mi alma.

—¿Qué quieres que haga?

—Algo que pueda lavar esta afrenta…, algo que me permita yacer contigo como mi esposo, la única persona a la que deseo —insistió Eudoxia, y dejó en ese momento que su marido tomase la iniciativa.

El emperador se quedó pensativo. Estaba tan ligado a Rufino que dudaba si comentarle lo que Eudoxia le había explicado. Ella no tenía por qué mentirle, pensó. No obstante, aunque fuera verdad, Rufino lo negaría todo.

—Ordenaré que venga Eutropio.

—Él me vio llegar azorada a mis aposentos.

—¿Él te vio?

—Sí. Pero no me detuve a hablar con él. Estaba muy avergonzada y no paraba de llorar.

Cuando Eutropio llegó a los aposentos del emperador corroboró cuanto Eudoxia había dicho. La emperatriz ya lo había aleccionado.

Aun así, Arcadio no estaba totalmente seguro todavía. Pensaba que Rufino era el hombre ideal para ser el primer mandatario y esa situación lo ponía en una coyuntura complicada. Deponerlo lo obligaba a hacer lo que más le disgustaba: tendría que tomar decisiones hasta encontrar a alguien que las tomara por él.

—Eudoxia, has dicho que ayer fue la última vez —comentó Arcadio —. Entonces ¿hubo otras veces?

—Sí. Rufino vino en varias ocasiones a mi casa antes de nuestra boda. Pedía que nos dejaran solos… e intentaba forzarme.

—¿Tienes algún testigo?

—¿Acaso no me crees, esposo? Es el prefecto del pretorio, y yo no deseaba poner en peligro a mi familia. Pero nunca consiguió su objetivo.

—¿Eso significa que nadie vio que trataba de abusar de ti?

—Hubo un testigo. Pero no quiero arriesgar su vida.

—¡Eudoxia, necesito estar seguro! —El emperador alzó la voz, algo

que no acostumbraba a hacer para no esforzarse.

—Marsa, mi madre adoptiva, tuvo que enfrentarse a él más de una vez.

—Que la traigan de inmediato —ordenó el emperador.

Marsa, que odiaba al prefecto del pretorio tanto como la propia Eudoxia, había sido adoctrinada esa misma mañana. Se entrevistó a solas con Arcadio y le contó llorando que Rufino se presentaba de incógnito y pedía ver a la joven a solas. Varias veces tuvo que interrumpirlos por los gritos de su ahijada.

—¿Y nunca dijiste nada? —le preguntó Arcadio.

—Rufino me amenazó con acabar con toda mi familia si se sabía simplemente que había estado en mi casa.

Después de hablar con Marsa, Arcadio ya no tenía dudas de que su mujer decía la verdad. Hizo entrar a Eutropio de nuevo.

—Prepara un decreto de condena a muerte de Rufino por delito de lesa patria —le ordenó.

—Pero emperador…

—Y lo mantendrás en secreto hasta el momento de la ejecución. Mañana a primera hora me traerás el decreto para que lo firme.

Gainas podría cumplir la orden del general Estilicón con la legitimación que le proporcionaba la bella emperatriz. No se trataba ya del asesinato del prefecto del pretorio, sino de la simple ejecución de una orden imperial. Pero todavía le faltaba a Eudoxia por concretar con su esposo el momento de la ejecución. Esa noche, cuando se quedaron solos, la Bárbara consiguió reconducir la situación a una noche de sexo de verdad, algo que era del todo nuevo para Arcadio. Y estuvo tan complaciente que incluso le permitió consumar el matrimonio simulando la pasión que el joven emperador deseaba de ella. Cuando lo vio satisfecho y propicio a cumplir sus deseos le dijo:

—Me gustaría que la ejecución de Rufino sea ejemplar.

—Dime qué quieres hacer.

—Que lo ejecuten durante el acto solemne de la bienvenida a las tropas. Es algo de lo que se puede encargar el general Gainas.

Arcadio se quedó pensativo.

—Muy bien —aceptó al fin—, diré a Eutropio que le traslade el

decreto y la orden de ejecución.

La emperatriz había conseguido lo que se había propuesto. Al día siguiente por la mañana, el decreto estaría en manos del general godo, que sabría cómo darle cumplimiento de la forma más efectista y espectacular.

27
De parte del general Estilicón

A la hora cuarta del 27 de noviembre, las tropas de Gainas estaban formadas en la gran explanada del Hebdomón, con asistencia multitudinaria de ciudadanos. El Hebdomón era en Constantinopla el equivalente al Campo de Marte de la ciudad de Roma.

A la hora prima, Rufino se había reunido con Arcadio en los aposentos privados del emperador. El eunuco Eutropio escuchaba la conversación tras la cortina, como en tantas ocasiones, si bien esa vez con el consentimiento de la emperatriz, que quería estar enterada de todo cuanto sucedía en palacio. Arcadio, que ya conocía las intenciones de Rufino después de haber firmado su orden de ejecución, permanecía callado a la espera de lo que tuviese que contarle.

—Emperador, como ya te he dicho en alguna ocasión, puede ser muy conveniente para el imperio asociar a otro augusto a la corona imperial. Esa fue una innovación del gran Diocleciano para mejor gobernanza del pueblo de Roma.

—Todo romano ilustrado conoce la decisión de Diocleciano —dijo lacónicamente Arcadio.

—Una decisión que salvó a un imperio en el que reinaba la anarquía y la confusión. Ahora la situación se parece mucho a la de entonces y sería razonable adoptar una medida similar.

—¿Y a quién propones para ser el nuevo augusto de Oriente?

Arcadio estaba demostrando una sagacidad que él mismo desconocía. Dejaba hablar al prefecto haciéndole ver que aceptaba la propuesta.

—Devolvamos a Roma los viejos hábitos de la República —dijo Rufino—. Retomemos la antigua ley que obligaba a elegir a los cargos por parejas, de la misma manera que a los cónsules. Lo que te propongo es el ejercicio del poder imperial de forma conjunta.

—Estoy de acuerdo. Es más, mi deseo es que tú seas emperador *collega*. ¿Cuándo quieres tomar posesión de tu nuevo cargo?

—No te arrepentirás, emperador. Desde mi nuevo puesto podré liberarte de las numerosas tareas que te agobian a diario. En cuanto a la toma de posesión, me gustaría que fuese hoy mismo… aprovechando la ceremonia de recibimiento al ejército de Oriente.

—Ordena que se redacte el decreto imperial —dijo Arcadio.

—Como te conozco muy bien y sabía que me propondrías como nuevo augusto, ya tengo redactado el decreto a expensas únicamente de tu firma.

Arcadio firmó el decreto, y Rufino pensó que todo estaba saliendo según sus deseos. En ningún momento sospechó de cuanto se tramaba a sus espaldas.

Mientras esa conversación tenía lugar, la explanada del Hebdomón estaba siendo engalanada para recibir a las tropas sin tener en cuenta la otra ceremonia que Rufino había planeado. El chambelán había ordenado que la totalidad del espacio se cubriera de estandartes y banderas que representasen a todas las ciudades y provincias del imperio, a todas las iglesias y diócesis católicas y a todas las unidades del ejército. La tribuna se había ornamentado especialmente con estatuas, columnas y banderas imperiales en toda su longitud de más de ciento cincuenta pies, en la que resaltaban las flores de color púrpura que la rodeaban. La tribuna tenía dos alturas, y el protocolo ordenaba que el Senado y los miembros del clero más destacados se situasen detrás, en la parte más alta, mientras que la parte más baja estaba reservada para los tronos de los emperadores.

El eunuco, inmóvil tras la cortina, estaba deseoso de que se acabase el despacho entre el emperador y el prefecto del pretorio para hacerse cargo de todos los detalles.

—¿Deseas conocer cómo se desarrollará la ceremonia de coronación? —preguntó Rufino con un insólito entusiasmo.

Arcadio no quiso saber lo que el prefecto del pretorio ansiaba explicarle y se limitó decirle:

—Explícaselo al chambelán. Él será el maestro de ceremonias y me indicará lo que debo hacer.

Rufino quedó totalmente satisfecho del resultado de su reunión con el emperador. Pensó que no podía haber ocurrido de mejor manera. Arcadio había aceptado todas sus propuestas. El hijo del zapatero galo había llegado a lo más alto: dentro de unas horas sería el nuevo amo del imperio. Su ambición estaba colmada. Ahora debía pensar en cómo deshacerse del emperador, de su esposa y del intrigante chambelán, quizá el personaje al que más odiaba. Incluso más que al mismísimo Estilicón.

Cuando el emperador quedó nuevamente dormitando, Eutropio salió de los aposentos para hacerse el encontradizo con Rufino.

El prefecto del pretorio estaba dibujando en su mente los últimos detalles de la ceremonia; debía explicársela de inmediato al chambelán. Había diseñado con todo cuidado cada uno de los pasos. Su compleja inteligencia hilvanó una amalgama de los diferentes ritos de entronización que durante años leyó en las crónicas antiguas. Arcadio estaría esperándolo en la tribuna junto a la escalera lateral de acceso para recibirlo. Él, vestido con una túnica de una blancura resplandeciente, subiría despacio y con mucha elegancia los escalones. Después de los saludos, ambos se dirigirían con parsimonia al centro de la tribuna, donde el emperador adoptante le colocaría la capa de terciopelo púrpura con cuello de armiño y le ceñiría una diadema de oro y perlas. Su mente se recreaba en la comparación entre su figura alta y distinguida realzada con aquellas lujosas vestiduras y el desangelado aspecto de Arcadio. En ese momento una multitud se agolparía en la explanada para contemplar a las tropas, pero, sobre todo, para ver lo que sucedía en el centro de la tribuna. Después, por unos instantes, se sentaría en un tercer trono colocado expresamente para él, junto a los de Arcadio y Eudoxia. Luego, ya como nuevo emperador *collega*, arengaría a las tropas. Había preparado un discurso para que quedase en los anales de la oratoria política. Por último, entre el delirio de la muchedumbre, subiría en un carro dorado y allí,

sentado como coemperador junto a Arcadio, recorrerían las calles de Constantinopla hasta llegar entre vítores al banquete preparado en el palacio imperial.

Buscó al eunuco Eutropio y le explicó cada uno de los pasos de la ceremonia.

—No quiero ni el más mínimo fallo. ¿Me has entendido?

—Todo se hará como lo has planeado. Me encargaré de que la capa de terciopelo púrpura y la corona estén preparadas. Y también el tercer trono.

Rufino, embriagado de vanidad, no notó el leve tono de ironía que se desprendía de las palabras del eunuco.

La hora había llegado. Las tropas estaban formadas en la explanada del Hebdomón. Una multitud de hombres y mujeres se agolpaban ocupando todo el espacio, deseosos de estar presentes en la recepción de las tropas por Arcadio. Era un éxito que merecía una sonada celebración. El emperador adoptante, a cuyo lado se situó el eunuco como maestro de ceremonias, esperaba al emperador adoptado, mientras Eudoxia permanecía sentada en su trono.

Rufino subió con exagerada solemnidad la escalera tal como lo había pensado. Extasiado por lo que le ocurría, no se fijó en un grupo numeroso de oficiales que, a una señal de Eutropio, se habían situado en los laterales de la tribuna. Los soldados que formaban en la explanada habían sido advertidos por sus jefes de que no debían moverse si no era por orden expresa del general Gainas.

Cuando el emperador y su prefecto del pretorio, con pasos lentos y semblante grave, se dirigían según lo previsto hacia el centro de la tribuna, Eutropio asió con fuerza por un brazo al emperador y lo llevó hasta un extremo de la descomunal plataforma donde los esperaba la emperatriz Eudoxia, quien, al ver el gesto de aviso del eunuco, se había apartado del trono. Solo, y en el centro de la tribuna, Rufino se sorprendió por la extraña actuación del chambelán al llevarse de su lado al emperador de una forma tan violenta. Antes de que pudiera reaccionar, el grupo de oficiales subió a la tribuna formando un

círculo alrededor de mandatario. A la voz del oficial jefe, sacaron las espadas y lo fueron cercando hasta que Rufino dejó de ser visible para los asistentes. Lo que los presentes no podían ver pudieron oírlo, no obstante. El oficial jefe leyó en alto con voz solemne y autoritaria la orden del emperador condenándolo a muerte por el delito de lesa patria. Cuando terminó de leer el decreto, Rufino intentó una última maniobra para salvar su vida.

—¡¡¡A mí las cohortes palatinas!!! —gritó desesperado—. ¡Matad a estos hombres!

Una parte de las cohortes intentó atacar a los oficiales para defender al hasta entonces primer mandatario. Fue en ese momento cuando Gainas ordenó que detuviesen a quienes se movieran de los puestos en los que presenciaban la ceremonia, fuesen civiles o militares. Todo sucedió muy rápido, y los que intentaban defender a Rufino ni siquiera pudieron subir a la plataforma. Los civiles que se movilizaron para ayudarlo fueron detenidos de inmediato. Rufino se dio cuenta de que había sido objeto de una trampa mortal. Por su mente pasaron en un instante las caras de las muchas personas que lo odiaban: Estilicón, Serena, Eudoxia, Eutropio y, aunque le costaba creerlo, el propio emperador.

—No, no… ¡No podéis hacerlo! —gritó Rufino—. No podéis matar al nuevo emperador. ¡Soy el amo del imperio!

Los oficiales abrieron el círculo para que quedase a la vista de todos los presentes en la explanada del Hebdomón. El oficial jefe hizo callar de golpe los lamentos de Rufino cuando le clavó su espada en el pecho al tiempo que, en un tono de voz en el que se mezclaba el placer con una extrema violencia, clamaba:

—¡De parte del general Estilicón!

A continuación, el resto de los militares clavaron sus espadas en el cuerpo de Rufino y un charco de sangre cubrió aquel sector de la tribuna, manchando las sandalias de los militares, resbaló por la parte delantera y se mezcló con el color púrpura de las flores. De inmediato, un oficial sujetó el cadáver por los cabellos y le cortó la cabeza con su espada. Acto seguido, a una voz del oficial jefe, el militar levantó la cabeza sangrante del hasta ese día todopoderoso prefecto del pretorio

y la exhibió ante una multitud que profería gritos de alegría y vivas al emperador Arcadio y la emperatriz Eudoxia.

Al frente de la formación, Gainas, sobre su caballo, miraba complacido todo lo que ocurría sin mover un solo músculo del rostro. Después, con una voz susurrante, apagada aún más por el griterío y que solo pudieron oír los comandantes más cercanos, sacó con alivio de su pecho una frase:

—Señor, tus órdenes se han cumplido.

La Bárbara, que empezaba a ser parte importante en la toma de decisiones imperiales, se ocupó de que cuantos habían tratado de ayudar a Rufino en la explanada, civiles o militares, fueran encarcelados y juzgados por delito de lesa patria. También se ocupó de que su amante, el *comes* Flavio Juan, se viera beneficiado con más poder y cercanía al emperador. En cuanto a Eutropio, consiguió para sus fieles una parte del poder que habían dejado vacante los afines a Rufino. Así, el palacio se llenó de eunucos poco después, en puestos civiles de gran relevancia. Muerto el todopoderoso Rufino, las únicas personas de la confianza absoluta de Arcadio eran ahora Eutropio y Eudoxia. Y ambos estarían pendientes de que nada, absolutamente nada, importunase el constante descanso que el emperador decía necesitar. Ellos se encargarían de tomar todas las decisiones.

28
Camino de Atenas

Tras la retirada de Estilicón hacia la capital de Occidente y de Gainas hacia la de Oriente con sus respectivos ejércitos ya divididos, Alarico hizo desmontar la muralla de carros, levantó el campamento y todo aquel enorme conglomerado de guerreros y sus familias, es decir, pueblos casi completos, dejó Tesalia para dirigirse a Atenas. En el camino le llegó la noticia de la muerte de Rufino. Su protector había sido ejecutado, y Alarico vio en su muerte el largo brazo del regente. Lo cierto era que ahora no sabía si era un general del imperio o solo el rey de los godos. Aun así, eso no le impidió seguir con el plan que se había trazado: llegar hasta Iliria y asentar sus tropas cerca de la frontera de Italia, lo pactado con Constantinopla. Antes de partir, se hicieron celebraciones y banquetes con danzas y cantos godos para festejar la derrota del gran ejército de Estilicón. Los narradores de cada clan o etnia explicaban a su gente cómo se había producido esa lucha no sangrienta y cómo Alarico había sabido burlar la estrategia del regente. No había sido una victoria por las armas, sino un triunfo de la astucia de su rey.

Para salir de Tesalia tenían que atravesar el río Peneo, en el valle de Tempe, con sus enormes acantilados por un paso que, al estar a comienzos del mes de diciembre, llevaba bastante caudal. No era una maniobra peligrosa, pero sí de ejecución muy lenta y eso hacía que tuviese que prolongarse durante varios días. Los tesalianos, a quienes también, como ocurrió antes con los macedonios, los hombres de Alarico habían saqueado para el avituallamiento del ejército y los habían sometido a todo tipo de humillaciones, decidieron vengarse.

Aprovechando las dificultades de los carros para vadear el río y protegidos por la espesura boscosa, lanzaban pesadas piedras y flechas de manera impune, lo que estaba provocando muchas bajas entre los godos. Parecía imposible, por tratarse de una pendiente casi vertical, llegar hasta el lugar en el que los agresores se habían emboscado. Sin embargo, Alarico y un grupo de sus más fieles guerreros, afrontando el peligro de muerte que suponía enfrentarse al descubierto con aquella horda de campesinos enloquecidos, consiguieron llegar hasta donde estaban y mataron a algunos y a los demás los hicieron huir a espadazos. Su arrojo libró a los godos de una matanza. Esa hazaña se extendió rápidamente entre los habitantes de aquel abigarrado pueblo en marcha y su admiración por su rey creció aún más. A su ya legendaria fama de general, Alarico añadió ahora el de invulnerable, pues había salido del encuentro con los tesalianos si sufrir ni un solo rasguño.

Todos sin excepción clamaban venganza por aquel ataque a traición de los tesalianos. A pesar de que se contaban casi tres mil muertos, muchos de ellos arrastrados por las corrientes del río Peneo, lo que significaba que no encontrarían la paz de una tumba, el rey no quiso dar marcha atrás para castigar a los atacantes. Seguirían la ruta marcada. No obstante, aunque no fuese con los tesalianos, la venganza se produciría contra el resto de los habitantes de Grecia. Los godos se habían conjurado para saquear todas las ciudades por las que pasaran, sin importar si eran o no responsables del ataque. Para ellos, todos los griegos eran culpables. Ya tenían la excusa que buscaban para saquear Grecia. Fueron arrasando pueblos, aldeas y granjas según avanzaban por el valle de Tempe y los campos de Farsalia hasta llegar a Tebas, que era la población más grande antes de alcanzar Atenas. Conociendo la llegada de los godos, esa ciudad de macizas murallas se había preparado para aguantar durante meses un asedio. Sin embargo, los godos no eran amigos de los largos cercos si tenían otros objetivos más fáciles. Alarico conocía bien el sitio de Tebas por parte de Alejandro Magno y la posterior destrucción de la ciudad. Pero tenían muy cerca una de las urbes más ricas del imperio: Atenas. Así que decidieron olvidarse de Tebas.

Atenas era su objetivo más deseado porque esperaban conseguir el mayor botín hasta la fecha. Sin embargo, para el rey godo no era una finalidad saquear el lugar en el que vio la luz la civilización que tanto admiraba. Desde que salió de sus acantonamientos de la Mesia, tenía un especial interés en llegar a la ciudad que sus maestros le habían enseñado a admirar como la cuna de la sabiduría. Había vivido dos años allí y se sentía afortunado de haber recibido las enseñanzas de los mejores. Tenía ganas de volver a ver a Filolao, Prisco del Epiro y Plutarco. Atenas era la ciudad de los grandes filósofos, los insignes dramaturgos, los más grandes políticos y militares, y los escultores y arquitectos más célebres. Se había convertido en un lugar de visita casi obligada de los griegos cultivados, muchos de los cuales habían estudiado en sus escuelas de filosofía o de retórica. Si los cristianos tenían como lugar de peregrinación Jerusalén, para los helenos ese lugar era Atenas. Mientras estuvo allí, no pudo salir porque los legionarios romanos lo buscaban para matarlo. Solo la peregrinación a Eleusis en la que tuvo la oportunidad de conocer a Estilicón y enfrentarse con él por primera vez, le permitió ver las calles de aquella ciudad que tanto significaba para él.

Cuando se acercaban, Calista le preguntó:

—¿Qué sientes al llegar a una de tus ciudades preferidas?

—Es difícil explicarlo —dijo Alarico—. Los recuerdos llenan mi mente de momentos extraordinarios. En Atenas me reencontré con Walfram y supe que Ataúlfo seguía vivo. Conocí a Estilicón y tuve como maestros a tres grandes filósofos. Pero me quedé con deseos de disfrutar de las muchas cosas que Atenas puede ofrecer.

Si para Alarico esa ciudad significaba mucho, para la mayoría de los godos era una urbe que rebosaba de riquezas. Y las anhelaban. Solo tenían que entrar y saquearla. Resultaría muy fácil, pues esa zona del imperio no era objeto de agresiones bélicas desde hacía años. Eso quería decir que no había contingentes militares capaces de oponerse a aquel enorme ejército que seguía a Alarico. Con la llegada de los godos, sus pacíficos habitantes habían buscado en los desvanes las viejas corazas y las espadas mohosas de sus antepasados, que de poco les servirían porque no estaban acostumbrados a usarlas. Ante la

perspectiva de un botín fuera de lo común, la codicia se extendía por la caravana goda cuando Atenas apareció ante sus ojos en todo su esplendor.

Un insólito nerviosismo recorrió a toda velocidad el campamento cuando se extendió la noticia de que Alarico no quería saquear la ciudad y pretendía negociar con los arcontes. Se había concertado un encuentro en las afueras con las autoridades.

Alarico llegó despojado de su uniforme de general romano y vestido con la toga blanca de los filósofos. Igual indumentaria portaban sus acompañantes, Ataúlfo y Calista, que estaban tan interesados como el rey godo en visitar y conocer los tesoros de la ciudad que siempre había invocado la protección de Aquiles y Atenea. La nota discordante la ponía Calista, una mujer que mostraba el mismo interés que sus compañeros.

La delegación ateniense, que esperaba encontrarse con bárbaros ignorantes y groseros, quedó impresionada ante unas personas que se expresaban correctamente en griego. Después de las presentaciones, tomó la palabra el arconte principal:

—Salud, rey de los godos. La ciudad te recibe con respeto, y acogerá y servirá las necesidades de tus tropas.

—Salud, arconte. Nada temas —dijo Alarico—. No tenemos intención de saquear Atenas.

—Las noticias que nos llegan son que Macedonia, Tesalia, Fócida y Beocia han sido arrasadas por tu ejército.

—Solo hemos respondido a las provocaciones. Pero Atenas es diferente. Insisto en que no tenemos intención de destruirla. Pero a cambio…

—Dinos qué deseas y se te dará.

—Mis hombres necesitan una compensación para calmarse. Mis oficiales la han valorado en doce mil libras de oro, treinta mil de plata y nueve mil de especias, así como cuatro mil piezas de seda púrpura. —Alarico se detuvo pensativo—. Me habría gustado tener un ejército de filósofos y literatos, pero desgraciadamente solo son refugiados con sus familias y, en estos momentos, tras las muchas humillaciones sufridas, la última en Tesalia, necesitan esa compensación.

—¿Con eso te alejarías de Atenas?

—Esa es la compensación material. Mis lugartenientes y yo deseamos poder visitar libremente la ciudad. Queremos gozar de sus monumentos, de las palabras de los filósofos y los cantos de los músicos. Y deseamos que nos ayudéis a hacerlo en una única jornada —dijo Alarico—. Mientras tanto, acantonaré a mis hombres en el Pireo con la orden de no hacer ningún daño a vuestra ciudad.

—Creo que tu petición no es solo razonable, sino que nos honra. Permítenos consultarlo con la asamblea de ciudadanos.

—Quiero que estén con nosotros los filósofos Plutarco, Filolao y Prisco del Epiro. Ah, y también el librero Asquenio y su sirvienta Gémina.

—Por desgracia, eso será imposible. Esos tres filósofos y otros muchos huyeron al enterarse de la llegada de vuestro ejército.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Lo ignoro. Deben de estar, como otros muchos atenienses, dirigiéndose hacia Esparta y Corinto. Han ido en sentido opuesto a tu llegada, por eso no los habéis visto. En cuanto al librero y su sirvienta, intentaremos que vengan a saludaros.

—Esperamos vuestra respuesta durante la tarde.

De regreso en el campamento, Alarico ordenó a Walfram que, junto con Adler y Brand, buscasen a los filósofos entre los ciudadanos que huían, con el encargo de que no se les hiciese daño y fueran conducidos sanos y salvos a su presencia. Walfram los conocía de su corta estancia en Atenas. Asimismo, dio a sus generales la orden tajante de respetar la ciudad dado que había acordado una compensación a los arcontes.

Cuando la noticia se difundió, unos fanatizados monjes negros, que habían ido uniéndose a la expedición y que ya eran más de diez mil, iniciaron una algarada con la intención de amotinar a todos los soldados y a sus familias. El objetivo principal de los monjes era Atenas. Su intención era destruir todos los templos y las estatuas de la ciudad sagrada de los helenos, especialmente el Partenón. Pero también deseaban acabar con la vida de los filósofos y los sacerdotes que seguían practicando el culto pagano. Alarico conocía muy bien a

ese tipo de personajes porque los había visto actuar en Alejandría y estuvieron a punto de matarlo si Hipatia no lo hubiese impedido. Antes de que la mecha encendida por los monjes prendiera y acabara produciéndose un motín general de los guerreros, frustrados por habérseles hurtado el botín más ansiado, Alarico ordenó a su guardia personal que hiciera callar a golpes a los monjes amotinados y los expulsara del campamento. No quería volver a verlos entre su gente.

A la mañana siguiente, Alarico y sus lugartenientes, vestidos con túnicas de lino a la manera de Atenas y protegidos por una pequeña escolta de su guardia personal, fueron recibidos en las afueras de la ciudad por los arcontes y los directores de las escuelas de filosofía como la Academia, el Pórtico o el Jardín. Asquenio y Gémina hacían de anfitriones por expreso deseo del rey godo. La visita comenzó por la Acrópolis. Los invitados quedaron fascinados por el Partenón y el resto de los templos cuyos arquitrabes y frisos multicolores ofrecían un espectáculo único. La monumental estatua policromada de la diosa Palas Atenea de Fidias era para Alarico el mayor símbolo de la civilización grecorromana. Los anfitriones le explicaron que la estatua de Zeus en Olimpia, también de Fidias, una de las siete maravillas que Filón de Bizancio citó en su obra homónima, había sido llevada a Roma y allí fue destruida pocos años atrás por orden del emperador Teodosio. La visita a la Acrópolis se demoró más de lo previsto porque Alarico, en su curiosidad, no quería perderse ni uno solo de los detalles de las explicaciones que sus guías se afanaban en ofrecerles.

El rey godo, que había oído hablar de las hetairas, mostró su interés en conocer a alguna de esas mujeres cultas que eran capaces de cantar, recitar de memoria a los filósofos y poetas, desempeñarse como actrices o tocar todo tipo de instrumentos musicales. Pero también eran las prostitutas y las amantes de los hombres ilustres, e incluso participaban dando sus propias opiniones en los *symposia* mientras las esposas y las hijas de esos hombres debían quedarse en casa, sin aparecer en ningún acto público que no fuera religioso.

La comida se celebró en el Pritaneo y fue amenizada con el recitado

de fragmentos del *Timeo* de Platón por parte de una de aquellas extraordinarias mujeres. Lo declamó con tal elocuencia y pasión que Alarico, que conocía el texto, llegó a emocionarse. Él mismo eligió aquellas lecturas, que tanto le habían influido.

> El que se abandona a las pasiones y a las querellas, sin cuidarse de lo demás, solo puede dar de sí naturalmente opiniones mortales, y él mismo se hace mortal en cuanto es posible […]. Pero el que aplica su espíritu al estudio de la ciencia y a la indagación de la verdad, y dirige a este objeto todos sus esfuerzos, necesariamente no tendrá sino pensamientos inmortales y divinos. Si llega al término de sus deseos, participará de la inmortalidad en la medida permitida a la naturaleza humana; y como consagra todos sus cuidados a la parte divina de sí propio, y honra el genio que reside en su seno, llegará al colmo de la felicidad.

Durante la comida, esa joven, que se llamaba Lais en honor a la legendaria hetaira Lais de Corinto, se sentó junto a Alarico y habló con él largo rato sobre los aspectos de la cultura griega que el rey godo le sugirió. Su belleza y su elocuencia le recordaban a Valeria. Después, en presencia de Calista, la hetaira le ofreció que yaciera con ella, y cuando dio la impresión de que Alarico se iba a negar, la persa le dijo:

—¿Por qué vas a renunciar a algo que deseas? —le preguntó con convencimiento—. Acepta lo que esta muchacha te ofrece y no le hagas un desaire tan estúpido como inapropiado. Ojalá me hubieran ofrecido a mí la compañía de una hetaira.

Después de pronunciar estas palabras, otra hetaira que la había escuchado cogió a Calista de la mano para llevarla con ella. Acto seguido, una sirvienta condujo a los cuatro a una lujosa habitación donde las jóvenes hetairas les revelaron los secretos del amor griego, que Alarico y Calista disfrutaron con delectación.

Durante el resto de la comida, las hetairas fueron alternando recitados de poetas y filósofos con canciones acompañadas de instrumentos como flautas o liras.

El programa final les reservaba la representación de una tragedia en el teatro de Dioniso. Por la mañana, al empezar la visita, el arconte mayor había pedido a Alarico que le dijese si deseaba disfrutar de alguna tragedia, y él contestó que quería ver una representación de

Los persas de Esquilo. La petición le resultó extraña por tratarse de una obra ambientada en la batalla de Salamina, en la que los griegos vencieron a los persas, la única de los miles de tragedias que se basaba en auténticos hechos históricos y no en mitos. Alarico la había leído varias veces y quería verla representada.

Mientras se dirigían al teatro, el propio Alarico recitó de memoria la parte que consideraba más emotiva, aquella en la que el mensajero cuenta el canto de batalla en el avance de los soldados griegos:

> Adelante, hijos de Grecia.
> Liberad vuestra patria,
> a vuestros hijos, a vuestras mujeres,
> los templos de vuestros dioses ancestrales,
> las tumbas de vuestros antepasados.
> Por todo eso tenemos que ganar la batalla.

Poder disfrutar directamente de la obra suponía para Alarico un gozo que hasta entonces no había experimentado. Las voces de los actores salían de las embocaduras de las máscaras con unos ecos y unos acentos musicales que le llegaban al corazón. Esa era también la tragedia preferida de su mentor Marco Probo, y los actores hicieron una representación que le pareció extraordinaria. La obra, con sus intermedios musicales, duró varias horas.

Después de cenar, amenizaron la velada poetas y poetisas que declamaron sus propios versos. Alarico pidió como final el recitado de aquellos versos de la *Ilíada* en los que Príamo, el rey de Troya, y Aquiles, el héroe que Alarico más admiraba, conciertan la entrega del cadáver de Héctor para que sea objeto de las exequias que le corresponden por su valor en la batalla. Cuando oyó los versos: «Acuérdate de tu padre, oh, Aquiles», las lágrimas brotaron de sus ojos porque se acordó de Rocestes y de Marco Probo, sus dos padres, a los que no volvería a ver.

Mientras escuchaba los versos de Homero, el rey godo pensaba que merecía la pena conservar una civilización que había dado tantas cosas bellas a la humanidad. Esas cosas eran precisamente las que hacían que su objetivo consistiera en que Roma volviese a su antiguo

esplendor. Tarde o temprano, se dijo, él sería el guía que lo conseguiría.

Al anochecer se dio por terminada la jornada ateniense, y Alarico y sus acompañantes volvieron a caballo hasta su campamento.

Si la jornada había sido especialmente grata para el rey godo y sus hombres de confianza, las tropas acantonadas en el Pireo no estaban satisfechas y continuaban lamentándose de no haber podido saquear la ciudad. El botín acordado por Alarico les parecía muy escaso en comparación con las riquezas que habrían obtenido del pillaje de la que consideraban la ciudad más rica de Grecia.

Para Alarico, lo vivido ese día en Atenas era la prueba de que en su interior habitaban dos personas. Estaba el romano cultivado, educado sabiamente por el patricio Marco Probo, Hipatia y los filósofos atenienses, y también estaba el bárbaro que obedecía a sus ancestrales instintos, que, como a sus antepasados, lo llevaban al saqueo, la devastación y el nomadismo.

La noche antes de partir de Atenas, estaba desvelado en el lecho y se lamentó por recordar a Valeria mientras tenía sexo con Lais. Se levantó y, como otras muchas veces, se fue a la tienda de Calista.

—Hoy me he sentido más ciudadano del imperio que nunca. He podido disfrutar de las mejores cosas que ofrece la civilización grecolatina.

—Tú no dejarás nunca de ser godo. Por muy refinadas que puedan ser tus maneras y por mucho que ames esta civilización.

El rey godo pensó que Calista tenía razón. Si el Alarico romano venciese al bárbaro, también dejaría de ser el gran rey de los godos, aquel cuya misión era conducir a su pueblo al lugar elegido por los dioses de sus gentes para instalarse e integrarlo en el imperio en igualdad de condiciones con los ciudadanos romanos. Pero de tener que elegir un modelo al que parecerse, se inclinaría por la extraordinaria figura de Estilicón, el gran general que había conseguido llegar a ser el regente sin olvidar sus orígenes bárbaros. Alarico deseaba ser el amo de Roma, un amo querido tanto por los bárbaros como por los ciudadanos romanos que de buen grado le entregaran el mando del imperio, sin renunciar a ser el rey de su

pueblo. Y ambas cosas para él eran compatibles.

Con la mirada fija en el techo de la tienda real, mientras abrazaba estrechamente a aquella joven persa a la que no podía dejar de querer, se preguntaba si, como el regente, él llegaría a ser un dirigente romano de verdad. Estilicón parecía serlo.

Pero una cosa era cómo se viese él y otra muy diferente lo que pensaban los demás. Sabía que los patricios odiaban en secreto al regente porque no les parecía tolerable que un semivándalo fuera en esos momentos el amo del imperio. Aceptaban que fuese un general a sueldo, pero no que tuviera más poder que el Senado e incluso que el propio emperador. La mayoría pensaba que debajo de aquella pátina de romanidad de Estilicón se escondía un salvaje que volcaría sus intereses del lado de su verdadera patria, que no era precisamente la romana. Alarico había oído ese argumento en más de una ocasión, y se desprendía también de las muchas conversaciones que había mantenido con sus mentores. Los ciudadanos romanos siempre se habían sentido superiores a los bárbaros, a los que despreciaban. Una angustia terrible se apoderaba entonces de él. Había entrado como refugiado en el imperio cuando era solo un niño. Se había esforzado por ser igual que los romanos y su cuidada educación lo demostraba. Así quedó patente durante la jornada ateniense. Entonces ¿qué era lo que lo angustiaba? En el fondo de su alma sabía, como cualquier refugiado, que no era la inteligencia, la destreza, la cultura o el valor lo que hacía ser romanos a los romanos. Era la familia en la que habían nacido. Después de mil años, los dueños de las riquezas en Roma seguían siendo las grandes familias que se mantenían desde la República. Ocupaban casi sin excepción todos los cargos importantes. En algún caso, alguien como Estilicón podía colarse, pero de manera temporal y mientras fuera útil.

Alarico concentraba en esos momentos en su persona el cargo de gobernador romano y el de rey de los godos. ¿Cómo había llegado a esa rara situación? Quizá se debía al hecho de que el imperio estuviese desintegrándose después de la muerte de Teodosio y él fuera una simple pieza de una extraña partida de *latrunculi*, en la que él y su ejército estuvieran en manos de otras personas que los utilizaban a su

antojo. Lo que resultaba indudable era que su nación, que llevaba años lejos de la Dacia, seguía practicando un inhabitual nomadismo dentro del imperio cuyo final nadie podía predecir.

La jornada ateniense ya era historia. Un bello recuerdo. Pero sus tropas no habían quedado satisfechas de lo que consideraban que había sido una frivolidad de su rey. Por su parte, los diversos mandos no habían logrado convencer a sus unidades de las razones del balto para hurtarles el mejor de los botines y la mejor de las diversiones con las mujeres atenienses. Les aseguraban que en su camino hacia el Epiro habría muchas otras ciudades. Alarico sabía que era necesario compensar las pérdidas sufridas por su decisión de no saquear Atenas, y fue consciente de que debía ceder y dejar que sus soldados devastasen más ciudades de Grecia.

A la mañana siguiente, se reunió en campo abierto con todos los comandantes para serenar los ánimos. Los godos eran muy devotos de su rey, pero amaban también las riquezas de las que este los había privado. Alarico, conocedor del descontento de su ejército, dijo:

—Sé que nuestros hombres están molestos por no haber podido entrar en Atenas. Vuestro rey adquirió un compromiso con los atenienses que debe cumplirse.

—El botín les ha parecido insuficiente a las tropas —insistió Briton Drumas.

—Lo sé también —reconoció Alarico—. Pero comunicad a vuestros soldados que no deben preocuparse. Quedan muchas ciudades en Grecia. No ahorraremos esfuerzos para multiplicar el botín.

Tras sus palabras, los oficiales reunidos prorrumpieron en gritos de alegría que se extendieron con rapidez por todo el campamento. Era el precio que Alarico debía pagar por haber salvado Atenas.

Mientras volvía a la tienda real acompañado de sus lugartenientes, pensaba en las consecuencias de lo que estaba haciendo. El saqueo de Grecia podría volverse contra él. Su interés último era ser el amo de Roma, pero no de una Roma barbarizada. Él quería recobrar el prestigio y la grandeza de la Roma de Augusto, Trajano o Marco Aurelio. Las exigencias de sus tropas lo obligaban coyunturalmente a demostrar su poder arrasando Grecia, una de las joyas del imperio. Sin

embargo, veía algo positivo: las demostraciones de poder lo estaban transformando en un ser que cada vez provocaba más pavor entre la población del imperio. La palabra Alarico se estaba convirtiendo en sinónimo de terror y eso era bueno para las negociaciones que debería entablar en el futuro.

La caravana de los godos tenía que ir hacia el oeste. Su destino era Corinto siguiendo la llamada vía Sacra, que iba de Atenas a la ciudad de Eleusis, a unas quince millas. Allí se encontraba el santuario de Deméter y Perséfone, el lugar más venerado de Grecia. Alarico ya lo conocía, aunque no se inició en los misterios como hicieron Hipatia, Claudiano y Armín. Al tratarse del más importante de Grecia, el propio emperador Teodosio había ordenado que se respetase aquel santuario que, aunque con menor intensidad que en el pasado, seguía celebrando cada año los ritos iniciáticos.

Cuando se aprestaban a levantar el campamento, Walfram llegó hasta la tienda de Alarico. Llevaba en un carro los cadáveres de Prisco del Epiro y Filolao.

Al verlos, Alarico puso un gesto de furor y frustración. Walfram no le dejó ni preguntar.

—Han sido los monjes negros. Iban camino de Eleusis cuando los atacaron y asesinaron.

—¿Y Plutarco?

—Es más joven… Seguramente habrá escapado. Prisco y Filolao eran ancianos y nada pudieron hacer.

—Vamos a dar un escarmiento a esos malditos monjes negros. ¿Dónde se encuentran?

—Los dejé en la vía Sacra camino del santuario. Deben de haber llegado.

—A los caballos —dijo Alarico—. Hay que impedir que destruyan el santuario y maten a los sacerdotes.

El rey godo y su guardia personal con Calista, Adler y Brand a la cabeza, a la que se sumó un numeroso grupo de jinetes, partieron de inmediato por la vía Sacra.

Para los monjes negros el santuario de Eleusis era, después de Atenas, el objetivo prioritario. Antes de que Alarico pudiese llegar, Ervigio, el líder de los monjes, con un grito terrible, lanzó hacia delante a sus huestes, que derribaron las puertas y entraron en tromba en el recinto. Era la primera vez que aquel lugar, sagrado para los griegos, era profanado en sus más de dos mil años de historia. En todo ese tiempo nadie había osado tocar los donativos que el santuario había acumulado. Joyas, monedas, utensilios religiosos, exvotos y metales preciosos de valor incalculable se acumulaban en los enormes subterráneos. Los monjes mataron a golpes no solo a los hierofantes sino a cualquiera que estuviera dentro, y después los despedazaron con saña. A continuación, se dedicaron a destrozar el lugar con las herramientas que habían ido cogiendo en las granjas por las que pasaron. Fue tal la devastación que solo quedaron ruinas.

Una vez conseguido su importante botín, los monjes, cargados de riquezas, corrieron a dispersarse. Pero antes de que lo lograran Alarico llegó con sus tropas.

—Que no escapen. ¡Si no se rinden, matadlos! —ordenó.

Cuando llevaban varias decenas de muertos, los monjes que aún conservaban la vida decidieron rendirse y entregar cuanto habían robado.

Alarico miraba desolado los restos de aquel bello santuario que había conocido cuando gozaba de un gran esplendor. Ordenó recoger los cuerpos inertes de los hierofantes y los sacerdotes para darles sepultura. Pensó por un momento que la destrucción de Eleusis era una señal de la ruina imparable del imperio. Lo que ni siquiera Teodosio había podido arruinar lo habían arrasado aquellos fanáticos analfabetos. Pero esa vez sus desmanes no iban a quedar sin castigo.

—Encargaos de que mueran diez monjes por cada uno de los asesinados en el santuario —dijo a Brand y Adler—. Dispersad a los demás y advertirles de que los haré ejecutar si intentan acercarse de nuevo al pueblo godo. Mientras tanto, yo iré con Ataúlfo, Walfram y Calista a entregar los cuerpos de los filósofos a los arcontes. Quiero dejarles claro que sus asesinos han sido los monjes negros y que los godos no han tenido nada que ver con la destrucción de Eleusis.

El botín requisado a los monjes sirvió para compensar lo dejado de saquear en Atenas. Pero la codicia de aquellos refugiados godos no parecía tener límite. Después de Eleusis, la siguiente ciudad importante era Mégara, que pese a su celo en intentar resistir fue vencida y totalmente desvalijada.

Por la vía hacia Corinto caminaban las personas que, huyendo de Atenas, buscaban refugio en aquella ciudad, cuyo istmo protegían unos baluartes que la hacían casi inexpugnable. A pesar de sus defensas, sin embargo, todos aquellos que pudieron se embarcaron en el puerto y partieron con rumbo a Italia para solicitar la ayuda de Occidente contra las huestes bárbaras.

El incompetente general Geroncio era a quien Eutropio había encargado la defensa de Corinto. En una decisión incomprensible, si no estaba motivada por otra de las intrigas del eunuco, Geroncio dejó expeditos los baluartes del istmo y decidió refugiarse con sus escasos efectivos militares dentro de las murallas. La justificación que dio era que, de esa manera, podrían defenderse hasta que les llegara ayuda de Constantinopla o de Italia.

Cuando se acercaban a Corinto, Alarico recordó que en su infancia había estudiado su asedio como uno de los ejemplos que Marco Probo le había puesto de la destrucción de una ciudad por parte de sus sitiadores. Sabía que Corinto era difícil de tomar debido a sus baluartes y que, hacía más de quinientos años, una vez tomada fue destruida y todos sus hombres fueron pasados a cuchillo y las mujeres y los niños acabaron vendidos como esclavos. El responsable de todo aquello fue el general republicano Lucio Mumio. Alarico lo recordaba bien. Había sido el primer plebeyo que consiguió ser cónsul, la dignidad más importante de la República, reservada únicamente a la clase patricia.

Pero la intención del rey godo no era destruir Corinto. Solo despojarla de todas sus riquezas.

29
El poder del eunuco

Habían transcurrido dos meses ya desde la violenta muerte de Rufino y en Constantinopla gobernaba sin ningún tipo de límites el eunuco Eutropio. Todavía no reunía las condiciones para recibir el nombramiento de prefecto del pretorio, así que había propuesto para el cargo a un hombre de su confianza llamado Flavio Cesáreo. Pero el poder real lo ejercía él y lo compartía con la emperatriz.

A Eudoxia no acababa de convencerle la idea de repartirse el poder con el eunuco porque su objetivo era ser la emperatriz plenipotenciaria en nombre de su débil marido. Por el momento, no obstante, dada la cercanía de la muerte de Rufino, no quería incomodar al emperador con exigencias. Además, Eutropio conocía secretos de la Bárbara que esta deseaba ocultar a Arcadio. Sus relaciones con el *comes* Flavio Juan la obligaban a ser prudente. Por ahora, decidió, se limitaría a compartir las iniciativas del chambelán que, día tras día, se volvía más autoritario y codicioso. En esas habilidades iba camino de superar al propio Rufino. Según se decía en Constantinopla, habían salido de las manos del diablo para caer en las del demonio.

En la corte esperaban que Alarico, una vez arrasada toda Grecia, se establecería en Iliria, junto a la frontera de Italia, con el objetivo de parar cualquier intento de invasión por parte de Occidente. Todo había cambiado demasiado en muy poco tiempo. La frontera de la Mesia se encontraba desguarnecida y los bárbaros entraban libremente en el imperio, mientras que las tropas de Alarico iban a ser acantonadas en la frontera con Italia para defenderse de un posible

ataque de los propios romanos. Se trataba de un contrasentido tal que hasta el difunto Teodosio debía de estar revolviéndose en su tumba de la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. Esa inexplicable paradoja era solo achacable a las confabulaciones que habían ido generándose tras la muerte del gran emperador por la ambigüedad de sus últimas voluntades respecto a los tutores de sus hijos, así como también por la entrega sorprendente de Iliria, Grecia y Egipto al Imperio de Oriente.

En cuanto a Alarico, el nuevo primer mandatario no había anulado su nombramiento como gobernador de Iliria, pero tampoco lo había ratificado. El general Gainas estaba a la espera de ser nombrado, como parecía haberle prometido la emperatriz Eudoxia, para el cargo de *magister militum* de Oriente. Mientras tanto, quedaba como jefe en funciones del ejército oriental. Esa situación de indefinición como cargo militar, que él atribuía al eunuco, era una circunstancia que lo exasperaba y le hacía multiplicar su inquina hacia el político más indigno con el que se había encontrado durante su ya larga carrera.

Poco a poco iban llegando a Italia las noticias de los desgraciados sucesos de Grecia. Las traían los espías de Estilicón así como los griegos huidos por temor a los bárbaros. Algunos de estos últimos pidieron ser recibidos por el emperador, y la audiencia les fue concedida. En Occidente no se habían perdido las esperanzas de recuperar los territorios segregados por el testamento de Teodosio. Estilicón y Serena, en su calidad de regentes, aguardaban junto al emperador Honorio la llegada de la delegación de Corinto. Cuando los griegos entraron en la sala de audiencias se postraron a los pies del joven emperador.

—Nuestros informadores nos han referido los graves sucesos que están ocurriendo en Grecia —dijo Estilicón.

El jefe de la delegación griega se dirigió al emperador:

—Es imposible que nadie se haga una idea de la violencia de los godos. Alarico es una bestia. La devastación de los lugares por donde su pueblo pasa es total. Soportar asesinatos, saqueos, violaciones,

torturas o secuestros para pedir rescate o hacer esclavos se ha convertido en nuestra forma de vida. Los que fueron admitidos como refugiados son ahora nuestros crueles dueños. Del santuario de Eleusis y la ciudad de Mégara no quedan más que ruinas. Se ha perdonado demasiadas veces a ese bárbaro despiadado. —Ante esa última afirmación del griego, se dibujó en la cara de Estilicón un gesto de furia. Sin embargo, nada dijo aunque sabía que el comentario iba dirigido a él—. Pero lo más grave es que el jefe de la defensa de Corinto es el general Geroncio, un militar incompetente que les ha abierto los baluartes del istmo. Cuando partimos de Grecia para solicitar vuestra ayuda la ciudad ya estaba sitiada.

—¿Y qué hacen las autoridades de Constantinopla? ¿Cuándo os enviarán al general Gainas y las tropas recién llegadas? —intervino de nuevo el regente.

—Nos han respondido que nada pueden hacer. Cesáreo, el nuevo prefecto del pretorio, solo obedece al eunuco, a quien Dios maldiga. Por eso estamos ante ti, emperador, porque eres el único que puede ayudarnos.

El portavoz de la delegación griega se había dirigido en todo momento a Honorio y ni siquiera miraba a los regentes. Era tal la aflicción que puso en el relato que el joven emperador se echó a llorar. Aquel hombre había hecho tantas veces referencia a la brutalidad de los bárbaros y de su jefe Alarico que en la mente de Honorio estaba grabándose la figura de un asesino déspota y feroz.

Tras la angustiosa petición de ayuda, Honorio miró a los regentes a la espera de saber qué contestaban a aquella pobre gente. Pero después de la terrible desautorización que recibió en Tesalia, Estilicón no se atrevía a tomar la iniciativa. El emperador empezó a pensar que quizá se había equivocado con aquella carta que escribió de su puño y letra a Estilicón ordenándole dejar Grecia sin enfrentarse a Alarico. Si no lo hubiera hecho, quizá los godos estarían de nuevo en la Mesia y el resto de los bárbaros al otro lado del Danubio.

Finalmente, rompiendo el silencio que se había instalado en la sala de audiencias, Estilicón se atrevió a preguntar:

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Es imposible saberlo. Corinto tiene sólidas y altas murallas, pero si la defensa está en manos de Geroncio nada puede preverse.

—Ahora debéis aguardar. En breve os daremos una respuesta a vuestra petición de ayuda —dijo el emperador.

El regente ordenó reunir a los miembros del Senado para comunicarles de manera oficial la situación y las medidas que iban a adoptar, una situación que todos conocían porque las noticias de la devastación de Grecia se habían extendido por todo el territorio. Lo único que los ciudadanos querían era que se acabase de una vez por todas con Alarico y su ejército y que se expulsase del imperio a todos los bárbaros, incluidos los godos que habían pasado la frontera como refugiados hacía ya veinte años.

Para la delegación griega, la espera hasta que concluyera la reunión del Senado se hacía eterna. Sabían que la ciudad de Corinto no iba a aguantar mucho más los embates del ejército de Alarico. Por eso acuciaban a las autoridades de Mediolanum diciéndoles que, una vez tomada Corinto, los godos destruirían todo el Peloponeso, una península sagrada para los griegos.

La regente estaba muy enojada y reprochaba a su marido no haber sabido ganarse a Alarico. Pero, sobre todo, le echaba en cara no haber acabado con el rey godo cuando tuvo la oportunidad.

—No debiste hacer caso a las órdenes de Honorio. Debiste terminar con Alarico —le espetó.

—Es posible que tengas razón, pero no pareces entender que, aunque sean injustas, las órdenes del emperador han de respetarse. Yo estoy a sus órdenes, Serena.

—¡Tú estás a las órdenes del intrigante Olimpio, no de Honorio! —replicó ella levantándole la voz.

La mirada de reproche de Estilicón por aquellas inoportunas palabras pareció fulminar a su esposa, que se dio cuenta de que esa vez se había pasado de la raya al reprenderlo. Su marido estaba verdaderamente enojado y ofendido.

Claudiano, que se hallaba presente, quiso quitar hierro a la situación intentando culpar al asesor del emperador.

—¡Ya me ocuparé yo de Olimpio en su momento! —le contestó

Estilicón.

El vándalo era consciente de que se había equivocado, y mucho. Primero, cuando dejó que Olimpio se hiciese con el control de la voluntad de Honorio y, después, cuando pensó que la muerte de Rufino le garantizaba que todo cambiaría en Oriente. Sin embargo, Eutropio había tomado el mismo camino de su antecesor en el poder.

Claudiano, que parecía leerle los pensamientos, dijo:

—Te previne sobre el eunuco.

—Me tienes harto, poeta. —El enfado del regente había aumentado con las palabras de Claudiano—. Te ordeno que te calles. Y a ti, Serena, te ordeno que no lo defiendas.

Al oírlo, Serena se mostró ofendida.

Estilicón estaba tan enojado que se retiró a descansar sin despedirse de su mujer.

—Voy a dar órdenes de que me preparen una habitación en otra ala del palacio —se limitó a comunicar a Serena—. Tengo que reflexionar, y esta vez voy a hacerlo sin escuchar a nadie —añadió, y su esposa entendió el mensaje: era él quien mandaba, así que no debía interferir en sus decisiones ni recriminarle nada de lo que hiciera.

El Senado, que se reunió bajo la presidencia del emperador niño y de los regentes, dejó por una vez los enfrentamientos entre los católicos y los paganos para pedir por unanimidad que el imperio ayudase a los hermanos griegos y se apresurase a salvar la ciudad de Corinto. Por primera vez, Honorio leyó un breve discurso, redactado por Olimpio, ante el Senado:

> Senadores de Roma, padres de la patria, los refugiados bárbaros se han apoderado de Grecia, han devastado Macedonia y Tesalia, han destruido las ciudades de Eleusis y Mégara, planean destruir las de Corinto y Esparta y amenazan el Peloponeso. Por los poderes que ostento como emperador, ordeno que un ejército y una flota partan para ayudar de inmediato a salvar a los griegos. En Oriente, una banda de desvergonzados se ha apoderado de la voluntad de mi hermano, el emperador Arcadio, y están protegiendo a las hordas bárbaras. Ya que Constantinopla no hace nada, recae en nosotros la obligación de expulsar a los bárbaros del interior del imperio. Desde esta

tribuna lanzo una censura contra los deleznables consejeros de Arcadio y promulgo la orden de dar muerte al criminal Alarico por delitos de lesa patria.

Honorio se dirigió directamente a Estilicón:

—Tú, regente, serás el encargado de mandar el ejército y la flota imperiales. —Acto seguido zanjó su intervención ante el Senado—: Pido a Dios nuestro Señor que proteja a nuestro ejército y podamos salvar a nuestros hermanos griegos.

El ejército y la flota estuvieron listos en una semana y preparados para embarcar en Brindisi. Tanto la infantería como la caballería irían por mar, el trayecto más rápido. Habían sido requisados todos los barcos amarrados en los puertos y también los que iban llegando. El regente calculó que, si Corinto podía resistir hasta la primavera, llegarían a tiempo de salvarla. Con anterioridad, había enviado un mensaje al general Gainas para que avanzase con sus tropas hacia Corinto a fin de coger a Alarico en una tenaza por mar y por tierra.

Cuando llegaron a Corinto, encontraron una ciudad arrasada y humeante. Estilicón aguardó la llegada de Gainas y las tropas de Oriente, pero solo recibió una carta en la que su antiguo lugarteniente se excusaba. Al parecer, el emperador Arcadio le había ordenado permanecer con las tropas acantonadas en Constantinopla dado que una parte importante del ejército oriental había sido destinada a fortalecer la frontera de Persia.

Estilicón se resignó y encajó el revés que suponía no contar con las tropas de Gainas. Se dispuso a perseguir la caravana de Alarico, que hacía días que había entrado en el Peloponeso.

Cuando el regente llegó a la ciudad de Argos, estaba tan devastada como Corinto, y, sin siquiera detenerse, continuó persiguiendo al rey godo, que ahora se dirigía hacia Esparta.

Por segunda vez el vándalo y Alarico iban a enfrentarse. Y en esa ocasión no recibiría ninguna carta de Honorio ordenándole regresar a Occidente porque tenía el aval del emperador y el Senado.

En poco tiempo, las tropas godas estuvieron a la vista de los occidentales. El regente hizo una estimación de las fuerzas de ambos

ejércitos y llegó a la conclusión de que eran similares. De acuerdo con los cálculos de sus generales, las tropas de Estilicón darían alcance a las de Alarico en una llanura situada en el Peloponeso, entre Argos y Esparta.

Ambos ejércitos maniobraban y se observaban sin decidirse a atacar. No estaba en la intención de Alarico llegar a un enfrentamiento directo con las tropas de Estilicón. El rey godo no se había preparado para el combate porque su propósito, como en la anterior ocasión, era buscar la victoria en los despachos de los palacios de ambas partes del imperio. Pero Estilicón no le dio tiempo para que su estrategia madurase.

La caravana goda llegó hasta el valle del río Eurotas. El general vándalo entendió que allí, lejos de la planicie, era donde debía atacar.

El enfrentamiento fue brutal. Las aguas del Eurotas se tiñeron de rojo, y Alarico, sintiéndose vencido, ordenó la retirada, a pesar de que por su mente pasaba la tentación de luchar nuevamente. Detestaba tener que huir. La huida, como le había explicado su tío Atanarico cuando era un niño, no era propia de los godos. No obstante era consciente de que combatir en aquella situación habría sido un suicidio para sus soldados y su pueblo.

Fue una retirada muy dolorosa porque la armada de Occidente atacaba sin conmiseración la retaguardia goda produciéndole numerosas bajas. Eso obligó a que el grueso del ejército de Alarico, con su rey al frente luchando como un soldado más, tuviese que desplazarse hacia el final de la caravana. Para evitar que el ejército enemigo los alcanzara de lleno, Alarico ordenó ir quemando los bosques a medida que avanzaban penosamente hasta llegar a la Arcadia. Los incendios se extendieron sin que nada ni nadie pudiese extinguirlos, y toda la región quedó calcinada, transformada casi en un desierto. La que era considerada morada de los dioses, la Arcadia feliz, el paraíso de las ninfas y las dríadas de los bosques y los árboles, era ahora un paraje desolado. Ya no habría lugar para las bacanales en honor a Dionisio.

La caravana goda había conseguido liberarse de los soldados que la atacaban, pero, después de aquella larga huida a la desesperada, todos los que la componían estaban próximos al agotamiento. En esas lamentables condiciones llegaron a la ciudad de Olimpia. No le pareció al rey godo un buen lugar para entablar una segunda batalla e hizo que continuaran hasta el monte Erimanto. En lo alto de una suave y amplia colina conocida con el nombre de Foloe, decidió que su ejército se fortificase. La fortificación se hizo en las mismas condiciones que en Tesalia. La pendiente que quedaba tras la muralla circular de carros era una ventaja para los hombres de Alarico y un problema para los de Estilicón, que difícilmente podrían llegar hasta la cima sin ser alcanzados por las flechas godas. Pero ahora el ejército de Alarico se encontraba agotado y casi sin agua ni provisiones. Por segunda vez, estaba a merced de Estilicón.

El regente ordenó rodear la fortificación. Quería haberlo hecho con una empalizada en todo su perímetro, pero desgraciadamente no quedaba ni un solo árbol en muchas millas a la redonda. Así pues, solo pudo construir un enorme foso. El control de los asediados debería hacerse mediante guardias permanentes y con la caballería patrullando, con la orden tanto de evitar la salida de ninguna persona como de impedir cualquier ayuda del exterior.

Alarico se hallaba en su tienda analizando la situación con sus mejores estrategas, antes de reunirse con el resto de sus colaboradores.

—Estilicón ha sido muy inteligente —le dijo Ataúlfo—. Ha aprovechado que nuestra caravana no se movía con la suficiente rapidez para atacarnos en el Eurotas por la vanguardia y la retaguardia.

—No vamos a combatir contra Estilicón —contestó Alarico—. En un enfrentamiento directo podrían vencernos, y no deseamos que eso pase. Tenemos que sacar provecho de nuestra influencia en la corte de Constantinopla.

—¿Te fías de Eutropio y Eudoxia? —le preguntó Calista.

—No se trata de fiarnos —respondió Alarico—. Se trata de

beneficiarnos de la debilidad de los emperadores y usar a quienes pueden influir sobre ellos.

—¿Qué se te ocurre que podemos hacer? —quiso saber Ataúlfo—. Las noticias que nos llegan es que el general Gainas no ha sido nombrado *magister militum* de Oriente aunque asume la dirección del ejército. Eso significa que Eutropio y Eudoxia no tienen la intención de desposeerte de los títulos que Rufino te concedió. Aunque tampoco te han ratificado… Tienen dudas.

—Es lógico porque a ojos de todo el imperio somos los enemigos. Hemos destruido muchas ciudades de Grecia —les recordó Alarico.

—Pero en Constantinopla no pueden desear que Estilicón te venza porque eso supondría el principio de su propia destrucción —dijo Calista.

Alarico llevaba días pensando cómo desenmarañar el embrollo en que se había convertido su situación en Grecia, y en ese momento, acampado en la Arcadia, después de los comentarios de sus colaboradores, pareció ver la luz.

—Mi situación jurídica con el Imperio de Oriente no está clara. Puedo presentarme como enemigo de ambas partes del imperio y pedir a las autoridades de Constantinopla una negociación para llegar a un acuerdo de paz.

—Esa es la idea más brillante que he oído en mucho tiempo —opinó Calista—. Creo que hemos de explotar esa ventaja. Incluso a ellos les vendrá bien una salida negociada al problema. Estilicón podría llevarse una sorpresa mayúscula.

—No debemos permanecer a la espera de que Estilicón decida atacarnos —dijo Alarico, manteniendo la atención de sus colaboradores—. Vamos a actuar en dos frentes. Primero, una delegación compuesta por Ataúlfo y Walfram irá a Constantinopla a entrevistarse con el emperador Arcadio…, lo que significa que hablarán también con Eutropio y Eudoxia.

—¿Cuál es el encargo? —preguntó Ataúlfo.

—Tendréis que negociar un tratado de paz entre el pueblo godo y el Imperio de Oriente.

—¿Un tratado de paz? Eres el *magister militum* y *comes* de Grecia e

Iliria.

—Eso no está claro, Ataúlfo, y en este momento no me interesa serlo. Ahora es Gainas quien está al cargo de la dirección del ejército. Por otra parte, mis nombramientos se hicieron a petición del fallecido Rufino. El nuevo prefecto del pretorio no ha solicitado al emperador mi ratificación… o al menos no lo ha hecho hasta ahora. De lo que se trata es de acordar un pacto de paz que cancele la guerra. Con un pacto así, Estilicón quedará inhabilitado para atacarnos.

Alarico explicó al detalle el contenido del pacto y dijo que en el palacio imperial aceptarían sin duda porque se jugaban la supervivencia.

—En segundo lugar —continuó luego con la interrumpida exposición de sus planes—, tenemos que impedir que Estilicón nos ataque mientras los negociadores están fuera. Hay que conseguir que siga pensando que puede vencernos por hambre y sed. Esta parte del plan es más complicada. Adler y Brand serán los encargados de llevarla a cabo. Es preciso comprar a todas las prostitutas, aunque sea a precio de oro, para engatusar a los legionarios de Estilicón y a sus comandantes, y para ello disponemos de un inmenso botín. El objetivo es relajar la disciplina en el campamento. Todo se ha de hacer con mucha discreción.

En ese momento, el rey de los godos consideró oportuno llamar al resto de sus colaboradores más cercanos, a fin de ponerlos al corriente de sus decisiones.

—¿Cómo cumpliremos tu encargo? —le preguntaron.

—Tú, Adler, debes negociar con los dueños de los lupanares y te quedarás en exclusiva con los servicios de todas las prostitutas sin excepción. Tienes libertad para fijar el precio a pagar. Tú, Brand, deberás conseguir que los comerciantes traigan al campamento suministros de comida y agua. También puedes disponer del dinero que necesites. Quiero que seáis exageradamente generosos, de tal forma que vuestras propuestas no puedan rechazarse. Si hace falta, multiplicad el precio por cien. Además, debéis establecer los procedimientos necesarios para que los comerciantes puedan acceder a nuestro campamento mientras parte de las prostitutas entretienen a

los guardianes por la noche. Por último, encomiendo al general Briton Drumas la supervisión de los encargos que acabo de hacer a Brand y Adler.

Cuando todos se retiraron, Alarico pidió a Calista que se quedara a dormir con él. Era una petición que le hacía con frecuencia, así que a la persa no le pareció extraña. Esa vez, sin embargo, notó que él quería algo más que sexo.

—El plan no está terminado —le dijo Alarico cuando acabaron—. Falta algo importante.

—Lo sé. Hay que implicar también a Estilicón. Solo así conseguiremos que la disciplina se relaje en su campamento.

—Se me ocurre una idea… Si hiciéramos venir a Hipatia, ¡seguro que lo tendría entretenido! —bromeó Alarico.

—Eso es casi imposible. Primero porque no creo que ella aceptara. Y segundo porque tendría que venir desde Alejandría. Alguien debería ir hasta allí para convencerla… y eso solo podrías hacerlo tú.

Calista se quedó pensando algo que no sabía si debía decir.

—¿Y si en lugar de Hipatia soy yo quien va a la tienda de Estilicón? Es imposible corromperlo con una prostituta, por muy bella que sea. Cuando bailé para Sapor III en Ctesifonte noté sus miradas. Sé que me desea desde que llegué a Tesalónica hace quince años. Y si no me tomó en aquel momento fue porque quería seducir a Serena.

Alarico se quedó perplejo por las palabras de Calista. Aquella mujer era una caja de sorpresas.

—Eso podría ser muy arriesgado para ti. Cabe la posibilidad de que te tome como rehén para negociar con el rey persa.

—Sapor III ha muerto y no creo que Bahram IV esté interesado en mi regreso.

Por primera vez Alarico parecía tener celos, un sentimiento que nunca había experimentado. No le importaba que Calista se acostara con otras mujeres u otros hombres. Pero no con Estilicón.

—¿Qué quieres conseguir? —preguntó a la joven, aunque conocía la respuesta.

—Que los generales de Estilicón vean que ha caído rendido en unos brazos femeninos. Mi intención es que me deje entrar en su tienda y

hablar con él.

—¿Solo hablar?

—En principio solo hablar… Pero si hay que hacer algo más, no tengo ningún inconveniente, si tú no lo tienes.

Alarico se quedó pensativo por un momento.

—Haz lo que tengas que hacer —le dijo al cabo—. Confío en que consigas lo que te propones.

Poco después, se durmió abrazado a la mujer que le había demostrado una lealtad y una complicidad absolutas.

Los comandantes del ejército de Occidente mantenían a sus tropas ocupadas en duros entrenamientos, en el cuidado y mantenimiento de los *castra* y en la estrecha vigilancia del campamento godo. Mientras se llevaba a cabo el asedio, la cercana ciudad griega de Pisa era el lugar donde los soldados y los comandantes de Estilicón pasaban sus ratos de ocio. Desde el inicio del asedio, la ciudad se había llenado de tabernas y lupanares. Lo que el general vándalo no sabía era que los hombres de Alarico habían comprado a precio de oro a todas las prostitutas.

Las noticias del asedio llegaron a Constantinopla. El eunuco Eutropio debía agudizar su ingenio porque sabía que una derrota de Alarico haría peligrar la ventajosa situación de la que disfrutaba. Con sus últimas decisiones se había puesto en contra no solo a Honorio y a todo el Senado de Roma, sino también a los propios regentes, con quienes mantuvo una relación de confianza hasta la muerte de Rufino.

30
La seducción

El sobrio Estilicón, que en los últimos tiempos se había ido distanciando de Serena, se afanaba con dedicación absoluta en el mantenimiento de la disciplina y los entrenamientos de sus hombres. No quería que hubiese ni un minuto de relajación. Esa vez no había llevado consigo a Claudiano, con quien también estaba enfadado, alegando que debía vigilar a Olimpio. Como era muy suspicaz, seguía dando vueltas al hecho de que Honorio hubiese aceptado con tanta facilidad ordenarle atacar a Alarico. Sospechaba que en esa actuación del emperador podía haber alguna trampa de Olimpio, en complicidad con el eunuco. A pesar de todas las preocupaciones, seguía desanimado y entristecido por sus problemas con la regente.

Calista se había vestido con una simple túnica parecida a las que usaba Hipatia, pero sin los adornos propios de Alejandría. No quería que Estilicón pensara que tenía intención de usar sus atractivos femeninos.

—General —le dijo su asistente Nemesio—, ha pedido audiencia Calista, la persa que fue sirvienta de Serena.

—¿Calista? —se preguntó el vándalo—. Dile que espere. La atenderé enseguida.

Estilicón, que ya sobrepasaba los treinta y cinco años y aun así no mostraba canas en su pelo ligeramente rojizo, mantenía la forma física de cualquiera de sus comandantes más jóvenes. Entre los generales romanos era una cualidad muy valorada porque demostraba

identificación con la profesión militar y, además, era un ejemplo para sus subordinados.

En ese momento vestía una túnica púrpura sin los símbolos del emperador y, al saber que Calista lo visitaba tuvo un gesto de coquetería que incluso a él le extrañó. Antes de que la persa accediera a la tienda hizo que un sirviente le colocase el *paludamentum*, la capa escarlata de los generales, que se llevaba recogida en el brazo izquierdo a la manera que reflejaban las estatuas del emperador Augusto.

Cuando Calista entró, ordenó a Nemesio que los dejase solos. Después de los saludos preceptivos, Calista se fijó en el lujo extremo de la tienda; parecía una copia de un salón del palacio imperial, con muebles y adornos de la misma calidad y todo en el tono púrpura propio de los emperadores.

—Es la que usaba Teodosio —dijo Estilicón, que había reparado en la mirada curiosa de la persa—. ¿Cuál es el objeto de tu visita?

—Hablar contigo.

—No recuerdo haber conversado contigo muchas veces. Tu interlocutora habitual era Serena… —dijo Estilicón—, quien, por cierto, cuando te pusiste de parte de Alarico se sintió traicionada.

—Yo siempre la informé de todo lo que me pidió. Y lo hice contándole la verdad.

—Salvo algunas omisiones que costaron muy caras al emperador. Pero son tiempos pasados, y no creo que hayas venido a charlar de lo ocurrido entonces —dijo el vándalo—. ¿Te envía Alarico?

—Sí y no. He venido por mi cuenta. Pero él sabe que estoy aquí, aunque no le he explicado de lo que quiero hablarte.

—Es una visita muy extraña. El campamento de los godos está sitiado —le hizo ver Estilicón—. ¿Y de qué quieres hablar?

—De ti y de Alarico —dijo Calista—. A él lo conozco bien y, por lo que sé de ti, tenéis muchas cosas en común. Os une el amor a Roma y a su imperio, y flaco favor le haríais enfrentando a los dos ejércitos que pueden defenderlo.

—Has venido como embajadora para intentar llegar a un acuerdo.

—Alarico no quiere llegar a un acuerdo contigo. Quiere que ambos

ejércitos se retiren. El tuyo regresaría a sus acantonamientos de Occidente y él volvería a la Mesia.

—Si has venido para tratar esos temas es mejor que te vayas. Si Alarico desea negociar conmigo que venga él mismo. Ya fui avergonzado en Tesalia, no me ocurrirá más. Mis enemigos me acusan de perdonar a Alarico cuando lo tenía a mi merced. Pero la verdad es que fue una maniobra artera de Olimpio y Rufino. ¿Tendré que olvidarme de que ha arrasado muchas de las ciudades importantes de Grecia?

Calista se dio cuenta de que debía cambiar de tema y empezar a aplicar el plan de manera sistemática.

—Quiero hablar de tus relaciones con Alarico, insisto, de lo absurdo de una contienda sangrienta entre los dos militares más importantes del imperio. Aunque si lo prefieres, puedo irme.

Estilicón pensó que nada perdía por conversar con la persa. Su presencia le había despertado los mismos sentimientos que en Ctesifonte. Se había sentido atraído por ella en varias ocasiones, y le apetecía que se quedara. Además, algo en su interior, que no entendía, le decía que era necesario que aquella mujer frenase su instinto de lucha. Por un momento le pasó por la mente que no deseaba ese enfrentamiento con los godos y el resto de las etnias bárbaras integradas en el ejército de Alarico. Albergaba demasiadas dudas y, sin poder controlarlo, se dejó llevar.

Antes de salir del campamento godo, Calista había estado con su preceptor, el sacerdote Aram, al que pidió una droga cultivada y usada en Persia que se extraía de las amapolas y tenía la virtud de proporcionar la felicidad si se ingería en las dosis adecuadas. Se había propuesto que Estilicón la tomara; eso le haría bajar la guardia. Hasta el momento, se había mostrado en exceso tenso y distante con ella.

—¿No me ofreces vino? —preguntó Calista.

—Por supuesto que sí. Aunque debes saber que no vas a conseguir nada de mí.

—¿Nada? No puedes saberlo si no me dejas probar —lo retó Calista.

Estilicón pidió a Nemesio que les llevaran el mejor vino que tuviesen. Calista estaba empezando a concitar la atención del general.

Pero lo primero era lograr que la invitara a quedarse en la tienda. Tenía la ventaja de ser una gran conversadora capaz de atrapar en sus argumentos a cualquier persona, más aún a alguien culto como Estilicón.

La persa aprovechó un momento de descuido del vándalo para añadir una porción de la droga a la jarra de vino. Pero Estilicón, que sospechaba que Calista podría utilizar alguna sustancia para desinhibirlo o algún veneno para matarlo, dio a probar el vino a un sirviente. Se dijo que a Calista no le extrañaría porque era una medida de seguridad habitual entre los generales.

—Parece que el sirviente ha sobrevivido —comentó Calista.

—¿De qué puedes hablar que me interese?

Calista le explicó con todo detalle la jornada ateniense. Le contó también que ella y Alarico se acostaron con dos hetairas y que practicaron el sexo de la forma en la que los griegos lo hacían.

—Sé a qué te refieres —dijo Estilicón mientras bebía de su copa—. En Grecia aprendí en una sola tarde más sobre el sexo que en toda mi vida anterior.

—¿Fue con una hetaira o en tu relación con Hipatia?

Estilicón no quiso contestar a esa pregunta, y esa falta de respuesta dio la clave a Calista. El vándalo se dio cuenta de que aquella mujer parecía tener algunas de las cualidades que le fascinaban de Hipatia. Le parecía muy distinta de Serena, que era más calculadora que apasionada. No se imaginaba a su esposa conversando con aquella vivacidad de los temas más variados.

Cuando empezaron a hacerse patentes los efectos de la droga, por la mente del vándalo pasó la posibilidad de tener una relación con la atractiva persa a la que en su recuerdo veía bailando en el palacio de Ctesifonte. Y, además, se trataba de la consejera de Alarico, lo que la hacía doblemente apetecible.

Pidió a Calista que le hablase de su estancia en Persia coincidiendo con la visita que hicieron Serena y él como embajadores de Teodosio.

Calista le habló de su huida con Alarico, de cómo se escondieron en la torre del silencio, cómo consiguieron secuestrar al general Julio y las dificultades del regreso hasta la Mesia perseguidos por los hombres

de Sapor III.

—Quiero que me hables de ti, de quién te enseñó a cantar y a bailar con esa maestría.

—Fue la propia reina de Persia quien lo hizo. Ella había sido una niña prostituta y la educaron para que lo fuera de un rico aristócrata. Eso suponía aprender todas las artes amatorias, además de música y danza. Cuando la llamaron para servir en exclusiva al príncipe, este se enamoró de ella. Y le procuró los mejores profesores.

—¿Y por qué bailaste con la reina en nuestra presencia?

—Ella me lo pidió… para seducir a Serena.

—Pensaba que había sido Serena la que sedujo a la reina —dijo Estilicón.

—No fue así. La reina me lo contó todo. Desde que vio a la princesa Serena se quedó prendada de ella y se prometió que, antes de que abandonarais Persia, tu esposa pasaría por su cama. No tenía secretos conmigo porque las dos habíamos sido amantes. Seguramente Serena no te dijo que también era una maestra en hacer el amor.

—Serena no mencionó que se hubiera acostado con ella.

—Si te contó que la había seducido, deberías haberlo sospechado.

Continuaron bebiendo y hablando. Calista estaba consiguiendo su propósito, y Estilicón la invitó a que se quedara un rato más para continuar conversando. La seducción del vándalo seguía su curso. Por eso decidió hablar directamente de sexo cuando Estilicón le preguntó:

—¿Has dicho que te gustan las mujeres?

—Si se trata de una mujer bella y que sabe hacer el amor, podría ser una delicia a la que nadie me obligaría a renunciar. Pero, como puedes imaginar, me gustan mucho más los hombres. Por cierto, entre las sirvientas no he visto ninguna mujer verdaderamente atractiva.

—No hay hetairas aquí, solo prostitutas —contestó Estilicón—. Diré que busquen una mujer atractiva mientras comemos.

—¿Eso significa que me invitas a comer? —Calista pensó que el regente estaba ablandándose.

—Sí. Estoy a gusto en tu compañía y nada pierdo por complacerte.

—Entonces tendrás que conseguirme un vestido más adecuado que esta sencilla túnica.

Después de la comida entró una joven etíope de una rara belleza cuyo nombre era Bayi. Portaba un precioso vestido azul traslúcido para Calista.

—Es la mujer más hermosa que han encontrado en los alrededores del campamento —dijo Estilicón.

—Es bellísima —convino Calista—. Me gusta mucho.

Tomó a la joven negra de la mano y dijo a Estilicón:

—Es la hora sexta. Quiero hacer la *meridiatum* en compañía de Bayi.

Una sirvienta las acompañó por un pasillo hasta una habitación de invitados, de un lujo tan excepcional como el del resto de la tienda. La cama no tenía nada que envidiar a la mejor del palacio imperial.

Sin embargo, Calista no hizo nada con la joven etíope más que dormitar un rato. Su idea era que Estilicón las imaginase amándose. Pero la persa no estaba tan bebida como él creía, y se quedó pensando cómo continuar con su plan.

Mientras tanto, el general reconoció para sí que no había pasado un rato tan agradable desde hacía mucho tiempo. Incluso había conseguido olvidarse de sus cuitas con Serena. Pensó en las motivaciones de la persa para visitarlo en su tienda. El hecho de que se tratase de la amante de Alarico le producía sentimientos encontrados. Se sentía seguro porque tenía un mandato del Senado y del emperador Honorio. También porque los godos estaban sitiados; bastaba con dejar que el hambre y la sed hiciesen su trabajo. Además, se encontraba realmente bien, y aunque achacó esa felicidad a que Calista debía de haberle mezclado alguna droga con el vino, no le importó. La aristócrata persa le hablaba de una manera como nunca le habían hablado. Su sensualidad lo atraía de tal forma que le costaba dominarse. Estaba despertando en él sus sentidos más de lo razonable, y pensó que nada perdía con dejar correr sus fantasías sobre lo que estarían haciendo en la habitación las dos mujeres. Podía permitirse el lujo de acoger a aquella persa que no parecía representar peligro alguno, aunque estaría atento por si acaso le había preparado una trampa para asesinarlo.

Calista regresó de la *meridiatum* y Estilicón le preguntó:

—¿Cuándo volverás a tu campamento?

—¿Quieres que me vaya?

—No sé si te será posible, pero me gustaría que te quedases a dormir. He encargado una cena especial en tu honor.

—Nadie tiene que decirme dónde debo dormir. Si tú estás a gusto conmigo, yo también lo estoy contigo. Me quedaré a dormir.

La cena, compuesta de platos griegos, estuvo bien regada con el vino tradicional de la Hélade, el llamado *retsina* por su delicioso sabor a resina de pino de Alepo.

Estilicón había mandado buscar a músicos de Arcadia para concluir la velada. Quería que Calista cantase y bailase para él. Ella aceptó, pero pidió que también acudieran más jóvenes de ambos sexos, Bayi entre ellos, por supuesto. Estilicón encargó a Nemesio buscar mujeres atractivas, y cuando todo estuvo a punto dijo a su asistente que se fuese y que diera orden de que no los molestasen.

Al poco comenzó una fiesta que el general vándalo no habría imaginado ni en sus mejores sueños. Calista llevaba la iniciativa. Cantó y bailó para Estilicón, y la última vez que lo hizo se despojó de toda la ropa al ritmo de la música. Luego hizo salir a los músicos. Pidió a Bayi que se acercase a ella, y ambas comenzaron a besarse y a acariciarse con una lujuria explícita. Después de un rato, dijo a Bayi que fuese con Estilicón. La joven etíope lo desnudó de una manera muy ritual y comenzó a practicar sexo con él. Lo que estaban haciendo recordó al general vándalo su sesión de sexo con Hipatia, Asquenio y Gémina en Atenas. El regente parecía totalmente desinhibido practicando sexo con la etíope mientras Calista lo hacía con una joven griega a la que besaba y le dejaba hacer todo lo que quisiese para que Estilicón la viera. Debía tenerlo varios días en la tienda sin dar órdenes a sus comandantes ni que estos pudieran despachar con él. Hizo que los sirvientes les llevaran licores para impedir que nadie estuviera sobrio ni un momento. Estuvieron hasta muy tarde en su diversión colectiva. A la mañana siguiente Estilicón, Calista y Bayi se despertaron desnudos y abrazados. Calista pidió más bebida. Estilicón, que seguía un poco embriagado, aceptó la invitación de Calista y la besó en los labios. Sin embargo, ella se escapó de sus brazos y buscó a la joven griega que, al verla, se abrazó a ella, la besó y comenzó una

nueva sesión de sexo.

Pero alguien los interrumpió. Calista pensó que su plan podría malograrse. Era Nemesio.

—Los generales quieren reunirse contigo —anunció a Estilicón.

El regente mostró un enfado descomunal. Y no parecía que estuviese bajo la influencia de ninguna droga.

—Te dije que no me molestasen. Fuera de mi vista. Si me hace falta algo ya te avisaré.

Solo tenía en mente acostarse por fin con la persa.

Los días transcurrían a toda velocidad para Estilicón, y no consentía que nadie lo interrumpiese.

Calista dormía abrazada a él, pero no se dejaba penetrar y siempre encontraba la manera de que otra joven se interpusiera. Aun así, compartía con el vándalo la enorme bañera de la tienda imperial donde conversaban desnudos.

—Podría quedarme contigo el resto de mi vida. Nunca me había pasado algo así.

La situación en la tienda imperial duraba ya tanto que por el campamento se extendió el rumor de que el regente se encontraba allí encerrado en compañía de varias jóvenes prostitutas, lo que contrastaba con su fama de persona austera y comedida.

Ese rumor le llegó también a Alarico a través de sus espías, y comprendió que Calista había conseguido su objetivo de lograr que los subordinados de Estilicón tuvieran ahora una imagen distorsionada de su general en jefe.

La relajación iba extendiéndose poco a poco a casi todos los mandos del ejército del regente y, por consiguiente, también a los soldados. Les parecía que la actitud de su superior era una autorización para que todos siguiesen su ejemplo. Y eso hicieron. Como siempre, los *castra* romanos habían sido cuidadosamente trazados desde el foso hasta las vías ortogonales donde se alineaban las tiendas. Pero en esas calles se agolpaban ahora, además de los soldados, mimos, equilibristas, magos, vendedores ambulantes y, sobre todo, vividores que querían sacar rendimiento de la ociosidad de las tropas. La relajación de los guardias que rodeaban el recinto fortificado iba en aumento. Pagados con el

oro de Alarico, las prostitutas acudían por grupos de tres o cuatro cada noche a los puestos de guardia, conseguían llevar a los soldados fuera de sus lugares de custodia y los entretenían todo el tiempo que podían. Eso permitía a los comerciantes codiciosos transportar agua y provisiones al campamento de Alarico. Avituallados los godos, el asedio tendía a eternizarse.

Bajo la absoluta influencia de Calista y sin Claudiano en el campamento, Estilicón fue incapaz de sospechar al respecto de las intrigas que se tramaban en la corte de Constantinopla y en el recinto de carros del rey godo.

La devastación de la amplia zona en la que las hostilidades se desarrollaron había sido total. Si los bárbaros habían quemado todos los bosques de los alrededores, Estilicón había dejado sin suministros a todas las ciudades que podrían haber servido para aprovisionar a los godos, confiscando casi todos los alimentos. Por eso las quejas que llegaban a la corte de Constantinopla no se referían solo a Alarico, también se censuraba la violenta actuación del regente. ¿Cómo resolver esa enojosa situación? ¿Cómo conseguir la paz en una Grecia que había quedado arrasada por la actuación brutal del general Estilicón? El eunuco Eutropio se formulaba estas preguntas en voz alta ante Arcadio y Eudoxia.

La delegación enviada por Alarico llegó a Constantinopla y fue recibida de inmediato por el emperador, la emperatriz y el eunuco Eutropio.

El primero en hablar fue Ataúlfo.

—No podemos permitir que el general Estilicón siga destrozando el Peloponeso —advirtió a Arcadio—. Si logra vencernos, se hará dueño del imperio.

—Estilicón sigue despreciando al emperador de Oriente. Continúa afirmando que en el lecho de muerte Teodosio lo nombró tutor de sus dos hijos, con lo que reivindica su derecho a ser regente de las dos partes del imperio —dijo Eutropio—. Hay que conseguir que él y sus tropas vuelvan a Occidente.

Eudoxia apoyó ambas intervenciones porque no le gustaba que Estilicón interfiriera en los asuntos del Imperio de Oriente, que ella aspiraba a dirigir.

—Alarico ha destrozado con sus bárbaros varias ciudades de Grecia. No debemos dejarlo sin castigo —dijo Arcadio, que, como siempre, estaba tan confuso como adormilado.

—En la actualidad el rey Alarico no ostenta el cargo que le confirió el emperador Arcadio, porque el general Gainas es el jefe de los ejércitos de Oriente —le recordó Ataúlfo—. Lo que quiere decir que Alarico puede considerarse enemigo tanto de Oriente como de Occidente.

—Nosotros no lo consideramos nuestro enemigo —afirmó Eudoxia —. Si hay que mencionar a un enemigo, ese es el general Estilicón.

—Pero lo que tenemos en este momento son dos ejércitos que, si no hacemos algo para impedirlo, van a enfrentarse con un gran coste para el imperio —opinó Walfram—. Y si el vencedor es Estilicón, no dudes que su próximo objetivo será Constantinopla.

—Para eso estamos reunidos —dijo Ataúlfo—. Para buscar una solución que impida el enfrentamiento. Y esa solución debe encontrarse fuera del campo de batalla.

—En Tesalia fue más sencillo. Bastó una carta de Honorio porque el regente no había pedido la autorización del emperador —subrayó Eutropio—. Esta vez, sin embargo, Estilicón tiene una orden del emperador refrendada por el Senado.

—Pero si ataca contra la voluntad de Oriente habrá iniciado una guerra entre las dos partes del imperio —dijo Walfram—. Una guerra que nadie desea.

—Nosotros, desde luego, no la deseamos —aseveró Eudoxia—. Si Estilicón la gana es muy posible que después ataque Constantinopla, y el general Gainas, que había sido su lugarteniente, no se enfrentará con él. Pero tú mismo has dicho que el rey Alarico no tiene ninguna vinculación con Arcadio. Ya no es *magister militum* de Oriente. Eso significa que su enfrentamiento también lo es contra Arcadio.

—Y en caso de guerra, lo mejor es llegar a un tratado de paz —dijo Ataúlfo.

—Estoy de acuerdo —convino Eutropio—. En estos momentos debemos ser prácticos. Yo me inclino por negociar con el rey godo.

—¿Negociar? —dijo pensativo el emperador—. ¿Negociar qué?

—Negociar las condiciones de paz. Hay que acabar de una vez con esta guerra absurda que no ha traído más que muertes y destrucción. Negociar es conseguir una cosa, la paz, a cambio de otra —respondió Walfram.

—¿Qué desea el rey Alarico? —preguntó Eudoxia.

—Alarico estaría dispuesto a firmar la paz a cambio de que lo confirmes en el puesto de gobernador de Iliria y quiere, además, un decreto específico de nombramiento como *magister militum* del imperio —explicó Ataúlfo—. Una vez firmada la paz se retiraría con su pueblo a Iliria, cerca de la frontera de Italia.

—Eso nos permitiría tener asegurada la frontera con Occidente —dedujo satisfecha Eudoxia.

—Estoy de acuerdo —dijo Arcadio—. Lo ratificaré en el cargo de *magister militum*.

—Supongo que Alarico quiere inmunidad por la destrucción de las ciudades de Macedonia, Tesalia, Ática, Beocia y el Peloponeso —comentó Eutropio.

—Los sucesos de Tesalia y el ataque a otras ciudades no fue más que una represalia por un acto a traición de los tesalianos —dijo Ataúlfo.

—Arcadio es el emperador con jurisdicción en las ciudades saqueadas. Habrá que darles una compensación por los daños sufridos —apuntó Eutropio.

—Alarico no aceptará pagar ninguna compensación por algo que considera actos de desagravio —aseguró Ataúlfo.

—Pero Arcadio debe tener un gesto con las ciudades destruidas —insistió el eunuco.

—A eso no nos opondremos —aceptó Ataúlfo—. Si el emperador quiere ser generoso con esas ciudades, por nuestra parte no habrá ningún inconveniente. Aunque también debe quedar claro que el pueblo godo conservará el botín.

—Eso es excesivo —dijo Eudoxia.

—La otra opción es tener al general Estilicón a las puertas de

Constantinopla… —intervino Eutropio.

—No, no. —Eudoxia interrumpió al eunuco—. ¿Algo más?

—Solo una cosa —dijo Ataúlfo—. Alarico desea tener libertad de acceso a todas las fábricas de armas y arsenales del imperio.

—Eso está dentro de las competencias del *magister militum* —respondió el somnoliento Arcadio.

—Lo sabe —afirmó Ataúlfo—. Pero quiere que figure expresamente en su nombramiento.

—Que así se haga —zanjó Arcadio.

—Hay que preparar una carta urgente para tu hermano Honorio, emperador —dijo Eutropio.

—Redáctala —le ordenó Arcadio.

El mensajero tenía orden de entregar la carta al propio emperador Honorio, con el encargo adicional de que no tuviese noticias de ella la regente. Cuando Honorio recibió la misiva de su hermano, estaba como casi siempre reunido con su hombre de confianza, Olimpio. Ahora era el eunuco Eutropio el que enviaba a Olimpio una misiva paralela con la petición de convencer a Honorio de ceder a lo que se le pedía, a cambio de una gran suma de oro. En eso seguía al pie de la letra la misma política que el fallecido Rufino.

Olimpio leyó la carta en voz alta:

> Mi augusto hermano Honorio, a quien Dios Todopoderoso bendiga y conserve la salud muchos años para el bien de Roma, tengo que lamentarme ante ti de nuevo. Otra vez el odioso general Estilicón ha entrado ilegalmente en Grecia sin mi autorización y en esta ocasión se me informa de que lo ha hecho con tu permiso y el del Senado de Roma. No es necesario que te recuerde que ese territorio me pertenece por el testamento de nuestro divino padre. Pero ahora la situación es mucho más grave. Tu regente, en su obsesión por derrotar a Alarico, ha arrasado y destruido todo el Peloponeso. Las quejas de los ciudadanos y los mandatarios se acumulan en la antesala de mi despacho. Nada ha respetado de la feliz Arcadia, tan querida por los griegos. Además, me llegan noticias de que en el campamento de tu regente reina la desolación moral. Mis informadores afirman que el propio Estilicón ha caído embaucado por unas prostitutas. Todo esto debería concluir enviando al general Gainas a echarlo de Oriente. Sin embargo, actuar así supondría destrozar nuevamente los ejércitos y

dejar el imperio a manos de invasores bárbaros. Te propongo, pues, una solución mejor. El rey Alarico está dispuesto a firmar un tratado de paz por el que se compromete a abandonar Grecia y a no volver a atacar ninguna otra ciudad. ¿Permitirás que tu regente siga destrozando el Peloponeso y continúe un enfrentamiento que solo él desea y que lo único que traerá es más muerte y destrucción de la que ha habido hasta ahora? Recuerda que nuestro divino padre consiguió mantener a raya a los bárbaros pactando con ellos. ¿No estará tu regente defendiendo sus propios intereses y el futuro de su propia familia? Si no ordenas inmediatamente la vuelta de Estilicón y su ejército a Occidente, declararé la guerra y ordenaré al general Gainas que se una al ejército del rey Alarico y marche a enfrentarse a Estilicón. Será una nueva guerra civil. Confío en tu cordura y tu sometimiento a las leyes del imperio y a la voluntad de nuestro padre, el divino Teodosio. Que la Santísima Trinidad te proteja y te guarde junto a tu prometida María y os regale a ambos un futuro lleno de hijos que os hagan felices para gloria de Dios nuestro Señor.

Cuando Olimpio terminó de leer la carta, firmada por Flavio Arcadio Augusto, el emperador niño dijo no haber entendido del todo la pretensión de su hermano. Olimpio se lo aclaró:

—Arcadio va a firmar con Alarico un tratado de paz, como hizo tantas veces el divino Teodosio con Atanarico, Alarico y otros caudillos bárbaros.

—Pero yo mismo autoricé ante el Senado al regente para marchar sobre Grecia, imponer la paz y expulsar a los bárbaros fuera de las fronteras del imperio.

—La situación no es la misma que cuando Estilicón partió —adujo Olimpio—. No ha de imponer la paz porque Alarico está dispuesto a aceptarla sin derramamiento de sangre y sin más destrucción. Con eso cesará la violencia que llevó al regente a Grecia. Si ahora ataca a Alarico, se desatará una guerra civil con consecuencias impredecibles para el futuro del imperio. El propio general Gainas se enfrentaría al general Estilicón. Debes convocar cuanto antes al Senado para que se haga cargo de la nueva situación. Si Alarico quiere firmar la paz, nada tiene que hacer el ejército occidental en una provincia que no le pertenece. Por ello, has de informar al Senado de que ordenas el regreso de Estilicón.

Honorio se quedó pensativo. Tendría que comunicar a los senadores una orden contraria a la que había dado no hacía mucho.

—Tienes que saber que el servicio de Estilicón no te favorece en nada —continuó Olimpio—. Los regentes solo piensan en sus propios intereses. A pesar de haber sido un hombre de la confianza de tu padre, Estilicón es un lobo con piel de cordero. Su simpatía por los bárbaros es un clamor público. En cuanto a su esposa, la regente Serena, solo tiene en mente el futuro de su hijo Euquerio, y tú y tu hermano le estorbáis.

Honorio parecía estar casi convencido de firmar la orden de regreso del ejército de Occidente. No obstante, su expresión denotaba dudas lógicas en un niño de once años. Por eso Olimpio añadió:

—¿Crees realmente que el regente quiere acabar con Alarico? Es evidente que desea vencerlo, pero para imponerle un tratado en su propio beneficio. Lleva demasiadas semanas de un asedio interminable. Y esa información que nos llega de las prostitutas en la tienda real es más que sospechosa.

La orden de regreso del regente, escrita como la anterior de puño y letra del emperador, llevaba la firma de este y la del Senado al completo. El grupo católico nunca había visto con buenos ojos la libertad de culto que Estilicón había impuesto de hecho en la parte occidental del imperio. ¿Qué hacían esos filósofos y poetas paganos como Claudiano en el núcleo más íntimo de los regentes? Se decía que Euquerio había sido educado en el paganismo y temían que, no pasando demasiado tiempo, Estilicón se deshiciera de los emperadores hijos de Teodosio e impusiera a su propio hijo, un pagano, como emperador de Roma. Y les causaba desconfianza que todos los generales que Estilicón había nombrado desde que tomó el poder fueran bárbaros. El grupo de los paganos en el Senado también estaba descontento con él y su raquítica política de defensa de sus derechos a ejercer su culto públicamente, y, aunque querían la expulsión de los bárbaros, temían una nueva e inevitable guerra civil entre las dos partes del imperio.

En cuanto la llamada a la celebración de un plenario urgente del Senado llegó a oídos de Claudiano, que esa vez no había podido cumplir su objetivo de espiar los pasos del emperador porque Olimpio se lo había impedido, se dirigió a las dependencias de la regente,

quien ya estaba al corriente incluso de las noticias de la vida disipada de su esposo en el campamento.

—¿Una convocatoria de urgencia? ¿Sabes algo más? —preguntó Serena al poeta.

—No. Olimpio no deja que nadie se acerque a Honorio. Temo que Estilicón esté perdiendo la confianza del emperador —dijo Claudiano —. Además, no debes hacer caso de los rumores que tratan de ensuciar la imagen del regente.

—Hay que adelantarse. Es preciso conseguir que mi esposo se entere de que lo están traicionando y difamando.

—Las insidias nos rodean —reflexionó Claudiano—. Ya te advertí de que no debías fiarte de Eutropio. Es peor que el mismísimo Rufino.

—Nos vamos a Grecia —zanjó Serena—. Saldremos hoy mismo y mañana por la noche tomaremos un barco en Aquilea. Encárgate de que lo preparen todo.

Cuando el mensajero de Honorio partía hacia el Peloponeso, Serena y Claudiano llevaban tres días de ventaja. La regente iba protegida por una nutrida escolta de la guardia imperial. El viaje por mar fue muy rápido al haber encontrado viento favorable.

—¿Enviarás a un mensajero para anunciar tu llegada?

—No, querido poeta. Sorprenderé a mi marido.

El carruaje de Serena se detuvo delante de la tienda imperial. Nemesio, que se había quedado lívido al ver a la regente, ordenó a un sirviente que la ayudara a bajar mientras él informaba al general.

—No, Nemesio. No hace falta que lo avises. Quiero darle una sorpresa.

La regente entró de improviso en la sala central de la tienda imperial, pero no vio a Estilicón entre las jóvenes desnudas que estaban tumbadas en las alfombras. Siguió buscándolo, hasta que lo halló dentro de la bañera con Calista. Mantenían una conversación muy animada. Solo se percataron de la presencia de Serena cuando esta se dio la vuelta para salir.

—Echa a las putas —dijo a Nemesio.

Claudiano no acertaba a imaginar lo que pasaba dentro de la tienda. Estaba confundido, sobre todo cuando vio salir a las prostitutas desnudas y, poco después, a Calista, que iba vestida con la túnica con la que había llegado. Nemesio le llevó su caballo y la persa se fue sin intercambiar ni una palabra con Serena ni con Claudiano.

El poeta se disponía a entrar, pero Serena ordenó con autoridad:

—¡Que salgan todos!

Estaba tranquila, y se expresó con palabras suaves:

—No hace falta que me expliques cómo ha ocurrido, Estilicón. Después de verte con Calista en la bañera, puedo recomponer en su integridad el relato de los hechos. Vi de qué modo la mirabas en Persia mientras bailaba con la reina, pero pensé que se quedaría allí para siempre. Lo que me extraña es haberla hallado aquí porque estaba convencida de que era la amante de Alarico.

—No me he acostado con ella.

—Me vuelvo a Mediolanum. Si he venido es solo para comunicarte personalmente que las dos cortes están maquinando planes contra ti. Honorio convocó al Senado y en breve llegará un mensajero con la orden de que regreses a Occidente sin combatir.

—Esta vez no cumpliré ninguna orden que intente impedir que ataque a Alarico.

—Si el Senado y el emperador te han desautorizado, poca cosa podrás hacer. Has perdido un tiempo precioso. Pero tienes la posibilidad de arreglarlo si te das prisa.

—¿No te quedarás a dormir?

—¿Con el hedor a puta que hay en la tienda? Necesitarás muchos días de ventilación y limpieza para que se vaya —le espetó Serena—. Pareces drogado. ¿Qué te ha dado esa persa?

—Solo he bebido vino.

—Por el brillo de tus ojos y tu torpeza creo que has tomado algo más. ¿Cómo te has dejado engañar? Los hombres os volvéis idiotas cuando se os pone delante una mujer atractiva.

Alarico abrazó a Calista cuando esta bajó del caballo delante de la

tienda real.

—Estoy muy cansada —dijo la joven—. Han sido muchos días encerrada en aquella tienda. —Miró a los ojos del rey godo—. ¿Lo hemos conseguido?

—Del todo.

—Serena ha terminado con la farsa, Alarico —le comunicó Calista.

—¿Ha venido Serena?

—Ella ha ordenado que me echen de la tienda imperial.

—No hace falta que me cuentes los detalles. Si la regente está aquí, cabe deducir que Estilicón estará preparando a su ejército para atacar. Ha llegado el momento de poner en marcha la segunda parte de la obra de teatro.

Poco después, reunió a sus más cercanos colaboradores.

—Hay que actuar a toda prisa —les dijo—. Quiero que conozcáis a la persona que viene de parte de Eutropio a simular una negociación del tratado de paz.

Acto seguido, Alarico ordenó a Armín que mandara entrar a Jovio, un romano cultivado que había hecho de intermediario entre Olimpio y el eunuco. Tenía unos treinta años, era alto, de pelo castaño y ojos marrones. Vestía una túnica blanca con una cinta púrpura bordada rodeando toda la prenda. Por su manera de andar y presentarse, se notaba que había estado toda su vida en los despachos de los palacios imperiales. Su presencia imponía seriedad y producía respeto.

—Salud, Jovio —dijo Alarico, y pasó a presentarle a Calista y a Ataúlfo—. Formarán conmigo la delegación que negociará contigo y tus hombres el tratado de paz.

—Es necesario que prolonguemos las conversaciones hasta que llegue una carta de Honorio dirigida a Estilicón por la que le ordena regresar con el ejército a Occidente —le comunicó Jovio.

—¿Has traído el documento en el que consta el acuerdo?

—Sí. No hace falta que discutamos nada —le recordó Jovio—. Solo tenemos que escenificar la negociación.

Ataúlfo leyó el acuerdo y comprobó que recogía todo lo que había negociado con Arcadio en Constantinopla.

—Lo firmaremos en el campamento de Estilicón.

—¿Es necesario hacerlo allí, precisamente? —dijo Calista—. Ya lo hemos humillado bastante.

—Sí, lo es —respondió Jovio—. Sus tropas y, sobre todo, sus generales han de ser testigos de nuestra farsa.

—¿Qué puesto ocupas en Constantinopla? —preguntó Alarico.

—No trabajo en Constantinopla. Siempre lo he hecho en la administración de Mediolanum. Era el intermediario entre Olimpio y Eutropio. Estoy aquí tan solo para cumplir este cometido, pero en cuanto pueda regresaré a Occidente. En la corte me han ofrecido un puesto de adjunto al prefecto de la ciudad.

—¿Estilicón te conoce? —indagó Ataúlfo.

—Es posible que me haya visto alguna vez en el palacio imperial. Pero no creo que me recuerde ya que jamás he hablado con él —contestó Jovio—. Además, me he dejado crecer la barba. En cualquier caso, si dice acordarse de mí lo negaré.

El mensajero del emperador de Occidente no había llegado todavía al Peloponeso cuando se presentaron en el campamento de Estilicón los funcionarios enviados por Arcadio y pidieron hablar con él. Después de que sus poderes plenipotenciarios fuesen validados, el regente les hizo entrar en su tienda para que explicasen las razones de su presencia.

—Mi nombre es Jovio —se anunció el portavoz—. Mis hombres y yo venimos como plenipotenciarios del emperador Arcadio.

—Tu cara me suena, pero no logro recordar de qué —dijo Estilicón.

—Jamás te había visto antes —aseveró Jovio—. Tenemos órdenes del emperador de entablar conversaciones con el rey godo Alarico con el fin de acordar un tratado de paz.

Al oírlo, el general vándalo sufrió un ataque de ira.

—¿Qué puede negociar Arcadio con el hombre que ha devastado Grecia? ¡No hay que negociar nada! ¡¡¡Nada!!! —repitió—. Después de lo que ha hecho, solo se le puede exigir la rendición. De lo contrario, merece que lo masacremos junto con sus tropas.

El portavoz dirigió a Estilicón una mirada intensa como para

recordarle que en esa parte del imperio él no tenía jurisdicción. Aun así, se limitó a decirle con autoridad:

—Tienes que habilitar un espacio en tu campamento donde reunirnos con el rey godo y sus consejeros.

—¡Fuera de aquí! ¡No os cederé ningún lugar para negociar ni para ninguna otra cosa!

El regente estaba fuera de sí y sus gritos hicieron entrar en la tienda a los generales.

—¡Echad a esta gente del campamento y poned a las tropas en disposición de combate! Vamos a derribar el recinto de los godos —les anunció, incapaz de contener su indignación.

Cuando finalmente calló, intervino de nuevo el portavoz de la delegación:

—Estamos intentando llegar a un acuerdo, y tú, después de destruir el Peloponeso, ¿quieres dejarlo sembrado de cadáveres romanos? —Jovio se interrumpió brevemente para concluir—: Te recuerdo, una vez más, que careces de jurisdicción en Grecia para tomar cualquier tipo de decisión.

Después de ser acusado de destruir el Peloponeso, Estilicón volvió a estallar.

—¡Salid de mi campamento! ¡Fuera, he dicho!

El propio regente echó a empujones de la tienda a Jovio y al resto de la delegación de Arcadio. No esperaba esa iniciativa por parte de Constantinopla. Pensó que le resultaba sospechoso que el emperador Honorio hubiese accedido con tanta facilidad a la segunda invasión de Grecia y veía la sucia mano de Olimpio en ello.

Cuando iba a dar la orden de atacar el campamento de Alarico, el general Favrita le habló:

—¿Cómo justificarás ante el Imperio de Oriente que has negado la posibilidad de negociar a unos enviados plenipotenciarios estando dentro de su territorio? Impedirles esa negociación significa hacerte responsable del desastre que podría suponer un ataque al campamento de Alarico. Caerían sobre ti los miles de muertos y te acusarían de no haber intentado la paz. —El rostro de Estilicón se ensombrecía más y más a medida que Favrita avanzaba en su argumentación—. La

advertencia del portavoz ha sido muy clara: careces de jurisdicción para evitar esa negociación. Si das la orden de atacar a Alarico, será el comienzo de una nueva guerra civil.

El general Sarus no estaba de acuerdo. No quería verse burlado como la vez anterior y, además, estaba deseoso de combatir contra las tropas del rey godo. Pero prefirió callar. No podía oponerse a los argumentos de su colega. Hacerlo suponía una insurrección contra el Imperio de Oriente.

Finalmente, Estilicón no dio la orden de atacar el campamento godo y se vio obligado a ceder una amplia tienda para que sirviese de alojamiento a los plenipotenciarios y, también, como sede de las sesiones de negociación.

Alarico llegó al campamento de Estilicón acompañado de Ataúlfo, Calista y su guardia personal. Se lo veía orgulloso en su caballo y no se notaban en él los efectos de un asedio prolongado. La tranquilidad que denotaba su expresión era la prueba de que todo lo que se pretendía tratar en aquella reunión ya se había hablado con anterioridad. Las negociaciones iban a ser una farsa, una escenificación de algo que ya habían acordado Walfram y Ataúlfo con Eudoxia y el eunuco Eutropio.

Durante los días que duraron se estableció cierta amistad entre Alarico y Jovio. Calista siempre estuvo presente en las conversaciones.

Por las noches, los negociadores godos regresaban a su campamento. Como en muchas otras ocasiones, Calista se quedaba en la tienda de Alarico para comentar las estrategias a llevar a cabo.

—Ese Jovio es un político que puede ayudarnos —dijo Calista.

—¿En qué puede ayudarnos?

—Ya sé que el documento final está pactado y que solo esperamos a que llegue el mensajero con la carta de Honorio desautorizando a Estilicón. No se trata de este momento —explicó Calista—. Pero se le ve una persona muy inteligente que va a trabajar en Roma, y podría ser tu contacto para saber lo que se trama en Occidente.

Alarico nunca acababa de asombrarse de la capacidad y el ingenio

de Calista. Él también se había dado cuenta de que Jovio les estaba tendiendo la mano para continuar colaborando después de que se acabase la farsa que estaban representando en aquel lugar perdido de la Arcadia.

Estilicón estaba sumido en un profundo abatimiento. Ahora era consciente de que todo había sido una conjura del eunuco con la complicidad de los consejeros de Honorio. Pero su abatimiento tenía que ver más con sus dudas y la asunción de las consecuencias de su inacción. Cuando recibió la carta del emperador en la que le ordenaba cesar las hostilidades y regresar inmediatamente, los negociadores dieron por finalizadas las conversaciones e hicieron público el documento del acuerdo. Eso acabó por derribar del todo el ánimo del regente. No tanto por no haber podido luchar, sino porque lo acusarían de haber perdonado de nuevo a los godos. La obra política que construyó con el emperador Teodosio para dar estabilidad al imperio estaba desmoronándose desde sus cimientos.

Los negociadores, que estaban avisados de la llegada del mensajero, se limitaron a salir de la tienda que se les había asignado y enviaron a Estilicón una copia firmada del pacto en el que no se habían incluido las cláusulas secretas. Se garantizaba la paz en Grecia y el rey godo se comprometía a dejar de inmediato el Peloponeso. A cambio, el emperador Arcadio lo ratificaba como *magister militum* de Oriente y como gobernador, pero esa vez solo de Iliria. Además del pago regular de una considerable suma como ejército imperial, le daba libre acceso a solicitar el armamento que quisiera de las fábricas y los almacenes imperiales. Nada se decía, pues, de la impunidad pactada ni de la autorización para conservar en su poder la totalidad del botín obtenido en los saqueos.

El todopoderoso general nada podría hacer. Objetivamente, las intrigas se habían impuesto sobre las armas que debían castigar la osadía del rey godo y las calamidades que su ejército habían causado.

Estilicón ordenó el levantamiento de los *castra* y el regreso del ejército y la flota a Occidente. Al abatimiento se sumaba la vergüenza

de haber dejado escapar otra vez a Alarico, que le había vencido de nuevo sin llegar al enfrentamiento militar. Pero, además, estaba su deteriorada relación con Serena. De su cabeza no se borraba la imagen de la regente mirándolos a él y a Calista cuando los sorprendió desnudos en la bañera.

La tristeza de los soldados que levantaban el campamento contrastaba con las manifestaciones de alegría que se oían dentro del recinto de carros. Tanta era la euforia de los godos que sus gritos animados llegaban hasta la tienda del regente. Gracias a la astucia de su rey, ya tenían un lugar donde establecerse y lo obtenido como botín era más que suficiente para subvenir a sus necesidades, aunque dentro del acuerdo estaba el pacto de una paga regular para los soldados.

La corte de Constantinopla celebraba como un éxito haber expulsado a Estilicón por segunda vez y se felicitaba por haber conseguido instalar al pueblo godo como guarnición de la frontera con Italia.

Por su parte, las tropas de Estilicón solo deseaban una cosa: que el regente les ordenara partir de inmediato hacia Constantinopla, derrocar al eunuco y a quienes lo apoyaban y que se declarase regente de las dos partes del imperio. Finalmente acabó aceptando que la derrota le había llegado por la vía de la intriga y la astucia. Por una especie de juego de magia, Alarico era ahora el más alto funcionario militar del Imperio de Oriente mientras que él era el traidor y el rebelde. Él, que hasta el momento había sido el gran héroe de Occidente por su capacidad militar y política, era visto cada vez en mayor medida como un traidor.

Sus enemigos iban en aumento, y entre ellos se extendía una acusación que no dejaría de amplificarse: el regente era un bárbaro cuyos intereses no eran los de Roma, sino los de los invasores del norte a los que facilitaría hacerse con el poder en cuanto le fuera posible. Dos veces tuvo a Alarico a su merced y las dos lo dejó escapar.

Lo que los ciudadanos romanos veían era que pueblos enteros de bárbaros, con sus propias costumbres y leyes, campaban libremente por el territorio sagrado del imperio dedicados al pillaje. Cómo

lamentaban la equivocada decisión de Valente de dejarles cruzar el Danubio como refugiados que huían de la guerra. Después de lo ocurrido en Grecia, estaban convencidos de que la decisión correcta habría sido dejarlos morir a manos de los hunos o ahogados en el Danubio. Roma había salvado la vida de todo un pueblo, y la respuesta de este fue destrozar el ejército romano en Adrianópolis y matar al emperador que les había franqueado la entrada. Tampoco el gran Teodosio se libraba de las críticas. En lugar de vencerlos y expulsarlos, alcanzó numerosos pactos con ellos e incluso llegó a homenajear y erigir una estatua en Constantinopla en honor del atroz rey Atanarico. Por toda esta cadena de errores y negligencias debían soportar ahora al sobrino de aquel rey, tan sanguinario o más que él, que estaba instalado en la provincia de Iliria arropado con el manto de *magister militum* y amenazaba la seguridad del Imperio de Occidente. De nada les servía lamentarse en ese momento de los errores de emperadores que ya habían muerto, porque tenían a un general al que podía culparse de todos los errores actuales y de los males que acosaban al imperio: Estilicón. Sin embargo, el monstruo que provocaba el pavor de los romanos era el rey godo y sus cada vez más numerosas huestes. Había demostrado una sagacidad y una astucia fuera de toda duda. Pero había quien pensaba que si el rey godo era cada vez más poderoso, se debía a que gozaba de la protección de Estilicón y por eso lo había dejado escapar.

Las miradas de odio también se dirigían al todopoderoso chambelán de Oriente. Acusaban a Eutropio de ser el artífice de aquel desgraciado acuerdo que ponía en la frontera de Italia al ejército bárbaro que había devastado toda Grecia y robado la mayoría de sus tesoros. El odio hacia el eunuco crecía tanto como el rencor hacia el regente o el miedo a Alarico.

31
Una máquina de guerra

De la mano de su carismático rey, el pueblo godo gozaba ahora de la prosperidad derivada de los botines conseguidos en los pueblos y las ciudades de Grecia, y eso que veinte años atrás entró en el imperio en calidad de nación refugiada y se vio despojado de todos sus bienes tras pasar el Danubio.

Desde la firma del acuerdo con los delegados plenipotenciarios de Oriente y con la codicia de sus hombres temporalmente colmada, Alarico creyó que había llegado el momento de ejercer su mando como gobernador de una de las provincias más ricas. Quería demostrar que, además de general, podía ser un buen defensor de los intereses de Roma y, en particular, de la provincia a su cargo. Ya era *magister militum* del Imperio de Oriente. No obstante, ese nombramiento le resultaba insuficiente, deseaba serlo de ambas partes. Para conseguirlo, tenía que convencer a Occidente con la potencia de un ejército invencible. Debía seguir reclutando a los bárbaros que pasaban sin problemas la frontera del Danubio. Incluso hizo llamar a los numerosos godos que al mando de su tío Atanarico no quisieron entrar en el imperio y se habían refugiado en las montañas de la Dacia tras la llegada de los hunos. Eran los más belicosos y después de la llamada de Alarico emprendieron el camino hacia Iliria.

Pero el rey godo no se limitaría a incrementar los efectivos de sus tropas. Estaba convencido de que la derrota puntual que sufrió en el Peloponeso se debió al hecho evidente de que el ejército de Estilicón disfrutaba de una serie de ventajas de las que ellos no gozaban: en

primer lugar, la disciplina de los soldados; en segundo lugar, el adiestramiento en la táctica y la estrategia militar de los mandos. La victoria de Adrianópolis fue un milagro, un espejismo que no se repetiría si los soldados bárbaros no imitaban a los romanos en el adiestramiento y la obediencia. Y era muy complicado porque las legiones romanas tenían una tradición de más de mil años, algo que no podía conseguirse en solo unos meses. Se necesitaba tiempo, mucho entrenamiento y unos mandos que tuviesen toda la autoridad sobre sus unidades y estuviesen dispuestos a castigar con dureza a los que no cumpliesen estrictamente con la disciplina que pensaba imponer.

Había, sin embargo, otra cuestión más importante que las anteriores: las armas de los godos eran de una calidad ínfima. Las lanzas, las espadas, los escudos o las corazas no aguantaban ni un combate completo. Precisaban armas tan buenas como las romanas. Los soldados godos solo eran mejores en las unidades de caballería. Por eso el tratado que Alarico había firmado con el emperador Arcadio incluía una cláusula en la que se especificaba que estaba autorizado a disponer sin límites de los arsenales y de las fábricas de armas, cascos, corazas y uniformes. Su objetivo no era únicamente crear el ejército más numeroso. Para vencer a Estilicón, necesitaba que ese ejército estuviera bien adiestrado y sometido a una disciplina militar firme, y también debía disponer de las mismas armas que las legiones.

A las autoridades y los ciudadanos de Oriente y Occidente no les pasaba desapercibido lo que el rey godo estaba haciendo. Estilicón vigilaba de forma permanente la frontera y, como Alarico, preparaba a su ejército porque sabía que era cuestión de tiempo que se produjera un nuevo enfrentamiento. Los ciudadanos romanos temblaban solo de pensar que Alarico, aquel monstruo que ellos mismos habían creado, un día u otro caería sobre el Imperio de Occidente a sangre y a fuego.

Los habitantes de Iliria, por su parte, descubrieron pronto que los godos habían llegado para quedarse. El rey godo no montó un gran campamento, sino que distribuyó aquel inmenso conglomerado de pueblos a lo largo de toda la frontera con Italia, separando las diversas

unidades bajo el mando de un comandante cada una de ellas. En unos meses, los soldados de Alarico iban uniformados como las legiones. Patrullaban para garantizar la seguridad en toda la frontera e incluso habían conseguido erradicar la delincuencia. Con él se acabaron los ladrones y los salteadores. Eso había causado la estupefacción de los ciudadanos romanos bajo su jurisdicción, pues ya no veían a los nuevos vecinos como indómitos y broncos bárbaros sino como soldados romanos que solo se distinguían por su mayor altura y sus cabelleras rubias. Mientras proseguía con la modernización de sus tropas, Alarico gobernaba la provincia, impartía justicia e incluso recaudaba los impuestos.

Con el acantonamiento de las tropas godas junto a la frontera italiana, el emperador Arcadio había conseguido soterrar, aunque no erradicar, la codicia de Occidente respecto de las provincias que Teodosio había entregado a Oriente en su testamento. Pero Arcadio había obtenido también algo más importante: el respeto y el temor de los altivos patricios de Occidente, que, ante la presencia amenazante de Alarico, sentían que el problema de la seguridad se había trasladado al otro lado del imperio.

Las fábricas de armas trabajaban a un ritmo frenético para satisfacer las demandas infinitas del rey godo, que estaba creando arsenales para contener hasta cuatro veces más armas de las que necesitaban las tropas, que se multiplicaban por la llegada constante de más inmigrados bárbaros dispuestos a sumarse al proyecto de aquel admirado soñador. Alarico no ocultaba sus intenciones y, en la medida en que su ejército estaba más entrenado y era más disciplinado, los temores de Roma también crecían. Ahora, con todos los aprovisionamientos resueltos, decidió por primera vez en su vida utilizar la paciencia como arma estratégica. Iba a hacer sufrir a sus enemigos durante mucho tiempo. Para los romanos de Occidente era como tener un matón a la puerta de su casa esperando para asesinarlos, y además estaba perfectamente informado de las intrigas del eunuco y sabía que no corría peligro de ser atacado por Occidente. Por otro lado, las noticias que llegaban desde el Rin confirmaban que pueblos bárbaros enteros estaban preparados para entrar en suelo del

imperio en el momento en que las fronteras quedasen desguarnecidas.

La paciencia de Alarico tenía mucho sentido. Hasta que sus previsiones en cuanto a tamaño del ejército y adiestramiento no estuvieran satisfechas, permanecería en aquella provincia dedicado en exclusiva a ejercer como rey godo y gobernador de Iliria. Cuando estuviese en disposición de atacar Occidente, exigiría al emperador su nombramiento como general en jefe de todos los ejércitos de Roma y comenzaría su sueño de regenerar el imperio y devolverle el esplendor de la época del emperador que más admiraba, el divino Augusto. Continuaba por ello incrementando sus tropas con nuevos contingentes bárbaros que seguían pasando la frontera del Danubio e incluso la del Rin, pero también con desertores de los ejércitos de Gainas y Estilicón que apreciaban que el ambiente de aquel reducto bárbaro les resultaba más cercano y familiar porque se vivía según las costumbres de sus pueblos de origen. Allí, además, estaban al socaire de las miradas prepotentes y de desprecio que sobre ellos lanzaban los que se consideraban auténticos romanos. Por último, esclavos escapados o liberados encontraban asimismo un refugio seguro en los campamentos de Iliria.

En Occidente conocían las actividades de los campamentos godos. Lo que más los aterrorizaba era el monstruoso arsenal que Alarico había ido acumulando durante esos años, pero también les producía un extremo pavor el hecho de que todos los bárbaros sin un jefe conocido acabaran recalando en los acantonamientos de Iliria.

Alarico vivía en una especie de isla equidistante de los dos imperios, dedicado en exclusiva a perfeccionar su ejército. Pero tanto en el de Oriente como en el de Occidente se producían hechos que, de alguna manera, podrían afectar a los intereses del rey godo. Durante ese periodo de paz, la reputación de Alarico iba creciendo entre los bárbaros. No tan solo por su origen o su demostrada capacidad como militar; más allá de eso, veían en él a la persona que los vengaría de las humillaciones que habían sufrido y seguían sufriendo a manos de los soberbios romanos. El balto iba a poner en su sitio a aquellos cuya arrogancia les hacía considerarse superiores, aquellos que los habían excluido desde siempre de ese concepto del que se sentían tan

orgullosos y que llamaban *humanitas*. Porque, para los romanos, los bárbaros no pertenecían a la *humanitas*, formaban parte de lo que denominaban *gens barbarica* y solo podían aspirar a ser sirvientes o colonos de segundo orden.

Aislado en su isla de paz, el rey godo recibía periódicamente las noticias de todo lo que sucedía en ambas partes del imperio a través de Eutropio, que había conseguido un control relativo de la Bárbara y ejercía un poder casi absoluto en nombre del emperador, quien no osaba llevarle la contraria. Pero el eunuco estaba cada vez más descontento de que ese poder fuese simplemente vicario. Él se consideraba preparado como el que más para ocupar cualquier cargo del imperio. Incluso el de emperador. Y lo cierto era que actuaba como tal. Todos sabían que solo él y en cierta medida la emperatriz Eudoxia mandaban. Lo que el todavía chambelán esperaba en cualquier momento era convencer al emperador para que lo nombrara patricio, y eso que en Constantinopla no era necesario pertenecer a una familia patricia para ascender. No obstante, a juicio de Eutropio era el paso previo para ser nombrado finalmente prefecto del pretorio. A pesar de todo, hacía ostentación de su poder y lo ejercía con una desfachatez que no casaba con la extrema prudencia y sagacidad que había demostrado hasta la muerte de Rufino. Esa prepotencia enojaba a Eudoxia, que no se atrevía a oponerse a él por temor a que hiciese públicas las pruebas que había acumulado sobre sus infidelidades.

La extrema codicia del eunuco se tiñó de crueldad. Al igual que Rufino, cuando quería las riquezas de alguien lo hacía juzgar por delito de lesa patria y, tras la ejecución o el destierro, sus bienes quedaban confiscados y pasaban a formar parte del patrimonio del chambelán. Las clases altas de Constantinopla detestaban esas constantes iniquidades porque sabían que en cualquier momento podían verse afectadas por un simple capricho de Eutropio.

Hizo, además, que el emperador lo nombrase sumo magistrado y lo designase general del ejército para poder influir en todas las decisiones militares y hacerse par de su enemigo Estilicón. Vestido con el uniforme y protegido por una escolta de aspecto impecable, se paseaba a caballo por las calles de Constantinopla componiendo una

figura risible que en nada se parecía a la apostura de un verdadero general. Le faltaba el empaque y la desenvoltura de quienes estaban acostumbrados a ejercer el cargo. La deplorable estampa del supuesto general le valió un apodo que se generalizó en el imperio. Desde entonces, lo llamaban la «vieja amazona».

Las noticias de los desmanes del eunuco y la debilidad del emperador Arcadio llenaron de temor a Occidente. Aunque no era culpable de lo ocurrido, la legendaria fama de Estilicón había ido menguando. Pero continuaba siendo el regente. Eutropio y la emperatriz Eudoxia buscaban una fórmula para impedir que el general vándalo pudiera volver a entrar en Oriente. El eunuco era tan rencoroso que obligaba a Arcadio a enviar constantemente cartas cada vez más injuriosas a su hermano en las que le exigía compensaciones por la destrucción del Peloponeso por parte de Estilicón. El propio Eutropio, en su calidad de general, dirigía cartas insultantes a Estilicón que este último se abstenía de contestar. Todas las actuaciones iban dirigidas a conseguir que la separación entre las dos partes del imperio acabase siendo definitiva.

Por esa época, en el otoño del año 396, el eunuco empezó a vestirse de patricio y adornaba su cuerpo y sus vestidos con las joyas más costosas. La emperatriz le dejaba hacer porque compartía muchas de sus decisiones, en especial la de separar definitivamente Oriente de Occidente. Se reunían con frecuencia sin la presencia del emperador.

—Ahora son los occidentales quienes tienen los problemas. Las tropas de Alarico están en Iliria y los bárbaros del Danubio se van agrupando allí para defendernos de Occidente. Las dificultades se le acumulan al regente en el Rin. Creo que tendremos tranquilidad durante bastante tiempo —afirmó la emperatriz.

—Sí. Parece que Estilicón va a tardar mucho en volver. Pero creo que debemos hacer alguna cosa más —dijo Eutropio—. Tenemos que conseguir que le resulte imposible poner los pies en Oriente.

—¿Cómo? —preguntó Eudoxia.

—Haremos que Arcadio pida al Senado de Constantinopla que declare a Estilicón enemigo público del imperio —concluyó el eunuco —. Eso supondrá la confiscación de todas sus propiedades en Oriente.

Mientras ese complot se fraguaba en Oriente, en Occidente Estilicón intentaba limar las asperezas que habían surgido en su relación con Serena. Para la regente, su matrimonio con Estilicón era un acuerdo de intereses mutuos. Y a ella le estaban saliendo muy bien los planes que había trazado desde su boda. La visión de su marido desnudo en una bañera con la aristócrata persa era la demostración de que no podría dejarlo tomar decisiones solo. A su regreso de Oriente, Serena tenía que manifestar su malestar por la poca diligencia que Estilicón había puesto en la campaña del Peloponeso y, sobre todo, en cuidar de su proyecto común.

Estilicón utilizó a Claudiano para negociar con su esposa un pacto de convivencia.

—¿No hay perdón para tu marido? —preguntó Claudiano a Serena.

—¿Por qué habría de perdonarlo?

—Me dijiste que verlo desnudo en la bañera en compañía de Calista te generó frustración y desengaño.

—Es lógico. Calista es para mí una agente enemiga y él cayó en sus redes como un idiota. Pero tenemos que encontrar la manera de seguir trabajando en nuestro proyecto común. De lo primero que debemos ocuparnos es de la boda de María con Honorio.

—Pues eso exige que se os vea juntos y muy unidos a Estilicón y a ti.

Serena miró a los ojos a su poeta y a continuación le dijo:

—Comunica al vándalo que quiero que esta noche durmamos juntos. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

El primer tema que les ocupaba era el futuro de Olimpio. Tenían que apartarlo y acabar con su influencia excesiva sobre Honorio y Gala Placidia porque se aproximaba la boda entre Honorio y María.

El regente envió a Olimpio a un destino forzoso como prefecto de una zona al norte de la Galia. Allí, en la frontera del Rin, estaría demasiado ocupado para causarle nuevos problemas. Aunque el emperador odiaba al regente cada vez más, muy a su pesar, lo necesitaba. Y, de una manera forzada, volvió a tenerlo como único consejero.

Cuando les llegó la noticia de la declaración de Estilicón como

enemigo público del Imperio de Oriente y la confiscación de su patrimonio, Serena se puso hecha una furia.

—¡Ese eunuco se ha atrevido a robar nuestro patrimonio! —gritó—. Esto no puede quedar así.

—Te lo advertí —dijo Claudiano—. Tenías que haberlo eliminado cuando vivías en Constantinopla.

—Era la persona de confianza de mi tío, el emperador Teodosio.

—Y de la tuya también —le recordó con ironía Claudiano—. Por eso no te dabas cuenta de sus maquinaciones. Además, el divino Teodosio era un emperador fuerte, Eutropio jamás se habría atrevido con él. Pero Arcadio es un ser débil y manejable. —El poeta hizo una pequeña pausa para que la regente digiriese mejor las palabras que iba a decir a continuación—: ¡Cuidado con Eudoxia! No creo que sea ajena a esta decisión. Es tan ambiciosa como Eutropio. Puedes estar segura de que ambos se repartirán el patrimonio que os han robado.

La respuesta de Estilicón no se hizo esperar. Estableció aduanas en todas las vías y los ríos entre Oriente y Occidente. Claudiano le previno de que eso era precisamente lo que Eudoxia y el eunuco deseaban, pero el regente estaba demasiado irritado para dar marcha atrás. Además, no hacer nada ante aquella humillación suponía dar por buena la decisión de Constantinopla.

Durante los doce meses siguientes las dos mitades del imperio incrementaron la tirantez de sus relaciones. Mientras tanto, Alarico, que estaba muy bien informado de todo lo que ocurría y feliz de ver la situación de enfrentamiento entre imperios, continuaba inmerso en la creación de un ejército disciplinado, entrenado y armado como él quería. Desde que ocupó Iliria no habían dejado de llegar nuevos refugiados a los campamentos, y debían de rondar ya el millón de personas. Esa enorme concentración empezaba a crear problemas de aprovisionamiento que los comandantes del rey godo resolvían de la mejor manera que podían.

El eunuco y la emperatriz Eudoxia, junto con su séquito, llegaron al puerto de Cartago a principios del otoño. Se trataba de una misión

secreta que nadie, salvo Gildo, el gobernador de las provincias occidentales de África, conocía. Ni siquiera el emperador Arcadio, que había prolongado su estancia estival en su palacio de verano de la fresca campiña de Ancira, sabía de ese viaje. El eunuco había preparado un nuevo plan contra el regente buscando un escenario fuera del continente. Las provincias occidentales de África eran el lugar ideal para atraer a Estilicón y tenderle una trampa definitiva. El eunuco ya conocía al gobernador Gildo, al que había invitado al palacio imperial de Constantinopla, y estaba al corriente de sus debilidades.

Gildo era un bárbaro del sur, un mauro,[12] que pertenecía a la casta de los reyes de Numidia. Se decía que era descendiente del rey Túbal, y esa pretendida pertenencia a una estirpe mítica hacía que todos los caudillos y reyezuelos de los indígenas de aquellas provincias lo reconocieran como su legítimo jefe y le rindieran vasallaje. No ocurría así con la mayoría de los romanos que habitaban aquella zona, la más fértil del imperio después de Egipto. Gildo llevaba más de veinte años gobernando África, desde que venció y mató a su hermano Firmo, el anterior gobernador, que se había sublevado contra Roma y declarado la independencia de esa parte del imperio. Gildo, en aquella ocasión, se puso del lado del padre del emperador, Teodosio el Viejo, y su actuación militar fue decisiva para derrocar a Firmo. Como contrapartida, el entonces emperador Graciano lo nombró gobernador. Pero había algo que le hacía temer por su cargo e incluso por su propia vida. Era una debilidad de Gildo que el eunuco conocía bien. Durante el enfrentamiento de Teodosio contra Argobasto y su emperador títere Eugenio, Gildo dudó sobre de qué lado se pondría. Primero se puso de parte de Teodosio, pero un mensaje de Eugenio le recordó que era pagano y que las tropas de Argobasto eran las favoritas para ganar la guerra por lo que debía cambiar de bando, y así lo hizo. Al final permaneció neutral y no envió sus tropas a combatir al río Frígido. Teodosio nunca se lo perdonó.

Gildo tuvo la suerte de que Teodosio, que había jurado vengarse de la afrenta recibida, muriera sin tener tiempo para poner en práctica su escarmiento. El fallecido emperador era conocido por ser

especialmente cruel en las venganzas, y en el imperio seguían recordando la masacre de Tesalónica. Pero a Estilicón no se le había olvidado, y solo las revueltas y los conflictos generados por los bárbaros le habían impedido tomar las esperadas represalias contra el díscolo gobernador. Era cuestión de tiempo que el regente lo llevase a Roma cargado de cadenas.

Los espías de Estilicón que seguían todos los movimientos de Eutropio le habían avisado de su partida a Cartago. Claudiano, que parecía la conciencia crítica de los regentes, hacía conjeturas sobre las intenciones del eunuco en una provincia que estaba bajo la jurisdicción de Occidente y que se había convertido en su granero.

—Te has retrasado en dar al mauro el castigo que se merece —dijo Claudiano.

El poeta egipcio presagiaba que el motivo final de que el eunuco fuera a África era generar nuevos problemas para su protector. Si el regente dejaba Italia para intervenir con urgencia en África, podría quedar desguarnecido el resto del Imperio de Occidente.

—Sabes perfectamente que no he podido ocuparme. Tenemos demasiados problemas en las fronteras del norte —señaló Estilicón—. Y Alarico está en la frontera de Iliria preparando un ejército que puede ser muy difícil de vencer. Gildo se ha aprovechado de los constantes enfrentamientos entre las dos partes del imperio, pero tendrá el castigo que se merece.

—No será fácil si Eutropio está intrigando algo con él —sentenció Claudiano—. No te quedará más remedio que ocuparte de África.

Al atreverse a recibir al hombre más odiado por Occidente, Gildo estaba lanzando un desafío al emperador Honorio y a su regente, quienes no tardarían en ser conscientes de que habían dejado pasar demasiado tiempo, más de tres años, en resolver el problema pendiente con el gobernador mauro.

Aquella tranquila tarde otoñal del año 397, Eutropio y Eudoxia entraron en el palacio del gobernador de África, quien los recibió con la pompa de un gran mandatario.

—Salud, gobernador —dijo Eutropio.

Gildo se puso a los pies de la emperatriz Eudoxia.

—Levántate, Gildo —le requirió Eudoxia.

Gildo, que era un bereber de piel muy oscura, pelo y barba negros y ensortijados y ojos azabache, tenía una altura considerable y una fortaleza que se dejaba ver en sus brazos desnudos, pues no llevaba la toga de los gobernadores romanos. Prefería vestir como los antiguos reyes mauritanos, con una túnica de seda azul, sin mangas y larga hasta las rodillas, ceñida con un cinturón de cuero cerrado con una hebilla en forma de *ankh* en honor la diosa libia Neith. Con su vestimenta, trataba de transmitir que anteponía la cultura local a la romana que imperaba desde hacía cuatro siglos. Su objetivo era crear un reino independiente.

Una vez que se levantó tras las palabras de Eudoxia, Gildo, cuyas refinadas maneras demostraban una educación patricia, pidió a los sirvientes que se retiraran.

El gobernador mauro explicó a sus invitados su llegada al poder, después de ayudar a Teodosio el Viejo a acabar con el anterior gobernador.

—La guerra que enfrentó a las legiones con mi hermano Firmo se debió a que él quería la independencia total de Roma. Y eso el emperador Valentiniano I no iba a permitirlo.

—Y tú te pusiste del lado de Teodosio el Viejo.

—Sí. Nunca deseé la independencia porque sé que eso es imposible, ya que estos territorios son cruciales para el abastecimiento de Imperio de Occidente.

—Y ahora que Egipto está bajo la jurisdicción de Oriente, mucho más —añadió Eutropio.

—Creo que es más relevante que Teodosio quisiera vengarse de ti por tu apoyo a Eugenio —dijo Eudoxia—. ¿Quizá por eso no estás a gusto bajo las órdenes de Honorio y el regente Estilicón?

—En parte, sí. Pero lo importante es que nunca me han concedido la autonomía suficiente para poder constituir un reino africano.

—Esa fue precisamente la razón por la que te opusiste a tu hermano Firmo.

—Con la diferencia de que yo no quiero formar un reino independiente. Solo deseo la autonomía suficiente para imponer la

cultura africana.

—Por cierto —dijo Eutropio—, tienes otro hermano que forma parte del ejército de Estilicón.

—Sí —confirmó Gildo—. Se trata de Mascezel. Luchó al lado de Firmo contra Teodosio el Viejo.

—Y si se sublevó contra Roma, ¿cómo es que ahora es comandante con Estilicón?

—Teodosio el Viejo lo perdonó —respondió Gildo—. Es algo muy extraño porque lo lógico es que lo hubiera hecho ejecutar.

—Pues Estilicón habló muy bien de él al emperador Teodosio por su valentía y su capacidad militar durante la batalla del río Frígido —dijo Eutropio—. ¿No te preocupa que pueda enviarlo contra ti? Ya te has enfrentado con él en una ocasión.

—No creo que se atreva a hacer nada. Tengo en el palacio a sus hijos, y sabe que los haré ejecutar si intenta algo contra mí.

—Entonces ¿no lo consideras un peligro para África?

—No. Después de lo que hizo contra Teodosio el Viejo, nadie se fiaría de él.

—No estoy tan seguro como tú —concluyó Eutropio—. En todo caso, nada podemos hacer por ahora.

—Si llegamos a un acuerdo, te pondrás bajo la jurisdicción de Arcadio —dijo Eudoxia—. Dejarías de estar bajo la autoridad de Honorio.

—No quiero que un bárbaro del norte como Estilicón sea el que me dicte las órdenes —protestó Gildo—. Un bárbaro que, además, me odia. Seré leal a Arcadio y a la emperatriz Eudoxia. Pero necesito la seguridad de que no seré un simple gobernador y se aceptará mi proclamación como rey asociado al Imperio de Oriente.

—Arcadio aceptará tu propuesta, pero por ahora no vamos a poner por escrito ninguno de los acuerdos a los que lleguemos —dijo Eutropio—. Lo primero es hablar de lo que puedes ofrecernos. Italia vive de las cosechas de grano de tus territorios. Para demostrar tu lealtad al emperador Arcadio, lo primero que harás será incautar la flota frumentaria.

—La flota, cargada con las cosechas de cereales de este año, está

amarrada en los puertos de África y preparada para salir hacia el puerto de Ostia. Esperaba que esa fuera la primera contrapartida, por eso he dado ya la orden de que todas las naves permanezcan atracadas.

—Cuando el grano se acabe en los almacenes de Ostia, el hambre empezará a sentirse en Roma y el resto de las ciudades de Italia —dijo Eutropio—. Veremos cómo hace frente Estilicón a este problema.

—La carencia de grano provocará que Estilicón envíe a su ejército. Yo solo no puedo hacer frente a las legiones, ni aunque las legiones de África decidan seguirme.

—¿Es posible que tus legiones se nieguen a obedecerte si te enfrentas con las legiones de Roma? —preguntó Eutropio.

—Los ciudadanos romanos no son partidarios de un reino independiente y cabe la posibilidad, en efecto, de que las legiones acantonadas aquí no me sigan. Pero sí lo harán las decenas de miles de indígenas que me consideran su caudillo. Por eso necesito el compromiso de que enviarás al general Gainas a apoyarme, en caso necesario.

—Puedes contar con ese apoyo —afirmó muy segura Eudoxia.

Aunque el testamento de Teodosio había entregado al Imperio de Oriente la parte más fértil del norte de África, que era Egipto, el abastecimiento de Roma e Italia estaba garantizado por el resto de los territorios, desde Cirenaica hasta Mauritania. Con la flota amarrada en los puertos de origen, los almacenes del Tíber se quedaron vacíos pronto y la escasez no tardó en cebarse con los ciudadanos de Roma, que exigieron soluciones a sus políticos.

Cuando conoció la alianza de Eutropio con el díscolo Gildo, Estilicón estaba trabajando en planificar la protección de las fronteras del imperio. Durante el verano anterior, al estar Britania sin contingentes militares, los caledonios habían conseguido pasar los muros de Antonino Pío y de Adriano sin oposición, y ahora campaban libremente por toda la Britania romana. Estilicón estaba preparando un plan similar al puesto en marcha cuando Teodosio el Viejo fue

hasta la isla atlántica a sofocar la que se consideró «gran conspiración de los caledonios». Puesto que debía concentrar los esfuerzos militares en África, Estilicón tenía que abandonar su plan de recuperar Britania.

El regente convocó en el palacio imperial de Mediolanum una magna reunión con la plana mayor de su ejército. Todos eran ya conocedores de los sucesos de África, incluida la intervención del eunuco Eutropio.

El general Favrita se mostró partidario de actuar a toda prisa.

—Los ciudadanos están amotinándose por la falta de trigo. Pronto el hambre hará estragos en toda Italia. Tenemos que acabar con Gildo y hacer que los barcos vuelvan a navegar hasta Ostia.

—Esa es mi intención —dijo el regente—. Pero sabéis que no tenemos bastantes tropas para proteger todas las fronteras y enviar un ejército suficiente a enfrentarse con Gildo. Él es consciente de que no podemos dejar la Galia sin protección, y Alarico tiene controlada la frontera del este.

—¿Y qué has pensado? —preguntó Favrita.

—Es necesario crear un nuevo cuerpo militar. Hay que hacer una leva inmediatamente.

—Pero serán reclutas sin experiencia —adujo Favrita.

—Sí, ya he pensado en ello —respondió el regente—. Creo que nuestras fronteras no se resentirán si les restamos diez mil de los mejores legionarios para acompañar a los nuevos reclutas. Durante la travesía, los adiestrarán los veteranos.

Cuando los militares abandonaron la reunión, Claudiano recordó a los regentes que el máximo responsable de la catástrofe que se avecinaba sobre Roma e Italia tenía un nombre.

—Debes acabar con él —le dijo a Estilicón—. Mientras el eunuco siga vivo no podremos estar tranquilos.

—¿Y quién se encargará de eliminarlo? —preguntó la regente—. No nos queda nadie allí. Ni siquiera podemos contar con la emperatriz Eudoxia.

—Por ahora está del lado del eunuco. Pero es una mujer demasiado ambiciosa para ser leal —le hizo ver Claudiano—. Estoy convencido de que la emperatriz puede convertirse en una aliada contra Eutropio.

Ya colaboró en la muerte de Rufino. Y recordad también que en Constantinopla está el general Gainas, que odia a Eutropio, como sabemos.

—¿Quién irá para convencerlos? Esta cuestión no puede resolverse con un simple mensaje —advirtió Estilicón.

—Nadie me conoce en la corte de Constantinopla, salvo el general Gainas —afirmó Claudiano—. Y creo que él y yo podremos colaborar en una misión que te afecta. Si tú le pides que colabore, no lo dudará.

—Pero esa es una misión muy peligrosa —observó Serena—. Eres solo un poeta.

—Si él quiere hacerlo, deja que lo haga —zanjó el regente—. No conozco una persona con más talento para conspirar que Claudiano. Además, es de Alejandría y su lengua materna es el griego. Nadie se extrañará si Gainas lo acoge como asistente personal.

Claudiano consiguió convencer a Serena de que debía permitirle ir a la corte oriental para conocer de primera mano todo lo que se cocía en el palacio imperial. Saldría después de que Estilicón tuviese el acuerdo del general Gainas y se celebrase la boda de María con Honorio.

Cuando Claudiano se retiró, los regentes comentaron en privado el futuro de sus hijos. Había llegado el momento de casar a su hija María con Honorio. Los esponsales se habían celebrado el día de la muerte de Teodosio y ahora correspondía celebrar la ceremonia de la boda ante el obispo de Mediolanum.

—Claudiano ya ha terminado el epitalamio —dijo Serena.

—Son todavía demasiado jóvenes para casarse.

—Tiene que hacerse ya —afirmó Serena con autoridad—. Se prometieron delante de Teodosio, y Honorio pronto cumplirá catorce años.

—No tengo muy claro que Honorio pueda satisfacer como marido a María.

—¿Desde cuándo te preocupa eso? Lo que debe importarnos es que nuestra hija será la emperatriz.

—Lo haremos como dices —aceptó Estilicón, que no quería reñir otra vez con su esposa—. Pero creo que Honorio no está maduro como hombre, ni siquiera para su edad.

—Cuando crezcan lo entenderán, porque espero que su complicidad sea como la nuestra. Además, me gustaría que todo fuera tal como consta en el epitalamio, el mejor que se ha escrito desde la boda de Augusto y Livia Drusila.

—No dudo que Claudiano es un gran poeta —dijo Estilicón—. No puedo ocuparme de estas cosas porque tengo demasiados frentes abiertos y la gobernanza del imperio requiere todos mis esfuerzos. Si es así como lo quieres, así se hará, pero te ocuparás tú de todo lo relativo a la boda. Habla con el obispo Sulpiciano.

Tras la muerte de Ambrosio el año anterior, el nuevo obispo de Mediolanum era Sulpiciano. Se trataba de un hombre mucho más moderado y complaciente con el poder que su predecesor, y Estilicón se sentía más cómodo con él.

Serena y Claudiano, que estaba a punto de partir hacia Oriente, se ocuparon de todos los detalles de la boda. Sulpiciano fue, como la regente esperaba, un buen maestro de ceremonias.

Pero en los mentideros del imperio los rumores de todo tipo se extendían como una mancha de aceite. Se decía que los regentes habían dado el primer paso para hacerse con el poder absoluto. Se afirmaba que habían casado a su hija con el emperador sin que este pudiera oponerse, añadiendo que era un simple trámite para preparar el trono para Euquerio, al que habían prometido con Gala Placidia contra la voluntad de esta.

Lo cierto era que Honorio no había manifestado la más mínima ilusión por su boda con María, con la que se había criado. Durante la ceremonia estuvo casi todo el tiempo al lado de la persona con la que tenía una mayor confianza y complicidad: su hermana Gala Placidia.

32
África en llamas

Honorio, que no quería implicarse en la cuestión africana, envió en marzo del año 398 una carta al Senado delegando todo el poder imperial en Estilicón, que sería el responsable de tomar las decisiones relacionadas con el nuevo conflicto. Las magnitudes de los problemas hacían que el joven emperador, ya sin los consejos de Olimpio, no quisiera acordar las resoluciones con su odiado regente.

Estilicón, por su parte, preparaba la estrategia a seguir con la ayuda de sus dos generales de más confianza, Sarus y Favrita.

—Deberíamos haber acabado con el eunuco a la vez que con Rufino —dijo Sarus.

Esa era una opinión tan extendida que se había transformado en un tópico.

—No tenemos tiempo de preocuparnos por algo que no podemos resolver ahora. Sin embargo, ya he pensado cómo acabar con el maldito eunuco —le comunicó el regente.

—Hemos de aplacar con urgencia la rebelión antes de que surjan focos en otras partes del imperio. La capacidad de manipulación del eunuco no conoce límites —dijo Favrita.

—Sé que nuestra obligación es intervenir lo antes posible. Pero así actuamos en las campañas de Tesalia y el Peloponeso, y fueron dos trampas que ni siquiera llegamos a intuir.

—¿Opinas que se trata de una nueva trampa? —preguntó Sarus.

—Me parece algo evidente —respondió Estilicón—. El eunuco quiere que vayamos a África con nuestro ejército. Eso supondría dejar desguarnecidas Italia, la Galia e Hispania, sin contar con el peligro

que supone una Britania en manos de los caledonios. No será muy complicado vencer a Gildo. Pero mientras estamos en África puede ocurrir que los bárbaros germanos pasen la frontera e invadan la Galia o que Alarico entre en una Italia desguarnecida.

—¿Qué has pensado? —preguntó Favrita.

Estilicón recordó que en las campañas de Tesalia y el Peloponeso habían tomado la iniciativa y acabaron derrotados, lo que produjo la desafección hacia su persona de una parte muy importante de los habitantes del imperio.

—El pueblo empieza a pasar hambre por la escasez de trigo y está exigiendo soluciones a los políticos y al Senado —dijo Estilicón—. Solo tenemos que aguardar a que vengan a pedirme la intervención. Así serán ellos los responsables si las cosas van mal, y si las cosas van bien, como espero, los beneficiarios seremos nosotros.

Los resultados de la inacción del regente no se hicieron esperar. El Senado comisionó para hablar con Estilicón al senador y anterior sumo pontífice, además de jefe del partido pagano, Quinto Aurelio Símaco. Ambos dirigentes se conocían porque este último había tomado partido contra Teodosio en el conflicto del río Frígido y anteriormente en la rebelión del usurpador Magno Máximo. Una vez acabadas las guerras, Teodosio lo perdonó en ambas ocasiones por tratarse del hombre más prestigioso de Roma, además del mejor orador del imperio.

La entrevista entre Estilicón y Símaco tuvo lugar en la sala del Silencio del palacio imperial de Roma. Símaco entregó al regente el escrito en el que constaba la comisión del Senado que había tomado la decisión por unanimidad.

—El Senado solo actúa unido en situaciones límite —dijo Estilicón con ironía.

—Así es, por desgracia —convino Símaco—. Hacía muchos años que el imperio no soportaba una crisis como esta. También hacía tiempo que el pueblo no pasaba hambre.

—¿Traes órdenes concretas? —preguntó Estilicón.

—No. Se trata de una orden genérica para que, en tu calidad de regente, propongas las medidas a adoptar —respondió Símaco.

—Eso hice en dos ocasiones…, y en ambas se me desautorizó y avergonzó delante del pueblo.

—Yo lo sentí tanto como tú. Debimos dejar que acabaras con Alarico y expulsaras a los bárbaros.

—Pero tú no hiciste nada por ayudarme desde tu posición privilegiada en el partido pagano.

—Primaron los intereses de partido —se excusó Símaco—. Debo reconocer que nos equivocamos.

—Son ya muchas equivocaciones las que has cometido. Se te perdonó en dos ocasiones. Espero que esa situación no se repita y que tu compromiso con el ejército del imperio sea sincero.

—Tienes mi palabra —dijo Símaco.

Estilicón quería una mayor implicación del Senado. Deseaba que sus actuaciones estuvieran tuteladas por los patricios para hacerlos corresponsables. Por eso se permitió poner sus condiciones ante tan destacado miembro del Senado.

—Mi primera demanda es que sea el propio Senado el que declare la guerra contra Gildo.

—Creo que no habrá inconveniente. Es necesario actuar ya —reconoció Símaco.

—En segundo lugar, el Senado publicará que tengo las manos libres para hacer lo que considere conveniente en cada momento. Esa publicación implica a los senadores tanto como a mí.

—¿Hay alguna cosa más que desees del Senado?

—La más importante —dijo Estilicón—. El Senado decretará una leva de treinta mil hombres, sin que pueda haber excepciones. Todos los llamados deben tomar las armas, incluso si son hijos de los senadores.

—Pides algo muy difícil.

—No tanto como lo que el Senado y el pueblo romano quieren de mí.

Las órdenes del Senado se adecuaron a lo exigido por Estilicón. Ahora tenía a su disposición treinta mil hombres jóvenes, aunque sin experiencia. Ordenó seleccionar a diez mil de los mejores veteranos para instruir y acompañar al nuevo ejército. En menos de un mes todo

estaba preparado para la incursión en África. Mientras concluían los preparativos, hizo traer de Hispania y la Galia ingentes cantidades de cereal que aliviarían la situación mientras durara la campaña. Esa decisión hizo que el pueblo, sabedor de quién era el que se preocupaba de verdad por sus problemas, empezara a confiar nuevamente en el regente como la única persona capaz de hacerse cargo de una situación tan complicada con garantía de éxito. No obstante, eso no significaba que le dispensase sus simpatías. Lo consideraban un militar eficaz, pero también un vándalo, y eso no iba a cambiar.

La campaña iba demorándose, y Gildo tuvo tiempo de acordar con Eutropio, esa vez mediante un documento escrito, que África pasaba a depender del Imperio de Oriente y que el gobernador mauro reconocía como único emperador a Arcadio. El documento recogía también que Gildo era el rey de África Occidental, y mencionaba asimismo el apoyo del ejército oriental ante cualquier conflicto bélico.

El senador Símaco envió una carta en su propio nombre al emperador Arcadio en la que le pedía respetar los derechos reconocidos en el testamento de Teodosio y, en consecuencia, dejar de intervenir en África. Arcadio respondió que él era tan emperador como su hermano y que el imperio era solo uno. Pero añadió que si esas provincias habían decidido voluntariamente unirse a Oriente, él no podía impedirlo. Tampoco debía hacerlo Occidente, dijo, porque con ello nada se perdía ya que seguían perteneciendo al mismo imperio.

Pero Gildo no contaba con que las cinco ciudades de la Pentápolis de la región de Cirenaica y otras grandes ciudades de África como Cartago no eran partidarias de seguirlo en su aventura, sino que deseaban continuar manteniendo la vinculación con el imperio que les había garantizado la prosperidad de la que disfrutaron durante siglos. Ese amotinamiento urbano provocó que, antes de que las tropas de Occidente pudiesen intervenir, Gildo, con un ejército compuesto esencialmente de indígenas de las tribus del sur, arrasara las principales ciudades y se ensañase en especial con Cartago, que sufrió una destrucción inmisericorde al negarse a reconocer como emperador

a Arcadio. Las noticias de la devastación llevada a cabo por Gildo hicieron que los preparativos concluyesen. Todos esperaban que Estilicón se pusiera al frente de las tropas. Pero el regente guardaba una sorpresa que no desveló hasta una semana antes de la partida del ejército. Él se quedaría en Mediolanum controlando la seguridad de las fronteras, con el objetivo de intervenir a la menor señal de peligro.

Uno de los comandantes más reputados de su ejército era Mascezel, hermano de Gildo. Había participado en las dos campañas de Grecia y también en la batalla del río Frígido, demostrando una capacidad estratégica y unas dotes de mando que lo hacían el militar ideal para dirigir la campaña. Además, conocía muy bien las ciudades y el territorio. Mascezel, que se había formado desde muy joven en las filas del ejército romano, era un católico convencido que rechazaba las intenciones de su hermano porque quería para él mismo el puesto de gobernador de África.

Tenía un aspecto de mauro muy similar al de Gildo, pero al contrario que él vestía el impecable uniforme de comandante del ejército imperial, incluido el *paludamentum*, la capa escarlata de los mandos.

Cuando Estilicón le hizo entrar en su despacho del palacio imperial de Mediolanum, puso la rodilla en tierra.

—Levántate, Mascezel —dijo Estilicón—. Quiero hacerte un encargo muy especial.

—Sabes que estoy a tus órdenes para cualquier misión que me mandes.

—Sé que cuando se produjo la rebelión de tu otro hermano, el gobernador Firmo, lo apoyaste para conseguir la independencia de los territorios de África. Lo lógico habría sido que Teodosio el Viejo te hubiera ejecutado por rebelión… Sin embargo, te perdonó.

—Sí, general —afirmó Mascezel—. Pero yo era muy joven. Desde entonces he servido en el ejército romano, primero a Teodosio y después a ti, con absoluta lealtad.

—Lo sé. Y por eso te he hecho venir. Quiero encargarte la dirección de la campaña de África —le dijo Estilicón sin más preámbulos—. Sabes que el objetivo es derrocar a Gildo y llevar la paz a aquellos

territorios. Si no deseas enfrentarte a tu hermano puedes rechazar mi oferta.

—¿Eso significa que me asciendes a general?

—Así es. Y después de la victoria puedes sustituir a Gildo como gobernador de África. ¿Dudas de luchar contra él?

—No. Soy el primero que quiere derrocarlo. Pero temo por la vida de mis hijos. Gildo no vacilará en matarlos cuando se entere de que soy el general del ejército imperial. Están secuestrados en su palacio.

—Enviaremos por delante un destacamento de legionarios de élite para que los libere y los proteja mientras tú llegas.

—Acepto el nombramiento. A cambio te pido que seamos muy rápidos en recuperar a mis hijos.

—Da tú mismo las órdenes necesarias. Ahora eres el general en jefe. El Senado hará pública mañana tu designación para el cargo. Te aconsejo que envíes hoy, sin tardanza, al destacamento para que llegue antes que la noticia a tu hermano.

En pocas horas el destacamento dejaba el puerto de Nápoles. Pero el eunuco tenía confidentes en los palacios imperiales de Roma y de Mediolanum e inmediatamente un mensajero se dirigió a Cartago para llevar a Gildo la noticia del nombramiento de su hermano como general en jefe de las tropas del imperio para la campaña de África. Las tempestades azotaban el Mediterráneo, y el barco en el que viajaba la expedición que debía rescatar a los hijos de Mascezel hubo de buscar refugio en Sicilia. La flota que Mascezel mandaba con el grueso del ejército llegó dos días después a refugiarse al mismo puerto que la unidad de rescate, y el general mauro constató que nadie había ido a poner a salvo a sus pequeños.

El que sí había llegado a la devastada Cartago era el mensajero del confidente de Eutropio. Cuando se presentó en el palacio del gobernador, Gildo se hallaba reunido con el eunuco. Una vez leído el mensaje, Gildo le notificó el nombramiento de su hermano Mascezel como general en jefe de las tropas enviadas a la provincia de África.

El eunuco se quedó sorprendido de que no fuera el propio Estilicón el que comandase la campaña. Eso lo obligaba a modificar sus planes. La guerra de África ya no era una trampa para el regente.

—Me veré forzado a luchar contra él —añadió Gildo, y se quedó callado durante unos instantes. Después llamó a su asistente y le dijo —: Tráeme a los hijos de Mascezel.

El eunuco no pareció dar ninguna importancia al hecho de que Gildo ordenase que le llevaran a sus sobrinos. Ambos continuaron conversando, y cuando los niños llegaron, Gildo sacó de la funda que llevaba en el cinturón una afilada daga curva. El eunuco, pese a toda la maldad de la que era capaz, palideció.

—¿Qué vas a hacer? —exclamó Eutropio, sobrecogido.

—Ahora lo verás.

—Voy a salir.

—No es necesario. Será muy rápido.

Mientras su asistente sujetaba al hijo menor de Mascezel, Gildo degolló de un solo tajo al mayor, de unos doce años. Unos segundos después hizo lo mismo con su otro sobrino, de unos diez años, que gritaba desesperado.

—Cortadles la mano del anillo y enviádsela a mi hermano, esté donde esté. Que le informen de que he tirado sus cuerpos a los perros. Jamás tendrán sepultura y sus almas vagarán por toda la eternidad —dijo Gildo.

El mauro no había movido ni un solo músculo de la cara. Ejecutó a sus sobrinos de forma fría y sin demostrar ningún sentimiento.

El eunuco empezó a vomitar.

—Eres muy sensible —se burló Gildo—. Ha sido su propio padre quien los ha matado. No eran niños inocentes. Estaban contaminados por la culpa de Mascezel. Él sabía, porque así lo marcan nuestras costumbres, que sus hijos habrían de morir si aceptaba combatir contra mí, su hermano.

Una vez conocido que Estilicón no se desplazaría a África, el eunuco se despidió de Gildo sin haberse recuperado de la atrocidad que acababa de presenciar. Ahora debería repensar todo su plan. Si la finalidad de atraer hacia la influencia de Oriente a Gildo era obligar a Estilicón a desplazarse a África, para dejar Occidente a merced de los bárbaros, la estrategia había fracasado.

Eutropio se enteró de que solo una pequeña parte de las tropas se

desplazarían porque el regente había conseguido la leva de treinta mil nuevos reclutas. Eso cambiaba por completo la situación y colocaba a Estilicón en una posición de superioridad. Si enviaba a Gainas con el ejército de Oriente y era derrotado, su situación se volvería muy delicada. Decidió que no enviaría tropas para apoyar a Gildo.

Cuando la flota imperial se dirigía hacia Cartago para desembarcar en sus cercanías, una barca de pesca se acercó a la nave capitana y pidió entregar a Mascezel un paquete. El general vio las manos de sus hijos y cayó de rodillas al suelo.

—¡¿Por qué a mí, Señor?! —gritó—. Ahora me obligas a vengar a mis hijos. ¡Juro que no pararé hasta que Gildo muera! ¡Pero antes haré que sufra hasta desear no haber nacido!

Mientras Gildo preparaba la defensa de sus territorios, una parte importante de las legiones destacadas en África, y que estaban bajo su jurisdicción, decidieron que no se sublevarían contra el imperio al no ver ninguna razón para hacerlo. Y es que no compartían los deseos de independencia del gobernador mauro. Por las mismas razones, casi todas las ciudades de la provincia de África, tanto destruidas como no destruidas, se levantaron contra Gildo, quien tuvo que huir hacia la Cirenaica y después al desierto. Finalmente llegó a las afueras de Tagaste, la capital de Numidia, donde se hallaba su cuartel general. Era uno de los lugares que todavía le guardaban fidelidad. Allí estaba concentrado el gran ejército, formado en su mayor parte por indígenas de las numerosas tribus que le rendían vasallaje. Eran tropas de aluvión sin entrenamiento militar y con armas rudimentarias. Pero Gildo estaba tan convencido de vencer que pensaba que entre sus tropas y las que Eutropio le había prometido, que ya debían de estar en camino, la batalla sería un simple paseo.

Mascezel, por su parte, había concentrado la totalidad de sus tropas, veteranos y reclutas adiestrados en un corto espacio de tiempo, en una llanura próxima a la ciudad de Tagaste. El general mauro no quería atacar de inmediato e hizo construir un campamento con foso y empalizada para sus casi cuarenta mil soldados. Siete mil legionarios que no deseaban enfrentarse a sus hermanos imperiales abandonaron a Gildo y se integraron en las tropas de Mascezel, quien demostraba

ser un experimentado militar y buscaba que el efecto disuasorio se infiltrara entre las decenas de miles de indígenas africanos. Quería que los soldados y los comandantes de su hermano pudiesen contemplar el enorme ejército que había hecho desembarcar. Gildo esperaba los refuerzos de un momento a otro, y tenía apostados hombres de su confianza en todos los puertos y las ciudades para que lo avisaran de la llegada de los aliados de Oriente, con el general Gainas al frente.

Dos días después, cuando las tropas de Mascezel estaban en formación en la gran llanura de Tagaste para iniciar el ataque y no se tenían noticias del ejército de Oriente, Gildo empezó a preocuparse seriamente. La infantería de Mascezel, que avanzaba en perfecta formación vestida con la uniformidad de las legiones romanas, de color rojo, con cota de malla y casco brillante, producía con sus fuertes pisadas un ruido rítmico que asustaba a las tropas de Gildo. Los arqueros comenzaron a lanzar flechas, que llegaban a miles hasta las tropas del gobernador mauro. A un grito del furioso Mascezel, incrementaron la velocidad de sus pasos y el sonido del *barritus* ensordeció la llanura. Solo unos pocos valientes se atrevieron a enfrentarse a las legiones. La mayoría de los soldados huyeron despavoridos, lo que provocó una gran matanza. Se necesitaron poco más de dos horas para dar por concluida la campaña de África.

Cuando el enfrentamiento acabó, la llanura estaba plena de cadáveres. Las bajas de Mascezel habían sido tan escasas que no llegaban a cincuenta soldados muertos y cien heridos.

Las tropas de Oriente ni siquiera llegaron a embarcar. Había sido una mentira más del eunuco Eutropio.

Mascezel, sobre su caballo, buscaba con la vista a su hermano. Pero Gildo ya no estaba en el campo de batalla. Ante la desbandada de sus tropas, había huido disfrazado de indígena. Consiguió llegar hasta la costa y ocultarse en un barco vacío cuyas amarras soltó. Pero las corrientes lo llevaron hasta el puerto de Cartago, donde fue reconocido y detenido.

Mascezel había dado la orden de que no se hiciese daño a su

hermano, de modo que lo encarcelaron hasta la llegada del general mauro. Cuando este entró en la celda, dijo:

—Estaba deseando que llegara este momento, Gildo. Te vas a arrepentir de lo que le hiciste a mis hijos.

—Tus hijos no sufrieron porque los maté sin que les diera tiempo a percatarse de que iban a morir.

—Ellos no tuvieron tiempo de sufrir. Ni de vivir. Pero yo sufro desde entonces y tú vas a sufrir más que yo.

Desde que recibió las manos cortadas de sus hijos, Mascezel había estado pensando en las torturas que infligiría al asesino. Ordenó que amarraran desnudo a Gildo en el exterior, expuesto a las aves carroñeras. Durante el día dejaban acercarse a los buitres para que le picaran y le arrancaran jirones de carne, pero los espantaban para que la tortura continuase al día siguiente. Por la noche soltaban ratas hambrientas para que le royeran los pies y las piernas. Los gritos de Gildo atronaban los alrededores de la prisión en la que estaba encerrado. Después de tres días, el médico le curó, en la medida que pudo, las lesiones, pero no le aplicó ningún remedio para mitigar su tormento. Mascezel quería que la tortura durara todo el tiempo posible. Al cabo de dos semanas, las heridas dejaban ver los huesos y el dolor era tan insoportable que Gildo, fuera de sí, no paraba de chillar.

Mientras torturaban a su hermano, el general mauro se dedicó a visitar las ciudades saqueadas y destruidas para garantizarles que Roma cuidaría de que no volviera a producirse una rebelión similar. Fue durante su visita a Cirene cuando un mensajero le comunicó que su hermano acababa de fallecer.

—Ordené que no lo dejasen morir. ¿Cómo ha ocurrido?

—Amaneció ahorcado en su celda.

El mensajero explicó a Mascezel que Gildo, enloquecido porque sabía que lo esperaba una agonía de varios meses entre torturas, había convencido a un carcelero cristiano para que lo ayudase a colgarse por el cuello.

—Que encierren a todos los responsables de esa prisión. Y que les corten las manos y la lengua y les saquen los ojos. Yo personalmente

me ocuparé de matarlos uno por uno.

Mascezel mandó que los restos de Gildo se tirasen en el desierto para que los chacales y las aves carroñeras se los comieran. También ordenó que hubiese una guardia permanente para que nadie pudiese darle sepultura.

La estrategia de Estilicón había funcionado. Mascezel había librado a África del levantamiento de Gildo y como recompensa fue llamado a Mediolanum para una recepción con el emperador y la corte a fin de ser objeto de los reconocimientos y los honores que se tributaban al vencedor.

Dos días antes de la llegada de Mascezel, los regentes comentaban en privado la agenda de las semanas siguientes, en las que habría que celebrar el triunfo en Roma.

—Claudiano ha iniciado los preparativos —dijo Serena.

—La designación de Mascezel como general fue un gran acierto —afirmó Estilicón.

—Eso me preocupa mucho. Puede convertirse en el protagonista del triunfo y tú te quedarás en segundo plano —comentó la regente.

—Se lo merece ya que planificó la guerra de una manera muy inteligente y práctica.

—Esa celebración tiene que ser una muestra del triunfo de nuestra familia —lo contradijo con arrogancia Serena—. Tú has de ser el centro de las miradas de los ciudadanos. Es tu figura la que debe resaltar.

—En esta ocasión hay dos personas que están por encima de mí: Mascezel y Honorio.

—No creo que ninguno de los dos deba estarlo —dijo Serena con la seguridad de quien se proponía impedirlo—. María y Honorio ya están casados y no necesitan ningún protagonismo. Ahora es el momento de dar notoriedad a la relación de Euquerio y Placidia. Y, sobre todo, es el momento de que los ciudadanos de Roma te muestren su agradecimiento por haberlos salvado del hambre.

—No me parece que sea prudente dejar al vencedor de Gildo fuera

de la celebración del triunfo. Mis generales no lo entenderían.

—Mascezel no participará —aseveró Serena.

—No creo que esté en mi mano evitarlo.

Serena puso cara de saber muy bien cómo resolver lo que para Estilicón podía suponer un problema.

—Me ocuparé de convencer a Honorio de que se quede con María en Mediolanum. Seguramente estará encantado de librarse del desfile.

Mascezel nunca llegó a su destino. Cuando cruzaba el puente del río Po camino de Mediolanum, su caballo resbaló en las losas de la calzada, cayó al agua y el general mauro se ahogó. Con él, según la versión oficial, perecieron todos los miembros de su pequeña escolta, que habían saltado a auxiliarlo. Como Serena aseguró, no participaría en la celebración del triunfo en Roma.

Después de la victoria, la flota frumentaria pudo navegar libremente para llevar las provisiones africanas al puerto de Ostia, y la tranquilidad volvió a Italia.

El regente había sabido mantener el Imperio de Occidente a salvo.

El triunfo se celebró en Roma sin la presencia del emperador ni, por supuesto, de la del vencedor Mascezel. Las calles de la ciudad se llenaron de multitudes que vitoreaban mientras pasaba el desfile, al frente del cual se encontraban los regentes en un carruaje de oro y marfil, que saludaban con los brazos alzados a la muchedumbre. En el carruaje siguiente desfilaban Euquerio y su prometida, la princesa Gala Placidia, que acababa de cumplir diez años. Placidia permaneció seria durante toda la celebración y esa actitud no pasó desapercibida para los católicos ortodoxos, quienes empezaban a verla como un símbolo de sus aspiraciones. A ella le habría gustado desfilar junto a su hermano Honorio y no junto a los odiosos regentes. Al final del desfile, los indígenas capturados caminaban penosamente cargados de cadenas.

Estilicón había rehabilitado una parte de su prestigio. Era el salvador de la Roma eterna tras recuperar los suministros de cereal y vencer a la amenaza africana. Además, para granjearse la simpatía de la clase patricia de la ciudad, restableció muchas de las antiguas competencias del Senado.

33
Prisco Atalo

Alarico continuaba en Iliria dedicado al adiestramiento de sus tropas. Asistía personalmente a muchos de esos entrenamientos y no ahorraba palabras de ánimo a sus comandantes y guerreros. En algunas ocasiones se ofrecía, ante la sorpresa de los soldados, para luchar en combates cuerpo a cuerpo. Las tropas le agradecían esos gestos que después se difundían por todos los campamentos. Era consciente de que para el cumplimiento de sus planes necesitaba que sus tropas mejorasen mucho más, pero no estaba descontento de los progresos que iban evidenciándose.

Calista, que, incluso en una situación de tranquilidad como la que atravesaban desde la batalla del Peloponeso, no podía estar sin tener entre manos algún proyecto, decidió establecer la residencia del rey godo en el palacio de Split, en la costa del Adriático. Era una enorme fortaleza rodeada de una gran muralla construida cien años antes por el emperador Diocleciano, quien había nacido en Iliria, como residencia de verano y luego vivienda donde retirarse después de abandonar voluntariamente el trono tal como había prometido. Calista quería una corte de verdad para Alarico y llevaba tiempo pensando cómo conseguirla. Lo cierto era que, en aquel lujoso castillo en el que estaba enterrado Diocleciano, él parecía encontrarse más cómodo. El campamento principal fue creciendo a partir de las murallas y se extendió a lo largo de muchas millas. Era la primera vez que Alarico disponía de aposentos reales. Desde su ventana, podía contemplar las azules aguas del mar Adriático.

Tras la campaña de África, Estilicón había situado a lo largo de la

frontera de Iliria puestos de vigilancia para controlar los movimientos de los godos. Incluso había conseguido infiltrar en los campamentos de Alarico varios espías que le informaban de lo que allí ocurría.

Los últimos informes eran preocupantes. El enorme crecimiento de los campamentos de los godos y la cada vez mejor instrucción de los soldados hacían pensar a Estilicón que el balto iniciaría las hostilidades muy pronto. Eran enemigos porque en esos momentos representaban intereses que parecían opuestos, pero ambos militares se admiraban mutuamente. Eran los únicos hombres que tenían la energía y la fortaleza de carácter precisas para conservar un imperio que iba desgastándose a marchas forzadas. No era probable que Alarico se lanzase contra Estilicón en singular combate como había hecho con Argobasto. Era otro tipo de relación la que mantenían: lo que los unía superaba aquello que los separaba. Ambos eran bárbaros, ambos eran jefes de grandes ejércitos y, por último, ambos deseaban un imperio sólido y cohesionado, pero con los refugiados y los inmigrantes integrados y fusionados con los romanos. Sabía que era un objetivo muy difícil que pasaba para Alarico por ostentar él mismo el mando absoluto de los ejércitos y, de esa manera, imponer la convivencia de romanos y bárbaros. Aunque intuía las dificultades, todavía no era del todo consciente de que se trataba de culturas tan diferentes que lograrlo sería una tarea casi imposible. Los romanos despreciaban a los bárbaros. La relación entre ellos había sido de amos y esclavos, y eso no podía convertirse fácilmente en una relación entre iguales. Ese desprecio existía también entre los godos, la mayoría de los cuales no se identificaban con la civilización romana. Estilicón y Alarico eran dos soñadores que estaban condenados a enfrentarse y, a la par, entenderse, si bien para esto último había que despejar muchas incógnitas.

Poco a poco, en aquellos enormes campamentos iban instalándose lugares de esparcimiento como tabernas, tiendas que vendían comida y objetos de todo tipo, posadas e incluso prostíbulos. La vida de los bárbaros cada vez se parecía más a la de los romanos. A tal extremo que se hizo habitual que recibieran la visita de compañías de circo, teatro, mimos y espectáculos de música y baile. El dinero regular que

recibían de Constantinopla para la paga de los soldados y el botín acumulado con los saqueos permitían pagar todo con holgura.

A oídos de Calista llegó que un empresario había instalado un enorme entoldado con un espectáculo de bailarinas, músicos y teatro que había recorrido todo el Imperio de Oriente. Al parecer, después de varias semanas se había hecho tan popular que incluso había que hacer cola para conseguir entradas. El dueño de la compañía era un sirio de mediana edad llamado Prisco Atalo, un hombre alto, de pelo negro corto y rizado, siempre impecablemente afeitado y vestido con una túnica de lino blanco con bordados de colores de Alejandría. Era, por lo visto, a su vez un excelente actor, cantante y tocador de lira y flauta. Demostraba tener una cultura excepcional, y hablaba sin acento casi todos los idiomas del imperio, incluido el sirio y el parsi.

Calista se enteró también de que la compañía de Atalo podía representar cualquier obra de teatro, por difícil que fuera. Y ella, que tenía ganas de bailar y cantar para Alarico, se entrevistó con él.

—Es un gran honor para mí ejecutar mis espectáculos para tan ilustre personaje —dijo Atalo tras las presentaciones. Hablaba con estudiada retórica y en parsi casi perfecto, ya que se había dado cuenta, por su acento, de que Calista era persa—. Puedo representar cualquier cosa que me pidas. Mis actores y actrices son los más reputados del imperio.

—¿Y tus bailarinas y cantantes? —preguntó Calista.

—Las cantantes son las mejores que alcances a imaginar. Y en cuanto a las bailarinas, ni siquiera las de Gades lograrían igualarlas. Yo mismo he ido escogiéndolas por todos los lugares del imperio. Hay bailarinas de Siria, Egipto, Nubia, Etiopía, Cirene, Numidia, Gades, Atenas y Alejandría.

—¿Y de Persia?

—También hay dos bailarinas persas.

—¿Cuándo puedes empezar?

—Cuando tú dispongas.

Las maneras y la educación de aquel comediante eran las propias del más refinado de los patricios. Se contaba de él que era capaz de interpretar el personaje más complicado como si fuese lo más fácil de

ejecutar.

—Dentro de tres días por la noche en el palacio del rey Alarico —dijo Calista.

—Así lo haremos —convino Atalo. Y añadió—: Hay algo de lo que no hemos hablado… Pago a mis artistas salarios generosos.

—No te preocupes por eso. Si eres tan bueno como se comenta, serás muy bien remunerado. —Calista guardó silencio un instante—. Me gustaría cantar y bailar yo misma. ¿Tus músicos me acompañarían?

—Tendrías que venir a mi entoldado para ensayar.

Más tarde, Calista comunicó a Alarico que le había preparado un espectáculo para el día siguiente. Deseaba darle una sorpresa. Pero el rey godo no pareció interesarse por la propuesta de su consejera.

A la mañana siguiente, la persa se presentó en el entoldado de Atalo y le dijo que quería cantar acompañada de músicos y bailar a dúo con una bailarina que fuese muy sensual. Atalo escogió a una joven nubia de unos veinticinco años de una belleza incomparable.

—Jamás he tenido una igual —explicó a Calista—. La encontré en un local de Constantinopla cuando apenas tenía diecisiete años. Yo mismo le he enseñado todo lo que sabe.

Calista ensayó con la nubia, a la que no le costaba seguir sus pasos. Era un baile al que Atalo dotó del ritmo que requería para resultar tan voluptuoso como la aristócrata persa deseaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Calista a la joven nubia.

—Zalika —se limitó a responder la bella africana.

—Ese nombre me suena mucho.

—No soy la única que se llama así —dijo la nubia.

Calista no quiso continuar su indagación, pero pensó que ese nombre le sonaba de la época en la que asesinaron a Rocestes y Marco Probo.

El gran salón del castillo lucía decorado al estilo persa con telas de colores y flores, si bien, en lugar de las mesas godas tradicionales, Calista había ordenado colocar *lecti* como en los *triclinia* romanos.

Todas las personas más próximas al rey godo habían sido invitadas a aquella celebración que pretendía festejar la subida al trono de Alarico, dado que la entronización no se había celebrado al coincidir con el final de la batalla del río Frígido, en la que habían muerto diez mil godos. La persa consideró que ya había pasado el tiempo suficiente. Además, quería dar un cambio a aquel sobrio campamento porque sabía que a Alarico le gustaría un entorno de vida lo más parecido posible a Alejandría o Constantinopla. Lo había visto disfrutar en Atenas, y deseó que todo se asemejase a los ambientes de las ciudades del imperio.

Atalo fue ubicado en un *lectus* junto a Alarico y, después de las presentaciones, el rey godo, que no parecía entusiasmado con la iniciativa de Calista, se puso a conversar animadamente con él.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—Soy de una ciudad siria que los griegos y los romanos llaman Heliópolis. En otros tiempos se llamó Baalbek, en honor al dios Baal. Es una de las más antiguas del mundo. Los griegos la dedicaron al dios Helios y los romanos al dios Júpiter. Se la conoce también como la Ciudad de los Templos porque muchos emperadores, desde Nerón hasta Antonino Pío, construyeron edificios de culto a Dioniso, a Venus o, el más espectacular, al dios Poseidón, hasta que el emperador Teodosio los destruyó comenzando por el de Júpiter. Sin embargo, aunque nací allí, procedo de una familia grecorromana muy antigua. El emperador Tiberio fue mi antepasado.

—¿El emperador Tiberio? —Alarico se mostró muy interesado.

—Sí —confirmó Atalo—. Antes de ser nombrado sucesor del emperador Octavio Augusto, Tiberio se enojó con él por el comportamiento promiscuo de su esposa Julia la Mayor, la hija de Augusto, a la que detestaba. Tiberio estaba enamorado de su primera esposa, a la que tuvo que repudiar para casarse con Julia por imposición de su madre, Livia Drusila. Se exilió de Roma y se fue a vivir a la isla de Rodas, y allí tuvo un hijo con una mujer; no era su esposa, pero la reconoció. Yo pertenezco a la familia de ese hijo de Tiberio cuyos descendientes emigraron a Siria.

La historia de Atalo no parecía muy consistente, pensó Alarico, pero

el actor la había contado de tal manera que podría convencer a cualquiera de su veracidad. Lo cierto era que la elegante forma de expresarse del sirio había conseguido llamar la atención del rey godo. Le gustaban sus refinadas maneras, que le recordaban a Marco Probo y a Teón el Astrónomo. Pasó mucho rato hablando con él mientras Calista los miraba, satisfecha de verlo tan a gusto en su compañía.

—Dices que eres actor y músico, pero por tus modales pareces más un patricio romano que un comediante.

—No es mi intención ser comediante siempre. En el futuro quiero integrarme como patricio en la ciudad de Roma, algo a lo que considero tener derecho por mi origen. No obstante, eso será cuando haya acumulado el dinero suficiente. Y creo que eso se producirá muy pronto.

Alarico podría haber estado toda la noche hablando con Atalo, pero este, a una señal de Calista, se levantó al tiempo que un sirviente le acercaba un aulós, una flauta doble. El sirio se puso al frente de un grupo instrumental que comenzó a interpretar una suave melodía. Desde el fondo del amplio salón se oyó una voz que hizo que a Alarico se le erizara el vello. Reconoció inmediatamente la voz de Calista, si bien hasta entonces no la había oído cantar. Le recordó la de Hipatia; era tan cristalina y dulce como la de la filósofa. Nunca había oído nada tan bello. ¿Cómo era posible que Calista le hubiese ocultado que poseía ese don? Recordó que cuando le pidió a Eutropio que dejase a Calista ir a jugar al *latrunculi* con él, el eunuco le dijo que era una gran cantante y bailarina, pero en aquel momento no le dio ninguna importancia.

Alarico no era un sentimental, pero cuando Calista acabó de cantar esa suave melodía, interpretada con una sensibilidad tan delicada, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se sentía feliz por haber tenido la suerte de conocer a mujeres que cualquier hombre, por importante que fuera, le habría envidiado; en ese instante se consideraba el ser más afortunado del mundo. Tenía ganas de abrazar y besar a la persa. Dejar que sus lágrimas corrieran por las mejillas de ella. Quería comentarle lo bella que le había parecido su interpretación. Pero Calista no se incorporó a la mesa. Atalo continuó dirigiendo al grupo

de músicos, que acompañaban ahora a unas bailarinas que interpretaban una danza de Hispania. Después, los músicos tocaron una melodía persa. Fue entonces cuando Calista salió ataviada con un vestido transparente de seda azul con irisaciones rojizas que producían en ella unos destellos como de fuego. Y comenzó un baile en el que la persa se contorsionaba como una bailarina profesional. Cuando llevaba unos instantes bailando sola se le acercó una joven negra de una exótica belleza que la tomó por la cintura. Los movimientos sensuales eran tan acompasados que parecía que ambas mujeres hubiesen danzado juntas toda la vida. Alarico jamás había visto nada igual. Después de un rato, los cuerpos de ambas comenzaron a vibrar, y la agitación se transformó en el incontrolable éxtasis propio de los bailes rituales orientales. Finalmente, Calista se acercó a Alarico y se derrumbó en sus brazos.

Cuando volvió en sí, se sentó en un *lectus* junto al rey godo y a Atalo.

—¿Puedo proponerte que seas la primera actriz de mi compañía? —le preguntó este último con una seguridad mezclada con un ápice de ironía.

—No puedes —respondió Calista—. Mi vocación no es ser cantante ni bailarina.

—Pues actúas mejor que una profesional.

—Aprendí en mi Persia natal. Y bailar y cantar son dos de las cosas que más me gustan.

—Os dejo para que habléis a solas —dijo Atalo.

—Me gustaría que Zalika se reuniera con nosotros. ¿Es posible?

—Desde luego —afirmó Atalo, y se alejó.

—¿Quién es Zalika? —preguntó Alarico.

—Es la joven nubia que ha bailado conmigo. He visto cómo la mirabas.

—Es una mujer muy bella —dijo Alarico.

Calista había conseguido en aquel perdido lugar de Iliria todo lo que deseaba. Se sentía libre, reconocida y amada. Notaba que lo que estaba haciendo desde años atrás tenía un valor que Alarico y sus allegados sabían apreciar. Además, tenía la compañía y la complicidad

de la persona por la que sentía un amor cuyos límites ni ella misma alcanzaba a conocer. Y no dudaba de que él la amaba de la misma manera. Precisamente por ese amor, Calista deseaba crear una corte para que Alarico estuviera rodeado de personas que le fueran afines, recrear un ambiente como el de Alejandría o Atenas, aunque más lujoso, menos romano y más persa. Pensaba que Atalo podría servirle para comenzar a crear ese círculo cortesano.

Como colofón de esa noche, Atalo representó como actor principal la obra de Plauto *Miles gloriosus*, una comedia de enredo tan bien interpretada que hizo que Alarico y sus allegados estuvieran riendo sin parar con las aventuras y las ingeniosas peripecias del soldado fanfarrón Pirgopolínices y la cortesana ateniense Filocomasia.

Cuando se retiraron para dormir, el rey godo se encontró en su cama a Zalika y a Calista.

La persa no tardó en convencer a Atalo para que se instalase de manera permanente en aquel palacio y mandó que le prepararan unos aposentos tan lujosos como los de Alarico.

—Me quedaré durante un tiempo —dijo Atalo—. Pero cuando considere que mi momento ha llegado, dejaré la compañía y me iré a vivir a Roma.

Si tras la victoria sobre Gildo, Estilicón había recuperado una parte del prestigio perdido entre los habitantes de Occidente, en Oriente el eunuco Eutropio continuaba ejerciendo su influjo casi absoluto sobre el emperador Arcadio. Eudoxia estaba cada vez más enojada con su valedor porque, embriagado por el poder, la había dejado en un segundo plano desde los sucesos de África. Además, Eutropio no había permitido que el *comes* Juan fuese nombrado prefecto del pretorio, como ella deseaba. Esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Eudoxia, que quería que su amante ocupase el puesto más relevante después del emperador y así tener un control absoluto de su infidelidad y del imperio. A partir de entonces, todas sus energías irían destinadas a buscar la forma de acabar con el eunuco.

La ambición había hecho bajar la guardia a Eutropio. Se creía

todopoderoso y trató de ascender un peldaño que, en su caso, era casi imposible: ser nombrado cónsul de Roma. Arcadio le manifestó su reconocimiento por tener en jaque a su hermano y, con él, al Imperio de Occidente. Habían pasado de una situación en la que tenían que defenderse de las agresiones de Estilicón a ser ellos los que ponían sitio a la otra parte del imperio, un imperio que se había dividido en dos mitades irreconciliables ya que el odio entre hermanos y la rivalidad entre altos funcionarios hacía que los sueños de independencia de Constantinopla estuvieran cada vez más cerca. La quiebra final dependía de un simple hilo que el eunuco estaba dispuesto a cortar más pronto que tarde. Los mandatarios de Constantinopla, una vez que el testamento de Teodosio les atribuyó algunas de las mejores provincias, hicieron todo lo posible para convencer al pueblo de la bondad de una ruptura definitiva.

El eunuco había conseguido que Arcadio quedase preso dentro de los límites del palacio. Controlaba el acceso a sus aposentos y no permitía que hubiese audiencias si no era en su presencia. Además, había envuelto al emperador en una amplia colección de diversiones, empezando por constantes celebraciones de carreras de cuadrigas en el hipódromo, que fascinaban a Arcadio. Incluso había mandado cerrar una zona del palacio para uso exclusivo del joven emperador a la que ni siquiera la emperatriz podía acceder. Eudoxia lo consideró un ultraje añadido. Eutropio había creado allí una especie de harem lleno de jóvenes de ambos sexos para la celebración de orgías continuas, lo que hacía que el emperador estuviera en un constante estado de embriaguez. Y cuando la corte se trasladaba a la región de Ancira en Asia Menor, llegado el verano, los eunucos ayudantes de Eutropio usaban su imaginación para deleitar a Arcadio con toda suerte de espectáculos y entretenimientos.

Eudoxia se veía cada vez más alejada de la influencia de su marido, quien no toleraba ninguna queja, ni siquiera de ella, al respecto de su hombre de confianza. La exclusión a la que el eunuco la tenía sometida en su propio palacio llegaba a tal extremo que ni ella misma sabía cómo lo soportaba. Solo la mantenía esperanzada el ánimo de venganza que día a día crecía en su interior. Debería esperar a que su

oportunidad apareciese. Y esta le llegó de la mano de un clérigo.

34
Nuevos nombramientos

Cuando el patriarca Nectario, quien había dominado la Iglesia de Constantinopla durante dieciséis años, murió en septiembre del año 397, la sede más deseada del Imperio de Oriente se quedó vacante.

Era el momento que llevaba esperando desde hacía mucho el patriarca de Alejandría, el todopoderoso Teófilo, inductor de la quema de la gran Biblioteca. Su intención era poner en la sede a un obispo que le fuese leal para ostentar el poder de toda la Iglesia de Oriente, para ello contaba con la ventaja de tener de su lado a casi todos los obispos que habían de participar en la elección. Sin embargo, frente a esa poderosa facción se encontraban los clérigos fieles a Nectario, que deseaban para el cargo a una persona de su confianza. En esas circunstancias era inevitable que se produjese una pugna por conseguir el voto de aquellos que todavía estuvieran indecisos.

En ese enfrentamiento pasaron varios meses sin que pudiera tomarse una resolución. Hasta tal extremo llegaba la tirantez entre las dos facciones que se temía un combate como el ocurrido en Roma unos años antes durante la elección del papa Dámaso, que dejó en el pavimento de la basílica de Roma ciento treinta y siete muertos.

Sin llegar a esos extremos, la ciudad se llenó de insultos y descalificaciones ante la indignada población, que solicitaba cada vez con más fuerza que el emperador interviniera en el conflicto y tomase una decisión, con el ruego añadido de que ninguna de las facciones obtuviese la codiciada sede. Pero al poner la cuestión en manos del emperador, en realidad la pusieron en manos del eunuco, que debía optar por un candidato independiente de quienes se enfrentaban.

Hasta Constantinopla habían llegado los ecos de la fama de un clérigo que gozaba de gran notoriedad en Antioquía del Orontes por su elocuencia y su santidad. Se llamaba Juan y tenía el sobrenombre de Crisóstomo, esto es, «boca de oro». Había rechazado varias ofertas para ser obispo de Antioquía porque consideraba que carecía de méritos para ello; más aún, vivía con la pobreza de un eremita. Esto último podría considerarse un grave problema para nombrarlo patriarca de Constantinopla, porque los clérigos solían vivir con el lujo y el boato de los aristócratas. Pero no era el único inconveniente. Había otro problema aún más importante, y era que los católicos de su ciudad consideraban a Juan patrimonio intransferible; no le dejarían salir bajo ningún concepto. Antioquía se había caracterizado en el pasado reciente por generar motines y rebeliones contra la autoridad del gobernador, y por ello el emperador Teodosio la había castigado con la extrema crueldad que lo caracterizaba.

Eutropio vio en la figura de Juan Crisóstomo una salida airosa ante el enfrentamiento de las dos facciones católicas por ocupar el solio de Constantinopla. Intentaría imponer su nombramiento. Mejor dicho, haría ver que se trataba de la voluntad del propio emperador. Le preocupaba el talante rigorista del clérigo antioqueño, pero estaba seguro de poder hacerse con su voluntad una vez que estuviese instalado en la cumbre de la jerarquía católica. También le preocupaba, por descontado, la oposición de los antioqueños y la posible negativa de Teófilo a ordenarlo.

Para evitar las dificultades derivadas del rechazo de los antioqueños a que el clérigo saliera de su diócesis, Eutropio encargó al prefecto de Antioquía que lo sacase de las murallas de la ciudad con cualquier pretexto y que lo entregase a una unidad militar que tenía la orden de llevarlo a Constantinopla. Juan Crisóstomo fue, pues, secuestrado y llevado contra su voluntad hasta la capital del Imperio de Oriente. Durante todo el viaje estuvo maniatado y amordazado, y se negó a comer y a dormir.

La entrada en el lujoso palacio imperial de aquel clérigo vestido con los harapos propios de los eremitas del desierto generó una gran curiosidad. Seguía sin consentir en comer, y Eutropio pidió que lo

desatasen y lo dejasen en la sala de audiencias.

Cuando el eunuco entró y cerró tras de sí la puerta para que pudiesen estar solos, Juan dijo:

—¿Por qué me has detenido? No he cometido ningún delito.

—No habrías venido voluntariamente.

—¿Qué quiere el emperador de mí?

—Ya debes de saber que el patriarca Nectario ha muerto.

—Sí, lo sé. Pero el patriarca de Alejandría tiene un sustituto.

—El emperador desea que tú seas el nuevo patriarca de Constantinopla.

—No puedo aceptar. No estoy preparado —afirmó Juan—. Busca a otra persona.

—El emperador y el pueblo creen que sí lo estás —respondió Eutropio—. Te dejaré una semana para pensarlo.

Juan estuvo toda la semana orando, y cuando el eunuco regresó le comunicó su decisión de aceptar el nombramiento. Se había convencido de que Dios se servía de aquel enrevesado procedimiento para que él fuese la persona encargada de acabar con los vicios de aquella ciudad que muchos consideraban una nueva Gomorra.

Como esperaba Eutropio, el pueblo católico aceptó de buen grado y aplaudió la decisión del emperador Arcadio, pero el clero se quejó de que aquella designación suponía usurpar las funciones de la Iglesia. Por eso, el patriarca encargado de ordenarlo, el todopoderoso Teófilo de Alejandría, se negó a hacerlo. Un nuevo obstáculo para que el eunuco pudiera cumplir su objetivo. Teófilo, que se encontraba en Constantinopla, tuvo que acudir al palacio imperial a una llamada de Eutropio.

—Sabes que en esta ciudad la última palabra para nombrar al patriarca la tiene el emperador —dijo el eunuco.

—Pero los obispos deben dar su conformidad —replicó Teófilo.

—Eso no ha sido nunca un problema. El emperador Teodosio nombró a Nectario, que ni siquiera estaba bautizado.

—No me someteré al dictado del emperador —dijo Teófilo, que era tan rebelde en Oriente como lo había sido Ambrosio en Occidente.

El eunuco le pidió que esperase mientras buscaba unos documentos

que podrían interesarle. Al oír las palabras de Eutropio, el rostro del patriarca de Alejandría cambió de color. Durante la guerra entre Teodosio y Eugenio, antes de la batalla del río Frígido, Teófilo había encargado a un sacerdote de su diócesis hacer llegar al vencedor una carta poniéndose a sus órdenes. Sin embargo, como la batalla no había tenido lugar aún y no se sabía quién sería el vencedor, redactó dos misivas exactamente iguales, una para Teodosio y otra para Eugenio. El clérigo delegado debería entregar la carta al vencedor y destruir la otra. Pero el sacerdote comisionado de Teófilo consideró que ambas eran muy valiosas y que alguien estaría dispuesto a pagar una fortuna por disponer de las pruebas de la actuación artera de su patriarca. Ninguna de las dos cartas fue entregada porque las compró Eutropio. Las había guardado durante todo ese tiempo por si en algún momento podían serle de utilidad.

El eunuco puso delante de Teófilo dos sobres idénticos, y el patriarca reconoció las marcas de su secretaría personal.

—En cada sobre hay una carta —dijo Eutropio—. Las dos contienen exactamente las mismas palabras.

Teófilo no lo dejó continuar. Ahora entendía todo, incluso por qué el sacerdote comisionado no había vuelto a Alejandría.

El eunuco había sido más que convincente y, en el día fijado, Teófilo ordenó como patriarca de Constantinopla a Juan Crisóstomo ante el delirio de los católicos.

Eutropio estaba convencido de que, tras facilitar su designación, el nuevo obispo se sometería a todas sus decisiones y caprichos.

Sin embargo, no se imaginaba los problemas que le esperaban con aquel extraño hombre que cautivaba con sus homilías a quienes lo escuchaban. Desde que tomó posesión como nuevo patriarca, la basílica se llenaba a rebosar cuando Juan predicaba. Y en sus sermones explicaba que para los católicos era obligatorio llevar una vida sencilla y rigorista, lo que significaba la condena radical del lujo de cualquier tipo. Juan aborrecía el boato y la ostentación de que habían hecho gala todos los patriarcas anteriores a él. Los prelados solían frecuentar las casas de los ricos, donde participaban de su suntuosidad y recibían regalos. Contra todos ellos se alzó la voz

potente de Crisóstomo. Pero las invectivas del antioqueño no se quedaban ahí. Estaba admitido de hecho que los prelados de todo el Imperio de Oriente tuviesen acogidas en sus casas a jóvenes que simulaban ser familiares o sirvientas y que desaparecían durante un tiempo cuando quedaban embarazadas. Crisóstomo ordenó salir de las casas de los sacerdotes a toda mujer que no fuese esposa formal. El celibato no era obligatorio, pero practicarlo se consideraba una virtud y un mérito para ascender en la jerarquía católica.

Aquel obispo de constitución débil tenía, no obstante, una fuerza interior excepcional. Además, para desgracia de eclesiásticos y notables, era insobornable. Ordenó vender las inmensas cantidades de objetos de culto de oro, plata, marfil o piedras preciosas de las iglesias y los sustituyó por objetos de latón o cobre. Pero fue mucho más allá. En Constantinopla se había creado una especie de gremio constituido por las viudas ricas, tanto jóvenes como mayores, que, estando condenadas por la costumbre a quedar recluidas en su casa de por vida, habían encontrado por medio de la Iglesia una forma de sortear ese cruel destino. Nombradas diaconisas del culto, podían mantener en secreto relaciones con sus amantes, muchos de los cuales eran los propios sacerdotes. Crisóstomo las sometió a una investigación minuciosa y expulsó de la Iglesia a la mayoría. Por último, vació el palacio episcopal de cualquier objeto suntuoso. Incluso llegó a vender todas las lujosas vestiduras que se usaban para el culto y que eran imitación de las ropas fastuosas de la monarquía y la alta sociedad persa. Con la inmensa cantidad de dinero que recaudó, creó hospicios y puso en marcha una organización dedicada a atender a los pobres.

Crisóstomo se refugió en un ala del palacio arzobispal y, despojado de cualquier tipo de ostentación y vestido con sencillas ropas de monje, se dedicó en exclusiva a su labor pastoral. Cuando no estaba ejerciéndola, descansaba en su humilde habitación sin asistencia de ninguna persona, ya que era muy sobrio en la comida. Rechazó una por una, con elegantes y educadas contestaciones, todas las invitaciones de la alta sociedad, que no entendía que uno de sus miembros más relevantes no se relacionara con ellos y sí con los pobres y los excluidos.

En tan solo tres meses de gobierno religioso tenía en contra a toda la clase alta y a todos los clérigos de Constantinopla.

Pero los problemas más graves llegaron cuando en sus prédicas comenzó a fustigar duramente a la casa imperial por el lujo y las costumbres disipadas de la corte. Hasta el extremo de declarar al eunuco Eutropio enemigo de la Iglesia. La emperatriz Eudoxia había conseguido sin pretenderlo un aliado temible contra el eunuco. Pronto se dio cuenta de que podría aprovechar en su favor el antagonismo entre Crisóstomo y Eutropio. Si el obispo no visitaba el palacio imperial, ella visitaba al obispo en la basílica episcopal. Eudoxia se puso a disposición de Crisóstomo. Ella, que amaba el lujo más que el propio eunuco, apareció ante el patriarca como una devotísima matrona ataviada con un humilde vestido, como gustaba al patriarca, y teniendo como único objetivo ayudar a los pobres y proteger a la Iglesia.

Preocupado por las diatribas del patriarca, Eutropio buscaba la forma de deshacerse de aquel incómodo hombrecillo que él mismo había hecho ascender al trono católico más prestigioso del Imperio de Oriente.

Mientras el nuevo patriarca iba cambiando las costumbres de la Iglesia de Constantinopla, con la llegada del otoño empezaban a ponerse sobre la mesa los nombres de las personas a las que correspondería el honor de ser cónsul el año siguiente. Se elegía uno por cada parte del imperio y el cargo tenía una duración de un año. En ese nombramiento estaba el límite de la ambición de Eutropio, porque el siguiente cargo en prestigio era el de emperador. Muchas veces recordaba que tras la visita que, por orden de Teodosio, había hecho al santón Juan de Licópolis soñó con acceder a la condición de cónsul del imperio. Con el grado de influencia que ahora ejercía sobre Arcadio, consiguió del emperador no solo que le concediera la condición de patricio, algo impensable para un eunuco que había sido esclavo, sino el nombramiento de cónsul para el año siguiente, pasando por delante de muchos otros que habían acreditado un *cursus*

honorum del que él, como era lógico, carecía. Occidente, por su parte, nombró al patricio Flavio Manlio Teodoro.

El cargo de cónsul estaba reservado para personas de gran prestigio. Hasta tal extremo era así que se consideraba una institución sagrada, la que mejor podía encarnar el alma de Roma. Eutropio había alcanzado su objetivo soñado. La «vieja amazona» ya era oficialmente la persona más relevante del imperio después del emperador.

Si en Oriente el nombramiento de Eutropio fue una sorpresa que se recibió más con ironía que por la afrenta que suponía para Occidente, en esa parte del imperio causó estupefacción. Cuando la designación quedó confirmada por la llegada del decreto del emperador Arcadio, la indignación se extendió por todos los estratos de la sociedad, pero especialmente por el de las clases altas, que lo consideraron una humillación. Era como una mancha que ensuciaba los ilustres nombres de las personas que, como Cicerón, Bruto o Cincinato, arquetipos de las virtudes romanas, habían ostentado ese cargo.

La ceremonia de toma de posesión de ambos cónsules se producía en las calendas de enero, haciendo coincidir el día y la hora. Cada parte del imperio reconocía a su propio cónsul y al propuesto por la otra. El regente convenció al emperador Honorio para que no se reconociese como cónsul nombrado por Oriente a la persona que había perpetrado una larga lista de traiciones contra Occidente. Empezando por la reciente rebelión de la provincia de África que el eunuco había promovido, una rebelión que habría podido provocar una catástrofe definitiva y había supuesto la destrucción de numerosas ciudades de África, además del hambre y el sufrimiento en Roma y toda Italia. Para justificar esa afrenta al Imperio de Oriente, Estilicón alegó que no se había recibido la comunicación oficial, por lo que el año 399 debía comenzar con un solo cónsul.

El mismo día y a la misma hora, en Oriente se celebraba en el palacio imperial una ceremonia idéntica, en este caso presidida por Arcadio y Eudoxia, y con la presencia del Senado y toda la aristocracia de Constantinopla. Vestido de púrpura y sentado en el solio consular, el

eunuco era el protagonista absoluto de aquel exuberante ceremonial. Los senadores se arrodillaron y besaron primero la mano y después la mejilla del nuevo cónsul. Si entre las clases bajas el nombramiento se recibió con jolgorio porque desprestigiaba la institución, entre las clases acomodadas se acogió con aflicción porque el ascenso de Eutropio se veía, además, patrocinado por el emperador y la emperatriz. Y eso suponía que el eunuco se eternizaría en su gobierno tiránico.

Claudiano había llegado hacía unas semanas a la corte de Constantinopla y vivía en el palacio imperial como ayudante del general Gainas, tal como había pactado con Estilicón. El eunuco estaba demasiado ocupado en ir apagando los fuegos que iban encendiéndose a su alrededor y no reparó en aquel joven egipcio que parecía uno más de los empleados del palacio. El regente estaba jugando una partida doble. Por una parte se servía de Claudiano, quien, con el falso nombre de Adriano y tras modificar su aspecto habitual dejándose la barba, intentaba intimar con la emperatriz Eudoxia. Por otra parte, buscaba la complicidad del Senado para acabar con los problemas de Oriente por la vía militar. Pero ese no era el principal objetivo de Estilicón. La finalidad última era conseguir, incluso por la fuerza si era necesario, que Oriente estuviese bajo su regencia y la de su esposa, con lo que se lograría forzar una política común. Estilicón dijo ante el Senado que la actual división solo favorecía a los enemigos del imperio. Para alcanzar sus propósitos contaba con el apoyo de Gainas.

Según el regente había planificado, Claudiano debería usar sus habilidades para ganarse la amistad y después la complicidad de Eudoxia. Lo primero era conocerla.

—General, según me dijo el regente tienes una buena relación con la emperatriz Eudoxia —dijo Claudiano, que se había instalado en los aposentos anejos a los de Gainas en el palacio imperial—. ¿Puedes presentármela?

—¿Con qué excusa?

—He escrito unos versos contra el eunuco, quizá le guste leerlos.

—¿Contra el eunuco? Seguro que a la emperatriz le interesará. ¿Me

permites verlos? —preguntó Gainas.

—Por supuesto, general.

Claudiano le entregó unos pliegos de pergamino con el título de *Contra Eutropio*.

—Mañana te diré algo.

—Tiene que mantenerse la discreción sobre el contenido del manuscrito. Si llegase a conocimiento de Eutropio, puedo darme por muerto.

Dos días después, Eudoxia concedía a Claudiano una audiencia en sus aposentos privados.

—¿Cómo te llamas, poeta?

—Mi nombre es Adriano.

—¿Es posible que un poeta tan grande como tú sea desconocido?

—Así es, emperatriz. Por eso estoy a las órdenes de tu general. Quiero que su influencia me sirva para darme a conocer en la corte.

—Me gustaría oírte recitar algunos versos. Toma el manuscrito.

—No me hace falta, lo conozco de memoria. —Claudiano comenzó a declamar—: «Todos los prodigios palidecieron ante nuestro cónsul eunuco. ¡Ay, vergüenza de la tierra y el cielo! Se muestra por las ciudades una vieja vestida con la trábea y afemina el nombre del año… Levantaos, Escipiones, ilustres por los cartagineses, y tú, familia Claudia, y tú, descendencia de Curio. Y tú, Catón de Útica, sal de tu pequeño sepulcro para soportar a Eutropio. Regresad de las tinieblas, muchedumbre de Brutos y multitud de Corvinos. Los eunucos toman vuestras vestimentas y varones ambiguos cogen las insignias de Roma. Los eunucos han arrebatado las togas temibles para Aníbal y para Pirro. Aspiran a la trábea tras haber despreciado el abanico…No enumeraré a cuántos magistrados del pasado a través de mil años se les hace esta injuria, la venerable vejez de cuántas edades se deshonrará».[13]

La emperatriz escuchaba extasiada aquella clara voz educada para la declamación, con un fraseo tan melodioso que pensó que podría pasarse así todo el día. Especialmente si se trataba de denigrar a su odiado eunuco.

—Lo que hay en el manuscrito es solo la primera parte —dijo

Claudiano—. Estoy escribiendo la segunda, para la que necesito la información que podrías facilitarme.

—Me gustaría conocer esa parte que está por escribir.

—Te la recitaré a medida que vaya escribiéndola.

—Me agrada tu compañía, poeta. Diré al general Gainas que te deje visitarme alguna otra vez.

—Estaré encantado de compartir mis poemas con la emperatriz —respondió Claudiano—. Veo que mis versos sobre Eutropio te placen.

—Mucho. Eutropio es un ser despreciable, y esos extraordinarios versos indican que tampoco te agrada.

A partir de entonces, Eudoxia llamó con frecuencia a Claudiano, quien, bajo el falso nombre de Adriano, acabó por tener una complicidad con ella similar a la que tenía con la regente. Seducir con la palabra era una de sus habilidades. En sus reuniones con la emperatriz le leía alguno de los nuevos versos, pero, sobre todo, escuchaba las intenciones de la Bárbara al respecto de Eutropio.

El general Gainas había confesado a Claudiano el odio que sentía por todos los políticos. Eran unos aprovechados que no aportaban nada en beneficio de la sociedad. Para él, solo los militares eran dignos servidores del Estado porque garantizaban la seguridad de las fronteras, el orden público y el cobro de los impuestos. El poeta alejandrino le sonsacaba para que le explicase todo el odio que albergaba hacia Eutropio.

—Yo planifiqué la muerte de Rufino. De haber conocido la calaña del eunuco, lo habría hecho matar en ese momento.

—Pero ahora es demasiado poderoso porque su influencia sobre el emperador es casi absoluta —dijo Claudiano.

Claudiano estaba allí con el único fin de eliminar al eunuco. Los regentes estaban convencidos de que una vez muerto Eutropio todo volvería a la normalidad. Su intención inicial era utilizar a la emperatriz Eudoxia, pero ahora se daba cuenta de que Gainas podía ser un excelente aliado, tanto por la lealtad que seguía profesando a Estilicón como por la animadversión que sentía por Eutropio.

—Quizá deberíamos pensar en un plan para acabar con ese eunuco. Eso es lo que le gustaría al regente —afirmó Claudiano.

—Como has dicho, Eutropio tiene la absoluta confianza del emperador —le recordó Gainas—. ¿Se te ocurre qué podríamos hacer?

—Considero que lo más razonable sería generar un conflicto que asustara a Arcadio y que Eutropio no fuera capaz de controlar.

—Yo no puedo atacar Constantinopla —dijo Gainas—. Soy el responsable militar, pero el maldito eunuco ha impedido mi nombramiento como *magister militum*.

—Sin embargo, debe de haber numerosos pueblos bárbaros que podrían atacarnos.

—Se me ocurre Alarico —dijo Gainas—, aunque me parece que tiene la mirada puesta en Occidente y no en Oriente.

—¿Y no hay nadie de tu confianza? —preguntó Claudiano.

—Déjame que lo piense y en unos días te diré algo.

Una semana después, el poeta y el general godo volvieron a reunirse. Gainas había pensado incluso más allá de lo que Claudiano preveía.

—De entre todos los posibles candidatos he encontrado a un primo mío, hijo de una hermana de mi madre que se fue a vivir con los ostrogodos. Se llama Tribigildo y ahora está establecido en Frigia.

—¿Y qué le has propuesto?

—Que exija al emperador una posición similar a la de Alarico —explicó Gainas—. Le dirá que sus guerreros ostrogodos pueden defender la frontera de Persia. A cambio, le pedirá que lo nombre general del ejército imperial de Oriente y una fuerte compensación como subvención, además de los sueldos de todos sus guerreros.

—¿Arcadio lo recibirá? —preguntó Claudiano.

—No. Eso es impensable. Lo hará Eutropio —respondió Gainas—. Y estoy seguro de que no aceptará. Pero no podemos adelantar nada.

—Veremos qué ocurre.

—He dicho a Tribigildo que si su petición es rechazada debe iniciar una serie de expediciones de saqueo en las ciudades de Anatolia. De esa manera, el emperador reaccionará. También le he recordado que así ocurrió con el rey Alarico.

35
Nuevos enemigos

Las hazañas de Alarico, que después de devastar Macedonia, Tesalia, Ática y el Peloponeso había conseguido la dignidad de *magister militum*, se habían extendido con admiración tanto entre los bárbaros que habitaban en el imperio como entre los que todavía vivían al otro lado de la frontera.

Eran numerosos los pequeños núcleos de bárbaros que habían obtenido tierras y sobrevivían de su cultivo. Muchos de ellos, no obstante, decidieron acudir a Iliria respondiendo a la llamada de Alarico. Pero había otros que optaron por quedarse en sus tierras, entre ellos un numeroso grupo de ostrogodos asentado en la provincia de Frigia, en Asia Menor. Fue este grupo el que Gainas eligió para que provocase a Eutropio. Su caudillo, Tribigildo, por indicación del general godo, había acudido al palacio imperial para conseguir el reconocimiento de sus guerreros como federados del imperio a cambio de una subvención y la concesión para él del grado de general, algo parecido a lo obtenido por Alarico, pero sin tener que devastar ningún territorio.

Tribigildo aguardaba en Constantinopla a que el emperador o Eutropio lo recibieran. Gainas le había dicho que estaba de su parte y que el imperio debía reconocer sus justas demandas. Después de esperar varias semanas, fue el eunuco quien lo recibió finalmente.

—Dime, Tribigildo… Es así como te llamas, ¿no? —dijo Eutropio, y el caudillo ostrogodo afirmó con la cabeza—. ¿Qué deseas del emperador?

—Mi pueblo controla la provincia de Frigia y desea un tratado para

formar parte como federado del ejército imperial. Quiere ponerse al servicio del emperador para proteger, si fuese necesario, las fronteras de Persia.

—¿Y pretendes ser nombrado general de ese ejército federado? —preguntó con sarcasmo el eunuco.

—Ese es el deseo de mi pueblo —dijo Tribigildo.

—¿Piensas que podemos pagar a todos los bárbaros que quieran chantajear al imperio? —El tono que usaba Eutropio iba haciéndose por momentos más irónico y despreciativo—. Se os han dado tierras para instalaros como colonos. Dedicaos a trabajarlas en lugar de tratar de vivir de los subsidios sin hacer nada.

—Somos soldados y deseamos vivir como tales ¿Nos consideras inferiores al general Alarico?

—No os consideramos absolutamente nada. En realidad, creo que no sois más que unos malos agricultores a los que no les gusta trabajar.

—Dime, pues, qué debo comunicar a mi pueblo.

—Comunica a los tuyos que si no quieren hacer aquello para lo que han sido admitidos en el imperio, les haremos cruzar de nuevo la frontera del Danubio.

—¿Debo considerar tus palabras como una amenaza?

—Tómalas como te parezca —le espetó el eunuco—. Vuelve a tus tierras y deja de molestar en la corte.

Tribigildo, sin nada que añadir, salió del palacio imperial con la sensación de haber sido despreciado, una sensación que no había experimentado con anterioridad, y se dirigió a su provincia sin siquiera despedirse de su primo el general Gainas.

Una vez en su colonia, el bárbaro, desairado y humillado, arengó a sus soldados y declaró la guerra al imperio. Tenía intención de hacer lo mismo que Alarico. Después de reunir todas las tropas que pudo, el caudillo ostrogodo comenzó una serie de incursiones de pillaje sobre las ciudades, los pueblos, las aldeas y las granjas de Frigia. A la vista de los éxitos iniciales, otros grupos de colonos se le sumaron y logró formar un ejército lo suficientemente importante para que en Constantinopla empezaran a preocuparse. Delegaciones de toda Anatolia se dirigieron a Constantinopla para pedir al emperador que

actuase con urgencia contra Tribigildo.

Arcadio ordenó reunir a su consejo.

—¿Por qué ese Tribigildo está devastando la península de Anatolia? —preguntó.

—Quiere imponernos un *foedus* —dijo Eutropio.

—Según mis noticias, se trata de un buen militar que podría defender con su ejército las fronteras orientales. Solo busca firmar un tratado con el imperio. Pero le ha sido denegado —explicó el general Gainas, sin aclarar que Tribigildo era pariente suyo.

—¿Por qué se le ha denegado la petición? —preguntó Arcadio.

—Es solo un pequeño grupo de bárbaros, no un ejército. Son simples agricultores que no quieren trabajar las tierras —aclaró el eunuco, minimizando la importancia de la revuelta—. Pero al imperio no se le puede chantajear —concluyó.

—Por lo que sé, conforman un ejército numeroso —le contradijo Gainas—. Creo que sería preferible buscar una solución negociada, emperador.

—El general León me ha dicho que puede sofocar la revuelta fácilmente —afirmó el eunuco.

—El general León es un tintorero gordo ascendido a general por ser tu amigo que no tiene experiencia ni conocimientos para dirigir un cuerpo del ejército —le espetó Gainas, ofendido en su profesionalidad al no haber sido consultado por el eunuco.

—¿Osas criticar a un colega? —exclamó con enfado Eutropio.

—¡No estoy criticando a un colega! León solo tiene de general el título que le has otorgado —replicó enfurecido Gainas, la única persona que, además del emperador, se permitía llevar la contraria al eunuco, no en vano tenía a sus órdenes el ejército imperial.

Arcadio dirigió una mirada de desaprobación a Gainas.

—Bien, hemos acabado por hoy —concluyó el emperador, que no quería llevar la contraria al eunuco—. Que se encargue el general León.

Esa decisión no gustó a Gainas, que quedaba desautorizado en beneficio de Eutropio. El tosco pero eficiente general, que odiaba y despreciaba a los políticos, consideró que el emperador era tan

incompetente como el general León. Pensó que ya irían a buscarlo cuando las cosas empeorasen. El eunuco se había sobrepasado, y Gainas no iba a perdonarle la afrenta.

Mientras el general León preparaba la expedición, las tropas de Tribigildo seguían arrasando Anatolia. Su ejército crecía día a día con incorporaciones nuevas de bárbaros deseosos de dedicarse al pillaje en lugar de cultivar tierras. Las noticias que llegaban a la corte eran cada vez más preocupantes por la anarquía que se había apoderado de toda la península. Era el momento de que un general experimentado como Gainas interviniese al frente del destacamento imperial. Pero el eunuco no quería ceder y convenció al emperador para que enviase una comisión a negociar con Tribigildo las condiciones de paz. El propio Eutropio no se fiaba de la competencia del general al que él mismo había ascendido.

El caudillo rebelde, sin embargo, se sentía fuerte y, después de consultar con su primo Gainas, respondió a la delegación de Arcadio que, de entrada, no tenía intención de discutir nada porque la negociación había quedado cerrada el día en que Eutropio lo humilló.

—¡En cualquier caso, antes quiero la cabeza del eunuco! —les dijo Tribigildo con arrogancia—. Cuando me la hayáis entregado, podremos hablar de un acuerdo.

En esa espiral de desprecios y ofensas, el siguiente en la lista fue Gainas. Después de la reunión en la que se encargó al general tintorero León la dirección del ejército, Eutropio había conseguido que Arcadio le ordenase quedarse en Constantinopla dedicado en exclusiva a proteger la ciudad y al propio emperador.

Los ejércitos imperial y bárbaro se encontraron frente a frente en la llanura que bordeaba el golfo de Panfilia. El general León ordenó preparar el campamento y esperar al día siguiente para enfrentarse a las tropas de Tribigildo. Pero los informadores bárbaros observaron que los imperiales no habían terminado de cavar el foso y habían dejado una parte de la empalizada sin concluir. León, demostrando una desidia colosal, no se había preocupado de inspeccionar los

trabajos. Era evidente que esa falta de rigor era impropia de un general romano. El caudillo bárbaro decidió atacar por esa parte desguarnecida pasada la medianoche e hizo penetrar en el campamento al grueso de sus tropas aprovechando la luna llena. Tribigildo había ordenado a sus hombres que actuasen con toda la violencia de que fueran capaces matando al mayor número de soldados posible. Nada pudieron hacer los que estaban de guardia cuando las tropas bárbaras entraron en tromba y degollaron a los soldados, que no tuvieron tiempo para reaccionar. Los que huyeron en desbandada no sabían que entraban en una marisma, donde una parte importante se ahogó. El propio general León, cuyo peso y el de su caballo le impedían mantenerse en la superficie, se hundió rápidamente y pereció en las aguas cenagosas. Los pocos soldados que quedaron vivos escaparon como pudieron en dirección a Constantinopla, dejando toda Asia Menor en poder de Tribigildo.

La estrategia del eunuco había fracasado. La muerte del general León era la evidencia de su propia incompetencia. La expedición había acabado con la aniquilación de una parte del ejército de Oriente. Eso, además, hacía que las tropas aceptasen de mejor grado a Gainas que a cualquier otro general. El emperador le encomendó la continuación de la campaña de Asia Menor, y Gainas se vio obligado a aceptar el encargo, pero no hizo nada por enfrentarse a las tropas enemigas. La mayoría del ejército de Gainas y todo el de Tribigildo estaban compuestos por soldados bárbaros que no tenían ninguna intención de combatir entre ellos en beneficio de un emperador al que despreciaban. Gainas escribía frecuentes cartas a Arcadio donde le relataba, entre otras cosas, la gran competencia militar de Tribigildo y lo bueno que sería para el imperio que ese ejército, en lugar de dedicarse a devastar Asia Menor, estuviese defendiendo las fronteras del imperio, tal como hacía Alarico en Iliria. Añadía que el coste de la guerra estaba siendo demasiado alto tanto para civiles como para militares. Hasta tal extremo se había vuelto convincente Gainas que el emperador estaba dispuesto a pactar con los bárbaros sublevados. Pero se interponía la exigencia de la eliminación del eunuco. Gainas insistió a Arcadio al respecto de que Eutropio había humillado y

despreciado a Tribigildo, y eso era intolerable para un caudillo bárbaro.

En Constantinopla, los enemigos de Eutropio iban minando la confianza que el emperador le profesaba. La anarquía se apoderaba del Imperio de Oriente. Por el oeste, junto a la frontera de Italia, mandaba Alarico, cuyas tropas hacía meses que estaban haciendo incursiones de pillaje en las provincias próximas a Iliria sin que en la corte pudiesen impedirlo. Por el este, Tribigildo sembraba el pánico en toda Asia Menor y se temía que pudiese avanzar hasta Constantinopla.

Claudiano creyó llegado el momento de dar el golpe definitivo al eunuco. Tras una carta de Gainas en la que le comunicaba que se encontraba en Nicea con Tribigildo, decidió desplazarse hasta esa ciudad para seguir de cerca las decisiones que tendrían que tomar.

Le resultó una sorpresa la conversación con Tribigildo. No se trataba de un patán como Claudiano pensaba, sino de un caudillo consciente de su papel, orgulloso de su pueblo y que, como Alarico o Estilicón, quería un gran futuro para Roma, que era como decir un gran futuro para los suyos. Se reunieron en una taberna junto al puerto de Nicea en el lago Iznik. Ninguno de los dos vestía de uniforme a fin de pasar desapercibidos. Ambos, que eran altos y rubios, contrastaban con el aspecto semítico de Claudiano.

—El eunuco está en una situación muy complicada —dijo el poeta —. Tenemos que hacer un último acto de presión para que Arcadio dé la orden de librarse de él.

—¿Qué propones? —preguntó Gainas.

—Ya no es tiempo de intrigas. Debemos actuar de manera visible para que Arcadio piense que puede perder el trono. Tribigildo asediará la ciudad por la muralla mientras tú, general, controlarás el abastecimiento a través del puerto —explicó Claudiano—. Así Arcadio se dará cuenta de que su hombre de confianza carece de apoyos. La Iglesia católica lo ha denunciado por corrupción, el Senado y la aristocracia lo detestan y ha provocado que el ejército se alce contra el emperador.

—¿Me proporcionarás los barcos para que mi ejército pueda pasar el Bósforo? —preguntó Tribigildo.

—Por supuesto —confirmó Gainas—. Debe ser un asedio con todas las consecuencias.

—Si el emperador ofrece negociar, tú te negarás hasta que Eutropio haya sido depuesto y se te entregue su cabeza —añadió Claudiano.

—De acuerdo —contestó Tribigildo.

—Creo que el asedio por tierra y por mar será suficiente —dijo Gainas.

—Pero si tarda demasiado en decidirse, pediremos ayuda a la emperatriz Eudoxia —concluyó Claudiano.

Arcadio no se esperaba aquellas noticias: Tribigildo se hallaba con un gran ejército frente a las murallas de Constantinopla. Por su parte, Gainas había tomado el control del puerto para que ningún suministro pudiese llegar por mar.

El emperador se encontraba en los aposentos reales hablando con la emperatriz Eudoxia.

—Que venga Eutropio —dijo Arcadio.

—¿Para qué quieres que venga alguien que de nada te sirve ya? No puede tomar ninguna decisión.

—Pues que venga el general Gainas.

—Tampoco va a venir. Está aliado con Tribigildo y no se reunirá contigo hasta que hayas ordenado cortar la cabeza del eunuco.

—Eutropio es el mejor servidor que he tenido.

—Te equivocas. Únicamente se sirve a sí mismo.

—Déjame solo —pidió el emperador, y ordenó que llamasen a Eutropio para despachar con él.

Aunque se daba cuenta de que el eunuco estaba convirtiéndose en un estorbo para su tranquilidad, que era lo que más le importaba, Arcadio quería que todo se solucionara sin tener que eliminar al hombre que mejor cuidaba de que su vida fuese lo que él mismo deseaba que fuese. Eutropio, una vez que vio su ciudad sitiada por tierra y por mar, necesitaba que la situación se prolongase a fin de

encontrar una solución.

Al verse perdido, acudió a Eudoxia para que esta se pusiera de su parte y lo apoyase ante el emperador. Y era difícil que se negara porque el eunuco era conocedor de un secreto que podía hacerla salir expulsada del palacio imperial: Flacila y Pulqueria no eran hijas del emperador, sino del *comes* Flavio Juan. Cuando la amenazó con revelar a Arcadio el secreto, Eudoxia le dijo que lo apoyaría.

Después de esa reunión con el eunuco, la emperatriz llamó a sus aposentos a Claudiano y le contó las amenazas de Eutropio.

—Está acorralado —dijo Claudiano—. Hay que darse prisa en eliminarlo. Creo que este es el momento adecuado. Tribigildo y Gainas tienen sitiada la ciudad.

—Sí —dijo la emperatriz—. Por primera vez he visto a mi marido dudando de la utilidad del eunuco.

—¿El emperador duda de él?

—Así es. Y tienes razón: ha llegado el momento.

Claudiano explicó entonces a la emperatriz el plan que había ideado:

—Cuando el eunuco esté saliendo de los aposentos de tu esposo, tú, acompañada de guardias imperiales de tu confianza y de tus sirvientas personales, que estarán aleccionados, y de tus hijas para que ablanden el corazón de Arcadio, provocarás a Eutropio tropezando con él de forma violenta. En su estado de excitación y miedo, probablemente diga algo inadecuado. Entonces morderás una bolsita de tripa de cerdo llena de sangre que llevarás en la boca y afirmarás que el eunuco te ha golpeado. Los guardias y las sirvientas serán los testigos. Pero, atención, tiene que haber muchos gritos de ira e indignación y muchas lágrimas tuyas y de tus hijas. Y, sobre todo, tiene que ser muy rápido. Los guardias deben inmovilizar al eunuco porque no puedes dejar que Eutropio os tome la delantera. Aguarda a que yo te avise del momento exacto en que tienes que hacerlo.

Eutropio siempre había sido muy cuidadoso en su comportamiento para no dar la menor sensación de debilidad, pero ahora una insólita exasperación se había apoderado de su persona y lo hacía insoportable incluso para la propia emperatriz, con la que siempre había sido

considerado y amable.

Tal como habían planeado, Tribigildo ordenó a sus tropas que utilizaran un ariete de hierro para derribar la puerta Áurea. El ruido rítmico de los golpes era tan poderoso que se oía incluso en los aposentos privados del emperador. Era la primera vez que Arcadio se sentía seriamente amenazado. Hizo llamar a Eutropio.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó asustado.

—Están derribando la puerta Áurea con un ariete —dijo el eunuco.

—Y después vendrán a por mí…

—Emperador, si me lo permites, intentaré negociar con ellos.

—Ya lo has intentado en varias ocasiones y no has conseguido nada. Solo quieren tu cabeza.

—Permíteme intentarlo por última vez —dijo Eutropio antes de salir de los aposentos de Arcadio lleno de miedo.

Claudiano, que vigilaba los movimientos del eunuco, estaba apostado con Eudoxia a la espera de que Eutropio saliese de despachar con el emperador.

—Ahora —indicó Claudiano a la emperatriz.

Eudoxia llegó a la puerta de entrada a los aposentos del emperador justo en el momento en que el eunuco salía. Caminaba ensimismado y tan asustado que no se percató de que la emperatriz se aproximaba con sus hijas hasta que la tuvo encima. Ella, según lo planeado, no se apartó y fue embestida por el eunuco.

—¡Eutropio! —gritó indignada—. ¡No puedes tratar así a tu emperatriz! ¡Me debes respeto! Tendrías que inclinarte en mi presencia en vez de avasallarme —le recriminó en un tono de voz cada vez más elevado—. ¡Voy a quejarme al emperador de tu actitud!

Entonces mordió la bolsita de tripa de cerdo con sangre que ocultaba en la boca. Parecía que el eunuco la hubiera golpeado con saña.

Eutropio temió por su vida. Así que reaccionó con la única arma de que disponía en ese momento: el chantaje. En lugar de excusarse, también subió el tono de su voz y espetó a la emperatriz:

—¡Cuidado, Eudoxia! Quien te trajo hasta el trono todavía puede expulsarte de este palacio junto con tus hijas y la persona que comparte tu lecho.

Los gritos del eunuco y de su madre, que chorreaba sangre por la boca, asustaron a las niñas, que comenzaron a llorar aterrorizadas tal como Eudoxia esperaba. Con una hija de la mano y la otra en brazos, la emperatriz entró dando voces con el rostro ensangrentado en los aposentos del emperador al tiempo que su propia guardia personal, que iba detrás de ella, retenía al eunuco.

Alertado por el griterío, Arcadio le salió al encuentro protegido por sus guardias.

—¿Qué ha ocurrido, Eudoxia? ¿A qué vienen esos gritos y llantos? —preguntó a su esposa, y al verla con la cara llena de sangre sintió un escalofrío.

Todo aquel jaleo se producía mientras el ariete se ensañaba con la puerta Áurea con unos golpes tan fuertes que resonaban como un corazón palpitante en el pecho de Arcadio. El emperador, con la mente en una condición caótica, solo deseaba que todo aquello acabara cuanto antes. No soportaba el ruido ni la imagen ensangrentada de su mujer; era como un hierro que se clavara en su cerebro.

Eutropio, ante el escándalo que había armado la emperatriz y que él no se esperaba, intentó explicar al emperador lo que Eudoxia temía.

—¡Silencio, eunuco! ¡Calla hasta que yo te autorice a hablar! ¡Arrodíllate ante tu emperatriz! —le ordenó Arcadio—. Habla, Eudoxia.

Eutropio notó en las palabras del emperador una amenaza que jamás antes había percibido y se arrodilló en silencio. Para Arcadio había llegado el momento de prescindir del eunuco.

La emperatriz solo profería sollozos, incapaz de pronunciar palabra alguna por la sangre que manaba de su boca. Finalmente, ante el silencio de sus hijas, pudo decir con voz entrecortada:

—Eutropio me ha empujado, me ha insultado y me ha golpeado en la cara.

El emperador pidió a las sirvientas y a la guardia que explicasen lo

que había sucedido, y todos corroboraron las palabras de la emperatriz. Si la guerra contra Tribigildo había hecho que Arcadio perdiese la confianza en su hombre fuerte, los insultos y la agresión a su mujer no le dejaban otra salida que destituirlo. Decidió que era lo que más le convenía; cuanto antes destituyera a Eutropio, antes se acabarían sus problemas.

Sin que el emperador lo hubiese autorizado, el eunuco se atrevió a hablar:

—Puedo explicártelo —dijo Eutropio, porque era la única salida que veía.

Pero Arcadio no quería prolongar más aquel espectáculo que le resultaba tan desagradable, sobre todo por el rostro ensangrentado de Eudoxia.

—¡¡¡Te he ordenado callar!!! —gritó fuera de sí.

Un puñetazo en el estómago, seguido de una patada en la cara por parte del jefe de la guardia de Eudoxia derribó al eunuco, que fue rápidamente apresado. La sangre que le brotaba de la boca y la nariz sí era auténtica.

—Soltadlo —ordenó Arcadio—. ¡Eutropio, quedas cesado de todos tus cargos y la totalidad de tu patrimonio será incautado! ¡Vete de inmediato! ¡No quiero volver a verte!

El eunuco, que se sabía perdido, corrió todo lo que pudo hasta salir del palacio.

Eudoxia se dio cuenta de que, en ese momento, era mejor dejar que Eutropio escapase. Así no podría hablar con Arcadio.

Luego, sin embargo, en cuanto abandonó los aposentos de su esposo, ordenó a su guardia personal que lo capturasen y lo llevasen a un lugar seguro.

Pero el eunuco había tenido tiempo suficiente para refugiarse en la basílica episcopal.

Hasta allí llegaron los soldados y, cuando estaban a punto de apresarlo, se interpuso la escuálida figura del patriarca Juan Crisóstomo.

—Deteneos —les ordenó con autoridad—. Eutropio se encuentra aquí bajo la protección de los muros sagrados de la Iglesia. El derecho

de asilo divino impide que nadie, ni siquiera el emperador, pueda detenerlo. ¡Salid de mi templo!

Mientras esto sucedía, la basílica iba llenándose de personas que habían oído el alboroto. Los soldados forcejearon con el patriarca, quien, por su escasa fuerza, cayó al suelo al recibir un empujón de uno de ellos. Los congregados, que desconocían que se trataba de un problema con el eunuco, se indignaron.

—¡No podéis traspasar el velo sagrado! —gritó Crisóstomo desde el suelo a los soldados.

Ante las autoritarias palabras del débil patriarca, el jefe de la guardia ordenó la retirada de sus hombres, pero mandó rodear la iglesia para impedir que Eutropio pudiera escapar. Cuando Crisóstomo se levantó, el eunuco, tendido a su lado, se aferró a su pierna izquierda.

—Tienes que protegerme —le suplicó, todavía sangrando por la boca y la nariz—. Invoco el asilo en sagrado.[14]

—Bien —dijo Crisóstomo—, pero te recuerdo que tú ordenaste promulgar una ley que derogaba ese derecho para los delitos de lesa majestad. ¿De qué se te acusa?

Eutropio se limitó a contestar:

—Soy inocente.

—¡¡¡No es inocente!!! —La inconfundible figura de la emperatriz Eudoxia se recortó en la luz que entraba del exterior cuando su guardia personal abrió las enormes puertas de par en par. Había tenido tiempo de limpiarse la cara—. Que salgan todos y cerrad la basílica —ordenó.

Antes de que los soldados echasen a los congregados y cerraran las puertas, el patriarca le espetó:

—No eres tú quien debe juzgarlo.

—¡Soy la emperatriz! —exclamó Eudoxia.

—Pues vuelve a palacio y deja a Eutropio en manos de la Iglesia.

—Debes entregarlo a las autoridades. Ha de ser juzgado por un delito de lesa majestad.

—Eutropio se ha acogido a sagrado. Si quieres sacarlo de aquí tienes la fuerza para hacerlo, pero será sobre mi cadáver —dijo Crisóstomo.

Después, cambiando el tono, añadió—: No te reconozco, emperatriz. No veo a la mujer cristiana, tolerante y caritativa que he ensalzado tantas veces desde el púlpito. Al contrario, veo a una mujer sedienta de venganza que pretende pasar por encima de la autoridad de la Iglesia en la propia casa de Dios.

Eudoxia se dio cuenta de que por ese camino tenía perdida la batalla porque hacer algún daño al patriarca supondría ponerse en contra a todo el pueblo. Abandonó la basílica, pues, sin despedirse, aunque antes lanzó una mirada de odio a quien se interponía en la ejecución de su venganza. Esa mirada no pasó desapercibida a Crisóstomo, que sintió que su aliada de ayer era su enemiga de hoy.

Eudoxia se dijo que debía buscar otro procedimiento para sacar al eunuco del lugar en el que se había refugiado.

Llegó enfurecida al palacio y mandó llamar a sus aposentos a Claudiano para que la ayudase a idear una estrategia no violenta con la que hacer salir al eunuco de la iglesia.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó a Claudiano.

—Tu poder ahora es absoluto —contestó el poeta con cierta ironía —. No te será difícil convencer a tu esposo de que libere a Eutropio para que se exilie lejos de Constantinopla. De hecho, es sin duda lo que el emperador prefiere. Una vez fuera de la basílica, estará a tu alcance. Pero recuerda que es el cónsul del imperio.

—Ya no. Mi esposo lo ha destituido de todos sus cargos.

—Estás en un error, Eudoxia. Dejará de ser cónsul cuando así se decrete y se publique la *damnatio memoriae* —dijo Claudiano—. Creo que lo mejor será que se exilie en secreto.

Finalmente, Eudoxia convenció a Arcadio de que dejara ir al exilio al eunuco. Un enviado del emperador garantizaba a Eutropio y a Crisóstomo que nada le pasaría si se exiliaba de manera voluntaria. Seis días después de su acogida en la basílica, el eunuco salió en un barco imperial para quedar confinado en la isla de Chipre.

Pero la emperatriz no estaría satisfecha hasta asegurarse de que su enemigo perdía la vida y, por tanto, no podría acusarla.

El propio Gainas exigió a Arcadio la muerte del eunuco porque era la condición necesaria para concertar un pacto de paz con el rebelde

Tribigildo. Eudoxia, además, insistió ante su marido para que fuese juzgado por multitud de delitos políticos y económicos. Y, en ausencia del reo, Arcadio acabó por firmar el decreto por el que se lo condenaba a morir decapitado.

La misma nave imperial que había llevado a Chipre a Eutropio fue la que se usó para sacarlo de allí y llevarlo a Calcedonia. La emperatriz había ordenado que permaneciera incomunicado sin hablar con ninguna persona y que no fuese ejecutado hasta que ella diese la orden.

Eudoxia cruzó el Bósforo y llegó a Calcedonia acompañada de su amante, el *comes* Flavio Juan. Sin perder un minuto, se dirigió al lugar donde Eutropio permanecía preso. Después de que le abriesen la puerta de la celda, mandó que lo desataran y le quitaran la mordaza. El eunuco cayó de rodillas a los pies de la emperatriz.

—Te pido clemencia, emperatriz. —El tiempo que llevaba ausente y desprovisto de sus cargos y la compañía de Crisóstomo le habían dado la serenidad de quien sospechaba su destino inmediato—. Sé que voy a morir, pero te ruego que me evites la tortura. Preferiría ser decapitado cuanto antes.

—¿Con quién has hablado estos días?

—Solo con el patriarca Crisóstomo.

—¿Qué le has contado?

—Nada, únicamente me ha preparado para aceptar la muerte con dignidad. Me ha confesado y me he arrepentido de mis pecados —respondió Eutropio con el sosiego de quien ya había asumido su final.

—Accedo a tus deseos. Serás decapitado y no se te someterá a tortura.

El *comes* Juan, en nombre del emperador, leyó la sentencia y llamaron al verdugo. Allí mismo, en la pequeña celda, tendría lugar la ejecución. El amante de Eudoxia pidió ausentarse, pero la emperatriz no se lo permitió.

—Debemos comprobar con nuestros propios ojos que Eutropio está muerto —le susurró al oído.

El verdugo entró con su gran hacha de hoja curva y situó el tronco de ejecución en el centro de la celda.

—Te ruego que sea lo más breve posible —pidió el eunuco al verdugo mientras este le colocaba la cabeza sobre el tocón de madera, que estaba teñido de la sangre reseca de otros condenados.

El hombre buscó los ojos de la emperatriz, quien asintió con la mirada.

Solo hizo falta un golpe, un hachazo certero. El blanco vestido de Eudoxia quedó salpicado de rojo.

La sentencia se hizo pública en todas las ciudades del Imperio de Oriente. Como era habitual en esos casos, se decretó la *damnatio memoriae* por la que el nombre del eunuco fue borrado de todas las inscripciones y lápidas conmemorativas, también se lo tachó de la lista de cónsules y de todos los documentos oficiales en los que figurase. Por último, las numerosas estatuas que Eutropio había hecho erigir de sí mismo en la mayoría de las ciudades del imperio fueron derribadas y destruidas.

La poderosa posición que hasta entonces ostentó el extravagante eunuco la heredó la persona que más había deseado su muerte: la emperatriz Eudoxia. Había llegado el momento de dedicar toda su capacidad de intriga y su poder omnímodo a eliminar a su nuevo enemigo: el patriarca Crisóstomo.

36
El nuevo cónsul

En las calendas de enero del año 400, cuando Britania parecía definitivamente perdida para el imperio, Estilicón, que ya había cumplido cuarenta años, fue elevado por primera vez a la dignidad de cónsul. El odiado eunuco Eutropio había llegado a ostentar el consulado antes que él.

Serena, que actuaba como si fuera la auténtica emperatriz, no solo se había preocupado de auspiciar el nombramiento de su marido, sino que se cuidó de que el encargado de hacer el discurso en honor al nuevo cónsul fuese el senador Quinto Aurelio Símaco. Con su asistencia, la regente buscaba que la parte del Senado que simbolizaba Símaco, el jefe del partido pagano, estuviera presente en esa celebración. De hecho, en aquel acto se encontraban todas las personas importantes, tanto paganos como cristianos. Pero la presencia más visible era la de la bella regente. Vestida de un blanco inmaculado, con un manto de armiño, lucía esplendorosa cubierta de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. Estilicón se sentía orgulloso de su mujer. De no haberse casado con ella, probablemente no lo estarían homenajeando en tan fulgurante ceremonia, por eso no le importó que le robara el protagonismo.

Ambos regentes se reunieron bajo la presidencia del emperador Honorio y la emperatriz María, a la que sus padres miraron orgullosos por haber entrado en la familia real. Parecían ser ellos los únicos dueños del Imperio de Occidente.

—Roma ha pedido que esta ceremonia se repita en la Ciudad Eterna —dijo Símaco dirigiéndose al joven emperador—. El Senado quiere

que el cónsul de este año sea también proclamado en el Capitolio.

Después de buscar con la mirada la aprobación de su tutor y suegro, Honorio accedió.

Serena lo convenció para que se quedase en Mediolanum, por lo que ella y su marido fueron quienes presidieron los fastos de Roma. Estilicón parecía estar superando los malos momentos vividos tras las derrotas sufridas en Tesalia y el Peloponeso. Dentro del Capitolio, los regentes brillaban con la intensidad del sol.

Sin embargo, todo era pura apariencia. El temido Alarico continuaba en sus campamentos de Iliria. Todos sabían que el gran ejército que estaba forjando entraría, tarde o temprano, en Occidente. Por otra parte, numerosos pueblos bárbaros merodeaban cerca de la frontera del Rin y el Alto Danubio con la intención de colarse cuanto antes en el imperio, y solo la presencia allí de grandes contingentes militares se lo impedía.

Claro que el regente tenía en su favor el hecho de haber sofocado la revuelta de las provincias de África, con lo que el grano fluía nuevamente al puerto de Ostia, pero su imagen estaba en entredicho. Tras esa aparente normalidad que envolvía su nombramiento como cónsul durante los fastos del Capitolio se respiraba, pues, un ambiente contaminado por el miedo, que ya era casi terror, pero también por el odio que la mayoría de la población profesaba a Estilicón, instigada tanto por los senadores cristianos como por los paganos.

Nadie dudaba de que era el mejor general y el mejor regente posible. Pero los enemigos de Roma eran, para sus ciudadanos, los millones de bárbaros que habían entrado en el imperio como invasores o refugiados, y Estilicón, pese a todo, era un vándalo, un semibárbaro que en cualquier momento podría revolverse en favor de los descendientes de sus ancestros.

A todo ello había que sumar el odio que los católicos y los paganos le profesaban en secreto. Ninguno de los dos grupos, enfrentados entre sí, se sentía cómodo con el regente porque, al intentar satisfacer a ambos, había conseguido no contentar a ninguno. Pero era el partido católico, el partido de Teodosio, el que más intrigaba y el que más infundios y calumnias hacía correr sobre los regentes y sus hijos.

Concluidos los fastos de su nombramiento como cónsul de ese año, Estilicón acompañó al emperador Honorio a visitar los principales destacamentos militares del norte de Italia. Era algo insólito que el emperador no hubiera tenido hasta entonces contacto alguno con el ejército, salvo sus despachos con el regente, su general en jefe. No llegaron hasta el campamento de las legiones porque al entrar en Rávena decidieron quedarse unos días para seguir de cerca la restauración del palacio imperial. Honorio parecía encontrarse muy a su gusto en aquella ciudad costera del Adriático. Su situación excepcional, con un magnífico puerto y rodeada de marismas y lagunas impracticables, la hacían casi inexpugnable, razón por la cual el regente estaba considerando la posibilidad de trasladar allí la corte imperial, a fin de garantizar la seguridad del emperador. Mediolanum, donde se encontraba la corte de Occidente desde que así lo decidió Diocleciano hacía más de cien años, gozaba de una situación excepcional como cruce de vías radiales que permitían un fácil acceso y salida de la ciudad, y era segura… pero solo mientras el imperio pudiera mantener a los bárbaros tras las fronteras. Era cuestión de tiempo que las traspasaran.

Estilicón pensó que la única manera de defender el *limes*, ya que la mayoría de los soldados eran bárbaros o hijos de bárbaros, era incrementar sus efectivos con tropas romanas, de manera que se hicieron numerosas levas de ciudadanos romanos para reforzar las legiones. Fue una decisión que generó más temor aún entre la población, que empezó a dibujar en su mente un futuro sombrío. A su juicio, solo había una razón que explicase la urgencia en aumentar los efectivos militares: Alarico. La sola pronunciación de ese nombre llenaba de pavor a aquellos asustadizos romanos que veían ya muy lejanos los tiempos de gloria en que su ejército contaba sus batallas por victorias. Ahora estaban a la defensiva, esperando que en cualquier momento los atacaran, sus ciudades fueran destruidas y ellos reducidos a la esclavitud. Y sus temores no estaban del todo infundados. Los refugiados y los inmigrados bárbaros les hacían

temblar de miedo. El rey godo iba a invadir Italia. Ese rumor, auspiciado por los dos grandes partidos del Senado, se extendió rápidamente por todo el imperio.

Habían pasado varios años desde que Alarico y su pueblo, cargados con las riquezas que habían expoliado en Grecia y contando con las generosas subvenciones de Constantinopla, habitaban Iliria junto a la frontera de Italia.

La corte que en torno al rey godo se había ido formando en el palacio de Diocleciano en Split era muy agradable, con continuos simposios y animada por la presencia del actor sirio Prisco Atalo, quien había trabado con Alarico y Calista una gran amistad. Los espectáculos de su compañía eran frecuentes, y también los de otros grupos de actores y músicos que habían llegado atraídos por la posibilidad de ganar dinero fácil.

Con todo, Alarico seguía día a día las noticias que llegaban de ambas partes del imperio: la muerte del eunuco Eutropio, la guerra de África o las frecuentes levas que hacía Estilicón y que solo podían justificarse por el temor a la entrada de los bárbaros del Rin.

Una noche, durante la cena, Prisco Atalo detuvo la animada conversación de los comensales porque deseaba comunicar algo muy importante para él.

—Queridos amigos, para mí ha sido un gran honor disfrutar de vuestra compañía y hospitalidad durante tanto tiempo. Cuando nos conocimos dije a Calista que no estaría siempre al frente de mi compañía porque mi destino final era ir a vivir a Roma y asentarme en la Ciudad Eterna como patricio. Ha llegado el momento de hacerlo. He hablado con los miembros de mi compañía y han decidido que desean permanecer con vosotros. Creo que ha sido una sabia decisión. Solo añadiré una cosa más: os echaré de menos, pero en Roma tendréis una casa donde os recibiré como mi familia que sois.

Cuando terminó de hablar, todos estaban tristes. Nadie dijo nada. Calista lo abrazó con todas sus fuerzas; no le pediría que se quedara porque sabía que no lo haría. Alarico se limitó a hacer un brindis por

el futuro del sirio.

—¿Necesitas dinero? —le preguntó—. Para ser patricio y senador en Roma hace falta ser muy rico.

—En estos años me has pagado lo suficiente para poder eclipsar a la mayoría de los patricios.

—Te he pagado lo que merecías por tus servicios, Atalo. Espero que podamos seguir manteniendo nuestra amistad.

—Te escribiré —le prometió Calista por su parte—. Has llenado de placer los días de este palacio.

—Y yo contestaré a todas tus cartas —dijo Atalo.

Prisco Atalo protagonizó esa noche una representación de *Anfitrión*, la comedia de Plauto, que dio a la despedida el tono alegre que el sirio deseaba.

Todos los habitantes del palacio de Split esperaban su salida a las puertas monumentales. Zalika, la bailarina nubia, era la única persona que acompañaba a Atalo. Iba ataviada con un rico vestido azul celeste, el color preferido de su pueblo, que realzaba el tono ébano de su piel. En su negrísimo pelo relucía una diadema de joyas y perlas que Atalo le había regalado. Viajaría en la misma carroza que él, en calidad de asistente del futuro patricio.

—Espero que volvamos a vernos en Roma —dijo Alarico mientras se fundía en un abrazo con su amigo de varios años.

—Yo también lo espero —convino Atalo antes de subir a su lujosa carroza.

Varios de los mejores guerreros de Alarico le harían de escolta hasta llegar a la Ciudad Eterna.

Hacía meses que el ejército godo, entrenado, disciplinado y bien armado y uniformado, estaba en disposición de atacar Italia. Pero en septiembre del año 400 empezaba a ser urgente salir de Iliria porque, al tener que sostener la alimentación de los cientos de miles de personas que habitaban los campamentos, las reservas de comida de la provincia estaban casi agotadas. Por otra parte, desde la muerte de Eutropio habían dejado de llegar las subvenciones y se había perdido

el contacto con la corte.

—Las tropas no pueden estar inactivas por más tiempo —advirtió Ataúlfo al rey—. Si no las usamos en combate, los esfuerzos en formación y disciplina se irán perdiendo o se deteriorarán.

—Esos hombres se han preparado duramente para combatir —añadió Walfram—. De no hacerlo, se sentirán frustrados, especialmente los más jóvenes.

De hecho, desde principios de ese año cada vez más unidades del ejército godo hacían razias e incursiones de saqueo por las provincias limítrofes e incluso entraban en Italia. Alarico se dio cuenta de que si no actuaba con celeridad la situación podía írsele de las manos. Era el momento de exigir a Occidente lo que anhelaba desde siempre: ser el jefe militar supremo de ambos imperios.

Ese mes de septiembre, Alarico pasó la frontera con un destacamento para explorar las defensas del enemigo. Estilicón había preparado unidades de legionarios lo bastante fuertes para hacer desistir al caudillo balto en esa primera intentona.

Cuando regresaba con sus hombres por los senderos de los Alpes Julianos, Alarico hacía volar su espíritu nómada y aventurero con el deseo de crear un gran reino godo aplastando militarmente al Imperio romano y disolviendo el orgullo y el desprecio de Roma hacia los bárbaros. Nunca volverían a estar bajo la bota de ese pueblo altanero al que cada vez estaba más cerca de derrotar; más aún, lo sometería a sus propias leyes y costumbres. Pero lo cierto era que por ahora era el rey de los godos y su nombramiento como *magister militum* de Oriente estaba en una nebulosa porque el imperio tenía nuevos amos desde la muerte de Eutropio. El eunuco sabía muy bien lo que hacía cuando pactó con él que se instalara en la frontera de Italia.

Mientras Alarico buscaba el momento adecuado para entrar en el que consideraba el auténtico imperio, recordó lo que el oráculo del bosque cercano a la isla de Peuce le había augurado: «Entrarás en la ciudad». Esas palabras lo obsesionaban porque sonaban a destrucción de la Ciudad Eterna. Y él sabía que, si no conseguía el objetivo de ser el amo de Roma, tendría que aniquilarla.

Después de esa primera incursión creyó necesario, antes de atacar,

intentar negociar una entrada pacífica en Occidente. Envió a su lugarteniente Ataúlfo a entrevistarse con Estilicón con la propuesta de que las tropas godas se integrasen en el ejército romano y a él se le concediera el título de *magister militum* de Occidente bajo las órdenes del regente. Ataúlfo, vestido de general romano, llegó hasta los acantonamientos de las legiones y, en su calidad de embajador del rey Alarico, fue recibido de inmediato por Estilicón. Después del saludo protocolario, el lugarteniente de Alarico lo felicitó por la victoria de África:

—Alarico está informado de tu éxito —le dijo, e hizo un gesto para indicar al regente que podía confiar en él—. Pero el imperio se desangra por las luchas religiosas, las fronteras están seriamente amenazadas en el Rin, Britania ha dejado de ser romana y la anarquía reina en una parte de Oriente.

—La muerte del eunuco Eutropio parecía haber tranquilizado a esa parte del imperio —contestó Estilicón.

—Ahora es Eudoxia la que manda y está enfrentada al patriarca Crisóstomo —le recordó Ataúlfo—. Gainas y Tribigildo le están poniendo las cosas muy difíciles. Sin embargo, lo que me ha traído hasta aquí es que Alarico cree que es necesario que su ejército se ponga al servicio de Occidente y quiere que le des una respuesta. Además me ha pedido que te recuerde que el emperador Teodosio se comprometió a nombrarlo *magister militum*.

—Nada me gustaría más que contar con Alarico como general. Podría ayudarme a pacificar la Galia, a recuperar Britania y a recobrar el antiguo esplendor de Roma. Por lo que mis observadores me han explicado, el ejército godo es casi invencible.

—Creo que puede omitirse el «casi». No solo es un ejército más grande que los de ambas partes del imperio, se trata de tropas entrenadas y disciplinadas que seguirán a Alarico hasta donde él quiera. Y considero que el rey tiene razón cuando exige que se llegue a un acuerdo. Incluso podríamos recuperar Iliria, Grecia y Egipto.

Para Estilicón esas últimas palabras constituían una proposición que formaba parte del eje de su política para el futuro.

—Además —continuó Ataúlfo—, Eutropio te robó todas tus

posesiones en Oriente y la emperatriz Eudoxia no tiene intención de devolvértelas.

—Estoy totalmente de acuerdo con Alarico. Pero no estoy en disposición de darte una contestación inmediata —dijo Estilicón—. Comunícale que aguarde mi respuesta… y añade que no será muy diferente de la que él espera oír.

A pesar de las esperanzadoras palabras de Estilicón, Ataúlfo volvió con las manos vacías, en realidad. El regente buscaba ganar tiempo porque en su fuero interno pretendía una integración de todos los bárbaros en el imperio y odiaba la idea de enfrentarse con Alarico. Pensaba que podía ser un excelente *magister militum* bajo su dependencia. Quería, por encima de todo, una solución negociada que los ciudadanos romanos más influyentes no deseaban de ninguna forma. Después de esa integración, y con las tropas de Alarico formando parte del ejército imperial, podría retomar su idea de incorporar Oriente bajo su regencia. Sabía que, si no alcanzaba un acuerdo con el rey godo, el imperio quedaría definitivamente roto. Por desgracia, el Senado y sus partidos enfrentados no eran de la misma opinión.

El encuentro que Estilicón había mantenido con Ataúlfo se conoció pronto en Occidente. Al ignorar de lo que habían hablado, se difundieron las interpretaciones más fantasiosas. Se acusó a Estilicón de debilidad e, incluso, de traición por estar pactando con Alarico la destrucción de Roma. Siempre se tomaba la opción que pudiese perjudicar a los regentes. Y sin embargo, los hechos parecían dar la razón a esos rumores porque, a la vez que intentaba negociar, Alarico aprestaba sus tropas para el combate, algo que en Occidente no ignoraban. Los ciudadanos se preguntaban: «¿Para qué está disponiendo el rey de los godos ese gran ejército si no es para atacarnos?». Y la siguiente pregunta no podía ser otra que esta: «¿Nuestro ejército está preparado para vencer a las tropas godas o los auxiliares bárbaros se unirán a ellas?». Y las posibles respuestas incrementaban el pavor en los pueblos y las ciudades del imperio.

37
La guerra de Retia

El pueblo godo se aprestaba para abandonar Iliria. A Calista le apenaba dejar el palacio de Split, un lugar donde había sido feliz como en ningún otro sitio.

Los días anteriores a la partida, Alarico se reunió con su núcleo de colaboradores para elaborar una estrategia.

—Si entramos por los Alpes Julianos nos encontraremos frente al ejército de Estilicón y nos resultará difícil pasar los desfiladeros —dijo Ataúlfo—. Nuestra caravana es demasiado grande y avanza con lentitud. La entrada en Italia puede acabar en una masacre.

—Tenemos un ejército invencible —afirmó Alarico.

—Creo que sería mejor no enfrentarnos a las legiones mientras pasamos la cordillera —opinó el general Briton Drumas.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó Ataúlfo.

—Hay que conseguir que las legiones se desplacen lejos de la frontera de Iliria —dijo con seguridad el rey godo—. Estilicón está a la expectativa de que pasemos los Alpes. Lo que no se espera es que se produzca un conflicto lejos de aquí. Y si se produce, no tendrá más remedio que enviar a sus tropas a controlarlo.

—Me parece una gran idea, pero ¿cómo has pensado hacerlo? —preguntó Briton Drumas.

—Creo que no debemos pasar los Alpes inmediatamente. Llevaremos a nuestro pueblo hasta Panonia. Mientras llegamos, un contingente de soldados puede adelantarse e instigar a los germanos a pasar la frontera del Rin e invadir las provincias de Nórica y de Retia. En muy pocos días Estilicón tendrá que hacer frente a un grave

problema.

—Eso no es tan fácil como crees —comentó Ataúlfo.

—En Retia hay decenas de miles de godos asentados por Teodosio coincidiendo con los pactos que le obligamos a firmar. Se trata de levantarlos contra Roma —dijo Alarico—. Si les llega la noticia de que quiero que se subleven con el compromiso de acogerlos como parte de nuestro pueblo, no dudarán en hacerlo.

—Pues debemos darnos prisa —aconsejó Briton Drumas.

—Ataúlfo, te adelantarás con un contingente de tres mil soldados —zanjó Alarico.

El rey godo dio la orden de levantar los campamentos para dirigirse a la provincia de Panonia, al norte de Iliria. Las noticias de su avance fueron el acicate para que otros pueblos bárbaros, instigados por Ataúlfo, pasaran el Alto Danubio y el Rin y entrasen en el imperio con el objeto de invadir la rica Nórica. Pero la invasión de esa provincia era insuficiente para conseguir que Estilicón desplazase la mayoría de su ejército hasta el norte. La vecina provincia de Retia también estaba habitada por pueblos de origen godo que se habían instalado en tiempos del emperador Teodosio y vivían de la agricultura, la ganadería y el comercio. Instigados una vez más por Ataúlfo con la promesa de una integración en las tropas de Alarico, declararon la guerra al imperio en la primavera del año 401. La noticia de que los godos de Nórica habían masacrado a las tropas que vigilaban Retia e iban a avanzar hasta Italia obligó a Estilicón a desplazar el ejército imperial para sofocar la revuelta. Eso permitiría a Alarico pasar a Italia con todo su pueblo a través de los Alpes. La maniobra de distracción del rey godo estaba dando el resultado previsto. Estilicón movilizó todas las tropas de la Galia y las que vigilaban la frontera del Rin para sofocar de inmediato la revuelta. De no hacerlo, corría el peligro de que la insurrección se imitase en otros lugares. Fue el momento que aprovecharon las tropas godas para penetrar en Italia.

Estaba produciéndose lo que a los ciudadanos romanos les inquietaba desde hacía tiempo: la anarquía que había reinado en el Imperio de Oriente se trasladaba al de Occidente, y sus protagonistas eran otra vez el rey bárbaro cuyo solo nombre los llenaba de espanto y

el semivándalo Estilicón, el general al que se consideraba la única persona capaz de enfrentarse con él. El odiado Estilicón constituía el baluarte de la seguridad del imperio.

El anuncio de que Alarico se disponía a entrar en Italia con su poderoso ejército provocó que se restaurasen con urgencia las murallas de todas las ciudades. Así lo hizo Roma por orden directa de Estilicón, ya que las construidas durante el mandato del emperador Aureliano, más de cien años atrás, se habían ido deteriorando. No solo restauró las 382 torres, también incrementó la altura de las murallas. Sus once pies de altura subieron hasta los veintidós. Con ello las viejas murallas remozadas se volvieron inexpugnables. El regente no se olvidó de la ciudad más segura de Italia: Rávena. Se construyeron nuevos baluartes que añadían aún más seguridad a la impenetrabilidad de sus pantanos y marismas, hasta transformarla en una urbe tan inexpugnable como la propia Roma, pero que, además, tenía una salida fácil por el mar Adriático. Esas obras de fortificación, más que tranquilizar, multiplicaron el temor de los ciudadanos.

De lo único que se hablaba en Occidente era de la crueldad extrema de Alarico. Pero también de que no hubiera un general romano que defendiese el imperio y tuviera que ser un semibárbaro su principal valedor. Hasta tal extremo estaba llegando el *panicum gothorum* que muchos patricios de Roma y otras ciudades huyeron con sus familias, dejando abandonadas sus casas y palacios, y se embarcaron con las pertenencias más valiosas que podían transportar para buscar refugio en islas del Mediterráneo como Córcega, Cerdeña o Sicilia porque estaban convencidos de que los bárbaros no se aventurarían de inmediato a ocuparlas.

A mediados del otoño del año 401, mientras una violenta guerra se desarrollaba en la provincia de Retia, la tierra más al norte del imperio, Alarico puso en marcha todo ese enorme conglomerado de pueblos que usaban el nombre común de nación goda. La guerra entre los godos de Retia y el ejército romano parecía eternizarse y la frontera de Iliria había quedado desguarnecida, salvo por algunos

pequeños contingentes de vigilancia con la misión de informar pero no intervenir militarmente. Los Alpes Julianos estaban expeditos y era el momento de pasarlos porque se avecinaba el invierno y con él la llegada del frío y la nieve. La maniobra que Alarico había diseñado estaba saliendo a la perfección para que la pesada caravana pudiera ponerse en marcha sin encontrarse con las legiones. El destino del pueblo godo y su poderoso ejército estaba muy claro: Alarico iba a dirigirse a Mediolanum para conquistar la ciudad en la que estaba instalada la corte con la intención de tomarla y secuestrar al emperador.

Con el paso de las semanas, la guerra de Retia se estabilizó, pero las legiones no podían volver para frenar el avance de Alarico hacia la capital. El rey godo sabía que Mediolanum no disponía de las tropas suficientes para detener a su ejército. Fue entonces cuando el regente tomó una de aquellas arriesgadas decisiones que le habían granjeado la fama de gran militar.

—No son buenas las noticias que llegan de Retia —dijo a Serena—. Tendré que ir yo mismo a solucionar el conflicto.

—Pero si te vas, ¿quién se encargará de defender Mediolanum? Alarico está cruzando los Alpes Julianos y en unas semanas amenazará el Véneto.

—Aunque me quedara, no hay suficientes tropas. Sin ninguna defensa, Alarico tardará muy poco en conquistar la ciudad.

—Te resultará imposible llegar hasta allí y regresar con el ejército a tiempo —dijo Serena.

—¿Tienes una idea mejor?

Era un objetivo que parecía imposible.

Estilicón se hizo acompañar de una escolta de fieles y se dirigieron a Retia por el camino más recto pero más difícil y peligroso. Atravesando ríos, lagos y montañas, durmiendo donde podían y comiendo lo que encontraban por el camino, consiguieron llegar en poco tiempo al teatro de operaciones. Sin tomarse ni un minuto para descansar, primero arengó a sus soldados y después pidió hablar con los caudillos godos sublevados.

Los caudillos godos de Retia y el resto de las tribus bárbaras que

habían pasado el Alto Danubio y el Rin habían prometido a Ataúlfo que se integrarían en el ejército del rey balto, por lo que, para Estilicón, que conocía esa promesa, conseguir el acuerdo de una paz con ellos se hacía complicado. El tiempo apremiaba, y era consciente de que si reunía a todos los caudillos en grupo sería imposible alcanzar un pacto porque nadie querría manifestar en público su traición al rey godo. Por ello consideró que, aunque tuviera que perder algún tiempo, sería mejor encontrarse con cada uno de ellos en privado. Lo más fácil de conseguir fue una tregua que todos deseaban, tanto las legiones como las tribus bárbaras. A partir de ese momento, el regente fue reuniéndose con cada uno de los caudillos por separado. Era necesario que se produjeran unas cuantas defecciones para que la quiebra en la unidad de los bárbaros fuese un hecho. Cuando un caudillo entraba en su tienda, lo primero que el regente le preguntaba era por las razones de aquella contienda.

—No considero que la mejor forma de entrar en el imperio sea por medio de una guerra —decía Estilicón después de saludar con cortesía.

—Lo hemos intentado varias veces y las legiones nos lo han impedido. Ahora ya estamos dentro y Alarico ha prometido protegernos. Él nos garantiza que nos quedaremos en el imperio, que es lo que mi pueblo desea.

—Nadie os garantiza que venzáis en esta guerra que ya se ha llevado muchas vidas y seguirá llevándose muchas más hasta que acabe. Además, esa entrada que tus hombres desean puede ser más fácil y pacífica si soy yo el que hace de anfitrión. Al regente nadie puede ponerle trabas. Basta con que yo lo ordene para que seáis bien recibidos en el interior del imperio.

—Hemos asegurado a Ataúlfo que nos integraremos en el pueblo de los godos. Y ha prometido pagarnos un sueldo como soldados. Es la mejor oferta que podíamos recibir.

Para el regente, el punto de inflexión para captar a los caudillos era el momento en el que se hablaba de las condiciones de la entrada en el imperio. Cada uno de aquellos caudillos tenía la autoridad completa sobre la etnia a la que representaban. Bastaba que dijera a los suyos lo que debían hacer, pero Estilicón tendría que prometer una oferta más

jugosa que la del balto.

—Estoy convencido de que lo más conveniente para tus hombres es que se integren en el ejército romano como auxiliares.

—Es lo mismo que Alarico nos ha propuesto. ¿Qué puedes ofrecernos?

Los bárbaros y, especialmente, los godos eran unos negociadores duros, y Estilicón lo sabía muy bien. Por eso era consciente de que debía mejorar, y mucho, la oferta de Alarico.

—La integración en el ejército con un sueldo igual al de los legionarios.

Esa era una oferta que difícilmente podrían rechazar. Pero era necesario que tuviese un complemento para que el ofrecimiento se aceptara de manera inequívoca.

—Habrá una paga extraordinaria para cada uno de tus guerreros en el momento de aceptar, y tú, como caudillo, recibirás una cantidad igual a la suma de todas esas pagas, que podrás distribuir como quieras.

Estilicón sabía que esa cantidad se la quedaría el caudillo, pero también era conocedor de que no estaría bien que esa parte del acuerdo se hiciese pública y era consciente de que los caudillos tampoco la mencionarían.

Cuando acabó la ronda de conversaciones, todos los caudillos estaban de parte de Estilicón. El regente era una persona conocida no solo dentro del imperio, sino también por la mayoría de los bárbaros, y estos sabían que ejercía el poder absoluto y que, por tanto, su palabra equivalía a un contrato firme. Los caudillos fueron a convencer a sus correspondientes tribus, y cuando Estilicón llegó a la reunión de todos los caudillos había consenso en integrarse en las legiones. La guerra de Retia había llegado a su fin. Era el momento de volver a toda prisa a Mediolanum. Sin la amenaza de Alarico, sus órdenes habrían sido muy distintas. La orden normal habría sido acabar con la revuelta de manera violenta, como una represalia, y echar a los supervivientes al otro lado de la frontera.

Con las legiones de la Galia y el Rin y los germanos y los godos de Retia incorporados, Estilicón constituyó un gran ejército que podría

hacer frente a las tropas de Alarico. Pero el desplazamiento de un ejército formado esencialmente por soldados de infantería era muy lento, ya que debían llevar a hombros unas setenta y cinco libras romanas entre armas y otros útiles necesarios para la construcción de los campamentos. Así que agrupó a toda la caballería de las legiones y los auxiliares y, a la máxima velocidad que permitían los animales, se dirigieron a Mediolanum.

Estilicón había demostrado su gran capacidad militar. La incógnita que le quedaba por aclarar era si llegaría a Mediolanum por la vía Claudia Augusta antes que el rey godo.

Alarico, sabedor por sus espías de las intenciones de Estilicón, avanzaba a buen ritmo por los Alpes Julianos con el objeto de llegar primero a Mediolanum. El invierno se había adelantado ese año. Y esa circunstancia, que parecía perjudicarlo, le fue de gran ayuda, sin embargo, porque los ríos estaban congelados y no supusieron ningún obstáculo para los carros y los caballos. Así que, tras sortear las dificultades que planteaba el paso de las montañas, la caravana del rey godo llegó a la provincia del Véneto. Ahí empezó la carrera hacia Mediolanum. Estaba convencido de que una parte de las tropas bárbaras auxiliares y las que el regente había reclutado en Retia no dudarían en desertar del ejército imperial y pasarse a su lado. Su idea era, tras conquistar Mediolanum y con el emperador como rehén, avanzar hacia la ciudad de Roma. Dejó el grueso de sus tropas de infantería en la región del Véneto y, al frente de la caballería bárbara, se dirigió al galope hacia Mediolanum por la vía Postumia para llegar antes que el regente.

Las dos vías convergían en Mediolanum.

El emperador Honorio, consciente del peligro que lo acechaba, había obedecido la orden de Estilicón de no salir de la ciudad para ir a refugiarse en la Galia. Sin embargo, decidió trasladarse a la no lejana ciudad de Asti protegido por la guardia imperial. La huida del emperador y la llegada del ejército de Alarico había puesto Mediolanum en una situación de angustia que hizo que sus habitantes se encerrasen dentro de las murallas y tomaran la decisión de no abrir las puertas hasta la llegada del regente. Por eso, cuando días después,

se oyó al amanecer el rítmico estruendo de los cascos de los caballos, no sabían cuál de los dos ejércitos se acercaba. Los ruidos de los cascos cesaron, pero desde lo alto de las murallas, donde se había concentrado una parte de los ciudadanos que estaban prestos a defender Mediolanum, no se podía distinguir de qué ejército se trataba ya que una espesa niebla cubría la llanura. A pesar de los gritos que se proferían desde abajo, no se fiaban, y las tropas de Estilicón hubieron de esperar a que la niebla se desvaneciera. Fue entonces cuando el general al mando se quitó el casco y todos pudieron ver la inconfundible cabellera del regente. Desde las murallas los gritos de entusiasmo estremecieron a los soldados. Las puertas se abrieron, y Estilicón entró entre los vítores de la multitud que se arremolinaba en las calles. Todos aquellos que en secreto lo odiaban ahora lo aclamaban. El regente había alcanzado su doble objetivo: acabar con la rebelión de Retia y cortar el avance de Alarico hacia Mediolanum.

Poco a poco el grueso del ejército imperial llegó a Mediolanum. Una vez que estuvo acampado, pudo apreciarse el enorme contingente de tropas diversas que el regente había conseguido reunir. Cuando el rey godo fue informado de la magnitud del ejército al que debía enfrentarse, tomó la decisión de hacer un alto y preparar bien la inevitable batalla, por lo que estableció su campamento en el Véneto.

Por su parte, Estilicón consideraba que Mediolanum era una ciudad demasiado expuesta. Estaba seguro de su victoria sobre Alarico, pero a pesar de todo entendió que no era el lugar más seguro para el emperador. Rávena, ya inexpugnable, sería idónea para establecer la corte. Al menos hasta que la situación mejorara. Una vez vencido Alarico y protegidas las fronteras del Rin, el emperador podría volver a Mediolanum o desplazar la corte a Roma, que era el deseo de patricios y senadores. La noticia de que la corte se instalaría en Rávena no hizo sino aumentar los temores de Occidente.

La situación parecía controlada, pero las ciudades del Véneto enviaban mensajeros a la corte para que el regente las defendiese del saqueo a que el ejército de Alarico las sometía. Estilicón sabía que quería provocar que las tropas imperiales entrasen en el Véneto, donde los godos gozaban de ventaja porque la caballería bárbara era

muy superior a la romana. No tuvo más remedio que dejarlas a su suerte para no caer en la trampa que Alarico le había tendido. Fue entonces cuando el rey godo se dio cuenta de que se enfrentaba a un militar excepcional y empezó a tener dudas, algo que no le había sucedido hasta entonces. Por eso decidió obviar al regente y entablar conversaciones con el emperador, haciéndole las mismas proposiciones. Pero Honorio, asesorado por el círculo del partido católico, se negó a contestar sus propuestas.

Desde finales del año 401 hasta principios del 402 ambos ejércitos se observaron sin decidirse a combatir. Ante la pasividad del ejército imperial, las tropas godas continuaron saqueando ciudades. Pero con la llegada del calor Alarico se dio cuenta de que muchos de los caudillos empezaban a considerar que ya era hora de dejar Italia y disfrutar de las enormes riquezas obtenidas en los saqueos. Si añadían las conseguidas en las campañas de Grecia la suma era enorme, y no querían exponerse a perderlo todo. No se trataba de peticiones a Alarico de los mandos o de los caudillos. Eran rumores extendidos entre la gente del campamento que preocupaban a sus más cercanos colaboradores porque temían que algunos insatisfechos por la continuación de la estancia en Italia pudieran amotinarse.

Así las cosas, Calista, vestida con el uniforme de oficial romano, acompañada de Ataúlfo y Walfram, entró en la tienda real para hablar con el rey godo.

—La situación se ha complicado —dijo Ataúlfo—. Nuestros soldados son lo suficientemente ricos para retirarse con sus familias a algún lugar de Panonia o Nórica. Hay varios caudillos que están difundiendo el rumor de que el ejército de Estilicón es más fuerte que el nuestro.

—No he armado este ejército para retirarnos cuando estamos tan cerca de conseguir nuestros objetivos —le espetó Alarico—. Venceremos a las legiones. Es cuestión de tener un poco de paciencia y esperar a que las condiciones nos sean favorables.

—Pues tienes que convocar un consejo de caudillos lo antes posible —le indicó Ataúlfo—. Si no los convences, no creo que tardemos demasiado en sufrir un motín.

Alarico convocó de inmediato un consejo de caudillos, muchos de

los cuales, ya entrados en años, habían participado en la legendaria batalla de Adrianópolis. En nombre de los congregados tomó la palabra el más anciano.

—¡Rey Alarico! Nuestro pueblo te eligió por unanimidad porque nuestros dioses te habían ungido para llevar la nación goda hasta su destino en el lugar que esos dioses eligieran. Te hemos seguido hasta el interior de Italia y hemos conseguido que cada hombre disponga de riquezas suficientes para vivir durante mucho tiempo sin tener que arriesgar la vida. Las familias están satisfechas y algunos creen que se prepara una trampa contra nuestro ejército. ¿Por qué no ataca el general Estilicón? No lo hace porque está esperando el momento de hacerlo por sorpresa para destruirnos. Algunos caudillos sostienen que antes de que nuestros enemigos nos venzan deberíamos volver a Oriente. Allí eres *magister militum* y nuestras tropas nunca tendrán un enemigo lo bastante fuerte. Aquí, el resultado de un enfrentamiento es incierto y la mayoría de los caudillos cree que puede convertirse en una matanza. El peligro se abate sobre nuestro pueblo y la prudencia pide que nos retiremos hasta que podamos enfrentarnos con la seguridad de vencer. Estilicón ya nos venció en una batalla en el Peloponeso y solo nos salvó de la masacre tu habilidad para negociar con el emperador Arcadio. Su actual ejército es temible y ahora no tienes ninguna posibilidad de utilizar argucias diplomáticas.

Alarico escuchaba atentamente las palabras del anciano caudillo y, a medida que este avanzaba en la exposición, su cara iba adoptando un gesto de contrariedad que acabó transformándose en una furia que no pudo contener cuando oyó que se refería a la victoria de Estilicón junto al río Eurotas. Tomó la palabra, y a aquellos caudillos les pareció que quien hablaba era el mismísimo rey Atanarico reencarnado, tal era su ira.

—¿Osáis pedirme que huya? ¿Queréis que volvamos la espalda al combate en una huida vergonzosa? Sé que no hablas en tu propio nombre. También sé que esas palabras te las han dictado aquellos que han abandonado los valores que han hecho grande al pueblo godo. ¿Renunciaremos a la gloria por unas cuantas monedas? ¿Qué dirán de vosotros y de vuestro valor vuestros hijos y vuestros nietos? Nuestro

destino es crear un nuevo imperio y no podemos huir de él. Un imperio godo. ¡Sí! El oráculo lo dejó claro. Vaticinó que entraríamos en Roma, y ahora la tenemos al alcance de las manos. Aquellos cuya cobardía les impida continuar en busca de la gloria y el destino que los dioses nos reservan pueden irse cargados con las riquezas que hemos conseguido. Pero sé que los verdaderos godos se quedarán. Y se quedarán para que sus hijos y los hijos de sus hijos puedan ver cómo se alumbra ese nuevo imperio que los dioses nos han destinado. El futuro no está hecho para los cobardes.

Alarico calló por un momento para mirar a los ojos a los congregados. La luz que los iluminaba llenaba de entusiasmo a aquellos caudillos que veían en él al rey glorioso de las leyendas de sus antepasados. No había dudado ni un solo momento en su determinación de alcanzar la victoria, y eso les rasgaba el corazón.

—No podemos dejar pasar la oportunidad que nuestros dioses nos ofrecen —continuó poco después—. Arcadio me nombró *magister militum* del Imperio de Oriente y a Honorio no le quedará más remedio que hacer lo mismo en Occidente. Entonces los godos tendremos la posibilidad de elegir el mejor lugar donde asentarnos. Por eso nos vamos a quedar en Italia. ¡Como vencedores o como vencidos! Si vencemos, nuestro será el futuro. Si nos vencen, volveremos a intentarlo. Entraremos en la ciudad de Roma y no habrá nadie que pueda impedírnoslo. Tengo un mandato de nuestros dioses y lo cumpliré, pese a quien pese. Ahora id a decir a nuestro pueblo que a los traidores y los cobardes la posteridad no les reserva ningún sitio dentro de la nación goda. Los que continúen con el suficiente valor saben que en la ciudad les aguardan los mayores tesoros del imperio. Y esos tesoros les están desde siempre reservados. Prefiero mil veces morir con la espada en la mano que huir cargado de riquezas. Ahora ¿seguís queriendo volver a Oriente o preferís arriesgar vuestra vida por un futuro lleno de gloria?

La emoción se apoderó de los congregados, a tal punto que parecían adolescentes entusiasmados. Vitorearon a su rey y, con el corazón enardecido por sus palabras, fueron a conmover ellos mismos a quienes los esperaban en los distintos lugares del campamento.

38
La batalla de Pollentia

Después del consejo de caudillos, Alarico ordenó a los suyos dejar el Véneto. Su propósito era atravesar el río Po y dirigirse a Liguria, desde donde tendría abiertas dos opciones: ir hacia la Galia por el norte, si así lo pactaba con la corte de Honorio para derrocar al usurpador Constantino, o dirigirse hacia Roma por el sur si no conseguía ningún acuerdo. Mandó parar junto a Pollentia y estableció el campamento entre esa ciudad y el río Urbs. Eran los días de la Semana Santa del año 402.

El ejército de Estilicón había seguido a las tropas de Alarico de cerca y, mientras estas construían su fortificación a la manera habitual de los godos mediante un recinto de carros, el regente ordenó preparar el *castrum* romano a una distancia que permitía ver el campamento godo. Se necesitaban dos días al menos para que cada ejército tuviese terminado su propio recinto defensivo.

Además, se había acordado una tregua con motivo de la Semana Santa. Eran días sagrados para los romanos cristianos y para una parte de los godos que habían abrazado el credo arriano poco antes de entrar en el imperio como refugiados en el año 376. Lo cierto era que, al margen de los motivos religiosos, a los dos ejércitos les convenía un descanso después del largo camino entre el Véneto y Liguria. Tanto para Alarico como para Estilicón, se trataba de demorar el enfrentamiento con vistas a una paz negociada, que era lo que en realidad deseaban. Era como una partida de *latrunculi* en la que los dos jugadores tenían un nivel similar. Se imponía negociar unas tablas.

La tarde del Viernes Santo un caudillo llamado Saúl, que estaba a la cabeza de un numeroso destacamento de jinetes alanos ninguno de los cuales era cristiano, solicitó una entrevista con el regente. Una vez en presencia del general vándalo, Estilicón le dijo:

—Conozco tus deseos de combatir cuanto antes contra Alarico, pero el emperador considera sagrados estos días y no podemos enfrentarnos a nuestros enemigos. La mayor parte de mis tropas son cristianas. Por eso hemos pactado una tregua.

—Mis hombres no son cristianos y no tienen obligación de respetar vuestras festividades religiosas. Si yo ataco e inicio las hostilidades contra las tropas enemigas, no te quedará más remedio que acudir en mi ayuda.

—Pero eso deberías hacerlo antes de que los godos terminen de levantar la empalizada —dijo Estilicón—, de modo que tu ataque a su campamento debería producirse esta noche. ¿Tienes las tropas dispuestas?

—La caballería alana está dispuesta siempre.

—¿Y seréis capaces de mantener el secreto hasta la hora de atacar?

—En mi destacamento todos son alanos y se conocen. No te preocupes. No habrá ninguna indiscreción que pueda alertar al enemigo.

—Entonces atacarás esta madrugada a la hora cuarta —concluyó Estilicón.

La noche del Viernes Santo al Sábado Santo del año 402 parecía que la tregua religiosa se respetaba en ambos campamentos. Estilicón no había dejado que ninguna persona saliera del suyo, para lo que había establecido un sistema de guardia de hombro contra hombro.

Era la hora cuarta y los godos estaban a punto de despertarse para continuar los trabajos de construcción del recinto de carros. La caballería de Saúl había pernoctado fuera del campamento y estaba preparada para atacar. La totalidad de las tropas de Estilicón, dentro del *castrum*, habían sido despertada dos horas antes con todo sigilo y con la orden de estar preparadas para combatir. Antes del amanecer la quietud del campamento godo quedó rota de improviso por la irrupción inesperada de la caballería alana que, con gran estruendo,

arrasaba a los desprevenidos soldados de Alarico. Los centinelas nada pudieron hacer. Un griterío ensordecedor de hombres, mujeres y niños inundó el campamento. Los hombres, que salían aturdidos de los carros, eran masacrados por los hábiles jinetes alanos. Saúl buscaba a Alarico para enfrentarse con él. Unos minutos después, Estilicón lanzó al resto del ejército. El atronador *barritus* duró hasta que la infantería imperial penetró en tromba matando a cuantos intentaron hacerles frente. Alarico dio la orden de que el cuerno tocara retirada de inmediato.

La maniobra sorpresiva tuvo éxito. El ejército de Estilicón vencía al del rey godo sin que este último tuviera ninguna posibilidad de reacción. Sin embargo, ante el estruendo producido, Alarico había saltado rápidamente sobre su caballo e iba cabalgando junto a Ataúlfo, Calista y sus colaboradores más cercanos por el campamento alentando a sus guerreros. Mientras se afanaba en conseguir que los suyos lo siguiesen, se encontró con el caudillo Saúl, que lo estaba buscando. Calista se apartó para dejar que Alarico se enfrentara al caudillo alano. Saúl quería tan solo un trofeo: la cabeza del rey godo. Ambos jinetes tardaron pocos segundos en estar cara a cara. Alarico, cuyos guerreros y mandos iban agrupándose para la defensa, fue consciente al instante del desafío del alano. Cuando lo tuvo casi encima con la espada preparada para descargarla sobre él, el balto, que no podía perder el tiempo en un combate singular, esquivó el golpe y, con un giro rápido de su caballo, se colocó detrás del alano y lo degolló de un espadazo. La caída de Saúl descabezado provocó el espanto de sus hombres, que salieron en desbandada del campamento godo.

El ejército imperial se acercaba, y Alarico hubo de decidir en menos de un segundo si se enfrentaba o huía con sus hombres. Dada la inferioridad de fuerzas, ordenó a Ataúlfo que se rindiera a las tropas de Estilicón para evitar una masacre. Para él y las tropas de élite que lo seguían, la retirada era la única posibilidad de sobrevivir y reorganizarse para enfrentarse a los enemigos. Los guerreros bárbaros salieron del recinto en estampida con las pocas armas que pudieron encontrar. Los infantes se fueron corriendo a toda prisa, protegidos

por los jinetes que luchaban a espadazos contra los legionarios que los seguían. Finalmente consiguieron refugiarse en el bosque cercano a la ciudad de Pollentia y en él se fortificaron aprovechando una zona elevada que hacía imposible el acceso de los perseguidores.

Cuando el ataque se detuvo por falta de oposición, lo que las tropas de Estilicón encontraron en el campamento de Alarico, además de los cadáveres de algunos guerreros bárbaros, fueron niños, mujeres y ancianos que no habían podido huir. Estaban dentro de sus carros, indefensos y asustados, junto al enorme botín que habían conseguido en Grecia y en el Véneto. Además, en el centro del campamento había un segundo recinto de carros cargados con tesoros y, dentro de ese círculo central, había miles de hombres y mujeres romanos encadenados que habían sido capturados para venderlos como esclavos y que fueron liberados al instante.

El ejército imperial se dividió. Una parte se quedó en el campamento para hacerse cargo de aquellos enormes tesoros y de las familias godas y otro se reagrupó con los que perseguían a Alarico, que estaba sitiado. Después de esperar unas horas en las que pudo constatarse que no tenía posibilidad alguna de escapar, Alarico dio orden de lanzar su caballería contra las tropas de Estilicón con el objeto de abrir una brecha en el asedio. Pero esa vez no hubo resquicio alguno que permitiera al balto escabullirse como en ocasiones anteriores. Los hombres de Estilicón repelieron el ataque de Alarico, y los godos tuvieron que refugiarse nuevamente en el bosque, donde volvieron a parapetarse. Estaban en plena primavera y hacía días que no llovía, por lo que todo estaba seco. Habría bastado una orden de Estilicón para que los legionarios prendieran fuego a los árboles y aquel ejército hubiera perecido en su totalidad, porque los que no hubiesen sido pasto de las llamas habrían muerto por las armas del enemigo al intentar escapar. Eso fue lo que propuso Sarus y eso era lo que temían Alarico y sus hombres.

Sin embargo, el regente nunca dio esa orden.

La situación no podía ser peor. El campamento había sido arrasado, los presos imperiales liberados y las familias bárbaras tomadas como rehenes. Además, las inmensas riquezas acumuladas quedaron

incautadas. Alarico, después de que le informaran de la situación, fue consciente de que su futuro y, sobre todo, el del pueblo godo estaban en manos de Estilicón. El vándalo los había vencido. El regente tenía tres posibilidades: esperar la rendición por hambre y sed, prender fuego al bosque y quemarlos sin misericordia o dejar que se entregasen. Alarico pidió parlamentar con el objetivo de llegar a un acuerdo lo menos lesivo posible para los suyos. Si conseguía salir con vida, estaba seguro de que habría otras oportunidades. Nunca más caería en una trampa tan ruin, impropia de un general romano.

Desarmado, se dirigió al límite del bosque donde lo esperaba Estilicón. Mientras marchaba en su caballo hacia el lugar pactado, recordó el día que conoció al regente en la cueva cercana a Atenas y la confianza que le produjeron sus palabras. La situación ahora era muy diferente porque Estilicón había roto de manera unilateral una tregua pactada. El balto lo miró a los ojos recriminándole aquella traicionera arremetida, pero no estaba en condiciones de reprocharle nada ya que debió haberlo previsto y no lo hizo. Así que suya era la culpa. Estilicón, por su parte, no parecía muy orgulloso de una victoria conseguida en unas condiciones tan poco honorables. Alarico podía haber hecho la misma trampa y, sin embargo, cumplió con todo rigor la tregua. El regente, por su parte, sí hizo alusión a ese hecho que lo llenaba de vergüenza.

—Puedes imponer las condiciones de paz que desees —dijo Alarico.

—No es mi intención masacrar al pueblo godo. Eres un gran militar y no te he dejado opciones de defenderte dignamente.

—No te recrimino lo que has hecho. Ha sido tu decisión y acepto el resultado. Solo dime qué exigencias impones para dejarnos ir. Si es necesario que yo me inmole para salvar a mi pueblo así lo haré.

—No será necesario —respondió el regente—. Lo único que quiero es que vuelvas por donde has venido. Me quedaré durante unos días con los hijos de los caudillos como rehenes para garantizar el cumplimiento de la retirada de tu ejército. Os devolveremos de inmediato a las mujeres y los ancianos. Tampoco quiero hombres como esclavos. Eso es todo.

Alarico recordó la infamia cometida con los hijos de los caudillos

por el general Julio, en la que él mismo estuvo a punto de morir cuando todavía era un adolescente.

—Deja ir a los niños —suplicó Alarico—. Mis generales y yo nos quedaremos como rehenes.

—Eso es imposible. Te he dicho que no os quiero prisioneros.

—No te entiendo.

—Cabe la posibilidad de que en el futuro tengas que prestar algún servicio a Roma, Alarico, y solo puedes hacerlo tú. Ahora vete con tus hombres.

Estilicón podría haber impuesto unas condiciones de paz atroces, pero no lo hizo. Los ciudadanos romanos habrían deseado una masacre de bárbaros, incluidos los ancianos, y la reducción a la esclavitud de todas las mujeres y los niños.

Alarico se dirigió al destrozado recinto defensivo, donde ordenó hacer las reparaciones de los carros que pudieran recuperarse y, una vez listos, salieron en dirección a Iliria. El ejército godo había sufrido una derrota total.

Pese al gesto de Estilicón, para el pueblo godo era el momento de su historia de máxima humillación. Incluso más humillante que la capitulación de Atanarico ante el emperador Valente. El rey godo había estado preparando durante más de cuatro años un ejército invencible y, aunque de una manera artera, acabó vencido por un golpe de mano que debió intuir como el militar experimentado que era.

La actitud de Estilicón sorprendió a Alarico. Cuando pudo reunirse a solas con Calista, le dijo:

—No consigo entender el perdón sin contrapartidas del regente. Y, sobre todo, su afirmación de los futuros servicios al imperio del ejército godo.

—Yo sí sé por qué lo ha hecho. Estilicón ve el futuro del imperio de la misma manera que tú —dijo Calista—. Tuve oportunidad de hablar muchas horas con él en su tienda durante el enfrentamiento del Peloponeso. Quiere conseguir una convivencia en paz de los romanos y los refugiados bárbaros en condiciones de igualdad. Pero lo más importante es que no cree que exista ninguna otra persona capaz de

mantener unidos a los pueblos bárbaros y eso le permite, mientras tú estés al frente, tener un interlocutor. Todo lo que ambos pensáis sobre un futuro del imperio en el que convivan en paz bárbaros y ciudadanos romanos es una utopía porque los ciudadanos romanos y los bárbaros no podrán convivir, al menos durante muchos años.

Eran dos generales bárbaros, un godo y un vándalo, rivales desde hacía años, que se habían enfrentado en varias ocasiones con resultados desiguales, pero que intuían que en el futuro estaban condenados a entenderse. Había que reconocer, no obstante, que dos personajes de esa categoría no podían colaborar en un plano de igualdad porque el regente siempre estaría por encima de Alarico. Aun así, el rey godo no lo pretendía de entrada y, además, Estilicón no viviría por siempre. Era cuestión de esperar su oportunidad, pues, pensó Alarico. Pero ahora había cosas más importantes de las que ocuparse.

La enorme caravana goda hubo de iniciar el regreso a Iliria en unas condiciones atroces, soportando los insultos y las agresiones de las poblaciones por las que pasaban. Además, el hambre iba adueñándose de ellos ya que les era imposible conseguir ningún tipo de alimento. El paso por el Véneto se convirtió en un suplicio porque las agresiones se intensificaron sin que pudieran hacer nada dado que las tropas de Estilicón los seguían de cerca.

La llegada a Iliria no sirvió para acallar las protestas de quienes pensaban que su rey les había fallado. Los caudillos que habían instado al pueblo godo a retirarse antes de la batalla de Pollentia comenzaron a instigar una renuncia del balto. Todo el bullicio que se respiraba en la anterior etapa en Iliria era ahora silencio y tristeza. Con un solo revés de la fortuna el pueblo godo había pasado de ser próspero y optimista a ser otra vez pobre y a caer en un pesimismo del que ni siquiera escapaba su máximo líder. El desánimo se iba adueñando de la situación entre sus más allegados. Pero Calista, que había vivido junto a Alarico casi toda su trayectoria vital y lo amaba por encima de cualquier cosa, no iba a permitir que el balto se

hundiera en el abatimiento. Ella podía comprender la tristeza que lo embargaba, si bien pensaba que una sola derrota, por muy humillante que hubiera sido, no debía bastar para hundir a ese hombre que era una fuerza de la naturaleza.

—Con torturarte por la derrota no vas a mejorar la vida de nuestro pueblo. —Calista se expresaba como un miembro más de aquella nación—. Siguen viéndote como su único líder, y tú estás obligado a esforzarte más que nunca para salir de este atolladero.

—Les advertí que, al enfrentarme a Estilicón, cabía la posibilidad de que saliéramos vencidos —dijo Alarico—. Y sé que la mayoría continuará confiando en mí. Tampoco se trata de renunciar al cargo de rey como piden los caudillos descontentos, que son una minoría.

—Entonces ¿de qué se trata? —preguntó Calista.

—Se trata de mí —contestó Alarico—. Hasta ahora pensaba que no habría ningún ejército capaz de parar el avance del pueblo godo. Pero después de la derrota se ha mermado mi confianza. No sé si soy la persona adecuada para dirigir los destinos de mi pueblo. Todos los signos que se manifestaron desde mi nacimiento decían que yo era el elegido para conducirlos a una etapa de progreso, a una época de gloria y a un lugar dentro del Imperio de Occidente donde pudieran vivir felices.

—¿Estás pensando en renunciar?

—Así es. Quizá ha llegado el momento de que otra persona se haga cargo de la dirección y el liderazgo del pueblo godo.

—¿Te refieres a alguien como Sarus?

—Ese hombre es una bestia y puede vencer a cualquiera que se le enfrente en un cuerpo a cuerpo, pero no tiene la inteligencia necesaria para dirigir una nación como esta. Pienso en Ataúlfo y en Walfram. Y seguramente habrá otros muchos. Por ejemplo, Briton Drumas. Ha demostrado ser un general excelente y leal.

—Briton ni siquiera es godo —dijo Calista—. Sé que es un hombre competente y fiel que te seguiría hasta la muerte, pero no es un político como tú, y para dirigir a la nación goda hace falta un político. Debes reconocer que este pueblo y este ejército son una creación tuya y eres tú quien debe seguir al frente.

—No puedo quedarme aquí. He de irme… Al menos durante un tiempo. Necesito tomar distancia para reflexionar. Tengo que convencerme de que mi proyecto para el pueblo godo sigue vigente y que yo soy la persona idónea para llevarlo a cabo.

—¿Y qué has pensado hacer? —preguntó Calista—. No, no me respondas. Irás a Egipto, a ver a Hipatia.

—Sí. Es lo que quiero hacer. ¿Cómo lo has adivinado?

—No era difícil. Es la única persona de tu absoluta confianza. Ni siquiera yo puedo llegar a acercarme a la influencia que ella tiene sobre ti.

—No, Calista —dijo Alarico—. Tú eres la persona en la que más confío. Pero ya te he dicho que necesito tomar distancia.

—Entiendo lo que te pasa y creo que es lo que te conviene en estos momentos. —Calista lo miró—. ¿Quién te acompañará?

—Adler y Brand serán una buena compañía.

Occidente consideró la retirada del pueblo y el ejército godos como la prueba irrefutable de su derrota y la muestra de una brillante victoria del ejército imperial que reportó a Honorio la posibilidad de celebrar un triunfo grandioso con el consiguiente incremento de su prestigio. Pero solo fue así en parte para los regentes. La derrota de Alarico se celebró en todo el imperio. Occidente se había salvado del más amenazador desafío que había sufrido desde las guerras púnicas. Hacía casi seiscientos años que ningún ejército enemigo había osado entrar en Italia. El Senado ensalzó la victoria y cubrió de gloria al regente proclamándolo vencedor y salvador de la patria. Los dos partidos religiosos irreconciliables no tuvieron más remedio que reconocer los méritos militares de Estilicón, porque eran conscientes de que los había librado de un peligro que podía haber acabado con el imperio.

No obstante, por debajo de estas alabanzas el partido católico seguía su campaña de desprestigio contra Estilicón, a quien quitaba méritos en la victoria al haberla conseguido incumpliendo las prescripciones religiosas que prohibían luchar durante la Pascua si no era para

defenderse. Estilicón, para vencer, había violado las normas de la Iglesia católica, mientras que el hereje Alarico había respetado ese día tan señalado. Y lo peor era que la transgresión de la piedad cristiana se había usado como una trampa. Se hacía correr la voz de que el regente, para quedar al margen de la polémica religiosa, había pactado en secreto con el caudillo alano Saúl, que era pagano y no estaba vinculado al respeto de la festividad religiosa. Muchos no se contentaban con deshonrar la imagen de Estilicón, difundían el rumor de que Alarico era su huésped en Italia y que la derrota de Pollentia era una farsa, ya que ambos bárbaros estaban esperando el momento oportuno para saquear Roma.

Sin embargo, a pesar de los infundios y las calumnias, la victoria de Pollentia había sido lo bastante importante para celebrar un triunfo en la Ciudad Eterna. Sería el símbolo de la reconciliación entre los patricios y el Senado con los emperadores cristianos.

El propio regente supervisó la preparación del desfile y los actos conmemorativos. El cortejo atravesó las calles principales de Roma hasta llegar al Capitolio. Abría el desfile el carro dorado de Honorio con Estilicón a su lado, los dos saludando a la multitud. En la carroza descubierta que los seguía iban sentadas, con sus mejores galas, la emperatriz María y su madre, Serena. Entre ambos carros caminaban juntos Gala Placidia, la hija menor del emperador Teodosio, y Euquerio, el hijo mayor de los regentes. Ambos habían cumplido ya catorce años. Los regentes querían que el pueblo de Roma visualizase el compromiso entre ambas familias. Esos dos enlaces los ligarían para siempre a la casa imperial. A ellos y a su descendencia. El propio general vándalo estaba convencido de que había conseguido que Placidia se sometiera a su voluntad y aceptase de buen grado el matrimonio con su hijo. Pero una cosa era desear ese matrimonio y otra muy diferente haber convencido a la bella Placidia, quien, en su interior, sentía un rencor extremo, aunque disimulado, hacia su familia política. Ese era su secreto. Hacía tiempo que la princesa planeaba una venganza brutal contra lo que consideraba la tiranía de los regentes impuesta por su padre en el lecho de muerte. Y más aún desde que Helpidia le había contado las maldades obra de Serena que

había descubierto. Euquerio no le parecía la persona adecuada para compartir su futuro. Pero eso no iba a decirlo por el momento.

39
Regreso a Alejandría

Desde que Alarico tuvo que huir de Alejandría cuando tenía trece años para evitar que lo mataran, era la segunda visita que hacía a su ciudad más querida. La primera fue para salvar a Hipatia de las llamas de la gran Biblioteca. Ahora su maestra lo aguardaba, avisada por un mensajero. Esa vez no gozaría de la presencia de Clío, que había muerto unos años antes. La filósofa era once años mayor que la última vez que se vieron y, aunque ya se acercaba a los cincuenta años, no había perdido ni un ápice de su belleza. Su mirada y su voz eran tan intensas y sensuales como siempre. Además, su rostro destilaba una gravedad que se correspondía con la madurez espiritual e intelectual que había ido adquiriendo con el paso del tiempo. Había en ella un aura que era el reflejo de esa sabiduría y ese carisma que todos percibían con solo estar en su presencia.

Después de un caluroso abrazo, Alarico le preguntó por Teón.

—Tendrás que saludarlo en su lecho —le contestó Hipatia—. Hace varias semanas que no se encuentra bien y los médicos le han recomendado reposo. Desde la destrucción del Museion y la gran Biblioteca ya no es la misma persona. Y tras la muerte de mi madre, hace tres años, ha perdido las ganas de vivir.

—Siento la muerte de tu madre. A tu padre lo recuerdo como un hombre con tal energía y pasión que podía arrastrar tras de sí a cualquier filósofo o científico.

—Pero tiene la sensación de que ha perdido todo lo que ayudó a construir con tanto esfuerzo. Los sabios ya no vienen a Alejandría porque no tenemos nada que ofrecerles. Mi padre no se acostumbra a

que la Iglesia católica, después de tomar el poder absoluto, haya cambiado el modo de vivir de esta ciudad. Ya no la reconoce como propia.

Hipatia recordó que Alejandría, que había sido la luz que alumbraba la cultura en todo el Mediterráneo, de la misma manera que su Faro era la guía de los barcos que llegaban o salían de su puerto, ahora era una ciudad más entre muchas otras. Era, eso sí, la capital del catolicismo de Oriente, incluso por delante de Constantinopla, pero había perdido las señas de identidad que nacieron con los Ptolomeos y que habían durado casi setecientos años hasta que la gran Biblioteca fue quemada y el Museion quedó destruido. A medida que hablaba de las desgracias de su ciudad, de los ojos de la filósofa fueron brotando lágrimas.

—No es el momento de seguir hablando de eso —dijo Alarico—. Ya tendremos mejor ocasión.

—Daré orden de que os preparen la cena y las habitaciones —comentó Hipatia—. Estoy muy feliz de que hayas vuelto para verme.

—Para eso he venido —confirmó Alarico—. Pero también porque estoy en una situación personal muy complicada y quiero oír tu opinión al respecto de qué debo hacer en el futuro.

—Me ha llegado la noticia de la derrota de tu ejército por la traición de Estilicón —dijo Hipatia—. Jamás habría imaginado que aquel joven del que me enamoré hace más de veinte años pudiera hacer algo así.

—Es una cuestión muy compleja, y también de ella deseo hablarte.

—Dejémoslo para los próximos días —concluyó Hipatia—. Para poder tomar decisiones es necesario que mantengas la cabeza fría y dejes de obsesionarte. Y parece que esa derrota te obsesiona.

Cuando ya se disponían a acostarse, Hipatia le preguntó:

—¿Quieres que continuemos hablando en mi habitación?

—Sí. Pero me gustaría oírte cantar.

—Claro que sí. Tenía muchas ganas de verte —afirmó otra vez Hipatia—. Tú has sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

Se tumbaron en la cama mientras seguían conversando.

—Cuando dejé Alejandría tras la destrucción del Serapión y la gran

Biblioteca estuve preocupado durante varios meses hasta que me llegó la noticia de que seguías viva —dijo Alarico—. No podía olvidar cómo el sacerdote Petrus te amenazó de muerte.

—Desgraciadamente siguió haciéndolo durante varios años cada vez que me veía —le reveló Hipatia—. Pasaba muchas horas delante de mi casa, y cuando salía me insultaba y me amenazaba. Pero desde hace dos años solo lo veo de vez en cuando. Creo que han decidido dejarme tranquila porque debido a mi trabajo docente gozo de la protección tanto de los cristianos como de los paganos.

—¿De aquellos dos grupos irreconciliables? —preguntó Alarico.

—Sí. Soy la maestra de sus hijos y por lo que parece están muy satisfechos.

—Eso me tranquiliza.

—La ciudad ha perdido su prestigio como centro cultural del Mediterráneo y eso ha provocado que la Iglesia católica se haya hecho con el poder. Alejandría es ahora un ejemplo para el imperio de cómo acabar con el paganismo e imponer el catolicismo por la fuerza y la coacción —le contó Hipatia con el rostro ensombrecido—. En la ciudad sigue mandando Teófilo, con su sobrino Cirilo, el hombre más sanguinario que yo haya conocido, y el sacerdote Petrus. Son quienes dicen lo que se puede y no se puede hacer. Estoy segura de que antes o después conseguirán lo que más anhelan, que es matarme porque no me pliego a sus deseos de convertirme al catolicismo. Pero intentaré ponérselo muy difícil.

Hipatia dijo que ya era hora de dormir y, como había prometido a Alarico, le cantó, acompañándose con la lira, la misma canción que interpretó hacía más de veinte años en el simposio celebrado en la casa de Plutarco en Atenas, en la que ella conoció a Estilicón. Su voz seguía siendo tan atractiva como Alarico recordaba, y el balto pareció sumirse con la música en una esfera intemporal de una intensa felicidad. Después durmieron abrazados hasta el amanecer.

Al día siguiente Hipatia suspendió su actividad docente para atender a su huésped. Alarico le contó con detalle todo lo que había ocurrido en

los últimos años: desde las guerras de Tesalia y el Peloponeso, en las que burló a Estilicón, hasta la batalla de Pollentia, donde finalmente el vándalo lo venció.

—¿Cómo está Calista?

—Es, junto contigo, la mujer más inteligente que he conocido. No sé qué habría sido de mí sin ella. Me ha acompañado y aconsejado todos estos años. Es como mi esposa, pero sé que nunca se casaría conmigo.

—Ella quiere que seas libre —dijo Hipatia—. Me lo confesó cuando fuimos al desierto de Siwa a consultar al oráculo de Amón. Esa mujer está tan enamorada de ti que podría dar su vida con tal de salvar la tuya.

—Sin ella no habría conseguido unificar al pueblo godo con el resto de los pueblos bárbaros ni crear el ejército que mi tío Atanarico me pidió. Además, si la perdiera creo que me moriría de pena.

—Has tenido mucha suerte con haberla encontrado —dijo Hipatia —. Pero Calista también ha tenido mucha suerte de haberte encontrado a ti. Sois un complemento perfecto el uno del otro.

Alarico le manifestó su deseo de ir a la parte superior del Faro e Hipatia consiguió de las autoridades que los dejasen subir.

Ante aquella panorámica del Mediterráneo y la bella Alejandría, Alarico se sintió como en su propia casa. Era una ciudad que tenía idealizada y, con aquella prodigiosa visión, se vio libre para hablar sin cortapisas con su maestra.

—Después de la derrota de Pollentia he dudado de mi competencia para ser el líder del pueblo godo —le dijo—. Tengo la sensación de haberles fallado.

El balto contó a Hipatia cómo se opuso a la pretensión de algunos caudillos que querían dejar Italia con todas sus riquezas para volver a Iliria o a Panonia. La artera maniobra de Estilicón, que se saltó la tregua pactada, fue la causa de la derrota que se cobró la vida de varios miles de sus hombres y todas las riquezas acumuladas en las campañas de Grecia e Italia. Después de aquello, añadió Alarico, no se sentía con fuerzas para continuar e incluso dudaba de la viabilidad de su proyecto para su pueblo. Le explicó también la persecución de la que la familia del regente estaba siendo objeto por el origen vándalo

de Estilicón y por mantener cierta equidistancia respecto de los partidos religiosos al haber sido tolerante con la práctica privada de los rituales de la religión pagana.

—Los católicos no cejarán hasta hacer desaparecer el último vestigio de cualquier forma de expresión religiosa que no sea la suya —dijo Hipatia—. Alejandría es el ejemplo. En el Imperio de Oriente, los patriarcas Teófilo y Crisóstomo se odian, pero están de acuerdo en destruir los templos y quemar cualquier libro que consideren que no se adecua a lo que, según ellos, es el catolicismo. Una vez que hayan acabado con la literatura, el teatro, la escultura, la pintura, la arquitectura, el circo y cualquier otra manifestación cultural, nada quedará de la grandeza del imperio. Entraremos sin remedio en una edad oscura. De hecho, esa edad oscura ya ha comenzado en Alejandría… No tardará mucho en extenderse al resto del imperio. Diocleciano lo dividió en demarcaciones llamada diócesis en honor a su nombre. Pues bien, en cada una de ellas existe un obispo que ejerce un poder tan grande como el de los altos funcionarios del Estado. —Hipatia suspiró, y cambió de argumento—. Eso parece no tener remedio… Sin embargo, no es lo que más te preocupa en este momento. Dices que has perdido la fe en conseguir que tu proyecto prospere.

—Eso también me preocupa y mucho, pero sé que podría resolverse, al menos en parte, si consigo todo el poder militar. He creído con firmeza en la integración de mi pueblo en el imperio en condiciones de igualdad con los ciudadanos romanos. Mi intención era conducirlos hasta el lugar donde deben asentarse definitivamente y creo que ese lugar es el Imperio de Occidente.

—¿Y por qué dudas? —preguntó Hipatia—. Solo has sufrido un revés y ha sido por una actuación innoble de Estilicón. Una sola derrota no es suficiente. Lo importante es la victoria final, y aún estás en condiciones de conseguirla. ¿Tu pueblo te rechaza?

—No. Hay algunos caudillos descontentos, pero la mayoría sigue creyendo en mí.

—¿Qué dice Calista?

—Ella era la primera interesada en que viniera a verte porque está

firmemente convencida de que puedo reconstruir el ejército y lograr lo que me he propuesto.

—¿Y no te basta con el consejo de Calista? —exclamó Hipatia—. Por lo que me dices, jamás se ha equivocado en los consejos que te ha dado.

—Pero me surge una duda aún mayor. Los ciudadanos romanos odian a mi pueblo y mi pueblo odia a los ciudadanos romanos. Los romanos nos desprecian y no nos quieren dentro del imperio como refugiados. A lo sumo se avendrían a tenernos como sirvientes y subordinados a su autoridad, sin la concesión de ningún derecho. Y no es eso lo que yo quiero.

—Pero es necesario dar el primer paso y eso solo tú puedes lograrlo. Hay que obligar a los orgullosos romanos a reconocer el derecho de los refugiados a vivir en paz e igualdad dentro del imperio. Lo primero es la legalización de la situación actual. A continuación, obtener la nacionalidad y dejar que las propias instituciones del imperio favorezcan la integración. Y tu proyecto de hacerte con el poder militar es la manera de conseguirlo.

—¿Estás segura?

—Estoy totalmente segura. Si la mayoría de tu pueblo no te rechaza, debes ponerte de nuevo al frente, reconstruir tu ejército y obligar al emperador a reconocerte como general de todos los ejércitos —dijo Hipatia—. Pero hay otra cosa aún más importante. El pueblo godo salió de la Dacia para no regresar y todavía no ha encontrado el lugar donde asentarse. Ese fue uno de los compromisos que adquiriste con tu gente. Creo que no puedes dejar huérfanos a los tuyos sin haber resuelto esa cuestión.

Esas palabras de Hipatia eran lo que buscaba Alarico, quien desde su llegada había vuelto a vestirse con la túnica de filósofo. Cuando regresaban del Faro, el balto se percató de que el sacerdote Petrus y sus parabolanos los seguían con disimulo.

—¿Debo preocuparme?

—No —dijo Hipatia—. Solo tratan de intimidarme. El prefecto de la ciudad no permite que haya ataques por motivos religiosos. Los católicos ya han conseguido la erradicación del paganismo y la

herejía, que es lo que querían. Solo quedo yo, y todavía no ha llegado el momento de que me eliminen. Petrus es poca cosa al lado de la crueldad de Cirilo, el sobrino del patriarca Teófilo.

—¿No temes que te secuestren?

—Claro que lo temo, pero he decidido que no se puede ser feliz con miedo y hace tiempo que elegí la felicidad.

Alarico se quedó varios días en Alejandría disfrutando de la hospitalidad de Hipatia, de sus conversaciones, de su canto, de la gastronomía de la ciudad y de los paseos por sus calles con la filósofa. Era lo que necesitaba, y su maestra se lo dio con generosidad. Amaba a aquella mujer tanto como a Calista.

—Desearía que te quedaras para siempre conmigo, pero es hora de irte —dijo Hipatia—. El rey godo no puede estar lejos de su pueblo en estos momentos tan delicados.

—Tienes razón. Yo también me quedaría, pero, una vez que has disipado las dudas que me embargaban, debo volver con mi pueblo. Espero regresar aquí lo antes posible. En esta ciudad siempre he sido feliz.

—Si vuelves, aquí estaré, Alarico.

40
La invasión de Radagaiso

Honorio pasó en Roma gran parte de los años 403 y 404. Las familias patricias deseaban que el emperador fijase de manera definitiva su residencia allí. Pero Mediolanum quería hacer valer su centenario derecho a ser la sede del gobierno imperial en Italia. Finalmente, la elección de Honorio, a petición de Estilicón, dejó insatisfechas a las dos ciudades: ubicaría su sede en la inexpugnable Rávena.

En enero del año 403 Honorio accedió a su sexto consulado. Parecía que la vida de Occidente se desarrollaba en paz con las fronteras naturales del imperio sin aparentes amenazas.

Pero las fronteras estaban casi desguarnecidas porque el regente había ordenado que el grueso de las tropas permaneciera en Italia para defender el núcleo central del imperio. Fue una sorpresa para todos la entrada de una mezcolanza de pueblos bárbaros que penetró por Liguria desde los Alpes Tridentinos empujados por los hunos. Eran más de trescientas mil personas entre los guerreros y sus familias, y les había resultado muy sencillo pasar una frontera que nadie controlaba. Esa inmensa aglomeración tenía muchos caudillos, pero un solo rey: un ostrogodo llamado Radagaiso. Era una mezcla de rey y sumo sacerdote de una religión que rendía culto a sus dioses germánicos. Antes de que el ejército romano pudiera reaccionar, pusieron rumbo a Roma, pasando por Florencia.

El regente, que estaba con una parte de las tropas acampadas en la ciudad de Pavía, tenía que ponerse al frente una vez más y tomar la iniciativa para salvar el Imperio de Occidente. Era preciso reunir el mayor número posible de tropas para afrontar la nueva amenaza. Al

final, consiguió agrupar treinta mil legionarios y un gran destacamento de godos auxiliares dirigidos por el general Sarus, además de una numerosa unidad de caballería compuesta por hunos federados al imperio desde hacía varios años. Con esa milicia, reducida en comparación con el gigantesco cuerpo expedicionario bárbaro, Estilicón corrió a interceptarlos antes de que llegaran a Roma.

Cuando el ejército imperial avistó las tropas enemigas, Radagaiso había sitiado la ciudad de Florencia, que estaba a punto de rendirse. El regente puso a sus hombres en posición de combate y ordenó atacar. La aparición del ejército imperial fue una sorpresa para Radagaiso, que solo contaba con una parte de sus tropas ya que el resto estaba acampado en una gran llanura de la Toscana. La embestida imperial, tan súbita como fulminante, provocó la confusión del enemigo y del propio Radagaiso, que no tuvo tiempo de reaccionar y preparar a sus hombres para entrar en combate. Deshecha la formación, al enemigo solo le quedó la posibilidad de huir en desbandada. En su salida desesperada hasta alcanzar las montañas de Fiesole, las tropas auxiliares de Sarus y la caballería huna habían perseguido a los que huían y consiguieron matar a muchos miles. Una parte importante de las tropas invasoras logró reagruparse y buscar refugio en una montaña cercana a la ciudad de Fiesole.

El regente no quiso atacar en un cuerpo a cuerpo en el que sin duda habría vencido para no causar bajas entre sus tropas. Como solía hacer siempre que le era posible, se limitó a sitiar al enemigo: mandó rodear la montaña para impedir que los huidos escaparan y esperó a que el hambre y la sed los obligasen a entregarse. Con Radagaiso y sus hombres sitiados, las tropas auxiliares y la caballería huna atacaron sorpresivamente el campamento de los invasores y, después de causar miles de muertos, consiguieron dispersarlos, con lo que yugularon toda posibilidad de reacción.

Tras dos largos meses de asedio, cuando solo les quedaba la muerte o la rendición, Radagaiso intentó huir disfrazado, pero fue reconocido y detenido. Estilicón ordenó que se hiciera saber a las tropas invasoras que habían capturado a Radagaiso y que lo ajusticiarían, incluso se

anunció a los sitiados el lugar, el día y la hora de la ejecución. El verdugo decapitó al rey bárbaro, cuya cabeza fue clavada en la punta de una lanza y paseada por el perímetro de la montaña a la vista de los enemigos. De inmediato, los invasores se rindieron y entregaron sus armas sin oponer ninguna resistencia. Más de cincuenta mil hombres habían sido exterminados, y sus cuerpos en avanzado estado de corrupción, dispersos por toda la llanura toscana, fueron pasto de las aves rapaces. Las tropas del regente capturaron a los demás y los condujeron a los mercados de esclavos, donde fueron vendidos por lotes. Como consecuencia del gran número ofrecido, el precio bajó hasta el mínimo que se recordaba: un sólido por cabeza.

Nuevamente Estilicón había salvado el Imperio de Occidente y fue aclamado por el pueblo de Roma y el Senado, que erigió un arco triunfal en su honor por la victoria de Fiesole. Con ese triunfo, el regente había llegado a lo más alto en su consideración como militar. Fue entonces cuando Claudiano escribió en su crónica una frase que inquietó a los regentes y sobre la que dio esquivas explicaciones: «Cuanto más alto se llega, la caída será más notoria».

Pasadas las iniciales muestras de entusiasmo, los enemigos de Estilicón y Serena volvieron a la carga. Aquella guerra contra una invasión inesperada, que se desarrollaba de nuevo dentro de la sagrada Italia, había hecho que la intranquilidad se adueñara de cuantos vivían en ella. Pero sobre todo inquietó a los habitantes de la ciudad de Roma, porque hacia ella se dirigían los bárbaros invasores. La gente se preguntaba angustiada cómo era posible que una invasión de más de trescientas mil personas se hubiera producido sin que el ejército se hubiese dado cuenta. ¿Acaso nadie vigilaba las fronteras? ¿Estaba Occidente a merced de los bárbaros y sin posibilidad de defenderse?

La invasión de la impresionante caravana bárbara de Radagaiso había conmovido a la sociedad romana, que ya no se consideraba segura. Dos invasiones en pocos años. ¿Cuándo sería la próxima? Los godos, acampados en Iliria, junto a la frontera de Italia, al mando del temido y odiado Alarico podían entrar en cualquier momento. Otros pueblos bárbaros asediaban las fronteras del Rin y del Danubio. El

miedo era el mayor componente anímico de la sociedad occidental.

Sin embargo, con el regreso de la paz las disputas volvieron a adueñarse de Occidente. Radagaiso había invadido Italia en nombre del dios nórdico Tor. El partido pagano, convencido de que eran sus dioses los que habían protegido hasta entonces la integridad del imperio, achacó la invasión a la prohibición que existía desde hacía mucho tiempo, si bien era especialmente dura desde el mandato del emperador Teodosio, de invocar mediante sacrificios la protección de los dioses de la religión tradicional romana. Esa prohibición, afirmaban, había impedido que sus dioses los protegieran y por eso habían permitido la invasión de unos bárbaros que sí contaban con el amparo de unos dioses a los que podían hacer invocaciones y ofrecer sacrificios libremente.

Para los católicos, Estilicón nada habría tenido que ver con la derrota de Radagaiso. Había sido Cristo, con su infinito poder, el que había confundido a los invasores y los había dispersado entre la llanura toscana y las montañas de Fiesole. Fueron las plegarias de los seguidores de la cruz las que conjuraron la amenaza bárbara. Era la prueba evidente de que la nueva divinidad que se había impuesto en el imperio era superior a las supersticiones paganas. Solo así podía explicarse que el ejército imperial no hubiera sufrido bajas. No habían tenido que intervenir porque Dios había actuado como una barrera infranqueable y había lanzado sus rayos fulminantes contra los enemigos de la Roma cristiana.

En Italia, donde los paganos seguían siendo mayoría en el Senado, los cristianos acusaban a los regentes de traición al legado del católico Teodosio y de no ser capaces de adoptar medidas como las que estaban tomando en Oriente contra los paganos y los herejes. Echaban en falta en Occidente una figura como la del fallecido Ambrosio, el carismático obispo de Mediolanum, capaz de forzar la voluntad del emperador, mientras que, en Oriente, Juan Crisóstomo, con la ayuda de los monjes negros, había transformado en escombros los templos paganos de todas las ciudades. Recriminaban a los regentes que todavía quedaran en Occidente muchas estatuas de los dioses paganos que no habían sido destruidas. Pero, sobre todo, los acusaban de

intentar una política de convivencia religiosa entre ambas facciones. Para los católicos, la única política posible era la devastación total de cualquier signo religioso de los paganos y los herejes y la condena a muerte de todos sus practicantes, como ordenaban las leyes de Teodosio. Y exigían a los mandatarios que llenaran el imperio de informadores y espías para detectar los ritos paganos, recompensando la delación. Solo así podrían librarse de las amenazas y conseguir la protección absoluta de Dios.

Los paganos, que no estaban contra la práctica del cristianismo, pedían únicamente libertad de culto, que los dejasen practicar en público los ritos y los sacrificios a los dioses que habían protegido durante más de mil años la ciudad de Roma y el conjunto del imperio. La prohibición que seguía pesando sobre ellos dejaba el futuro en la misma incertidumbre que Occidente vivía en ese momento.

La política de tolerancia limitada que practicaba Estilicón, con un tratamiento de favor hacia los católicos, no gustaba a ninguna de las facciones que dividían el imperio en dos bandos irreconciliables y cada vez más enfrentados. Pero, sobre todo, desagradaba al emperador Honorio, que, enclaustrado en Rávena, se había rodeado de un grupo de consejeros fanáticos del catolicismo y partidarios de llevar a cabo la persecución pagana con todas sus consecuencias.

En su residencia de Rávena, Serena comprobaba que Honorio y la cohorte de exaltados que dominaban a la familia imperial solo ejecutaban en un sentido el testamento de Teodosio. La emperatriz María, la hija mayor de los regentes, estaba a punto de cumplir veinte años. Despojada de toda influencia en la corte de Rávena, se refugiaba durante largos periodos en la casa de sus padres. Las relaciones entre las dos grandes familias del imperio, que Teodosio había tratado de preservar con uniones matrimoniales, se desdibujaban. Gala Placidia, la hermanastra del emperador, se había apoderado de la voluntad de Honorio y, desde la sombra, alentaba esa separación. Esta política llegó a tal extremo que en la corte se formó un gobierno paralelo cuyas decisiones se ocultaban de manera sistemática al regente antes

de ser aplicadas. Así, la relación entre Estilicón y el emperador quedó limitada a los despachos oficiales en los que Honorio se negaba a tratar asuntos trascendentes sin antes haber recabado la opinión de su hombre de confianza, Olimpio, y de Gala Placidia.

Fue a partir del año 406 cuando se incrementó la ofensiva, que sería brutal, contra Estilicón, Serena y su familia. Quien la encabezaba era Gala Placidia, que había cumplido ya diecisiete años. Teniendo como vehículo de propaganda a Olimpio, hacía que los suyos lanzaran sobre los regentes toda clase de difamaciones con el objeto de desprestigiarlos aún más y con la finalidad última de acabar con sus vidas.

En los aposentos privados de la nobilísima, tumbados en la misma cama, desnudos, Placidia acariciaba suavemente a su hermano y le besaba con delicadeza la espalda mientras le decía:

—Querido Honorio, ¿cuándo nos libraremos de los regentes y sus hijos? Serena desea casarme contra mi voluntad con Euquerio, ¡casarme con un pagano! Además, ¿cuándo echarás de la corte al poeta egipcio?

Placidia se abrazaba con fuerza a su hermano repitiendo con voz queda:

—¡Odio a Euquerio! ¡Odio a Euquerio! ¡Odio a Euquerio! —Y después continuaba el sonsonete con los demás miembros de la familia—: ¡Odio a Serena! ¡Odio a María! ¡Odio a Estilicón!

Más tarde susurraba al oído de Honorio:

—Muertos no harán más daño del que ya han hecho a la causa católica. Estilicón es un bárbaro y protege a los suyos. Es aliado de Alarico. Si no acabamos con él, se hará con todo el poder del imperio.

—Serena ha sido como nuestra madre —le respondía Honorio—. ¿Por qué le tienes ese odio?

—Si supieras todo lo que yo he tenido oportunidad de conocer, tú también los odiarías.

—¿Qué es eso que tú sabes y yo desconozco?

—Algún día te lo contaré, Honorio. Por ahora es mejor que no lo sepas.

Las reuniones del partido católico se sucedían sin la presencia de Placidia, aunque sus más allegados sabían que era ella quien estaba detrás de cada una de las iniciativas. El objetivo era acabar definitivamente con el paganismo y la herejía. La joven Placidia, que fingía permanecer al margen de esos conciliábulos, era la militante más activa. Pero antes de dar las órdenes, las comentaba con Olimpio, quien preparaba luego las preguntas y las respuestas que se esperaban de los participantes en esas reuniones.

—¿Quiénes son los mayores protectores de los paganos y los herejes? —decía Olimpio con entusiasmo.

—¡Los regentes! —contestaban los aleccionados asistentes, como si fuera una especie de consigna ritual.

Placidia pidió a Olimpio que incluyese a un nuevo miembro al que dirigir los ataques.

—Claudiano, el maldito poeta egipcio que Serena ha traído a la corte. Es un pagano confeso, y mis informadores me han contado que practica los ritos y los sacrificios prohibidos. Al parecer, lo hace de noche, al amparo de la oscuridad. Es el sacerdote pagano de la familia de Estilicón y Serena. En el palacio de los regentes no hay ninguna cruz ni imagen de la Trinidad o los santos cristianos.

Pero la pregunta con la que más frecuencia concluían las reuniones era:

—¿Quién es el mayor enemigo de Roma? —clamaba Olimpio.

—¡Alarico el hereje! —gritaban los congregados—. Hemos de acabar con Estilicón y Serena y hacer que se nombre un *magister militum* romano católico que sea capaz de enfrentarse a Alarico.

En esas reuniones se daba difusión a las difamaciones que inventaban contra la familia de los regentes para hacerlos cada día más odiosos a ojos de los romanos.

Conseguir ese objetivo pasaba por tener un control estricto de las decisiones del emperador. Nunca lo dejaban solo, y si alguna vez lo hacían era con unas instrucciones muy concretas que Placidia se encargaba de supervisar, especialmente antes de despachar con el regente.

Estilicón ya había sido objeto de todo tipo de difamaciones, y no solo desde el partido católico. Los paganos, por su parte, lo acusaban de haber destruido los libros sibilinos, expoliado el Capitolio, robado el collar de la diosa Vesta y, sobre todo, haber dejado vivo al odiado Alarico cuando pudo aniquilarlo a él y a su ejército en varias ocasiones.

¿Por qué no lo hizo? Los godos sin la dirección de Alarico serían meras bandas desorganizadas fácilmente controlables. Era Estilicón el que había permitido que el rey godo se consolidase como el caudillo carismático de casi todas las etnias bárbaras, con un poder tan enorme que hacía temblar a Roma. En el odio a los bárbaros y en especial a Alarico era en lo único que coincidían el partido pagano y el partido cristiano.

A pesar de todo, los católicos, en su estrategia de atacar a los regentes, encontraron un objetivo mucho más sustancioso que el propio Estilicón. Se lo puso en bandeja Gala Placidia. Se trataba de Euquerio, el hijo predilecto de Serena. Euquerio era casi de la misma edad que Placidia y, a la vista de los demás, eran como hermanos ya que habían crecido en la misma casa, criados por Serena por decisión del emperador Teodosio. Ambos estaban comprometidos desde antes de la adolescencia por exigencia de su madre adoptiva, que deseaba esa unión más que cualquier otra cosa. Euquerio había sido educado por los mejores profesores de todas las disciplinas y, a sus dieciocho años, empezaba a ser un hábil orador y un exquisito conocedor de las culturas griega y latina. Hablaba y escribía con fluidez los dos idiomas. También había demostrado gran pericia en el arte de la guerra, ya que había acompañado a Estilicón en alguna de sus campañas. Su maestro por excelencia fue Claudiano, que dirigía su educación con la sensibilidad del poeta que era, pero con una gran disciplina. Las virtudes del muchacho eran muy populares. Pero era también muy conocido por ser el prometido de Gala Placidia, la princesa nobilísima. A él ya no se lo podía acusar, como a su padre, de ser un semibárbaro porque era el sobrino nieto del divino Teodosio. Tampoco se lo podía difamar, pues su madre se ocupaba de difundir sus habilidades. La proyección personal de Euquerio era, pues, muy

potente, más que la de la propia emperatriz María, cuya falta de personalidad la hacía ser siempre una segundona en la corte imperial. Una vez que María era ya la emperatriz de Occidente, el objetivo de Serena era casar a Euquerio con Gala Placidia.

Placidia, acostumbrada desde niña a conversar con Euquerio, encontró en la tolerancia, tanto religiosa como de cualquier otra índole, que el muchacho demostraba un gran filón a explotar en contra de los regentes. No en vano Claudiano lo había educado en el respeto a las opiniones de los demás. La intolerante Placidia lo dejaba hablar mientras fingía estar de acuerdo con él.

—Euquerio —le comentó en cierta ocasión con una astucia que hacía imposible adivinar sus verdaderas intenciones—, los espías de Olimpio han detenido al patricio Glauco mientras sacrificaba un gallo a los dioses. Además, había contratado a unos cómicos para representar obras impúdicas. ¿Crees que el tribunal le impondrá una pena muy dura?

—Depende —contestó Euquerio—. Si Glauco lo hacía en privado nada debería pasarle. Esa fue la última voluntad de tu padre, el divino Teodosio.

—Y si tú tuvieras el poder sobre esos asuntos, ¿qué le harías?

—Lo dejaría en libertad. Si quiere sacrificar gallos o representar obras teatrales, a nadie perjudica. Cada uno es libre de creer en los dioses que sus padres le hayan legado.

—Eso es lo que yo opino también —dijo Placidia—. Me encanta que pienses de esa manera. ¿A quién oíste hablar así?

—Mis padres no hablan de asuntos religiosos. Claudiano, sin embargo, es muy convincente. Sus argumentaciones son irrebatibles.

—Claro, él es pagano.

—Y un gran poeta —añadió Euquerio.

—¿Y qué hay de los demás profesores que has tenido?

—Ya sabes que los filósofos y los grandes maestros son paganos. Pero eso no me importa. Yo soy católico y sus creencias no me afectan. Solo me interesan sus enseñanzas.

Ahí estaba la grieta que el partido católico buscaba. Euquerio, el futuro gran tribuno, el hijo de los regentes, era un pagano disfrazado.

Esa fue la mentira que se difundió inmediatamente. Ser pagano era una traición a su tío abuelo Teodosio. La culpa era del poeta egipcio, que lo había educado en el paganismo. Ahora ya no tenía remedio.

Fue la propia Placidia la que lanzó esa difamación en el entorno católico. Y la difamación fue creciendo. Ya no se trataba solo de que fuese pagano, se necesitaba un argumento mucho más potente. Los entornos de Honorio difundían, sin que este lo supiese, calumnias que implicaban a Serena. Y ese argumento podía ser muy convincente porque tenía bastante de real. A ojos de los romanos, Serena estaba preparando al joven Euquerio para ser el futuro emperador de Roma; solo esperaba el momento adecuado. También se decía que la emperatriz María, hermana de Euquerio, no daba ningún signo de quedarse embarazada, y se hizo circular la calumnia de que Serena era la responsable de que ella y Honorio no tuvieran descendencia.

—Se ha extendido la noticia de que es imposible que la emperatriz se quede embarazada —dijo Olimpio.

—¿De acuerdo con lo que hablamos? —preguntó Placidia.

—Sí, los ciudadanos dicen de la regente que, usando a la emperatriz María, ha hecho tomar a vuestro hermano un veneno que lo hace estéril.

—Muy bien —asintió Placidia—. Hay que apartar definitivamente a María de los aposentos imperiales. No puede seguir siendo la emperatriz. Una enemiga del imperio no debe estar sentada en el trono.

—¿Y qué piensas hacer?

—La Iglesia no admitirá la nulidad del matrimonio entre Honorio y ella por el hecho de que ya no vivan juntos —dijo Placidia—. Habrá que buscar otro procedimiento. Déjame a mí. Si necesito ayuda ya te la pediré.

Las acusaciones contra la familia del regente crecían a un ritmo sorprendente, sobre todo porque una parte importante de la población deseaba creerse todas esas informaciones cuya veracidad no estaba contrastada.

Placidia dedicaba una gran parte de sus muchas energías a buscar formas de acabar con la que había sido su familia y para ello no

dudaba en utilizar a su propio hermano, al que cada noche colmaba de las atenciones que él requería. Honorio era cada vez más dependiente de Placidia y hacía todo lo que esta le pedía. Se sentía complacido con su compañía y, sobre todo, con los juegos eróticos que ella gestionaba con una habilidad innata.

Esa noche, como muchas otras, Honorio fue a dormir a la cama de su hermanastra. Placidia lo llamaba con frecuencia y especialmente siempre que pretendía algo de él. Esa vez se trataba de una petición que parecía contradictoria, ya que la emperatriz María se había ido a vivir con su madre por deseo de la propia Placidia.

Abrazada a la espalda de Honorio, le susurró al oído:

—Querido hermano… —Placidia le besó con mimo el cuello—. Tienes que hacer que la emperatriz regrese a tu lecho.

—Es que no me siento bien con ella. Me gusta más que seas tú la que me acompañe por las noches.

—Pero yo soy tu hermana, y si continuamos durmiendo juntos pueden surgir rumores. Además, la emperatriz debe dormir con el emperador.

—¿Deseas abandonarme?

—No tengo por qué abandonarte. El día tiene muchas horas. ¿Lo harás por mí?

—Pero te repito que no me encuentro bien con ella —se quejaba Honorio sobre el cuello de su hermana—. Yo te quiero a ti.

—Si haces eso por mí, me encargaré de conseguir la anulación de vuestro matrimonio. Eres el emperador y la Iglesia no puede negarte nada.

Las caricias de Placidia parecían tranquilizar a Honorio, que temía la presencia otra vez de María, una persona que, si bien la quería, no era capaz de consolarlo y generarle optimismo, como sí sabía hacer su hermanastra. Placidia no distinguía dónde estaba la línea que separaba el bien del mal cuando se trataba de conseguir sus objetivos. Su catolicismo fanático era más una forma radical de odio que una verdadera fe. Para ella era el camino seguro por la senda hacia el poder que inició en cuanto tuvo uso de razón. Quería ser como su padre, quería el poder absoluto. Y como Teodosio, sabía que la

religión era un instrumento al servicio de su ambición; la llevaría hasta la cúspide. Su hermano Honorio le parecía un ser incapaz, débil, asustadizo y despreciable al que le faltaba energía mental para tomar decisión alguna. Ella lo manejaba a su antojo como si se tratara de una marioneta.

Los regentes permanecían ajenos a los manejos de la bella princesa. Era lo bastante inteligente para que no se notase la animadversión que sentía por aquella familia. Ni siquiera sospechaban que la autora de la mayoría de las calumnias, que se extendían por el imperio como fuego entre rastrojos, procedían de la angelical criatura que habían criado en su casa como si fuera una hija más. Solo Claudiano, quien preso de un pavor desmedido ya ni siquiera se mostraba en público por temor a las violentas reacciones de los católicos, había leído en aquellos ojos, que tan delicados e ingenuos parecían a sus padres adoptivos, el odio y la perversidad.

—Has criado un escorpión —dijo Claudiano en cierta ocasión a Serena, con esa ironía que solo la complicidad entre ambos hacía posible.

—No hables así, Claudiano. Es mi nuera y seguramente será la madre de mis nietos. Es una joven muy inteligente y despierta. No se parece en nada a sus hermanos. Además, creo que quiere de verdad a Euquerio, porque se le nota cierta admiración hacia él.

—No hay duda de que es muy inteligente. Pero esa joven solo se quiere a sí misma. Por mi oficio de poeta, conozco bien el corazón humano, y mi instinto me dice que te cuides de ella. Si no fuera porque has depositado tanta confianza en ese matrimonio, te aconsejaría que tu esposo buscase la forma de acabar con su vida. Al mirarla, me asusto y temo por mi propia vida.

—Por Dios, Claudiano… —Serena casi perdió la compostura ante las brutales palabras del poeta—. No puedo permitir que hables así de la princesa de Roma. El pueblo la adora.

—Recuerda que jamás te he dado un mal consejo. Y tampoco a tu esposo. —Claudiano había cambiado el tono irónico por un discurso serio y reflexivo—. Quiero mucho a Euquerio. Lo he educado como al hijo que no tengo, y sé muy bien que esa mujer con apariencia de

ingenua es en realidad un monstruo. Me dolería que le hiciese daño.

—Puedo entender lo que dices —afirmó Serena—. No sabría explicar qué es, pero a veces su sola presencia me inquieta, es como si estuviese ante una extraña forma del mal.

—Tú lo has dicho.

—Aun así, no lo comentes con mi esposo. Es muy susceptible.

—Tu esposo solo mira por tus ojos. Además, es incapaz de vislumbrar la maldad. Y mucho menos en una persona a la que quiere como a una hija desde que nació. Mis informadores sostienen que Placidia está en el origen de muchas de las calumnias que sobre esta familia circulan por el imperio.

—No deseo seguir oyendo lo que me cuentas —zanjó Serena.

Acto seguido, salió de la estancia temerosa de que sus planes para casar a Euquerio con la nobilísima Placidia no llegaran a concretarse. Y ese era el mayor sueño de la regente.

Serena era ambiciosa y ansiaba el trono imperial para Euquerio porque intuía que el débil Honorio nunca tendría descendencia, lo que daba una oportunidad a su brillante y atractivo hijo. Pero lo cierto era que las intrigas palaciegas habían transformado un simple sueño de madre en un complot para asesinar al emperador. Y ella, con su política matrimonial, había alimentado aún más las habladurías. Había casado a su hija mayor con Honorio y había conseguido el compromiso matrimonial de su hijo con la joven de más alto rango del imperio, incluso muy por encima de la emperatriz. Gala Placidia era la única mujer que ostentaba el título de nobilísima por su doble ascendencia: era hija del emperador Teodosio y nieta por línea materna del emperador Valentiniano I. Al margen de las calumnias, la ambición de los regentes siempre había sido un tema preferente de las murmuraciones de todas las clases sociales desde la muerte de Teodosio.

El 31 de diciembre del año 406, los temores de los ciudadanos romanos tomaron cuerpo en forma de invasión. En esa ocasión no era exactamente bélica. El grueso del ejército se encontraba entre el

centro y el norte de Italia ya que Estilicón todavía no había ordenado, después de la victoria sobre Radagaiso, que los soldados volviesen a las fronteras del Rin y en ese momento estaban prácticamente desguarnecidas. Con los ríos helados, el paso se hacía muy fácil para los carros, el ganado y los caballos de los bárbaros, de modo que esa vez fueron varios los pueblos que, por separado, cruzaron la frontera y penetraron en el norte de la Galia. Suevos, alanos, vándalos asdingos y vándalos silingos entraban huyendo de nuevas oleadas de hunos que ya ocupaban casi todo el espacio al otro lado de las fronteras del Rin y del Danubio. Esos pueblos sabían que no podrían volver a sus anteriores asentamientos y tenían la intención de afincarse de manera definitiva en el imperio. Eran millones de refugiados que fueron extendiéndose hacia el sur sin que nadie hiciera nada por evitarlo. Aunque Estilicón hubiese desplazado a todo el ejército, le habría resultado imposible hacer frente a los miles de núcleos bárbaros que iban asentándose en la Galia e Hispania.

Una vez que la noticia se difundió por el imperio, todas las quejas tuvieron como objetivo al regente. La población se lamentaba de la falta de previsión de Estilicón en un imperio asediado por casi todas las fronteras. Desde siempre, el odio a los extranjeros era algo habitual entre los romanos. Y aunque en el conjunto del enorme imperio la población había ido mezclándose con sangre de pueblos bárbaros, una vez romanizados incluso estos desarrollaban la misma aversión por los venidos de fuera. Solo los patricios y las familias senatoriales habían permanecido impermeables a las mezclas étnicas.

En las ciudades se formaban corros a todas horas en los que los enemigos de los regentes podían despachar sus rencores: «Estilicón es un semibárbaro. Por eso ha dejado sin protección militar las fronteras», «Su objetivo es matar al emperador y nombrarse a sí mismo, junto a esa mujer sacrílega que se exhibe sin pudor con el collar de la diosa Vesta», «Quiere barbarizar el imperio y acabar con la identidad romana». El caos y el desgobierno parecían haberse apoderado de todo el Imperio de Occidente. Solo Italia, protegida por el ejército imperial, se mantenía a salvo, por el momento, de las invasiones.

Pero no solo era el pueblo el que clamaba contra Estilicón. Los intelectuales más prestigiosos del ámbito católico escribían diatribas contra el regente que circulaban por todas las ciudades. Agustín de Hipona no tenía inconveniente en publicar que «los regentes codician el trono imperial para crear un estado bárbaro». Jerónimo de Estridón, el traductor de la Biblia al latín, afirmaba: «El semivándalo usa las riquezas del imperio contra el propio imperio». El hispano Paulo Orosio, uno de los intelectuales más prestigiosos e influyentes de Roma, decía: «Al regente no le importa verter la sangre de los romanos con tal de vestir la púrpura imperial».

Y sin embargo todas esas acusaciones eran infundadas porque, de haber querido, el regente podría haber eliminado de un solo golpe al débil Honorio y a toda aquella turba de intrigantes que formaban parte de la corte más cercana al emperador. Contaba con el apoyo del ejército, que estaba a su servicio y lo obedecería en todo cuanto ordenara, incluso si se hacía proclamar emperador por las tropas, como decenas de militares hicieron durante el siglo III.

Claudiano, que empezaba a ver el futuro muy complicado, intentaba despertar de su sueño al general vándalo:

—Tienes que hacer limpieza en la corte. Olimpio está segándote la hierba bajo los pies. Solo quiere tu cabeza para dejar el camino libre al partido católico con el objetivo de masacrar a los paganos. Antes estaba preocupado y tenía miedo, pero ahora estoy aterrado porque sé que Placidia está implicada en todas las intrigas contra tu familia. Y yo formo parte de ella.

Estilicón no parecía hacer caso a las afirmaciones del poeta, aunque en su fuero interno sabía que tenía razón. Por eso se repetía para sus adentros: «Tengo que arreglar inmediatamente todo este caos».

—Eres un ingenuo, general. Si no actúas con contundencia contra tus enemigos internos arrastrarás a la desgracia, cuando no hacia la muerte, a tu familia y a todas las personas que te guardan fidelidad. —Claudiano calló por un momento mientras miraba al pensativo general, al que veía abrumado por las complejas circunstancias que creía estar obligado a controlar—. Han convencido a los romanos de que eres el culpable de este desorden por no mantener a los bárbaros

al otro lado de las fronteras.

El regente estaba tan preocupado por retornar el orden al imperio que no hacía caso de los que, desde su círculo más íntimo, le aconsejaban prudencia, en especial en sus relaciones con el rey godo Alarico. Esa relación era vista como una traición a Roma.

En las ciudades, de los simples corrillos se pasó a las asambleas en las que se expresaban los lamentos por el hecho de que el imperio estaba totalmente invadido por extranjeros. Así, de la animadversión se pasó al odio de toda la población hacia los bárbaros. Y ese odio no era irracional por completo. Los ciudadanos veían que estaban quedándose acorralados en la península itálica y estaban seguros de que en poco tiempo incluso esta sería invadida. Ya daba igual si se trataba de tropas auxiliares o federadas, de colonos autorizados o de simples refugiados que huían de los hunos. Los romanos estaban convencidos de que todos esos recién llegados o asentados desde hacía tiempo en el imperio les robaban su comida, más adelante los despojarían de su patrimonio y finalmente los reducirían a la condición de esclavos. Y podrían hacerlo porque el imperio estaba indefenso y los bárbaros tenían en sus manos todo el arsenal que habían adquirido con el dinero del propio imperio. En ese momento ya no querían expulsarlos porque sabían que eso era imposible, sino matarlos, acabar con la vida de ellos y sus familias.

41
El golpe de gracia

La seguridad de Estilicón se fundamentaba en su carismática influencia sobre el ejército de Occidente. Si hasta ahora había resultado intocable se debía exclusivamente a que nadie osaría hacer nada contra aquel general vencedor en mil batallas del que sus soldados y sus mandos se sentían orgullosos. Por eso en los conciliábulos católicos se veía la necesidad de poner al ejército en contra del regente.

Placidia y Olimpio sabían que era imposible que las tropas auxiliares se rebelasen. Pero las legiones, formadas sobre todo por soldados de leva itálicos y por veteranos, podían volverse contra su general. Era necesario prender en el ejército la mecha del odio contra los bárbaros y, en especial, contra el regente. Entre los legionarios se difundió la calumnia de que Estilicón pagaba mejor a las tropas federadas bárbaras que a las legiones imperiales. Esa era, para los difamadores, la consecuencia lógica de que el máximo mandatario civil y militar del imperio fuera un vándalo que no podía ni quería ir contra su propia sangre. Con ese general, los legionarios serían siempre soldados de segunda frente a los privilegiados bárbaros. Hasta el ejército imperial se había extendido la consigna que en adelante sería el lema más popular en el Imperio de Occidente: «Muerte a los bárbaros».

El otro gran motivo del descontento popular era que los bárbaros campaban por el imperio sin trabas de ningún tipo. Y eso se debía al hecho contrastado de que Estilicón había dejado escapar con vida en varias ocasiones al odiado Alarico, quien esperaba al otro lado de la

frontera dispuesto a invadir Italia. «¿Cuánto tiempo tardará el rey godo en volver a entrar en Italia?», se preguntaban en todos los conciliábulos, ya fueran católicos o paganos. Y la respuesta era siempre la misma: «Entrará cuando el regente se lo ordene». Hasta tal extremo llegó el odio de las legiones hacia el regente que Estilicón, durante tantos años admirado por su capacidad para el mando y su supremacía en la estrategia militar, pasó a ser también «el semivándalo».

Con todo, la situación del regente, si comenzaba ya a ser preocupante, iba a agravarse aún más. Las tropas de las Galias se sublevaron contra Roma y eligieron a un nuevo emperador. Constantino III, que así se hacía llamar el usurpador y cabecilla de los sublevados, decidió establecer un tercer imperio en los ricos territorios de la Galia e Hispania, cuyos habitantes aceptaron su entronización. El desorden y el desgobierno eran insostenibles pues afectaban a la mayor parte del Imperio de Occidente. Se había creado el caldo de cultivo perfecto para que Olimpio, Placidia y el partido católico pudieran poner en marcha el complot final contra Estilicón.

Y a todo esto se sumaba el enfrentamiento interno. Y no solo en el Senado entre el partido pagano y el partido católico. El mapa político de Occidente era cada vez más complejo. Los diversos pueblos bárbaros eran ahora un colectivo de millones de personas que empezaron a exigir iguales derechos que los ciudadanos romanos y se organizaron para conseguirlos. Pero no podían aliarse al partido católico porque una parte de ellos eran cristianos arrianos, convertidos por los misioneros, y los católicos los consideraban herejes a los que había que odiar incluso más que a los paganos. Por otro lado, había también una gran cantidad de bárbaros que seguían siendo paganos y que, aun así, no gozaban de la simpatía del partido pagano dado que este estaba en contra de todos los bárbaros, fuera cual fuese su religión. Una de las exigencias del partido católico era que se aplicase a los bárbaros las mismas leyes que prohibían la práctica de sus ritos a los paganos. Pero el general Estilicón era un militar pragmático que dirigía a las tropas auxiliares bárbaras sin considerar cuál fuera su religión. Por eso todos los ciudadanos romanos que practicaban

alguna de las variantes que los católicos consideraban heréticas no tuvieron más remedio que simpatizar con el movimiento por la igualdad de los bárbaros y los ciudadanos romanos. Hasta tal extremo que se hizo ver que el propio Estilicón estaba a la cabeza de ese movimiento por la igualdad. Además, se lo relacionaba también con la protección de los cristianos heréticos. Y eso dio lugar a una tácita alianza del todo inesperada entre los partidos pagano y católico porque ambos estaban en contra de los bárbaros.

Mientras el Imperio de Oriente gozaba de cierta tranquilidad por haberse liberado de los bárbaros ya que todos estaban integrados en los campamentos de Alarico, el Imperio de Occidente se hallaba acosado, hecho que se veía agravado por el enfrentamiento religioso.

Alarico, en sus asentamientos de la provincia de Iliria, ya había conseguido rehacer el ejército diezmado años atrás en la batalla de Pollentia. Había acumulado tal cantidad de material militar que no necesitó requisar más fábricas de armas. La contestación interna estaba diluyéndose del todo, y había repuesto con creces las pérdidas de vidas humanas mediante el reclutamiento de los que pasaban las fronteras desguarnecidas del Rin y del Danubio.

Placidia lanzó entre sus seguidores una pregunta para que fuese difundida por todas las ciudades del imperio: ¿Por qué Estilicón no había masacrado a los godos de Alarico cuando estaban debilitados en Iliria? En Pollentia estuvo en disposición de destruirlo a él y a su ejército. De haberlo hecho, no habría tenido ninguna respuesta y ahora Roma estaría libre de la amenaza que suponía el rey godo y su nuevo ejército.

Así las cosas, Claudiano, temiendo por su vida, abandonó en secreto la residencia de los regentes en Rávena y se trasladó a la ciudad de Roma, donde, según dijeron personas que lo habían reconocido, se refugió en el barrio de Suburra, en el que ejercía de maestro de los hijos de varios artesanos, cambiando con frecuencia de domicilio. Él fue el primero que notó la animadversión de Gala Placidia hacia la familia del regente, una familia de la que el propio Claudiano se consideraba un miembro más.

Honorio, por su parte, siguiendo las instrucciones de su

hermanastra, había hecho regresar a la emperatriz a los aposentos imperiales. La corte de Rávena era como una prisión donde no permitían a María comunicarse con nadie. Placidia, que residía en una habitación cercana a la del emperador, la acogió como a una hermana. Habían vivido siempre juntas y entre ellas se apreciaba una familiaridad que la hija de Teodosio siempre había cultivado. Al principio no la dejaba sola demasiado tiempo, y María disfrutaba los ratos de compañía con la princesa. Pero la emperatriz seguía sumida en una depresión que parecía no tener cura. Sin embargo, Placidia decidió desplazarse por un tiempo a Roma cuando la inconsolable y triste María más la necesitaba. Por eso la dejó al cuidado de Helpidia, su asistenta y confidente. Y la emperatriz, lejos de su cuñada, se refugió en ella.

Pero Helpidia tenía unas órdenes muy precisas: debía vigilar a la emperatriz día y noche, incluso mientras dormía. El arsénico que fue añadiendo a la escasa comida que María ingería iba debilitándola por momentos. Cuando empezó a encontrarse mal, dijo a Helpidia:

—Quiero ir a casa de mi madre.

—No puedes abandonar a tu marido. El médico imperial te proporcionará remedios para curarte.

Gneo Fabio, que no sospechaba siquiera que la emperatriz estaba ingiriendo sin saberlo dosis de arsénico, proporcionó a Helpidia una medicina para que María la tomara en cada comida. Sin embargo, Helpidia la sustituyó por dosis cada vez mayores de arsénico.

Pasados unos días, la emperatriz empeoró y el médico imperial, ahora sí, empezó a sospechar que María podía estar ingiriendo algún tipo de veneno, de modo que llamó a Helpidia y le preguntó qué estaba tomando la emperatriz.

—El remedio que tú le has recetado —contestó—. Lo disuelvo en caldo, que es lo único que su cuerpo acepta.

—Pero esos terribles dolores de estómago no son normales —replicó Gneo Fabio—. Solo los he visto en casos de envenenamiento.

Helpidia miró a los ojos al médico.

—Placidia me dijo que no puedes hablar de esto con nadie excepto con ella.

—No puedo dejar que la emperatriz muera.

—¿Desobedecerás a la nobilísima? —preguntó Helpidia—. Me pidió que te advirtiera que si comentas esto con alguien que no sea ella, el emperador te hará ajusticiar por delito de lesa patria. —Volvió a mirar a los ojos a Gneo Fabio—. Creo que no te gustaría que se hiciera público algo que ocurrió unas semanas después del nacimiento de Gala Placidia.

—No sé a qué te refieres —aseguró el médico.

—Recuerda… Tú hablabas con Serena y le decías que si la emperatriz Gala se quedaba otra vez embarazada moriría en el parto. Y ella te prohibió que se lo contaras al emperador. Por eso murió la emperatriz Gala.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque estaba escuchando desde la habitación de al lado mientras daba de mamar a su hija, la princesa Placidia.

Gneo Fabio se puso lívido.

Finalmente, asistió a la agonía de María teniendo que callar las causas del mal que estaba matándola. Conocía lo suficiente a la princesa para saber que, si Helpidia lo había amenazado con acusarlo de delito de lesa patria, no estaba hablando en broma. Poco después certificó la muerte de la emperatriz por males de vientre que no había podido curar con sus atenciones. Así se lo comunicó a Serena, quien no tenía ninguna razón para dudar del médico que las había atendido desde que ella era una adolescente.

La impopularidad del regente entre las legiones y los ciudadanos romanos contrastaba con la adhesión incondicional de las tropas auxiliares y los federados bárbaros. Pero Estilicón también gozaba de gran estima entre la población bárbara asentada en el imperio. Eso era lo que había conseguido la terrible campaña de desprestigio lanzada contra él desde los partidos católico y pagano. Se encontraba en el centro del enfrentamiento, y no quería estarlo porque se sentía regente de todos. La incómoda situación no lo haría flaquear en sus obligaciones: restaurar el orden en el imperio, acosado en las fronteras

y roto internamente por las confrontaciones religiosas y el odio irreconciliable entre romanos y bárbaros.

Con todo, había asuntos que requerían la atención inmediata de Estilicón. Britania estaba perdida y los bárbaros de las islas se habían apoderado de la Armórica, una provincia al noroeste de la Galia. Pero, además de estar invadidas por varias etnias germánicas, la Galia e Hispania habían acatado la autoridad del usurpador Constantino III. Estaba decidido a resistir lo que fuese necesario para mantenerse en el cargo hasta que los emperadores Arcadio y Honorio lo reconocieran. Hasta había amenazado con invadir Italia si Honorio negaba que fuera el tercer emperador. A sus tropas iban sumándose colectivos bárbaros que sabían que el servicio en el ejército era la mejor manera de conseguir la ciudadanía romana. Los nuevos refugiados no tenían el suficiente conocimiento de la política imperial para discernir entre un emperador legítimo y un usurpador.

Estilicón no disponía de un lugarteniente de confianza. No podía contar con Gainas, que había sido asesinado después de su rebelión en Constantinopla, ni tampoco con Favrita, que lo había sustituido y ahora era general en jefe de Oriente. En cuanto al general Genéride, Estilicón lo consideraba un gran militar, pero nunca había sido un hombre de su confianza. Solo le quedaba Sarus, rival acérrimo de Alarico. Sarus era una fuerza de la naturaleza que podía enfrentarse a cualquier enemigo siempre que otro general lo dirigiera, pero carecía de capacidades estratégicas y al regente no le servía para planificar ninguna acción militar. Sumido en la reflexión sobre cómo ordenar todo aquel maremágnum en que se había convertido el Imperio de Occidente, Estilicón seguía convencido, como siempre, de que la única solución era una alianza con el rey godo.

Fue entonces cuando recibió una misiva de Alarico. Se la entregó Armín, el asistente y jefe de la guardia personal del balto, en el campamento de Pavía, donde estaban acantonadas las legiones.

El regente indicó a Armín que esperase su respuesta. Y procedió a leer la carta.

Preclaro regente, mis tropas están preparadas y a disposición del emperador. Mi intención es que tú sigas ostentando el mando supremo de los ejércitos. Soy

> *magister militum* de Oriente, pero dejaré este cargo si Honorio me concede el mismo nombramiento para Occidente. Sé que la Galia e Hispania están en poder del usurpador Constantino. Mis tropas pueden acabar con él tan solo con que me lo pidas. Sin embargo, necesito dinero para dotar a mis hombres de los uniformes, las corazas y las armas que se precisan para la guerra. Quedo a la espera de tus noticias. Recibe la sumisión de tu servidor, que aguarda también la devolución de los hijos de los caudillos que conservas como rehenes.

Estilicón sabía que ese gasto en material militar no era cierto, pero lo dio por bueno y despidió a Armín con el encargo de responder a Alarico que pronto recibiría las noticias que esperaba oír.

El dilema que se le presentaba era terrible. No dudaba de que sin la integración de las tropas de Alarico sería imposible acabar con el caos y la anarquía. Pero ¿cómo convencer a los ciudadanos romanos de que aceptasen al rey godo como jefe de los ejércitos de Occidente? Esa unión militar, que Estilicón veía como imprescindible para salvar al imperio, significaba para los ciudadanos romanos una amenaza que se cernía sobre ellos. Para estos, los dos generales bárbaros unidos solo podían tener una intención: subyugar a Roma. El siguiente paso sería la creación de un imperio bárbaro. Se habían necesitado más de mil años de esfuerzos civiles y militares para crear una cultura con unos valores y un derecho comunes, y estos, después de la unión de Estilicón y Alarico, quedarían hechos trizas y sin posibilidad de recomposición. ¿Cómo sostener un imperio sin ejército? La pregunta parecía no tener respuesta.

Pero Estilicón, a pesar de su experiencia, seguía siendo un soñador. Se ilusionaba con la idea de unificar el imperio recuperando Iliria y Grecia. Era el principio imprescindible para restaurar el esplendor perdido. Claro que antes había que derrocar al usurpador Constantino III si quería recobrar la obediencia de la Galia e Hispania.

Tenía que contestar con urgencia al rey godo. Intentar resolver el problema del rechazo de los ciudadanos romanos era la única solución que él vislumbraba. Si no lo conseguía, la destrucción de una cultura milenaria era segura. El Senado, preso del odio y el pánico a los bárbaros, podía llegar a entender los beneficios de esa alianza, pensaba Estilicón. La demagogia del partido católico lo había puesto

en una situación muy complicada. Podría usar sus prerrogativas de regente, pero hacerlo sin el consentimiento del emperador, que ya tenía veintiún años, era exponerse a un aluvión de protestas. Era necesario convencer a Honorio. Y él lo haría.

Finalmente, Armín se marchó sin un compromiso en firme por parte de Estilicón.

Calista había quedado tan consternada como Alarico por la derrota de Pollentia, pero consiguió que el ánimo del rey permaneciera alto. Más aún, procuraba desplegar todas sus habilidades para volver cuanto antes a la normalidad y poner en marcha la poderosa maquinaria de guerra. Fue ella la que siguió manteniendo de manera regular los contactos epistolares con dos personas que habían demostrado una gran inteligencia y que, a su juicio, podrían serles útiles para cuando entraran de nuevo en Italia. Sobre todo porque, a pesar de la dolorosa derrota, habían pasado varios años desde su vuelta de Alejandría y Alarico había reduplicado su interés en hacerse con el poder militar del Imperio de Occidente.

Desde su regreso a Iliria, Calista dormía siempre con Alarico. No quería dejarlo solo ni un momento y cada noche despachaba con él los temas más urgentes.

—He recibido otra carta de Jovio —le explicó la persa al respecto del patricio que había participado en las falsas negociaciones que llevaron a frustrar las intenciones de Estilicón en el Peloponeso.

A Alarico le gustaba que fuera Calista quien le leyera la correspondencia. En especial porque escribía y recibía sus cartas en el cifrado de Julio César que ella podía descifrar directamente mientras leía.

La última carta de Jovio llenó a ambos de pesimismo:

> Mi estimada Calista, como sabes, después de conseguir el rango de senador me integré en el ejército y ahora soy tribuno en la guardia imperial de Rávena. Las noticias que tengo que darte no mejoran en nada las de misivas anteriores. El poder, aunque en la sombra, está en manos de la nobilísima. Y mis informadores me han revelado que ella y Olimpio están intrigando para asesinar

a Estilicón. Yo soy partidario de una entente entre las legiones de Roma y el ejército godo bajo la dirección de Alarico. Pero si Placidia consigue su objetivo de eliminar al regente, Roma estará perdida para siempre. Solo puedo decirte que hay un gran complot para hacer que las legiones se rebelen contra Estilicón. Estoy intentando, como me propusiste, obtener un alto cargo dentro del palacio imperial. De mí nadie sospecha y creo que en breve podré conseguirlo. Cuando tenga más información volveré a escribirte. Tuyo siempre, con mis mejores deseos para el rey Alarico.

También mantenía una intensa correspondencia con el sirio Prisco Atalo, quien le había referido sus progresos desde que dejó la fortaleza de Split para hacerse habitante de la Ciudad Eterna. No solo había conseguido la condición de patricio. Su increíble historia sobre su vinculación con la familia Julia-Claudia —Prisco Atalo afirmaba ser descendiente del emperador Tiberio— había convencido a los verdaderos patricios, que, ante la exhibición de la riqueza que poseía, lo habían acogido con entusiasmo. Su florido verbo en un latín impecable y sus innegables habilidades como actor se mostraron decisivos para alcanzar esa proeza. Dadas sus grandes dotes para las relaciones humanas, pronto se ganó la amistad del jefe del partido pagano, Quinto Aurelio Símaco, quien, antes de morir en el año 402, lo auspició al puesto de senador. Calista había seguido paso por paso la carrera de ese prodigio oriental que había llegado a Roma en el año 400 y ya era una de las personalidades no solo de la ciudad sino de todo el Imperio de Occidente. Estaba segura de que en el futuro el sirio iba a serle de mucha utilidad. Por lo pronto, la mantenía informada de todas las noticias del imperio. Al igual que la de Jovio, su última misiva no auguraba nada positivo.

Calista, como siempre, leyó la carta de Prisco Atalo a Alarico.

Mi estimada Calista, cada vez me siento más cómodo en mi papel de noble romano. De hecho, puedo decirte que, después de mi estancia en Split, esta es la etapa de mi vida de la que me siento más satisfecho. Estaba seguro de que había nacido para ser patricio del imperio y tengo intención de desempeñarme como senador o en cualquier otro cargo que ocupe con la máxima diligencia y honestidad. Deseo que todos me vean como un verdadero romano. La guerra a muerte entre los partidos pagano y católico es cada vez más enconada. El odio hacia los bárbaros crece día tras día. Temo que si las intrigas contra el regente

triunfan se desate una oleada de terror contra los paganos. Me habría encantado visitarte en el palacio de Split, pero las cosas no han sucedido al gusto de todos. Espero que, a no mucho tardar, pueda verte por mi palacio de Roma. A tus pies para siempre. Mis mejores deseos para Alarico.

La lectura de esa carta vino a confirmar lo que Jovio había escrito: Placidia preparaba un plan para acabar con Estilicón.

—¿No se dan cuenta estos romanos de que la única posibilidad que tienen de que su imperio sobreviva es que el regente siga tutelándolos?

—Su odio a los que ellos llaman bárbaros es más fuerte que su propia seguridad. Están convencidos de que muerto Estilicón les será más fácil acabar con nosotros —dijo Calista—. Pero nosotros nada podemos hacer desde aquí.

—Tenemos que esperar a que el regente conteste a la carta que le he enviado. Estoy seguro de que intentará conseguir lo que le hemos pedido, como confirmó primero a Ataúlfo y después a Armín.

El regente nunca negó el ofrecimiento que le había hecho Alarico, y en la corte de Rávena tenían conocimiento de los propósitos del rey godo. En el otoño del año 407, cuando regresó a Rávena, Estilicón explicó a Serena sus planes para recuperar las provincias perdidas por el testamento de Teodosio. La regente escuchaba a su marido con la preocupación plasmada en el rostro. Serena empezaba a perder la altivez que ostentaba mientras tenía todo el imperio a sus pies. La todopoderosa regente se daba cuenta de que las cosas no iban bien para su familia. La reciente muerte de María había sido un golpe del que no se recuperaba. Por si fuera poco, las sospechas sobre su prima y futura nuera, Gala Placidia, eran algo más que conjeturas. Serena la percibía como una enemiga, a pesar de que la nobilísima no había descubierto sus cartas. Todo hacía suponer que la familia del regente no estaba en los planes futuros de la familia imperial.

Pero Estilicón no era persona que se rindiera con facilidad.

—La alianza que Alarico me propone es la única posibilidad de salvar el imperio —explicó a su mujer—. Su ejército es incluso más

poderoso que el nuestro, y juntos podríamos reunificar ambas partes y derrocar al usurpador Constantino.

Mientras decía esas palabras a Serena, Estilicón pensaba que si las tropas de Alarico se enfrentaban a las de Constantino, sería un ejército bárbaro el que vencería a los legionarios sublevados. Pero si era el ejército imperial el que se enfrentaba al usurpador, se vería como una nueva guerra civil de consecuencias catastróficas para el futuro del imperio. Era un callejón sin salida.

Serena era consciente de que si no actuaba con toda celeridad sus posibilidades menguarían hasta desaparecer.

—Desde que Claudiano nos dejó estoy casi sin noticias de lo que pasa en la corte. Solo sé que Olimpio se ha hecho dueño de la voluntad del emperador y no consiente que ninguna otra persona lo aconseje —dijo Serena—. Yo también estoy convencida de que Alarico es la única posibilidad de salvación del imperio, pero esa solución que propones desde la honestidad la comparten pocos ciudadanos romanos. Reina el caos y todos intentan salvarse a sí mismos. Nos estamos quedando solos y, además, hemos perdido el apoyo del Senado y de los patricios. Incluso nos acusan de ser los protectores de los bárbaros. Si pactas con Alarico habrás condenado a tu propia familia —concluyó Serena.

—Pero si no pacto con Alarico, Roma está perdida. No tenemos respuesta para el usurpador Constantino. Si nos enfrentamos a sus tropas provocaremos una nueva contienda civil. Es imprescindible que sea Alarico quien lo venza. No será del agrado de nadie, pero no se verá como una guerra fratricida. Los bárbaros ya campan a sus anchas por todo Occidente. Solo Italia se ha salvado, hasta ahora. Además, si Alarico no se integra en el ejército imperial se transformará en el más terrible enemigo de Roma. Será imposible detener la destrucción del imperio.

—Puedes pactar con Alarico sin la autorización del emperador —aseveró Serena, que vislumbraba un futuro muy negro si su marido no se rebelaba contra Honorio y tomaba la iniciativa—. Mantén engañados a los intrigantes de la corte y, a sus espaldas, haz un trato con el rey godo. Pero antes llévanos a nuestros hijos y a mí hasta la

frontera con Iliria. Nada harán Placidia ni Olimpio contra ti. Podrás obligar al emperador a pactar lo que consideres más conveniente para el imperio.

Serena miraba a su esposo segura de que lo convencería de hacer lo que ella le proponía. No era un plan descabellado y tenía todas las posibilidades de triunfar.

Estilicón también estaba convencido de que la proposición de su esposa era el camino más directo para acabar con el acoso al que él y toda su familia estaban sometidos, pero supondría violentar todas sus convicciones como el romano cabal que era.

—Esa será la última decisión que tome. Y la tomaré solo cuando ya sea imposible conseguir el mantenimiento del imperio por los medios legales —respondió.

—Si no te rebelas, ¿qué será de nosotros? —preguntó Serena—. Nuestros hijos quedarán a expensas de nuestros enemigos, que están esperando que permitas entrar a Alarico en Italia. Han convencido a los ciudadanos romanos de que somos unos traidores que queremos acabar con el imperio. Pero ahora ya no me importa el futuro del imperio. Me importa mi familia. Nuestra hija Termancia está a punto de casarse con el emperador, y esa podría ser nuestra tabla de salvación.

—Sabes que no apruebo ese matrimonio. Dudo que Honorio esté en condiciones de ser esposo de ninguna mujer. No quiero condenar a la única hija que nos queda a un futuro de sufrimiento. Además, creo que se trata de una trampa de Placidia para tener una rehén con quien doblegarme.

—Si Termancia no se casa con el emperador, estamos perdidos. Tampoco se celebrará el matrimonio entre Placidia y Euquerio —dijo Serena—. Claudiano me advirtió que ella es la abanderada del partido católico y añadió que es la primera en difundir difamaciones contra nosotros. Y, aun sabiendo que podía ser verdad, me negué a creerlo.

—Esa relación entre Euquerio y Placidia no tiene ningún futuro —afirmó Estilicón con firmeza—. Sé con certeza que es la máxima agitadora contra nosotros.

Un rictus de amargura afloró en el semblante de Serena, que veía

cómo su poder se desmoronaba y la persona que estaba segándole la hierba bajo los pies era su ahijada, la joven a la que había cuidado desde niña como a sus propios hijos.

Estilicón agachó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Por primera vez, su mujer se oponía de manera explícita a una decisión política suya, una decisión de la que él estaba totalmente convencido. Su honor de patricio romano le impedía tomar el camino de la rebelión.

—Si no te rebelas no podrás hacer nada —insistió Serena con las lágrimas resbalando por sus mejillas—. Invadir Grecia es violentar el testamento de Teodosio y alentar otra guerra civil. Desde Aníbal, no ha habido un ser más odiado en Roma que tú. La única salida es la rebelión y está en tu mano. Piensa en tu familia.

Estilicón miró apenado a su esposa. Ni siquiera ella podía convencerlo para que renunciase a lo que él consideraba la salvación del imperio. Y ello a pesar de que era consciente de que podía caer en una trampa de la que le resultaría imposible salir. Pero siempre había antepuesto el deber a sus propios intereses, y esa vez no iba a ser una excepción.

A la mañana siguiente se reunió con el emperador y le rogó que firmase un tratado con Alarico por el que le encargaba la recuperación de Iliria y Grecia para el Imperio de Occidente. Ese primer objetivo era para Estilicón muy fácil, ya que se trataba solo de una cuestión de tipo formal: cambiar la adscripción territorial. No haría falta combatir porque Oriente carecía de un ejército suficiente para enfrentarse al rey godo. A continuación, recuperarían la Galia e Hispania derrocando al usurpador Constantino y harían retroceder a los bárbaros invasores hasta el otro lado de la frontera del Rin. Las únicas condiciones que el rey godo ponía era ser nombrado *magister militum* de Occidente y que le proporcionaran el dinero preciso para dotar a sus tropas de las armas y los suministros necesarios.

Honorio no quiso responder a su regente en ese momento. Se quedó con el texto del tratado y el decreto de nombramiento de Alarico como *magister militum* y le aseguró que le respondería al día siguiente. Estilicón salió de los aposentos del emperador con la sensación de que

su capacidad de influencia ya no era la de antaño. Estaba seguro de que sería Olimpio quien tomaría la decisión ya que era quien ocupaba el puesto de consejero de Honorio. En otros tiempos, habría salido del despacho del emperador con un sí como respuesta, pero ahora ya dudaba de todo. Y, en efecto, en cuanto Honorio despidió a Estilicón se reunió inmediatamente con Olimpio y Gala Placidia y les entregó los documentos que el regente le había llevado. Ambos los leyeron con sumo cuidado.

—Creo que has de aceptar la propuesta de Estilicón —dijo Placidia mirando con un gesto de complicidad a Olimpio.

—Y tú, Olimpio, ¿qué piensas? —preguntó Honorio.

—Yo también creo que debes firmar los documentos.

Estilicón recibió en su residencia los documentos firmados por el emperador. No quiso hacer segundas lecturas de la decisión de Honorio. Tampoco quiso comentarla con su esposa porque ella estaba segura de lo que él simplemente sospechaba: que se trataba de una trampa urdida por Gala Placidia. Apartó esa sospecha de su mente obligándose a creer que el emperador actuaba con la cordura propia de su padre, el gran Teodosio, y que por eso le dejaba llevar a cabo su proyecto.

Así pues, envió a Alarico su nombramiento como *magister militum* de Occidente y las condiciones del pacto de integración de sus tropas en el ejército imperial. A su vez, Alarico respondió exigiendo que el regente entrase en el Imperio de Oriente con una parte del ejército imperial para tomar posesión solemne de las provincias de Iliria y Grecia en nombre del emperador de Occidente.

Mientras tanto, los partidos religiosos, que estaban de acuerdo en todo lo que se refería a su odio común contra Estilicón, Alarico y los bárbaros, hicieron difundir el decreto del emperador nombrando al rey balto comandante en jefe del ejército imperial. Las protestas populares se incrementaron y el grito «¡Mueran los bárbaros!» ya era incontenible. A pesar de que ese clamor llegó hasta Estilicón, el regente confiaba en que el resultado de sus acciones militares calmaría a la población como había ocurrido en otras ocasiones. Estaba convencido de que era cuestión de tiempo que las opiniones sobre él y

su familia cambiaran cuando hubiese retornado la seguridad al imperio.

Por su parte, Alarico creía que había alcanzado el primero de sus objetivos: ya era el jefe supremo del ejército de Occidente. Sus hombres estaban armados y dotados de todos los medios militares necesarios, y en unas semanas las tropas estuvieron preparadas para entrar en acción. Quedaba a la espera de la llegada de Estilicón y las legiones elegidas para que lo acompañaran.

42
La máscara de Placidia

Ese otoño del año 407 Serena recibió en su residencia de Rávena la visita de Placidia que, formalmente, seguía siendo la prometida de Euquerio. La regente, que ahora estaba segura de que era la instigadora de sus males, no se extrañó de ver allí a su futura nuera, pero, teniendo en cuenta las circunstancias en que el encuentro se producía, el corazón le latía desbocado. La mujer que hasta hacía poco tiempo era la dueña de un imperio que siempre se había plegado a sus designios ahora se alteraba por la visita de una joven a la que había criado como a una hija más.

—Querida *domina* —le dijo Placidia con la familiaridad que solía presidir la relación entre ambas—, tienes que convencer a tu marido para que anule el tratado firmado entre el emperador y Alarico.

La propia Placidia, que había sido quien alentó ese acuerdo, ponía en marcha ahora la segunda parte del plan. Quería que Serena desactivara con un mensaje dirigido a su marido cualquier tipo de acción de Alarico. La trampa consistía en que el cese de Alarico acabara siendo la prueba del fracaso de Estilicón, que era lo que ella y Olimpio deseaban que se visualizase.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Serena.

—Escribirle una nota en la que le pidas que no entre en Iliria para apoyar a las tropas de Alarico y que le comunique su destitución como *magister militum* —respondió Placidia con palabras sosegadas que perecían rezumar dulzura.

—Pero esa destitución y la anulación del tratado competen a Honorio, que es quien los ha firmado.

—Por supuesto. Junto con tu nota, el regente recibirá los documentos oficiales firmados por el emperador para que se los remita a Alarico. —Placidia trató así de justificar su petición—. El pueblo clama contra esa alianza y, especialmente, contra ese nombramiento. Hasta tal extremo que corre peligro el trono del emperador. Hemos de protegerlo ahora que va a casarse con nuestra querida Termancia.

La celebración de esa boda era inminente. Un rencor profundo, que Serena consiguió que no se le notase, la llevó a redactar la carta en los términos que Placidia deseaba. Sabía que Estilicón iba a hacer lo que ella le pedía porque era consciente de que sus hijos habitaban en Rávena, en su villa junto al palacio imperial.

En ese momento, Olimpio se reunía con Honorio en sus aposentos. Le llevaba los documentos para destituir al rey godo y anular la alianza. El emperador los firmó sin poner ninguna objeción. Después, Olimpio le dictó un mensaje, que Honorio redactó con su propia letra, en el que prohibía al regente la entrada en Iliria. El incumplimiento de esa prohibición suponía la comisión de un delito de lesa majestad, que estaba castigado con la muerte.

Así como Oriente tenía una gran tradición de disturbios, especialmente ciudades como Antioquía del Orontes, Alejandría o la propia Constantinopla, en Occidente eran algo muy raro. Además, no se trataba de disturbios organizados, eran brotes de violencia contra los bárbaros que se producían cada vez con más frecuencia y con más participantes. Aunque el racismo contra los refugiados era moneda corriente, los casos de agresiones se habían disparado desde que Placidia encabezó las difamaciones contra la familia del regente y la difusión de su lema «¡Muerte a los bárbaros!», que para los católicos fanáticos era como una orden.

Bastaba que un bárbaro paseara por la ciudad con sus vestimentas para que a su alrededor se formara un corrillo de católicos que no paraban de hostigarlo. Daba igual que se tratase de un franco, un alano o un godo. Daba igual el tiempo que llevara asentado en el imperio, o que fuera artesano o regentara un negocio. Incluso vestido

como un ciudadano de Roma, su simple aspecto, su mayor altura, sus ojos azules y sus cabellos rubios o rojizos, eran motivo suficiente para desatar la furia de los fanáticos. Cuando se había congregado un nutrido grupo de católicos, alguno intentaba provocar a cualquier bárbaro que pasase por la calle con insultos de lo más hirientes. «¡Sucio bastardo de una puta salvaje! —le decían—. ¿Por qué no me agredes? ¿No es eso lo que quieren tus caudillos Estilicón y Alarico?».

Por lo general, el bárbaro no respondía y trataba de quitarse de en medio. Pero si se encaraba o intentaba huir recibía otra sarta de insultos: «¡Sois basura! ¿Por qué no te vas con tus malolientes parientes al otro lado del Danubio?».

Si el bárbaro hacía cualquier amago de defensa, le propinaban una paliza y lo dejaban sangrando en medio de la calle.

Esas agresiones podían acabar en muerte porque a algunos bárbaros, que ejercían de recaudadores de impuestos por cuenta de los curiales, los esperaban a la salida de su lugar de trabajo y los seguían. Luego, cuando llegaban a un domicilio a exigir un pago, los abucheaban y normalmente desistían. Pero si se empeñaban en cobrar, por miedo a perder su empleo, recibían una paliza que a veces resultaba mortal.

Poco a poco, los bárbaros que habitaban en las ciudades del imperio acabaron por salir tan solo para lo indispensable y muchos decidieron no vestir con sus atuendos habituales.

Incluso habían llegado a producirse invasiones de los barrios en los que habitaban, con agresiones que dejaban sobre la calzada algunos muertos y heridos.

La situación se volvió tan insostenible que Estilicón mandó que preparasen leyes para impedir que los católicos agrediesen o matasen a los bárbaros, y también ordenó a sus soldados, legionarios y auxiliares que detuviesen a cualquier ciudadano que los molestase. Fue Serena la que tuvo que alertarlo.

—No es momento para dictar esas leyes o castigar a los católicos —le advirtió—. Nos volveremos todavía más impopulares.

—Pero no puedo dejar que esos fanáticos incontrolados apaleen o maten a esa pobre gente.

Finalmente, Serena le hizo entender que, aunque tenía razón en defenderlos, era preferible dejarlo para más adelante, cuando volvieran a estar en una situación de mejor aceptación entre los ciudadanos.

Estilicón pensó que se había llegado tan lejos que era posible que ya no hubiera marcha atrás. Su autoridad se desintegraba, y lo notaban todos los que estaban a su alrededor. El primero era el propio Claudiano, que había intuido la decadencia de la familia del regente y el papel que desempeñaba la nobilísima.

Sin embargo, con la autorización firmada por el emperador y el nombramiento de Alarico como *magister militum* de Occidente, iba a entrar en Oriente a recuperar los territorios que les habían sido arrebatados en el testamento de Teodosio. Una vez que hubiera recuperado esos territorios y derrocado al usurpador Constantino, todo volvería a ser como antes, se decía Estilicón. Sin embargo, en privado dudaba de restablecer su prestigio mientras al mando del imperio estuviera, aunque fuera en la sombra, Gala Placidia.

Había preparado a conciencia la invasión de Iliria. Considerando que no tendrían ninguna oposición del ejército de Oriente y que su presencia era testimonial para dar seguridad a Alarico sobre la firmeza de su nombramiento y la seriedad de las propuestas, había decidido que lo acompañara un pequeño contingente de tropas mientras el grueso del ejército permanecía en Italia para defender las fronteras y una posible invasión del usurpador Constantino III.

El regente ya había dado orden a sus tropas de que estuvieran preparadas para salir inmediatamente hacia Iliria, cuando un mensajero llegó a la puerta de la tienda imperial para entregar un correo del emperador. Recordó al instante las campañas de Tesalia y del Peloponeso. En ambos casos, el emperador le había enviado un documento que lo desautorizaba. El corazón le dio un vuelco cuando leyó el decreto: Honorio había destituido a Alarico. Eso ponía en cuestión su autoridad como regente del imperio. ¡Cuánto echó en falta a Claudiano en ese momento! A continuación, abrió la nota de puño y letra de Honorio en la que se le prohibía salir de Italia con las consecuencias que acarrearía su incumplimiento. Después leyó la

anulación del tratado y, por último, la nota de Serena. Su primera reacción fue desobedecer y rebelarse contra aquel débil emperador. Era general en jefe del ejército imperial, lo que, sumando las tropas de Alarico, lo ponían en disposición de apoderarse del imperio sin que nadie pudiera oponérsele.

El mensajero tenía orden de aguardar la respuesta. Lo que Estilicón acababa de leer suponía entrar en una situación de incertidumbre sobre el futuro, que era precisamente lo que él trataba de evitar. Pensó en Serena y en sus hijos. No hizo esperar mucho tiempo al mensajero. Redactó una nota de aceptación de las órdenes dadas por Honorio y otra para Serena comunicándole su decisión. Había podido su lealtad a su instinto militar. Pero también había pesado, y mucho, la seguridad de su familia. Dada la situación de deterioro en que se encontraba su autoridad como máximo mandatario de Occidente, no podía jugar con el futuro de las únicas personas a las que quería de verdad.

Después de despedir al mensajero, hizo copiar los documentos para enviárselos al rey godo, acompañados de una nota en la que le comunicaba que el plan quedaba anulado. Todo lo que habían acordado carecía ahora de sentido.

Las intrigas palaciegas ponían en cuestión el futuro del imperio, reconoció para sí Estilicón. Cómo añoraba el carácter y la determinación del emperador Teodosio. Él jamás se habría dejado manejar como su incapaz hijo Honorio.

Al regente tan solo le quedaba aceptar su fracaso y esperar acontecimientos.

Fue la propia Placidia la que aceleró la boda de Honorio con Termancia, la hija menor de Estilicón y Serena. Nadie mejor que la nobilísima sabía de la incapacidad de su hermano Honorio para engendrar descendencia. María había muerto virgen y la misma suerte esperaba a Termancia.

En el mes de enero del año 408, Estilicón tuvo que volver de Bolonia para asistir a la boda. El general vándalo nunca vio claro aquel enlace porque había pasado poco tiempo desde la muerte de

María, y, aunque no tenía ninguna prueba, siempre sospechó que no había sido natural. Cuando María enfermó, Placidia estaba en Roma y Gneo Fabio, un médico de su total confianza, le aseguró que había fallecido de una enfermedad. Estilicón no tenía por qué dudar de la veracidad de sus palabras, pero su intuición le dictaba otra cosa. Serena, sin embargo, alentó la boda entre su hija Termancia y Honorio, pensando que el futuro matrimonio de Euquerio con Gala Placidia era todavía posible.

Las palabras de Claudiano advirtiéndoles del peligro que para la familia suponía la hija de Teodosio no habían tenido la recepción que merecían. Esa fue la razón de su huida de la residencia de Rávena. Intuía que el futuro no se presentaba nada halagüeño para sus protectores ni para él. De nada le servía que el regente hubiera hecho que el Senado erigiera una estatua en el Foro de Trajano en honor al poeta alejandrino. Sabía que esa estatua, a no tardar demasiado, sería derribada y sus escritos entregados a las llamas.

Desde su refugio en el barrio de Suburra, en Roma, contemplaba ahora los acontecimientos con horror, disfrazado para no ser reconocido y viviendo pobremente en una habitación alquilada en una *insula*[15] insalubre. Había escrito el epitalamio para la boda de María en el que le auguraba una larga vida junto al emperador, y la belleza de sus versos no hacían honor a su miserable final. Estaba sentado junto a su estatua en el Foro de Trajano cuando hasta él llegó su nuevo amigo, el filósofo Marcio, quien le dio la noticia de la celebración de la boda de Termancia. Al poeta, que adoraba a la muchacha como a una hija, se le llenaron de lágrimas los ojos. Su llanto era por Termancia, pero también por el futuro del imperio.

—Déjame solo, Marcio. Te lo ruego.

Marcio, que desde hacía un tiempo era su compañero de habitación y como él vivía escondido en Suburra, no entendía la aflicción del poeta, pero lo dejó solo con sus pensamientos.

Claudiano se daba cuenta de que ya no era Estilicón quien tomaba las grandes decisiones. Lo hacía Olimpio, el fanático católico intrigante al que había tenido oportunidad de conocer en profundidad. Le faltaba sensibilidad para la poesía y las artes, pero le sobraba

maldad para ponerla al servicio de la definitiva destrucción de la religión pagana. Era un consejero mediocre junto al oído de un emperador débil e indeciso. La intuición decía a Claudiano que el futuro estaba en manos de Gala Placidia, la única persona fuerte de la familia imperial.

Mientras se dirigía a refugiarse en su lúgubre cuarto, pensó que la felicidad no tenía por qué estar en los lujosos salones de los palacios. Ahora él la había encontrado en las lecciones que impartía a los hijos de los tenderos y los artesanos de aquel barrio degradado, en el que era un desconocido al que sus vecinos aceptaban sin contrapartidas.

La comunicación de su destitución y la anulación de la toma de Grecia e Iliria por parte de Occidente dejaron muy sorprendido al rey balto. ¿Qué había sucedido para que el hombre más poderoso de Roma hubiese sido desautorizado? ¿Quizá Estilicón estaba perdiendo poder e influencia sobre el emperador? Era evidente que lo que Jovio y Atalo le anunciaban en sus cartas estaba produciéndose. ¿Había de verdad una conjura para acabar con el regente? Eso significaba para Alarico que podría acceder con más facilidad a la cúpula del poder militar, que era su sueño desde siempre.

El rey godo se había quedado contrariado, pero decidió no hacer nada que pudiera perjudicar su futuro en el Imperio de Occidente. Por lo pronto, se limitó a pedir que se le reembolsaran los gastos efectuados para poner en marcha la campaña acordada con el regente. Cuando esa petición, que ascendía a cuatro mil libras de oro, llegó a Estilicón, este la consideró adecuada y legítima, y así se lo hizo saber al emperador.

En el palacio imperial de Rávena, Olimpio manifestaba una indignación más que exagerada.

—Emperador, Alarico nos pide una indemnización —dijo Olimpio—. Te acusa de haber roto el tratado por el que lo nombraste *magister militum* y le ordenaste invadir Iliria y Grecia. Sostiene que son los gastos de preparar a su ejército para recuperar las provincias de Oriente.

—¿A cuánto asciende la suma que reclama? —preguntó el emperador.

—Afirma haber gastado cuatro mil libras de oro —respondió Olimpio.

—Eso parece razonable. Yo le había ordenado invadir Iliria y Grecia y después se lo he prohibido. Esa habría sido la decisión de mi padre, el divino Teodosio.

—Honorio, nuestro padre nunca habría autorizado entregar esa enorme suma a un enemigo —dijo Placidia—. Con esa fortuna puede incrementar sus tropas, e invadirnos le será más sencillo. Además, las arcas imperiales no disponen de tanto dinero. Ha sido Estilicón el que, sin tu autorización, le ha prometido esa compensación. No podemos permitirlo.

Como siempre, Honorio se sometió a la voluntad de su hermana, a pesar de que no estaba de acuerdo con ella. Con su artera maniobra, Placidia y Olimpio trataban de anunciar a los cuatro vientos que, por culpa de Estilicón, ahora Roma era deudora del rey godo por una cantidad tan elevada que excedía al tesoro imperial, ya agotado por los numerosos y sucesivos gastos militares. Esa nueva campaña era otra cuchillada por la espalda para el regente en un momento en que el odio antibárbaro no hacía más que crecer en todo el territorio, especialmente entre las personas más influyentes como los patricios.

Honorio, para evitar ser acusado de provocar al caudillo godo, trasladó al Senado la decisión de pagar al balto las cantidades demandadas en concepto de gastos, unos gastos que nadie había comprobado y de los que solo se sabía que los defendía el regente, que ya había perdido casi todo el crédito conseguido después de la victoria sobre Radagaiso. Coincidiendo con ese debate, al Senado llegó un mensaje del rey godo que se consideró una amenaza. En él se leía que, dado que el imperio le había pedido armar a sus hombres después de un tratado militar, ahora el imperio estaba obligado a devolverle esos gastos; de no hacerlo, el ejército godo entraría en Italia a cobrárselos. El traspaso del problema al Senado convenció a todos de que existía una alianza secreta entre Estilicón y Alarico.

Fue Estilicón el que tuvo que defender ante los senadores el derecho

de Alarico a que se le reembolsara aquella suma. Y una exigua mayoría aprobó pagar al rey godo. Pero ese pírrico triunfo se produjo entre una ruidosa protesta de los senadores, incluidos aquellos que, por miedo a las amenazas del balto, habían aprobado el pago. La inquina contra el poderoso regente había pasado de los rumores y las insidias propagadas a una animadversión que, teniendo al Senado como altavoz, se extendió con rapidez por todo el imperio. Estilicón y su familia acababan de ser incluidos dentro del lema «¡Muerte a los bárbaros!». Los más exaltados ya pedían directamente la cabeza de Estilicón y los salvajes que lo apoyaran.

La campaña antibárbara era tan potente y había tantas personas implicadas, ya fueran de las facciones católica o pagana, que por fuerza tenía que calar en el ejército. Entre los legionarios latinos y las unidades auxiliares bárbaras las relaciones siempre habían sido difíciles. Por eso, salvo en situaciones excepcionales, los bárbaros raramente formaban parte de las legiones y se limitaban a integrar los batallones auxiliares al mando de un caudillo también bárbaro. Sin embargo, ahora la situación era diferente porque el lema «¡Muerte a los bárbaros!» se había extendido de forma imparable y las amenazas bárbaras que agobiaban al imperio en todas las fronteras adquirían fuerza día tras día. Las facciones religiosas también estaban representadas en los campamentos de las legiones, y hasta allí llevaban el mensaje de Placidia y Olimpio.

Finalizaba el mes de julio del año 408 y el calor era sofocante incluso cuando oscurecía. Por deseo de Placidia y Olimpio, Honorio saldría a visitar a las tropas por primera vez. La noche anterior, Placidia se encontraba descansando en sus aposentos a la espera, como en tantas otras ocasiones, de la visita de su hermanastro.

—¿Te sientes solo, hermano? ¿Quieres contarme algo?

—Sí. Me siento muy solo. Termancia es igual que María. No sabe cómo tiene que tratarme. Tú sí sabes cómo hacerlo.

Honorio se desnudó y se metió en la cama al lado de su hermana.

—A Termancia le sale la bárbara que lleva dentro. No basta una

generación para adquirir el refinamiento que se necesita para tratar a un emperador.

Placidia calló por un momento y, completamente desnuda, abrazó a su hermanastro y comenzó a acariciarle el pecho mientras con la lentitud que tanto agradaba a Honorio le besaba los hombros y luego le acariciaba las orejas.

—Tú siempre me haces sentir muy bien.

—Claro que sí —dijo Placidia. Detuvo sus caricias y miró a los ojos a su hermano—: Mañana sales de Rávena para pasar revista a las tropas.

—Sí. Pero ¿por qué te paras?

—Porque quiero que me prometas una cosa.

—Te daré lo que desees, pero pídemelo después.

—No. Hablémoslo ahora —dijo Placidia.

—Está bien —consintió Honorio.

—Quiero que cuando arengues a las legiones les digas que su próximo destino es combatir contra el usurpador Constantino para liberar la Galia e Hispania y poder expulsar a los bárbaros.

—De acuerdo, les diré lo que me pides. Ahora continúa.

—No, hermano. Hay algo más. —Al oír aquello, Honorio puso un gesto de disgusto—. Debes decirles, además, que esperarán a que lleguen las tropas godas y que será el rey Alarico el que dirigirá el ejército conjunto. ¿No es eso lo que te ha pedido el regente?

—Sí, así es. Pero es lo contrario de lo que habíamos ordenado. ¿Cuándo lo hemos decidido?

—Ahora mismo lo estamos decidiendo.

—Pero si hemos roto el tratado con Alarico… Tú misma me lo pediste.

—Lo sé. Aun así, quiero que comuniques a los legionarios que su próximo general en jefe será Alarico. Tú eres el emperador y tendrán que creerte.

—Eso es contradictorio… No paras de repetir que Alarico es nuestro peor enemigo.

—Prométeme que harás lo que te pido… o no volveré a permitirte dormir conmigo. Olimpio te escribirá el discurso para arengar a las

legiones en los acantonamientos de Pavía. Tú limítate a leerlo —concluyó Placidia.

—Está bien. Te lo prometo —dijo Honorio—. Pero tú me vas a revelar ese secreto que te hace odiar a Serena y a toda la familia de los regentes.

Placidia le explicó todo lo que su nodriza, Helpidia, le había contado. Lo primero fue la conversación entre Gneo Fabio y Serena unas semanas después del nacimiento de la nobilísima. Según Helpidia, el médico le dijo a la regente que si la emperatriz Gala quedaba embarazada de nuevo seguramente moriría en el parto. Serena prohibió a Gneo Fabio que comentase ese extremo al emperador Teodosio o a la propia Gala. La nodriza, al parecer, estaba convencida de que, de haberlo sabido cualquiera de los dos, el segundo embarazo no se habría producido. Pero el emperador hispano estaba deseoso de tener un hijo varón con la emperatriz y Gala, que estaba muy enamorada de él, hizo todo lo posible por quedarse nuevamente encinta. Como había previsto el médico, Gala murió con su hijo en el sexto mes de gestación. Cuando fue creciendo, Placidia quiso saber por qué Serena había hecho algo tan despiadado. Fue a los diez años cuando Helpidia le explicó que antes de casarse con Gala, Serena era la amante de Teodosio y deseaba llegar a ser la emperatriz, pero se lo impedía la primera esposa del emperador, Elia Flacila. En esa ocasión, Serena envenenó las comidas de Flacila hasta provocarle la muerte mientras Teodosio se encontraba de visita militar en Tesalónica.

—Es muy grave lo que afirmas. Acusas a Serena de haber matado a mi madre —dijo Honorio tras la confesión de su hermana.

—Helpidia te lo puede confirmar —afirmó Placidia—. Serena es una asesina a la que domina una ambición infinita. Al casarse con Estilicón, nuestro padre, el divino Teodosio, le resultaba un estorbo para conseguir la posición de primera dama del imperio. Cuando regresó victorioso de la batalla del río Frígido, Serena ordenó a su sirvienta Nila que lo matase poniéndole veneno en la comida. A Helpidia se lo contó la propia Nila. Después de envenenar al emperador, su conciencia no la dejaba dormir y acabó por volverse

loca. Serena, que temía que su secreto pudiera desvelarse, ordenó a un soldado de su guardia personal que la asesinase e hiciera parecer que había sido un suicidio. Helpidia no había contado nada de lo que sabía por temor a que Serena intentase acabar con su vida. A mí me lo explicó, aunque con la promesa de que no se lo diría a nadie. Por eso no te lo he revelado hasta ahora.

—Jamás habría pensado eso de Serena.

—Ahora ya lo sabes y debes actuar en consecuencia —dijo Placidia —, pero no pienses en este momento en lo que pasó hace años.

Helpidia, una mujer que compartía todos los secretos de la nobilísima, estaba escuchando en la habitación contigua. Sin que Honorio lo supiera, ella asistía siempre a las sesiones eróticas de los hermanastros.

Como si nunca hubieran tenido esa conversación, Placidia siguió acariciando a Honorio, que se sentía transportado como tantas otras noches a un mundo en el que era verdaderamente feliz. Y, como otras veces, las hábiles caricias de su hermana hacían que su miembro intentase manifestarse sin conseguirlo del todo, hasta que empezaba a jadear y, sin necesidad de ningún otro contacto, eyaculaba. Entonces Placidia se dejaba besar en la boca antes de dormirse. La nobilísima había encontrado una fórmula infalible para detentar el poder real en el Imperio de Occidente. Honorio, aunque era consciente de la trampa en la que su querida hermana estaba metiéndolo, la dejaba hacer a cambio de aquellas veladas tan excitantes para él. Para Placidia era cuestión de esperar los resultados.

43
El plan contra Estilicón

Durante meses, mediante visitas secretas a los comandantes de las legiones, Olimpio había ido convenciéndolos de que Estilicón, su admirado general, prefería a los auxiliares bárbaros antes que a los propios legionarios. La prueba más evidente era que en su guardia personal no había ni un solo soldado latino. Eran todos jinetes hunos. Los legionarios, como infantería, eran la fuerza de choque. Sin embargo, eran los jinetes bárbaros los que tenían mayor protagonismo cuando apoyaban por los flancos. El veneno había sido esparcido en la mente de los legionarios a espaldas de Estilicón y el propio Honorio, que era incapaz de tener una visión de conjunto más allá de lo que Placidia y Olimpio le indicaban. Se difundió, pues, hasta el último rincón del ejército imperial la preferencia del regente por los auxiliares y los jinetes bárbaros, a los que pagaba un sueldo muy superior. Se incrementaba y se redoblaba con malicia que el regente y el rey godo eran aliados y que su objetivo era derrocar al emperador y apoderarse del imperio. A fin de cuentas, eran bárbaros y su sangre los llevaba a defender a los suyos.

Días después, el emperador y el regente se encontraban en la tienda imperial instalada en el *castrum* de Bolonia, donde estaban acampados los auxiliares y los jinetes bárbaros. El trato familiar, que se había roto en las últimas reuniones de los dos mandatarios, se reanudó en esa ocasión. Estilicón había dejado de ser el padre por el que Honorio lo había tenido desde niño, y la tirantez en las relaciones se evidenciaba en cada uno de los encuentros oficiales. A Honorio se lo veía tenso y desconfiado, más por temor a equivocarse en la transmisión de las

órdenes que Placidia le había dictado que por la presencia del regente, quien siempre le había parecido un ser superior al que había que obedecer porque era el que conocía el secreto de cómo debía gobernarse el imperio. Aunque ejercer de verdad de emperador empezaba a resultarle atractivo.

—Emperador… —El regente era cada vez más considerado y cuidadoso al dirigirse a Honorio—. ¿Has pensado en lo que te propuse?

—¿A qué propuesta te refieres? —Honorio no parecía recordar lo que habían hablado en la última reunión.

—Se trata de derrocar al usurpador Constantino. Y debemos hacerlo inmediatamente porque su ejército está creciendo con la incorporación de muchos de los bárbaros que han pasado la frontera de la Galia. —Estilicón hizo una pausa para que Honorio pudiese comprender la urgencia de la medida propuesta—. Pronto estarán en disposición de atacar Italia.

—¿Y cómo lo haremos? —El hijo de Teodosio parecía vivir en otro mundo.

El regente puso una expresión de desesperación y la impaciencia lo invadió hasta lo más profundo de su espíritu.

—Se trata de incorporar a las tropas de Alarico para atacar cuanto antes a Constantino.

Honorio recordó entonces lo que había prometido a Placidia.

—Muy bien. Te autorizo a que hagas entrar en Italia a Alarico.

Estilicón tenía preparado el decreto por el que Alarico, sin la condición de *magister militum*, se ponía al frente de un ejército conjunto para enfrentarse a las tropas del usurpador Constantino. Y Honorio lo firmó sin poner reparo alguno.

A la mañana siguiente, el emperador partiría hacia Pavía, donde se encontraban acantonadas las legiones, mientras que Estilicón permanecería en Bolonia con las tropas auxiliares y la caballería bárbara.

Olimpio, de acuerdo con Placidia, había llegado unos días antes que el emperador al acantonamiento de los legionarios en Pavía. Con la excusa de visitar a los enfermos de cada una de las unidades, se hacía

acompañar del oficial o del tribuno al mando, al que explicaba una visión muy negativa del futuro del imperio. Después de relatar que el mayor peligro para Roma eran las tropas de Alarico y reiterar las preferencias de Estilicón por los auxiliares y los jinetes bárbaros y, sobre todo, la sociedad secreta de este último y el rey godo, terminaba diciéndoles:

—El regente ha convencido con malas artes al emperador para que autorice a entrar en Italia a los godos y formar un ejército conjunto con las tropas imperiales. Y me preocupa que también haya accedido para que Alarico ostente el mando supremo. Será el final del imperio, si los legionarios no consiguen impedirlo.

Todos los oficiales y los tribunos con los que Olimpio iba hablando le mostraban su indignación. Según Olimpio, se estaba llegando demasiado lejos. No solo no se expulsaba a los bárbaros, se les daba el mando de las legiones.

Durante los dos días que tardó el emperador en llegar a Pavía, Olimpio había soliviantado a las legiones y sus mandos apelando a su patriotismo para impedir que el semibárbaro de Estilicón se apoderara del imperio. Incluso antes de la llegada del emperador estaban en disposición de sublevarse.

Honorio llegó al atardecer y se reunió con Olimpio.

—Emperador, las tropas estarán preparadas mañana a la hora cuarta para pasar revista. Esperan tu arenga.

—¿Qué debo decirles? Supongo que me has escrito el discurso.

—Por supuesto. Aquí lo tienes.

Olimpio le entregó una vitela escrita en letra grande y legible. Honorio había aprendido a leer con sobriedad los discursos que debía hacer en las fechas señaladas y hasta era capaz de resultar convincente en la entonación de su contenido. Era una de las pocas facetas en las que, a la vista de los demás, parecía ser un auténtico emperador.

—¿No quieres leerlo, emperador?

—Estoy muy cansado. Mañana lo leeré antes de arengar a las legiones.

A la hora prevista, las legiones estaban preparadas en un impresionante despliegue. En la amplia explanada, todas las unidades

estaban en formación, con los comandantes al frente para que pudiesen oír mejor las palabras del emperador. Este, con Olimpio a su derecha, llegó vestido con el manto púrpura y escoltado por los generales. Subió a la alta tarima, decorada con estandartes y banderas de las diferentes legiones, presidida por el lábaro y, en medio de un silencio que podía cortarse y con la expectación que había levantado el trabajo de zapa de Olimpio, comenzó su discurso:

> Mis leales legiones, es un privilegio dirigirme por primera vez como emperador de Roma al glorioso ejército del imperio, un ejército que hace menos de tres años luchó con bravura contra el invasor Radagaiso y lo venció, un ejército que tantas veces ha sido la gloria del imperio y la garantía de la supremacía de Roma. Sin embargo, debo deciros que una nueva amenaza se cierne sobre nuestro futuro. Como sabéis, un tirano usurpador llamado Constantino ha ocupado ilegalmente la Galia e Hispania. Y su siguiente objetivo es ocupar Italia para derrocar a vuestro legítimo emperador, el hijo del divino Teodosio. Hemos de adelantarnos e impedirlo. Para tener garantías de vencer, como hizo mi augusto padre con el usurpador Eugenio, contamos, como también hizo él, con la ayuda del rey godo Alarico, que vendrá con su ejército a reunirse, primero con el general Estilicón y los auxiliares en Bolonia, y después aquí mismo con las gloriosas legiones…

Cuando Honorio pronunció los nombres de Alarico y Estilicón, se oyó un murmullo de desaprobación que el propio emperador no llegó a comprender, de modo que continuó:

> Estoy seguro de que este gran ejército vencerá al usurpador y recuperará el territorio invadido. Pero, sobre todo, la victoria permitirá recuperar el orgullo de Roma. ¡Y toda la gloria será para las legiones! Por último, debo comunicaros que el mando conjunto lo ejercerá el rey Alarico, quien ha puesto todas sus tropas al servicio del imperio. Roma estará orgullosa de vosotros. ¡Legionarios de Roma! ¡Gloria y honor!

El colofón del discurso fue un mazazo para aquellos hombres que, si ya se creían menospreciados por el regente, ahora se sentían humillados por las palabras del emperador, que atribuían a la mala influencia que Estilicón ejercía sobre él. Quien iba a ejercer el mando supremo sería el odiado Alarico, el general bárbaro al que se habían

enfrentado en la batalla de Pollentia que acabó con su expulsión de Occidente.

Después de aquellas palabras de Honorio que habían soliviantado al ejército imperial y también a sus generales, oficiales y tribunos, Olimpio, temeroso de las consecuencias que para ellos pudiera tener una rebelión de las legiones que ya habían previsto tanto él como la nobilísima, se reunió con el emperador porque sabía que, si se quedaban a dormir, su vida correría un serio peligro.

—Emperador, creo que deberíamos partir inmediatamente de vuelta a la corte.

—¿Por qué tan pronto? —se extrañó Honorio—. Me gustaría descansar esta noche. Prefiero salir mañana.

—No podemos esperar hasta mañana —dijo Olimpio—. Tengo la impresión de que si nos quedamos corremos peligro.

—¿Peligro? Soy el emperador y estamos en el *castrum* imperial protegido por las legiones. ¿De qué he de tener miedo?

—Apresúrate, emperador. Por el camino te lo explicaré.

Honorio obedeció a Olimpio y, acompañado de una escolta de la guardia imperial, salieron enseguida del campamento de las legiones en el carruaje imperial.

Los legionarios y sus mandos estaban enfurecidos. A medida que avanzaba la tarde su cólera se multiplicaba. Pero no solo por la humillación de tener que ponerse a las órdenes de un bárbaro. Hasta ahora, el jefe supremo era un semivándalo que los había llevado de victoria en victoria y al que los reiterados infundios y calumnias, salidos de las intrigas del partido católico, habían hecho perder todo su prestigio. Había, además, algo mucho más grave que los altos mandos valoraban muy negativamente: el imperio se enfrentaba a su enésima guerra civil; romanos contra romanos. Solo habían pasado doce años desde la batalla del río Frígido, y muchos de los veteranos habían participado en aquel enfrentamiento que acabó en una carnicería para el ejército de Occidente, pero también para gran parte del ejército de Oriente. Había sido muy difícil reconciliar a los hermanos que lucharon en bandos enfrentados. Los comandantes principales habían combatido en esa batalla y juraron que no habría

una nueva guerra civil porque eso sería el final del imperio, es decir, la destrucción del ejército y dejar a Roma en manos de los bárbaros.

Esa misma noche, los tribunos y los oficiales celebraron una asamblea de urgencia para tratar la situación. La decisión adoptada fue que no iban a obedecer las órdenes del emperador, al que consideraban manipulado por el regente. No permitirían que Alarico y Estilicón se apoderaran del imperio.

El motín estalló de madrugada. A la misma hora, todas las legiones se sublevaron creando una mezcla de desorden y confusión. Todo estaba produciéndose como Olimpio y Placidia habían previsto. Una parte importante de los legionarios se dirigió a la tienda imperial para secuestrar y deponer al emperador por haber tomado tamañas decisiones.

—¡Maldita sea! —gruñó un oficial—. Han huido.

Los legionarios se encaminaron entonces hasta el lugar donde acampaban parte de los jinetes bárbaros que no estaban en Bolonia y los degollaron sin piedad. El caos era inmanejable, y cualquier bárbaro al que encontraban, ya fuese soldado, civil o esclavo, era ejecutado. Igual suerte corrieron mujeres y niños. Se dirigieron acto seguido a la cercana Pavía y, sin diferenciar entre bárbaros o romanos, la ciudad fue quemada y reducida a escombros.

Un mensajero, al que Olimpio había comisionado para que le informase de la rebelión que preveía y que había salido a toda prisa después de que la asamblea tomara la decisión de amotinarse, llegó exhausto hasta el carruaje para relatarle lo sucedido.

Después de recibir la noticia, Olimpio ordenó al cochero incrementar la velocidad del carruaje para asegurarse de que nadie los alcanzaría. La aceleración pilló por sorpresa a Honorio, que dormitaba echado sobre el asiento y cayó torpemente al suelo del vehículo. Ni se imaginaba lo que ocurría, de modo que preguntó a Olimpio.

—Las legiones se han sublevado contra ti, emperador —le contestó —. Tenemos que huir a toda prisa.

—¿Por qué nos siguen? Únicamente les he leído el discurso que me habías escrito… —Honorio, con cara de estupefacción, no sabía cómo continuar. Al final dijo—: ¿Qué quieren?

—La cabeza de Estilicón —respondió Olimpio sin inmutarse—. Solo así volverá la calma. Firma la orden y la paz retornará.

—Pues ordeno que se la entreguen —acató el emperador, que no podía prever las consecuencias de lo que acababa de decir.

Olimpio le mostró de inmediato una vitela enrollada con la orden de ejecución del regente a la que solo le faltaba la fecha y la firma de Honorio. Este puso su firma con la conciencia de que estaba haciendo lo que mejor convenía al imperio. Si para el emperador cualquier decisión era complicada, en ese momento ignoraba qué debería hacer ahora que su firma podía alterar totalmente el curso de los acontecimientos. Pensando que ya lo consultaría con Placidia, se acomodó en el asiento del carruaje y se durmió de nuevo. De inmediato, el mensajero salió de regreso a Pavía para informar a las legiones de la condena a muerte del regente.

Las noticias de los asesinatos indiscriminados de bárbaros y el incendio de la ciudad de Pavía llegaron pronto hasta el campamento de los auxiliares en Bolonia junto con la orden de ejecución de Estilicón. Los mandos y los caudillos celebraron un consejo para decidir cómo proceder.

—No podemos quedarnos sin hacer nada mientras matan a nuestros hermanos y a nuestras familias —planteó un oficial.

—Hemos de marchar sobre Pavía y acabar con las legiones —opinó otro.

—Tenéis razón, pero quien debe dar las órdenes es el general Estilicón.

El regente, que ya era conocedor de los hechos de Pavía, no iba a tomar ninguna decisión hasta hablar con el emperador.

Al atardecer, un mensajero le llevó la noticia de que Honorio había firmado la orden de que fuese ejecutado. No creyó, o no quiso creer, que el hijo de Teodosio hubiera ordenado algo semejante. No lo creería hasta que lo oyese de la boca del propio emperador. Y en caso de que fuera cierto, seguro que Honorio revocaba esa orden después de que Estilicón hablara con él. Recordaba ahora las palabras de

Claudiano cuando le advirtió de que había una conspiración contra él en el entorno del emperador y que Gala Placidia era quien la dirigía.

A la puerta de su tienda se agolpaban los mandos y los caudillos, que aguardaban que el regente les ordenase ir a Pavía a enfrentarse con las legiones. En medio del ruido que formaban debido a la indignación, Estilicón salió y el alboroto se transformó en un silencio absoluto.

—General, esperamos tus órdenes para marchar sobre Pavía. Las tropas están listas a la espera de que te pongas al frente —le anunció el general Genéride.

El regente dudaba.

—No es el momento de iniciar ninguna acción bélica —dijo el general Sarus, que se había mantenido callado hasta entonces—. Se hace de noche, y los soldados deberían descansar.

—Tienes razón, Sarus —afirmó Estilicón—. Id a descansar. Mañana os comunicaré mis órdenes.

El general Genéride y otros altos mandos leales a Estilicón se retiraron. Estaban preocupados porque la reacción inmediata que esperaban del regente no se había producido y, sobre todo, por las parcas palabras de Sarus. En contra de lo que era habitual cuando se trataba de una actuación bélica, Sarus no había instigado a su jefe a una acción urgente contra las legiones; más aún, había frenado el impulso que movía a los mandos de las tropas auxiliares. Pero ese extraño comportamiento tenía una explicación: para evitar que algo pudiera fallar antes de la ejecución de Estilicón, Olimpio había previsto un plan alternativo.

El día anterior al motín de las legiones, se había reunido en secreto con el gigantesco general godo.

—¿Sabe Estilicón que me has convocado? —dijo Sarus con gesto serio sin siquiera saludar.

—No. Y no debería saberlo —contestó Olimpio.

—¿Qué deseas proponerme que no puede saber el regente?

—Quiero que tú lo ejecutes.

—¿Ejecutar al regente? ¡Impensable! —replicó Sarus.

—Si me permites terminar oirás lo que me disponía a proponerte —

le espetó Olimpio—. Todo lo que hablemos debe ser un secreto. Mañana el emperador arengará a las legiones y les anunciará que las tropas de Alarico vendrán hasta Pavía para incorporarse en su totalidad al ejército imperial.

—Eso es imposible —dijo asombrado Sarus—. El emperador ha roto el pacto con Alarico y lo ha despojado del título de *magister militum*.

—Es cierto. Sin embargo, aunque te resulte incomprensible, el emperador va a decir eso. Y además añadirá que el propio Alarico recibirá el nombramiento de general en jefe de ese nuevo ejército.

—Las legiones se sublevarán. —Sarus se inquietó—. Incluso temo que masacren a las tropas auxiliares que están acampadas en Pavía y a todos los familiares de los godos que viven en la ciudad. Hasta podrían atentar contra la vida del emperador.

—Exactamente. Eso es lo que se pretende.

—Todo esto es un sinsentido —dijo Sarus.

—Aquí es donde entras tú. Cuando llegue la noticia de la sublevación de las legiones, intervendrás para que Estilicón espere hasta el día siguiente —explicó Olimpio—. En cuanto se retire a su tienda lo atacarás y lo matarás.

—Puedo tener acceso a su tienda y ejecutarlo allí mismo, pero su guardia huna me despedazaría al instante.

—No te diré la forma de hacerlo. De eso sabes tú mucho más que yo.

—¿Y qué ganaría yo con eso? —preguntó Sarus—. Soy un general de la confianza de Estilicón desde hace años.

—Ganarías la confianza de Rávena y una sustanciosa suma de dinero.

—¿De qué cantidad estás hablando?

—Si consigues el objetivo de inmediato, la generosidad el emperador podría llegar hasta los cinco mil sólidos.

—Lo que me pides no vale menos de diez mil. Tengo que pagar a los auxiliares que me acompañen.

—Lo importante es que consigas el objetivo. Serán diez mil o nada.

A Estilicón le resultaba imposible conciliar el sueño después de conocer los sucesos de Pavía. Por su mente pasaban imágenes atroces. Veía a su mujer, a sus hijos, a sus amigos ejecutados por los legionarios sublevados. A pesar de todo, estaba seguro de que nada se conseguiría con una batalla entre auxiliares y legionarios, más allá de satisfacer los sentimientos de venganza. Él era el regente y a él le debían obediencia tanto las legiones como los auxiliares bárbaros. Necesitaba pensar cómo afrontar aquel conflicto que escapaba incluso a su imaginación. Alarico se encontraba preparado para intervenir a la espera de recibir las órdenes de entrar en Italia. El regente estaba seguro de que si le dejaban la oportunidad de arengar a las legiones todo se calmaría. Pero había miles de muertos, y frenar los instintos vengativos de los auxiliares era ya una tarea imposible. Además, el emperador había ordenado su ejecución. Para empezar, tendría que hablar con él y reconducir la situación. Olimpio era un intrigante, pero podría ser eliminado con facilidad. Aun así, el problema se presentaba insoluble porque —y ahora Estilicón era consciente por completo— detrás de esa conspiración contra él estaba la nobilísima, Gala Placidia.

Mientras estaba sumido en sus pensamientos y sin saber qué determinación tomar, puesto que todas eran perjudiciales para el imperio o para su familia y sus allegados, se oyó un estruendo en el exterior de la tienda. Su guardia personal, formada en exclusiva por jinetes hunos seleccionados por él mismo, lo protegían y no temía ningún peligro. Levantó ligeramente la cortina. Era noche cerrada y no se apreciaba bien qué ocurría fuera. No obstante, en la penumbra pudo distinguir la inconfundible figura del general Sarus, que, a caballo y con una multitud de soldados auxiliares, se enfrentaba a su guardia huna. «Sarus se ha sublevado», se sorprendió el regente. ¿Qué podría haber pasado para que su leal general tomara las armas contra él? Cayó en la cuenta de que no lo tenía todo bajo control. Supuso que Olimpio habría comprado a Sarus. En todo caso, este había subestimado a su guardia huna. Para conseguir su objetivo, el voluminoso general tendría que haber actuado en un ataque relámpago, pero la impericia de los hombres que había elegido habían

puesto sobre aviso a la guardia de Estilicón. No temió en ningún momento por su vida porque llegaron enseguida tropas de refuerzo y rodearon la tienda. La lucha era encarnizada, hasta que finalmente los atacantes decidieron huir, quedando varios muertos de ambos bandos sobre el suelo. La rebelión de Sarus y su intento de asesinarlo le pareció a Estilicón la muestra más evidente de que existía un complot contra él. Eso le hizo reafirmarse en su decisión de ir a ver al emperador para enmendar la situación.

Antes del amanecer, Estilicón se aseguró de que todo estaba preparado para salir hacia Rávena con el objetivo de entrevistarse con Honorio. Ordenó que nadie intentase actuar hasta su regreso.

—Es una trampa —le advirtieron sus hombres de más confianza—. Te estarán esperando para apresarte y ejecutarte.

—No osarán hacerlo. Soy el regente y la máxima autoridad del imperio —afirmó Estilicón.

—Iremos contigo. Levantaremos el campamento y todas las tropas auxiliares te acompañarán hasta Rávena.

—¡No! No quiero dar la impresión de que empieza una nueva guerra —dijo con autoridad—. Solo me acompañará mi guardia personal. El resto se quedará en Bolonia a la espera de mis órdenes.

A pesar de que las tropas auxiliares temían por la vida de su general, no se atrevieron a desobedecerlo.

Estilicón, su asistente Nemesio y su guardia personal llegaron a Rávena cuando había anochecido. Pero el regente no se dirigió a su residencia. Sabedor de la orden de ejecución que permitía matarlo allí donde fuese encontrado, se refugió en la catedral de la ciudad protegido por el obispo y envió a un mensajero para solicitar audiencia al emperador. La caballería huna que lo acompañaba tomó posiciones para proteger el templo de cualquier ataque que pudiera sufrir.

Cuando Estilicón llegó a Rávena, Serena se encontraba en su villa con su hijo Euquerio. Las noticias que iban llegándole la llevaban a sospechar que a su marido le esperaban malos momentos. Y trató de verlo. En cuanto le comunicaron que se encontraba en la basílica episcopal, fue a su encuentro. Serena, conocida por la mayoría de sus

conciudadanos, subió con aplomo los escalones que conducían a la pequeña explanada que había delante de la catedral. Fue el asistente de Estilicón, Nemesio, que vigilaba la puerta de acceso para que nadie pudiese entrar, el que la abordó para atenderla.

—Salud, Nemesio. Vengo a ver a mi marido —dijo Serena.

—Es imposible. La puerta debe permanecer cerrada. Tu esposo está refugiado con su guardia personal a la espera de que el emperador lo reciba.

—¿Qué sabes? —preguntó Serena, que empezaba a inquietarse.

—Malas noticias… Honorio ha dictado una orden de ejecución contra tu esposo. Pero tanto su guardia personal como yo estamos dispuestos a defenderlo con nuestras vidas.

—¿Una orden de ejecución? El emperador no puede hacer eso. ¡Esperaré! —dijo Serena con resolución.

—No sabemos cuándo va a salir. Y es posible que se produzca una lucha con aquellos que intenten sacarlo por la fuerza. Tienes que irte.

—El obispo me dejará entrar.

—No. El obispo no puede abrir hasta que el emperador reciba en audiencia a tu marido.

—¿Y si no quiere recibirlo?

—En tal caso, el regente decidirá, y nosotros nos pondremos a sus órdenes.

—¿Qué debo hacer, pues? —Serena parecía resignada.

—¿Deseas mi consejo? —le preguntó Nemesio, y ella aceptó con un gesto de la cabeza—. ¡Huye de Rávena! Pero hazlo de inmediato. El emperador no va a cambiar de opinión y tú eres la esposa del regente.

—Entonces, quiero estar a su lado.

—¡No! —dijo con rotundidad Nemesio—. Si las cosas no van como esperamos, morirás. Y también morirá tu hijo. Debéis ir a Roma sin demora. Allí estaréis más seguros. Cuando el regente pueda, se reunirá contigo.

—¿Cómo saldré de Rávena?

—Utiliza el carruaje de tu servicio. Te pondré una escolta. Pero debemos hacerlo rápidamente y con discreción.

Serena entregó a Nemesio una vitela con una nota de su puño y

letra para que se la entregara a Estilicón.

—Diré al general que has venido a verlo y le daré tu nota.

—Sí, por favor —le rogó Serena antes de despedirse.

Todo se hizo con la rapidez y la discreción necesarias. En una hora, el carruaje estaba preparado y la regente y su hijo Euquerio salían de Rávena con destino a Roma protegidos por diez jinetes hunos.

Olimpio tenía en sus manos la petición de audiencia del regente. Cuando entró en los aposentos privados del emperador, encontró a Gala Placidia sentada al lado de su hermano. Olimpio leyó en voz alta la nota de Estilicón.

—No podemos permitir esa audiencia —dijo Placidia con contundencia.

—Tenemos que actuar con tacto —añadió Olimpio—. Hay cientos de bárbaros apostados en los alrededores de la catedral.

—Que los ejecuten a todos —exigió Placidia—. Y después que entren y acaben con el regente.

—¿En el interior de un templo católico? —preguntó Olimpio—. Estilicón se ha acogido a sagrado.

—Las órdenes del emperador están por encima de cualquier asilo —replicó enfurecida la nobilísima.

—Sería mejor buscar un plan alternativo.

Honorio parecía no estar atento a lo que Placidia y el consejero discutían. Sin embargo, no era así, porque dijo consternado:

—No quiero ejecutar a Estilicón. Olimpio me ha obligado a firmar la sentencia cuando todo indicaba que las legiones pretendían matarme.

Placidia perdió los nervios al ver que su hermano osaba desaprobar una decisión suya.

—¡Pero es el hombre que se propone quitarte el poder!

—Yo no he visto ese peligro en ningún momento —se atrevió a decir Honorio—. El regente siempre me ha protegido.

—Tendré que repetirte las razones que ya te expliqué hace unos días —le advirtió Placidia con aire autoritario.

—Se trataba de Serena, no de Estilicón.

—¿Y crees que Serena haría algo sin que su marido lo supiera?

Honorio iba a responder a su hermana, pero Placidia se desentendió de él porque pensaba que había encontrado la fórmula infalible para acabar con la vida del regente. Esa actitud de Placidia no le gustó nada a Honorio, que se daba cuenta de que los consejos de la nobilísima podían ir en contra de sus propios intereses.

—Comunicaremos al regente que el emperador lo recibirá mañana —dijo Placidia con una sonrisa perversa.

—Soy yo el que tiene que recibirlo. —Honorio parecía tomar parte activa en la elaboración del plan—. Dejadme al menos que sea quien lo decida.

—No tendrás que recibirlo porque nunca llegará al palacio —dijo Placidia.

La nobilísima se quedó preocupada por la actitud de Honorio. Tendría que duplicar sus esfuerzos para que no le discutiese las órdenes.

Ella y Olimpio lo presionaron para que escribiese de su puño y letra la nota en que aceptaba la solicitud de audiencia del regente. Y lo hicieron así porque sabían que Estilicón estaba familiarizado con la letra del emperador. El encargado de llevar a cabo el plan de Placidia de ejecutar al regente en la puerta de la basílica sería Heracliano, un oficial de su confianza asociado a la guardia personal de Gala Placidia al que prometieron como pago el gobierno de la provincia de África.

Llamaron a Heracliano a comparecer en las dependencias del emperador, donde Placidia le explicó el plan que había urdido. El oficial miró a Honorio, quien con un gesto le confirmó que era eso lo que se esperaba de él y después le comunicó verbalmente la recompensa que recibiría si tenía éxito. Heracliano sabía que se trataba de una misión arriesgada y que podía costarle la vida, porque Estilicón estaba muy bien protegido y la lucha sería encarnizada. Pero la recompensa era tan jugosa que no dudó en arriesgarse. No era fácil pasar de ser un simple oficial de la guardia imperial a ser el gobernador todopoderoso de la provincia de África.

Cuando concretaron hasta el último detalle, Placidia fue al dormitorio de su hermanastro. No quería dejarlo esa noche con la

sensación de fracaso que le había quedado después de tener que ordenar contra su propia opinión la ejecución del regente. Esa vez Placidia no se atrevió de entrada a utilizar los juegos eróticos que tanto agradaban al emperador. No obstante, se desnudó y se metió en la cama. Honorio estaba solo, pues Termancia, la emperatriz, dormía en una habitación en otra ala del palacio imperial.

—No entiendo por qué te opones a un plan que llevo organizando desde hace mucho tiempo —dijo Placidia.

—Porque creo que el regente es leal —respondió Honorio con tanta resolución que no parecía la débil persona que Placidia manejaba a su antojo—. Siempre se ha preocupado de proteger el imperio y al emperador. Él venció a Alarico en Pollentia y lo expulsó de Italia, derrotó al ejército de Radagaiso, hizo restaurar las murallas de todas las ciudades, mandó fortificar Rávena para que fuese la sede de la corte imperial… El ejército lo seguiría hasta el fin del mundo si no hubierais urdido esa trampa tan alevosa contra él. En ningún momento he visto la más mínima muestra de traición en Estilicón.

—Ya te expliqué que él y Serena ordenaron envenenar a nuestro padre y dejaron morir a mi madre —dijo Placidia—. Tú eres el primer engañado por los regentes. Su único objetivo es quedarse definitivamente como dueños del imperio.

—Y no te das cuenta de que, siendo el jefe máximo del ejército, solo tiene que dar una orden para que toda la familia imperial desaparezca —le espetó Honorio con una seguridad que ella jamás le había visto.

Placidia se quedó mirando a su hermano con sorpresa. No era tan idiota como había creído. Seguramente tenía el mismo defecto de indolencia que su hermano Arcadio, pero ahora parecía saber lo que estaba diciendo.

—*Alea iacta est* —pronunció Placidia mientras se atrevía a acariciar a Honorio.

Este no la rechazó. No obstante, le advirtió:

—Recuerda que esa frase la dijo Julio César antes de iniciar una cruenta guerra civil.

—No te preocupes, hermano, porque esta vez no se desatará ninguna guerra.

—¿Y quién dirigirá los ejércitos? ¿Quién se enfrentará a los bárbaros que asedian las fronteras? —dijo Honorio con preocupación.

—Sabremos estar a la altura —respondió Placidia—. Alarico no podrá vencer a Roma.

Aún asombrada por las réplicas de su hermano, Placidia continuó acariciándolo, y enseguida le pareció que Honorio adoptaba de nuevo la docilidad que la nobilísima había querido atribuirle desde siempre. Esa noche fue especialmente feliz para Honorio, que consiguió olvidarse de Estilicón durante todo el tiempo que Placidia entendió que debía dedicarle. Después durmieron abrazados y con placidez hasta el momento de llevar a cabo el plan para ejecutar a Estilicón.

A la salida del sol, Heracliano, acompañado de un grupo de soldados leales, entregó al obispo la nota en la que el emperador condecía audiencia al regente.

Estilicón reconoció la letra de Honorio y aceptó salir de la catedral siempre y cuando lo acompañase su guardia personal hasta el palacio imperial. Cuando el general vándalo traspasó el umbral de la basílica, un grupo de los soldados de Heracliano se posicionó delante de la puerta para impedir que el regente volviese a entrar. Inmediatamente, otro grupo rodeó a Estilicón. Los jinetes hunos sacaron sus espadas para protegerlo y estaban a punto de iniciar el enfrentamiento cuando Heracliano mostró la orden de ejecución. Estilicón levantó la mano derecha ordenando parar a sus hombres mientras el oficial de Honorio la leía. El regente debía ser ejecutado en el lugar donde fuese apresado por delito de lesa majestad y traición al Estado. Tras la lectura se produjo un tumulto en el que los jinetes hunos y otros partidarios de Estilicón se dispusieron a defenderle. Con la energía y la autoridad que lo caracterizaban, gritó a sus partidarios:

—¡Guardad las armas! No voy a oponerme a la decisión del emperador.

—Te van a matar —dijo Nemesio—. Si hemos de morir, que sea en defensa de nuestro general.

—¡¡¡Guardad las armas, os digo!!! —La orden de Estilicón fue tan tajante que dejó paralizados a Nemesio y a toda su guardia huna.

Sabía que nada podía hacerse ya. Había caído en la trampa urdida

por Placidia. No había tenido tiempo siquiera de leer la nota que Serena le había dejado y que estaba en la bolsa de Nemesio. Además, no quería propiciar con su oposición una matanza en la corte. No permitiría que sus fieles hunos fueran masacrados con él. Y, sobre todo, sabía que el imperio y su familia estaban condenados; no merecía la pena seguir luchando. Lo mejor era una muerte inmediata. La intriga había vencido a la honradez. Sin que nadie lo esperase, porque todos pensaban que al menos se defendería, entregó su espada, se arrodilló y ofreció su cuello a Heracliano, quien se lo segó de un espadazo.

En la explanada, delante de la catedral, quedó yerto el cuerpo de Estilicón con los brazos extendidos. A poca distancia estaba su cabeza, con los ojos abiertos mirando hacia arriba con la misma expresión que tenía en el instante que Heracliano se la cortó. No había hecho ni un solo gesto que indicara que iba a defenderse.

Desde la torre de la basílica, el obispo pudo ver los despojos de aquel gran hombre que había sido la figura más relevante del imperio desde la muerte de Teodosio. En los escasos dos minutos que habían transcurrido desde que salió del templo, habían pasado por la mente del regente los acontecimientos y las personas más importantes de su vida: sus estudios con el filósofo hispano Calcidio; el momento en que el emperador Graciano lo había enviado a Hispania con el encargo de comunicar a Teodosio su nombramiento como *magister militum* de Oriente; cuando trajo desde Hispania a la familia imperial, lo que le valió la confianza del emperador y, también, conocer a la princesa Serena durante el viaje; el encargo de buscar y encontrar a Alarico; su breve pero intensa relación con la filósofa Hipatia en Alejandría; su participación en la batalla del río Frígido; la encomienda que el emperador Teodosio le hizo en su lecho de muerte de tutelar a sus hijos y cuidar del imperio; su larga ejecutoria como regente; su relación ambivalente con Alarico desde la campaña de Tesalia hasta la del Peloponeso; la victoria contra el rey godo en Pollentia; la victoria contra Radagaiso en Fiesole; y, finalmente, la traición de Gala Placidia, algo que nunca quiso interiorizar. También recordó por un instante a Calista, la bellísima aristócrata persa a la que había deseado

cuando era la asistente de Serena en Tesalónica y Constantinopla, en el palacio del rey Sapor I en Ctesifonte y en su tienda del *castrum* imperial en el Peloponeso y que le hizo perder la compostura. Pensó que era una inadecuada manera de morir. Había servido siempre con lealtad al imperio y al emperador, y fue en la corte donde urdieron su sentencia de muerte. La nobilísima sabía que él nunca se sublevaría contra el imperio. Pero su último pensamiento, justo antes de que su cabeza rodara por la explanada de la basílica, fue para Serena, la mujer que lo había acompañado durante sus mejores años y que le dio unos hijos a los que adoraba.

Todo se había producido con demasiada rapidez. Heracliano y sus hombres, temiendo por su vida, se refugiaron dentro la basílica, dejando en la puerta los restos del general vándalo.

Los partidarios de Estilicón estaban tan conmocionados que no sabían qué decisión tomar. Fue entonces cuando se puso en marcha la segunda parte del plan de Gala Placidia. Miles de soldados que se encargaban de la protección tanto de la ciudad imperial como del propio emperador y que estaban escondidos a la espera de la ejecución cayeron por sorpresa sobre los partidarios del regente, que apenas tuvieron oportunidad de defenderse. La masacre fue absoluta.

El partido católico, es decir, Gala Placidia, había conseguido su objetivo. Sin embargo, ese objetivo tenía una segunda lectura: la muerte del último gran hombre, el único capaz de enfrentarse a los terribles peligros que amenazaban al imperio, lo dejaba descabezado sin nadie que pudiera sustituirlo. Pero para Placidia era insuficiente. Aún seguían vivos los familiares de Estilicón y muchos miles de sus seguidores. La venganza debía continuar. La sed de sangre de la nobilísima no conocía límites.

Las noticias de la fuga de la regente y su hijo llegaron a oídos de la corte. Placidia estaba fuera de sí. El que todavía seguía siendo su prometido escapaba temiendo por su vida. Los gritos de la nobilísima se oían incluso fuera de sus habitaciones privadas mientras discutía con el consejero.

—¡Eres un incompetente! ¡Deberías haber impedido la huida de Euquerio!

—Lo siento mucho. Nunca pensé que escaparían. Pero podemos capturarlo.

Con la ira reflejada en su cara, Placidia se dirigió a los aposentos de su hermanastro.

—Serena y Euquerio han escapado de Rávena —dijo nada más entrar.

—Ya tienes lo que anhelabas —contestó Honorio—. Heracliano ha cortado la cabeza a Estilicón. ¿También quieres la de tu prometido?

—Nunca ha sido mi prometido. Todo era una farsa para confundir a los regentes.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Firma una orden de detención contra Euquerio por traición contra el Estado.

—¿Qué traición ha cometido? —preguntó Honorio.

—Eso es lo de menos. ¿Firmarás la orden?

Honorio, al ver el semblante enfurecido de su hermana, concluyó que aquella mujer no pararía hasta ver morir a toda la familia del regente.

—Sí —respondió con resignación—. ¿Y Serena?

—Por ahora no me interesa detenerla. Quiero algo especial para ella.

Cuando Placidia iba a salir de los aposentos de Honorio, oyó unos sollozos y se percató de que al fondo de la habitación, escondida detrás de una silla con respaldo, estaba Termancia. Lo había oído todo: la muerte de su padre y los planes para el resto de su familia.

—¡Sal de ahí! —le ordenó Placidia—. Ahora que estás al corriente, no tiene sentido que sigas en la corte.

Placidia se acercó a su hermano y le dijo en voz baja, para que Termancia no pudiera oírla, que debía expulsarla del palacio. Tenía que repudiarla. El emperador, al que tras la muerte del regente todo le daba igual y, además, no sentía un cariño especial por Termancia, secundó a Placidia.

—Vete de aquí —dijo a su esposa—. Y no vuelvas.

A pesar de que sabía que cometía un acto reprobable, Honorio estaba tan apegado a su hermana que, si no quería perderla, debía

obedecerla.

Termancia lloraba inconsolable, pero no protestó. Estaba aterrorizada. No podía creer que la joven con la que había vivido como una hermana fuera ese monstruo que había ordenado la muerte de su padre y que trataba al emperador peor que a un sirviente.

—Sí —dijo Placidia—, ve a Roma y explica a tu madre lo que has oído. Así, sabiendo que todos moriréis en breve, su sufrimiento será mucho mayor. Y avisa a Euquerio de que va a ser detenido por delito de traición al Estado. No importa que se lo prevengas porque lo encontraremos. El imperio no es lo suficientemente grande para que pueda esconderse.

Olimpio mandó a sus dos eunucos de confianza, Terencio y Arsacio, que, con la orden de detención, fuesen a Roma a apresar al hijo de los regentes. Los eunucos salieron inmediatamente, llevando consigo a Termancia para entregársela a su madre. La joven no dijo ni una palabra durante todo el trayecto por la vía Flaminia. Tampoco dejó de llorar durante los cinco días que duró el viaje. Casi no podía dormir. Cuando conseguía conciliar el sueño, veía la cabeza segada de su padre cayendo al suelo con estrépito. También veía a su madre y a su hermano torturados, y se despertaba con gritos de pánico.

Cuando llegaron al palacio de los regentes en Roma, Termancia se lanzó a los brazos de su madre:

—¡Han asesinado a mi padre! ¡Lo han decapitado!

Serena se abrazó con fuerza a su hija. Era la primera noticia que le llegaba de la ejecución de su marido. El cuerpo se le quedo frío como el hielo y un sudor súbito le humedeció la piel al tiempo que se contraía. Era tanto su dolor que ni siquiera podía llorar. Pensó que debía haber hecho caso a Claudiano y ordenar la muerte de aquel monstruo llamado Placidia. Pero ahora era demasiado tarde.

Intentaba como podía consolar a Termancia, cuando los eunucos las separaron violentamente.

—¿Dónde está tu hijo? —le espetó Arsacio zarandeándola por los hombros sin miramientos.

—No está aquí. Hace días que se fue. ¡Te juro que no sé dónde se encuentra! —respondió Serena, y al pensar en el destino que le

esperaba a su hijo las lágrimas por fin afloraron a sus ojos.

Los eunucos, ante la estupefacción de los sirvientes, registraron el palacio. Cuando confirmaron que Euquerio no estaba allí, volvieron y golpearon a Serena en el rostro; no se creían que ignorara dónde estaba su hijo. Ese brutal comportamiento era algo nuevo para aquella familia que, siendo los dueños de facto del imperio, jamás había sido violentada.

—Podéis matarme si queréis, pero no lograréis que os diga dónde está mi hijo porque no lo sé —insistió Serena, con el rostro amoratado y la sangre manando de su boca y su nariz.

Terencio la tiró al suelo de un empujón y salió del palacio con Arsacio. Con la orden de detención, se dirigieron a ver a Adriano, el nuevo *prefecto urbis* impuesto por Placidia. Este ordenó a la guardia de la ciudad que buscara a Euquerio.

No fue necesario hacer muchas pesquisas. El *prefecto urbis* fue informado de que el hijo de Estilicón y Serena se había refugiado en la catedral de San Juan de Letrán de Roma, encomendándose a la protección del papa Inocencio I. El acogimiento a sagrado lo protegía de cualquier orden de detención, incluso si la había dictado el emperador.

En cuanto supieron el escondite de Euquerio, los eunucos solicitaron la ayuda del partido católico, y una multitud de fanáticos los acompañó en manifestación hasta la basílica catedral. Fue el propio papa Inocencio quien intentó detener a aquella multitud cuando cruzaron las puertas del templo.

—No podéis traspasar el umbral protegido por el velo sagrado —dijo el papa con energía.

El eunuco Arsacio le enseñó la orden de detención firmada por el emperador. Pero el pontífice no hizo caso y continuó prohibiéndoles la entrada.

—Dentro de los límites de esta basílica solo manda la Iglesia, y Euquerio se ha acogido a su protección. ¡Debéis abandonar el templo ahora! —clamó el papa poniéndose delante de los eunucos para evitar que avanzaran.

—Se trata de un pagano y un traidor al Estado. ¡Entréganoslo! —

insistió Terencio.

—No puedo hacerlo. ¡Salid de inmediato, os lo ordeno!

Las protestas de los miembros del partido católico pasaron del murmullo a los gritos encendidos:

—¡Entregad al pagano! ¡Entregad al pagano! —repetían elevando el tono cada vez más hasta llenar de odio aquel sagrado lugar.

Pero el pontífice permanecía impasible impidiendo el paso de los asaltantes. Fue entonces cuando Arsacio, cuya corpulencia era tan excesiva como la violencia de que hacía gala, apartó al papa Inocencio de un puñetazo y lo hizo caer al suelo mientras Terencio se deshacía a golpes del séquito del máximo mandatario eclesial. A continuación, alumbrados por antorchas, ambos eunucos avanzaron por el interior del templo entre los gritos de apoyo de los exaltados católicos que producían un eco siniestro y amenazador. Después de arrancar de un tirón el velo que cubría el umbral, descubrieron a Euquerio. Sentado en un rincón, con las palmas de las manos apoyadas contra la pared, permanecía pálido y sudoroso sin atreverse a mover ni un músculo. Estaba tan paralizado por el miedo que no opuso resistencia. Arsacio le sujetó las manos por la espalda, le puso en las muñecas unos grilletes y lo sacó a empujones del templo. Inocencio I miraba estupefacto cómo se había violado el recinto sagrado en su propia presencia sin que aquellos que se llamaban católicos hiciesen nada para protegerlo. Una semana después, Euquerio, todavía con los grilletes, fue arrojado a una celda del palacio imperial de Rávena.

44
¡Muerte a los bárbaros!

La ejecución de Estilicón había sido una especie de bálsamo para muchos ciudadanos romanos, convencidos de que así se solucionaban definitivamente los problemas que afectaban al imperio y todo volvería a ser como en los pasados tiempos de gloria. Pero los problemas no solo continuaron sino que fueron agravándose. El partido católico había ganado la partida y ahora, desde el poder absoluto que ostentaba Olimpio, podía llevar a cabo sin ninguna traba todos sus objetivos ocultos: eliminar a los bárbaros, deshacerse del partido pagano y de sus miembros más combativos y matar a todos los herejes que infestaban Occidente. Y a esa tarea se dedicaron con presteza.

Placidia y Olimpio cumplían sus planes sin comentarlos siquiera con Honorio. Ella sabía perfectamente cómo hacer firmar las órdenes imperiales a aquel muchacho sobre cuyas emociones dominaba con su poderío y su actitud en la cama. El emperador, que no quería tener que enfrentarse a más problemas después de la muerte de Estilicón, se sometía a los deseos de su hermanastra sin oponer resistencia.

—El vándalo ha muerto. Ahora hay que hacer limpieza entre las familias de los federados y los auxiliares bárbaros —dijo Placidia a Olimpio.

—Eso puede provocar una guerra entre los auxiliares y las legiones —objetó Olimpio.

—No necesariamente —dijo Placidia—. Lo único que debemos hacer es disolver a toda prisa las unidades auxiliares y retirarles las armas. Después dejaremos que los legionarios, ayudados por los habitantes de

cada una de las ciudades, se encarguen de ajustar cuentas con los salvajes que nos han invadido. Solo tenemos que esperar a que nuestros partidarios den muestras de que quieren limpiar el imperio de esa basura extranjera.

—¿Qué propones? —preguntó Olimpio.

—Que se haga realidad el lema que llevamos como estandarte —respondió Placidia.

—¿Muerte a los bárbaros?

—Exacto —dijo Placidia—. Los primeros en morir serán los familiares de los auxiliares y los federados. Ejecutaremos a sus mujeres e hijos.

—Eso únicamente podemos hacerlo en Italia. La Galia e Hispania están ocupadas por el usurpador Constantino.

—Es lo que quiero, por ahora solo Italia. Pero hemos de ser muy rápidos. No les demos tiempo a reaccionar. La muerte de Estilicón los ha paralizado.

Ni siquiera tuvieron que comunicar al emperador sus propósitos porque no había decretos que firmar ni órdenes oficiales que dar. Se trataba de asesinar con absoluta impunidad a mujeres y niños bárbaros que carecían de cualquier tipo de derecho.

Antes de poner en marcha el plan, se avisó a los auxiliares y los federados bárbaros de que sus unidades quedaban licenciadas y ellos debían entregar las armas. En la primera semana, más de treinta mil mujeres, niños y ancianos fueron asesinados. No solo participó el ejército imperial. Los acompañaban católicos fanatizados y otros ciudadanos voluntarios que obtuvieron su revancha ayudando a matar a sangre fría a personas indefensas.

Un grito de venganza corrió entre las desarticuladas tropas auxiliares que se hallaban despojadas de sus uniformes y sus armas. Esos soldados bárbaros, que habían defendido el imperio en todo cuanto se les había ordenado, quemaron los estandartes de Roma y, a toda prisa y por pequeños grupos, pasaron la frontera de Iliria para pedir asilo entre las tropas de Alarico. Llenos de rencor por el vil asesinato de sus familiares, solo deseaban un desquite en forma de sangre romana. Y Alarico, sin pedirles nada, pero también sin

prometerles nada, les dio cobijo entre sus hombres. El ejército imperial se quedaba sin una parte sustancial de sus efectivos y el de Alarico crecía en la misma medida. Estaban poniendo muy fácil al rey godo la consecución de sus objetivos. A partir de ese momento solo había un ejército numeroso y disciplinado dispuesto a hacerse cargo del imperio: el ejército de Alarico.

Los seguidores del partido pagano no tuvieron tiempo de reaccionar ni medir las consecuencias que para ellos tuvo el asesinato de Estilicón. El regente había intentado mantener cierta neutralidad religiosa que implicaba respetar las prácticas de culto paganas y de las herejías cristianas que no reconocían como válida la fe católica. Olimpio y Placidia, una vez realizado el genocidio de las familias de los auxiliares, pusieron sus ojos en aquellos infieles. Según la nobilísima, debían aplicarse las leyes antipaganas que su padre dictó.

Los regentes habían paralizado la ejecución de esas leyes desde la muerte de Teodosio. Durante los meses anteriores a la ejecución del general vándalo, los espías y los informadores de Olimpio habían elaborado un censo muy detallado de todas las familias romanas que seguían practicando el paganismo. Placidia sabía que el plan de eliminación de esas familias sería mucho más complicado porque, al contrario que con los bárbaros, era necesario que hubiera un juicio individual y no contaban con demasiados magistrados. Además, muchos de ellos eran, como una parte del Senado y las familias patricias, paganos. En la ciudad de Roma el *prefecto urbis*, Adriano, era el encargado de promover los juicios que siempre iban acompañados de las correspondientes confiscaciones de todo el patrimonio de los acusados. Por orden de Placidia se había empezado por los menos poderosos. Pero, también por orden de Placidia, la primera familia a la que se confiscó cuanto tenía fue la del regente.

Los hombres de Adriano entraron violentamente en el que había sido el palacio de Estilicón, donde residían Serena y su hija, la emperatriz repudiada, Termancia. Ambas hubieron de salir después de sufrir golpes y humillaciones de todo tipo. Solo les dejaron llevarse un

vestido de sirvienta a cada una. No tenían a donde ir. Se plantearon acudir a la casa de alguno de sus antiguos allegados y pedirles ayuda, pero eran conscientes de que no las atenderían por temor al castigo de los gobernantes católicos. Además, sin joyas ni dinero no encontrarían a nadie que les diera cobijo. Abrazadas, caminaban sin rumbo por la ciudad a la búsqueda de un lugar donde refugiarse. Serena recordaba cómo en aquellas calles una multitud de ciudadanos romanos los habían aclamado a ella y a su marido en las celebraciones de los triunfos militares de este. Pero ahora lo único que importaba era sobrevivir, y no iba a resultarles fácil.

Todos los que habían colaborado con Estilicón fueron depuestos de sus cargos y se les confiscaron los bienes. La actuación del *prefecto urbis*, Adriano, que en secreto había colaborado con el partido católico y Gala Placidia, fue tan brutal que muchos patricios huyeron de la ciudad para refugiarse en sus villas al sur de Italia o en las islas del Mediterráneo, donde se creían a salvo.

Claudiano, que presenció la expulsión de Serena y Termancia desde el exterior del palacio de los regentes, no se atrevió a acercarse a ellas porque sabía que los esbirros de Adriano no las perderían de vista en ningún momento. Y si alguien debía temer al *prefecto urbis* ese era el poeta de Alejandría.

El partido católico, sabiéndose dueño del imperio, impuso el reinado del terror. Se acusó a aquellos de los que se sospechaba que practicaban en privado la religión pagana, pero también a cuantos no practicaban la religión cristiana católica. El objetivo era que en el imperio solo quedasen católicos practicantes. La tibia tolerancia de Estilicón era cosa del pasado. Sin embargo, para Placidia era insuficiente. Ahora se hacía aconsejar por el prefecto Adriano, que ponía un especial celo en las persecuciones y las confiscaciones.

—¿Supongo que, como te ordené, tienes vigiladas a Serena y Termancia?

—No te preocupes. Cada día recibo un informe de todo lo que hacen. Sobreviven de la mendicidad en Suburra. Su aspecto es tan sucio y miserable que nadie las reconoce.

—No quiero que mueran, *prefecto*. Si les falta comida, envía a tus

hombres disfrazados para llevársela.

—Así se hará.

—Por cierto, ¿tienes noticias del poeta?

—¿Te refieres a Claudiano?

—¿A quién si no?

—Desde que desapareció no he parado de buscarlo. Le profeso un odio que me domina. No pude hacer nada contra él mientras era el protegido de Serena y Estilicón. Mis informadores me dijeron que habían visto a un hombre que se le parecía en el barrio de Suburra.

—Si está en Roma, confío en que acabarás deteniéndolo, Adriano. Cuando lo hayas encontrado he de ser la primera en saberlo. No hagas nada hasta que yo lo ordene. —Placidia quería saber el porqué del odio de Adriano hacia Claudiano—. ¿Qué te hizo el poeta?

—Yo pagué su educación y lo protegí mientras vivía en Alejandría con la condición de que se hiciera católico. Pero su padre, un judío irredento, lo apartó de mi tutela y se encargó de que una familia pagana de Alejandría lo acogiera. Y sin embargo, una vez que estuvo bajo la protección de los regentes, Claudiano escribió contra mí. Me acusó de corrupción. Aseguraba que yo era la otra cara de la moneda de Manlio Teodoro; a él lo alababa como el hombre más noble del imperio y de mí afirmaba que era el más corrupto y despreciable. Eso provocó mi proscripción para ocupar cargos públicos durante años. Pero, como te he dicho, mientras vivió Estilicón nada pude hacer porque los regentes lo protegían.

—¿Te comparó con Manlio Teodoro? Se trata de un gran hombre y un católico ferviente.

—Al menos lo parece —comentó Adriano, y al oírlo Serena hizo un gesto de desagrado.

El *prefecto urbis* ya sabía cómo capturar al poeta: utilizaría a Serena y a Termancia como cebo. Estaba seguro de que Claudiano mordería el anzuelo. Era cuestión de esperar.

La legislación de Teodosio contra los paganos resultó insuficiente y, sobre todo, era demasiado lenta. Las confiscaciones, los exilios y los

apresamientos iban a un ritmo que incomodaba a Placidia. Los magistrados del imperio no estaban siendo todo lo contundentes que el partido católico deseaba, lo que enfurecía a la nobilísima y a sus allegados. Por eso permanecía cada vez más tiempo en Roma, aunque viajaba a Rávena con frecuencia para conseguir que Honorio firmara leyes más duras contra los paganos y los herejes.

—Los magistrados no actúan de acuerdo con lo que el emperador quiere —dijo Placidia mientras Olimpio la escuchaba con aire pensativo.

—Es imposible prescindir de los jueces. Todos los ciudadanos romanos tienen derecho al menos a un juicio, aunque sean paganos. No podemos actuar como hacemos con los bárbaros —alegó Olimpio, preocupado.

—Para los católicos verdaderos, los paganos y los bárbaros son la misma inmundicia. Y con las sentencias que los magistrados dictan no acabaremos nunca de limpiar el imperio de paganos y herejes —le espetó Placidia.

—Deberemos tener paciencia —respondió Olimpio.

—Creo que ya sé cómo resolver este problema —aseveró Placidia.

—¿Cómo lo harás?

—Destituyendo a todos los magistrados. La mayoría de ellos son paganos y actúan con parcialidad en beneficio de nuestros enemigos.

—¿Y quién impartirá justicia?

—El emperador dictará una ley por la que los magistrados serán destituidos en su totalidad y quienes impartirán justicia serán sacerdotes y obispos católicos. Quiénes mejor que ellos, ya que tienen el mandato de Dios en la tierra.

—Eso supondría dar todo el poder a la Iglesia.

—¿Y te parece mal? —Placidia dedicó a Olimpio una mirada hosca.

—Muchos ciudadanos no se sentirán seguros si son sacerdotes quienes los juzgan —se atrevió a decir Olimpio con un gesto huidizo, ya que sabía que su afirmación desagradaba a la nobilísima.

—¿Qué ciudadanos? Los católicos practicantes se sentirán más seguros que nunca. Y son los únicos que nos interesan.

—Pero hay muchos católicos que, a pesar de ser creyentes, no son

devotos.

—Pues a partir de ahora deberán ser practicantes y devotos. Y tendrán que demostrarlo públicamente. —Placidia quedó por un momento abstraída en sus pensamientos—. Hay que dictar nuevas leyes. La primera impedirá que nadie que no sea católico devoto pueda acceder a cualquier cargo administrativo o militar. La segunda dará todo el poder judicial a los clérigos católicos. Y la tercera ordenará la destrucción completa de la totalidad de los templos paganos o su conversión en iglesias católicas. Los templos privados serán destruidos. Consulta todo esto con Agustín de Hipona. Estoy segura de que se mostrará de acuerdo conmigo. Hazme saber qué opina en cuanto lo sepas.

La respuesta de Agustín de Hipona, el obispo católico de mayor prestigio espiritual del Imperio de Occidente tras la muerte de Ambrosio, no se hizo esperar. Consideró que era acorde con la doctrina de la Iglesia que todos los paganos y los herejes quedaran excluidos de la sociedad romana, porque las libertades debían reservarse en exclusiva para los católicos practicantes. No puso trabas a las persecuciones religiosas, incluso a las que atañían a aquellos católicos que él denominaba «indiferentes». Si uno era católico, había de serlo con todas las consecuencias y era obligatorio que apareciera en público como practicante. Pero Agustín dudaba de la jurisdicción de los clérigos, no porque no la considerase la más adecuada a ojos de Dios, sino porque les quitaría tiempo para su actividad de destrucción de los edificios y los templos paganos, la persecución de los judíos y la vigilancia de la ortodoxia católica. Reconocía que el propio san Pedro ya había dicho que los hijos de Dios solo podían ser juzgados desde el punto de vista religioso, ya que la única justicia aceptable era la de Dios. Si se aspiraba a constituir un estado exclusivamente católico, nada se había de temer de la justicia de los representantes de Dios en la tierra. Tampoco se opuso a la destrucción de los templos paganos, y sugería que la vigilancia de la ejecución de esa ley debía dejarse en manos de los obispos de la diócesis donde el templo en cuestión estuviera ubicado.

Las palabras de Agustín de Hipona no pudieron satisfacer más a la

nobilísima, que, además de todo el poder político, disponía ahora de la legitimación doctrinal católica para llevar a cabo sus planes. Solo le sorprendió un encargo que ella no había solicitado: el obispo le exigía que difundiese y obligase a los cristianos al cumplimiento de un nuevo dogma que él había recibido directamente por revelación divina y que era la primera vez que se hacía público. Según el obispo de Hipona, todos los hombres y las mujeres estaban contaminados por el pecado cometido por Adán y Eva en el paraíso, y solo se librarían del castigo eterno los que habían lavado ese pecado mediante el bautismo. Ni siquiera los recién nacidos que murieran sin ser bautizados se salvarían de arder en los infiernos.

Placidia hizo que Honorio firmara las nuevas leyes y, una vez publicadas y difundidas, el terror, que ya se cebaba con aquellos que no eran católicos, se transformó en tal espanto que puso en huida a muchos que no estaban dispuestos a renunciar a la religión pagana o a cualquiera de las muchas herejías cristianas que se habían extendido en los últimos años por la permisividad de Estilicón. Para el clero católico, Placidia, como digna sucesora del divino Teodosio, era la mejor defensora de los principios cristianos. Con ella lograrían acabar con el paganismo.

A Placidia le quedaba por decidir el destino de su antiguo prometido, Euquerio. Unos días después de su detención, un magistrado afín al partido católico lo había condenado a ser decapitado por traición a la patria. En la sentencia figuraba que era un agente de Alarico. Una vez dictada, Placidia entró en los aposentos del emperador con una copia.

—No dejaré que lo decapiten en Rávena —dijo Honorio—. La muerte de Estilicón todavía me quita el sueño. No quiero que se relacione la muerte del hijo con la del padre.

Honorio no estaba de acuerdo con la ejecución de Euquerio, que durante años había sido para él como un hermano.

—No te preocupes, querido Honorio. —Las palabras de Placidia tranquilizaron al emperador—. Estoy esperando noticias de Adriano, el *prefecto urbis* de Roma, para poder ejecutarlo allí.

—Gracias —dijo Honorio resoplando—. No habría soportado que lo ejecutasen en la corte.

Adriano dedicaba algunos de sus hombres a la búsqueda de Claudiano. Sabía que tarde o temprano se acercaría a Serena y a Termancia. Ordenó a sus sicarios que impidiesen que nadie diese limosna o comida a aquellas desgraciadas. Era cuestión de tiempo que se encontrasen en una situación desesperada.

El filósofo Marcio, a quien Claudiano había rogado que pasase cada día a verlas para averiguar en qué situación se encontraban, le comunicó que si no hacían algo por las dos mujeres morirían en poco tiempo.

—Nadie se acerca a ellas. O las han reconocido o los hombres de Adriano lo impiden. No puedo estar demasiado rato para evitar que me reconozcan también a mí.

—Tienes que llevarles comida —le pidió Claudiano.

—Imposible. Soy tan conocido como tú y, aunque no me relacionen con esas mujeres, no quiero que me condene un maldito obispo por delito de lesa patria.

—¿Por dar comida a dos indigentes?

—Son la regente y la emperatriz. Seguro que están vigiladas las veinticuatro horas del día.

—¿Y por qué iban a vigilarlas? Si pretendieran hacerles daño ya se lo habrían hecho.

—Salvo que se trate de un señuelo para capturar a alguien. Por ejemplo, a ti. Me contaste que el prefecto te odia y que ese monstruo que es Gala Placidia no te tiene aprecio precisamente. Te repito que no podemos hacer nada —dijo con resignación Marcio.

—Quizá se trate de una trampa, Marcio, pero me niego a dejarlas morir de hambre.

Después de pronunciar esas palabras, Claudiano entró en un profundo estado de abatimiento. Estaba decidido a arriesgar su vida para ayudar a aquellas mujeres que habían sido su única familia desde su llegada a Roma.

A la mañana siguiente, cuando Claudiano se acercó a ellas con una bolsa con comida, se vio rodeado por un grupo de soldados sin uniforme. Uno de ellos sacó una orden y dijo:

—Claudio Claudiano, quedas detenido en nombre del prefecto de Roma.

—Yo no soy ese que nombráis. Me llamo Adriano y soy maestro en Suburra.

No hicieron caso de las explicaciones del poeta. Lo maniataron y se llevaron también a Serena y a Termancia.

—No tenías que haberlo hecho —dijo Serena—. Nosotras éramos la trampa de Adriano para capturarte.

—No podía dejar que murierais de hambre.

—¡Silencio! —ordenó el soldado que lo había detenido—. Ya hablaréis ante el *prefecto urbis*.

Encarcelaron a las dos mujeres en la prefectura, y un mensajero salió de inmediato hacia Rávena para comunicar a Placidia que el poeta estaba detenido. Claudiano, por su parte, fue llevado a presencia del prefecto. Adriano, que lo conocía desde niño, tenía delante de él a un hombre todavía joven al que la barba y las miserables vestiduras envejecían.

—No haces honor a tu estatua del Foro de Trajano.

Claudiano no quiso responder. Conocía demasiado bien a Adriano y sabía que cualquier palabra que dijese se volvería contra él.

—Me han contado que ahora usas mi nombre… ¿Es un homenaje a tu antiguo protector?

Adriano empezó a impacientarse por la falta de respuesta del poeta.

—Se te acusa de practicar sacrificios a los dioses paganos. ¿Qué tienes que decir?

Claudiano continuó callado. Lo lógico habría sido negar esa acusación, como habían hecho tantos otros, y manifestar una sentida conversión al catolicismo. Pensaba que lo juzgaría algún sacerdote, y los informes de los espías de Adriano no dejarían lugar a dudas sobre unas prácticas paganas inexistentes, ya que desde que huyó del palacio de los regentes no había osado realizar nada que lo pudiese delatar.

—Será mejor que hables. He conseguido autorización del emperador para presidir el tribunal que te juzgará.

Fue entonces cuando Claudiano levantó por primera vez la cabeza y miró a Adriano. En sus ojos no se apreciaba odio, solo había resignación. Pero siguió sin decir nada. Ante su negativa a contestar, el prefecto ordenó que lo encerrasen en una mazmorra.

Placidia recibió en Rávena la noticia del aprisionamiento de Claudiano. Ya tenía en su poder a toda la familia, incluido el poeta. Ordenó que Euquerio permaneciese en su celda y que Serena y Termancia fuesen alojadas en su palacio y tratadas de acuerdo con su rango. Hasta que ella llegara, tenían que vivir como lo habían hecho hasta la ejecución del regente. No debían faltarles los vestidos y las joyas, como tampoco sirvientes para atenderlas. Después de dar esas órdenes, partió hacia Roma.

Serena y Termancia desconocían el paradero de Euquerio y estaban muy sorprendidas por las atenciones que recibían después de los meses de miseria y privaciones que habían pasado. En realidad, sin embargo, estaban presas en una cárcel de oro sin saber lo que las esperaba.

En cuanto Serena llegó a Roma, el prefecto Adriano la recibió en el palacio imperial.

—Me imagino que querrás ver a Claudiano —dijo después de saludarla.

—No, por ahora no me interesa hablar con el poeta.

—Entonces ¿deseas ver a Serena y a Termancia?

—Tampoco. —Placidia sacó la orden de ejecución y se la entregó a Adriano—. Quiero que prepares la ejecución de Euquerio. Y quiero que lo hagas sin testigos en el patio del palacio imperial.

—Eso podrías habérmelo encargado mediante un mensajero. No habría sido necesario que te desplazaras hasta Roma.

—No son esos mis deseos. Quiero presenciar la ejecución sin ser vista.

—¿Y cuándo ha de ejecutarse la sentencia?

—Mañana. Al cumplirse la hora cuarta.

—Muy bien. Ordenaré que preparen todo tal como deseas.

—Falta una cosa. Deseo que el resto de la familia, incluido el poeta, estén presentes en la ejecución de Euquerio. No les permitirás hablar ni tocarse. No quiero despedidas. Los llevarás a todos allí a la hora cuarta, pero no se ejecutará a Euquerio hasta la hora quinta. El verdugo se dedicará a afilar su hacha mientras llega el momento.

A la hora prevista, Serena y Termancia, junto con Claudiano, estaban frente al lugar donde tendría lugar la ejecución. No sabían qué iba a pasar hasta que los soldados llevaron a Euquerio, atado y amordazado. Placidia lo observaba todo desde una ventana cercana protegida de la vista por las cortinas. Serena se abalanzó sobre Euquerio para abrazarlo, pero uno de los soldados la apartó de una patada.

Las lágrimas de ambas mujeres parecían proporcionar a Placidia un placer que aumentaba en la medida que crecía el sufrimiento de aquella madre que esperaba la ejecución de su hijo sin siquiera poder consolarlo. Las miradas que ambos se dedicaban conformaban la escena más cruel que podría imaginarse.

Al cabo de una hora, dos soldados llevaron sujeto a Euquerio hasta el tronco del verdugo y este, tras ponerle la cabeza justo donde quería, se dispuso a separársela del cuerpo con un hachazo. Termancia cayó al suelo desmayada antes de que el filo rozara el cuello de su hermano. Serena ya ni siquiera lloraba. El corazón se le había helado en el pecho. Había sufrido más en aquella interminable hora que durante toda su vida. La regente, sin saber por qué, sintió que Placidia estaba mirándolas y los ojos se le secaron. No las dejaron moverse del lugar hasta que Adriano entró en la estancia donde se encontraba la nobilísima.

—¿Qué debo hacer con Serena y Termancia? —preguntó.

—Proporciónales un modesto alojamiento y ocúpate de que estén siempre vigiladas —respondió Placidia—. Ah, y no habrá funerales ni entierro. Quemad el cuerpo de Euquerio y lanzad sus cenizas al Tíber.

—¿Y qué pasa con Claudiano?

—Deja que se vaya. Pero debes impedir que reciba ayuda. Ni

siquiera podrá trabajar para conseguirse el sustento.

—Entonces ¿debo vigilarlo?

—Haz lo que consideres conveniente, *prefecto*.

La crueldad de Placidia era infinita. Tras ordenar la muerte de Estilicón y obligar a Serena y a Termancia a presenciar el asesinato a sangre fría de Euquerio, a las dos mujeres solo les quedaba sufrir el resto de su vida.

Adriano prometió que cumpliría las órdenes de Placidia. Pero se reservaba la posibilidad de intervenir en lo que se refería a su odiado poeta. La venganza de la nobilísima a él no le compensaba.

45
El sitio de Roma

El emperador había roto los pactos firmados con Alarico. El rey godo ya no era *magister militum*, y su único valedor, Estilicón, estaba muerto. Tampoco tenía ninguna noticia que confirmase que el imperio le retornaría los gastos desembolsados que venía exigiendo desde hacía meses. Así las cosas, tal como había anunciado, en el otoño del año 408 ordenó a su ejército partir hacia Italia.

La expedición de Alarico hizo un alto en la provincia de Nórica durante unos días a la espera de la llegada de su lugarteniente Ataúlfo con nuevas tropas compuestas por los godos de Panonia y muchos hunos deseosos de entrar en el imperio. Además, la ley que ordenó la deposición de sus cargos de los militares que no fueran católicos practicantes provocó que muchos generales y comandantes de las tropas auxiliares se integrasen en las del rey godo. A todo ello había que sumar las decenas de miles de soldados auxiliares a quienes Placidia y Olimpio habían licenciado y cuyos familiares fueron salvajemente asesinados. Con todos esos refuerzos, especialmente con los mandos cesados, el ejército godo gozaba de una superioridad incuestionable. Entre los auxiliares existía una sed de venganza que podía chocar con la actitud de Alarico, quien quería presentarse en Italia como el verdadero salvador del imperio y, sobre todo, como el auténtico heredero de Estilicón. Siempre había manifestado que su objetivo y el de su pueblo era ser aliados de Roma.

Desde el acantonamiento de Nórica, el rey godo envió una carta al emperador en la que lo urgía a restablecer el tratado y a restituirlo como *magister militum*. De no obtener una respuesta positiva, exigía el

pago de cuatro mil libras de oro en compensación por los gastos realizados.

Con la carta de Alarico en sus manos, Honorio estaba perplejo y sin saber qué decisión adoptar. Solo habían pasado unas semanas desde el asesinato de Estilicón y el otoño caía sobre Rávena, cuya corte se hallaba en una situación de caos. Ahora Roma disponía únicamente de las legiones para las que Olimpio había nombrado unos generales faltos de experiencia a quienes, por si no bastaba, los soldados y los comandantes más experimentados rechazaban. Además, todo el ejército había sido desplazado de sus acantonamientos habituales y estaba destinado en exclusiva a la protección de la corte. Italia quedaba desguarnecida y a merced del usurpador Constantino o del propio Alarico.

El depuesto general Genéride, que siempre había sido un militar de Teodosio y Estilicón, hablaba en algunas ocasiones con Honorio, al que conocía desde la infancia y con el que lo unía una relación de confianza que su hermana desaprobaba.

—Emperador —le dijo cierto día, atribulado—, el ejército, sin los auxiliares y sin los generales y los comandantes bárbaros nada puede hacer ante cualquier ataque contra Italia. Las tropas de Alarico superan con mucho al ejército imperial, e incluso las tropas del usurpador están en condiciones de arrasar Italia. —Genéride reflexionaba ante Honorio al respecto de las consecuencias de las leyes religiosas que Placidia había impuesto—. Además, ¿qué hace el ejército acampado a las afueras de Rávena en lugar de estar protegiendo las fronteras? ¿Por qué no se ordenan nuevas levas de reclutas?

—General —dijo Honorio—, tú puedes hacerte cargo de resolver esos problemas que planteas. Podría nombrarte *magister militum*.

—Demasiado tarde. La ley dice claramente que los paganos y los bárbaros no podemos formar parte del ejército. Yo soy un bárbaro y, además, ni he sido ni quiero ser católico.

Tras su encuentro con Genéride, Honorio tuvo un rasgo de lucidez y se percató de que la política sectaria llevada a cabo por sus consejeros más cercanos y por su hermana Placidia estaba acarreando unas

consecuencias que podían hacer tambalearse lo poco que quedaba del imperio. Pero también se daba cuenta de que carecía del impulso y el carácter para dar las órdenes que pudiesen enderezar la situación. No le quedaba más remedio que confiar en Olimpio y Placidia.

La carta de Alarico, ahora en manos de Olimpio, quedó sin respuesta. Nadie era totalmente consciente del vacío de poder que se había producido con la muerte del regente. Una cosa era la capacidad de calumniar y destruir de Olimpio, y otra muy diferente su escasez de aptitudes y carisma para dirigir y organizar. Además, el partido católico, tras su triunfo, estaba teniendo una reacción tan despiadada que la ceguera, propia de la exaltación religiosa, le impedía ver más allá de su sed de sangre y el odio hacia los que consideraba sus enemigos. La toma del poder no garantizaba en absoluto la puesta en práctica de unas políticas que permitiesen enderezar el torcido rumbo que tomaban los acontecimientos. Poco quedaba ya de aquella sociedad que había gobernado con autoridad sobre todas las riberas del Mediterráneo, romanizando casi la totalidad de las culturas que entraron en contacto con ella. El imperio era un caos preso de la incertidumbre y el miedo que trataban de tapar con el enfrentamiento y el odio.

Todo el fanatismo que se había adueñado del partido católico y de sus cada vez más numerosos seguidores, y todo el odio hacia los romanos de los soldados auxiliares y los comandantes bárbaros despedidos, contrastaba con la impasibilidad del rey godo. Era quizá la única persona en el imperio capaz de observar el horizonte con una mirada desapasionada y con tranquilidad de ánimo. Había lanzado una propuesta de acuerdo sobre la que no recibía respuesta alguna.

Olimpio se refocilaba tras la muerte de Estilicón y se veía a sí mismo como el héroe de una epopeya, mientras Honorio, continuamente engañado por su entorno, se había convencido al fin de que el ya desaparecido regente y el rey godo se habían confabulado para derrocarlo y que Olimpio y Placidia lo habían salvado. Nunca en la historia hubo al frente del imperio tanta incompetencia para encauzar las pasiones desbocadas que corrían sin freno hacia el precipicio de la guerra.

Alarico acabó por asumir que no habría respuesta a su proposición de pacto con el imperio y ordenó a sus tropas marchar hacia el interior de Italia. Ni Olimpio ni ninguno de sus incapaces nuevos generales se había preocupado de dejar una guarnición en los Alpes o en los Apeninos para dificultar el avance de las tropas bárbaras. Las familias de los godos se habían quedado en los campamentos de Iliria y Panonia para que el ejército avanzara con más rapidez. Alarico, sin esperar la llegada de Ataúlfo con refuerzos, pasó a toda velocidad los Alpes y atravesó el río Po sin que nadie le opusiera resistencia. Su objetivo era enfrentarse al ejército imperial en las afueras de Rávena. Pero los nuevos generales ordenaron que todas las tropas imperiales se refugiaran tras los muros de Rávena y que no intentaran combatir contra los godos. Alarico se dijo que, si esa había sido la cobarde decisión del imperio, estaban induciéndolo a que ordenase a sus tropas lo que estas estaban deseando: saquear y destruir todas las ciudades por las que pasaban camino de la Ciudad Eterna, Roma.

Todos los que hasta la fecha se sentían satisfechos con la muerte de Estilicón se apresuraban a esconderse o a huir con los pocos objetos de valor que podían llevar encima. Miles de habitantes de otras ciudades saqueadas buscaron cobijo dentro de las murallas de Roma, que parecía ser inexpugnable. Alarico se preguntaba si no quedaba en Italia ningún militar dispuesto a exponer su vida por su patria.

Las tropas del rey godo avanzaban desde el Véneto como en una marcha triunfal. Seguros de su superioridad, los miembros de aquel ejército, espoleados por las arengas de sus generales y sus mandos, cantaban canciones de guerra que llenaban del clamor de la victoria las calzadas por las que pasaban. Alarico había colmado de optimismo a sus huestes, que se creían invencibles. Eufóricos por la gloria que pensaban obtener en una campaña victoriosa, iban saqueando las ciudades que encontraban a su paso mientras sus habitantes huían despavoridos con las pocas pertenencias que podían transportar. Durante su alegre y exaltado viaje hacia Roma, el balto recordó muchas veces las palabras que había oído en el bosque sagrado: «Entrarás en la ciudad». Los instintos destructivos del bárbaro podían haberse desatado, pero en su interior habitaba un patricio romano que

le decía que Roma, la Ciudad Eterna, no podía ser arrasada. A falta de un militar prestigioso y con poder real como Estilicón, Alarico necesitaba a alguien con quien poder acordar un tratado que salvase al imperio de la total destrucción. Y se preguntaba: «¿Con quién podré hablar para acabar de una vez con esta absurda situación?».

Cuando llegaron a las puertas de Roma, Alarico ordenó a sus tropas establecer el campamento entre las murallas y el Tíber, el río por el que llegaban a la ciudad todos los suministros desde el puerto de Ostia. Muchos romanos observaban desde lo alto de las murallas el inmenso campamento y empezaron a temer lo que sin duda iba a ocurrir. El rey godo no tenía intención de asaltar la ciudad. Quería rendirlos por hambre. La urbe, además de sus habitantes, albergaba a los exiliados de las muchas ciudades que los godos habían ido arrasando en su avance.

Por primera vez en ochocientos años, Roma estaba sitiada. El asesinato de Estilicón había levantado grandes expectativas de mejora. A tal extremo que muchos no podían entender que, sin el regente, se encontraran sitiados por el ejército del hombre más odiado del imperio. Alarico iba a usar por primera vez la estrategia habitual de su admirado Estilicón: armarse de paciencia y esperar, porque ningún ejército acudiría en auxilio de Roma. Occidente carecía ahora de una organización militar a la que se pudiera llamar con propiedad ejército imperial. Italia entera estaba a disposición del rey godo, excepto Rávena, la ciudad rodeada de murallas y pantanos que ahora era la corte imperial, una ciudad inexpugnable fortificada por Estilicón para proteger al emperador.

Una vez pasada la sorpresa inicial, los romanos y el resto de las personas acogidas en Roma se preguntaban qué habían hecho para que el rey godo fuera a castigarlos. Soportaron con facilidad los primeros días del asedio ya que disponían de suficientes víveres en los almacenes de la ciudad. Los partidos religiosos se echaban mutuamente la culpa de la desgracia en la que Roma había caído. Para el partido católico, Dios castigaba a los romanos por no haber podido eliminar a los paganos; seguía habiendo muchos. Pero había también personas que, pese a declararse católicas, ni hacían sacrificios paganos

ni practicaban la religión católica porque no se identificaban en el ámbito público con el Dios cristiano. Agustín de Hipona los llamaba «indiferentes», y para él eran tan enemigos como los paganos y los herejes. Por su parte, los paganos acusaban a los católicos de ser los responsables de que Roma sufriera aquel asedio: al impedirles realizar sus sacrificios y ritos, los dioses de la religión tradicional romana habían dejado de proteger la ciudad.

Fue a raíz de esa discusión entre católicos y paganos que se extendió la calumnia de que Serena, que se encontraba en situación de libertad vigilada por orden de Gala Placidia, había escapado al campamento de Alarico para informar al rey godo de la situación interior de la ciudad. Era ella quien le había aconsejado sitiar Roma. Nadie podía confirmar el infundio, pero todos daban la noticia por cierta. Serena era una traidora que se había aliado con Alarico contra la Ciudad Eterna. A nadie le resultó extraño que se la acusara de algo por lo que su marido había sido ejecutado. No podía tratarse más que de una calumnia porque Serena continuaba viviendo en la humilde casa en la que el *prefecto urbis*, Adriano, la había confinado, junto con su hija Termancia, una casa que estaba vigilada a tal extremo que cualquier intento de fuga resultaba imposible. Pero a los dos partidos religiosos les interesaba que hubiera un chivo expiatorio, de modo que se corrió el rumor de que Serena estaba maldita, que era ella la que había atraído a las tropas de Alarico y que intentaba volver con sus aliados cuando la capturaron.

En el momento más álgido de la exaltación contra la regente, la nobilísima llegó desde Rávena. Consiguió entrar en la ciudad sitiada mediante el soborno por parte de un miembro de su guardia personal a los vigilantes de la Porta Flaminia. Gala Placidia, avisada por el partido católico, había esperado ese momento para poner en práctica su venganza final. No fueron necesarios muchos esfuerzos porque la regente era odiada con la misma intensidad por paganos y católicos. Fue la propia Placidia la que acusó a Serena de traición al Estado ante el más alto tribunal del imperio, el Senado romano. Y la acusada era nada menos que su prima hermana, además de la mujer que le había hecho de madre.

Fue también la propia Placidia la que durante el juicio pronunció el discurso de acusación desde el estrado del Senado. La nobilísima gozaba de la elocuencia que le habían proporcionado las lecciones de Claudiano y Olimpio. Sentada en la silla de los acusados, Serena tenía la mirada clavada en el suelo, aunque escuchaba atentamente las palabras de Placidia. Cuando esta hubo acabado, el senador que presidía la sesión concedió la palabra a Serena, que subió al estrado.

—Senadores de Roma —dijo con voz potente y segura la mujer que durante tantos años había sido la más poderosa del imperio—, sé que se me ha condenado desde antes de ser juzgada por el simple hecho de haber sido regente del imperio y esposa del general Estilicón. Todo lo que se está diciendo contra mí es una gran calumnia y se me pide que sea yo misma la que presente pruebas de mi inocencia, cuando son los que me acusan quienes deben presentarlas. Jamás traicionaría a Roma, que ha sido y es mi patria. Pero se trata de palabra contra palabra, y ante eso no hay pruebas posibles.

Con humildad, bajó del estrado y volvió a sentarse.

El senador que presidía la sesión dio el turno de réplica a Placidia.

—Senadores de Roma, probaré la vileza de esa mujer que, por haber sido regente del imperio, es mucho más culpable de traición. Al mismo tiempo quedará también probada la traición de su esposo. ¡He aquí la prueba! —Tomó un pequeño trozo de vitela que había depositado previamente sobre la mesa y se lo entregó al secretario de la cámara—. Esta es una carta de puño y letra de la acusada. Preguntadle si la ha escrito ella y, después, leedla.

El presidente tomó la carta y se la enseñó a Serena. Enseguida reconoció la carta que le entregó a Nemesio, el asistente de Estilicón, en la catedral de Rávena el día en que este fue decapitado. ¿Por qué tenía Placidia esa carta?, se preguntó.

—Sí, yo la escribí. Pero ¿cómo está en tu poder?

—Eso no tiene importancia —contestó Placidia.

El secretario procedió a leerla en voz alta:

—«Mi respetado esposo, perdóname si alguna vez tuve la osadía de oponerme a tus deseos. Ahora entiendo por qué es necesario que el rey Alarico entre en Italia. Reconozco que es el único camino que le queda

al imperio. Creo que si tú mueres nada podrá impedir que destruya Roma. Una patria tan ingrata no merece otra cosa. Espero que pronto te reúnas conmigo y nuestro hijo Euquerio en Roma. Siempre devota tuya, Flavia Serena».

Cuando concluyó la lectura de la carta, un sonoro murmullo invadió la gran sala del Senado. Era una prueba irrefutable de que Serena deseaba que Alarico destruyera Roma. Ahora ya no había duda del delito de lesa patria.

El secretario de la cámara redactó de inmediato la sentencia, que le fue leída a la acusada:

—«Flavia Serena, por el poder otorgado al más alto tribunal del imperio y ante las pruebas irrefutables que te acusan de un delito de lesa patria, el Senado te condena a morir estrangulada en el plazo de tres días».

La sentencia quedó aprobada por la mayoría del Senado. Ya nada podía salvar a la otrora poderosa regente. Mientras salía del Senado y la conducían a la prisión atada en un poste encima de un carro para que los ciudadanos de Roma la vieran, intentaba recordar algún agravio, por pequeño que fuera, que hubiese infligido a aquella joven a la que había cuidado y educado como a una hija. Y no logró encontrar en su memoria nada que pudiera haberla lastimado mientras vivió con ellos. ¿De dónde procedía ese odio inexplicable que había destruido a toda su familia y ahora la conducía a la muerte? Placidia no podía saber de sus intrigas contra Flacila, su madre, Gala y su padre, Teodosio.

Fue Marcio quien informó al poeta egipcio de la sentencia contra Serena. A Claudiano, que como muchas otras veces reflexionaba sentado a los pies de su propia estatua en el Foro de Trajano, se le humedecieron los ojos y solo acertó a decir:

—El imperio ha muerto.

Como si el cielo se hubiese contagiado de su tristeza, se desató una inesperada tormenta que ensombreció la Ciudad Eterna, y empezó a diluviar en medio de relámpagos y truenos. Parecía como si los dioses

de Trajano quisieran transmitirle el pésame por la condena de su querida Serena. Marcio y Claudiano no hicieron nada por refugiarse de la lluvia y siguieron sentados a los pies de la estatua.

—¿Sabes en qué prisión está? —preguntó Claudiano.

—Sí. Suponía que me lo preguntarías, de modo que seguí el carro en el que la llevaban —respondió Marcio—. Está en la prisión de la vía Nomentana.

Soportando la intensa lluvia, Claudio Claudiano se dirigió a la vía Nomentana y se parapetó en una de las casas abandonadas por los romanos ricos que, temerosos de otro asedio de las tropas de Alarico, habían dejado la ciudad. Desde la azotea podía ver el patio de la prisión. Allí, a la espera de que amainase, tuvo su mirada fija en el patíbulo, esperando ver a la mujer que lo había protegido desde que dejó su Alejandría natal para establecerse en Roma.

Cuando comenzaba a amanecer, a través de la fina lluvia que caía ahora sin tanta violencia, pudo ver a la regente. Dos verdugos la conducían, desnuda, hasta el lugar de la ejecución. Las penalidades que la antaño todopoderosa mujer sufría desde hacía meses la habían dejado en los huesos. Claudiano se fijó también en sus ojos azul cobalto. Por un momento, creyó que Serena lo miraba.

Entre las personas que asistían a la ejecución, el poeta reconoció, debajo de un porche de madera para protegerse de la lluvia, al *prefecto urbis*, Adriano, a la nobilísima y, a su lado, a Termancia. Estaba seguro de que Placidia había obligado a la repudiada esposa de Honorio a presenciar la muerte de su madre.

Ataron a Serena a un travesaño con los brazos extendidos, dejando su cabeza libre. Claudiano no quería mirar porque sabía que iban a ejecutarla por desnucamiento. A una orden del *prefecto urbis*, uno de los verdugos armado de una gran maza de madera se colocó detrás de la condenada. Cuando Adriano bajó la frente, el poeta egipcio apartó la mirada, pero oyó el terrible golpe sobre la cabeza de Serena, que la hizo caer a plomó chorreando sangre como si todos los huesos y los músculos de su cuello hubieran desaparecido. Un llanto tan incontrolable como el de Termancia afloró a los ojos de Claudiano.

Los verdugos desataron el cuerpo desnudo de Serena, lo sujetaron

por las axilas y los tobillos y lo sacaron de la prisión. El alejandrino ya no pudo contenerse y bajó hasta la puerta de la prisión para abrazarse al cadáver de Serena. Sin embargo, no lo logró. Los soldados lo detuvieron mientras veía cómo, tras un violento balanceo, lanzaban el cadáver a un carro de basura para ser arrojado luego a uno de los vertederos de la ciudad.

Sin dejar de llorar, Claudiano miró a Termancia e intentó zafarse de los soldados para abrazarla. Tampoco lo consiguió.

—¿Qué hago con el poeta? —preguntó Adriano.

—Es tuyo, haz lo que se te antoje —dijo la nobilísima antes de subir a su carruaje.

En una mazmorra adosada al palacio de la prefectura, Claudiano recibía la visita de Adriano.

—¿Era necesario que lanzases tus invectivas contra mí? —preguntó el prefecto sin esperar respuesta—. Mientras proclamabas las virtudes de Manlio Teodoro, a mí me fustigabas como a un mandatario corrupto. ¿Y por qué? Me odiabas desde Alejandría, y esa ha sido tu forma de vengarte. Una venganza que todavía no comprendo. Pero tus palabras no quedarán para el futuro porque he ordenado que se destruya ese escrito, y estoy seguro de que no quedará ni una sola copia que ensucie mi memoria.

Claudiano ni siquiera lo miraba. Tenía los ojos clavados en el suelo y no hacía nada por evitar el soliloquio de Adriano. Sabía que el prefecto acabaría por matarlo y ya estaba resignado a morir.

—¡Sabes que todo lo que eres me lo debes a mí! —gritó Adriano—. Yo costeé tu educación hasta que cumpliste once años. Eres un gran poeta, eso lo reconozco. Pero sin el impulso que yo te di no habrías podido ni empezar tus estudios. ¿Y cómo me lo pagaste? Huiste de mí para ponerte bajo la protección de una familia pagana. Se decía que fuiste tú quien mató al parabolano Evagrio el Gigante, pero yo nunca lo creí. Eres demasiado miedoso para enfrentarte a alguien como él. ¿No quieres hablar? Muy bien. Pensaba ahorrarte el juicio, pero vas a obligarme a que te juzgue un tribunal que yo presidiré, y utilizaré

todos los medios a mi alcance para hacerte confesar que eres un pagano y que practicas ritos y sacrificios prohibidos.

—Tú ordenaste a los parabolanos que mataran a mi padre. Vi cómo Evagrio lo buscaba entre los paganos —dijo Claudiano sin osar levantar la voz.

Esas fueron sus únicas palabras, a las que Adriano no contestó porque salió de la celda.

Claudiano empezó a meditar al respecto de lo que le esperaba. Daba igual que confesara lo que el prefecto deseaba. Nadie lo libraría de la tortura. Había presenciado la brutal muerte de su querida regente, la mujer que había sido la más poderosa del imperio. Y él era solo un poeta que había perdido la única protección de la que disponía.

A la mañana siguiente, varios soldados le pusieron los grilletes y le vendaron los ojos. Cuando le quitaron la venda, acertó a ver que se encontraba en el Foro de Trajano frente a su estatua de bronce. A una orden de Adriano, un robusto legionario con una maza de hierro empezó a golpear la efigie hasta que cayó a tierra. Allí continuó golpeándola hasta que quedó hecha un amasijo irreconocible. Cada golpe que el legionario daba a la estatua era como si se lo propinaran al propio Claudiano.

—He aquí la metáfora de tu vida —dijo el *prefecto urbis* señalando los restos de la estatua.

Marcio, su amigo filósofo, que había estado observando la escena desde lejos, pudo ver las lágrimas en el rostro de Claudiano y siguió a los soldados que lo escoltaban hasta la prisión. Conocía bien las prisiones por haberlas sufrido en varias ocasiones, de modo que sabía dónde se encontraba el poeta y esperó a que anocheciera. Era una celda en un sótano, y el hueco para respirar estaba tan alto que el poeta no alcanzaba a tocarlo con la mano. El filósofo siseó para que llamar su atención.

—Claudiano, soy Marcio.

—Vete, Marcio —dijo Claudiano, tan despacio que casi ni se le oía —. Si te descubren acabarás en otra celda.

—Sí, me voy, pero quería despedirme de ti. En cuanto pueda dejaré Roma para siempre. Es imposible vivir ya en esta ciudad.

—Haz una última cosa por mí —le pidió Claudiano—. Debajo de mi cama hay una cajita de cuero. Tráemela antes del amanecer.

Marcio sabía lo que contenía esa caja, pero no dudó ni un momento en llevársela a su amigo.

A la hora cuarta de la noche, sin hablarse para que los centinelas no los descubrieran, el filósofo deslizó la cajita entre los barrotes, y el poeta, que la oyó caer, la buscó a tientas. Claudiano sabía que nadie iría a su celda hasta la hora segunda y tuvo tiempo de hacer balance de su vida. A pesar de las penosas circunstancias, pensó que había merecido la pena. Era posible que el escrito contra Adriano desapareciera, pero no la mayoría de sus otros textos que estaban a buen recaudo porque eran ya documentos oficiales del imperio. Rememoró toda su infancia y su juventud en Constantinopla en casa de Teón e Hipatia, hasta el momento en que la gran Biblioteca fue quemada. Después de su llegada a Roma se había abierto para él un mundo en el que fue feliz hasta que la nobilísima se cruzó en el futuro de aquella familia que lo había acogido como a uno más. Incluso en el barrio de Suburra, haciendo de maestro de los hijos de los artesanos, había conseguido disfrutar de la vida. Abrió la cajita de cuero, sacó una bolsita y tragó todo su contenido. Quería que fuese muy rápido. Cuando el centinela empujó la puerta de la celda, encontró el cuerpo sin vida de Claudiano, que había conseguido burlar por última vez al prefecto alejandrino de Roma.

La muerte de Serena había sido en vano. Solo había servido para saciar la sed de venganza que se acumulaba en la mente de los miembros de los partidos religiosos. Sin embargo, produjo un gran efecto sobre Alarico, que la había admirado desde que la conoció en el palacio de Constantinopla, y, aunque no la tenía en la misma estima que a su marido, reconocía su valía como dirigente del imperio. Para el rey godo era una muestra más de la intolerancia a la que había llegado aquella sociedad que él pretendía regenerar.

Con el paso de los días, los víveres fueron agotándose; las raciones que se distribuían eran cada vez más pequeñas, hasta que el hambre se

apoderó de la ciudad. Roma era una enorme fortaleza sumida en el miedo que, además, no se comunicaba con la corte imperial y, sobre todo, que carecía de soldados para defenderla. Solo unos pocos contingentes de legionarios y algunos habitantes, que habían buscado armas en los mermados arsenales de la urbe, asomaban a sus almenas dando poca sensación de solidez defensiva a los cientos de miles de sitiadores.

La mansión de los Anicios, la familia más rica de Roma, también iba quedándose sin cereal suficiente para alimentar a la familia y a sus sirvientes, aunque todavía podrían aguantar unos días. Sentadas en el gran *atrium*, tres mujeres de distintas generaciones conversaban con estupor sobre la situación de emergencia en que vivía la ciudad.

La matrona de la casa, Proba Faltonia, comentó con evidente enojo:

—Llevamos demasiado tiempo gobernados por políticos incompetentes. El emperador Honorio es la peor herencia que Teodosio pudo dejarnos. Según dicen, su única preocupación son las gallinas que cuida personalmente en el palacio imperial de Rávena.

Las palabras de la matrona resonaban entre las columnas que formaban el peristilo del *atrium* como un eco que hacía que las voces se tornaran en sonidos siniestros. Los bustos de los antepasados distribuidos por aquel patio porticado eran el único recuerdo del pasado pagano de aquella familia que, si bien era ahora profundamente católica, no simpatizaba con los métodos violentos del partido católico.

Proba Faltonia era la hermana mayor de Marco Probo, el padre de Valeria. La que fuera prometida de Alarico llevaba catorce años refugiada en aquella casa, desde que, embarazada, huyó del pueblo de los baltos para no perjudicar la carrera política del rey godo. Cuando se presentó, a punto de dar a luz, y se identificó como su sobrina, la matrona la acogió con afecto. Unos días después de su llegada nació Servilia, la hija de Alarico, cuya existencia él desconocía. Valeria jamás reveló la identidad del padre. Y Servilia se educó como una niña más de la familia, como la hija de una patricia romana.

Valeria, que en secreto seguía añorando a Alarico, intentaba disimular su dolor ante los insultos y las imprecaciones que oía desde

hacía bastante tiempo por toda Roma contra la barbarie y la crueldad del rey godo. Afirmaban que era un ser zafio, un bárbaro ignorante, una bestia inmunda que quería arrasar la ciudad para quedarse con todas las riquezas que atesoraba. Pero ella sabía que no era cruel ni codicioso. Muchas veces habían hablado del amor que profesaba a la ciudad y de su deseo de ser acogido como un romano. Cuando pensaba en los tiempos en que ambos paseaban a caballo por los bosques de Peuce, se abstraía hasta el extremo de parecer ajena a lo que se decía a su alrededor.

Proba Faltonia continuaba hablando de los males de Roma.

—Han asesinado al único político que podría habernos librado de estos padecimientos. Estilicón era un semivándalo, es verdad, pero era tan bárbaro como lo eres tú, Valeria. Yo lo he tenido muchas veces de invitado en esta casa, y ninguno de los senadores con muchas generaciones de sangre patricia podía comparársele en elegancia y cultura. Era más romano que los propios romanos. Los del partido católico son unos racistas repugnantes que se creen superiores a los que llaman bárbaros. No se puede tratar a las personas como si fueran animales, y eso es lo que hemos hecho con esos pobres refugiados que han servido lealmente durante años como tropas auxiliares o como sirvientes en las casas romanas.

Cuando Faltonia empezó a hablar sobre los bárbaros, Valeria volvió a poner atención en sus palabras. La muerte de las familias de los auxiliares había sido para ella un golpe que la tuvo postrada durante muchos días y del que todavía no se había recuperado. ¿Cómo era posible esa extrema crueldad en personas que decían llamarse cristianas? Valeria seguía conservando la Biblia traducida por Ulfilas, que se sabía de memoria. A su mente llegaban aquellas palabras del Levítico que tantas veces le habían recordado que su padre, un patricio romano, había sido un extranjero acogido como uno más en la tierra de los godos: «El extranjero que resida con vosotros os será como uno nacido entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto». Pero esos cristianos llamados católicos despreciaban a los extranjeros, los llamaban basura o inmundicia. Y su único objetivo era echarlos del

territorio del imperio, cuando no matarlos directamente.

—La matanza de las familias de los auxiliares ha sido algo de lo que todos los romanos deberíamos avergonzarnos —añadió Faltonia—. Se dice que detrás de ese genocidio estaba la nobilísima. Parece que ella y Olimpio fueron los que azuzaron al ejército imperial y a los católicos xenófobos para que aniquilaran a las familias de los auxiliares.

Valeria, que había hablado con Gala Placidia en las ocasiones que visitó la casa de los Anicios, veía en aquella niña bellísima a una joven ingenua y encantadora, enamorada de Euquerio, el hijo de los regentes. No podía creer que la cándida muchacha que había conocido fuese ahora ese monstruo del que se hablaba por la ciudad como la abanderada de aquellos salvajes católicos que Valeria consideraba ajenos por completo a las doctrinas de Cristo.

—Para muchos es una especie de heroína —comentó Valeria.

—Mejor decir una ambiciosa, fanática y enloquecida que está llevando a Roma a la destrucción. Parece que ella es la inductora de la muerte de toda la familia del regente. Mi marido me ha explicado su intervención como acusadora de Serena en el estrado del Senado —concluyó Faltonia.

—¿La hija del emperador es una fanática enloquecida? —preguntó Servilia, que no había perdido detalle de lo que hablaban ambas mujeres.

—Bueno, son murmuraciones de la gente —dijo Valeria mirando con gesto hosco a su tía por hablar así delante de Servilia. No quería que su hija se preocupara por todo lo que estaba pasando en la ciudad.

La única persona en toda Roma que podía hablar con propiedad sobre Alarico, un bárbaro ilustrado que dominaba el griego y el latín y sentía una admiración por Roma que ya no conservaba casi ningún romano, era ella, precisamente ella, que había crecido con él, y que fue el único hombre al que amó de verdad. Pero había decidido llevarse el secreto a la tumba. Alarico nunca sabría que vivía en Roma y que, además, tenía una hija de él.

Valeria volvió a ensimismarse y sufrió un vértigo que la hizo postrarse en su silla.

—¿Estás bien, Valeria? —le preguntó Faltonia—. Parece que mis

palabras te han incomodado.

—No es nada. Pronto se me pasará, es solo un ligero mareo.

—Pero estás muy pálida —dijo Servilia.

Aquella joven de catorce años e intensos ojos azules observaba a su madre con cara de preocupación.

—Ya os he dicho que no me pasa nada. —Valeria volvió el rostro hacia su hija—. No tienes por qué preocuparte, Servilia.

—Trae a tu madre un vaso de agua —le indicó Faltonia—. Al menos el agua no nos falta.

Mientras la joven se ausentaba, la matrona miró a Valeria a los ojos; los tenía húmedos y enrojecidos.

—Nunca has querido hablarnos del padre de Servilia, salvo que murió en la batalla del río Frígido.

—Es que no puedo hablar de él.

—Pero es tu hija y creo que tiene derecho a saberlo.

—Tienes razón, tía —dijo Valeria—. Cuando llegue el momento se lo explicaré todo, pero por ahora me es imposible.

La joven se acercaba con el vaso de agua para su madre, y las dos mujeres cambiaron de tema para continuar hablando de la situación en que se encontraba Roma.

—No sé qué haremos cuando se acaben las provisiones. Alarico puede dejarnos morir de hambre, pues está claro que el ejército imperial no hará nada por defendernos. Al emperador solo le importan sus gallinas. Cada vez estoy más convencida de que deberíamos llegar a un acuerdo con el godo. Si Estilicón quería ese pacto, sin duda es la única salida que le queda al imperio. Se comenta que no es un bárbaro salvaje e ignorante como asegura el partido católico, sino que es tan culto y educado como cualquier patricio romano. Símaco dijo una vez en esta casa que le parecía el sustituto perfecto de Estilicón.

Valeria no deseaba apostillar aquellas palabras. Faltonia continuó:

—Pero los rumores que circulan por ahí lo retratan como un bárbaro más que solo ansía las riquezas de Roma. En lo único en lo que están de acuerdo los partidos religiosos es en calumniar. Tú eres medio goda y te educaste entre los godos. ¿No llegaste a conocer a Alarico cuando vivías entre ellos?

—Ya sabes que prefiero no hablar de aquella época.

—Responde simplemente si llegaste a conocerlo.

—Te he dicho muchas veces que no quiero hablar de aquellos tiempos. —Valeria guardó silencio un instante—. Estoy un poco cansada. Voy a retirarme a mi habitación un rato.

Servilia se quedó en el *atrium* con su tía abuela, a quien adoraba, igual que esta a ella. Muchas veces Faltonia miraba a aquella joven y no veía en su rostro ningún rasgo romano. Lo cierto era que el aspecto de Servilia era completamente godo. Se parecía muchísimo a su abuela Amanda, a la que no llegó a conocer porque murió durante la travesía del Mediterráneo antes de llegar a Roma.

El Senado decidió enviar una embajada a Rávena para pedir ayuda. Los senadores no entendían que Honorio no atendiese a la llamada de auxilio de la Ciudad Eterna, así que, protegidos por un grupo de soldados, salieron a toda prisa de la ciudad aprovechando las sombras de la noche, sin dar tiempo a los vigilantes godos a reaccionar.

El propio emperador, en presencia de Olimpio, recibió a los emisarios.

—El rey godo mantiene sitiada Roma —dijo el jefe de la embajada—. Son muchos días de asedio. La población pasa hambre, reina el caos y los muertos por inanición aumentan. Los cadáveres son tantos que ya no podemos enterrarlos. Nos postramos a tus pies suplicando tu ayuda, emperador. Si dejamos pasar más tiempo, nadie sobrevivirá.

—Sé cuál es la situación de Roma. Llevo muchos días reflexionando sobre cómo podría auxiliarla. Os noto extenuados por el largo viaje —dijo Honorio para evitar contestar inmediatamente y tener tiempo para comentar la cuestión con Olimpio y Gala Placidia—. Alojaos en palacio y en los próximos días volveremos a reunirnos.

Ya en sus aposentos privados y estremecido por el relato de la agónica situación en que estaba la ciudad, preguntó a Placidia en presencia de Olimpio:

—¿Cómo podemos ayudar a Roma?

—Por ahora, nada podemos hacer —respondió Olimpio.

—Están en una situación desesperada —insistió Honorio mientras Gala Placidia continuaba con cara de preocupación sin decir nada—. Deberíamos enviar al ejército imperial.

—El ejército imperial debe vigilar la corte y proteger al emperador de cualquier ataque. No olvides que el usurpador Constantino está decidido a invadir Italia. ¿Quién te protegerá, si así sucede? —planteó Olimpio.

—Entonces no queda más remedio que pactar con Alarico —dijo Honorio.

—¿Y entregar el imperio a un bárbaro? —Placidia se levantó enfurecida y se encaró con su hermano—. ¡Olimpio ya te ha dicho que nada podemos hacer! Solo esperar.

—No me hables en ese tono —le espetó Honorio—. Soy el emperador.

Olimpio se sorprendió por la forma en que se había expresado su pupilo. Pero decidió no darle importancia. Placidia sabría controlar a su hermano como había hecho hasta entonces.

Finalmente, la embajada regresó a Roma con las manos vacías. La situación era ya insostenible. El Senado se reunió de urgencia y envió una delegación a hablar con el rey godo. Estaba compuesta por dos ancianos y respetados senadores que habían ostentado la dignidad de cónsul. Alarico los recibió de inmediato en la tienda real creyendo que llegaban con intención de pactar.

—¿Habéis venido para negociar? —les preguntó.

—No es ese nuestro encargo. El Senado nos envía a decirte que has entrado ilegalmente en Italia. No eres bien recibido. Por tanto, debes irte con tu ejército. Dentro de la ciudad de Roma hay tropas armadas dispuestas a combatir. Será mejor que levantes el asedio y que vuelva la paz.

—¿Tenéis un ejército dispuesto a combatir? —Alarico se pasó la mano por la larga cabellera rubia y, después de un instante de silencio, comenzó a reír—. ¿Debemos echarnos a temblar? ¿Nos aniquilareis?

Las carcajadas del rey godo contrastaban con la seriedad de los enviados del Senado, que no se atrevían a contestar al balto cuando

este se levantó del trono. La altura de Alarico les hizo mirar hacia arriba. Su cara estaba ensombrecida por la ira ante la ironía que suponía la actitud de aquellos que estaban sitiados y en una situación desesperada. Con gesto serio, volvió a hablar:

—Yo solo quiero servir al imperio. Vuestro emperador me concedió el título de *magister militum* y, sin ninguna explicación, me lo retiró. Me propuso firmar un tratado que más tarde incumplió. Se negó a pagar los gastos que el pueblo godo hizo para rearmar el ejército que había de servirle a él, precisamente. Son demasiados incumplimientos impropios de Roma. No contento con ello, Honorio mandó asesinar a la única persona que era capaz de dirigir el imperio.

Después de esas reflexiones del rey godo, los embajadores, esa vez sí, se atrevieron a hablar.

—¿Qué deseas para concluir el asedio?

—Ser repuesto en el cargo de *magister militum*. Ahora que ha muerto Estilicón, yo me encargaré de restablecer el orden en el imperio. Os libraré del usurpador Constantino y recuperaré para Occidente las provincias de Iliria y Grecia —respondió Alarico.

—Eso que pides está fuera de nuestro alcance. Es el emperador quien debe decidirlo.

—Ese emperador no os está protegiendo. Deberíais buscar a alguien que se preocupe de la paz y el orden en el imperio. Honorio ha demostrado que no es capaz de cumplir con su cometido.

—Pero todo eso que dices no nos compete.

—Entonces —dijo Alarico— deberéis pagar los gastos derivados de armar y dotar de provisiones a mi ejército. Pero al no haberlo hecho en el momento en que exigí ese pago, la compensación se ha incrementado porque he tenido que venir con mis tropas hasta aquí.

—¿A cuánto asciende la deuda? —preguntaron los embajadores.

—Para levantar el asedio nos entregareis todo el oro y la plata que haya en la ciudad, además de todos los esclavos extranjeros.

—Eso es demasiado. ¿Qué nos quedará después de pagarte?

—¡Os quedará la vida! ¿No os parece suficiente?

El Senado no podía afrontar semejante rescate ya que la compensación que el rey godo exigía no estaba cuantificada y era

imposible conocer las cantidades de oro y plata de que disponían los patricios y los comerciantes. Se creó una comisión formada por godos y romanos que fijó las cantidades que Roma debía entregar al rey godo: cinco mil libras de oro, treinta mil libras de plata, tres mil piezas de tejidos de seda y tres mil libras de especias. Una vez que se hubiese abonado el rescate, se pondría fin al asedio de la ciudad. En contra de lo que se habría esperado, el acuerdo alcanzado fue ratificado por el emperador Honorio, que era la garantía que Alarico exigió.

Enseguida se liberó a los esclavos extranjeros y, tal como preveía el balto, se apresuraron a engrosar las tropas godas. El Senado tardó varios días en conseguir solo una parte de las cantidades del rescate. Sin embargo, al existir la garantía imperial, Alarico levantó el cerco a la Ciudad Eterna.

Acababa el año 408 cuando el ejército de Alarico se retiró a la región de Etruria cargado de riquezas y de provisiones que se habían llevado de los almacenes del puerto de Ostia. Todo se había conseguido sin necesidad de combatir. Pero aunque para el conjunto de los godos había sido una jugada maestra de su rey, Alarico no lo consideraba un éxito. A pesar del enorme botín, sus aspiraciones no se habían cumplido en absoluto. Continuaba sin ostentar el cargo de *magister militum*, que era lo único que deseaba realmente, y lo peor de todo era que seguía siendo un enemigo del imperio. El tratado establecido para levantar el asedio incluía una cláusula final en la que el ejército godo se ponía a disposición del emperador. Fue la única parte del acuerdo que Honorio no aceptó. Esto le dolió especialmente a Alarico porque él se consideraba un general romano, no solo por su educación, sino también por el profundo amor y la admiración que profesaba al imperio, un imperio que albergaba en su corazón y para el que quería garantizar un futuro de gloria. ¿Quién podría dirigirlo después de la muerte de Estilicón?, se preguntaba, sabiendo que la única respuesta era: él mismo.

46
El plan de Rávena

Después de levantar el asedio, muchos ciudadanos romanos se pusieron de parte del balto y se convencieron de que, ante la imposibilidad de vencer al poderoso ejército de Alarico, lo mejor era pactar con él e incorporar toda esa fuerza militar a las tropas imperiales, aunque eso conllevase dar el mando supremo a un bárbaro. Al fin y al cabo, había habido otros bárbaros que lo habían ostentado sin detrimento alguno para Roma. Pero una decisión así debía tomarla el emperador, que ya había firmado un tratado con el rey godo y después lo había anulado.

Olimpio seguía propagando entre los nuevos generales del ejército imperial que había que resistir a las tropas godas. No se podía entregar todo el poder a un militar bárbaro que, por si fuera poco, dirigía un ejército de herejes arrianos y de paganos. Además de ser bárbaro, se daban en Alarico todas las condiciones para que el partido católico lo rechazara; solo veían en él un enemigo a destruir. El problema de Olimpio y Gala Placidia era que no disponían de un ejército para hacer frente a ese enemigo.

La ciudad de Roma, a su vez, tenía aún un problema muy grave: solo había entregado al rey godo una parte de las compensaciones pactadas a cambio del levantamiento del asedio, a pesar de que el propio emperador había garantizado el acuerdo con su firma. Todavía quedaban cantidades a satisfacer, y la corte de Rávena finalmente rehusó pagar el resto de la deuda al que el Senado dijo no poder hacer frente. Alarico envió mensajes para advertir que, de no recibir en su integridad lo estipulado, iniciaría de nuevo el asedio de la Ciudad

Eterna. Ante tal amenaza, que los romanos sabían que se concretaría de inmediato, el Senado mandó a Rávena una delegación para exigir del emperador que ordenase que el ejército imperial se dirigiese a Roma para destruir a los godos o que, si no tenían medios para hacerlo, se pagase a Alarico la parte que se le adeudaba.

Fueron tres los senadores designados para componer esa delegación que iría a entrevistarse con Honorio. Dos de ellos eran Ceciliano y Maximiliano, y el tercero se trataba de un viejo conocido de Alarico y Calista, el ahora senador Prisco Atalo. El actor y músico se había infiltrado entre la alta aristocracia de Roma hasta conseguir ser reconocido como patricio y llegar a senador. Experto en retórica oriental, su verbo era musical y florido. Pero era también un gran conversador, lo que le hacía ser el centro de todas las reuniones y fiestas a las que asistía asiduamente. En el tiempo que llevaba en Roma se había granjeado no solo las simpatías de la clase patricia sino también la admiración del pueblo. De la mano de Símaco, lo habían recibido como un gran personaje procedente del Imperio de Oriente. Como si se tratara de una comedia de Plauto, interpretaba al personaje público que todos admiraban, lo que le había propiciado una rápida y brillante carrera política que le permitió ser una de las personas más influyentes de la ciudad. En el Senado pensaron que si alguien podía convencer al emperador ese era Prisco Atalo. No era ajena a esa popularidad su indiscutible elegancia, sus refinadas maneras y su habilidad para escribir versos y cantarlos acompañándose de la lira. Tenía un don natural para el canto.

Desde su llegada a Rávena, la delegación del Senado, que había sido recibida con gran agasajo por parte de Olimpio, intentó conmover a los altos funcionarios de Honorio con el relato pormenorizado del asedio de Roma. Ante la falta de concreción de la corte, el senador Ceciliano tomó la palabra:

—No hemos venido a suplicar, aunque si es necesario lo haremos. Roma se encuentra en la situación más complicada desde su fundación hace más de mil años. El rey godo pide que se le satisfaga la parte que falta de la compensación acordada por el Senado y que el emperador ratificó.

Continuó hablando el senador Maximiliano:

—Si no es posible que el tesoro del imperio pague las cantidades comprometidas, el emperador deberá enviar a su ejército para combatir al de Alarico y, tras vencerlo, expulsarlo fuera del territorio.

Los tres miembros de la delegación se habían repartido muy bien los papeles, y le quedaba a Prisco Atalo plantear la tercera alternativa:

—Si es imposible pagar la deuda y enviar las tropas, solo queda una posibilidad, que es firmar un nuevo tratado con el rey godo.

La formulación de los senadores no podía ser más clara y no había ninguna otra alternativa. La cuestión era que estaban en Rávena y allí, ante el emperador y su corte, el problema no tenía solución. Los godos eran bárbaros, paganos unos y herejes arrianos los demás, y lo único que cabía contra ellos era la aniquilación o la expulsión del territorio del imperio, pero nunca la firma de un tratado de paz que implicaba concesiones de todo tipo. Eso dejaba inerme al pueblo de Roma, porque una cosa que les quedó muy clara fue que el ejército imperial carecía de los recursos necesarios, en lo que se refiere a generales y tropas, para vencer al ejército godo.

Los embajadores vieron que su estancia se dilataba y solo recibían respuestas ambiguas, como que el emperador sabría castigar a esos salvajes que de ningún modo podían oponerse al imperio. Se trataba, decían en Rávena, de una molestia pasajera. El imperio era eterno. La única cosa que sacaron en claro fue que el emperador no pagaría la deuda contraída con el balto. No tenían nada concreto que pudiera sacarlos del atolladero, ninguna respuesta positiva que llevar al Senado.

Olimpio, sin embargo, propuso a Honorio que concediera a los tres senadores cargos que ellos no habían solicitado. Así, Ceciliano fue nombrado prefecto del pretorio, lo que significaba que debía permanecer en Rávena; Maximiliano, censor; y Prisco Atalo, prefecto de finanzas.

Mientras los embajadores se encontraban en Rávena, Olimpio y Placidia se reunieron con Honorio para intentar cambiar el curso de los acontecimientos.

—La situación se ha vuelto tan complicada que no se avista más que

alguna de las tres soluciones que los embajadores del Senado nos proponen —dijo Honorio—. Hemos asesinado a la única persona que podría enfrentarse a Alarico con posibilidades de éxito.

—Estilicón habría pactado con el rey godo —afirmó Placidia—. Y no se puede pactar con la persona que está subyugando Italia.

—¿Se te ocurre otra posibilidad? —preguntó su hermano.

—Sí. Solo tenemos que convenir un acuerdo con el usurpador Constantino III para que nos envíe su ejército para luchar contra Alarico. Según las últimas noticias, sus tropas han crecido de manera formidable con la inclusión de decenas de miles de bárbaros del otro lado del Rin y del Danubio.

—¿Y por qué razón iba a comprometerse a ayudarnos? —dijo Honorio—. Nada tiene que arriesgar permaneciendo a la espera y sí mucho que perder si se enfrenta a Alarico.

—Constantino no es un bárbaro como Alarico y ha demostrado ser un buen general. Si lo reconocemos como emperador de Hispania, la Galia y Britania, no podrá negarse.

—Britania está en poder de los bárbaros caledonios —le recordó Olimpio.

—Será su obligación reconquistarla —repuso Placidia—. Por lo pronto, si Constantino acepta nuestra proposición, y creo que no se negará, estaría en situación de atacar por sorpresa la retaguardia de Alarico.

—Y podemos solicitar la ayuda del ejército oriental —dijo Olimpio —. Su obligación es ayudar a sus hermanos occidentales en la guerra contra los bárbaros.

—Durante los últimos días he estado pensando y… creo que hay dos posibilidades más —anunció Placidia—. Tenemos un aliado que permanecerá fiel a la corte de Rávena y hará lo que le pidamos.

—¿Te refieres a Heracliano, el oficial que cortó la cabeza a Estilicón? —preguntó Olimpio.

—Sí —respondió Placidia—. Por ahora es una opción que me reservo. Pero, además, he dado la orden de que regrese a Rávena un contingente de siete mil legionarios acantonado en Dalmacia que servirían para reforzar el ejército imperial.

El plan consistía en agrupar un ejército tan poderoso como el de Alarico, para atacarlo por tres frentes distintos.

El rey godo, que disponía de espías dispersados por todos los rincones del imperio, se enteró muy pronto del plan de Rávena. Además aguardaba la llegada inmediata de su lugarteniente, Ataúlfo, que, previendo la posibilidad de que el ejército imperial se reforzase, se había desplazado al otro lado del Danubio para reclutar tropas adicionales. Sin embargo, los últimos informes que Alarico recibió no fueron todo lo favorables que esperaba.

Conocedores de la llegada del ejército de Ataúlfo, los generales de Rávena salieron a su encuentro con la totalidad del ejército imperial. La desigual batalla dejó más de mil muertos godos, pero los supervivientes, que eran casi diez mil, alcanzaron Etruria y lograron reunirse con las tropas de Alarico.

Por su parte, los siete mil legionarios que salieron de Dalmacia para reforzar el ejército imperial entraron finalmente en Rávena. Su primera misión fue dirigirse a Roma escoltando al nuevo censor, Maximiliano, y al nuevo prefecto de finanzas, Prisco Atalo. Alarico, conocedor de las fechas y las rutas, preparó una emboscada. Las legiones venidas de Dalmacia lucharon con valentía, aunque, dada la superioridad numérica de las tropas godas, fueron masacradas. El enfrentamiento fue atroz y murieron casi todos los legionarios. Pero Prisco Atalo, protegido por una escolta de cien legionarios, logró evadir el cerco y consiguió llegar sano y salvo a Roma. El senador Maximiliano, en cambio, fue capturado y quedó como rehén del rey godo. Con esa captura Alarico obtuvo un éxito espectacular porque la familia del rehén pagó por su rescate treinta mil piezas de oro.

La muerte de Estilicón había dejado a Roma huérfana de un verdadero jefe de Estado. Placidia, que manejaba a Honorio a su antojo, consideró que era el momento de que su hombre de confianza tomase el mando en Rávena. Si bien el prefecto del pretorio era ahora el anciano patricio Ceciliano, uno de los tres senadores que había formado parte de la delegación que desde Roma acudió a Rávena para

pedir ayuda al emperador a fin de evitar un nuevo asedio, el senador no tenía el mando real del cargo para el que Honorio lo había nombrado. Así pues, la nobilísima consiguió que el emperador lo destituyera y nombrara a Olimpio como nuevo prefecto del pretorio. Ella seguía teniendo todo el poder en Rávena, pero se desplazaba con frecuencia a Roma, donde estaba el núcleo del partido católico, un partido que, bajo su dirección ahora ya pública, no paraba de crecer. Por eso en los últimos tiempos pasaba largas temporadas en la Ciudad Eterna.

El nuevo primer mandatario, Olimpio, que era un excelente calumniador y un verdadero virtuoso de la intriga, resultó ser un mandatario detestable. Dedicaba más tiempo a enriquecerse que a gobernar. La política religiosa y antibárbara de Placidia había descabezado el ejército de sus mejores mandos. Muchos generales, tribunos y oficiales tuvieron que dejar el ejército. Mientras la nobilísima se encontraba fuera y para controlar el ejército, Olimpio nombró en sustitución de los mandos cesados a militares intrigantes de su confianza que siempre habían estado en las inmediaciones del poder en el palacio imperial, que no conocían el funcionamiento real de las tropas y que nunca habían participado en ninguna batalla o acción bélica. Por eso tanto los legionarios como sus comandantes los despreciaban y no reconocían su autoridad. Entre esos mandos decepcionados estaba el tribuno Jovio, amigo de Alarico y Calista, quien, dada su inteligencia y su capacidad de relacionarse, se había vuelto un líder carismático entre los miembros más destacados del ejército imperial. Calista en sus cartas le pedía que se infiltrara en la corte de Rávena para que la informase de los movimientos de Gala Placidia.

Como cada noche, Calista leía la correspondencia al rey godo en la tienda real, que era también el lugar en el que ella vivía. Esa vez se trataba de una carta de Jovio:

> Mi estimada Calista, estoy haciendo grandes progresos. Una parte del ejército imperial está decepcionada por los nombramientos de Olimpio, que consideran una traición al espíritu que siempre informó la idiosincrasia militar. Salvo excepciones, siempre se designaban para cargos militares a las personas mejor

> dotadas para el mando y la confrontación bélica. He hablado con muchos oficiales y tribunos que no tienen ningún problema en manifestar su descontento. Si consigo que me secunden puedo poner al emperador contra las cuerdas. Creo que ha llegado el momento de entrar en la corte por la puerta grande, pero para ello debo deshacerme de Olimpio. Me gustaría que pudiéramos reunirnos para hablar de los detalles y que Alarico esté informado de todo lo que puedo hacer para infiltrarme en la corte. Estoy seguro de que desde dentro lograré preparar el camino para que el rey se haga con el poder del ejército. Siempre a tus pies.

—El ambiente militar se ha enrarecido en el ejército imperial en Rávena —dijo Alarico—. Eso es muy bueno para nosotros.

—Eso parece —convino Calista—. Es el momento de dar un golpe de mano. Y Jovio puede ser la persona adecuada para hacerlo.

—¿Qué has pensado? —preguntó el balto.

—No creo que nos interese atacar Rávena porque eso te impediría conseguir el poder del ejército de manera pacífica —dijo Calista, y Alarico asintió—. Si te parece, me desplazaré hasta Rávena para planear con Jovio cómo podemos aprovechar la complicada situación de las legiones.

—Muy bien. Que te acompañen Walfram, Adler y Brand.

—Enviaré un correo a Jovio para que prepare nuestro encuentro —concluyó Calista.

—Envíaselo cifrado, no sea que lo intercepten.

—Siempre lo hago así.

La llegada de Calista a las inmediaciones de Rávena se mantuvo en la más absoluta discreción. Jovio, a quien no veía desde hacía varios años, vestía de paisano y había llegado solo hasta aquella perdida encrucijada de dos caminos secundarios, en una zona boscosa por la que nadie pasaba a esas horas de la noche. Habían preparado el encuentro personas de confianza de ambos. Después de un saludo en el que los dos manifestaron su alegría por encontrarse de nuevo, acordaron ser muy rápidos ya que, de descubrirlos, todo el plan quedaría perjudicado y la vida de Jovio peligraría.

—¿Cómo tienes de avanzado tu proyecto de obtener un puesto en el

palacio imperial? —preguntó Calista.

—He conseguido cierta ascendencia entre los mandos que están descontentos con los nefastos nombramientos que ha hecho Olimpio. Estoy seguro de que secundarán cualquiera de mis iniciativas.

—¿Qué has pensado?

—Puedo hacer estallar un motín entre las tropas acantonadas en Rávena para exigir la destitución de esos mandos que carecen de experiencia. Especialmente hay dos generales, Turpilio y Vigilando, que han concitado el odio de todos los rangos, desde generales hasta legionarios. El primero, por su incompetencia para ser *magister militum*, y el segundo, por sus desastrosas actuaciones frente a Alarico. Vigilando fue el responsable de la muerte de los siete mil legionarios acantonados en Panonia que él dirigió mientras escoltaban a Maximiliano y Prisco Atalo.

—Y si lo consigues, ¿cómo aprovecharás el motín en tu beneficio?

—Puedo ejercer como salvador del emperador. Haré que los amotinados amenacen con asaltar el palacio imperial. Están bastante predispuestos desde los sucesos de Pavía.

—Tienes que lograr que Honorio te nombre prefecto del pretorio. Así serás tú el interlocutor de Alarico.

—Creo que al menos puedo intentarlo. No soy conocido y no recelarán de mí —dijo Jovio—. En cuanto todo haya acabado, te enviaré un mensajero.

—No dudo que vas a ser el próximo prefecto del pretorio —concluyó Calista—. Recuerda que Olimpio no puede quedar con vida.

Jovio consiguió entrevistarse en secreto con dos de las personas que ostentaban más poder en la corte después del nuevo prefecto del pretorio: los eunucos Arsacio y Terencio. Eran los hombres de confianza de Olimpio y cuidaban del orden y la seguridad en el palacio. Se trataba de que traicionaran a su jefe. De la capacidad negociadora de Jovio dependía su futuro.

—¿Para qué nos has convocado? —preguntó Arsacio, que se había quedado de pie en las dependencias privadas de los eunucos del palacio imperial, donde se celebraba la entrevista. Su envergadura hacía que Jovio tuviera que alzar la cabeza para mirarlo.

—Soy el tribuno Jovio.

—Sí, ya sabemos quién eres. Por eso nos hemos dignado recibirte. Es conocido que tienes mucha influencia entre los comandantes —dijo Arsacio.

—Hablaré con vosotros solo si mantenéis la discreción necesaria.

—¿Por qué tenemos que hacerte caso? —preguntó Terencio, que se había sentado enfrente de Jovio.

—Porque creo que os conviene. Especialmente para vuestro futuro —dijo Jovio—. Como sabéis, las tropas están descontentas por los nombramientos de Olimpio. Y en cualquier momento puede producirse un motín contra el palacio imperial.

—¿Hemos de tener miedo? Somos dos simples eunucos.

—Los legionarios creen que Olimpio es el responsable de todos los males que aquejan al ejército imperial y vosotros sois sus hombres de confianza. Considero que es motivo suficiente. Después de ir a por él, os buscarán a vosotros.

—¿Y por qué nos dejarían en paz?

—Porque yo os protegeré —aseguró Jovio—. Solo debéis facilitarme el acceso al emperador cuando yo os lo pida. O al menos no impedirme que me entreviste con él.

Los dos eunucos salieron de la habitación para comentar a solas la propuesta del tribuno porque se dieron cuenta de que hablaba en serio.

—De acuerdo —aceptó Arsacio cuando volvieron a entrar—. ¿Cuándo se producirá lo que nos anuncias?

—¿Cuándo se marcha Gala Placidia a Roma? —Jovio contestó con otra pregunta.

—Mañana tiene prevista su salida.

—Pues será pasado mañana —dijo Jovio—. Pero es importante que la nobilísima no sepa nada de lo que hemos hablado. De lo contrario, me resulta imposible garantizar que no se produzca un baño de sangre en el palacio y pueda morir hasta el emperador.

Los eunucos le aseguraron que todo se haría según sus instrucciones.

El día señalado Jovio consiguió promover un motín entre las tropas imperiales acantonadas en Rávena. Ni siquiera los propios generales

pudieron controlarla. La revuelta se había generalizado y el emperador se encontraba recluido en sus aposentos acompañado exclusivamente por los eunucos y los miembros de la guardia imperial, quienes no sabían qué determinación tomar ante las demandas de los legionarios, que no eran exclusivamente monetarias. A pesar de la violencia de la situación, estaban tranquilos por la conversación que habían tenido con Jovio. Los amotinados querían la ejecución de los nuevos generales nombrados a propuesta de Olimpio por considerarlos manifiestamente incompetentes. También pedían la muerte de Olimpio y de los eunucos. Todo había sido tan rápido que en el palacio imperial no tuvieron tiempo de reaccionar. Cuando se dieron cuenta de la gravedad de la situación, los legionarios, bajo la dirección de los oficiales y los tribunos, estaban a las puertas del palacio. Fue entonces cuando Jovio, como representante de los amotinados, entró sin que nadie se acercase a recibirlo por el temor que embargaba a los miembros del gobierno. La guardia personal del emperador no estaba en condiciones de enfrentarse a los que sitiaban el palacio y prefirió no hacer nada por el momento. Jovio se reunió con los eunucos Arsacio y Terencio, que, tal como habían acordado, le facilitaron una entrevista con el emperador.

Vestido con la túnica de senador, entró en la cámara imperial, donde encontró a Honorio, pálido, ojeroso y con la expresión demudada, observando desde la ventana a las tropas enfurecidas.

—¿Quién eres? No te conozco —dijo el emperador.

—Me llamo Jovio. Soy patricio y tribuno militar. Lamento que no me conozcas, pero creo que debes oírme.

El emperador se daba cuenta de que la situación era desesperada porque los militares no aguantarían mucho tiempo sin invadir el palacio.

—Habla —se resignó Honorio.

—El ejército se ha sublevado porque no tolera el caos en el que vive el imperio. Olimpio es un corrupto que solo se dedica a robar. Los generales que él ha nombrado no gozan del aprecio de los legionarios porque los consideran militares de antecámara y carecen de competencia para los cargos que ocupan. Además, odian a los eunucos

porque dicen que te tienen secuestrado y no dejan que expreses tu verdadera voluntad. Por otra parte, Alarico tiene en jaque a Italia y ha amenazado con sitiar nuevamente la ciudad de Roma. Si no actuamos con rapidez, todo está perdido.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—Las legiones no tienen nada en tu contra, emperador. Si me autorizas a negociar con ellos, podríamos llegar pronto a un acuerdo.

—Necesito tiempo para pensar —dijo Honorio, que no quería tomar ninguna decisión en ausencia de Gala Placidia.

—No hay tiempo. Ya estuviste a punto de morir en Pavía y solo la solicitud y la rapidez de tu guardia personal te salvó la vida. Ahora se trata de todo el ejército imperial desplegado en Rávena. Aguardo tus órdenes, pero si no me autorizas volveré a mi unidad para esperar acontecimientos.

—¿Y qué me pasará a mí?

—No puedo contestar porque lo ignoro. Lo único que sé es que los amotinados entrarán en palacio si yo salgo sin una respuesta. Y la guardia imperial esta vez no podrá impedirlo.

—¿Qué pides a cambio de tu ayuda?

—Necesitaré un nombramiento que me legitime para hablar con las legiones.

—¿Cuál?

—Prefecto del pretorio. Las legiones se fiarán del primer mandatario del imperio.

—No sé qué hacer… ¿Por qué debo fiarme de tu palabra?

—Asómate a la ventana —dijo Jovio.

Jovio retiró la cortina y a la vista de emperador quedaron los miles de legionarios que gritaban consignas contra Olimpio y los eunucos. Un miedo cerval se incrustó en la mente de Honorio, y del vértigo que sintió estuvo a punto de desmayarse. La amenaza de las legiones en la puerta del palacio le hicieron ver que no había posibilidad de oponerse a los deseos de aquel desconocido que controlaba a las tropas amotinadas.

—Muy bien, ordenaré la destitución de Olimpio y también tu nombramiento como nuevo prefecto del pretorio. Haré que venga el

secretario para redactar los documentos.

—No es necesario. Aquí están los documentos.

Jovio sacó de una bolsa que llevaba colgada al hombro los documentos, a los que faltaba tan solo poner la fecha y la firma del emperador. Una vez consignadas ambas, Honorio lacró con el sello imperial tanto el nombramiento de Jovio como prefecto del pretorio, como el decreto por el que se ordenaba el destierro de los generales y los eunucos Arsacio y Terencio.

—Ah… Una última cosa, emperador. Tienes que asegurarme que las legiones recibirán una paga adicional, en una cantidad de seis meses de salario para cada legionario, con motivo de mi nombramiento —añadió Jovio, y Honorio lo aceptó también.

En cuanto el tribuno salió, el emperador se preguntó qué opinaría su hermana de todo aquello. Decidió enviar un mensajero a Roma para pedir a Placidia que regresara con urgencia a Rávena.

Jovio cumplió su palabra y alejó a las legiones del palacio. En unas cuantas horas todo había cambiado.

Antes de concluir las conversaciones de Jovio con el emperador, Olimpio había huido del palacio por una puerta trasera que el ejército amotinado no controlaba. Después se supo que había conseguido llegar hasta Panonia, pero no se le persiguió. En cambio, los barcos de los generales Turpilio y Vigilando y los eunucos, que habían intentado huir por mar, fueron interceptados y masacrados por los legionarios.

A la espera de Gala Placidia, otro hombre fuerte se había instalado en el palacio imperial, porque Jovio nombró un nuevo gobierno y consiguió que su amigo el eunuco Eusebio fuese designado gran chambelán del emperador.

47
El intento de Jovio

Jovio era un miembro activo del partido pagano que siempre había actuado en la sombra, sin darse a conocer públicamente. Cuando comenzó la gran represión de herejes y paganos, se refugió en su empleo de tribuno militar y consiguió pasar desapercibido. Tenía información detallada de los movimientos de Placidia, así como de su influencia dentro del partido católico y sobre el emperador. Junto con su plan para hacerse con el poder, había diseñado las medidas para controlar a Placidia al menos durante un tiempo. Como sabía que Honorio le enviaría mensajeros para hacerla volver a Rávena de inmediato, ordenó vigilar la salida de la ciudad y detener a cualquier mensajero del emperador con destino a Roma. Era consciente de que, una vez que la destitución de Olimpio llegase a sus oídos, Placidia regresaría enseguida. Por eso necesitaba actuar con rapidez para hacerse con la voluntad del emperador y practicar una política de hechos consumados. Jovio era un gran admirador de Estilicón y, además, era un protegido de quien fue hasta el día de su muerte el senador más prestigioso y también el máximo representante del partido pagano: Quinto Aurelio Símaco. Su objetivo era poner en práctica la misma política religiosa que el regente y su esposa, Serena.

Pero Jovio tenía una ventaja sobre cualquier otro candidato a sustituir a Olimpio: controlaba en ese momento el ejército imperial. Nuevamente era un militar quien estaba al frente del imperio. Por eso a Gala Placidia iba a resultarle mucho más complicado apartarlo e impedir que ejerciera su influencia sobre el emperador.

Dentro de su objetivo de conseguir que Placidia aceptase su política

de hechos consumados, su meta más importante era lograr un pacto con el rey godo. Pensaba, como Estilicón, que ahí estaba el futuro del imperio, pero, sobre todo, su propio futuro. Después de su nombramiento Jovio había concertado una entrevista con Alarico, y si quería que tuviera éxito le era imprescindible que el emperador lo nombrara plenipotenciario. Con la intención de prepararse el terreno, envió por delante al nuevo gran chambelán, Eusebio, quien poco a poco se había ganado la confianza de Honorio. Eusebio era un hombre culto, jurista de prestigio, de una erudición probada y con un discurso florido y atractivo. La musicalidad de sus palabras atrajo de inmediato a Honorio. Durante las primeras conversaciones que tuvo con él, le describió un panorama de anarquía.

—La situación política se ha complicado, emperador. Necesitamos acabar con el caos que reina en el imperio.

—¿Sigue habiendo caos después de la destitución de Olimpio? —se extrañó Honorio—. Pensaba que con el nombramiento de Jovio se había tranquilizado todo. Él me prometió que la paz estaba garantizada.

—Las leyes religiosas han debilitado el imperio —respondió Eusebio —. Se persigue a los patricios y el Senado está completamente paralizado por las luchas entre paganos y católicos. Además, la paz solo estará garantizada cuando los godos dejen de ser nuestros enemigos.

—La única solución para garantizar el futuro del imperio es acabar con los paganos y los bárbaros, pues.

—Por supuesto, emperador —dijo Eusebio, complaciente—. Pero eso debería conseguirse de manera no violenta. Jovio está convencido de que es posible conjugar la convivencia entre romanos y bárbaros con el progreso del catolicismo, pues el enfrentamiento solo nos llevará a la destrucción.

—Me estás confundiendo, chambelán. —El semblante de Honorio traslucía que no entendía nada—. ¿Es necesario que hagamos exactamente lo contrario de lo que ha hecho el imperio hasta ahora?

—Yo solo soy chambelán e intento aconsejarte lo mejor que puedo. Pero sé que Jovio tiene un plan para acabar con la anarquía. En mi

opinión, deberías hablar con él cuanto antes.

Honorio, asustado por las palabras del chambelán, esperaba que su hermana llegara lo antes posible para que ella le evitara tomar decisiones de las que seguramente tendría que arrepentirse. Sin noticias de Placidia, decidió llamar a su nuevo prefecto del pretorio para conocer los planes que Eusebio le había expuesto. Eso suponía tener que actuar como emperador y asumir las decisiones importantes por primera vez. Parecía complacido.

Cuando Jovio entró en los aposentos de Honorio, este se hallaba adormilado sobre su lecho. El nuevo primer mandatario lo saludó en voz alta, y el emperador tuvo conciencia de que deseaba despachar con él.

—¿Qué deseas, Jovio?

—Me has ordenado que me presente.

—¡Ah, sí! —recordó Honorio—. Eusebio me ha dicho que tienes planes para el futuro y quiero que me los expliques.

Jovio no era una persona dada a la síntesis. Para poner más énfasis en sus explicaciones, caminaba por la enorme habitación que servía de dormitorio y despacho a Honorio. La premiosidad en su exposición era una rémora para la capacidad de concentración de su interlocutor. Después de una larga introducción sobre los acontecimientos más importantes de los últimos meses, abordó la necesidad de derogar las leyes religiosas con el objeto de conseguir una convivencia razonable entre católicos, herejes y paganos. Continuó explicándole que era preciso suprimir los tribunales eclesiásticos. Pero ante el lento y parsimonioso discurso de Jovio, el emperador se había abstraído hacía un buen rato y solo pensaba en el corral donde mimaba con exquisitos cuidados a sus gallinas y polluelos, a los que no había ido a ver todavía.

Jovio seguía hablando, ahora de la urgencia de que Alarico fuese nombrado *magister militum*, lo que permitiría tener un ejército lo suficientemente grande para vencer al usurpador y garantizar la tranquilidad en el imperio.

Honorio, cuya mente seguía en el gallinero, se había perdido casi todo lo que Jovio con tanto esfuerzo le había explicado. Cuando este

terminó de detallarle de sus planes, concluyó diciendo:

—¿Estás de acuerdo, emperador? —Jovio levantó algo más el tono, lo que espabiló a Honorio.

—¿Qué has dicho?

—Que si te parece bien mi proposición —contestó Jovio.

—Sí, sí —aceptó el emperador sin saber qué aceptaba—. Puedes retirarte.

Jovio salió de los aposentos de Honorio convencido de que gozaba de absoluta libertad para llevar a cabo sus planes. La autorización imperial así lo indicaba, y con ese ánimo triunfador convocó a Alarico para establecer cuanto antes las condiciones de un pacto.

Placidia salía de Roma hacia Rávena cuando Jovio abandonaba la ciudad para encontrarse con Alarico en la cercana Rímini. El rey godo aceptó enseguida la propuesta del primer mandatario de reunirse con él para acordar las condiciones de un pacto entre el imperio y el pueblo godo. Jovio consiguió que estuvieran presentes varios obispos en representación del papa Inocencio I y varios miembros relevantes del Senado. Con ese solemne cónclave tenía la intención de lograr una paz definitiva, que se concretaría en un encuentro pacífico entre las culturas romana y bárbara. Además, tenía prisa por alcanzar un éxito diplomático para asentar el poder que le otorgaba su puesto de primer mandatario.

La sala del palacio donde se reunirían para celebrar la conferencia estaba bellamente adornada con banderas, estandartes y el lábaro romano de Constantino, además de igual cantidad de banderas y estandartes con los dragones de los godos. En un extremo de la mesa se situarían Alarico y su lugarteniente Ataúlfo y, enfrente, el propio Jovio. Con ello se pretendía dejar claro quiénes eran los protagonistas. Calista decidió esperar en la residencia del rey godo para no incomodar a los negociadores, que no habrían comprendido la presencia de una mujer allí. En un lateral de la mesa se situaron los obispos, y en el otro los senadores. Había otras mesas auxiliares con secretarios y escribientes para amplificar la solemnidad de las

conversaciones. La intención de Jovio, en su calidad de plenipotenciario, era que todas las fuerzas, tanto religiosas como políticas, estuvieran presentes para ser testigos de los acuerdos alcanzados. Alarico observaba todo aquel montaje que le resultaba sorprendente.

Después de una introducción en la que explicó de manera muy detallada el objeto de la reunión, Jovio dio la palabra al balto para que expusiera sus pretensiones, garantizándole que el emperador ratificaría los acuerdos que se adoptaran.

—Autoridades de Roma… —Alarico se levantó de su asiento y se dirigió a los asistentes en el perfecto latín que Marco Probo le enseñó—. He sido convocado a esta conferencia con el objeto de llegar a unos pactos que permitan la convivencia de mi pueblo con el pueblo romano. Deseo ser aliado del imperio y pongo mis tropas a disposición del emperador. De ningún modo quiero que se me considere enemigo de Roma, sino uno más de los patricios romanos.

—Majestad —le respondió Jovio, reconociéndole de ese modo su calidad de rey—, el hecho de que nos hallemos sentados frente a frente es la mejor muestra de que no hay animadversión del pueblo romano hacia el pueblo godo.

—Dime, prefecto, ¿qué significa ese lema que se oye por todas partes de «¡Muerte a los bárbaros!»? —preguntó Alarico con cierta ironía—. ¿Somos, quizá, nosotros los bárbaros? ¿Te parece una adecuada presentación de credenciales para llegar a un acuerdo? Además, hace unas semanas muchos miles de ancianos, niños y mujeres fueron asesinados a sangre fría por el ejército imperial y ciudadanos del imperio.

Jovio no se esperaba que Alarico le recordase esos salvajes asesinatos.

—Lamentamos esos luctuosos hechos —acertó a responder—. El propio emperador está desolado porque considera esas acciones algo deplorable para el pueblo romano y me ha prometido que nunca más volverá a ocurrir.

Jovio no deseaba que se notase su amistad con Alarico y no quería ir demasiado deprisa en aquellas negociaciones. Necesitaba que el rey

godo quedase convencido de que no se trataba de una trampa. Por eso hizo que expresaran su opinión cada uno de los asistentes a la conferencia, tanto senadores como obispos. Mientras se producían esas pesadas y largas intervenciones, los criados iban sirviendo vino a los congregados. Se habló de todos los hechos ocurridos en Roma desde la batalla del río Frígido.

—Fuiste tú —dijo Jovio, que había estado presente en esa batalla—, con un valeroso ataque contra las tropas de Argobasto, el que consiguió abrir la brecha en las tropas enemigas que permitió la victoria del divino Teodosio. Y también fuiste tú el que acabó con las vidas del tirano Argobasto y del usurpador títere Eugenio. —Con esas palabras, trataba de ensalzar la figura de Alarico como aliado de Roma—. Y, sin embargo, el divino Teodosio pagó la sangre de tus soldados con un confinamiento en la provincia de Mesia.

Jovio quería que el rey godo se alargase en las explicaciones para que se integrase cómodamente en el ambiente que él estaba creando.

Con la llegada de la noche se detuvieron las intervenciones. Jovio había preparado un abundante y refinado banquete en el que los mejores cocineros de la corte se habían esmerado para ofrecerles los platos más deliciosos de la rica cocina romana. El vino corría a raudales y, al final de la cena, casi todos los miembros de la conferencia estaban borrachos. Excepto Alarico y Ataúlfo, que no habían comido ni bebido más que lo imprescindible.

—¿Te fías de esa gentuza? —le preguntó Ataúlfo cuando se retiraron al palacio que les habían reservado como alojamiento.

Había luna llena, y en Rímini se veía a los soldados de la guardia personal de Alarico que habían tomado posiciones por todas las calles y, especialmente, alrededor del palacio. Eran los godos los que controlaban la seguridad de aquella conferencia, de la misma manera que controlaban toda Italia salvo el refugio del emperador en la inexpugnable Rávena.

—Conozco muy bien a Jovio y deberíamos fiarnos —dijo Calista, que se reunió con ellos en cuanto llegaron al palacio—. He hablado con él a solas y me ha confesado que está haciendo este teatro para dar verosimilitud a las negociaciones. No creo que esté haciendo un

doble juego.

—Se nota que quiere dilatar la toma de decisiones —dijo Ataúlfo dirigiéndose a Alarico—. ¿Crees que debemos retirarnos?

—En mi opinión, esa pregunta no debe ni formularse —comentó Calista.

—No nos queda más remedio que llegar a un acuerdo, porque la única alternativa que nos quedaría es la destrucción de Italia. Y eso es lo último que le conviene a nuestro pueblo. Hay que conseguir su integración en el imperio, pero sin destruir todo lo que han construido durante más de mil años.

—¿No sería mejor atacar Rávena y apoderarnos del imperio? Eso es lo que desea la mayoría de nuestro pueblo. No habrá nadie capaz de detenernos. El ejército imperial es un desastre.

—¡Te he dicho muchas veces que no! —concluyó furioso Alarico—. Hemos de llegar a un acuerdo, a un pacto de convivencia pacífica. La destrucción del imperio es también la destrucción de sus instituciones. Y eso es precisamente lo que quiero conservar para que nuestro pueblo prospere en condiciones de igualdad con el pueblo romano. ¡Sé muy bien que los venceríamos con facilidad! ¡Sé muy bien lo que desea nuestro pueblo! Pero no es eso lo que nos conviene de cara al futuro.

Esa primera noche en Rímini, Alarico no pudo conciliar el sueño. Las dos personalidades que convivían en su interior volvían a mostrarse enfrentadas. El godo, por cuyas venas corría la sangre pura de los baltos, le pedía, como su pueblo esperaba, arrasar y saquear de una vez por todas el imperio, porque estaba seguro de que los romanos nunca confiarían en él como máximo jefe de los ejércitos. Pero el patricio, que se había educado al modo romano desde su infancia, pensaba que no debían destruirse las instituciones y, con ellas, el progreso que Alarico deseaba para los suyos. Acabó, como siempre hasta ese momento, venciendo el general romano. Deseaba combatir, pero no contra Roma, sino a favor del imperio; estaba convencido de que el destino le reservaba la misión de restaurar la gloria de aquella civilización a la que admiraba por encima de todas las cosas. ¿Por qué no podía él ocupar el lugar del asesinado regente?

Su ascendencia aristocrática era indudable. Tanto Julio César como el primer emperador, Augusto, descendían de Venus, según aseguraba Virgilio, uno de sus autores preferidos. Pero el rey godo descendía directamente del dios Balder. En toda Roma, pues, no había nadie que pudiese ganarle en nobleza de sangre.

Las sesiones de la conferencia fueron dilatándose con intervenciones absurdas que nada tenían que ver con el tratado que debía firmarse. Indefectiblemente, después de cada sesión, se producía el correspondiente banquete que acababa con la mayoría de los conferenciantes ebrios. Jovio era consciente de que esa demora no solo impacientaba al rey godo, sino que a la vez daba tiempo a Placidia para llegar a Rávena. Y eso era lo que esperaba.

El tercer día de negociaciones Alarico pidió reunirse en privado con Jovio. Cuando el prefecto del pretorio entró en el palacio que ocupaban el rey godo y su séquito, parecía estar muy nervioso. En la habitación donde Alarico lo recibió se encontraban además Ataúlfo y Calista. Al verlos, su cara se iluminó por la alegría.

Sin ninguna introducción, Alarico le preguntó:

—¿Cuánto tiempo más harás durar esta pantomima?

—Estas dilaciones son necesarias para dar credibilidad a la conferencia. Están sentados a la mesa senadores y altos eclesiásticos —dijo Jovio—. Ahora soy el prefecto del pretorio y tengo que conservar mi puesto. Es la única manera de ayudar a vuestra causa.

Calista miraba a su amigo Jovio y su expresión parecía dar a entender que estaba perdiendo la confianza en él.

—A veces, cuando una persona ha llegado a lo más alto se olvida de sus amigos —dijo—. Si no fuera porque te conozco pensaría que estás representando una comedia para prolongar estas conversaciones indefinidamente.

—No se trata de eso, Calista. Os aseguro que el tratado se firmará en los próximos días. No puedo hacerlo antes de que Gala Placidia vuelva a Rávena.

—¿Por qué esa deferencia con ella? —preguntó Ataúlfo.

—Hacer que Honorio lo firme no me costaría, pero es necesario que lo haga con el consentimiento de la nobilísima, que es quien ostenta el

verdadero poder.

—¿Y si se niega a aceptarlo? —preguntó Alarico.

—Placidia no se negará. Sabe que tengo a las tropas de mi parte —dijo Jovio—. No creo que se atreva.

La nobilísima llegó a Rávena cuando las conversaciones aún no habían terminado y se reunió con su hermano sin siquiera descansar unas horas en su habitación. Ya era conocedora de la destitución de Olimpio y del nombramiento de Jovio, en los que ella no había participado.

La ira que desató ante Honorio era tal que este se sintió incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Me he informado de quién es ese Jovio. Y es un pagano. ¿Cómo te ha convencido, hermano? No, no hace falta que digas nada. —Placidia recitó someramente los errores que había cometido Honorio mientras ella estaba en Roma—. Las leyes religiosas derogadas y el rey godo sentado de igual a igual con tu prefecto del pretorio… ¿Qué encargo le has hecho a ese Jovio? ¿Hasta dónde tiene capacidad para pactar? —Al ver que Honorio continuaba callado, le espetó—: ¡Pero di alguna cosa! ¿Por qué no me avisaste de inmediato?

Honorio estaba paralizado. Nunca había visto a su hermana en ese estado de excitación, totalmente desquiciada. Solo podía contestar que había mandado mensajeros para avisarla. Pero fuera de eso, nada tenía que decir porque no recordaba la misión que había encargado a su más alto mandatario.

Al enterarse de que había un nuevo chambelán, Placidia lo hizo acudir a sus aposentos. Eusebio, cuya inteligencia lo llevó a percatarse enseguida de quién mandaba en la corte, no tuvo ningún inconveniente en traicionar a la persona que lo había colocado en ese puesto.

—¿Qué sabes? —le preguntó la nobilísima con irritación no disimulada.

—Según me comentó el prefecto del pretorio, el emperador lo autorizó, en calidad de plenipotenciario, a negociar con el rey godo.

—El chambelán intentaba contentar a Placidia—. Sé que debí impedirlo aconsejando adecuadamente al emperador. Fue un gran error. Estoy convencido de que Jovio ha abusado de la confianza de tu hermano.

—¿También eres pagano?

—Haber estado al servicio de Jovio me obligó a disimular mis sentimientos religiosos. Pero en realidad soy católico.

—Explícame las conversaciones en Rímini.

—El objetivo de Jovio es alcanzar un acuerdo por el que Alarico sea nombrado *magister militum* a cambio de compensaciones en servicios al imperio.

—¿Qué más?

—No sé nada más. Nos llegan informaciones de que todavía no hay ningún acuerdo.

—Muy bien, mantenme al día de cualquier noticia que te llegue desde Rímini.

—Así lo haré.

Placidia era consciente de que su estado de ira había turbado en extremo a su hermano. No quería que pareciese tan asustado como las gallinas que cuidaba con tanto mimo.

Ya había anochecido cuando entró en los aposentos del emperador. Honorio no podía dormir, ofuscado todavía por los reproches de su hermana. Pero la nobilísima cambió de táctica. Sus primeras palabras fueron tan suaves y dulces como siempre que quería conseguir algo del emperador.

—¿Duermes, hermano?

—No lo consigo. Estoy muy preocupado por lo que pueda pasar en Rímini.

—No tienes por qué estar preocupado. Lo primero es descansar.

Todavía no hacía demasiado calor, pero Placidia se desnudó totalmente y se metió en la cama con Honorio, al que abrazó con fuerza en señal de reconciliación.

—Estate tranquilo. Todo se arreglará.

—Gracias a Dios que has vuelto.

Placidia no dejaba de acariciar a su hermano, que poco a poco se

fue calmando y acabó por quedarse dormido. A partir de ese momento, ella tomaba el control absoluto de la situación. Decidió dejar que la conferencia se desarrollase sin ninguna interferencia, ni de ella ni del emperador. Ya tomaría decisiones a partir de los resultados.

Al sexto día, a pesar de que Jovio le había asegurado que el tratado se firmaría, Alarico no pudo aguantar más y, antes de que comenzara la sesión, hizo un aparte con Jovio.

—Estamos aquí para concretar un pacto —le dijo con gesto de enfado—. Si hoy no llegamos a un acuerdo, me levantaré de la mesa.

—Lo que acordemos deberá formularse como un decreto del emperador, que te hará un encargo con un nombramiento y una compensación. El imperio no puede acordar de igual a igual con un pueblo bárbaro, ni siquiera con un rey como tú.

—Me da lo mismo la manera en que se formule el acuerdo. Lo importante es que se adecue a lo que mi pueblo quiere.

Las palabras de Alarico habían producido en Jovio el impacto deseado, ya que en cuanto la sesión se inició, permitió al rey godo intervenir en primer lugar.

—Autoridades de Roma y representantes de la Iglesia católica… —Alarico se levantó para explicar sus pretensiones—. Hemos hablado hasta ahora de hechos del pasado. Y es bueno recordar la historia. Mi pueblo también recuerda a sus héroes y a sus antepasados al celebrar sus consejos. Sin embargo, ha llegado el momento de hablar del futuro. El pueblo godo quiere ser un aliado del imperio y poner su ejército al servicio del emperador. Pero ese servicio debe verse compensado adecuadamente con víveres y dinero que le permitan vivir al menos como los ciudadanos romanos dentro del imperio. Además, el pacto deberá contemplar el establecimiento del pueblo godo en las provincias de Istria, Dalmacia, el Véneto y Nórica. Para garantizar la ejecución exacta de estos acuerdos, el emperador ha de devolverme el cargo de *magister militum*, que será interpretado como símbolo de su cumplimiento. Por último, en el plazo de cuatro años

como máximo todos los miembros de la nación goda adquirirán la ciudadanía romana de pleno derecho.

Mientras Alarico explicaba sus pretensiones, los demás lo escuchaban en silencio. Jovio, que no quería responder a las demandas del rey godo delante de los asistentes, decidió hacer un receso para valorarlas. En realidad, seguía con la comedia que había iniciado el primer día de la conferencia porque el documento ya se había redactado con la intervención de Calista y Ataúlfo. Era una situación similar a la que se había producido en el Peloponeso años atrás, cuando firmaron un tratado de paz para derrotar a Estilicón. Durante las negociaciones paralelas, Jovio había pedido atemperar el documento para que Placidia no pudiera rechazarlo. Alarico se mostró favorable a reducir las aportaciones del imperio en dinero y víveres, así como el número de provincias a ocupar. También dejó aparcada su pretensión de obtener la nacionalidad de manera universal para toda la nación goda. Pero no cedió en cuanto a su nombramiento militar.

Finalmente, el acuerdo se escenificó en la mesa de negociaciones con la aquiescencia de todos los presentes. Jovio redactó una carta dirigida al emperador a la que adjuntó los decretos de nombramiento de Alarico y las compensaciones al pueblo godo por poner su ejército a disposición del imperio.

Ahora solo quedaba esperar a que Honorio ratificase las decisiones que se habían adoptado en la conferencia. Jovio no dudó ni por un momento que el emperador firmaría el decreto remitido. Por su parte, Alarico se encontraba satisfecho con los acuerdos alcanzados. El tiempo de espera de la respuesta imperial se dedicó, como era previsible, a celebrar banquetes diarios, el último de los cuales lo ofreció el propio Alarico.

Sin embargo, la carta de Jovio no llegó a las manos del emperador, sino que, como el prefecto del pretorio esperaba, la interceptó la nobilísima.

Placidia se reunió enseguida con su nuevo hombre de confianza, el chambelán Eusebio, para valorar el contenido del documento que debía firmar su hermano, al que ni siquiera se dignó informar del resultado de las negociaciones de Rímini.

Ordenó a Eusebio que leyese en voz alta la carta y el decreto imperial adjunto. Cuando Eusebio leyó la parte correspondiente al nombramiento del balto, le mandó que se detuviera.

—Es imposible que mi hermano haya autorizado esa concesión. El nuevo prefecto del pretorio lo ha engañado. No puedo permitir que un bárbaro sea el jefe supremo del ejército. Y mucho menos un rey como Alarico, que nunca se someterá al dictado de la corte. Eso sería como poner el imperio en sus manos —reflexionó en alto Placidia, que comenzaba a alterarse como en días anteriores.

—Estoy de acuerdo —acertó a decir Eusebio—. El imperio no debe aceptar la imposición de un bárbaro. Ya te dije que Jovio había abusado de la confianza de tu hermano. Además, ¿cómo puede rebajarse un plenipotenciario del imperio al extremo de tratar de igual a igual a un invasor? Jamás el imperio había caído tan bajo. Tu padre, el divino Teodosio, nunca habría consentido semejante negociación. Él habría impuesto las condiciones.

—No quiero más comentarios sobre este asunto —le espetó Placidia —. Redacta la respuesta de acuerdo con lo que hemos hablado.

Llevaba pocos días a las órdenes de Placidia, pero Eusebio ya había entendido a la perfección la idiosincrasia de la nobilísima, de modo que redactó, con el estilo elegante que lo caracterizaba, una respuesta que adornó con unos tintes innecesarios de ironía cuyo único objetivo era humillar tanto a Jovio como a Alarico. Con eso pensaba ganarse aún más la simpatía de su nueva patrona.

El palacio en el que se celebraba el banquete ofrecido por Alarico estaba completamente engalanado. La comida y la bebida habían sido abundantes, como era habitual. Hacia la medianoche, cuando la mayoría de los asistentes estaban ebrios y seguían festejando el éxito de las negociaciones, un sirviente se acercó a Jovio con la respuesta del emperador a la carta que el prefecto le había enviado hacía escasos días. Le dijo al oído, como le había ordenado Eusebio, que Gala Placidia había aceptado en su totalidad los términos del acuerdo. Al oír las palabras del mensajero, Jovio, con una sonrisa que no

permitía ocultar su alegría, decidió leer la respuesta en voz alta, que era lo que la nobilísima quería. Sin retirarse de la mesa, se levantó, ordenó parar el banquete y rompió el lacre delante de los presentes. Con la solemnidad que le daba su condición de plenipotenciario, comenzó la lectura:

> Mi leal prefecto del pretorio, he leído con detalle el decreto cuya firma me solicitas. Sé que ha sido el fruto de un largo y meditado trabajo, y hemos de agradecértelo. Hay muchas de sus partes que merecen mi aprobación, pues se adecuan al espíritu de nuestro gran imperio y a la naturaleza conciliatoria de mi padre, el divino Teodosio, cuyos pactos con los godos, hace más de veinticinco años, deberían servirnos de guía. Tiene que haber, porque es de razón, una compensación para la puesta a disposición del imperio de las tropas de Alarico. Eso me parece justo, de manera que apruebo los gastos en dinero y aprovisionamientos. Igualmente, me parece justo que su pueblo pueda establecerse en las provincias menos pobladas, necesitadas de gentes que las hagan productivas…

Jovio leía con gran satisfacción aquella carta en la que, punto por punto, se confirmaban cada uno de los acuerdos alcanzados.

> … Pero hay decisiones que ni siquiera puede adoptar un plenipotenciario, sobre todo cuando con ellas se pone en peligro la unidad y el futuro del imperio. Integrar las tropas bárbaras como auxiliares es una costumbre casi ancestral de los emperadores…

El discurso del emperador estaba cambiando de tono y el cariz que tomaba empezó a asustar a Jovio, que detuvo la lectura temiendo lo que podía venir a continuación.

—Continúa leyendo —ordenó Alarico.

—Disculpa, no me encuentro bien…

—Continúa, te digo. —Alarico lo fulminó con la mirada.

> … Pero conceder el mando del ejército imperial a un bárbaro ruin y ambicioso…

La palidez del rostro de Jovio indicaba que le resultaba imposible continuar. Alarico le arrebató la carta de las manos para seguir él

mismo.

> … a un bárbaro insolente y desvergonzado, supondría que la dignidad del imperio quedaría herida para siempre. Los bárbaros no pueden ser tratados como iguales, sino tan solo como sirvientes ya que carecen de la *civilitas* de la que únicamente están investidos los verdaderos ciudadanos romanos…

A medida que avanzaba la lectura, el rey godo enrojecía de ira. Finalmente decidió no seguir leyendo.

—¡Maldito emperador…! ¡Fantoche! ¡Títere de intrigantes! ¿Cómo se puede insultar así a todo un pueblo que solo desea ponerse a su servicio? ¡Nos quiere de rodillas y suplicando su caridad!

Ataúlfo intentó tranquilizar a su jefe, quien arrugó con fuerza la carta de Honorio. Calista, que había sido invitada a la lectura de la respuesta de Honorio, miraba con cara de odio a Jovio. Después se acercó a él y le susurró al oído:

—No has sabido hacer tu trabajo.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo Ataúlfo—. Esta gente no se merece ni que les dirijamos la palabra.

—¡Acordaos de Adrianópolis! —gritaba el rey balto, enfurecido—. ¡Yo os condeno…! ¡Destruiré Roma! No vamos a tolerar ningún otro desprecio de esta nación soberbia.

—Debemos irnos —repitió Ataúlfo.

—¡Odio eterno a los romanos! —Sin ser consciente de ello, Alarico acababa de gritar las palabras que el gran caudillo Fritigerno pronunció en el año 376, cuando recibió de Lupicino la respuesta del emperador Valente a la delegación goda que estaba acampada cerca del palacio imperial de Antioquía esperando a que el pueblo godo recibiera autorización para atravesar el Danubio y entrar en el imperio. Walfram se las había recordado muchísimas veces—. ¡Odio eterno a los romanos! —repitió—. ¡Acabaré con vuestro emperador!

El estado de excitación de Alarico asustó de tal modo a los presentes que, temiendo por su vida, fueron levantándose y saliendo a toda prisa de aquella sala en la que durante varios días se habían alimentado las esperanzas del rey godo.

Junto con Ataúlfo y Calista, Alarico abandonó el palacio y dio orden

a su guardia de que levantara el campamento para tornar con urgencia a reunirse con sus tropas.

Jovio, sorprendido de que Alarico no hubiese hecho una masacre entre los asistentes a las conversaciones, esperaba que nadie llegara a Rávena antes que él. ¿Qué habría pasado para que el emperador no hubiese ratificado todos los acuerdos?, se preguntaba. Probablemente Eusebio no había sabido convencer a Gala Placidia. Pero esa explicación no le satisfacía puesto que el mensajero le dijo que Placidia había aceptado los términos del acuerdo.

Cuando llegó al palacio imperial era la hora segunda del día siguiente. Mientras se dirigía a sus aposentos, su secretario le informó de que Placidia deseaba hablar con él. Había acertado. La carta de Honorio se había redactado por orden de la nobilísima.

Entró preocupado en los aposentos de la hermana del emperador, y esta interpretó para él su personaje más amable.

—¿Nos conocemos? Creo haberte visto alguna vez en el Senado.

Jovio no se dejó amilanar; tenía al ejército de su parte. Y la nobilísima lo sabía.

—Es posible —contestó en voz baja.

—Y bien, ¿qué tienes que decirme?

Placidia se expresaba como si fuese la dueña del imperio, y su tono de amable autoridad iba llenando a Jovio de inquietud.

—Mi única intención en la negociación era fijar las condiciones por las que los hombres de Alarico prestarían servicio como auxiliares en las tropas imperiales.

—¿Solo eso? El decreto hablaba de su nombramiento como jefe supremo de nuestro ejército.

—Creo que Alarico es un gran político y militar, y considero que lo mejor para el imperio sería pactar con él.

Placidia no quiso hacer más sangre de la necesaria. Conocía a la perfección el desarrollo de las negociaciones. La había informado un obispo que llegó a Rávena antes que Jovio y le explicó el ambiente relajado y alegre de las reuniones, así como la traición que suponía la lectura pública de una carta lacrada del emperador.

—Puedes retirarte a descansar. Ya seguiremos hablando. A partir de

ahora, cualquier asunto de gobierno deberás tratarlo directamente conmigo.

Aunque esperaba poder recuperar al huido Olimpio, Placidia no consideró conveniente eliminar de inmediato a Jovio. Después de la conversación que había tenido con él, le pareció un ser insignificante y asustado que había quedado inhabilitado y a su merced. Ahora tenía otras prioridades. Su influencia en el ejército imperial convenía a sus intereses. Podría ser el nuevo títere que le sirviera para llevar a cabo sus objetivos. Además, desconocía la amistad que unía a Jovio con Alarico y Calista.

En los aposentos de Honorio, la nobilísima, tan dulce y atenta a los deseos íntimos de su hermano, preparaba la continuación de su plan. Parecía que a ella también le agradaba aquel juego erótico que practicaban casi cada noche. Honorio, después de varios días, se había tranquilizado y se mostraba relajado y seguro. Placidia ya no le preguntaba, sino que le indicaba las decisiones que debía adoptar, y Honorio no se las discutía.

—Mañana reuniremos a la corte y a todos los jefes militares.

—Desde que falleció nuestro padre no ha habido una reunión así. ¿Qué debo ordenarles?

—Dada la situación, se trata de asegurarnos la lealtad de la totalidad de los cortesanos y los mandos del ejército.

—Dime, hermana, ¿qué debo hacer?

—Será muy fácil. Eusebio, el chambelán, redactará un discurso que tú leerás como emperador en la sala de audiencias.

—Muy bien. —Honorio ni siquiera le preguntó sobre el contenido de aquel documento—. Estoy muy cansado.

—Duerme, Honorio. Yo velaré tus sueños —le susurró Placidia, y lo abrazó tan fuerte como él quería.

Honorio se sentía feliz y a salvo en los brazos de su hermana.

A Placidia le gustaba la escritura de Eusebio. Apreciaba la precisión de su prosa y los rasgos de ironía que introducía. Pero en esa ocasión quería un discurso corto y contundente.

La entrada en la gran sala de audiencias, atestada de altos funcionarios, clérigos, generales y mandos del ejército, fue anunciada por el gran chambelán, Eusebio:

—El emperador y la princesa Gala Placidia.

Todos los asistentes se pusieron de rodillas cuando Honorio y su hermana se sentaron en los tronos dispuestos sobre un entarimado elevado y adornado con símbolos militares y religiosos. A un gesto de la nobilísima, el chambelán levantó las manos hacia el cielo para que se incorporasen. Placidia oficiaba como emperatriz. En medio de un silencio absoluto, Honorio, con el manto púrpura sobre los hombros y la diadema imperial en la cabeza, se levantó y leyó por primera vez el documento que su hermana le había dado:

> Prefectos, comandantes, sacerdotes de la Iglesia católica y pueblo de Roma, estamos siendo castigados por unos brutales extranjeros a cuya cabeza se sitúa un reyezuelo que no solo es violento e ignorante, sino también soberbio porque tenía la pretensión de ser nombrado jefe supremo del ejército imperial, el mismo cargo que ya había ostentado el artero Estilicón, ejecutado por traición a la patria. Afortunadamente, como emperador de Roma, me apresuré a evitar la nueva humillación que eso supondría para el imperio. Ahora amenaza de nuevo la ciudad de Roma. Hemos de escarmentarlo para que los bárbaros invasores se vayan para siempre del territorio del imperio. Y si no lo hacen, acabaremos con sus vidas.

Honorio concluyó la lectura y dio la palabra a Jovio, que leyó otro texto:

> Por Dios padre todopoderoso, el Hijo unigénito y el Espíritu Santo y por la eternidad de Roma, juro lealtad al emperador y servirlo con devoción en la guerra que hoy se declara contra los invasores bárbaros. Y juro también no retroceder hasta derrotarlos y expulsarlos del imperio. ¡Muerte a Alarico!

Tras el juramento de Jovio, Placidia optó por una fórmula más sencilla que todos los asistentes repitieron con un grito de rabia:

—¡Juro lealtad al emperador y al imperio! ¡Muerte a los bárbaros!

Con aquel juramento, que había nacido de la mente de Placidia, la suerte del imperio estaba echada. Se trataba de una declaración de guerra en toda regla a la nación goda. La nobilísima había cortado de

raíz cualquier posibilidad de reconciliación entre los bárbaros, que campaban a sus anchas por todo el territorio de Italia, y el imperio, que era como decir Alarico contra Honorio. En realidad, Alarico contra Placidia.

48
Enfrentamiento

Aunque Alarico conoció de inmediato el juramento y la declaración de guerra, fue una carta de Jovio la que le dio a conocer todos los detalles. Calista se la descifró: describía el obligado juramento de los generales, los clérigos y los altos funcionarios, una idea exclusiva de la nobilísima.

—Si acepto la declaración de guerra y ordeno a nuestro ejército atacar Rávena —dijo al balto—, en varias semanas la corte habrá desaparecido y el imperio, tal como lo conocemos, solo será un recuerdo.

—Eso es lo que se merece la orgullosa actitud de Placidia —afirmó Calista—. Se atreven a declararnos la guerra careciendo de un ejército lo bastante poderoso para enfrentarse al nuestro. Sé que no deseas una toma violenta del Imperio de Occidente. Esta actitud no habría sido propia del proyecto que has elaborado para nuestro pueblo.

—Pero me están poniendo contra la pared —dijo Alarico—. Llegará un momento en que ya no podré aguantar más afrentas.

—Creo que Gala Placidia te tiene tomada la medida y sabe que no responderás a su provocación —comentó Calista—, por los mismos motivos que sabía que Estilicón no se rebelaría contra su emperador. Solo de esa manera se entiende que lo ejecutara.

Mientras Calista hablaba, el balto recordaba que el proyecto del obispo Ulfilas era romanizar a los godos sin perder sus raíces. Por eso porfiaba en su obsesión de lograr una alianza en la que ambos pueblos cumplirían misiones diferentes.

—A pesar de que en la corte ya me han humillado lo suficiente,

insistiré una vez más ante el emperador.

Los godos serían los responsables de la seguridad por medio de su ejército con el balto al frente. Esa función era la única que ellos podían cumplir con garantía de éxito. Por su parte, los romanos continuarían asegurando el funcionamiento de las instituciones civiles. Y eso, que era imposible de conseguir con el enfrentamiento que pretendía la actitud belicista de Gala Placidia, podría alcanzarse mediante una alianza que beneficiaría a las dos partes.

Si las conversaciones habían fracasado y el emperador se había negado a pagar a Alarico la parte del rescate que quedaba aún pendiente, el rey godo regresaría para asediar Roma de nuevo. El Senado y el papa, que se inclinaban por pactar con Alarico, seguían sin entender la testarudez de la corte de Rávena. Si Honorio hubiese dispuesto de un ejército capaz de vencer a las tropas godas, podrían haberlo entendido, pero no era el caso. No es que ellos quisieran pactar, es que no veían otra alternativa.

Ante la certeza de que habría un nuevo asedio y la seguridad de que ningún ejército acudiría a socorrerlos, los senadores decidieron negociar directamente con el rey godo ignorando las decisiones de la corte de Rávena. Un acuerdo tácito, que se extendía como una mancha de aceite entre senadores y patricios que por un tiempo habían dejado a un lado sus rencores religiosos, decía: «Si el emperador ha despreciado a Roma dejándola a su suerte, Roma debe resolver el problema por sus propios medios». Y hubo senadores que llegaron más lejos pidiendo que Honorio fuese depuesto y se eligiese un nuevo emperador capaz de entender los retos a los que el imperio se enfrentaba. Era el Senado, junto con el pueblo, el depositario de la legitimidad del poder imperial. El emperador era un simple instrumento de ese poder que le había sido delegado. Esa era la teoría. La realidad era otra muy distinta. Desde que Octavio Augusto se hizo con todos los poderes el año 27 a. C. a petición del pueblo y el Senado de Roma, el emperador era la única y verdadera autoridad del imperio y el Senado una institución meramente simbólica, sin poder real.

La idea de deponer a Honorio y nombrar un nuevo emperador pronto llegó hasta la tienda real de los godos.

—Si Honorio es depuesto, estoy segura de que el nuevo emperador será favorable al acuerdo contigo —dijo Calista.

—Pero no podemos estar seguros si no lo controlamos —objetó Ataúlfo.

—Tenemos que probar ese nuevo camino, aunque no estemos seguros —afirmó Alarico.

—Sí podemos estar seguros —dijo Calista—. Tenemos un candidato que favorecerá nuestros intereses. Yo podría hablar con él para evitar suspicacias por parte del Senado.

Prisco Atalo se reunió en secreto con Calista en un almacén vacío del puerto de Ostia. Ambos mantenían la amistad que habían iniciado en el palacio de Split y continuado con un frecuente intercambio epistolar desde que Atalo partió para ir a vivir a Roma. Calista se dijo que había llegado el momento de averiguar cuál era el grado de confianza que podrían depositar en el senador sirio.

—Hemos sabido que hay movimientos en el Senado para cambiar el estado de la situación.

—Sí —confirmó Atalo—. Los romanos están cansados de que el emperador no haga nada para protegerlos y se temen un nuevo asedio de Alarico.

—Lo que quieres decir es que si los godos sitian nuevamente Roma, es posible que el Senado destituya a Honorio.

—Eso es lo que quiero decir, en efecto.

—¿El Senado tiene competencia para deponer al emperador? —preguntó Calista—. No he encontrado en la historia ningún caso en que el Senado haya tomado una decisión tan grave.

—Legalmente, el Senado puede hacerlo, pero eso no significa que el emperador acepte ser depuesto.

—Alarico piensa que tú podrías ser el nuevo emperador.

—Ese sería para mí el mayor de los honores —afirmó Atalo.

—Si el Senado te nombra emperador, tendrías que pactar con Alarico.

—Sin duda lo haría. Eso es, además, lo que el Senado desea ya que

se acabaría de una vez con la incertidumbre y el miedo en la ciudad de Roma —dijo Atalo—. Creo que puedo ejercer ese cargo con la dignidad necesaria porque lleva aparejado el simbolismo de la autoridad. Si soy elegido emperador ejerceré el cargo con dignidad y el *magister militum* tendrá que estar a mis órdenes.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no juegues con Alarico. No lo conoces cuando está enfurecido.

—El *magister militum* no puede enfurecerse con el emperador. Nadie puede enfurecerse con el emperador.

—Salvo que dicte una orden injusta.

—Estaré de acuerdo con él en todo aquello que se adecue a las necesidades de Roma y a las directrices del Senado.

—Y del pueblo godo también —apostilló Calista.

—Si no hay intereses contrarios, también, sí.

—No veo en tus palabras una garantía de lealtad hacia Alarico.

—Creo que la lealtad debe ser mutua —dijo Atalo—. De las conversaciones que tuvimos en Split yo saqué la conclusión de que estábamos de acuerdo en todo. No veo por qué no va a ser posible en Roma, aunque yo ostente el cargo de emperador.

—Esperemos que así sea. Diré a Alarico que haga lo que esté en su mano para que, si es depuesto Honorio, tú seas el emperador que lo sustituya.

Prisco Atalo sabía que Calista ejercía una gran influencia sobre el balto y quedó convencido de que sería el nuevo emperador nombrado por el Senado.

Y poco después comenzó un nuevo asedio de Roma. También en esa ocasión, Alarico ubicó su campamento junto al río Tíber para impedir el acceso de los suministros desde el puerto de Ostia. Roma pasó entonces del malestar al espanto. El asedio anterior estaba tan reciente y había sido tan duro que no podían dejar que esa vez transcurriese de la misma manera. Para los romanos era necesario actuar con rapidez, y así lo hizo el Senado, que, como Calista esperaba, pidió audiencia al rey godo.

Cuando los senadores llegaron a la tienda real, Alarico inició su discurso en los mismos términos que hacía siempre y enseguida les

permitió que expresasen sus intenciones.

—No tengo interés en hacer daño a nadie —dijo el rey godo—. Solo quiero ser amigo de Roma y deseo que esa amistad se extienda a nuestros pueblos porque tenemos el mismo objetivo de garantizar el futuro del imperio.

—¿Qué pides como contrapartida para desistir del asedio?

—Roma está gobernada por un emperador estúpido e intransigente que ha rechazado de manera sistemática mis propuestas sin siquiera tener un ejército capaz de enfrentarse a mis tropas —dijo Alarico con resentimiento—. Quiero ser el defensor del imperio. Ser simplemente el sucesor de Estilicón. No ansío dignidades civiles, solo que se me permita dirigir el ejército imperial para librar para siempre a Roma de sus amenazas. Honorio debe ser depuesto y el Senado debe proponer a un nuevo emperador, alguien que sea capaz de entender las necesidades de Roma y tenga la visión de futuro de la que Honorio carece.

El senador Maximiliano, cuya opinión era de las más consistentes, se manifestó de acuerdo en iniciar los trámites para deponer a Honorio y elegir a un nuevo emperador.

Alarico no se atrevió a proponer a Atalo porque haría sospechar a los senadores. Sabía que, en el debate que se abriría en el Senado, Prisco Atalo sería el preferido. No había un senador más elocuente y con mayor capacidad de convencer.

Atalo, que se encontraba entre los senadores que habían ido a entrevistarse con Alarico, permanecía callado. En ese momento era el *prefecto urbis* en sustitución de Adriano, que había muerto recientemente.

—¿Y con el nombramiento de un nuevo emperador se acabaría el asedio?

—Por supuesto. Una vez destituido Honorio ya no habrá razón para mantenerlo.

Como era de esperar, Atalo superó de manera brillante a todos los senadores que subieron al estrado para someterse al escrutinio de sus colegas. Su discurso y su visión de futuro fueron los más deslumbrantes y apasionados de todos los que aspiraban al cargo. Fue

el papel más difícil que le había tocado interpretar en su vida. Pero el personaje de emperador le venía como anillo al dedo. No hubo, pues, muchas dificultades para deponer a Honorio por unanimidad, ni tampoco para nombrar a su sustituto. Prisco Atalo era un senador muy popular y, en su anterior cargo de prefecto de finanzas al que lo había elevado Olimpio, se granjeó numerosos y poderosos amigos. Pero, además, desde que fue nombrado *prefecto urbis* había visitado casi todos los distritos de la ciudad interesándose por los problemas de sus habitantes. Eso, unido a su simpatía y a un extraño carisma derivado de su exquisita y florida oratoria de origen oriental, hacía de Atalo un «patricio» muy querido por una parte importante de la población. Todo quedó pendiente de su nombramiento en una sesión extraordinaria del Senado. Pero antes una delegación de senadores, incluido Atalo, acudió a entrevistarse con el rey godo para que manifestara su aprobación al nuevo nombramiento.

—Si esa ha sido la decisión del Senado, nada tengo que decir.

De inmediato se produjo un proceso de negociación entre los godos y el Senado para llegar a un acuerdo que incluía el nombramiento de Alarico como jefe superior de los ejércitos del Imperio de Occidente con una competencia similar a la que Estilicón había tenido.

La sala de sesiones del edificio del Senado estaba adornada con banderas y estandartes como era preceptivo en los grandes acontecimientos como los triunfos militares. Pero esa vez se trataba de una celebración muy importante pues incluía, por una parte, la entronización de un nuevo emperador y, por otra, la aprobación del acuerdo al que se había llegado con el rey godo, quien levantó por ello su asedio de la ciudad. La sala estaba también adornada con las banderas y los estandartes de los destacamentos godos y el dragón rojo del rey Atanarico. Alarico ocupaba un puesto de honor. A su derecha se sentaba Ataúlfo y a su izquierda el general Briton Drumas, que había conseguido ascender a segundo general del ejército. El resto de los generales godos se ubicaron en un lugar preferente tras el rey godo. Calista había desistido de acudir a la ceremonia para no

violentar al resto de los senadores, que habrían desaprobado la presencia de una mujer. Todos los militares godos iban vestidos con uniformes de general del ejército imperial, incluido el *paludamentum*. Y habrían pasado desapercibidos de no ser por sus cabellos rubios y largos, sus ojos azules y su mayor corpulencia, que contrastaba con el aspecto de los patricios, vestidos con sus togas y sus clámides, menos altos y morenos o canosos. Alarico se sentía raro sentado en aquel escaño donde quizá se habría sentado alguno de sus admirados hombres ilustres de épocas anteriores. Le parecía estar al lado de Julio César o de Catón el Viejo. Su sueño juvenil parecía cumplido. «Entrarás en la ciudad», le había predicho el oráculo. Y lo hacía de la mejor manera que habría imaginado: rodeado de patricios en uno de los actos más relevantes que pudieran producirse en el imperio. Así fue investido Augusto, el primer emperador de Roma, que para él había sido el más grande estadista de toda la historia.

Como se esperaba, en el momento de vestir el manto púrpura y ceñir en su cabeza la diadema imperial, Atalo recibió una gran ovación de los senadores. Todos se alegraban porque con esa coronación se acababan los padecimientos de Roma.

En su calidad de emperador ya coronado, Atalo procedió a los nombramientos de las personas que habían de constituir su gobierno. Alarico fue designado jefe supremo de los ejércitos imperiales con un rango idéntico al que había ostentado Estilicón. Pero, así como el cargo de Alarico por esperado no había generado ninguna polémica, el partido católico se indignó cuando oyó los nombramientos del resto de los miembros del gobierno, que eran reconocidos paganos. Tértulo, famoso por su afición a los augurios etruscos, fue nombrado cónsul para el año siguiente, y Marciano, otro reconocido pagano, *prefecto urbis*.

Las primeras medidas, que el nuevo emperador anunció desde el estrado del Senado, tuvieron mucho que ver con las luchas religiosas. Los paganos salían fortalecidos ya que, en su discurso ante el Senado, Atalo hizo la siguiente proclama:

—Declaro que la libertad religiosa debe reinar en el imperio. Todas las religiones, sean cuales sean, tendrán la posibilidad de practicar

públicamente sus ritos en cualquier lugar y todas serán tratadas en condiciones de igualdad por el Estado. Con esta decisión no hago más que cumplir el decreto de legalización de la Iglesia cristiana que el emperador Constantino el Grande dictó hace casi cien años. —Atalo se detuvo para que los senadores católicos reflexionaran sobre el alcance de sus palabras—. No quiero ir más allá de lo que hizo el primer emperador cristiano. Y espero que vosotros tampoco.

Esta solemne declaración levantó un murmullo de indignación entre los senadores del partido católico, pero ninguno de ellos osó decir nada. Atalo continuó su discurso:

—Las monedas, como es preceptivo desde tiempos de Julio César, llevarán en una cara el rostro del emperador, pero en la otra ya no se representará el lábaro de Constantino el Grande con el símbolo de Cristo, sino que se inscribirá la efigie de la diosa Victoria. Asimismo, haré levantar de nuevo en la entrada del Senado el altar de la diosa Victoria que durante más de cuatrocientos años protegió a los romanos de las invasiones extranjeras.

Alarico, que escuchaba atentamente todo lo que decía su protegido, no quiso tomarse esa última referencia como una alusión a la invasión de los godos.

Los paganos aplaudían el gesto de Atalo, que se cerró con la orden de permitir la reapertura de todos los templos paganos que se habían clausurado en aplicación de las leyes religiosas, así como la reconstrucción de los destruidos.

De esta manera se volvía a la política de tolerancia de Estilicón, si bien con una mayor libertad para los paganos ya que podrían celebrar sus sacrificios y sus ritos religiosos públicamente de nuevo.

Todas esas decisiones de Atalo no afectaban a los godos, que jamás habían sido molestados por ser paganos o por practicar el cristianismo arriano, considerado una herejía entre los católicos. Lo importante para Alarico era que había conseguido el objetivo deseado. Ya era *magister militum* de Occidente y creía, además, tener una absoluta influencia sobre las decisiones del nuevo emperador. No en vano Atalo lo era porque Alarico lo había aceptado y, sobre todo, porque los unía una estrecha amistad desde los tiempos que Atalo dirigía la compañía

de teatro en su corte de Split. Con este control sobre Prisco Atalo, estaba seguro de que iba a ser él en realidad quien tomase las decisiones importantes.

Daba la impresión de que todo había vuelto a la normalidad en el imperio. Alarico y sus generales ya eran militares del ejército imperial y se había producido una situación insólita que era la que el balto deseaba. El pueblo godo, instalado a las afueras de Roma en espera de una ubicación definitiva, convivía sin demasiados roces con los ciudadanos romanos. La imagen de los hombres y las mujeres de la nación goda, vestidos con sus ropas bárbaras, caminando libremente por las calles de Roma para realizar compras en las tiendas y los mercados iba haciéndose habitual. Y todo se producía sin conflictos o altercados reseñables. Ambas poblaciones, tan diferentes, habían recibido la orden de sus políticos de convivir de manera pacífica con la amenaza de penas graves para quien la incumpliera. Aunque en el caso de los ciudadanos romanos esa convivencia era una simple tolerancia indeseada, una especie de transigencia obligada por las circunstancias, porque eran reacios a mantener cualquier tipo de contacto con los godos.

En Rávena, Placidia estalló en un ataque de ira al conocer la decisión del Senado. No se quedaría de brazos cruzados ante la humillación tan abyecta que su familia sufría. Clamaba en los aposentos de Honorio ante el hecho de que ni siquiera los senadores católicos se hubiesen opuesto al nombramiento de Atalo. Su enojo no se debía solo a la deposición de su hermano porque, aunque sentía afecto por él, pensaba que no era un hombre fuerte que pudiera consolidarse en el trono. Se debía, sobre todo, a que si triunfaba el nombramiento de Atalo, su familia quedaría apartada del trono y se esfumarían tanto su propio poder presente como sus posibilidades de ser ella misma la emperatriz. Le preocupaba no tener un plan para defenestrar a quien se conocía ya como el emperador del Senado. Su mente, rápida y siempre en ebullición, se preguntaba: «¿Cuál será la forma más eficaz de oponerse a la nueva situación que se ha creado con la coronación

de Atalo como emperador y la concentración de todo el poder en manos de Alarico?». De repente se le iluminó el rostro al dar con un nombre que podía ser la clave para iniciar las hostilidades: Heracliano. Era el oficial al que encargó la ejecución de Estilicón y que, en compensación, recibió el nombramiento como gobernador de las provincias africanas. Era un fanático del partido católico y haría lo que le ordenasen desde Rávena. «Sí —pensó Placidia—, el gobernador de África puede dejar sin suministros a Italia y, especialmente, a Roma».

Sin comentarlo con Honorio, envió un mensaje con instrucciones a su hombre de África. El mismo día que Heracliano lo recibió, ordenó que todos los barcos que llevaban cereales y otros suministros a Italia quedasen amarrados en sus puertos. Cuando se acabaran las existencias de los almacenes, comenzaría nuevamente la escasez. Y esa vez el culpable no sería el odiado Alarico, sino que se debería a una orden del emperador depuesto.

La situación no dejaba de ser paradójica: en Occidente mandaba Atalo, que era un oriental, y quien dirigía el ejército era un rey godo sin conexión con la clase patricia. Atalo, una vez confirmado por el Senado, se vio como dueño de Roma y empezó a imaginar un futuro de gloria en el que él, por sus iniciativas políticas y militares, devolvería el esplendor al imperio. Pero tenía un problema: su *magister militum* godo era un obstáculo para ejercer su poder en plenitud y él se proponía gobernar como lo habían hecho Octavio Augusto o Marco Aurelio. Quería conseguir el poder de verdad, y para empezar tenía que contar con la aquiescencia del Senado y de la clase patricia. En su siguiente comparecencia ante el Senado, pronunció un discurso encendido en el que su prosa florida, declamada con la experiencia del comediante que fue, le hacía parecer sobre el estrado uno de los grandes hombres del pasado.

—Senadores y pueblo de Roma, una nueva era se abre ante nuestros ojos. El mundo civilizado nos contempla y no podemos defraudarlo. Desde la muerte del divino Teodosio, tenemos una situación que nos debilita ante nuestros enemigos. Por ello, la primera meta que nos imponemos es retornar a un imperio unido y fuerte. Hemos de

conseguir que el hijo del fallecido Arcadio, el joven Teodosio II, se una desde Constantinopla a nuestro esfuerzo y vayamos juntos a engrandecer el imperio. Y digo engrandecer en sus propios términos. Desde la época de Augusto, hace cuatrocientos años, el imperio quedó limitado por las fronteras del Rin y del Danubio. No podemos considerar dichos ríos como fronteras puesto que ambos son romanos, y lo que existe al otro lado debe ser, en el futuro, territorio romano. Hemos de conseguir unificar todos los ejércitos con los que incluso podemos vencer a los persas y ampliar las fronteras del este. Alejandro lo hizo y llegó hasta la India. Ese debe ser nuestro objetivo. Por el oeste, nuestra primera meta será derrotar al usurpador Constantino para recuperar no solo la Galia e Hispania, sino también Britania, perdida por la desidia de nuestros propios gobernantes. Ese gran ejército dirigido por el *magister militum* Alarico nos llevará de victoria en victoria. —Atalo hacía pausas para enfatizar cada párrafo a fin de recibir los aplausos del Senado—. Hemos de recuperar el alma de la antigua Roma, la grandeza de nuestros antepasados, desde Rómulo hasta Trajano. El universo entero debe ser romanizado. ¡Gloria eterna a Roma!

Una salva de aplausos final llenó la sala del Senado. El ardor de las palabras de Atalo tenía el marchamo de un gran actor que lo revestía de autenticidad. El discurso había inflamado el ánimo de los senadores paganos. Era la primera vez desde Julio César que el imperio se imponía unas metas que podían deslumbrar a los más escépticos.

Atalo miraba a Alarico, que era el principal destinatario de su discurso. Durante toda la intervención, el rey godo estuvo pensativo. «¿Cómo es posible que no me haya explicado el contenido de su discurso antes de pronunciarlo? —se preguntaba—. ¿Acaso quiere volar por su cuenta?». En un principio no le dio mayor importancia. Pero consideró que algo así no podía repetirse. Tendría que dejar las cosas claras a ese presuntuoso que pretendía nada menos que ser emperador de verdad. Sin embargo, Alarico, un hombre moderado y respetuoso en sus maneras, guardaba la compostura y las formas en sus relaciones con Atalo y cuando estaban en público siempre lo saludaba con una reverencia en señal de reconocimiento de su

superior autoridad.

La noticia de la decisión de Heracliano de inmovilizar en los puertos africanos la flota frumentaria se conoció tres días después de que los barcos dejasen de llegar a los puertos de Italia.

Alarico, en su condición de *magister militum*, preparó una expedición contra Heracliano. Una vez elaborado el plan, solicitó ver al emperador para ponerlo al corriente de los detalles. Para su sorpresa, Atalo rechazó la audiencia, le impidió la entrada en los aposentos imperiales y lo convocó para el día siguiente, en que había una reunión del consejo de gobierno. El rey godo le envió un mensajero para comunicarle que quería reunirse a solas con él, pero ni siquiera recibió respuesta. Se preguntó qué estaba pasando con Atalo. Lo ocurrido le parecía tan extraño que no lograba explicárselo. Atalo, que era emperador gracias a él, le negaba una entrevista privada.

Al día siguiente, en presencia de todo el gobierno, Alarico presentó su plan para recuperar África:

—Emperador y miembros del consejo, me propongo enviar varios destacamentos de élite lo suficientemente numerosos al mando del general Briton Drumas. Sabemos que Heracliano es un militar cruel y vengativo y tiene un poderoso ejército. Por eso es necesario que la fuerza que se envíe sea también numerosa y experimentada. Solicito del emperador la autorización para que el cuerpo expedicionario embarque sin tardanza hacia Cartago.

Una vez concluida su intervención, Alarico pidió a Ataúlfo el decreto en el que se recogían los detalles del plan que debía firmar el emperador.

—No, general —dijo Atalo con un aire impertinente—. No te autorizo a mandar esa expedición a África. No estoy de acuerdo con que Heracliano sea un militar peligroso y hostil al emperador de Roma. Bastará con enviar un destacamento de legionarios al mando del general Constante con una carta mía dirigida al gobernador Heracliano. Sé que se pondrá a las órdenes de Roma y permitirá la salida inmediata de la flota frumentaria.

—Emperador, te reitero mi solicitud. Estamos ante un enemigo de Roma muy peligroso, insisto. Si obras como has anunciado enviarás al general Constante y a su destacamento a una muerte segura. Además, si fracasa en su misión, será inevitable que Italia sufra la escasez de cereales durante mucho tiempo.

—No te preocupes, general. El futuro cónsul, Tértulo, ha consultado a los arúspices y las vísceras de los gansos pronostican que la misión tendrá éxito. Heracliano se pondrá a mi servicio.

Tras pronunciar esas palabras, todo el consejo de gobierno arropó al emperador con gestos y afirmaciones, por lo que el balto se sintió aislado y nada más osó decir. La mirada que Alarico dirigió a Atalo fue suficiente para que el tocador de lira elevado a emperador sufriera un estremecimiento. Pero no cambió su decisión, que fue inmediatamente ejecutada: Constante partió hacia África al día siguiente por vía marítima, al frente de un pequeño destacamento de legionarios, con el objetivo de convencer a Heracliano de que debía cambiar su postura y dejar que los barcos frumentarios reanudasen su ruta habitual hacia Italia.

Alarico abandonó el consejo antes de concluir la sesión, visiblemente alterado por la actitud de su protegido, y se reunió con Calista.

—Ese mequetrefe me ha humillado dos veces en las últimas horas. Primero se niega a que nos veamos a solas y después desautoriza una operación militar planeada por el jefe del ejército imperial. ¿No es consciente de que es el emperador porque yo así lo he querido? ¿No son conscientes los miembros del *consistorium*?

—¿Le dejaste claro que los asuntos militares serían competencia exclusiva del *magister militum*? —le preguntó Calista.

—No creí que fuera necesario. Dos personas no pueden mandar a la vez. Atalo tendría que saber que no debe tomar ninguna decisión sin antes habérmela comentado para que yo dé mi aprobación. Él representa al Senado y al pueblo romano, pero yo tengo, además, que cuidar de la nación goda.

—Tienes que arreglar ese asunto en privado con el emperador. No puedes dejar que vuelva a humillarte —le aconsejó Calista.

—Esperaré el resultado de la expedición de Constante. Será un fracaso completo.

49
Una oportunidad única

Tal como el rey godo se temía, la expedición a África fue un desastre. Heracliano, conocedor tanto de la debilidad del destacamento de legionarios dirigido por el general Constante como del puerto al que debían llegar, esperó el desembarco y se limitó a masacrarlos de la manera más despiadada. Solo se salvaron Constante y algunos miembros de su guardia personal porque su barco no llegó a atracar en Cartago. La matanza era un mensaje para Roma. Heracliano no solo no reconocía la autoridad de Atalo como emperador, sino que les anunciaba que, si querían derrocarlo, les haría falta un ejército mucho mayor y más experimentado, ya que él había añadido a las unidades regulares numerosos guerreros indígenas pagados a buen precio.

Cuando se conoció la noticia del exterminio de la expedición de Constante, Alarico se entrevistó a solas con Atalo.

El *magister militum* hablaba con resentimiento y furor del fracaso de la expedición.

—Enviaré una fuerza mixta de soldados de élite godos y legionarios —anunció al emperador—. Hemos de recuperar África cuanto antes.

—No, general, no quiero que los godos se apoderen de África. Solo pueden ir legionarios latinos.

Incluso en privado, Atalo se negaba a obedecer. Alarico entró en un estado de excitación colérica.

—¿No eres consciente de quién te ha hecho emperador? He permitido que tomaras la iniciativa y has fracasado. Los augures no dicen la verdad porque no son más que una farsa. Hay que enviar soldados experimentados. Si fuese necesario, yo mismo me desplazaré

al frente de las tropas. No se puede dejar África en manos de Heracliano, un traidor que osa desobedecer las órdenes del imperio.

—Soy el emperador y mi decisión es que ningún godo vaya como militar a África.

Con esa frase, Atalo estaba poniendo de manifiesto la condición sagrada del emperador, cuyas decisiones nadie podía discutir ni dentro ni fuera del imperio. Y eso valía también para Alarico. Como le había dicho a Calista, iba a ejercer su autoridad con lealtad al Senado y al pueblo de Roma.

—Eres el emperador… por ahora —le contestó Alarico, y salió de los aposentos imperiales enfurecido por la falta de entendimiento con Atalo.

Atalo estaba tensando demasiado la situación y la paciencia de su protector. El problema de África quedaría aplazado, con las graves consecuencias que eso tendría sobre la población de toda Italia.

Cuando se quedó solo, Atalo reflexionó sobre las últimas palabras del rey godo: «Eres el emperador… por ahora».

En las afueras de Roma, el gigantesco campamento godo albergaba un ejército como nunca se había conocido, compuesto en su mayoría de guerreros experimentados, y Atalo solo disponía de algunos legionarios de las últimas levas que nunca habían entrado en combate. Alarico estaba en posesión de la fuerza para deponerlo, pero no se atrevería a hacerlo porque él era el garante de la paz entre godos y romanos. Además, Atalo había creado un consejo secreto sin la asistencia de Alarico, en el que uno de los temas esenciales era impedir por todos los medios que el rey godo se hiciese con África ya que, si lo conseguía, su dominación sobre el imperio sería absoluta. Atalo no quería ir contra la opinión general del consejo porque supondría aceptar que quien mandaba era Alarico. Si quería permanecer en el cargo no podía defraudar al Senado y al pueblo romano. Decidió seguir el peligroso juego que había iniciado. ¿Tendría Alarico la paciencia y la resignación que él esperaba? De no ser así, preferiría que lo derrocasen. Estaba dispuesto a afrontar el reto.

Alarico, por su parte, se dio cuenta de que Atalo estaba jugando dos partidas en paralelo. Ahora se arrepentía de haber hecho que lo

nombrasen emperador. Pero era consciente de que debía ser muy cauto y esperar el momento adecuado para jugar sus propias bazas en aquella extraña partida de *latrunculi* a la que lo había arrastrado el antiguo tocador de lira. Estaba seguro de que el Senado se había allanado a sus pretensiones y lo había nombrado *magister militum* por puro miedo, pues en realidad no se fiaban de él ni se fiarían en el futuro. Y las respuestas de Atalo eran la muestra. Ciertamente, su emperador títere no actuaba solo. Había una conjura en la que aceptaban que fuese el jefe militar, pero obstaculizándolo en todo lo que pudieran. Si era así, en adelante debería enfocar sus actuaciones desde esa desconfianza que ya le había impedido tomar medidas en África. Pero si esa actitud recelosa continuaba, sus planes para lograr la integración de su pueblo en el imperio estaban condenados al fracaso.

El asunto de África había generado la primera crisis entre el rey godo y los nuevos dirigentes de Roma. En el palacio de Rávena lo consideraban un éxito que debía continuar. La mente de la hija de Teodosio parecía no descansar nunca; ya preparaba planes con quien parecía ser su nuevo hombre de confianza, Jovio. Las luchas de religión quedaron para ella en un segundo plano porque ahora lo urgente era apuntalar a Honorio en su cargo de emperador de Occidente. Sin suficientes fuerzas militares para enfrentarse a Alarico y derrocar a Atalo, solo le quedaba el camino de la astucia.

—¿Conoces a Atalo? —preguntó Placidia a Jovio.

—Sí. Durante el tiempo que viví en Oriente tuve la oportunidad de tratarlo en algunas ocasiones. Es un falsario que ha conseguido engañar al Senado de Roma.

—¿Y conoces sus debilidades?

—La vanidad es la mayor de todas. Según me cuentan mis informadores, se ha propuesto mandar de verdad como emperador. No quiere ser un títere de Alarico.

—Hemos de aprovechar esta situación —afirmó Placidia.

—¿Qué propones?

—Reconocer a Atalo como coemperador de Roma junto con mi hermano.

—Pero eso supondría limitar la autoridad de Honorio.

—¿Qué autoridad? —exclamó Placidia con ironía—. Mi hermano ha sido destituido por el Senado. Solo conserva la fidelidad del ejército imperial que, gracias a ti, no se ha sumado a la usurpación de Atalo.

Placidia pensaba que el reconocimiento de Atalo por parte de su hermano implicaría también el reconocimiento de Honorio por parte de Atalo. De esa manera, ella volvería a tener protagonismo en la política del Imperio de Occidente.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—No lo haré yo. Lo harás tú. Honorio redactará una carta dirigida a Atalo para celebrar una conferencia en la que el único punto de negociación sean las condiciones del reconocimiento de Atalo como emperador. Eso llevará también al reconocimiento de mi hermano por parte de Atalo y el Senado de Roma.

—¿Cuándo debo comenzar?

—Inmediatamente. Por ahora estamos ganando la batalla en África. Hemos de aprovechar esa pequeña ventaja. Heracliano no nos fallará.

La escasez de alimentos que no solo padecía Roma sino toda Italia había provocado la caída del prestigio del nuevo emperador por no haber resuelto el problema. Esto también causó que muchos patricios y ciudadanos manifestaran su adhesión a la capacidad militar de Alarico, en quien empezaban a confiar para que la situación regresara al orden. Estaban seguros de que el rey godo podía vencer a Heracliano y conseguir que la flota frumentaria volviera a navegar rumbo a Italia.

Pero si para Placidia el enfrentamiento con los paganos había quedado en un segundo plano porque eran otras sus prioridades, en Roma ese enfrentamiento se había recrudecido. Las decisiones de Atalo les parecían a los miembros del partido católico una provocación intolerable. La última había sido nombrar al cónsul para el año siguiente, Tértulo, como *pontifex maximus*, una especie de sumo

pontífice de la religión pagana, un cargo asociado a la dignidad imperial que ya no estaba vigente desde hacía muchos años, cuando el emperador Graciano, católico acérrimo, y después Teodosio renunciaron a él. Ahora Atalo confería ese cargo a un reconocido pagano.

De acuerdo con las pretensiones de Placidia, el eunuco Eusebio, gran chambelán de Rávena, redactó una carta dirigida a Atalo que Honorio firmó, en la que este proponía negociar su reconocimiento como emperador.

Era lo que Alarico estaba esperando. Con dos emperadores débiles, su figura como *magister militum* de todo el ejército, incluidas las tropas imperiales, se alzaría por encima de ellos y sería el único poder fáctico del imperio. El balto hizo saber a su emperador que debía pactar con Honorio el reconocimiento mutuo de su calidad de emperadores *collegae*.

Cuando Calista conoció por Jovio la celebración de las negociaciones en Rímini, fue hasta los aposentos privados del nuevo emperador. Esa vez el actor sirio no se negó a recibirla. La aristócrata persa entró con la cara muy seria y los ojos clavados en el rostro de un Atalo incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Calista.

—Nada que no fuese previsible —respondió el sirio—. Ya te dije que iba a ejercer el poder que Roma reconoce a su emperador.

—Pero lo que Alarico te ha pedido es del todo razonable —alegó Calista—. No has aceptado su plan militar para acabar con Heracliano y ahora parece que quieres oponerte a que Honorio te reconozca como augusto.

—No hago más que cumplir las órdenes de mi consejo y del Senado.

—¿Qué ha sido de la amistad que nos profesábamos?

—La amistad no puede interferir en mis decisiones como emperador —afirmó con seguridad Atalo—. Alarico no es más que el *magister militum*. Yo soy el cargo más importante del imperio.

—Has conseguido mucho más de lo que te propusiste… ¿Quieres echarlo todo a perder?

—¿Por qué dices eso?

—Has agotado la paciencia de Alarico. Lo has humillado dos veces. Si hay una tercera no puedo responder de lo que hará. Cuando te propusimos para el cargo, te advertí de que no lo conoces cuando se enfada. Ese ser refinado que tú trataste en Iliria se transforma en una fiera.

—No creo que se atreva.

—Te aconsejo que aceptes que Honorio comparta el cargo de emperador contigo. Es lo que Alarico necesita para un reconocimiento definitivo de su condición de *magister militum*. Si no haces lo que él te ha pedido atente a las consecuencias.

En Rímini, el rey godo y Atalo comentaban en la tienda imperial la situación.

—Tenemos una oportunidad única de pacificar el imperio. No estaré presente en esas conversaciones porque no quiero interferir, pero tienes que aceptar la propuesta.

—¿Compartir el poder imperial con Honorio? —preguntó Atalo como si estuviera hablando consigo mismo—. No era lo que tenía pensado hacer. Honorio debe renunciar al trono y exiliarse. Soy el único emperador legítimo porque me avala el Senado de Roma.

—Nos conviene pactar —dijo Alarico.

—No puedo prometer nada —afirmó altivo el oriental—. Es posible que el pacto convenga al pueblo godo, pero no creo que convenga al imperio.

Alarico, enfurecido por la respuesta de su emperador, salió de la tienda imperial sin siquiera despedirse. Pensó que Atalo, con su empecinamiento en tomar decisiones por su cuenta, estaba arruinando su estrategia para enderezar el futuro del imperio. Creía necesario pactar porque consideraba que Jovio, si bien había sido desautorizado en la anterior conferencia de Rímini, era un mandatario inteligente con el que podría llegar a entenderse. No se fiaba de Atalo, pero tampoco quería interferir en las negociaciones para no dar la sensación de que era él quien impartía las órdenes y manipulaba al emperador que el Senado había nombrado.

Al día siguiente se produjo la reunión entre Atalo y el prefecto del pretorio de Honorio. Ambos se sentaron a la misma mesa que había servido para las anteriores conversaciones, pero con la sala desnuda de ornamentos y símbolos. Atalo confiaba en que se impondría su capacidad de persuasión, pero llegó al encuentro con una actitud que la corte de Rávena no iba a aceptar. Fue Jovio quien inició la sesión.

—Emperador de Roma, te hablo en nombre del emperador Honorio. Tal como se expresa en la carta que te envió, desea asociarte al trono en calidad de *collega*. Naturalmente, al ser el emperador más antiguo, Honorio debe figurar en primer lugar en las monedas, los documentos y los actos protocolarios. Si aceptas, negociaremos el reparto del territorio.

Desde que había entrado en la sala, Atalo estaba sacando provecho de su talentosa faceta de actor para representar a la perfección el papel del emperador del Senado. Tras mirar con desdén a Jovio, se levantó y, al tiempo que caminaba con pasos lentos por la sala, empezó a hablar. Lo hacía pausadamente al principio:

—Honorio me pide compartir el trono del imperio, como ya hizo con el usurpador Constantino. ¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó a Jovio, y este afirmó con un movimiento de la cabeza. Luego, con el gesto airado y elevando el tono de voz, siguió hablando—. ¿Con qué derecho formula Honorio esa petición? Yo soy el emperador porque el Senado romano me ha conferido la legitimidad, ese mismo Senado que ha destituido a tu emperador. Si Honorio ya no es emperador, ¿cómo voy a acordar con él que seamos *collegae*?

—Honorio sigue siendo el emperador y la corte imperial se encuentra en Rávena.

—¿Cómo osas hablar en ese tono al legítimo emperador? ¡Fuera de aquí! Y di a Honorio que si tiene algún interés en salvar la vida debe exiliarse de inmediato. Me da igual a dónde vaya, pero que abandone Italia sin tardanza.

Jovio no quiso responder a las últimas palabras de Atalo y salió apresuradamente de Rímini con destino a Rávena. Tenía la sensación de que Atalo se había vuelto loco al dejar pasar la oportunidad de legitimar su cargo.

Alarico no pudo evitar llevarse otra decepción al enterarse de la decisión de Atalo. Los enfrentamientos con el actor oriental, transmutado en emperador por obra del balto, eran tan frecuentes que parecía que el protegido del rey godo tuviese como único propósito llevar la contraria a su protector. Alarico pensaba que, de continuar así las cosas, su propio prestigio se pondría en cuestión.

El emperador títere había frustrado un posible arreglo que habría traído tranquilidad al imperio y, sobre todo, al pueblo godo. Estaban rotos los puentes que Placidia, a través de Jovio, había tendido.

En el palacio de Rávena, la nobilísima estaba muy afectada por el nefasto resultado de las negociaciones de Rímini; por primera vez, uno de sus planes había fallado. Necesitaba reconducir la situación y para ello la única posibilidad era cambiar la estrategia. Ahora su objetivo era llegar a la cúspide del poder verdadero: el rey Alarico. Ordenó a Jovio reunirse con el balto para convencerlo de que se pusiera al servicio del emperador Honorio.

Alarico aceptó entrevistarse con Jovio. A fin de cuentas, era la corte de Rávena la que pedía la iniciación de conversaciones. Se dijo que, si bien había considerado una traición la primera conferencia de Rímini, sin duda Jovio actuaba de buena fe, aunque alguien, en el entorno de Honorio a buen seguro, estaba obligándolo a actuar contra sus intereses. Veía en Jovio a un hombre inteligente y leal en quien podía confiar. En realidad, sin embargo, la posición de Jovio era muy complicada y peligrosa. Se lo jugaba todo en las negociaciones con el balto.

Acordaron volver a verse en Rímini. Alarico demostraba tener una paciencia a prueba de todo tipo de contratiempos. No quería que nadie se opusiera a su objetivo: ser *magister militum* de todo el Imperio de Occidente.

Cuando se encontró frente a Jovio le preguntó:

—Has pedido verme. ¿Qué tienes que proponerme?

—Lo que tú deseas: que el emperador Honorio te designe *magister militum*. Esa era la intención de la primera conferencia y también el objeto final de mi encuentro con Atalo. Fue él quien lo frustró todo.

—Lo sé. ¿Acaso el emperador ha cambiado de opinión?

—No del todo. Creo sinceramente que te aceptaría como *magister militum*, pero la existencia del emperador del Senado le hace dudar.

—Pero Honorio estaba dispuesto a reconocer a Atalo como *collega*…

—No después del resultado de nuestra entrevista. —Jovio se quedó pensativo durante unos instantes—. Atalo no es la persona más indicada para ser emperador. Está jugando contigo. Lo único que pretende es ganar tiempo. En cuanto pueda te clavará un puñal por la espalda. Está conspirando con sus allegados del gobierno y del Senado. Te contradice porque cree que es imposible que lo depongas, que no te atreverás. Por eso te reta en cada decisión. Toda Roma lo sabe, también tus tropas. Lo único que quiere es debilitar tu prestigio.

Alarico consideró que Jovio había hecho un buen diagnóstico de la situación que estaba creándose con la actitud de su emperador y se mostró dispuesto a seguir los consejos del prefecto del pretorio de Honorio.

—¿Qué me propones?

—Deshazte de Atalo. Yo conseguiré que finalmente Honorio te nombre jefe supremo del ejército imperial.

—Lo pensaré.

—Esperaré tus noticias.

—Te avisaré en cuanto haya alguna novedad.

50
Amantes y enemigos

El conflicto creado en África había desatado la euforia en Rávena. Placidia, como si de una emperatriz se tratara, jugaba partidas simultáneas. Por una parte, mantenía el contacto de un engañado Jovio con Alarico y, por otra parte, intentaba crear un ejército lo suficientemente potente para poder enfrentarse al rey godo. Su objetivo era reunir en primer lugar al ejército del usurpador Constantino, que estaba acantonado en la Galia. En segundo lugar, haría acudir desde África las tropas de Heracliano, incluidos los destacamentos indígenas. En tercer lugar, confiaba en que su sobrino Teodosio II le enviaría el ejército de Oriente. Por último, contaba con las escasas tropas del Senado al mando del general Valente, con quien había cerrado un acuerdo.

Una vez que estuvo pergeñado ese plan, Placidia ordenó a Jovio romper las negociaciones con Alarico. Consciente de la traición del general Valente, Alarico mandó detenerlo y ejecutarlo. Era la hora de asaltar Rávena y ejecutar también a Honorio.

La nobilísima había elegido muy bien el momento de romper las negociaciones. Comenzaba el otoño del año 409, y la inexpugnable Rávena se tornaba imposible de tomar incluso para el ejército de Alarico. Los pantanos que la rodeaban estaban creciendo con las lluvias, y lo aconsejable era esperar hasta la primavera. Así las cosas, el rey godo se retiró a hibernar con sus tropas a la Toscana.

A pesar de que continuaba manteniendo a Jovio como primer mandatario, Placidia empezó a proteger a un tribuno de su ejército llamado Constancio. Era este un personaje oscuro, inteligente y

ambicioso que se aproximó a la nobilísima porque vio que era la mejor manera de ascender en la escala militar. A ella también le interesaba relacionarse con él ya que era consciente de que su carisma entre los militares imperiales crecía en detrimento de Jovio.

Placidia hizo que Honorio ascendiese a Constancio a general y que lo nombrase responsable provisional del ejército imperial. Deseaba que las tropas vieran la relación de confianza y la influencia de Constancio en la corte. Ambos se reunían con mucha frecuencia a solas en los aposentos privados de la nobilísima. Aunque era casi treinta años mayor que ella, conocía muy bien el ansia de poder de la hija de Teodosio y sabía tocar los registros que movían las emociones de la compleja personalidad de aquella influyente y joven mujer. Placidia veía en él una reencarnación de su padre; el nuevo general se expresaba con gran precisión y su conversación la transportaba a un mundo muy diferente al que estaba acostumbrada. El nuevo general era conocedor de la historia reciente de Roma. Había participado en las guerras contra los usurpadores Máximo y Eugenio. Hablaba de manera admirativa de la figura del divino Teodosio. Por él, Placidia conoció una versión diferente de la batalla del río Frígido en la que los grandes protagonistas no eran sus odiados Estilicón y Alarico:

—Fue el gran Teodosio el que preparó los planes de la batalla. Fue quien diseñó el orden de las intervenciones y el que consiguió descabezar la resistencia de Argobasto. Pero, sobre todo, fue la intervención de Dios la que, por invocación de tu padre, dio la victoria a los católicos contra los paganos.

Constancio era el nuevo cómplice de Placidia, quien hizo que fuera también el confidente del emperador. Y aunque no estaba enamorada de él, lo veía como el perfecto aliado para recuperar el poder perdido.

Con la entrada del año 410, las previsiones de Rávena de formar un ejército capaz de oponerse al de los godos quedaron en nada. El acuerdo con el usurpador Constantino no pudo concretarse porque, aunque su ejército entró en Italia, decidió volver sobre sus pasos temeroso de que las tropas de Alarico lo atacaran y derrotaran antes

de llegar a Rávena. Por su parte, Heracliano tenía más interés en mantener para sí mismo el gobierno de África que en destinar sus efectivos militares a ayudar a Honorio. Como no quería ser objeto de un ataque de Alarico, había ordenado que la flota frumentaria continuase el aprovisionamiento de Italia. Además, en Rávena se produjo una nueva revuelta de los militares. Esa vez su objetivo era el eunuco Eusebio, que había osado insultar al comandante de la guardia imperial. El oficial, llamado Allowig, degolló al eunuco sin contemplaciones. El nuevo general Constancio sofocó fácilmente la revuelta consiguiendo una nueva paga para los legionarios y los mandos. Además, le sirvió para consolidarse como el líder del ejército imperial de Rávena, que era lo que Placidia deseaba, en detrimento de Jovio.

Ante el fracaso de sus previsiones militares de constituir un gran ejército con las tropas del usurpador Constantino, de Heracliano y de Teodosio II, Placidia meditó un nuevo plan con el que vencer al rey godo. Se le habían acabado las posibilidades de iniciar nuevas estrategias militares, pero debía seguir intentándolo porque su deseo no era en absoluto quedar en manos de Alarico nombrándolo para que dirigiera el ejército imperial. Debía acercarse lo más posible al balto, eso sí, pero solo con el propósito de deshacerse de él. Creía que, sin su rey, el ejército godo iniciaría una decadencia que a ella le permitiría recuperar su autoridad en el imperio.

A través del general Constancio se informó de la localización de las tropas del rey godo, que empezaban a moverse en dirección a Rávena y bloqueaban la vía Flaminia, la calzada que los unía a Roma. Finalizaba el invierno del año 410 cuando la carroza real, con ella y su fiel Helpidia como únicas pasajeras, fue interceptada por un destacamento del ejército godo que, después de apresar a su guardia personal, la entregó a Alarico.

Cuando Placidia fue conducida a la tienda real, el rey godo se encontraba reunido con Calista, Ataúlfo y Briton Drumas, preparando la invasión de Rávena. Alarico contempló un instante a la bella muchacha cuya expresión de ingenuidad le recordaba a Valeria. No podía creer que tuviera ante sí al monstruo intrigante y despiadado

que Jovio le había pintado. Finalmente, se decidió a hablar.

—¿Eres de verdad quien dirige el Imperio de Occidente? —le preguntó.

—No. Nunca osaría ponerme en el lugar del emperador —respondió Placidia con una afabilidad que impresionó al rey godo. La sonrisa y la dulzura de su expresión confundían al balto—. En algún caso aislado he dado mi opinión, pero solo cuando se me ha pedido. ¿Olvidas que soy una mujer?

Calista la miró con cara de no creer ni una sola de aquellas palabras.

—¿Y qué opinas de las conversaciones sobre mi nombramiento?

—Mi hermano Honorio nunca ha rechazado la idea de nombrarte *magister militum* de Occidente.

—Si no es así, ¿quién ha decidido romper las negociaciones?

—No sé nada de eso. ¿Se han roto las negociaciones?

Alarico estaba demostrando una paciencia infinita, consciente de que era ella quien movía los hilos de la marioneta que era Honorio. Pero se contuvo para apurar la última oportunidad.

Una vez que la nobilísima salió, Alarico ideó un plan. De entrada, la invitaría a cenar esa misma noche en la tienda real.

Placidia se sorprendió al leer la nota de Alarico. Enseguida pidió a Helpidia, que era una aventajada *ornatrix*, que la maquillara y la adornara con sus mejores galas y joyas. Conservaba todo su vestuario, alhajas y artículos de belleza ya que los soldados de Alarico que la habían detenido decidieron, tras inspeccionar las pertenencias que llevaba en el carruaje, que podía quedárselas.

—¿Para qué me has hecho venir? —preguntó la nobilísima en cuanto entró en la tienda de Alarico.

—Solo deseo conversar contigo —contestó el balto—. He oído hablar mucho de la nobilísima Gala Placidia. Te describen como una católica fanática que odia a los paganos y a los herejes. Se dice que fuiste tú quien ordenó la matanza de muchos godos y de las familias de los auxiliares.

—Eso son habladurías de los enemigos del emperador.

—Ahora hay más de un emperador.

—Pero el único legítimo es mi hermano. ¿Por qué estamos solos? He oído que en tus reuniones siempre está presente esa persa que, según cuentan, es tu amante.

—Ya ves que no es cierto. Ahora solo estamos tú y yo.

—No esperaba que un rey godo tuviese unos gustos tan refinados —comentó Placidia después de observar los sofisticados platos y la variedad de las bebidas que había en la mesa.

A Placidia le habían dicho que Alarico no era un simple bárbaro. Aquel hombre de refinadas maneras y elegante conversación le causó una impresión que nunca habría esperado. Por fin tenía sentado enfrente de ella al hombre que había sido el blanco de todos sus odios y al que había declarado la guerra.

Estuvieron hablando sobre casi todos los temas de los que podía hablar un patricio. La nobilísima pensó por un momento en su hermano Honorio, y calibró la diferencia entre aquel débil y enclenque hijo de Teodosio, al que solo parecían preocupar sus gallinas y que había sido elevado por su padre a la condición de augusto emperador desde que era un niño, y aquel rey godo que podría ser sin duda un magnífico dirigente de Roma. No solo parecía un patricio cultivado, también era un gran militar que velaría como nadie por los intereses del imperio. El contacto directo con el carismático rey estaba empezando a hacerla cambiar de actitud.

—¿Piensas, entonces, que tu hermano me designaría como general en jefe del ejército imperial? —dijo Alarico—. Yo aportaría todo mi ejército, con el que podríamos defenestrar al usurpador de la Galia y recuperar Iliria y Grecia —añadió, consciente de que estaba negociando con quien ostentaba el poder en el Imperio de Occidente.

—Creo que es lo mejor que Honorio podría hacer —contestó Placidia—. Si me proporcionas papel y pluma, redactaré una carta en la que le aconsejaré que te nombre sin más dilación.

Antes de cenar, Placidia la escribió y se la dio a leer a Alarico. En ella la nobilísima hacía un panegírico del rey godo alabando sus valores como patricio y sus cualidades como militar, para concluir aconsejando a Honorio que debía nombrarlo *magister militum* del Imperio de Occidente.

—Puedes enviarla inmediatamente —dijo Placidia—. Creo que si Honorio te concede ese nombramiento, el emperador del Senado ya no será necesario.

Alarico asintió con un gesto, hizo entrar a un sirviente y le entregó la carta con la orden de que se enviara con urgencia a Rávena. Después comenzaron una cena en la que Placidia desplegó todas sus armas de seducción.

Hablaron largo y tendido de sus respectivas vidas, con lo que la velada resultaba cada vez más íntima. La bebida, por su parte, también iba cumpliendo el propósito que la nobilísima deseaba. En un momento dado, Placidia se levantó para ir a sentarse en el mismo *kline* que ocupaba Alarico. Ahora el rey godo tenía a su lado a una mujer muy bella que, entendió por sus gestos, estaba pidiéndole tener sexo. La abrazó con suavidad y la besó en los labios. Placidia le correspondió, y el balto se percató de que aquella pasión no era fingida. Cuando la tomó en sus brazos para ir a la cama, ella notó que la llevaba con la ligereza de una pluma. Después, con idéntica delicadeza, la dejó sobre el lecho y empezó a quitarle la ropa. Ella lo despojó a su vez de la túnica, y el cuerpo desnudo del balto hizo que su deseo se volviese incontrolable.

Esa noche Placidia, la poderosa nobilísima del Imperio de Occidente, durmió abrazada al que había considerado hasta entonces su peor enemigo.

Placidia abandonó la tienda de Alarico acompañada de Armín, que consiguió que llegase a la suya sin que nadie se enterara de dónde había pasado la noche. Un rato después Calista se reunió con Alarico.

—Bien, ¿qué has podido averiguar? —le preguntó la persa.

Alarico le explicó cómo había transcurrido la velada sin omitir un solo detalle. Calista no parecía dar importancia al hecho de que hubieran mantenido sexo. Era lo que requería la situación porque se dio cuenta de que la nobilísima se había quedado prendada del rey godo en la primera entrevista. Pero estaba tan segura de su relación con él que sabía que ese encuentro no tendría continuidad.

—¿Tienes intención de prolongar vuestra relación? —le dijo, no obstante.

—¿Por qué me lo preguntas? Ya sabes que no.

—Lo pregunto porque puede que Placidia se haya enamorado de ti. Y a lo mejor es necesario que sigas cortejándola.

—Pues aunque sea necesario no voy a hacerlo —sentenció Alarico—. Es una mujer muy bella y sensual, pero no quiero crearle falsas expectativas. Si sigo cortejándola es posible que consiga mi objetivo, pero no estoy dispuesto a pagar el precio que eso supone.

—Ahora tenemos que esperar la respuesta a la carta que ha enviado a su hermano —apuntó Calista.

—No puedo confiar mucho en esa carta porque si, como creo, Placidia se ha dejado capturar, habrá dado instrucciones a Honorio para que no haga caso de las misivas que le mande desde aquí.

—Jovio nos dijo que Placidia te odiaba, pero no es eso lo que se desprende de lo que hizo contigo anoche —comentó Calista—. ¿Fingía sus sentimientos?

—No fingía —respondió Alarico—. Estuve atento a sus reacciones.

—Eso la hace muy peligrosa. Si se siente despechada intentará vengarse.

—No hará nada. Está prisionera. Además, he ordenado a Ataúlfo que no la deje comunicarse con nadie.

—Ataúlfo puede ser una víctima en manos de Placidia —afirmó Calista—. No me fío. No es tan fuerte como tú y su voluntad sí puede manejarse.

—Confío ciegamente en él. Es mi lugarteniente y sucesor —dijo Alarico—. Por cierto, Placidia sabe que somos amantes.

—Eso no es extraño. Lo sabe todo el pueblo godo. Incluso me consta que entre ellos me conocen como «la reina».

—Sí, lo sé —dijo Alarico—. ¿Y qué te parece?

—No me parece nada porque no soy la reina ni nunca voy a serlo —contestó Calista, y regresó al asunto que los ocupaba—. ¿Qué te llevó a la conclusión de que se ha dejado capturar?

—Me dijo que, a cambio de la carta en la que pedía a su hermano mi nombramiento, depusiera a Atalo como emperador.

—Eso tendrás que hacerlo aunque Placidia no hubiera escrito esa carta —aseguró Calista.

—Es algo que no me gusta, pero no me deja otra alternativa.

El encuentro sexual con Alarico estaba cambiando la actitud de Placidia hacia el rey godo. Ella ignoraba que la había utilizado para que redactase la carta recomendando su nombramiento como *magister militum*. Además, en contra de lo que pensaba hacía solo unos días, estaba enamorándose del balto. Después de haberlo tratado directamente, lo consideraba un futuro aliado. A fin de cuentas, ostentaba todo el poder militar del que ella carecía. Le preocupaba lo que pudieran pensar los miembros del partido católico, pero ya vería cómo arreglarlo.

A través de Helpidia, envió una nota a Alarico para decirle que quería reunirse con él, pero el balto no solo no contestó, sino que reiteró a Ataúlfo que controlase también a Helpidia. Podían tener contacto entre ellas, pero con nadie más que no fuese el propio Ataúlfo.

Pasados varios días sin tener respuesta de Alarico, Placidia empezó a impacientarse. Helpidia, que conocía muy bien las reacciones de la nobilísima, era su paño de lágrimas.

—Parece que te has enamorado del bárbaro. Pero él no te va a corresponder porque ya ha conseguido lo que desea de ti.

—¿Y cómo sabes que él no se ha enamorado de mí?

—Eres tú la que estás hecha una furia porque no se pone en contacto contigo.

—Llévale esta otra nota. Si no me contesta, es que tienes razón.

—La llevaré —se resignó Helpidia—. Pero no creo que produzca ningún efecto. Ya consiguió la carta para tu hermano, que es lo que le interesaba.

Cuando Helpidia se dispuso a llevar el mensaje a Alarico, se vio sorprendida por la actitud del soldado que custodiaba su tienda.

—No puedes salir —le espetó el guardia.

—Solo voy a llevar un mensaje al rey Alarico.

—He dicho que no puedes salir sin un permiso del general Ataúlfo.

Placidia, que escuchaba la conversación, indicó a Helpidia que no

insistiese.

—¡Me ha engañado! —exclamó Placidia con un grito de decepción —. Pero te juro que me las pagará, con Gala Placidia no se juega.

Helpidia miraba con desazón la frustración de la nobilísima. Era como una niña a la que hubieran negado un capricho. Pero su rabia y sus amenazas eran muy serias, y su antigua nodriza lo sabía.

Fue la propia Placidia la que salió a hablar con el soldado.

—Quiero ver al general Ataúlfo.

—Muy bien, cuando acabe mi turno de guardia se lo comunicaré a su ayudante.

Ataúlfo se presentó esa misma tarde en la tienda de Placidia y Helpidia. Preguntó si necesitaban algo.

—Sé que somos rehenes —dijo Placidia—. Pero no pensaba que me someteríais a un aislamiento como si fuese una apestada.

—Son órdenes del rey —explicó Ataúlfo—. Solo puedes hablar conmigo o, al menos, en mi presencia. Quiere conocer cualquier cosa que hagas.

—Y además tenemos que vivir en esta sucia tienda sin las más mínimas comodidades.

—Es el sitio que se os ha asignado.

—No se ha tenido en cuenta quién soy —dijo Placidia—. Seguramente en el campamento hay mejores lugares.

—Te ofrezco que vengas a vivir conmigo. Dentro de mi tienda hay habitaciones para ti y tu asistenta.

Placidia pensó que, encerradas y bajo vigilancia, nada podían hacer. Sabía que Ataúlfo era el lugarteniente de Alarico. Si se mudaba con él, estaría también bajo vigilancia, pero tendría más posibilidades de conocer el entorno del rey, que era lo que deseaba.

—Si voy a vivir en tu tienda, espero que no me trates como a una sirvienta.

—Ya tengo suficientes sirvientes —respondió Ataúlfo—. Puedes ser mi invitada.

—¿Y no necesitas pedir autorización a tu rey? —dijo Placidia con ironía ante la mirada atenta de Helpidia, que veía que su ama comenzaba a desplegar sus artes de seducción con el lugarteniente.

—Dentro de mi tienda hago lo que quiero. Y me apetece que vengas a vivir allí.

Varios sirvientes llevaron las pertenencias de las dos mujeres, que ocuparían una amplia habitación en los aposentos de Ataúlfo.

El emperador del Senado, que empezaba a perder la popularidad de que gozaba entre las legiones en el momento de su nombramiento, quiso que al menos el ejército le mostrara sumisión y pidió a su *magister militum* que le preparase una revista a las tropas acantonadas en Rímini. Para el rey godo fue un placer ordenar a los escuadrones godos y a las pocas tropas imperiales fieles al Senado que ahora dependían de él que estuviesen dispuestos para pasar revista.

Atalo, vestido con la capa púrpura y la diadema imperial, avanzaba a caballo hasta donde las tropas estaban formadas, seguido del *magister militum* y su lugarteniente, Ataúlfo. El emperador del Senado marchaba hierático con el rostro alzado, la mirada altiva, el gesto contenido y firme propio del actor que ejecutaba una interpretación de la que se sentía satisfecho. El balto había elegido, como lugar de formación de las tropas, un espacio que daba a las murallas de Rímini. También pidió a los comandantes que, a medida que Atalo pasara delante de los escuadrones, las tropas lo aclamasen. Quería que los ciudadanos que se habían congregado sobre las murallas atraídos por la concentración militar fueran testigos de cuanto sucedía. A una orden del rey godo, los escuadrones evolucionaron hasta formar un cuadrado de unos setenta pasos de lado, de tal manera que Atalo quedaba completamente cercado, en compañía del *magister militum*, su lugarteniente Ataúlfo y el general Briton Drumas. El emperador del Senado entendió que era el momento de arengar a las tropas. Bajó del caballo y, con los mandatarios godos, subió a una gran tarima instalada junto a la muralla para pronunciar su discurso.

Cuando iba a empezar a hablar, el balto le ordenó callar. Sin darle tiempo a reaccionar, en presencia de las tropas y los ciudadanos de Rímini que miraban desde las murallas, le arrancó violentamente la capa púrpura y la arrojó con desdén al suelo. A continuación le quitó

con brutalidad la diadema adornada con perlas y piedras preciosas y se la lanzó al general Briton Drumas. Atalo estaba convencido de que los legionarios del Senado responderían enseguida a esa humillación a su emperador, pero estos no se movieron. Tuvo la sensación de que lo siguiente que haría Alarico sería clavarle la espada en el pecho.

—No me mates, por compasión.

—Aunque lo mereces, no voy a hacerlo. Pasarás a ser servidor doméstico de Ataúlfo. No quiero volver a verte.

A partir de ese momento, el lugarteniente tenía bajo su custodia a Gala Placidia y tendría a su servicio a un hombre que había llegado a ser el emperador de Occidente.

Desde que Placidia vivía con él, la tienda de Ataúlfo había cambiado completamente. El lugarteniente, un ejemplo de frugalidad hasta entonces, había convertido su amplia pero sencilla vivienda en una suntuosa residencia. Se había hecho traer los mejores muebles requisados en los diferentes saqueos llevados a cabo en los últimos tiempos. También había reestructurado la distribución interior porque Placidia quería una sala que sirviese de lujoso comedor. Calista seguía de cerca toda esa transformación y presentía que la nobilísima, una vez que se convenció de que Alarico no le haría caso, estaba intentando seducir al lugarteniente. La llegada del depuesto Atalo, en calidad de sirviente de Ataúlfo, supuso para la hermana del emperador un cambio radical desde que se inició su estancia en el campamento godo. De hecho, la presencia del actor sirio hizo que la tienda del lugarteniente se convirtiese en una especie de corte como la que Calista había creado en el palacio de Split. Pero ella, a pesar de que lo deseaba, no podía traer a la tienda real a alguien como Atalo, que había decepcionado al balto.

Las cenas eran cada vez más frecuentes y Atalo no ejercía de sirviente. Era como un invitado más que se sentaba en un *kline* del *triclinium* junto a Placidia y Ataúlfo. Helpidia cuidaba de todos los detalles del funcionamiento de la nueva morada. Después de cenar, el actor sirio interpretaba alguna melodía a la flauta o cantaba acompañándose de la lira. Entre los tres se estableció una amistad similar a la que el emperador del Senado había tenido con Alarico y

Calista en Split. Después, Atalo se iba a su dormitorio mientras Placidia y el lugarteniente se quedaban hablando. Con el paso de los días, se estableció una especie de confianza entre ambos, lo que permitió a la nobilísima poder opinar interesadamente sobre las relaciones entre los dos principales mandatarios del pueblo godo.

—Alarico me parece un ser soberbio que no te da el lugar que te mereces.

—Soy el lugarteniente y el primero en la línea de sucesión —respondió Ataúlfo.

—Tengo entendido que, entre los godos, no hay sucesión a la corona.

—Eso es cierto. Son los caudillos los que tienen la última palabra, pero harán lo que Alarico les indique, y yo soy su sucesor desde que lo ordenó mi padre, el rey Atanarico, en su lecho de muerte.

—Si tú eres el segundo, ¿por qué su primera consejera es siempre esa persa? —quiso saber Placidia—. Al menos eso es lo que se dice. ¿Por qué te desprecia?

—Alarico no me desprecia. Calista es su primera consejera desde que nos conocimos en el palacio imperial de Teodosio. Pero decidimos los asuntos en el consejo de gobierno, en el que estamos los dos —explicó el lugarteniente.

Placidia se había informado por Atalo de las previsiones de Alarico cuando planteó ante el gobierno de Roma la campaña contra Heracliano, el prefecto de África.

—Él no iba a dirigir la expedición a África y propuso que lo hiciera el general Briton Drumas. ¿No era una expedición que debería dirigir su segundo? Creo que no se fía de ti lo suficiente —insinuó Placidia.

—No quiero seguir hablando de esto —concluyó Ataúlfo—. No sé cuáles fueron las razones del rey para tomar esa decisión, pero siempre he sido yo el que ha ejecutado las acciones que él no dirige.

Esas conversaciones no eran del agrado de Ataúlfo, que desde la adolescencia había sido fiel a Alarico. Se daba cuenta de que Gala Placidia intentaba sembrar cizaña entre los dos dirigentes, que siempre iban al unísono salvo cuando, de niños, los separaron al tomarlos como rehenes.

Placidia, en cambio, disfrutaba de aquellas charlas pues a través de ellas pretendía ir abriendo una grieta en la sólida relación de los dos mandatarios. Por eso dosificaba sus críticas hacia el papel protagonista de Calista. Quería que el lugarteniente viese a la persa como una intrusa en el gobierno de la nación goda.

La carta de Placidia en la que instaba a su hermano a acelerar el nombramiento de Alarico llegó a manos de Honorio. Tras la misiva, Alarico envió a Rávena los símbolos del emperador destituido: la capa púrpura y la diadema imperial. Deseaba que la entrega de esos objetos se viese como un acto de acatamiento de la autoridad de Rávena. Sin embargo, los consejeros de Honorio lo interpretaron de maneras muy distintas. Para el general Constancio suponía un acto de soberbia del rey godo, quien parecía manifestarles así que su poder era tan grande que podía poner y quitar emperadores. En cambio Jovio, que seguía creyendo en la necesidad de pactar, lo interpretó como una evidencia de sometimiento del balto. En los aposentos imperiales Jovio insistió en su apuesta:

—Alarico, al enviarte las insignias imperiales de Atalo, solo desea simbolizar su sometimiento.

Fue entonces cuando Honorio entregó a Jovio la carta de Placidia. El mandatario la leyó en voz alta y mostró su alegría por lo que parecía ser la nueva actitud de la nobilísima.

—Veo que Placidia también está de acuerdo en la necesidad de ese nombramiento —reiteró Jovio.

—No —replicó el emperador—. Antes de partir, mi hermana me dijo que si recibía una carta como esta no debía hacerle caso. Alarico la tiene secuestrada y seguramente la ha obligado a escribirla.

—Pero lo cierto es que Atalo ha sido depuesto y Alarico te entrega los símbolos imperiales para que se evidencie que eres su único emperador.

—No puedo decidir en estos momentos. No mientras mi hermana corra peligro como rehén de los godos.

—Estás en un error. No creo que Alarico ose hacer daño a Placidia

—dijo Jovio—. Es la hija del divino Teodosio. Solo quiere tener algo que intercambiar.

—Retírate, Jovio. No voy a decidirlo ahora porque no estoy seguro de que fuera una decisión acertada. Además, insisto en que Placidia ya me dijo que no hiciera caso de sus cartas mientras estuviera secuestrada.

En contra de la opinión de aquella corte ultracatólica, Jovio no se escondía a la hora de reivindicar el nombramiento del balto, lo que provocaba cada vez más odio hacia su persona. Enviaba constantes cartas a Alarico pidiéndole paciencia: «Confía en mí. El emperador duda a la hora de tomar una decisión, pero creo que acabaré por convencerlo». Esas misivas iban minando la paciencia del rey godo, que no acababa de entender por qué desconfiaban de él. ¿No había dado ya pruebas más que suficientes de su honestidad y su vocación de servir al imperio? Incluso la propia Placidia se había interesado ante su hermano por su nombramiento.

La situación de Jovio empezaba a ser insostenible debido a las intrigas palaciegas, que habían hecho mella en Honorio y ya no confiaba en él. Ahora su confidente era el general Constancio.

Fue a Constancio a quien pidió opinión porque sabía que era afín a las ideas de su hermana.

—General —dijo Honorio con gesto de preocupación—, estoy muy confuso. El prefecto del pretorio me aconseja nombrar a Alarico como jefe supremo del ejército. Dice que es la única solución para pacificar el imperio.

—No puedes hacerle caso, emperador —contestó Constancio—. Jovio es un anticatólico cuyo único objetivo es reponer en su totalidad la religión y los ritos paganos. Por eso quiere que el bárbaro sea el jefe del ejército. Si Alarico se hace con el poder y tú lo reconoces, estaremos ante un nuevo Estilicón. Recuerda que fuiste tú quien ordenó acabar con el vándalo porque actuaba contra los intereses del imperio.

—Pero las tropas de Alarico están acampadas en Rímini preparadas para atacar Rávena. Y él está esperando una respuesta a su petición.

—Que espere. Debes devolverle las insignias que te ha enviado.

Pero, sobre todo, acuérdate del juramento de la corte y el ejército declarando la guerra al rey de los godos. Ese Jovio, además de pagano, es un traidor. Es un hombre a sueldo de Alarico del que debes deshacerte lo antes posible.

—Es que si no nombro un *magister militum*… —Honorio se quedó pensativo unos instantes—. Mi hermana está secuestrada y no puedo contar con su opinión. ¿Qué me aconsejas que haga?

—Tienes razón, hace falta nombrar un jefe del ejército. Y puestos a nombrar a un bárbaro… hay otros más manejables. Alarico es muy inteligente y tiene demasiado carisma y, aunque no parezca interesado en ser emperador, será él quien de verdad mande, y eso no le conviene al imperio. Recuerda cómo expulsó del poder a Prisco Atalo.

—¿Quién consideras que podría ser ese candidato más manejable?

—Si me das unos días, te traeré un nombre que será de tu agrado y, por supuesto, del de Placidia.

Era evidente que el general Constancio estaba reservándose el cargo de *magister militum*. Ya lo había hablado con Placidia. Pero intuía que todavía no era el momento. Había que nombrar un hombre de paja, un general manejable.

Después del ataque nocturno y por sorpresa a la tienda del general Estilicón, Sarus había desertado del ejército imperial. Más tarde, con las leyes religiosas que excluían a los bárbaros de las altas magistraturas militares, no había manifestado intención alguna de volver a ocupar su puesto. Desde hacía tiempo, se dedicaba al bandidaje por el norte de Italia, un lugar desguarnecido de soldados, al frente de un numeroso ejército de desertores. Nadie en Rávena, Milán o Roma se preocupaba de parar los desmanes de ese exgeneral godo del ejército imperial que, mediante la rapiña de territorios carentes de protección, estaba amasando una gran fortuna.

El propio general Constancio, conocedor de que en ese momento Sarus estaba operando en la zona de los Apeninos, acudió con un destacamento a entrevistarse con él. No le fue demasiado difícil encontrarlo. Solo había que seguir el rastro de destrucción que iba dejando a su paso. Finalmente, Constancio alcanzó el campamento que Sarus había instalado de manera provisional en un lugar casi

inexpugnable de las montañas. Se conocían de tiempo atrás, ya que ambos habían pertenecido al ejército de Estilicón.

La reunión tuvo lugar en la tienda del exgeneral godo. Era un espacio pequeño, austero y sucio amueblado con unas sillas viejas. Después de los saludos de rigor, Constancio dijo:

—Sarus, se te echa de menos en la corte de Rávena.

—Eso sí que es una sorpresa. Estaba convencido de que en la corte se habían olvidado de mí.

—Por supuesto que no —aseveró Constancio—. Te necesitamos más que nunca. Alarico amenaza al imperio y no hay ningún militar que pueda hacerle frente con garantía de éxito. El emperador ha pensado en ti.

—¿Enfrentarme a las tropas de Alarico? —Sarus arrugó la frente en señal de extrañeza—. ¿Cuál sería mi nombramiento?

—*magister militum*, por supuesto.

—En esas condiciones, me interesa. ¿Cuándo firmaría el emperador el nombramiento?

—Antes de la firma, Honorio te pide que le prestes un servicio que debes cumplir cuanto antes.

—¿De qué se trata?

—El emperador quiere que mates al rey godo. Eres experto en ataques por sorpresa. En realidad, eres el único que puede hacerlo. Y, si estoy bien informado, es un encargo que no te desagrada.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Cuanto antes cumplas el encargo, antes tendrá lugar la firma de tu nombramiento.

—Di al emperador que cuente con ello.

Constancio dejó aquellos escarpados lugares con la sensación de que había sentado las bases de lo que para él iba a ser una carrera exitosa en la corte de Honorio.

Sarus, por su parte, quedó muy complacido de que el emperador hubiera pensado en él para dirigir el ejército imperial. Reunió a sus mejores hombres y les explicó lo que debían hacer y la recompensa que les esperaba si acababan con la vida del rey godo. El odio de Sarus hacia Alarico era algo que arrastraba desde la infancia y que,

con el paso de los años, no hacía más que crecer conforme este último iba ascendiendo a la cumbre del poder entre los pueblos bárbaros. Ahora tenía la doble oportunidad de matar a su enemigo y hacerse con la más alta magistratura militar del imperio.

51
«Basura humana»

Alarico había sido objeto de varias emboscadas a lo largo de su vida. La peor de todas fue la que sufrió en Tesalia cuando su pueblo intentaba pasar el río Peneo, que venía crecido, y una multitud de tesalianos los atacaron por sorpresa. Sin embargo, de todas las veces que habían intentado matarlo, siempre había salido victorioso. Sarus era conocedor de esas emboscadas que, además, los godos habían convertido en romances y canciones populares.

Como sabía que siempre había salido bien librado, Sarus planeó a conciencia una emboscada. Encargó a un grupo de observadores que vigilasen los pasos del rey godo en su acantonamiento de Rímini, con lo que averiguó que Alarico era de costumbres muy regulares. Varios días a la semana salía al atardecer con algunos miembros de su guardia personal a cabalgar por la llanura. Esa era una actividad que practicaba desde adolescente, lo que le había convertido en un consumado caballista. La cabalgada siempre acababa en la realización de ejercicios con armas simulando combates. El rey godo era muy riguroso con sus entrenamientos y los de sus hombres porque sabía que eran esenciales para ganar batallas. Sarus pensó que el mejor momento para atacarlos era justo después de que hubiesen terminado los ejercicios de entrenamiento dado que así los sorprenderían cansados. Su lugarteniente, Ataúlfo, nunca lo acompañaba en esos ejercicios porque, en ausencia del rey, era a él a quien correspondía el mando de la nación goda. Pero siempre estaba a su lado Calista.

Sarus envió al frente del comando a Siskia, que había sido un oficial de su máxima confianza, y se aseguró de que al menos hubiera cinco

guerreros por cada uno de los acompañantes de Alarico. Ocultos en un bosquecillo cercano, esperaron a que terminasen los simulacros de combate y, a una orden de Siskia, cayeron en tromba sobre el grupo de Alarico. Cuando el balto se dio cuenta de que era objeto de un ataque, espoleó a su caballo al grito de «¡Todos tras de mí!». Casi todos sus hombres lo siguieron, pero dos no reaccionaron a tiempo y fueron degollados. Tampoco su ayudante Armín, que había bajado de su montura, pudo seguirlo y luchaba a espadazos para defenderse del brutal ataque. No así Calista, que con sus naturales reflejos fue tras el balto. Al reparar en la ausencia de Armín, Alarico hizo dar la vuelta a su caballo y ordenó: «¡Al ataque!».

Eran veinte contra más de cien. Pero Calista y los hombres de la guardia personal de Alarico eran muy hábiles con la espada y podían hacer frente a contingentes numerosos. Colocados los animales unos al lado de los otros para luchar en línea e impedir que los rodeasen, combatían codo con codo. Alarico se aproximó a Armín y lo aupó a la grupa de su caballo.

—Vamos, Armín, hemos de acabar con esa gente.

Armín saltó sobre uno de los hombres de Siskia y lo derribó mientras los caballos de los demás empezaban a encabritarse y hacían caer a algunos de sus jinetes. La decisión de los atacados iba venciendo la fuerza de los atacantes, que pasaron de la ofensiva a la defensiva. Solamente Alarico terminó en pocos minutos con la vida de diez jinetes.

Siskia, que se vio perdido, decidió huir y azuzó a su caballo. Calista, que había identificado al jefe, decidió que no debía dejarlo escapar y lo siguió al galope. No tardó en darle alcance. Enseguida se puso en paralelo y, como lo quería vivo, lo empujó para hacerlo caer de su montura.

—¡No me mates! —gritaba desde el suelo el sicario, despavorido—. Te diré todo lo que desees saber —añadió mientras se sujetaba el brazo derecho, que se le había roto en la caída.

Después de la huida de su jefe, los atacantes que todavía quedaban vivos escaparon dejando tras de sí más de veinte muertos y heridos.

—Tres de los nuestros han perdido la vida —comunicó Armín a

Alarico.

—Sujeta a ese cobarde —le ordenó el rey godo.

El dolor que la presión de la mano de Armín le infligía en el brazo roto hacía gritar a Siskia con desesperación. Pero sus gritos crecían aún más por el pavor que le infundía la mirada del rey godo.

—Para de gritar de una vez —le ordenó Alarico—. ¿Quién te ha enviado?

Armín aflojó la presión sobre el brazo roto de Siskia y este pudo por fin hablar.

—Sarus. Ha sido el general Sarus.

Al oír el nombre de su enemigo, el balto quiso conocer los motivos que habían llevado a Sarus a tratar de asesinarlo. Era un desertor, nadie contaba con sus servicios.

—¿Por qué ahora? ¿Quién lo manda? —preguntó a Siskia.

—El general Constancio le ha comunicado que el emperador lo nombraría *magister militum* del ejército imperial si lograba matarte.

Alarico se negaba a dar crédito a esas palabras.

—¡Estás mintiendo! Sarus no puede ser jefe del ejército imperial. ¡Es un salteador de caminos con una banda de forajidos y desertores como él! —dijo Alarico, dominado por la ira.

—Te juro que es cierto. El general Constancio vino a nuestro campamento y se lo propuso, yo estaba presente.

—Creo que dice la verdad. Está aterrorizado —concluyó Armín.

—Ocúpate de que no escape.

Dentro ya de la tienda real, Alarico no paraba de darle vueltas al intento de asesinato que Sarus había organizado.

—¿Sarus les sirve y yo no? —se preguntó en voz alta caminando con pasos lentos y espaciados por la inmensa tienda mientras Calista lo escuchaba con preocupación.

—Sarus no es ninguna amenaza para ellos —respondió Calista, que lo seguía con la mirada—. Tú sí. Esa es la gran diferencia. Él es un simple mercenario que trabaja a sueldo y es fiel a quien le paga. Tú, sin embargo, deseas un futuro estable para la nación goda dentro del imperio, y eso te hace ser muy peligroso.

—El imperio solo puede subsistir con la integración de la nación

goda.

—Y eso precisamente es lo que ellos no quieren —dijo Calista—. Somos godos y, a sus ojos, somos gente despreciable, basura humana. ¿Cómo puedes pensar que nos tratarían como iguales? —Intentaba mostrar a Alarico lo que su corazón le impedía percibir.

—Pero Honorio negociaba con nosotros… —Alarico no acabó la frase, invadido por todo tipo de dudas.

—Hacían ver que negociaban con nosotros. Recuerda que solo pudiste llegar a un acuerdo con Estilicón y eso lo llevó a ser ejecutado por traición a la patria. Nos respetan porque nos temen, pero nos odian y nos desprecian… y desean vernos muertos. Además, saben que todos los refugiados y los extranjeros te admiran y seguirán tus órdenes sin dudarlo, y eso les aterra. Tienen pavor de que nos hagamos dueños del imperio. Y sobre todo, les asusta el hecho de que tú no quieras destruirlos.

—Desprecio y odio. ¿Eso es todo lo que les inspiramos?

—Nunca confiaron en nosotros. ¿Acaso te dejaron resolver el problema de África? Temen que nos hagamos con el control de la flota frumentaria. Nos odian a tal extremo que muchos senadores se fían más de Heracliano que de nosotros. —Calista detuvo su discurso por unos instantes, para concluir de manera contundente con estas palabras—: ¡Nunca dejarán que seas el jefe supremo de los ejércitos del imperio!

A medida que Calista iba hablando, el corazón de Alarico se encogía. El ciudadano romano, el patricio que habitaba en su interior, empezaba a desdibujarse. Tantos años cultivando la cultura romana, admirando sus ciudades, sus edificios, sus estatuas, sus termas, sus políticos, sus militares, sus escritores, su filosofía y su modo de vida estaban entrando en crisis. Había tenido que ser Sarus el que le abriera los ojos. Sarus, el general que le parecía tan poca cosa que casi lo había borrado de su memoria. ¿Qué alternativas le dejaban? El desánimo se abatió sin remedio sobre aquel gran hombre. Era demasiado poderoso para que confiasen en él. Era demasiado inteligente para que confiasen en él. Era demasiado culto para que confiasen en él.

Pasaron rápidamente por su mente las personas que habían significado algo importante a lo largo de su vida. Fue el patricio Marco Probo quien le hizo amar la civilización romana. Fue Valeria, la hija de aquel, la encarnación en mujer de los valores de esa civilización, la que se los inculcó. Fue Estilicón el hombre que personificó los valores de disciplina y entrenamiento que sustentaban el poderío militar que tanto admiraba. Pero los actuales romanos, a los que empezaba a ver como seres ruines y mezquinos, ponían en cuestión esos valores. A la vez, sin embargo, también admiró y admiraba todavía a su padre, el gran caudillo Rocestes, al rey Fritigerno y a su rebelde tío Atanarico, tres hombres que representaban la orgullosa identidad goda. ¿Tendría Atanarico razón en su odio feroz hacia los romanos? ¿Sería él el equivocado? ¿Era imposible integrar al pueblo godo concediéndole un lugar en el imperio? ¿Debería entonces destruir ese imperio desagradecido que no dejaba de agraviarlo y acabar de una vez con esos ciudadanos soberbios que habían mostrado reiteradamente su desprecio por toda una nación? Se hacía muchas preguntas cuya respuesta podía ser ambivalente. Quería creer que la única manera de permanecer en el imperio no era la de ser subordinados. No podía aceptar que un pueblo orgulloso como el suyo estuviera obligado a agachar la cabeza e hincar la rodilla en señal de sumisión.

La noticia del nombramiento de Sarus no suponía para Alarico una simple decepción. Esa extrema desconfianza del imperio hacia su persona había hecho que el edificio mental que estaba construyendo como la obra de toda una vida empezase a resquebrajarse por sus cimientos. Demasiados años perdidos. Demasiados años de imponer su voluntad a todo el pueblo godo, que nunca pensó en integrarse y solo lo haría por obediencia a su rey. Los godos y sus comandantes tenían como objetivo prioritario la destrucción y el saqueo. Había estado luchando sin tregua contra dos sensibilidades enfrentadas, intentando hallar un punto de encuentro que permitiese una convivencia en la que Alarico siempre había creído.

No contaba con la insolidaridad de los amos del imperio, no contaba con el desprecio y la orgullosa actitud de superioridad que mostraban.

Alarico había hecho un trabajo casi imposible al unir, bajo la denominación de godos, a decenas de etnias bárbaras, fundamentalmente germánicas, que ahora estaban controladas y que lo obedecerían fuera lo que fuese lo que les ordenase, de eso estaba seguro. Pero sabía que no había acuerdo si una de las partes no lo deseaba, y estaba claro que la mayoría de los romanos no querían que los bárbaros vivieran con derechos dentro del imperio. Incluso tuvo la tentación de abdicar como rey en la persona de Ataúlfo. Si él era el problema, cabía la posibilidad de que otra persona pudiese conseguir sus objetivos con más facilidad. Sin embargo, el impedimento no era solo él. Cayó en la cuenta al recordar la expresión que Calista había empleado: «A sus ojos, somos gente despreciable, basura humana».

No le habían dejado otra salida que la guerra, que Rávena ya había declarado formalmente contra el pueblo godo. No había marcha atrás. No más intentos de negociación. Si Rávena quería la guerra, eso era lo que iba a encontrar.

Aunque no había conseguido su objetivo de matar a Alarico, Constancio continuó con su plan de nombrar a Sarus como jefe supremo del ejército imperial. Se ofició una solemne ceremonia en la gran sala de audiencias del palacio imperial de Rávena en la que Sarus tuvo que pronunciar el juramento de Placidia.

—Juro lealtad al imperio y al emperador Honorio. ¡Muerte a Alarico!

Después, en una audiencia privada con el emperador y su nuevo hombre de confianza, el general Constancio, Sarus propuso otra estrategia propia de la corte imperial de Rávena. Cuando Honorio le dio la palabra, Sarus explicó el plan que había preparado:

—Emperador, conozco bien a los pueblos bárbaros. La disciplina es lo último a lo quieren someterse. En este momento parece haber unidad porque tienen un rey al que aceptan y obedecen, pero ¿qué pasaría si ese rey muere? Volvería la situación de anarquía y desunión, con lo que se transformarían en una presa muy fácil para el ejército imperial.

—¿Qué propones? —preguntó Constancio.

—Algo muy sencillo: que el emperador convoque a Alarico y a Ataúlfo a Rávena con la excusa de retomar las negociaciones. Alarico siempre ha sido partidario de llegar a acuerdos. Incluso puedes prometerle el nombramiento que tanto desea. Una vez que estén dentro de las murallas, ordenaremos a nuestras tropas que los maten a ellos y a su guardia personal.

—Con esa estrategia nos arriesgamos a que las tropas godas se lancen sobre Rávena para vengar a su rey.

—No te equivoques, general. Una vez que Alarico y Ataúlfo hayan desaparecido, se desatará una lucha a muerte por el poder. Se despedazarán entre ellos. Como te dije antes, la unidad que parece tener la nación goda es solo un espejismo. Quedará hecha añicos en cuanto no estén el rey y su lugarteniente.

Jovio no tardó en enterarse de los planes que se estaban preparando contra Alarico y le envió un mensaje para prevenirlo. A pesar de que estaba seguro de la veracidad de la información de Jovio, Alarico, antes de dar por finalizadas las negociaciones, quiso enviar una nueva propuesta al emperador recordándole lo que tantas veces había reclamado. De la misiva de respuesta de Honorio, llena de evasivas y dilaciones, Alarico solo sacó una conclusión: lo invitaba a él y a Ataúlfo a ir a Rávena para plantear directamente sus peticiones. Esa reacción de la corte confirmaba la trampa de la que Jovio le había prevenido. Así pues, envió una nueva carta en la que manifestaba su negativa a entrar en Rávena en son de paz hasta que no se reconocieran lo que él consideraba sus derechos. La última contestación del emperador fue la devolución de la capa púrpura y la diadema imperial, los símbolos que él había enviado a Honorio en señal de sumisión. Ese último gesto corroboraba que ya nada era posible y, por tanto, para él suponía el final. El balto quedaba libre para tomar las decisiones que los suyos le pedían. Ahora los romanos sabrían realmente quiénes eran aquellos pueblos cuya inclinación al saqueo y la destrucción había sabido contener el carismático rey durante años. Solo cabía ya el enfrentamiento militar.

Tomada la decisión de aceptar la guerra, para el rey godo no había

vuelta atrás. Calista estaba triste porque con ello se privaba a su pueblo de un futuro ligado al imperio. Ella había asumido como propio el proyecto de Alarico que ahora parecía agotado. Solo quedaba la posibilidad de la destrucción del imperio y el comienzo de un nuevo proyecto ya sin la integración entre godos y romanos.

En la tienda real, se hallaban reunidos los más estrechos colaboradores de Alarico.

—Mi paciencia se ha agotado —dijo el rey godo—. Nos quedan dos opciones: o atacamos Rávena para deponer al emperador o nos dirigimos hacia Roma.

—La conquista de Rávena requiere una planificación que nos obligará a capturar uno a uno los barcos para formar una flota en el Adriático. Después tendremos que preparar un ataque naval al puerto. Por último, habremos de vencer la resistencia del ejército imperial y conseguir que nuestros hombres abran las puertas de la ciudad —dijo Ataúlfo—. Es mejor ir a Roma porque los soldados esperan conseguir un gran botín. Una vez saqueada la Ciudad Eterna podremos idear un nuevo plan para hacernos con la dirección del imperio.

Los demás miembros de aquel grupo, que llevaba tantos años unido, se decantaron por la propuesta de Ataúlfo.

Esa misma noche, en la intimidad de su lecho, Calista estaba abrazada a Alarico y parecía reflexionar en voz alta sobre el futuro.

—Mis peores temores se han cumplido —dijo—. Creo que el imperio ha entrado en una situación de declive espiritual y moral que hace que los romanos sean incapaces de razonar. No se dan cuenta de que se han acabado los tiempos gloriosos en los que Roma era la luz del mundo. Las últimas generaciones han renunciado a defender la integridad y la identidad del imperio. Pagan al Estado para no tener que servir como soldados cuando antes era un honor hacerlo. El cristianismo fanático es ahora la guía de la mayoría de sus dirigentes. No es ese el camino que nosotros queríamos. Finalmente han triunfado las tesis de Teodosio. Pero ese triunfo es el sinónimo de la destrucción del imperio.

—Cuando Marco Probo me hablaba de Augusto, el primero y más grande de los emperadores, me recalcaba que había sido el artífice de

la *pax romana*, una paz que duró más de dos siglos que fueron gloriosos para el progreso y el bienestar —dijo Alarico—. Augusto y Marco Aurelio eran los espejos en los que me miraba. Yo quería un gran ejército para instaurar la nueva *pax romana* y no han sabido entenderme. Para salvar el imperio era necesario que yo me hiciese cargo de garantizar la seguridad, pero también incorporar con dignidad a los refugiados del otro lado del Rin y del Danubio. El imperio, tal como fue concebido, podría acogerlos a todos sin menoscabo, integrarlos y asegurarles el futuro. Y los ciudadanos romanos podrían ser los tutores de nuestros descendientes, quienes aportarían la sangre nueva que Roma necesita.

La decepción se había apoderado de aquellos dos seres que habían luchado hasta la extenuación por sus ideales y que se sentían frustrados porque, aunque lo intentaron por todos los medios, no habían logrado llevarlos a la práctica.

Después de estas últimas palabras los ojos de Alarico se llenaron de lágrimas. Calista lo abrazó con fuerza mientras ella también lloraba.

—Y ahora debo destruir Roma —se lamentó Alarico—. Esa era la verdadera profecía, «Entrarás en la ciudad», pero para arrasarla.

—No te han dejado otra alternativa —dijo Calista—. Es la hora de trazar un nuevo plan. ¿Qué has pensado?

—Primero debemos destruir la ciudad —contestó el rey godo—. Así sabrán quiénes somos los godos cuando se nos humilla y menosprecia. Más tarde, cargados con el botín del saqueo, nos dirigiremos hacia el sur para pasar a África y controlar la flota frumentaria. Después de vencer y deponer a Heracliano, al que tenemos que ejecutar para vengar la injusta muerte de Estilicón, dejaremos allí a las familias de nuestros soldados a fin de que el ejército pueda regresar a Italia y derrocar definitivamente este régimen corrupto e insolidario.

—Eso significa que debemos traer desde Iliria y Panonia a todas las familias.

—Si hemos de pasar a África, es preciso que vengan con nosotros, allí estarán más seguras —concluyó Alarico.

Mientras hacían el amor, el balto le demostró que era la persona a la que más quería en el mundo. Y era tan cierto como que también

Calista lo adoraba. No les hacía falta decírselo porque la relación que habían forjado a lo largo de los años era mucho más elocuente que las palabras.

Era la última noche que pasaban juntos en la tienda real antes de levantar el campamento para dirigirse a la Ciudad Eterna.

52
El tercer asedio

Acababa la primavera del año 410 cuando se levantó el enorme complejo militar que era el campamento de los godos. Durante los últimos años, tan solo las tropas estaban acampadas en el territorio de Italia ya que las familias de los soldados se encontraban repartidas en varios campamentos desde Iliria hasta Panonia. Esos cientos de miles de ancianos, mujeres y niños fueron llamados para unirse a los soldados en las afueras de Roma. Los campamentos se instalaron rodeando las murallas de la ciudad, y los carros con las familias se ubicaron en una segunda línea para quedar protegidos. Comenzaba el tercer asedio de Roma por parte de los godos.

Los propósitos del balto habían cambiado de una manera definitiva. Si en los asedios anteriores el objetivo era rendir a los habitantes de Roma para conseguir un rescate cuantioso o la deposición de un emperador, en esa ocasión simplemente se habían propuesto la destrucción y el saqueo. Por eso Alarico tenía prisa en tomar la ciudad e intentó en varias ocasiones que sus soldados asaltasen las murallas con máquinas de guerra. Pero eran unas murallas muy sólidas, reforzadas unos años antes por orden del general Estilicón, y las defendían bien los pocos efectivos militares que quedaban en la ciudad con la ayuda de civiles voluntarios que se habían sumado en masa. Al rey godo solo le restaba la posibilidad de sitiarla por hambre. En pocos días, los almacenes se vieron vacíos de provisiones. Y eso a pesar de las restricciones impuestas por las autoridades que, por la experiencia de los asedios anteriores, habían obligado a la población a los racionamientos desde el primer día.

Alarico quería escenificar de una manera solemne su ruptura definitiva con el imperio. El hambre y la muerte serían las grandes aliadas del rey godo. Y, además, sin el peligro de ser atacados porque estaba seguro de que nadie se atrevería a acudir en ayuda de los asediados.

Los romanos ya tenían experiencia con los dos asedios precedentes. Pero esa vez el rey godo no iba a ceder en ninguna circunstancia. Los romanos habían llenado las despensas y tendrían comida para unos días, que podrían prolongarse gracias al riguroso racionamiento que había ordenado Pompeyano, el nuevo *prefecto urbis* de la ciudad. Aun así, los alimentos solo duraron dos semanas. A partir de ese momento, la situación comenzó a hacerse muy difícil. Al principio, los que más habían acumulado vendían provisiones a precio de oro a las familias ricas, pero pasados unos días toda la comida se había agotado. Unas semanas después del inicio del asedio, la imagen de los ciudadanos que rebuscaban algo que llevarse a la boca entre los desperdicios resultaba patética. Había frecuentes peleas a muerte para hacerse con una simple rata. Incluso era habitual ver gente que despiezaba algunos de los muchos cadáveres para alimentarse, a pesar de que eran esqueléticos y solo se les veían las costillas pegadas a la piel o los huesos que sobresalían de los brazos, las piernas y las manos. Se formaron grupos de ciudadanos que mataban en secreto a sus compatriotas para repartirse el cuerpo del asesinado. Entre unas cosas y otras, la mortalidad estaba siendo tan grande que los cadáveres se apilaban en las calles sin posibilidad de ser enterrados, lo que dio lugar a epidemias que se extendían por toda Roma.

En la mansión de los Anicios la situación era tan desesperada como en el resto de la ciudad. El olor a despojos era nauseabundo. Los hombres de la casa Anicia ayudaban como podían en la defensa de la ciudad guardando las puertas y patrullando las murallas para evitar un asalto. Faltonia y Valeria, que no podían hacer nada y además estaban extenuadas por la falta de alimentos, permanecían sentadas en el peristilo para no gastar las pocas fuerzas que tenían.

—Nos queda poco tiempo de vida. Confío en que Dios nos acoja en su seno —dijo Faltonia.

—¿Por qué no se rinden de una vez? —exclamó Valeria—. Lo único que están consiguiendo es prolongar la agonía de los que todavía estamos vivos. Servilia está muy débil. No sé cuánto tiempo podrá aguantar.

—Deberíamos hacer alguna cosa —sugirió Faltonia.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotras?

—Estábamos equivocadas. Alarico es un monstruo despiadado. No tiene la más mínima compasión.

Al oír lo que pensaba su tía, Valeria consideró que había llegado el momento de que supiese la verdad.

—Conozco muy bien a Alarico —afirmó.

—¿Qué dices? —se sorprendió Faltonia.

—Alarico es el padre de Servilia. Todo lo que está pasando no es culpa de él. Han sido esos dirigentes fanatizados de Rávena y el partido católico los que han provocado esta situación. Él jamás habría destruido Roma porque siempre quiso la paz entre godos y romanos. Pero lo han llevado hasta el límite.

—¿Sabe que tiene una hija?

—Ni lo sabe ni deseo que lo sepa.

—Entonces, nada se puede hacer.

—Sí podemos hacer algo —insinuó Valeria—. Podemos intentar hablar con su lugarteniente, Ataúlfo. Nos criamos juntos y lo quiero como a un hermano.

—¿Y qué puede hacer él?

—Ayudar a acabar con esta agonía de una vez. Tú podrías hacer que tus sirvientes abran la puerta Salaria y dejarles que entren.

—Pero sería una traición a Roma —respondió Faltonia.

—No, no sería ninguna traición. La gente está comiendo cadáveres, y esa es la mayor de las degradaciones humanas. Sería un acto de caridad cristiana para ahorrar el dolor de muchas personas. Es preferible la muerte violenta a la agonía por hambre. Todos vamos a perecer si no hacemos nada, y sé con seguridad que Alarico no tiene intención de matar a los romanos.

Después de escuchar a Valeria, Proba Faltonia se quedó pensativa durante un rato. Su amor por su ciudad y su lealtad al imperio la

hacían dudar. Pero al final se convenció de que lo que su sobrina le proponía era la mejor solución para superar el doloroso trance en el que se encontraba Roma y acabar de una vez por todas con aquel infierno. Así al menos muchos ciudadanos podrían sobrevivir.

—Creo que tienes razón —reconoció Faltonia, y entornó los ojos en señal de resignación—. Enviaremos un mensajero a ese Ataúlfo. Eso todavía puedo conseguirlo.

La noche siguiente, la guardia personal del lugarteniente lo avisó de que había un mensajero que quería hablar a solas con él. Ataúlfo lo hizo pasar a una estancia lejos de la presencia de Placidia y Atalo.

—Te traigo un mensaje que no debe conocer nadie más que tú —dijo el mensajero.

—¿Quién te envía? —preguntó Ataúlfo.

—Me envían Valeria y Proba Faltonia.

—No sé quiénes son.

—Valeria me dijo que os conocéis desde niños y añadió que debía explicarte que es Valeria de Peuce.

Al oír ese nombre asociado al pueblo donde había vivido hasta su secuestro, al lugarteniente le dio un vuelco el corazón.

—Si es ella, puedes hablar. Y estate seguro de que no lo comentaré con nadie.

La puerta Praenestina, una de las dieciocho que había en la muralla romana, tenía a los lados dos puertas pequeñas que podrían abrir sin riesgo. Por una de ellas había salido el mensajero enviado por Valeria y Faltonia para hablar con Ataúlfo en el campamento de los godos.

La noche del 21 de agosto, el lugarteniente de Alarico se encontraba en esa misma puerta, que era el lugar que habían acordado. Pero allí no halló a nadie. Estaba a punto de irse cuando se abrió una de las puertas pequeñas y por ella salió una mujer con la cara oculta tras un velo que se acercó donde él estaba.

—Salud, Ataúlfo —dijo la recién llegada en lengua gótica. El

lugarteniente reconoció su voz al instante—. Sí, soy Valeria. Me gustaría hablar de muchas cosas, pero no disponemos de tiempo.

Valeria, debilitada como estaba, pareció sufrir una convulsión, pero se sobrepuso. No comentó nada más. Le dijo inmediatamente lo que debían hacer.

—Hay que acabar con este asedio. He hablado con Faltonia, la hermana de mi padre. Pertenece a una de las familias más importantes de Roma. —Valeria no quería dar mayores explicaciones porque podían descubrirlos en cualquier momento—. Creemos que lo mejor para todos es que las tropas de Alarico entren en Roma y se acaben de una vez los padecimientos.

—¿Cómo lo haremos? La fortificación es inexpugnable.

—Dos horas antes del amanecer del día veinticuatro de agosto, sirvientes de Faltonia desarmarán a los vigilantes de la puerta Salaria, la que está frente a la tienda real. Después la abrirán para que el ejército godo pueda entrar —dijo Valeria—. Solo te pido que convenzas a Alarico para que se respete la vida de los ciudadanos. Nada gana con matar a seres humanos que ya no tienen energía para defenderse. También debes conseguir que respeten las iglesias y a las personas que busquen refugio en ellas. ¿Crees que te será posible?

—No lo sé. Lo intentaré.

—No me basta con lo que me has respondido. Prométeme que se respetará la vida de las personas.

—Ya te he dicho que lo intentaré. Pero no será fácil. ¿Eres consciente de que entre las tropas godas hay hombres que son incontrolables y que van a entrar a sangre y fuego? Hay más de treinta mil soldados cuyas familias fueron asesinadas por orden de Rávena. Hay miles de esclavos humillados en las casas romanas que solo esperan venganza. Habrá asesinatos y violaciones. Y ni el propio Alarico podrá controlar lo que ocurra dentro de las murallas. Pero ¿qué será de ti?

—Por mí no te preocupes. Nos refugiaremos en la iglesia de San Pedro. Pero insisto en que se respete la vida de las personas.

—¿Has dicho «nos refugiaremos»?

—Sí. Faltonia, mi hija y yo.

—¿Tienes una hija?

—Sí, y su padre es Alarico. Pero te ruego que esto no se lo cuentes.

—No puedo hacer lo que me pides. Entre nosotros nunca ha habido secretos.

—Tienes que hacerlo. De nada servirá que lo sepa. Además, no quiero volver a encontrarme con él. Ahora debo irme. Me has prometido que intentarás que se respete la vida de las personas. Recuerda: puerta Salaria, día veinticuatro, dos horas antes del amanecer.

Ataúlfo no supo qué decir. No le dio tiempo a despedirse porque, antes de que pudiera reaccionar, la pequeña puerta se cerró detrás de Valeria. Su problema ahora no solo era la entrada del ejército en Roma, sino el drama que le suponía ocultar a Alarico que Valeria y su hija se encontraban dentro de la ciudad sometidas a las mismas penalidades que el resto de los romanos.

Cuando llegó al campamento se entrevistó con Alarico y Calista.

—Unos ciudadanos, que quieren que se acabe de una vez por todas el asedio, me han hecho saber que el día veinticuatro, dos horas antes del amanecer, abrirán la puerta Salaria.

—¿Cómo sabemos que no se trata de una trampa? —preguntó Alarico.

—Estoy seguro de que no mienten —respondió Ataúlfo—. De no estar seguro no te lo diría.

—¿Sabe algo de esto Gala Placidia? —intervino Calista.

Ataúlfo puso cara de desagrado.

—Esa duda tuya me ofende. Siempre he cumplido al pie de la letra las órdenes de Alarico, y deberías saberlo. Placidia no ha hablado con nadie desde que es nuestra rehén.

—Lo siento, Ataúlfo —dijo Calista—. Esa mujer es una víbora, no hay que fiarse de ella.

Ataúlfo les expuso a continuación lo que Valeria le había pedido y solicitó de Alarico que se no se atacasen las iglesias cristianas.

—Es la única contrapartida que mis confidentes han solicitado —dijo, sabedor de que Valeria y su hija buscarían refugio en una de ellas.

Nada le comentó de respetar a la totalidad de los ciudadanos porque sabía que eso sería imposible. Tampoco reveló a Alarico que tenía una hija.

A la hora prevista del día fijado, en una noche oscura que amenazaba tormenta, un comando de élite a las órdenes de Ataúlfo se apostó con discreción cerca de la puerta Salaria. Antes del anochecer, Alarico había dado instrucciones a sus generales y comandantes para que cumpliesen las peticiones de los confidentes de su lugarteniente; seguía ignorando que se trataba de Valeria y su tía Faltonia. Mientras esperaba la señal de Ataúlfo, el rey godo se encontraba sobre su caballo al frente de las tropas. Estaba totalmente consternado por lo que iba a hacer, sobre todo por ser él quien lo había ordenado. Pensó que la vida había sido muy injusta. Había perdido a Valeria para servir a su pueblo, pero aún conservaba la ilusión de llevarlo a asentarse en un territorio dentro del imperio y asegurarle un futuro prometedor. Recordó que el oráculo de Amón le había dicho en el desierto de Siwa, en Egipto, que él no entraría en la tierra prometida con su pueblo. Todo se había torcido debido a unos mandatarios egoístas e incompetentes, incapaces de entender que la convivencia en paz entre los refugiados bárbaros y los ciudadanos romanos era necesaria. En unos minutos iba a producirse lo que nunca deseó. Desde muy joven se había entregado a la causa de defender y proteger los valores y las instituciones romanas para que su pueblo pudiera disfrutar de un legado que le ahorrase siglos de trabajo para alcanzar el progreso por sus propios medios. Quería que los suyos fuesen coherederos del imperio. Era algo que siempre creyó posible, y para convencer a los mandatarios romanos creó un ejército invencible. Su gran error fue que siempre pensó que los ciudadanos romanos tenían la misma amplitud de miras que su mentor Marco Probo o el general Estilicón. Había tardado demasiado tiempo en comprender que no era así. Esos ciudadanos no estaban dispuestos a compartir su bienestar con quienes consideraban «basura bárbara», incluso sabiendo que se hallaban a merced de un ejército, el godo, que superaba con creces en

número y experiencia a las tropas imperiales y que podría destruirlos en cualquier momento, un ejército al que él había dotado de la formación, la disciplina y las armas adecuadas. Bajo su mando, se habían agrupado por primera vez casi todas las naciones bárbaras del otro lado de Danubio. Y por primera vez eran una fuerza capaz de doblegar a Roma.

Mirando hacia la puerta Salaria a la espera de la señal de Ataúlfo, se preguntó si, después de dar la orden de arrasar Roma, su vida habría sido un fracaso. Se daba cuenta de que a partir de entonces solo le quedaba el camino de la dominación, de la imposición violenta del poder de la nación goda. Pero así lo habían querido unos ciudadanos xenófobos y soberbios cuyo único sentimiento hacia su pueblo era el desprecio.

El ruido producido por la apertura de las puertas era la señal que Alarico aguardaba. Ya no había vuelta atrás. Una vez abiertas, Ataúlfo ordenó al destacamento que se asegurase de que no se cerraban y Alarico dio la orden de atacar. Decenas de miles de soldados bárbaros entraron a toda prisa, unos a pie y otros a caballo. Aquel estruendoso ataque pilló por sorpresa a los debilitados habitantes de Roma, cuyos hombres se apresuraron a tomar las armas.

Las disciplinadas tropas de Alarico se dedicaron en esencia a saquear cuanto encontraban a su paso. Pero los guerreros incorporados de otros ejércitos y los esclavos liberados eran incontrolables. Estos últimos fueron directamente a las casas de sus antiguos amos con ánimo vengativo.

Poco después de entrar, los edificios cercanos a la puerta Salaria eran pasto de las llamas. A medida que iban avanzando, las tropas bárbaras únicamente dejaban las huellas de la desolación. Destruían todo lo bello que la ciudad había sumado a lo largo de los siglos si no les resultaba posible llevárselo como botín. No solo los edificios y los palacios eran incendiados, también el Foro quedó devastado y casi todas las estatuas repartidas por la ciudad se convirtieron en escombros que llenaban calles y plazas. Entraban por grupos en las viviendas, especialmente en las suntuosas, para apoderarse de todo lo que tuviese algún valor: dinero, oro y plata, joyas, pequeños objetos y

tallas de maderas preciosas, telas, especias. Robaban también los carros de las propias casas y, una vez que los tenían repletos, las quemaban. En pocas horas la situación era de caos absoluto. Los ciudadanos de Roma, pese a estar muy debilitados por el hambre, tomaban sus armas y salían a luchar. El enfrentamiento era tan desigual que caían muertos al primer embate.

Faltonia, Valeria y su hija se habían refugiado en la cercana iglesia de San Pedro. Servilia dormitaba abrazada a su madre, y Valeria notó que las costillas desnudas de carne de la muchacha se pegaban a las suyas. Abrazarse era la única manera de soportar tantas penalidades. Y era también lo mejor para no oír los gritos de muerte y el ruido infernal que producía la destrucción. Todo era tan terrible que Valeria casi no podía pronunciar palabra alguna. Las pequeñas ventanas de la iglesia se iluminaban por las enormes llamas de los incendios, que iban creciendo a medida que pasaban las horas. Ella era de las pocas personas que conocían a la perfección las dos sociedades que se enfrentaban. Hija de un patricio romano y una mujer goda, había vivido hasta los dieciocho años con los baltos y hablaba el gótico porque era su lengua materna. Pero su padre, Marco Probo, la había educado también en los valores del imperio, procurándole un refinamiento espiritual e intelectual del que no solían disfrutar la mayoría de las jóvenes de su clase social. Desde niña, su progenitor le había dicho que Roma estaba en un proceso de decadencia de la que solo podrían salvarla los bárbaros. Intentó descifrar el enigma que se ocultaba detrás de aquellas palabras que parecían contradictorias. Empezaba a entenderlas ahora, después de convivir con aquella sociedad egoísta e insolidaria que solo miraba por su propio bienestar. Comprendía que la única salida que garantizaba un futuro para el imperio era la propuesta de Alarico. Sabía que el rey godo era una persona ambiciosa que deseaba ostentar el poder auténtico, el de verdad: el poder militar. Pero también sabía que Alarico, al que seguía amando tanto como el primer día, nunca tuvo intención de destruir el imperio como hacía en ese momento. Habían hablado de eso muchas veces cuando eran casi adolescentes. Marco Probo los había educado para buscar siempre una solución pactada a los conflictos. Y Alarico

había buscado esa solución aportando una paciencia que parecía inagotable. Roma era una sociedad vieja y sus ciudadanos, arropados por un bienestar prolongado, habían renunciado a aquello que los había hecho grandes y eran sus señas de identidad: sentirse orgullosos de pertenecer como soldados o mandos al ejército imperial. Desde hacía muchos años se habían acostumbrado a eludir con dinero la prestación del servicio militar. Eran los bárbaros los que integraban las tropas auxiliares que, con el paso del tiempo, se convirtieron en mayoritarias. El fracaso de Alarico era también el fracaso del imperio.

Aunque hacía muchos años que se había establecido en Roma, Valeria no dejó ni un solo día de echar de menos su sencilla existencia entre los godos. La vida de Roma le parecía algo degradado y miserable. Los partidos religiosos enfrentados a muerte, la codicia y la posesión de riquezas como únicos valores que también habían corroído a la mayor parte de la Iglesia, que, desde que Constantino la legalizó, estaba llena de arribistas y ambiciosos. Sin embargo, la nación goda era un pueblo joven que solo pedía que le dejasen un lugar en el imperio. Era verdad que su disposición al pillaje y al saqueo lo habían llevado a cometer tropelías que indignaron con razón a los ciudadanos romanos, pero ella también conocía el vejatorio y criminal trato que habían sufrido desde que el año 376, después de atravesar el Danubio, entraron en el imperio como refugiados. Los trataron peor que a los animales. La batalla de Adrianópolis fue la única respuesta posible. Ahora, más de treinta años después, en Rávena nombraban a Sarus general en jefe de los ejércitos del imperio. ¡Dios mío…!, pensó. Sarus, al que ella había salvado la vida, esa bestia que solo sabía luchar a muerte, era el nuevo *magister militum*. En esas condiciones, la decisión de Alarico era comprensible, se dijo Valeria. No le habían dejado ninguna otra alternativa. Posiblemente ella habría podido cambiar las cosas de haber ido al campamento godo con su hija, pero decidió no hacerlo porque habría supuesto una nueva humillación para la nación goda, de la que ella se consideraba parte. Las personas a las que Valeria se sentía más próxima, su verdadero pueblo, habían sido esclavizadas, maltratadas o asesinadas a sangre fría. Los romanos tenían ahora lo

que se merecían. Solo esperaba que Ataúlfo consiguiera de Alarico que se respetase la vida de las personas, pero no era eso lo que se deducía de los gritos que entraban atenuados por las pequeñas ventanas de la basílica. Si lograban salir con vida del asalto, sería entonces cuando hablaría a su hija de quién era su padre y cuál era su verdadero pueblo. Pero, sobre todo, trataría de hacerle entender todo lo que estaba ocurriendo.

Con las fuerzas tan mermadas, Valeria fue perdiendo poco a poco la noción de la realidad, la noción de aquel momento tan brutal en el que la llamada Ciudad Eterna estaba siendo destruida. Y fue quedándose dormida con la cabeza de Servilia apoyada sobre su pecho.

Faltonia, por su parte, observaba la tragedia con el ánimo abatido. Sus hijos, que fueron cónsules de Roma, debían de estar muertos porque habían tomado las armas para defender la ciudad. Ella, católica ferviente como era, culpaba de todo lo que ocurría a la incompetencia de unos dirigentes que no habían sabido estar a la altura. Si por fortuna salvaba la vida, ya nada sería igual. Había sido la mujer más rica de Roma, pero tendría que partir y empezar una nueva existencia, intentando simplemente sobrevivir. Dios se había ensañado con su ciudad hasta tal extremo que Faltonia era incapaz de entenderlo. Los enfrentamientos internos y las guerras civiles, las frecuentes usurpaciones y la degradación de los valores republicanos los habían llevado a aquella situación límite. No quería mirar por las ventanas porque su mente la llevaba a ver su enorme palacio saqueado y en llamas. Una tristeza, que ni siquiera podía llamar indignación, se apoderó de ella. Era la tristeza de la resignación.

Hacía muchas horas que se había producido el asalto. Anochecía cuando la tormenta se situó encima de la ciudad. El cielo se volvió negro y los relámpagos ponían luz intermitente como si quisieran iluminar una macabra obra de teatro. Roma estaba rebosante de cuerpos sin vida, los de aquellos que habían muerto de hambre y los de aquellos otros que los asaltantes habían asesinado. El hedor a

cadáver, mezclado con el tufo de los incendios, hacía que la Ciudad Eterna pareciese la antesala del infierno. Y el saqueo continuaba sin descanso. Al asaltar el Capitolio, el general Briton Drumas se apoderó de los tesoros del segundo Templo de Jerusalén, que el general Tito, hijo del emperador Vespasiano, había traído hacía más de tres siglos. Allí estaba el arca de la alianza, la mesa de Salomón, el candelabro de oro de siete brazos, además de muchas otras joyas religiosas. Ese valioso tesoro se reservó para entregárselo de inmediato al rey Alarico como regalo de sus comandantes y sus tropas.

La depredación de la ciudad duró tres días. Los invasores dedicaron el primero fundamentalmente a vencer todas las resistencias que los romanos les opusieron; los dos últimos se abocaron al pillaje sistemático y minucioso hasta que el expolio fue total. La tormenta no aflojó durante el segundo y parte del tercer día. El espectáculo que producía la intensa lluvia hizo que por momentos el saqueo se detuviera. Era como si Dios hubiese enviado las nubes espesas para limpiar, con su húmeda carga, los desmanes que estaban castigando a una ciudad que había permanecido en paz durante casi toda su milenaria historia.

El ejército imperial romano, dirigido ahora por el general Sarus, se mantuvo acantonado dentro de las murallas de Rávena ajeno al saqueo de Roma. El gigantesco general godo sabía que nada podía hacer contra Alarico y se mantenía a la espera de acontecimientos.

La tormenta terminó por extinguir todos los fuegos y cuando amainó pudieron verse con claridad los efectos de la destrucción. Alarico, junto con Calista y su lugarteniente Ataúlfo, marchaban lentamente a caballo por las calles de la ciudad escoltados por su guardia personal. El rey no mostraba la actitud orgullosa de un militar vencedor. Se preguntaba cómo había podido ocurrir aquel desastre. Todos se habían vuelto locos. La ciudad de mármol, edificios fastuosos y estatuas que el emperador Octavio Augusto había legado a sus descendientes después de sus casi sesenta años de mandato no era en ese momento más que un montón de escombros mezclados con despojos humanos. Se detuvo delante de la estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio, por el que sentía una inmensa admiración.

Aquel gran hombre destrozó a varias naciones bárbaras en la batalla de Vindobona hacía más de doscientos años. Pero eran bárbaros que solo querían acabar con el imperio. Le vino a la memoria una frase del emperador filósofo que lo había acompañado toda la vida: «Todo lo que pasa sucede como debería, y si observas cuidadosamente comprobarás que esto es así». Ordenó a sus hombres que respetaran esa estatua para que las generaciones venideras pudieran admirar la imagen de quien él consideraba el último gran emperador de Roma.

Cuando pasó por delante de la iglesia de San Pedro, Valeria, con el rostro cubierto por un velo para no ser reconocida, pudo ver por primera vez desde hacía quince años al único hombre al que había amado y percibió en sus ojos la huella de la desolación: miraban entristecidos cómo los guerreros bárbaros arrastraban carros cargados con todo tipo de objetos valiosos. Valeria lo observó extasiada. Había madurado y su figura era ahora más rotunda. Plantado sobre su caballo, su apostura irradiaba carisma y autoridad.

Alarico se detuvo, y al instante paró todo su séquito. Dio la vuelta a su caballo y dijo a Ataúlfo:

—Abandonamos Roma. ¡Ordena retirada!

En ese momento Ataúlfo reconoció la escuálida figura de Valeria y dudó sobre si alertar a Alarico de su presencia. Pero se contuvo por respeto a los deseos de ella. Tuvo que volver la cara porque Alarico dio una nueva orden:

—Que traigan comida para esta pobre gente.

El rey godo dejaba definitivamente Roma. Con parsimonia, y seguido de todo su séquito, se detuvo en el Foro delante del arco del emperador Tito. Calista hizo que un soldado alumbrase con una antorcha uno de los relieves que lo decoraban, el que representaba a unos soldados llevando el tesoro del templo de Salomón, donde resaltaba el enorme candelabro de siete brazos, tan reales que parecían estar en movimiento.

—Ese es el regalo que tus tropas con sus generales al frente han reservado para ti —dijo Calista—. Son los objetos más valiosos que había en Roma.

Alarico fijó su mirada en el relieve de mármol. Pensó que

representaba la grandeza de Roma, porque esos objetos eran los símbolos originales de una civilización, la judía, que no había querido nunca someterse a Roma, de modo que al imperio no le quedó otra salida que expulsarla del territorio en el que habitaban con la intención de destruirla. Ahora era él quien había destruido el mayor símbolo de ese imperio que era la ciudad de Roma. Todo había terminado. Un escalofrío de tristeza lo invadió. De haber salido bien las cosas, se dijo, el imperio se lo habría agradecido eternamente. Sin embargo, después de esa horrible destrucción quedaría para la historia como el hombre que arrasó la Ciudad Eterna.

Desde detrás de la antorcha que alumbraba el arco, la fugaz figura de un hombre se situó de un brinco delante de Alarico y, antes de que su escolta o él mismo pudieran reaccionar, lanzó un venablo desde casi tres pasos de distancia. Parecía que la tristeza del balto exigía, como compensación de la destrucción, su propia muerte en la ciudad que él había ordenado destruir.

La única que tuvo reflejos fue Calista, que saltó desde su caballo y se situó en la trayectoria del venablo asesino. A pesar de que llevaba la coraza de comandante romano, la lanza le atravesó la espalda y le salió por el vientre. Al balto solo le dio tiempo a sujetarla para que no cayera al suelo. Herida de muerte, Calista se abrazó al único hombre al que había amado y, con los labios ensangrentados, lo besó. Alarico la apretó contra él y la punta de la lanza le rasgó el pecho. Presionó para hacerse daño y, si fuera posible, morir allí mismo con la mujer que había sido su apoyo y su amante durante treinta años.

El grito desgarrado del rey godo se oyó en la silenciosa oscuridad de la ciudad arrasada. Fue un grito animal que expresaba todo el dolor que sentía el que, de hecho, era el hombre más poderoso del imperio. La escolta había detenido al autor de la lanzada y Alarico ordenó que no lo matasen. Deseó con todo su corazón que aquella lanza lo hubiera atravesado a él. Después, sin decir nada más, abrazó el cuerpo debilitado por la pérdida de sangre de Calista. No quiso que nadie tocara a la mujer a quien más había amado. Él mismo rompió con sus manos la lanza sin atreverse a sacarla para que la persa no se desangrase y, en medio de un silencio que podía rasgarse, la mantuvo

abrazada sobre su caballo hasta llegar al campamento. Una vez allí desmontó al tiempo que la sujetaba por la cintura y entró en la tienda real con ella en sus brazos. Hizo salir a los que estaban dentro y colocó el cuerpo de la aristócrata persa sobre la cama que habían compartido. El médico le taponó la herida y, antes de dejarlos a solas, indicó a Alarico que nada más podía hacer. El rey miraba a través de sus amargas lágrimas, que hacían que el rostro de Calista se desdibujara ante él.

—No estés triste por mí, Alarico —dijo Calista haciendo un enorme esfuerzo—. Me voy feliz porque he tenido a tu lado la vida que deseaba.

—No hables. Tienes que hacer todo lo posible por vivir.

—Sé que voy a morir. Pero tú debes continuar al frente de tu pueblo hasta que lo conduzcas a la tierra que le has prometido.

Calista quería seguir hablando, pero la vida se le iba sin que en ningún momento de su larga trayectoria juntos le hubiera declarado formalmente a Alarico su amor. Con los ojos abiertos, pensando que moría como siempre deseó, en los brazos de Alarico, dejó caer la cabeza y su cuerpo quedó inerte. En sus ojos y en su rostro afloró una expresión de serenidad mezclada con el gesto del fuerte carácter que la había distinguido.

Alarico la cubrió con la capa verde con el dragón rojo que había heredado de su tío Atanarico y le cruzó los dedos de las manos sobre el pecho. Aquel hombre cuya sola presencia imponía respeto y temor se acostó a su lado y lloró como un niño. Recordó cómo la conoció en el palacio imperial de Tesalónica. Eran poco más que adolescentes cuando Calista le indicó que se equivocaba en un movimiento de una partida de *latrunculi*. Desde entonces, sus vidas se habían fundido para no separarse jamás. No hubo en todo ese tiempo ni un amago de mal gesto entre ellos. Ahora se daba cuenta de que no le había entregado su vida en el último momento, sino que se la había dado siempre. Ella había vivido para él, para que fuera el gran rey que había llegado a ser. Para que fuera feliz. Por él rechazó ser una gran dama en Persia. Lo apoyó siempre, y siempre le aconsejó la mejor opción. Era tan inteligente como leal. El pensamiento del balto recorría sin detenerse

la vida que habían pasado juntos. Lo salvó de morir cuando el esbirro Bulmaro intentó degollarlo. Incluso lo apoyó cuando el propio Alarico tuvo que crucificar al general Julio en aquella ceremonia de la venganza goda por el asesinato de su padre, su preceptor y la matanza de los hijos de los caudillos. Por su parte, él la admiró siempre, también cuando se ofreció para engañar a Estilicón durante la campaña del Peloponeso. Fue la única vez que Alarico sintió celos. Pero fueron pasajeros. Sabía que Calista solo lo había amado a él. Recordando los largos años en los que había sido tan feliz a su lado, se tocó la herida que se había hecho en el pecho con la lanza que acababa de matar a Calista y se dio cuenta de que, aunque seguía sangrando, no era grave. Sin dejar de llorar, el cansancio acabó por rendirlo y se durmió abrazado a su mujer. Llevaba tres días sin dormir.

Mientras eso sucedía, el pueblo godo estuvo preparando toda la noche una gran ceremonia fúnebre para despedir a la mujer de su rey. Todos adoraban a Calista, que había llegado a ser una goda más. Erigieron un gran túmulo de madera en el centro del campamento para acoger el cadáver de la que llamaban «la reina».

Hacía rato que había amanecido cuando un terrible y prolongado grito de dolor despertó a Alarico. Salió de la tienda y vio el gran túmulo funerario y el gentío que se agolpaba a su alrededor para rendir su último tributo a Calista. A unos pasos de la tienda real, descubrió la procedencia de los gritos: los profería el romano que había matado a Calista. Adler y Brand lo habían crucificado.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Alarico.

—Sí —contestó Adler—. No ha hecho falta que lo torturemos. Nos ha dicho que era miembro del partido católico y que el atentado lo había cometido en nombre de la nobilísima Gala Placidia.

—Fue ella la que le encargó matarme.

—No —dijo Brand—. Parece ser que actuaba en solitario. No es más que un fanático.

Aquel pobre diablo seguía gritando por el inmenso dolor que le producían los clavos que perforaban sus manos y sus pies.

Alarico tomó la lanza de Brand y de un certero lanzazo le atravesó

el corazón.

—No merece la pena prolongar su padecimiento —dijo Alarico—. Además, no quiero que perturbe con sus gritos el sueño de Calista.

Observó la grandeza del túmulo que habían levantado para despedir a la persa.

—El pueblo desea honrar a su reina —afirmó Adler.

Alarico era consciente del profundo afecto que su gente profesaba a Calista. Fue él quien la colocó en lo alto del túmulo. No quería que nadie tocase aquel cuerpo que solo se había entregado de verdad a él. Después buscó entre los objetos personales de Calista y no encontró joyas ni ropas lujosas. Únicamente había algo que la persa guardaba como su bien más preciado: el tablero y las piezas de *latrunculi* con el que jugaba cuando se conocieron. El balto cogió la caja que los contenía y la puso entre las manos de Calista.

Durante tres días enteros todos los miembros de aquel pueblo multiétnico pasaron por delante del túmulo para honrar a la que consideraban su reina. La última noche, el propio Alarico tomó una antorcha y encendió la pira funeraria, que ardió durante horas mientras la miraba en silencio rodeado de miradas llenas de tristeza. Después se encerró en su tienda.

Placidia había permanecido custodiada en la tienda de Ataúlfo durante el saqueo de Roma. Sin embargo, pudo ver desde el principio la llegada al campamento godo de los carros cargados con objetos valiosos. La nobilísima estaba consternada. Ella había nacido en Constantinopla, pero Roma era la ciudad a la que se sentía vinculada emocionalmente. Era la ciudad sobre la que deseaba gobernar.

Después de la ceremonia, preguntó a Ataúlfo:

—¿Me dejarás marchar?

—No. Alarico quiere que permanezcas con nosotros. Yo seré el encargado de custodiarte.

—¿Sigo siendo una rehén?

—Sí. Al menos mientras Alarico no cambie de opinión, y no creo que lo haga.

Antes de confinarse en su tienda, el rey godo había ordenado que levantaran el campamento. Partirían hacia el sur en dirección a Calabria.

La marcha discurría muy lentamente, primero por la vía Apia y después por la vía Popilia. El balto había renunciado a controlar a sus hombres, que saqueaban sin pudor todos los lugares habitados que encontraban, ya fueran ciudades o simples villas. Había que llegar hasta Calabria para después pasar a África. El objetivo era vencer a Heracliano y apoderarse del granero del imperio.

Alarico intentaba asimilar las consecuencias que para el imperio tendría la destrucción de la Ciudad Eterna. Echaba tanto de menos a Calista que le costaba concentrarse en sus pensamientos. La destrucción de Roma había trastocado sus planes y buscaba la forma de reconducir la situación. Sus generales se preguntaban por qué no habían ido a atacar directamente Rávena. Así la destrucción del imperio empezaría a ser total. Para él era mucho mejor una apropiación gradual del imperio y no tener que arrasarlo por completo. Ya se había demostrado lo que era capaz de hacer el ejército godo. Con la devastación y el saqueo de la Ciudad Eterna no había hecho más que imitar a Alejandro Magno cuando asoló las ciudades que se le oponían como Tebas o Tiro. Pero su intención no era destruir. A pesar de la campaña de pillaje de sus tropas, estas tenían orden de limitarse a despojar a los ciudadanos romanos de aquellas riquezas que pudieran transportarse y liberar a los esclavos de todas las etnias bárbaras.

Durante las paradas que hacían en su marcha hacia Calabria, el rey godo seguía manteniéndose solo en su tienda. Sin embargo, en la de Ataúlfo las noches eran distintas. Allí se encontraban las dos personas que habían tenido la influencia suficiente para cambiar el curso de la historia: Placidia y Atalo.

En el tiempo que permaneció secuestrada, la nobilísima tuvo ocasión de conversar muchas veces con Atalo, el exemperador títere, que vivía también en la tienda del lugarteniente y amenizaba las

veladas con su canto acompañándose de la lira. Placidia permanecía como rehén, no solo porque era una persona muy importante en un futuro intercambio con su hermano Honorio, sino también porque Alarico estaba convencido de que mientras estuviera prisionera no podría continuar intrigando contra la nación goda. Como sabía que era una mujer extremadamente peligrosa, no permitía que se acercase a su propia tienda. De hecho, la vida del rey godo se desarrollaba como si la nobilísima no estuviera con ellos.

Gala Placidia, sin embargo, más que una rehén parecía una invitada del lugarteniente que hacía que el pesado viaje hacia el sur le resultara a este mucho más llevadero.

—No has intentado escapar —le dijo Ataúlfo una de esas veladas en la que ambos charlaban en la tienda del lugarteniente mientras Atalo tocaba la lira para ellos—. ¿No quieres volver a la corte de Rávena?

—No creas que no lo he pensado. Pero me he dado cuenta de que es imposible. Estoy vigilada día y noche. Además, en Rávena solo me espera el emperador.

Como tantas otras veces, Placidia mentía. En la corte de Rávena la esperaba el general Constancio, que era el nuevo comandante militar porque Sarus era un remedo de *magister militum* al que solo habían nombrado para desalentar a Alarico.

La tienda del lugarteniente era tan lujosa como el mejor de los palacios de Roma. Bajo la dirección de Placidia, los criados de Ataúlfo se preocupaban de seleccionar los mejores muebles y objetos de adorno saqueados que completaban con coloridas telas de seda. En otra de esas veladas, Ataúlfo le preguntó por la corte de Rávena:

—¿No quieres hablar de ella?

—Es un lugar muy aburrido. La verdadera ciudad era Roma, y ahora ya no queda nada. Esta tienda, en cambio, me parece un lugar muy acogedor. Y Atalo es un gran conversador y músico. Por cierto… —Placidia se dirigió a Atalo—: ¿Por qué no nos haces una representación de la locura de Áyax?

—A Áyax solo puedo representarlo en griego.

—Pues hazlo en griego.

Atalo seguía siendo un consumado actor y, pese a no llevar la

máscara teatral, daba al personaje los matices que requería esa difícil interpretación.

Todo aquello parecía irreal y obedecía a un intento de apartar de la mente que habían muerto decenas de miles de romanos y que el imperio era un caos del que difícilmente se recuperaría. Placidia estaba convencida de que el único responsable estaba a solo unos pasos de allí, en la tienda contigua. Sabía que a ella nadie le haría daño, pero no había encontrado la fórmula de acceder a Alarico, de conseguir su confianza como había hecho con su lugarteniente. La cena y la noche que pasó con el rey godo en la tienda real no tuvo continuidad, y eso la perturbaba porque si no conseguía establecer contacto con él no podría culminar sus planes. Aunque se encontraba cómoda en el campamento godo en compañía de Ataúlfo y Atalo, se sentía inquieta por no poder estar en Rávena llevando las riendas del imperio. Ella se había dejado capturar por los godos para alcanzar un objetivo que estaba por encima de todas las cosas. Y no se marcharía sin haberlo cumplido.

Varios días después de la partida de Roma, Alarico llamó a Ataúlfo y a Briton Drumas. El rey godo empezaba a salir de su marasmo y daba la impresión de que un nuevo brío lo impulsaba. Era la energía que le proporcionaba pensar en Calista, que antes de morir le había alentado a cumplir la misión que se había impuesto de conducir al pueblo godo a un lugar donde asentarse de manera definitiva. Explicó a sus colaboradores sus objetivos más inmediatos.

—Tenemos que llegar cuanto antes a Calabria. Allí nos apoderaremos de todos los barcos posibles y empezaremos el traslado a África de nuestra gente y nuestro ejército.

—¿Con qué objetivo? ¿Establecernos en África?

—No. Será solo un paso más. Primero nos desharemos del gobernador Heracliano. Nos apoderaremos de África, lo que nos permitirá garantizar para nuestro pueblo el aprovisionamiento de cereal y alimentos y también regular la llegada o no de la flota frumentaria a Italia.

—Eso nos llevará bastante tiempo.

—Sí —convino Alarico—. Hemos de acabar con Heracliano antes de que termine el año y preparar el regreso para atacar Rávena por tierra y por mar simultáneamente.

—Según mis cálculos, a Rávena podríamos llegar en primavera del año que viene.

—Sí —dijo el balto—. Mi idea es volver con la mayor parte del ejército y que las familias se queden seguras en África, con varios destacamentos que las protejan, hasta que nos hayamos apoderado de todo el imperio.

Ataúlfo consideraba que el plan era excesivamente complejo. Requería tiempo y encontrar una flota lo bastante grande para pasar el Mediterráneo. Por eso se atrevió a decir:

—Estamos en condiciones de atacar Rávena en este momento y no podrán oponer la suficiente resistencia. ¿Por qué no lo hacemos?

—Todavía no. Lo de Roma ha sido una forma de mostrar a los romanos la potencia del ejército godo. Les dejaremos pensar durante un tiempo. Cuando vean que somos los dueños del granero del imperio no tendrán más remedio que hacer lo que les ordenemos.

—Pero Honorio puede maniobrar mientras estamos fuera de Italia. —Ataúlfo intentaba hacer cambiar de opinión al rey—. No es descabellado suponer que organice un gran ejército con ayuda de su sobrino el emperador de Oriente y del usurpador Constantino, al que ya ha reconocido.

—Tenemos en nuestras manos al cerebro del imperio, esa Gala Placidia que tú custodias. Mientras esté con nosotros no podrá dedicarse a hacernos daño como hasta ahora.

—No te preocupes por ella, está vigilada día y noche.

—Insisto en que no te fíes de Placidia —le advirtió Alarico—. He tenido un presentimiento. Esa mujer está aquí para conseguir algo de nosotros que ignoramos. Debemos cuidarnos de ella.

—¿Qué puede hacer una mujer sola?

—Más de lo que te imaginas. Lo único que te digo es que tengas mucho cuidado con ella. Y, sobre todo, no permitas que escape ni que hable con nadie ajeno que no seas tú.

Las tareas de dirección de los nuevos planes de Alarico mantenían ocupado a Ataúlfo durante todo el día. Acabada la jornada, algunas noches el lugarteniente celebraba un banquete en su tienda en el que, además de Gala Placidia, Atalo y él, asistían músicos, poetas y actores que habían ido a vivir entre los godos después del saqueo de Roma. Una de esas noches, Placidia y Atalo hicieron una representación del pasaje de la Biblia de Herodes y Salomé. Y Placidia bailó. Y lo hizo para Ataúlfo que, con el ánimo alegre por la bebida, no dejó de mirarla ni un instante, embelesado por la belleza de la danza y de la propia Placidia. Poco a poco, todos fueron marchándose y en la tienda, como otras veces, solo quedaron la nobilísima y el lugarteniente. Placidia sabía que su danza había excitado a Ataúlfo y consideró que era el momento apropiado para ir más allá de lo que hasta entonces había ido. Volvió a bailar, solo para él. Y después se sentó sobre sus piernas, le acarició la larga cabellera rubia y finalmente lo besó en la boca.

No era ese el plan que había ideado en un principio. A quien Placidia quería seducir era a Alarico, pero el balto no mostraba interés ni siquiera por verla, así que pensó que Ataúlfo podría tener la llave de la puerta de entrada a la tienda del rey. Sin embargo, lo cierto era que el lugarteniente se había enamorado de Placidia y esta estaba demostrándole que le correspondía.

Alarico no era ajeno a lo que estaba ocurriendo, pero se abstuvo de decir nada porque sabía que, pasara lo que pasase entre ellos, Ataúlfo no le traicionaría jamás. Lo había prometido ante el rey Atanarico. Cortejar a la nobilísima era una decisión personal de su lugarteniente que él iba a respetar. Entre los nobles godos era muy frecuente disfrutar de concubinas.

Pasadas unas semanas llegaron por fin a Calabria. El campamento quedó instalado en una explanada cerca de la costa desde donde se divisaba la isla de Sicilia. Los godos se apoderaron de todos los barcos que no lograron escapar y retuvieron a los oficiales y los marineros. Además, pusieron a trabajar en jornadas agotadoras a todos los hombres disponibles para construir barcos en las atarazanas de la zona.

Mientras tanto, Placidia iba apropiándose de todos los espacios que el lugarteniente controlaba. Aquella mujer, ilustrada en los mayores refinamientos del imperio, era la que dirigía a los sirvientes de Ataúlfo. El cocinero era un esclavo capturado durante el saqueo de Roma y, bajo la dirección de Placidia, preparaba los mejores manjares. Ataúlfo, un hombre austero en sus costumbres, se habituó a los lujos y los caprichos de la nobilísima.

—Alarico debería disfrutar también de estos banquetes —dijo Placidia a Ataúlfo.

—No es aficionado a este tipo de fiestas. No va a venir.

Fue así como Placidia se dio cuenta de que Ataúlfo no era el mejor camino para llegar hasta Alarico, quien, por el momento, permanecía al margen de su vida. Pensó que Atalo podría proporcionarle información sobre el balto y poco a poco fue convirtiéndose en su confidente.

—¿Conoces bien a Alarico? —le preguntó Placidia.

—Fui su huésped durante años en Iliria, en el palacio de Split. Conversábamos casi cada día.

—¿Ya no eres su amigo?

—No. Perdió su confianza en mí. No creo que vuelva a recuperarla, y mucho menos ahora que ha muerto Calista, que era mi mejor conexión con él.

—¿Y no hay forma de que retoméis vuestra amistad?

—Es imposible. No merece la pena intentarlo —dijo Atalo—. Parece que ejerce sobre ti una extraña fascinación.

—Es enigmático. Y eso agrada a las mujeres —mintió Placidia.

Las conversaciones de Atalo y Placidia se hacían cada vez más frecuentes. El tocador de lira era un gran conversador que podía hablar sobre cualquier tema.

53
Solo ante la catástrofe

Habían pasado varios meses desde el saqueo de Roma y los preparativos para trasladar a la nación goda a África habían concluido. Heracliano, conocedor de los planes de Alarico, había fortalecido su ejército y no tenía intención de rendirse. Esperaría a las tropas del rey godo y les plantaría cara.

Cuando Alarico consideró que, entre nuevos y antiguos, había suficientes barcos para que todo su pueblo atravesara el mar en varios viajes, dio la orden de iniciar el traslado. Tardarían casi dos meses. A mediados de noviembre estaba lista la flota completa, en cuyo primer viaje solo se llevaría a soldados, caballos, material militar y máquinas de guerra. Los preparativos habían sido muy cuidadosos para que no quedase ningún elemento esencial por transportar ya que esa primera expedición, al mando del general Briton Drumas, debía enfrentarse a las tropas de Heracliano. El propio Alarico se encontraba en el puerto para despedirlos. Miraba al cielo, que amenazaba tormenta.

No habían recorrido ni una milla cuando se desató el aguacero que esperaban. Sin embargo, para su sorpresa se transformó en pocos minutos en una terrible tempestad con olas altísimas que movían los barcos como si fueran cáscaras de nuez. Los capitanes no podían dominar las naves, que amenazaban con naufragar.

Alarico, que observaba aún desde la costa lo que estaba ocurriendo, recordó que en ese mismo lugar se había producido el episodio de Ulises y las sirenas narrado en la *Odisea*. Era como si las sirenas estuviesen desplegando su funesta magia entonando sus cánticos, que solo podían oír los que se hallaban embarcados. Se preguntó si ese era

el castigo de los dioses paganos por la destrucción de Roma. Los violentos movimientos iban lanzando a las embravecidas aguas a los soldados godos, que carecían de experiencia en el mar.

Se trasladó a un promontorio desde donde, pese a la intensa lluvia, pudo ver mejor la suerte de su gran flota. La cortina de agua apenas dejaba vislumbrar casi nada, pero sí lo suficiente para constatar que, una por una, las naves iban siendo engullidas por el mar. En muy poco tiempo esa flota, que habían reunido con tanto esfuerzo, desaparecía de la superficie, arrastrando consigo a los miles de soldados que no habían caído al mar y seguían a bordo.

Cuando la tormenta amainó, solo unas pocas embarcaciones se habían librado de naufragar. Las pérdidas humanas eran cuantiosas, entre ellas el general Briton Drumas. Alarico no había contado con un mar embravecido. Solo un puñado de soldados pudieron ganar la orilla a nado. El desastre tenía la condición de catástrofe.

El rey godo, calado hasta los huesos, continuaba desolado y mirando fijamente el mar, incrédulo ante lo que acababa de presenciar. Como en la batalla del río Frígido o la de Pollentia, muchos soldados habían muerto. Y siempre había conseguido rehacer su ejército. Pero ahora la travesía hacia África era imposible, porque reunir una nueva flota podría llevarle años. A la tristeza por la destrucción de la flota se unió la nostalgia de Calista. No se la podía quitar de la mente. Pasó así varias horas, paralizado y sin hacer caso de Armín.

—Tienes que volver a la tienda. Estás agotado —le dijo Armín, quien en ese momento también echó de menos a Calista pues sin duda ella habría conseguido que el rey regresara para ponerse a cubierto.

Quizá era la ausencia de la persa la que lo mantenía inmóvil a merced de la tormenta.

—Ya decidiré yo cuándo tengo que volver —respondió el rey, con una mirada que parecía dar a entender que ya no apreciaba la vida como hasta entonces.

Con los ojos cerrados, se acordó del oráculo del bosque de Peuce. Se había adentrado desnudo en él en medio de una tormenta y esperó durante varias horas a que el oráculo se mostrase. Finalmente, este le

dijo las palabras que siempre llevó en su corazón: «Entrarás en la ciudad». Y había destruido la ciudad que era el objeto de sus sueños. Un castigo merecido, pensó. Mientras recordaba, la tormenta se reactivó con la misma intensidad. Alarico se despojó de sus ropas y aguardó en vano a que el oráculo le mostrase el camino de nuevo. Pero esa vez el milagro no se produjo. Era tanta la emoción derivada de lo acaecido hacía unas horas que, aterido, de pie y petrificado en aquel promontorio, cayó inconsciente. De inmediato lo llevaron a la tienda real.

Cuando volvió en sí, no quiso recibir a nadie.

Todos esperaban las nuevas órdenes del rey. Aislado en su tienda, no parecía ser consciente de la situación de parálisis en la que el pueblo godo y el ejército se encontraban. La confianza que le tenía la nación goda era tal que nadie se atrevía a dar un solo paso sin su visto bueno. Al final, desafiando las órdenes de su jefe, Ataúlfo entró en la tienda real.

Alarico, tumbado en la cama, con los ojos vidriosos, miró a su lugarteniente sin decir nada. Fue Ataúlfo el que tomó la palabra.

—El pueblo lleva tres días esperando tus órdenes. Quiere saber qué debe hacer a partir de ahora.

Alarico no contestó. Entonces el lugarteniente se acercó al lecho y se percató de que estaba empapado en sudor.

—Es necesario que te vea un médico —dijo a un Alarico que parecía indiferente.

Poco después, el médico salió de la tienda con cara compungida.

—La fiebre es muy alta. Hemos de darle baños fríos.

Cuatro médicos se ocuparon de atender al balto, pero la fiebre no remitía. Cuando la noticia se extendió por el campamento, los hombres y las mujeres hicieron rogativas. Los cristianos arrianos oraban a Cristo y los paganos a los dioses godos para que salvasen la vida de su rey. Cuando Alarico se sintió peor, mandó llamar a su Estado Mayor, encabezado por Ataúlfo. Sacando fuerzas de donde no las había, dijo:

—Tenéis que mantener unida a la nación goda. Ha sido muy difícil conseguirlo, y la unidad es muy frágil aún.

—No debes fatigarte —le aconsejó Ataúlfo.

El rey godo no le hizo caso y continuó hablando.

—Sé que estás esperando mis órdenes. Levanta el campamento. Nos dirigiremos al norte.

No pudo continuar porque la fatiga lo venció.

En la tienda de Ataúlfo parecía haberse instalado un duelo. Gala Placidia estaba inquieta y cada vez que el lugarteniente entraba, le hacía la misma pregunta:

—¿Cómo está Alarico?

—Es muy fuerte. Se recuperará —mentía Ataúlfo, que estaba convencido de la muerte inminente de su jefe—. Ha ordenado levantar el campamento para ir a la Toscana.

—¿Qué dicen los médicos?

—Hacen lo que pueden.

El pueblo godo estaba acostumbrado a montar y desmontar el campamento. Eran muchas las tareas que tenían que hacer. Cada familia ocupaba un carro, cuando no dos o tres si no eran muchos los miembros, donde iban sus pertenencias y los camastros de todos. Además, llevaban siempre consigo ganado, que iban sustituyendo a medida que lo consumían. También estaban los carros con cereales y provisiones, otros con hornos portátiles para hacer el pan y con las cocinas, y finalmente las máquinas de guerra. Demasiadas cosas para que la marcha no fuese lenta y pesada.

Lo último en desmontarse antes de la partida fue la tienda real. El rey godo, que siempre se desplazaba a caballo con el que recorría desde la cabeza hasta la retaguardia de la caravana para asegurarse de que todo iba bien entre su gente, esa vez viajaba en un carruaje enorme que los carpinteros habían construido para él y al que dotaron de una cama lo más confortable que se pudo. A pesar de todo, el viaje era incómodo debido al traqueteo de las ruedas sobre el pavimento de losas, que no estaba en perfecto estado.

Placidia se había instalado en el carro de Ataúlfo, quien ahora ocupaba el puesto de Alarico al frente de la caravana, si bien se

acercaba varias veces al día al carruaje de su jefe para ver cómo se encontraba. Cuando viajaban, no siempre montaban las tiendas y muchas veces pernoctaban en los carros. Sin embargo, dada la situación del rey, esa noche sí desplegaron la tienda de Alarico y la de su lugarteniente.

El rey godo pareció empeorar. La fiebre, que había ido remitiendo, se apoderó nuevamente de él y le dificultaba la respiración.

Ataúlfo, en su tienda, comentaba con Placidia el estado de salud de su jefe.

—Los médicos no saben qué hacer.

—¿Puedo ayudar? —le preguntó Placidia.

—¿Una mujer con conocimientos de medicina? —se extrañó Ataúlfo.

—Sé que las mujeres no podemos ser médicos, pero aprendí del de mi padre, Gneo Fabio, muchos remedios. Además, Helpidia me adiestró en cómo bajar la fiebre.

Ataúlfo guardó silencio un instante. Si los médicos parecían no saber qué hacer, nada se perdía dejando que Gala Placidia lo intentase, pensó.

—Muy bien. Te acompañaré a la tienda de Alarico.

Placidia pidió toallas y jarros de agua fría y, cuando entró en la tienda, hizo salir a los médicos, que se mostraron indignados al verse relegados por una mujer, ya que estas, a su juicio, solo servían para hacer de comadronas. Ataúlfo no dejó que Placidia se quedase a solas con Alarico y estuvo vigilando todo el tiempo lo que la nobilísima hacía. Tanto Alarico como Calista le habían dicho que no podía fiarse de ella.

Placidia pasó varias horas dentro de la tienda con el rey godo, que seguía inconsciente. Finalmente, al acabar ordenó:

—Cuando despierte que le den de comer, pero solo comida líquida. Es lo único que su cuerpo tolera.

La pesada carroza avanzaba pocas millas cada día. Placidia atendía a Alarico, siempre en presencia de Ataúlfo, todas las horas que podía sustituyendo a los médicos. El enfermo permanecía inconsciente y, pasados tres días, despertó y pudo articular algunas frases. Cuando se

percató de la presencia de Placidia, preguntó a Ataúlfo:

—¿Qué hace esta mujer aquí?

—Es ella la que te está cuidando. Ha conseguido bajarte la fiebre. ¿Cómo te encuentras?

—El pecho me duele mucho y no puedo respirar bien —explicó Alarico. Luego añadió con voz autoritaria—: No la quiero en mi tienda. Que se vaya enseguida.

A pesar de que había oído perfectamente al balto, Placidia continuó con sus actividades sin hacer caso. Ataúlfo la miró y le hizo un gesto para que saliera de inmediato. Después dijo a Alarico:

—Me aseguró que sabía cómo bajar la fiebre. Por eso la dejé entrar. Lo cierto es que desde que ella te cuida has mejorado mucho.

—No sé lo que esa mujer ha hecho ni me interesa. No me fío de ella. Quiero que me atiendan mis médicos.

—Así se hará.

En los días siguientes, la fiebre volvió a apoderarse de Alarico. Su lugarteniente, que preveía un fatal desenlace, ordenó que un destacamento fuese a Roma a buscar a Valeria y a su hija.

Mientras tanto, Placidia protestaba porque no le permitían cuidar a Alarico.

—Esos médicos no tienen ni idea de lo que están haciendo.

—No puedo dejar que lo atiendas. Alarico me lo ha prohibido y no le desobedeceré. Sin embargo, sí puedo permitirte dar instrucciones a los médicos o que les entregues los remedios que usabas con él para que se los apliquen.

—No. Debo ser yo quien se ocupe de él. ¿Está consciente?

—Ahora no. Pero, insisto, no te dejaré entrar. Voy a cumplir al pie de la letra lo que Alarico me ha ordenado.

—Solo deseo ayudar —dijo Placidia.

Pero la nobilísima decidió que no iba a quedarse sin hacer nada. Poco después, se reunió a solas con Helpidia.

—No me permiten volver a la tienda de Alarico —le contó—. Intentaré que te dejen entrar a ti.

—¿Qué quieres que haga?

—Tienes que procurar que le baje la fiebre hasta ganarte la

confianza de las personas que lo cuidan. Después harás lo que hemos venido a hacer.

Ataúlfo dejó ir a Helpidia, a la que el rey no conocía, para atenderlo, pero puso a dos personas para que la vigilasen mientras estuviera con él. También ordenó que hubiese esclavos para probar la comida y la bebida antes de servírsela. Helpidia solo podía manejar los paños y las telas que utilizaba para dar masajes a Alarico. Llevaba así varios días, y el rey godo comenzaba a mejorar de la fiebre. Helpidia estaba desesperada porque no tenía ni un segundo a solas con el enfermo. Cuando estaba con la nobilísima se quejaba de que nada podía hacer.

—Lleva el veneno oculto entre tus ropas y pónselo en el agua —dijo Placidia—. Tiene que haber un momento en que alguien baje la guardia.

—Lo intentaré, pero es casi imposible que no se den cuenta.

Ese momento llegó al cuarto día, cuando Alarico pidió un vaso de agua. Como siempre, un esclavo tomó un sorbo antes de ofrecérsela, pero esa vez Alarico dejó el vaso en la mesa auxiliar que había junto a su cama y Helpidia aprovechó para ponerle el veneno sin que nadie se percatase. Alarico se incorporó y por primera vez vio a Helpidia.

—¿Quién eres? —preguntó—. No te conozco.

Comenzó a toser de una manera violenta y cogió el vaso de agua. Solo dio un sorbo porque el vaso se le cayó de las manos.

—Me llamo Helpidia —contestó ella—. Estoy aquí porque sé cómo hacer que baje la fiebre.

—No te conozco —insistió Alarico—. Vete, no quiero que haya en esta tienda nadie que no sea de mi confianza.

Helpidia salió de la tienda real y se dirigió a la de Ataúlfo, donde la aguardaba Placidia.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó la nobilísima.

—Ha bebido. Pero solo ha dado un sorbo. Espero que le haga efecto.

En ese momento se oyó un alboroto proveniente de la tienda de Alarico. El lugarteniente corrió a ver qué pasaba. Alarico se retorcía por un fuerte dolor de vientre. Los médicos se apresuraron a atenderlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a los médicos.

—Ha empeorado súbitamente. No sabemos qué tiene.

El veneno que Helpidia le había dado era mortal, pero la dosis no bastaba para matarlo. Por más remedios que le aplicaban, el dolor no remitía. Por eso Alarico llamó a Ataúlfo, Walfram y Armín.

—Armín, toma nota exacta de lo que yo te diga —ordenó Alarico—. Quiero que se me entierre en el lecho de un río con todos mis bienes, mis perros, mis caballos, mis halcones y mis libros. —Se llevó la mano al vientre y se quejó, pero, a pesar de todo, continuó—: De acuerdo con la voluntad de mi tío, el rey Atanarico, pido al consejo que Ataúlfo, mi lugarteniente, sea proclamado rey. —Se dirigió a Ataúlfo —. Sé que voy a morir, espero que seas un rey digno de la nación goda y que seas capaz de conducirla a la tierra que le hemos prometido.

Tras esas palabras y sin esperar que ninguno de los presentes le contestase, ordenó a todos que lo dejaran descansar.

El destacamento que Ataúlfo había enviado en busca de Valeria y su hija las halló en Roma. Habían sobrevivido al asedio y seguían viviendo en la parte que se mantenía aún en pie de la incendiada casa de los Anicios.

—Debes acompañarnos. Y también tu hija —dijo el comandante del destacamento—. El rey Alarico se encuentra gravemente enfermo y es posible que muera pronto.

Valeria no estaba del todo convencida, pero la inminente muerte del padre de Servilia la decidió a ir a verlo. Los soldados habían preparado un carruaje para llevar a las dos mujeres, y Valeria consideró que había llegado el momento de contar a su hija quién era su progenitor y las circunstancias en que se había producido su huida de la nación goda. Tardarían al menos una semana en llegar, y en la carroza tenían la intimidad y el tiempo suficientes para no omitir detalle y contestar a todas las preguntas que Servilia le hiciera.

—Te conté que tu padre era un comandante godo que había muerto en la batalla del río Frígido —dijo Valeria—. Eso no es verdad. Tu padre es Alarico, el rey del pueblo godo.

Al oír ese nombre, Servilia puso cara de sorpresa. Jamás habría imaginado que el rey godo, el hombre que, según decían, había creado tanto dolor en el imperio hasta el extremo de destruir Roma, era su padre.

—Es cierto. Pero no es el monstruo que te han descrito. A él y a mí nos educó tu abuelo, Marco Probo, que había ido a vivir con los godos en la Dacia.

Valeria le contó la historia de su abuelo Marco Probo y su abuela Amanda, una mujer goda, rubia de ojos azules, bellísima.

—Tú te pareces mucho a ella. Y a tu padre. Yo, en cambio, me parezco al mío.

Le explicó su vida de niños en Peuce, la isla del Danubio en la Dacia. También le habló de la presión de los hunos y de la decisión de Fritigerno de pedir la entrada en el imperio como refugiados.

—Cuando tenía once años, tu padre fue tomado como rehén, junto con otros cincuenta niños. Durante su cautiverio vivió en Alejandría, Atenas y Constantinopla.

Servilia escuchaba atentamente a su madre, que se demoraba todo lo que podía en la explicación. Y la muchacha no paraba de hacerle preguntas.

—¿Dices que mi padre se salvó de ser degollado por los romanos?

—Sí, lo protegió una filósofa que se llama Hipatia.

—¿Vive todavía?

—Creo que sí. Es una mujer muy famosa.

—Me gustaría conocerla.

Cuando Valeria le explicaba las campañas militares y la entrada en Italia, ya se acercaban a Cosenza, la ciudad junto a la que estaba instalado el campamento godo. Fue entonces cuando le contó que su padre estaba muy enfermo y que quizá no llegasen a tiempo.

Servilia, que había estado llorando durante todo el camino a medida que Valeria le iba narrando toda su vida y la de su padre, prorrumpió en un llanto que su madre no quiso interrumpir. Cuando le contó su separación definitiva en su destierro de Constantinopla, ella no acertaba a entender el porqué.

—Nos separamos porque yo no quise interferir en la carrera política

y militar de tu padre. Mi fe cristiana me impedía coincidir con muchas de las cosas que se vio obligado a hacer. Yo habría sido un lastre para él y para el pueblo godo.

Todavía sin parar de llorar, Servilia le preguntó:

—Entonces ¿no soy una patricia?

—Sí, eres una patricia por tu abuelo. Pero también eres, como yo, una bárbara. Me arrepentí toda mi vida de no haberme quedado con mi pueblo —dijo Valeria—. Veremos si ahora puedo arreglar eso una vez que sabes que eres hija de un rey godo.

—Espero que mi padre siga con vida —dijo Servilia—. Tengo muchas ganas de conocerlo.

—Él no sabe que tú existes. Nunca le revelé que tiene una hija. Creo que debes abrazarlo y decirle que lo quieres. De esa manera, si ha de morir, morirá en paz. A él le habría gustado educarte.

—Tendrías que habérmelo explicado antes.

Servilia se abrazó a su madre y siguió llorando hasta que llegaron al campamento de los godos. Valeria se daba cuenta de que ese llanto era necesario antes de conocer a su padre. Además, la pobre muchacha había ido en los últimos tiempos de sufrimiento en sufrimiento.

Alarico se encontraba cada vez peor, y Ataúlfo consideró que era necesario explicarle que Valeria vivía y que tenía una hija de él.

—¿Una hija? —preguntó Alarico.

—Una hija tuya y de Valeria. Tiene quince años. He ordenado que las busquen en Roma y las traigan. He supuesto que querrías conocerla.

Alarico cerró los ojos. Sintió que una extraña felicidad, impropia del estado en el que se encontraba, se adueñaba de él. En otra situación, habría reprendido a Ataúlfo por haberle ocultado que conocía el paradero de Valeria y que, además, ella había tenido una hija suya. Pero no estaba en condiciones de enfadarse con su lugarteniente. Pidió que lo dejasen solo. Necesitaba reflexionar sobre su vida porque sentía que se le escapaba por momentos. Su imaginación volaba hasta su infancia y se quedaba fijada en aquellos años de felicidad absoluta. «Tengo que vivir», se repetía. Si la muerte de Calista y el naufragio de

su flota lo habían sumido en la desolación y le habían quitado las ganas de luchar contra la muerte, la noticia de que Valeria vivía y que él era el padre de su hija empezó a sacarlo del marasmo. Después de aquella noche pareció recobrarse. El fracaso de la flota quedaba ahora en segundo plano. Tenía el ánimo curado, aunque seguía padeciendo fuertes dolores.

En cuanto a Placidia, conoció la noticia de la inminente llegada de Valeria a través de Ataúlfo.

—Un mensajero me ha avisado de que mañana Valeria estará en el campamento.

—¿Te refieres a Valeria Proba?

—Sí. Era la prometida de Alarico.

—Sé quién es. No le digas que estoy aquí.

Esa misma noche, Alarico consiguió dormir unas horas. Su ligera mejoría se debía a que intentaba dominar su organismo hasta el momento en que pudiera conocer a su hija. El deseo de ver a Valeria y a Servilia lo mantenían consciente.

Sin embargo, cuando al día siguiente llegaron ambas, Alarico padecía fuertes dolores y ni siquiera pudo tomar ningún alimento líquido.

Valeria, antes de ir a la tienda real, pidió ver a Ataúlfo.

—Quiero hablar con Calista —le dijo—. Es la única mujer que lo ama tanto como yo.

—Calista murió en un atentado durante el saqueo de Roma.

Valeria pensó que era una gran desgracia para Alarico. Le habría gustado que Calista le explicase lo que le había pasado al rey godo. Dado que ahora era imposible, pidió a Ataúlfo que se lo contase. El lugarteniente le relató todo lo que él sabía.

—Tienes que darte prisa —la apremió luego—. Alarico puede morir en cualquier momento.

—No concibo que un enfriamiento lo mate. Alarico es demasiado fuerte —dijo Valeria—. Llévame a la tienda real —pidió a Ataúlfo, y este así lo hizo.

El rey godo intentó disimular los atroces dolores que estaba sufriendo sin conseguirlo del todo. Tumbado en la cama, observó a

Valeria cuando esta entró. Le pareció tan atractiva como cuando la conoció, pero no dijo nada. Después miró a su hija y vio a una joven goda. No tenía ni un solo rasgo de latina. Se parecía a su abuela Amanda.

—Sí. Es igual que mi madre —confirmó Valeria—. ¿No vas a decir nada?

—Solo quiero miraros. ¿Por qué me ocultaste que estabas embarazada?

—Eso ya no tiene importancia. Si hubieras sabido que tenías una hija, todo habría sido diferente. Hiciste lo que tenías que hacer. No se puede detener el curso de la historia.

—Tienes razón. —Alarico hizo un gesto de dolor y se llevó la mano al vientre—. Hija, acércate para que pueda verte bien. Valeria trae aquella lámpara y… —No pudo acabar la frase.

El rey godo empezó a toser de manera incontrolada y tuvo convulsiones. Le avergonzaba que su hija lo conociese en esas penosas condiciones.

—¿Te doy agua? —preguntó Valeria, asustada.

—No. Solo necesito abrazar a mi hija. Quiero decirle algo.

Servilia se acercó a su padre y lo abrazó.

—Nunca olvides que eres hija del amor que le tuve a tu madre. Sé que me estoy muriendo, pero me voy feliz porque me llevo la alegría de haberte conocido. Si hubiera sabido que existías… —Alarico iba quedándose sin palabras—. Si hubiera sabido que existías…

Servilia lo abrazó con todas las fuerzas de que era capaz, pero Alarico ya no se movía. Los brazos del balto se aflojaron y quedaron yertos. La joven se levantó con los ojos anegados en lágrimas.

Valeria no lloró. El inmenso dolor que la embargaba no podía traducirse en lágrimas. Por su cabeza pasaron los recuerdos de su vida junto a Alarico. Ella supo desde siempre que sería un hombre excepcional, el caudillo carismático, el rey invencible, el hombre íntegro de una fuerza física y mental sobrenaturales. No podía creer que yaciera muerto porque la nación goda lo consideraba inmortal. Había cumplido con creces la misión que se había impuesto y ahora su pueblo dominaba de manera rotunda al orgulloso imperio que siempre

quiso proteger. Alarico era el castigo que la divinidad había infligido a la soberbia de los romanos.

Los llantos de Servilia hicieron entrar en la tienda real a Ataúlfo.

—Ha muerto —dijo Valeria.

Todos cuantos estaban cerca de la tienda donde yacía el cadáver de Alarico cayeron en un abatimiento en el que las caras de sorpresa e incredulidad se mezclaban con las lágrimas que iban extendiéndose de manera fulgurante por todo el inmenso campamento. Ni siquiera las consecuencias de la derrota de Pollentia, la catástrofe más notoria del pueblo godo, eran comparables a la profunda tristeza y el enorme desánimo que parecía un fantasma aniquilador que hubiese sojuzgado a aquel orgulloso pueblo. Nadie podía imaginar un futuro sin la dirección de ese coloso invencible que era su rey.

—No lo entiendo —dijo Ataúlfo—. Ayer se lo veía optimista y con buen ánimo. Yo estaba convencido de que acabaría curándose. Eso fue lo que Placidia aseguró.

Esas últimas palabras suponían un incumplimiento de la promesa que el lugarteniente había hecho a la nobilísima al respecto de que ocultase su presencia en el campamento a Valeria.

—¿Gala Placidia está aquí?

—Sí. La capturamos hace unos meses. Alarico la quería de rehén y me encargó que la vigilase.

Valeria no hizo ningún comentario. Permanecía abrazada a su hija, pero la última frase de Ataúlfo no se le iba de la cabeza: «Eso fue lo que Placidia aseguró». Sentía demasiado dolor para detenerse a hacer conjeturas. Aun así, tuvo la certeza de que Alarico no había muerto por el enfriamiento, sino porque Calista no había estado a su lado para cuidarlo y, sobre todo, para protegerlo de la nobilísima.

Una vez fuera de la tienda, Valeria comunicó a Ataúlfo que deseaba marcharse.

—¿No asistirás al entierro?

—No. Ya no tiene sentido.

—Ordenaré a la guarnición que te escolte hasta Roma.

—No hace falta. No volveremos a Roma. El pueblo godo es mi único pueblo y es aquí donde quiero que Servilia y yo nos quedemos.

Conozco a muchas personas y espero que nos acojan. Viviré como lo que soy, una mujer goda. Tú vas a ser el rey y yo quiero permanecer en el anonimato.

Valeria, cogida de la mano de su hija, que no había parado de llorar, se encaminó hacia el interior del campamento mientras Ataúlfo las veía perderse entre los carros y las tiendas.

54
La tumba secreta

La nobilísima había logrado su objetivo. El que ella consideraba su más feroz enemigo estaba muerto. Nada le quedaba por hacer en aquella incómoda caravana. O sí. Lo pensó detenidamente. Ahora el rey era Ataúlfo y estaba enamorado de ella. No había conseguido manipular a Alarico y eso la desasosegaba. Sin embargo, le quedaba una baza que jugar. El ejército godo era invencible en ese momento. ¿Podría poner a sus órdenes al rey Ataúlfo? Mientras rumiaba esa pregunta, concluyó que si se quedaba con los godos tendría alguna posibilidad de controlar a aquella nación que había perdido a su rey más carismático e indomable.

En el campamento reinaba un silencio solo roto por los llantos. De nada habían servido las rogativas. Alarico había sido el gran dirigente, el hombre que fue capaz de unir bajo el nombre de «godos» a todas las etnias bárbaras que entraron en el imperio. Era, además, el ser más querido por todos los bárbaros, invasores y refugiados. Consiguió para su pueblo, si no el respeto, sí el temor de la mayor parte de los ciudadanos romanos que incluso lo admiraban como gran militar, aunque lo despreciaban de la misma manera que despreciaban a todos aquellos extranjeros a los que llamaban despectivamente «basura humana».

El cadáver de Alarico fue expuesto en un túmulo junto a la tienda real. Todos sus súbditos, fuera cual fuese su edad o condición, querían tocar el cuerpo de su rey. Se necesitaron más de cuatro días con sus noches para que le rindieran homenaje decenas de miles de personas a las que había devuelto el orgullo y la identidad como pueblo

reconocido, tolerado y, sobre todo, temido. Había muerto antes de encontrar el lugar definitivo donde asentar a su gente como una nación unida. Esa tarea correspondía ahora a su sucesor, Ataúlfo.

La primera decisión del nuevo rey fue reunirse con un reducido grupo de ancianos caudillos para concretar cómo sería la ceremonia fúnebre de su antecesor.

Alarico, que desde entonces fue conocido como Alarico el Grande, durante toda su vida había sido un ser enigmático al que todos admiraban, pero al que nadie llegó a entender salvo las tres mujeres de su vida: Hipatia, Valeria y Calista. Fue un bárbaro que defendió hasta la muerte la causa de la nación goda y la causa del imperio. Dos causas que, como acabó demostrándose, eran incompatibles, a pesar de que él siempre anheló fusionarlas. El viejo y decadente imperio debía rejuvenecerse por el impulso y la ambición de un pueblo joven cuya identidad nacional estaba creándose desde hacía pocos años y que pedía a gritos que le abriesen las puertas del corazón de Roma. Hasta el instante de su muerte, Alarico soñó con asentar a su gente de manera digna en algún territorio dentro del imperio, un lugar del que nunca más volviera a salir.

Pero si Alarico había sido para todos un gran misterio, su tumba debería serlo por los siglos de los siglos. Y a ello se aprestaron los ancianos caudillos dirigidos por Ataúlfo. Quería que lo enterrasen en el lecho de un río, había dicho. Cuando falleció, el campamento godo se había asentado cerca de la ciudad de Cosenza. Mientras su guardia personal velaba el cadáver y el pueblo pasaba delante de él para despedirse y rendirle homenaje, una inusual actividad se desarrollaba en el cercano río Busento. Miles de esclavos capturados en Roma y otras ciudades, a los que se añadieron cientos de habitantes de Cosenza, trabajaban a marchas forzadas excavando un nuevo cauce paralelo. El propio Ataúlfo dirigía las obras. Se tardaron varios días en excavarlas, eran muchas millas. Los capataces repetían las órdenes del nuevo rey mientras daban latigazos a los esclavos que no trabajaban al ritmo exigido.

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

Para conseguir hacerlo en menos tiempo hubieron de sumarse miles

de soldados godos. Mientras unos cavaban, otros extraían la tierra y las piedras y las apilaban en el margen del nuevo cauce. Los golpes de los picos y las palas llenando cestos no cesaban ni de día ni de noche, trabajando a turnos de doce horas. El objetivo de lo que estaban haciendo y que solo conocían Ataúlfo y cinco ancianos se mantuvo en secreto; no se reveló en ningún momento. Los ríos habían desempeñado un papel importante en la vida de Alarico: el Danubio de su aldea natal que fue, además, el río que su pueblo tuvo que atravesar para entrar definitivamente en territorio del imperio; el Tíber durante los asedios de Roma; el Frígido por la batalla en la que murieron diez mil de sus hombres; por otras causas, también el Peneo, el Eurotas, el Po, el Urbs y, finalmente, el Busento.

Lo más complicado fue levantar el dique para desviar el cauce. Los carpinteros prepararon gruesos y largos troncos que luego se clavaron uno por uno en el lecho original, a la vez que se abría el lecho paralelo para que las aguas discurrieran por él. Cuando se concluyó el desvío del río, todos los que habían trabajado de un modo u otro en la obra fueron retirados.

Una vez que el cauce estuvo seco por completo, Ataúlfo hizo seleccionar a cuarenta esclavos de entre los más fuertes, a los que se había mantenido en espera. Nadie habría de saber jamás en qué lugar, de entre las muchas millas del río, esos esclavos excavaron una fosa cuadrada muy profunda, tanto que una piedra lanzada desde el borde se oía como un lejano eco cuando llegaba al fondo. A continuación, Ataúlfo ordenó que cuatro de los esclavos que habían cavado la fosa cargasen a hombros el cuerpo de Alarico cuidadosamente colocado sobre un gran escudo. Al mismo tiempo, otros esclavos transportaban el regalo que el pueblo le había hecho después del saqueo de Roma: el tesoro del rey Salomón que el general Tito, el hijo del emperador Vespasiano, había llevado a la Ciudad Eterna después de destruir el segundo Templo de Jerusalén y que estuvo más de trescientos años custodiado en el Palatino romano. En ese tesoro estaban el arca de la alianza, el candelabro de oro de siete brazos y la mesa de Salomón, entre otras muchas joyas y reliquias. Esa ceremonia se celebró por la noche a la luz de antorchas mientras soldados godos rodeaban hombro

contra hombro el campamento para que nadie pudiese acercarse ni ver en qué lugar exacto se había situado la tumba del carismático rey. En el más completo silencio, el cuerpo de Alarico fue bajado mediante largas cuerdas hasta el fondo de la fosa. Después hicieron descender el tesoro de Salomón y muchos cofres repletos de oro y piedras preciosas. Los caballos, los perros y los halcones del balto fueron sacrificados para que lo acompañasen en su postrer viaje. Lo último que introdujeron en aquella tumba fluvial fueron las cajas que contenían sus libros. Se tardaron horas en volver a llenar de tierra la fosa. Cuando acabó la insólita ceremonia incidían en la tumba los primeros rayos del sol.

Unos minutos más tarde, un descomunal estruendo despertó a los habitantes de aquel enorme campamento. Los cuarenta esclavos habían sido obligados a derribar el dique que impedía la entrada del agua en el cauce original. A una orden de Ataúlfo, los miembros de la guardia personal de Alarico degollaron a aquellos pobres hombres mientras, agotados por el esfuerzo, permanecían tumbados en la orilla del río.

Concluido el entierro, el campamento se levantó y todos se pusieron en marcha. Ataúlfo, como antes hacía Alarico, conducía a su pueblo a caballo, desplazándose desde la cabeza hasta la retaguardia de la inmensa caravana. En la carroza del nuevo rey, Gala Placidia miraba el horizonte mientras escuchaba, a su lado, los cantos sirios que entonaba Atalo acompañándose de su vieja lira.

Nadie habría de saber jamás dónde yacían los restos de uno de los más grandes militares y caudillos de todos los tiempos y, sobre todo, el rey más carismático de los godos, un pueblo que, siguiendo sus órdenes, no volvería a disgregarse nunca más. Alarico, desde su secreta tumba, oiría deslizarse las aguas del río Busento por toda la eternidad.

Dramatis personae

Adler. Exgladiador y guardaespaldas de Alarico.

Adriano. Prefecto urbis de Roma a quien sustituirá Prisco Atalo.

Aelio. Oficial asistente del general Argobasto.

Alarico. Hijo de Rocestes y futuro rey de los godos.

Amanda. Sobrina y ahijada de Rocestes. Esposa de Marco Probo. Madre de Valeria.

Arcadio. Emperador de Oriente. Primogénito del emperador Teodosio.

Argobasto. General romano del ejército de Occidente.

Armín. Escriba godo en Alejandría. Preceptor de Alarico en esa ciudad y asistente del rey godo durante toda su vida.

Arsacio. Eunuco de confianza de Olimpio.

Artajerjes II. Emperador de Persia que sucedió a Sapor II.

Atalo, Prisco. Actor y tocador de instrumentos sirio, culto y refinado, cuya compañía de teatro y variedades se estableció en el palacio de Split, sede de la corte de Alarico, de quien fue uno de sus mejores amigos.

Atanarico. Rey de los godos y padre de Ataúlfo.

Bauto. General romano.

Brand. Guardaespaldas de Alarico.

Briton Drumas. Militar alano del ejército godo.

Calista. Aristócrata persa y consejera del rey Alarico.

Cecilio Clemente. Sacerdote católico encargado de la capilla del palacio imperial de Constantinopla.

Claudio Claudiano. Poeta egipcio amigo de Alarico. Ambos fueron

discípulos de la filósofa Hipatia.

Constancio. Tribuno y más tarde general de las tropas imperiales de Honorio. Fue nombrado coemperador con el nombre de Constancio II.

Constantino el Grande. Emperador romano que legalizó la Iglesia católica a comienzos del siglo IV.

Ervigio. Líder de los monjes negros que acompañaban al ejército de Alarico en su incursión en Grecia.

Estilicón. Asistente del emperador Teodosio y *magister militum*.

Eugenio, Flavio. Emperador usurpador del Imperio de Occidente.

Eudoxia. Emperatriz de Oriente, esposa del emperador Arcadio.

Eusebio. Eunuco. Chambelán del prefecto Jovio.

Euquerio. Primogénito de Serena y Estilicón.

Eutropio. Gran chambelán del palacio imperial con Teodosio y Arcadio.

Favrita. General godo al servicio del imperio conocido por su cultura y sus maneras de patricio.

Filolao. Filósofo de Atenas amigo de Teón el Astrónomo.

Fritigerno. Gran caudillo del pueblo godo. Fue el conductor de la nación goda que atravesó el Danubio para instalarse en el interior del Imperio romano.

Gala. Segunda esposa del emperador Teodosio. Hija del emperador Valentiniano I y de su segunda mujer, Justina. Madre de Gala Placidia.

Gala Placidia. Hija de la emperatriz Gala y el emperador Teodosio. Nieta de Valentiniano I. Conocida como «la nobilísima».

Galileo. Forma en que los paganos llamaban a Jesucristo; por extensión, denominaban «galileos» a todos los cristianos.

Geroncio. General nombrado por Rufino y confirmado por Eutropio para defender las ciudades de Grecia.

Gildo. Gobernador de las provincias de África Occidental.

Gneo Fabio. Médico de la corte del emperador Teodosio y de su familia.

Graciano. Emperador de Occidente. Hijo de Valentiniano I y hermanastro de Gala y Valentiniano II.

Helpidia. Nodriza y después asistenta de confianza que acompañó a la nobilísima Gala Placidia durante toda su vida.

Hipatia. Filósofa griega tutora de Alarico y Claudio Claudiano en Alejandría y Atenas.

Honorio. Hijo del emperador Teodosio y de su primera esposa, Flacila.

Jovio. Patricio romano, tribuno militar y negociador en el Peloponeso.

Lubila. Esposa del caudillo Rocestes y madre de Alarico.

Lupicino. Prefecto de la provincia de Tracia. Fue el encargado de organizar el paso del Danubio por parte de los godos en el año 376.

Magno Máximo. Emperador de Occidente. Se sublevó en Britania a instancia de su primo Teodosio.

Marco Probo. Patricio romano amigo del emperador Juliano. Después de la muerte de este se exilió en la Dacia para vivir con el pueblo godo.

María. Hija de Estilicón y Serena que se casó con Honorio y fue emperatriz del Imperio de Occidente.

Mascezel. General romano de origen mauro que fue jefe del ejército imperial en la batalla del río Frígido. Hermano de Gildo, gobernador de África.

Materno Cinegio. Prefecto del pretorio de Oriente hasta su muerte, en el año 388. Teodosio le encargó la destrucción de los templos paganos.

Nemesio. Asistente de Estilicón. Esposo de Nila, la *ornatrix* de la princesa Serena.

Nicómaco Flaviano, Virio. Patricio pagano. Senador de gran influencia entre el partido pagano.

Nila. Sirvienta siria. Esposa de Nemesio, el asistente de Estilicón, y *ornatrix* y confidente de la princesa Serena.

Olimpio. Eunuco y hombre de confianza de Gala Placidia que ostentaba el máximo poder en Rávena por detrás de la nobilísima.

Olimpio de Alejandría. Filósofo líder de los paganos durante el ataque al Serapión y la gran Biblioteca de Alejandría.

Prisco del Epiro. Filósofo que acompañaba al emperador Julio y a la muerte de este buscó refugio en Atenas. Fue profesor de Alarico y Claudio Claudiano.

Rocestes. Caudillo godo. Padre de Alarico.

Rufino. Prefecto del pretorio de Oriente que tenía sojuzgado bajo su autoridad al coemperador Arcadio.

Sadira. Ornatrix de la reina de Persia que esta ofreció como regalo a Serena.

Sapor III. Rey de Persia sucesor de Artajerjes II.

Sarus. Militar godo del ejército romano. Enemigo personal durante toda su vida de Alarico.

Siskia. Desertor de las tropas auxiliares a las órdenes de Sarus.

Serena. Sobrina y consejera del emperador Teodosio.

Símaco, Quinto Aurelio. Presidente del Senado y líder del partido pagano. Fue prefecto de la ciudad de Roma. Dos veces se rebeló contra Teodosio, apoyando primero a Magno Máximo y después a Eugenio y Argobasto.

Siricio. Papa de Roma.

Temistio. Filósofo y rétor en Constantinopla. Amigo de Teón el Astrónomo y profesor de Alarico y Ataúlfo.

Teodosio. Emperador nacido en Hispania que impuso el catolicismo, a través de la violencia y las leyes, como religión única y oficial del imperio.

Teodosio el Viejo. Padre de Teodosio, el emperador hispano. Condenado a morir por el emperador Valentiniano I y ejecutado por el hijo de este, el emperador Graciano.

Teón el Astrónomo. Director del Museion y la gran Biblioteca de Alejandría. Padre de Hipatia.

Terencio. Eunuco de confianza de Olimpio.

Termancia. Segunda hija de Estilicón y Serena. Segunda esposa del emperador Honorio.

Turpilio. General romano a las órdenes del ejército de Honorio.

Valente. Emperador de Oriente. Hermano de Valentiniano I.

Valentiniano I. Emperador de Occidente. Hermano de Valente.

Valentiniano II. Emperador de Occidente. Hijo de Valentiniano I y de

su segunda esposa, Justina. Hermano de la emperatriz Gala y hermanastro del emperador Graciano.

Valeria. Hija de Marco Probo y prometida de Alarico desde la infancia.

Vigilando. Magister militum del ejército de Honorio.

Walfram. Oficial godo y entrenador de Alarico.

Zalika. Prostituta en Tomis. Amante de Bulmaro.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a los escritores Juan Pablo Villalobos, Enrique Ibañes y Josep Ferran, quienes escrutaron el manuscrito hasta la última línea y consiguieron que sea mucho mejor. Gracias también a Maribel Ruiz, tenaz lectora y crítica implacable del manuscrito desde que comencé su redacción. Y a Gloria Puig, la gota malaya, tozuda crítica de los caracteres psicológicos de los personajes. Ambas lo leyeron con especial detenimiento, encontraron lagunas e incoherencias e hicieron enriquecedoras sugerencias. Hubo otros amigos como Isabel López, Gemma Espejo, César Garzón, Montse Vendrell, Arsenio Martín, Susana Hernando, Eugenia Cisneros, Javier Puig y Pepe Pérez Bisbal, que lo leyeron y me estimularon con sus comentarios, por lo que les quiero dar las gracias asimismo. No puedo olvidar a quienes me ayudaron a mejorar mi escritura, entre ellos, especialmente, Nacho García Martín, Lolita Bosch, Jorge Carrión, José María Mico y Manel Martos, y tampoco a quienes leyeron algunas partes del manuscrito como Peña Loren, Michael Oudyn, David Navarro y Raquel Aparicio. Finalmente quiero añadir un agradecimiento muy especial a mis editoras, Cristina Castro y Ana Caballero, y a mi editor, Toni Hill, que contribuyeron a dar un toque de distinción al texto.

La gran novela sobre Alarico, el hombre que humilló a Roma.
Un joven rey marcado desde su nacimiento por una leyenda.
Un pueblo que lleva años clamando justicia.
Una guerra heroica y desigual contra el poder.
Una historia rigurosa y apasionante sobre una de las hazañas bélicas más míticas de todos los tiempos.



La épica historia de Alarico, el astuto caudillo godo que puso en jaque al Imperio romano, culmina ahora con sus años más intensos, los que le convirtieron en un personaje admirado hasta nuestros días.

Alarico es ya rey de los visigodos y un reputado militar, respetado entre los suyos y temido por sus enemigos.

El joven monarca, educado por mentores romanos pero a la vez heredero de la tradición goda, se pone a las órdenes del emperador Teodosio en la batalla de Tesalónica. Tras la sangrienta victoria, Alarico debe separarse de su prometida Valeria, quien desaprueba su

crueldad.

Sin embargo, no será el único que pagará las consecuencias del encarnizado combate: Teodosio tendrá que enfrentarse a la excomunión, así como a las intrigas palaciegas que conllevarán la división del Imperio.

Con el tiempo, Alarico comprenderá que el respeto hacia su pueblo pasa por desafiar al poder, así que armará un ejército capaz de someter a la ciudad de Roma a un feroz asedio. Este hecho supondrá el principio del fin del Imperio romano. Y es que cuando una brillante estrategia se alía con el afán de venganza, ni los ejércitos más poderosos pueden resistirse a la fuerza de sus rivales.

Blas Alascio nació en Roda de Isábena (Huesca) y creció en Andalucía. Licenciado en Derecho, estudió Humanidades y vive en Barcelona desde 1977, donde ha ocupado altos cargos en la administración pública y en empresas privadas. *Alarico. La agonía del imperio* completa la historia de este mítico personaje, que se inició en 2023 con *Alarico. El rey de los godos*.



Primera edición: mayo de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Ilustración de portada: Irene Cano Rodríguez (Araire)

ISBN: 978-84-253-6780-9

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



[1] General en jefe del ejército romano.

[2] Mediolanum era el nombre romano de la actual Milán.

[3] Acto de postrarse en señal de respeto ante un dios o una persona de rango superior. Fue copiado de los protocolos reales persas por los emperadores del Imperio romano tardío.

[4] El Serapión o Serapeum era el templo dedicado al dios Serapis, el más importante no solo de Alejandría sino de todo Egipto.

[5] Grupo de alrededor de mil jóvenes que eran el violento brazo armado del patriarca de Alejandría para oponerse a los paganos, los judíos y los herejes cristianos.

[6] Eran los guardianes de la noche, equivalentes a los bomberos actuales.

[7] Agua en la que se había apagado una brasa de la hoguera de una ceremonia sacrificial. Era el equivalente de la religión romana al agua bendita de los católicos.

[8] Nombre que los romanos daban a Sofía, la actual capital de Bulgaria.

[9] Mar Negro.

[10] Era el grito de guerra de los guerreros bárbaros; empezaba con un murmullo que iba creciendo hasta transformarse en un alarido aterrador para asustar a las tropas enemigas. En la Antigüedad tardía, lo utilizaron también las legiones romanas.

[11] Claudio Claudiano. *Poemas*, vol. II, traducción de Miguel Castillo Bejarano, Madrid, Gredos, 1993.

[12] Mauros era, durante el Imperio romano, el nombre latino que se daba a los habitantes de la antigua Mauritania, situada al norte de África, entre Marruecos y Argelia.

[13] Claudio Claudiano. *Contra Eutropio*, en *Poemas*, vol. II, traducción de Miguel Castillo Bejarano, Madrid, Gredos, 1993.

[14] Acogerse a sagrado era una facultad de la Iglesia católica que consistía en proteger a quienes pedían auxilio en los templos, aunque fuesen delincuentes.

[15] *Insulae* se denominaban los edificios de viviendas de Roma de cuatro, cinco o seis plantas donde habitaban, en régimen de alquiler, las familias que no podían permitirse una vivienda individual.

Índice